

Una pica en Flandes



Chavarria, Daniel

Produced by calibre 0.6.26

Una pica en Flandes

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

Daniel Chavarria
Una pica en Flandes

1

CHAMBÉRY

**Martes, 20 de mayo del 2003
a las 11:48**

Cuando Ambrosio conoció a Oscar, lo supuso un italiano meridional, y pocos instantes después, un *playboy* francés; pero al cabo de un primer intercambio, supo que había errado en ambos casos. A poco, creyó descubrir en el contradictorio personaje a un romántico byroniano enamorado de una mujer griega; luego a un caballero solvente que viajaba en tren por miedo a los aviones; y al verlo apearse con aquella pesada maleta, se lo imaginó un ladrón de trenes.

Durante la primera media hora de diálogo con Oscar, Ambrosio se equivocó siete veces.

Entre París y la frontera italiana, los Trenes de Gran Velocidad se detienen sólo en Chambéry y en St.-Jean de Maurienne. Pero antes de disfrutar la amenidad del Jura o evocar la proeza de Aníbal sorteando las cumbres alpinas, el pasajero debe soportar los llanos monótonos por donde fluyen el Loira, el Saona y el Ródano.

“Aburrido, como la provincia de Buenos Aires”, pensó Ambrosio.

La Francia rural al sur de París, bajo un cielo nublado, con una llovizna gris, vista desde el vagón restaurante de un TGV, invita a la somnolencia, al mal humor, y en el caso de Ambrosio, a beber y comer por angustia.

El paisaje no existe; sobre todo para un gordo de un metro ochenta y cinco; porque sentado de frente al gran ventanal corrido, los ojos de Ambrosio quedan a la misma altura de una franja horizontal cromada, divisoria de los grandes cristales. La observación del exterior le imponía estirarse mucho para mirar por encima, o torturarse vientre y cuello al agacharse para mirar por debajo de la franja cromada. Aún así, la zanja sobre la que reptan casi escondidos los vagones del TGV, sólo permite ver, desde abajo, sus taludes; o a lo sumo, por momentos, algunos techos cercanos y las copas de los árboles.

De otra parte, la *grande vitesse* no daba tiempo a leer los carteles de las

estaciones para siquiera matar el tedio buscándolas en un mapa. Libros tampoco se podía leer. A la tercera página Ambrosio cerró el suyo. Lo distraía la exhalación, el soplo trepidante, el rugido del aire al penetrar en los túneles.

Una muchacha, empleada de la red de ferrocarriles franceses, se le acercó para invitarlo a colaborar con una encuesta y dar su opinión sobre aquel viaje. Ambrosio se limitó a declarar: “Este viaje me aburre y me engorda. Nunca volveré a coger un TGV en mi vida. Prefiero la diligencia o el avión.”

La encuestadora garabateó una nota y sonrió indulgente.

-Je vous remercie de votre sincérité, Monsieur.

Y ya con la mano en la puerta, se volvió para dirigirle otra sonrisa. A dos horas de viaje, aquel gordo era el único pasajero que le diera una respuesta divertida.

Ambrosio le devolvió una mirada hostil, sin comprender que la muchacha le agradecía su pizca de sal en la insipidez de aquel trabajo.

Apenas salió la encuestadora, entró al vagón un hombre seguido de un golpazo de la puerta corrediza, que levantó varias miradas de reproche.

El tren avanzaba sobre un tramo que le imponía fuertes vaivenes y dificultaba el tránsito por los pasillos. Sin embargo, ante las chaplinescas muecas y piruetas con que el hombre equilibraba su cuerpo, la irritación de los comensales y lectores interrumpidos por el portazo, se convirtió en sonrisas; y a juzgar por su actitud burlesca de rodilla alzada y cuello torcido, sobreactuaba a propósito sus dificultades, para divertir a los demás.

Piel morena, cincuentón, esbelto, muy apuesto, vestía con una elegancia audaz y descuidada: camisa roja sin corbata, chaqueta beige, pantalones grises. En sus desequilibrios, como en la cuerda floja, se le despeinaba una hermosa cabellera negra, entrecana. Cuando el hombre llegó por fin, en medio de sus cabriolas, al mostrador de servicio contiguo a la cocinita, y se colgó aferrado del borde con cara de náufrago en las últimas, las dos camareras italianas soltaron una risa estentórea. Acto seguido, el hombre se puso a chancear con ellas en su idioma. Ambrosio, al observar que las muchachas no paraban de reírse, se lo imaginó muy gracioso. Un interlocutor así, era lo que él necesitaba para no llegar a Milano enfermo de tedio.

Por lo extrovertido y simpático, por su color de piel, y por su fluidez en el diálogo con las camareras, era lógico que Ambrosio lo supusiera un meridional italiano.

Momentos después, el hombre se acercó con una bandejita al ventanal donde Ambrosio se empinaba una cerveza. En la otra mano empuñaba un *panino* de *prosciuto* y *provolone*[\[1\]](#).

En excelente francés, el hombre pidió permiso para sentarse y poner su bandeja en el único espacio libre sobre la mesa, entre Ambrosio y una señora. Para no abarcar demasiado, colocó sobre la mesa su botellita de bordeaux y una *quiche Lorraine*[\[2\]](#).

El dominio del idioma y la *quiche* (que no se comería ningún italiano meridional en un tren donde se vendan *panini*), sumados a la edad y el histrionismo del personaje, indujeron a Ambrosio a cambiar de idea. Quizá fuera más bien un *play boy* añejado, y con toda probabilidad francés.

So pretexto de indagar cuál sería la próxima parada, Ambrosio provocó un diálogo que le fue descubriendo a un estupendo conversador. Se llamaba Oscar. Una caja de sorpresas, el tipo.

La primera sorpresa, su nacionalidad: era inglés. Con ese cutis moreno y su pelo oscuro, nadie lo habría supuesto; y menos al oírlo hablar francés e italiano con aquella fluidez y buen acento.

De entrada, Oscar le informó que se dirigía a Atenas, su lugar de residencia.

–*Oh là là*... ¿Hasta Atenas en tren, desde París?

–En realidad, desde Londres -y le explicó que tenía billetes de tren hasta el sur de Italia. En Bari, abordaría el ferry.

Por las ropas y modales no aparentaba falta de recursos.

Y si era solvente ¿por qué viajaba entonces por tren y en segunda?

–No me diga que lo asustan los aviones... -aventuró Ambrosio.

–Nada de eso: adoro los aviones; pero ando corto de dinero y un vuelo hasta Grecia me costaría cuatro veces más.

Cuando supo que Ambrosio era argentino, elogió Buenos Aires, una ciudad adorable, y sobre todo, el sur, el Estrecho de Magallanes, los Andes australes, y ah, oh, Nahuel Huapí, Bariloche, lugares inolvidables. A poco, tras presentarle excusas como inglés, por lo que calificó como la “pérfida Guerra de las Malvinas”, dedicó un rato a despotricar contra la alianza genocida de americanos y británicos en Irak, crimen de lesa humanidad, fin de la civilización... Bush y Tony Blair eran dos criminales de guerra, dispuestos a robar petróleo aun a costa de destruir Bagdad, su historia, su cultura.

Hablaba con pasión y suavidad.

Ambrosio le encontró un parecido con Omar Sharif.

De modo que el italiano meridional, *play boy* francés que imaginara al principio, era un inglés radicado en Grecia, y a todas luces de izquierda. Sorpresas te da la vida...

Cuando le reiteró que vivía en Atenas, Ambrosio no resistió curiosear qué intereses lo radicaban allá.

–El amor al país y otros amores.

–¡Ah, otro Lord Byron! – bromeó el argentino.

–No, un modesto arqueólogo.

Ambrosio, 58 años, profesor de literatura francesa en la Universidad de Buenos Aires, le dedicó un ademán admirativo, de cejas alzadas.

Oscar le añadió que residía en Atenas, pero sólo pasaba allí los fines de semana. El resto del tiempo dirigía excavaciones en las Cícladas.

–No imaginé que todavía quedaran ingleses por ahí, agujereando Grecia.

–Privilegios de la herencia colonialista -comentó Oscar con una mueca culpable.

Interesado por su formación, Ambrosio se enteró de sus estudios en Cambridge, Trinity College...

–¿Una beca de estudios? – se lanzó a adivinar Ambrosio cuando ya era demasiado tarde para ahorrarse la indiscreción.

–No, mi familia tenía recursos.

“¡Putá madre, qué cagada! Tenés casi 60 años y seguís siendo el mismo boludo de siempre. Que el tipo ande ahora corto de guita no significa que siempre haya sido un atorrante...”

Para cambiar de tema, se interesó por su color, demasiado oscuro para un inglés.

–Se lo debo a mi madre...

¿Italiana? ¿Griega?

Ambrosio prefirió no adivinar y evitarse otra indiscreción.

–Nació y se crió en la India.

Para ser inglés, Oscar era no era nada introvertido. En pocos minutos, Ambrosio se enteró de que la señora india, originaria de una familia brahmánica, tras casarse con un coronel inglés, *my father*, se convertiría en una escritora de cierto éxito en los años cuarenta y cincuenta, con sus novelas de ambiente indostánico.

–La nostalgia produce a veces buenos escritores.

–Ella no lo fue; y por añadidura, se convirtió en una anglófila desvergonzada

-comentó Oscar-. No nos llevábamos bien. Ella llegó a odiarme. Sin embargo, se acordó de mí en su testamento.

-¿Hace mucho que falleció?

-No, un par de semanas. A Londres fui para cobrar su herencia.

Ambrosio imaginó una madre siniestra, capaz de pesadísimas bromas póstumas, como la de provocar un traslado de Oscar desde Atenas a Londres para cobrar una herencia que no le servía ni para costearse un regreso aéreo. Pero el inglés debió leerle algo en la cara y se adelantó a esclarecer:

-En realidad fui a cobrarla, pero no he tocado un penique: la regalé entera.

Aquello era lo primero que a Ambrosio le sonaba falso y estuvo a punto de soltar un comentario agresivo, pero logró atenuarlo:

-Le confieso que cuando alguien a quien acabo de conocer expresa tanto desdén por el dinero, yo tiendo a ponerme en guardia.

-Es lo más indicado, sobre todo en un tren -sonrió Oscar, indulgente-; pero yo rompí con mis padres cuando era un niño y me sentiría humillado si ahora les aceptara su dinero.

A boca de jarro, Ambrosio le preguntó a cuánto ascendía la herencia.

-Fueron sólo 35.000 libras; pero las repartí completas en una noche, entre desconocidos borrachitos londinenses.

-Me siento un personaje de novela -acotó Ambrosio, y desplegó ambos brazos para señalar el entorno.

Oscar se quedó mirándolo, desconcertado.

-Tenga en cuenta que en la vida real la absoluta mayoría de la humanidad nunca ha estado en un Tren de Gran Velocidad, con un viajero de clase turista enfrente, capaz de regalar 35.000 libras esterlinas a una pila de borrachos. ¿Me permite invitarle otro cuartillo de vino?

-Cómo no, con gusto.

Ambrosio se levantó con inesperada agilidad y al volver con su cerveza y el vino, traía el propósito de apurar al máximo aquel insólito diálogo.

-¿Y no hubiera sido más humano donar la herencia a un asilo de niños pobres? - y lo miró a los ojos mientras destapaba su cerveza.

Esperaba que aquella provocación estimulara al inglés.

-Tal vez, sí... Pero aquel dinero me quemaba las manos; y quería librarme de él cuanto antes, sin obtener gratitud a cambio, ni beneficios... Por eso me propuse regalarlo a desconocidos que nunca me lo agradecieran: Hola Tom, gusto de verte, mira, ahí tienes lo que te debo... Les tiraba mil o dos mil libras sobre la mesa y desaparecía sin darme tiempo para grabar rostros, gestos de

sorpresa, nada.

–¿Y sólo regaló el dinero a tipos borrachos?

–Sí, entraba a un *pub*, me situaba en algún rincón, examinaba el ambiente, e iba directo al escogido.

–¿Y por qué sólo a ellos? ¿Alguna predilección especial?

–Es que los borrachos son siempre más accesibles y confiados.

–Sí, es verdad -admitió Ambrosio-: a un hombre sobrio no es fácil abordarlo y regalarle dinero. Enseguida desconfía, supone trampas...

–Y como los míos eran verdaderos alcohólicos anónimos, yo también aseguraba mi anonimato.

A esas alturas Ambrosio no dudaba ya. Los gestos, su voz, todo, le resultaba muy auténtico. Un cristal, el tipo; y carente de toda reticencia. El compañero perfecto para un viaje largo y aburrido; y oportunísimo cuando aún faltaban más de tres horas para llegar a Milano.

La nueva sorpresa, y no la mayor ni la última, vino cuando quiso indagar por la persona que lo atrajera a Atenas.

–¿Fue una griega? – le preguntó.

–No, fue un joven libio -confesó Oscar y lo miró de frente.

Ambrosio, desgarrado, sin mentón, gordo, miope, lamentó no tener aquella figura, simpatía y personalidad... Si lo hubiese querido, aun a su edad, Oscar tendría una legión de mujeres bellas corriéndole atrás.

Pero de golpe, sin transición, la sonrisa del inglés se transformó en un visaje de dolor; y tras dos copiosos lagrimones, el borde de los párpados se le enrojeció. Bajó la cabeza y comenzó a pasarse la mano por el pelo.

Ambrosio guardó silencio para darle tiempo a serenarse. Cuando se recobró, le sonrió una disculpa. Su tez muy morena, empalidecida de súbito, le daba un patetismo y hondura a la mirada, que nadie podría fingir.

Ya no volvió a llorar. Un mechón gris se le cayó sobre la frente; y con la vista perdida entre los nevados de los Alpes savoyanos, le confesó cuánto había amado a ese muchacho, un tal Abdel.

–Pero a fines del verano pasado, me abandonó.

Abdel se marchó un día del apartamento que compartieran durante varios años en Atenas y le dejó una carta para anunciarle que volvía a Libia. Quería casarse, tener hijos y dar buena vejez a sus padres. Seguía amando a Oscar; pero ya tenía 25 años y consideraba que aquella pareja no tenía futuro. Por el bien de los dos, iniciaría una nueva vida.

–Y al final se despidió con la noticia de su boda en Bengasi, la semana

siguiente. El padre se iba a ocupar de todo, y el suegro iba a regalarles un apartamento.

Oscar alzó los hombros en una actitud de desconsuelo.

–Muy desconsiderado -comentó Ambrosio-: Debió advertírselo antes y en persona.

Fue lo único que se le ocurrió para llenar el repentino y angustioso silencio.

–Sí, muy desconsiderado. Hasta el propio Abdel lo reconoció en su carta: al final me pedía perdón por no haber tenido el valor de despedirse cara a cara; y yo se lo perdoné. Es un muchacho tan frágil...

Más calmado ya, le reveló que desde el inicio de su convivencia en Atenas, Abdel viajaba cada dos o tres meses a Libia para ver a su familia: y sobre todo a su padre, al que veneraba; pero del último viaje volvió muy raro, esquivo, algo sombrío. Oscar no lograba precisar qué le sucedía.

Aquella nota le permitió comprender. Al ver que Abdel había recogido ya todas sus pertenencias, Oscar reaccionó con serenidad. Esa noche durmió bajo una fuerte dosis de somníferos y al otro día, su instinto de conservación le impuso regresar a las Cícladas para atiborrarse de trabajo y olvidar sus miserias. Durante siete meses, trabajó en unas excavaciones a cielo abierto, de sol a sol. Dio largas caminatas y se fatigó a propósito. Por las tardes caía extenuado. Pero no logró olvidar.

A mediados de abril, cuando volvió a Atenas y entró al apartamento que compartiera con Abdel, su mal de amor le deparó una recaída anonadante. Se tendió en un sofá y lloró largo rato, sin consuelo. La marca del amado ausente en todos los rincones, le producía un vacío lacerante. Optó por alejarse y esa noche durmió alcoholizado en un hotel de mala muerte en el Pireo. Allí pasó dieciocho días horribles, entre barbitúricos y vino.

En un cuartucho sórdido, intentó dos veces suicidarse, pero no lo consiguió. Segundos antes de comerse un puñado de pastillas, en ambas tentativas, lo contuvo un sentimiento de piedad, de dolorosa piedad por su persona, y de repulsa a su yo homicida, desdoblado para asesinar a un indefenso; y tuvo que desistir también de un tercer intento al aire libre, en el mar Sarónico. Con sus últimos dracmas embarcó en el ferry rumbo a la isla de Egina, donde alquiló una barca; y cuando ya tenía el ancla amarrada al cuello, no fue capaz de cortar la soga y saltar. Su yo más lúcido se solidarizaba con la parte indefensa de su naturaleza.

Convencido por fin de que no se mataría, reunió fuerzas para salir del letargo. Se afeitó por primera vez en más de dos semanas y vistió ropa limpia.

Cuando regresó a su apartamento en Atenas, cambió todo de lugar. Se desligó de indeseables reminiscencias y borró las huellas de Abdel. Y como al día siguiente recibiera la noticia de la muerte de su madre, pidió un dinero prestado y se marchó a Londres. La herencia no le interesaba. Veinte años antes había jurado no aceptar nada de su familia; y él era un hombre de honor.

Su viaje a Inglaterra se debió ante todo a la esperanza de hallar algún trabajo que le permitiera alejarse de Atenas, del acoso que por mucho tiempo le impondría a su espíritu el recuerdo de Abdel. A la amada Grecia no volvería hasta que su corazón se aplacara, aunque mucho dudaba de que eso ocurriese algún día.

—A juzgar por el buen humor que exhibió con las camareras al entrar aquí, parecería que el viaje a Inglaterra le sentó muy bien.

Oscar volvió a sonreír y suspiró con un cabeceo que Ambrosio no logró desentrañar.

—Sucedió algo que no me esperaba.

—Abdel lo llamó -se anticipó Ambrosio.

—Exacto, el 17 de mayo, tres días atrás -y Oscar volvió a suspirar con aquel enigmático cabeceo, mezcla de incertidumbre, alegría, temor-. Está de regreso en Atenas y quiere verme.

—Qué bueno ¿y cómo supo que usted...?

—Cuando el portero del edificio le indicó que yo me hallaba en Londres, llamó al hotelito de un amigo mío, donde suelo hospedarme, y me dejó un número donde localizarlo.

—¿Y usted lo llamó?

—Sí, me olí algo grave; y por cierto lo hallé muy descentrado, urgido de dinero... Habló de 70.000 euros que necesita para proteger a su padre. Dice que por conseguirlos está dispuesto a cometer alguna barbaridad.

—¿Y tiene pasta para eso?

—No, no es violento. Pero me angustia, porque debe estar desesperado para hablarme de dinero. Siempre fue muy reservado en eso.

—Como sea, supongo que ese llamado debió de animarlo un poco ¿no?

—Sí... Saber que me necesita es un consuelo; me ha sacado de la fosa depresiva... He vuelto a bromear y a sonreír; pero todavía paso momentos de angustia.

—¿Le preocupa lo que pueda emprender Abdel?

—No tanto...; pero me duele saberme incapaz de ayudarlo cuando tanto me necesita.

Volvieron a irritársele los párpados.

–¿Y no lamenta haber desaprovechado su herencia?

–Sí; pero también me alegro...

Ambrosio se quedó mirándolo.

–Entregarle mi herencia a Abdel hubiera sido disponer de ella en mi propio interés... Habría traicionado un juramento; y eso también me habría afectado... Muchísimo, créame. Soy muy exigente conmigo mismo.

Volvió a morderse los labios y a sacudir la cabeza preocupado.

–De seguro va a surgir alguna solución.

–Es que nunca lo oí tan desesperado... -suspiró-; y no veo la hora de llegar a Atenas...

En eso desvió la vista hacia un periódico que alguien dejara sobre la mesita contigua, abierto sobre sus páginas centrales. De repente, con un ceñudo ademán de extrañeza, cogió el periódico de un manotazo y comenzó a masticarse la uña de un pulgar, y a encogerse absorto sobre la página abierta. Atrapado por la lectura dejó a Ambrosio con la palabra en la boca. Olvidado de Abdel, de su regreso a Atenas y de toda elemental cortesía, se levantó poco a poco, como un autómatas; se alejó unos pasos sin dejar de leer, apoyó el periódico sobre una mesita alta, adosada a una columna de metal, y siguió de pie, cada vez más embebido.

Atónito, más avergonzado que ofendido, Ambrosio se volvió para observarlo. ¿Qué habría descubierto en el periódico? Un repentino rayito de esperanza lo indujo a preguntarse si no se habría muerto Bush. ¿No habrían quizá los irakíes convocado a Aladino, o a otro genio de *Las mil y una noches* para desaparecer en masa al ejército gringo?

Oscar alternaba ahora su frenética lectura con frecuentes interrupciones. Sus movimientos se volvían muy rápidos, espasmódicos. Alzaba la vista al techo, se apretaba el mentón con apremio, se mordía los labios, o enfocaba estupidizado una lista de precios colgada encima del mostrador. Lo vio también mirar con inusitada intensidad como al interior de sí mismo, y tras una mueca de disgusto, dar dos puñetazos sobre la columna. Luego viró la cabeza hacia el ventanal y paseó la vista sobre los grises del cielo de Francia, con una expresión que sugería un obstinado esfuerzo por recordar algo.

Cuando se aproximaban a Chambéry, los frenos lo obligaron a tambalearse, pero no apartó los ojos del periódico ni regresó a la realidad del vagón restaurante hasta unos minutos después, cuando lo despertara la inmovilidad del tren, detenido en la estación.

Se agachó un poco e inspeccionó el andén para indagar dónde se hallaba; pero siguió ignorando a Ambrosio. Tras otro rápido gesto de angustia, miró la hora y se tironeó una oreja. Ambrosio también, movido por un reflejo mimético. Eran las 11:48. Desde la Gare de Lyon, llevaban ya tres horas de viaje.

Sin despedirse, Oscar abandonó a toda prisa el vagón de la cafetería. Unos segundos después, Ambrosio lo vio reingresar hurgando en sus bolsillos, con el periódico bajo el brazo.

–Mucho gusto; le agradezco la compañía y el vino. Fue muy bueno conversar con usted. Buena suerte -y tras un apretón de manos y dejarle una tarjeta sobre la mesa, volvió a escurrirse sin esperar respuesta.

Ambrosio se enteró de que se llamaba Oscar Abercromby. Junto al nombre se distinguía una ristra de siglas académicas y sus señas en Atenas.

Unos instantes después, cuando el tren reemprendía su marcha, Ambrosio lo vio atravesar el andén frente a su ventanal. Caminaba muy rápido y cargaba una pesada valija.

Ambrosio comprobó con alivio que no era la suya.

¡Ufff...!

Tras el sobresalto, se preguntó de todos modos, si el inglés no se habría apeado con una maleta robada.

¿Sería de verdad un inglés?

¿Serían verdaderos su nombre y su historia?

Durante el resto de su viaje hasta Milano, Ambrosio procuró desentrañar el insólito comportamiento de aquel individuo, quienquiera fuese.

No impresionaba como un descuidista, ladrón de trenes, de los que arrebatan, segundos antes de reemprender el viaje, la valija de algún pasajero distraído. Pero sus piruetas de equilibrista, la jovialidad e histrionismo que exhibiera al entrar en la cafetería, tampoco jugaban con el amante abandonado y trágico que se confesara después.

¿Qué misteriosa noticia leída en aquel periódico lo induciría a apearse en una aislada ciudad de Savoya, al alto costo de faltar al otro día a su anhelada cita con Abdel en Atenas?

En todo caso, si era un insigne mentiroso, merecía aplausos por su imaginación y originalidad.

ROMA

CAMPO DE' FIORI,

Martes, 20 de mayo del 2003

a las 12:00

En el 2002, Manfredo Pirotto impartió su primer curso en un liceo clásico. En el trato con muchachas menores de 17 años, carecía de experiencia. Tan jovencitas le infundían temor. Temor a sí mismo. Las veinteañeras eran menos peligrosas. Con ellas, sí, sus frecuentes aventuras amenizaron sin tropiezos casi una década de docencia universitaria.

Las niñas en edad de merecer lo atraían; porque una mujer hecha, a cualquier edad, es ante todo una mujer; y sus vacilaciones antes de aceptar el cargo en el Liceo, emanaban del buen conocimiento que creía poseer de sí mismo. Su sensualidad le traía conflictos desde niño. Y si ahora empezaba a frecuentar muchachas entre 12 y 16 años, corría el riesgo de meterse en líos gravísimos. Le sería difícil tratar como niñas a hembras consumadas, cualquiera fuese la edad. Las alumnas, como los frutos, maduraban antes o después; pero todas tenían un punto de comestibilidad que lo avalaban sus olores, una mirada sostenida, el desparpajo de unos labios entreabiertos, el meneo de unas caderas al andar.

Para Manfredo Pirotto, la edad legal en que el Código Civil determinaba obligaciones y derechos ciudadanos, nada tenía que ver con la edad de la hembra en su punto.

Por su parte, a los 47 años, él era todavía un hombre apuesto, atractivo para cualquier estudiante liceal. Desde la infancia se acostumbró a que las mujeres lo persiguieran; y era goloso. No sabía ni intentaba abstenerse. Cuando una mujer

decidida y bella se le ofrecía, él no se hacía rogar. Fuera quien fuese.

Venido a Cerdeña veintitrés años antes para entregarse al estudio de la lengua y tradiciones sardas, se instaló en Cagliari y se casó con Sandra. A fines del 81 les nacía Giorgio, y en el 87 vino Claudia. Por ese entonces, Manfredo se ganó una plaza docente en la cátedra de Letras Clásicas de la Universidad de Reggio, Calabria.

Sandra siguió en Cagliari al frente de *Viajes Orsini*, su pequeña agencia y principal sustento de la familia.

Manfredo permanecía en Cagliari desde la noche del jueves hasta la madrugada del lunes. Los otros tres días vivía y trabajaba en Reggio y sus alrededores. Era un lugar ideal para sus planes investigativos. Desde el Estrecho accedía con facilidad a las muchas comunidades de origen griego, árabe, albanés, venidas a Italia y Sicilia varios siglos antes. En apartadas aldeas, con su método inaugurado en Cerdeña, investigaba las reliquias de una literatura oral, vivas aún en el habla ancestral de los campesinos, pero condenadas a perecer víctimas del urbanismo, ultimadas por la TV.

Pero a mediados del 2001, tras caer en el desfavor del rector calabrés, que lo acusara de *quod non decet*^[3], por enredarse con una bella profesora de literatura, Manfredo abandonó a toda prisa la Calabria y escenificó, para consumo de su familia, una inexistente disputa académica. Adujo que la intolerancia de las autoridades universitarias conspiraba contra su programa investigativo. Exageró su indignación con el Rector, al que tildó de imbécil retrógrado.

–Es un fósil -bramaba, durante la escena que fraguó para consumo de su familia-; deberían embalsamarlo y donarlo al Museo.

Terminó por jurar que no permanecería un día más en Reggio. E indujo a Sandra y sus hijos a renunciar a un viaje ya programado para las vacaciones. Estaba seguro de que en pocos días, los chismes de su *affaire* con la colega serían la comidilla en ambas riberas del Estrecho de Messina y ciudades aledañas. A toda costa debía impedir que llegaran a oídos de su familia. El rector, conocido por su mordacidad, los llamaba *sotto voce* “Priapo y Popea”; y en el edificio de la Universidad ya comenzaban a divulgarse algunos *graffiti* alusivos a los “doctos adúlteros”.

De regreso a Cerdeña, Manfredo retomó sus pesquisas sobre la poesía oral improvisada. Dominaba varios dialectos de la lengua sarda y el catalán arcaico

que aún se habla en la zona de Alghero; pero como en las universidades de la isla no encontró plaza para un docente de lenguas o literaturas grecolatinas, pese a los escrúpulos iniciales, terminó por aceptar aquel puesto en el Liceo Clásico “Massimo Fois”, en septiembre del 2002.

Desde luego, ocurrió lo inevitable: Su estatura, su buen porte y rubicundez de galo cisalpino, desató inmediatas pasiones entre sus pequeñas alumnas de rasgos púnicos. Tartamudeaban en su presencia, y tras la pantalla de sus largos y nigérrimos cabellos lacios, lo admiraban a hurtadillas; y si una preferencia tenía el omnívoro Manfredo, eran por cierto esas mujeres morenas de pieles sonrosadas, en que predomina el ancestro mediterráneo. Las apreciaba sobre todo de poca estatura, con cinturas estrechas, manuales, para lucir sus formidables biceps en lucidas acrobacias eróticas.

Desde el primer día, en un grupo del tercer nivel de Latín, donde la edad promedio era de quince años, varias muchachas le dedicaron tímidos coqueteos; pero Gloria Múndula, que tenía los dieciséis cumplidos, le presentó batalla con la decisión de un experimentado *condottiero*. Cuando lo enfocaba con sus enormes ojos nigérrimos, él se sentía encañonado por una batería de anchas bocas, y no atinaba sino a turbarse.

Era una chiquilla descarada y por eso mismo, muy excitante. A dos semanas de iniciado el curso, Manfredo había proyectado varias diapositivas numeradas, con ejemplos de la estatuaria romana. Era una comprobación de rutina, para que los alumnos reconocieran los períodos y estilos que él explicara en una clase reciente. Y Gloria, incapaz de reconocer nada, se puso a disparatar sobre las anchas espaldas de un púgil sentado, su nariz griega, su cabeza leonina, y con todo respeto, soñaba con “tironear un día de unos alocados rizos rubios, como los del púgil sentado, por cierto idénticos a los de mi profesor”.

Ante un ataque tan suicida, Manfredo recordó la toma de Sicilia por Garibaldi. Levantó la vista y miró en derredor, para asegurarse de que nadie estuviese a sus espaldas leyendo lo mismo que él. Absurdo: su mujer e hijos sólo podían entrar por la puerta que estaba frente a él.

Al releer el fragmento, volvió a reaccionar con alarma, sorpresa y una erección inmediata. Se imaginó sus rizos rubios tironeados, y sus orejas apretadas por los fuertes muslos de Gloria en medio de gemidos lascivos. Pero en su firme propósito de no meterse en líos, optó por ir a la cocina, servirse un vaso de vino blanco y pasarse un pedazo de hielo por la nuca, para seguir calificando a otro alumno.

Al trabajo de Gloria, optó por asignarle una inmerecida nota media, y se

abstuvo de comentar el escabroso párrafo final.

Gloria no sólo era audaz, sino certera en su intuición amorosa, como todas las mujeres fatales. A los 16 años conocía a los hombres como nunca los conocería la mayoría de las adultas. Desde niña manipuló a sus primos, vecinos y condiscípulos.

Y enseguida captó que su profesor de latín era pan comido. Con una claridad vedada al propio Manfredo, supo que el muy pusilánime temía enredarse con una adolescente, pero al mismo tiempo la deseaba; y por eso, su falta de comentarios al párrafo de los rizos tironeados, significaba que no quería cerrar las puertas a lo que pudiese ocurrir en el futuro. Y decidió doblarle la próxima andanada.

En los trabajos escritos le envió nuevos mensajes de alcoba. Manfredo debió controlar nuevas erecciones; y terminó por aceptar el desafío de la muchacha como simple juego de seducción, sin pasar a mayores. Bajo control, sería un lance divertido y estimulante.

Por desgracia, Gloria no amaba las letras, ni el ingenio intelectual, sino el rigor de la materia, y eso representaba un obstáculo para Manfredo, experto en el ejercicio de una seducción ilustrada.

En la Universidad, eran las muchachonas quienes seducían a Manfredo; y generalmente las más talentosas, deslumbradas por su erudición. Más formadas ya, eran muy vulnerables a la elegancia de su lenguaje. Pero Gloria era un pedazo de hembra salvaje. Quien observara sus poses y exhibiciones de pechuga y rodillas en primera fila, se daría inmediata cuenta de que a los gracejos culteranos del profesor, ella preferiría de seguro el abrazo del apuesto hombrón.

Para el primer examen trimestral, Gloria incrementó el calibre de su artillería en pos de una definición. Abandonó el tiro parabólico, indirecto, y lanzó su primera andanada frontal.

Manfredo comenzó a revisar los trabajos un viernes, tarde en la noche. Como ya se lo esperaba, al traducir el fragmento de Tácito, Gloria había sancocado su habitual *minestrone*. En un pasaje donde Cicerón mencionaba la “misericordia del Senado Romano”, ella traducía el término con una tosca literalidad.

Manfredo le añadió una nota al dorso: “Un órgano tan represivo como el Senado de Cato Maior, no practicaba la misericordia. Debería haber traducido usted “liberalidad”, “indulgencia”, “mano blanda” o algo similar. Tenga en cuenta que la “misericordia” llega al italiano demasiado cargada de cristianismo, y resulta inaplicable al agresivo Senado de la República, en tiempos de las Guerras Púnicas.”

Para más ostensible evidencia de que no le quitaba puntos, Manfredo le marcaba los errores con abundantes notas. Semejante benignidad no obedecía, por cierto, a ningún ímpetu misericordioso, y él lo sabía.

“Cuidado”, se aconsejó esa noche, al darse cuenta de su maniobra. “Tú mismo te estás metiendo en líos...”

En realidad, Manfredo no sabía hasta qué punto se estaba metiendo. En aquel examen, al final, Gloria le reservaba una sorpresa. Al revisar la tarea etimológica, no creía lo que tenía adelante. Para el análisis del adjetivo “sincero”, Gloria repitió palabra por palabra lo que él dijera en clase: “Es un término procedente de la apicultura antigua. Proviene de SINE + CERA; vale decir, “sin cera”, y en la lengua arcaica se usó para connotar la pureza de la miel; pero en la evolución metafórica del vocablo, la pureza de la miel se extiende a la esfera de los sentimientos. Por eso, el término es hoy aplicable a la pureza de la amistad, o a la pureza del amor que siento por ti, Manfredo Piroto.” LIBROS LIBRES

Tuvo que releer varias veces la osada declaración de amor para convencerse de que no padecía de un espejismo.

Quiso la casualidad que al día siguiente, domingo, Manfredo se la encontrara en Villacidro, donde don Battista Múndula, su padre, poseía unos olivares.

Se descubrieron en medio de una cola, ante una *fontana* de aguas medicinales muy estimadas en la región, adonde Gloria acudiera en su **Yamaha** a llenar cantimploras.

La alarma que Manfredo activara desde su ingreso al Liceo, impidió que sus ímpetus alcanzaran proporciones desmedidas.

La renuncia a Calabria y Sicilia no era el único sinsabor que le infligiera su lujuria. A la edad de ocho años, escondido detrás de un armario, fue sorprendido copulando con su prima Marcella que tenía once. Aquello se convirtió en una tragedia familiar. Sus tíos no volvieron a dirigirle la palabra ni siquiera de adulto; y todo lo había empezado Marcella, con sus provocaciones.

Como estudiante de secundaria, fue expulsado de un liceo en Padova por encerrarse con una condiscípula en el aula de química a “perpetrar actos de incalificable inmoralidad”, que también instigara la condiscípula, y no él.

Manfredo no era un santo; pero en general se abstenía de arremeter. Eran ellas que lo provocaban. Y ante mujeres en edad de merecer, calientes y agresivas, él se entregaba manso. Y al darles su merecido, casi nunca era tan emprendedor como se suponía.

Cuando se dejó seducir por Laura, en Calabria, fue lo mismo. Mujer

bellísima, ardiente, se le volvió irresistible y lo comprometió en escaramuzas suicidas. Una vez, el marido estuvo a punto de sorprenderlos. Manfredo huyó desnudo hacia un tejado. Debió saltar casi tres metros y pasarse varias horas de una noche otoñal, a la intemperie, hasta que Laura le arrojara sus ropas. Aquello le costó un principio de neumonía. Después, cuando sobrevino la tragedia, Alberto no creyó que Manfredo tratase a toda costa de evitarla. Pero, *cazzo*, él no era de hierro... Tenía sus límites... Nadie resiste que una mujer bella y excitada se te desnude adelante y empiece a tocarte...

Con su agencia de viajes, Sandra ganaba lo suficiente para redondear un ingreso decoroso, tener una buena casa y un carro nuevo, que estaban pagando. Los ingresos de la agencia costeaban también las vacaciones anuales para los cuatro, a veces en vuelos transoceánicos. Vivían, en verdad, muy por encima del status de un modesto profesor de Liceo, pero siempre al día, con una razonable contabilidad doméstica, procurando ahorrar en las compras y sin permitirse ningún desperdicio.

Manfredo se preguntó un día si una sola escaramuza con Gloria, tomadas las debidas precauciones, claro, podría acarrearle algún peligro. En ese caso, el encuentro no debía producirse en Cerdeña. Y el viaje en avión a cualquier ciudad de la Península, más la estancia en un buen hotel donde meter a la chiquilla, él no tenía modo de costearlos... Bueno, por esa única vez, podría pedir algún dinerillo prestado que luego pagaría de a poco, sin afectar demasiado su equilibrio económico...

Pero... ¿y si se repetían las aventuras?

¿Su mujer no se daría cuenta de que algo raro sucedía?

Bueno..., pero si conseguía algún dinero extra...

“No seas estúpido”, se recriminó. “Si consiguieras algún dinero, tendrías que dárselo a Valerio.”

Era verdad.

La más reciente de sus frustraciones se relacionaba por cierto con su insolvencia. Valerio era un compañero de luchas juveniles, a quien Manfredo adoraba. Unas semanas antes, Valerio había salido de prisión, muy deprimido tras un accidente que lo dejara paralítico. Sus viejos amigos del Véneto, mediante una colecta, se proponían comprarle una casa y asegurarle el sustento de su mujer e hijo, hasta que él pudiera valerle. Pero Manfredo no pudo aportar una lira. ¿De dónde iba a sacar dinero?

Mientras tanto, Gloria no bajaba la guardia. Seguía provocándolo. En vez de responder a las preguntas de sus exámenes, le escribía poemas de una literalidad

cada vez más escandalosa; cruzaba en primera fila sus rodillas de campeonato, se desabrochaba la blusa, se humedecía los labios, exhibía la lengua, y se masajeaba los senos con una descarnada mundanidad.

Por las noches, Manfredo veía su cutis sonrosado de muñeca de loza; se acariciaba los dedos con la imagen de aquellos cabellos sedosos; mordisqueaba los labios grandes y jugueteaba con ellos; disfrutaba de su sonrisa excitante y cruel; y olfateaba la exótica nariz aquilina, reminiscente del dominio cartaginés en Cerdeña.

Por Dios, él no era de palo; y por las noches comenzó a soñar con ella, en medio de piruetas eróticas.

Un día, por la prensa, Manfredo se enteró de que Gloria era hija de Battista Múndula, un cacique político de Núoro, en la violenta región de la Barbaggia, acusado de corrupción en la administración de justicia y de vínculos con la mafia. En esos días la prensa de izquierda lo involucraba en un sonado escándalo; y a un personaje como ese, Manfredo no quería disgustarlo. Corrupto, traficante, partidario de la justicia por su mano, más valía no tenerlo atravesado en su vida. Además, por su origen geográfico y social, de seguro era tan celoso como un siciliano, y hasta capaz de pagar asesinos en defensa del *onore* familiar. Manfredo podía imaginarse terribles represalias, si llegaba a descubrir su *affaire* con la hija. Y su hija era quizá más peligrosa, por su desmedida imprudencia.

Y Manfredo se llamó a capítulo. Aquel fin de semana, tras el encuentro con Gloria en la fontana de Villacidro, se impuso una serena reflexión; y el lunes amaneció dispuesto a cortar aquel jueguito por lo sano. Estaba resuelto a no dejarse provocar. Ya él tenía 47 años, hijos grandes, una mujer amorosa. Si Sandra lo descubría, sería catastrófico. Ya una vez, por una aventurilla insignificante con una turista en México, habían estado al borde del divorcio; y él no permitiría que su lascivia le arruinase el matrimonio y la paternidad.

Ante la nueva actitud con que Manfredo se presentara a la próxima clase, Gloria vio encenderse una luz roja. Durante los 45 minutos de clase, no le dedicó una sola mirada; y para colmo, se mantuvo de pie junto a la segunda fila, de espaldas a ella. Por fin, al sonar el timbre de salida, en vez de demorarse en recoger sus cosas del pupitre como solía hacer para dar tiempo a que ella se acercara, recogió su maletín donde ya tenía todo guardado y se marchó a grandes zancadas. Gloria no se dio por vencida. Intuía que aquel era un manotazo de ahogado. Su cronograma seductivo se cumpliría contra viento y marea; y al terminar la clase del miércoles siguiente, Manfredo encontró junto a su maletín un sobre dirigido a su nombre, que se guardó en un bolsillo sin leer. Pero

consumido de impaciencia, se dirigió al baño y lo abrió en un gabinete.

Esta vez, Gloria se le tiraba a fondo. Con un desenfado de veterana meretriz, le confesaba que de sólo verlo aquel día en Villacidro, bajando cual Apolo desde las altas cumbres, con su cesta repleta de hongos, ella... oh, ah, transportada ante su aparición en shorts, torso desnudo, sudoroso, y oh perfección de sus piernas, ay madre mía fortaleza de sus biceps, y ella, a punto del desmayo, oh calor incontenible que la abrasa, Santa Madonna, y al verlo bebiendo de un odre repleto, con un ávido subibaja de la nuez, ella entró en éxtasis; y esa misma noche se soñó recorriendo la campiña cercana a la cascada de Villacidro. Iba sólo cubierta con un velo, y he aquí que él la sorprende, oh deleitosa aparición, y la coge por la cintura con sus brazos hercúleos y la alza para beber de ella, oh, delicia, ella odre, ella fuente que sacia su sed...

Pese a la cascada de cursilerías, aquella imagen lo alborotó. Lo del odre era, por cierto, una de sus fantasías favoritas, que se permitía con mujeres de poco peso. A pesar de su corta edad, era obvio que la muchacha tenía un gran kilometraje. Mucho más de lo que él supusiera al principio.

Y volvió a repetirse que de Gloria Múndula, él no se dejaría arruinar la vida. Dos días después, decidido a prohibirle nuevos embates, y a amenazarla con entregar al Director todo nuevo billetico amoroso que ella le pasara, la abordó en el patio y la llamó aparte; pero de sólo verla girar y enfrentarlo sonriente, segura de sí, una ceja arqueada, labios entreabiertos, más lasciva y ramera que nunca, supo que estaba derrotado, inerme, a merced de ella.

Total, que se encogió de hombros, la miró con más complicidad que censura, y las drásticas palabras con que se proponía liquidar el peligroso *affaire*, se redujeron al anuncio de que en otro momento la citarían para ocuparse del examen.

Ella comprendió entonces que lo había herido de muerte. Lo tenía a sus pies. Y en pocos días le asestaría el puntillazo.

Entretanto, Manfredo soltó las amarras de su lujuria y dio en figurarse refinados detalles de lo que haría en compañía de Gloria. Al releer la carta con la escena del odre, recibió un mazazo retroactivo que liquidó todo su instinto de conservación. Sabía que en lo sucesivo sólo obedecería al mandato de sus hormonas. Ya no habría conveniencia, ni moral, ni miedo al viejo Múndula, ni voluntad que se opusiera al triunfo de sus deseos exacerbados. Como en sus lances juveniles.

Durante esos días sorprendió a Sandra con nuevos meneos y posturas inéditas.

Ella se mostró complacida primero y luego algo intrigada. Hmmm...

Él atribuyó las novedades y el remozado vigor, a unos erizos que consumía desde poco antes en un puesto del *Lungomare*, cuando volvía a la casa.

–Es el yodo, mi amor...

Resuelto por fin a disfrutar de Gloria, pasó no obstante el siguiente fin de semana sin atreverse a llamarla. A modo de psicoterapia, se repitió sin tregua que un solo encuentro con aquella mujer no le traería ningún percance. Ni nadie podría acusarlo de inmoralidad: ella no se le entregaba a cambio de buenas notas; ni él iba a pervertir a nadie, porque a pesar de sus 16 años, Gloria era más mujer y más corrida que muchas de 30.

Sí, pero de todos modos lo acechaba un gran peligro. Si la aventura le gustaba, vendrían otros lances; y en Cagliari, un *affaire* de esa naturaleza no se mantendría en secreto. Tendrían que encontrarse en otros lugares, fuera de Cerdeña: en Roma, Génova, Milano; y volvía otra vez a angustiarse por el dinero que no tenía. De seguro, terminaría por distraerlo de sus investigaciones, y amén de afectarlas, apenas le alcanzaría...

Pero a esas alturas, ante la intransigencia hormonal, su voluntad y buen tino ya no tenían voz, ni voto, ni influencia en su conducta.

Se propuso, no obstante, que su travesura con Gloria sólo ocurriera una vez, una sola, para sacarse las ganas. Se juró que si se metía en aquel baile, no habría segundas y terceras piezas. Esta vez no se dejaría enredar en ningún conflicto. Era su último intento de resistencia a la lujuria.

Y aturdido, vasallo absoluto del deseo, el domingo al anochecer, abrió su celular: “Que sea lo que Dios quiera”.

Listo.

Estaba dispuesto a zambullir, con los ojos cerrados, en un mar bravío.

La llamó a su casa.

Ella se mostró al principio algo reticente. No obstante, se las ingenió para enterarlo de que el viernes y lunes siguientes no asistiría a clases. Viajaría a Roma para ayudar en los preparativos nupciales de una prima suya; y en cuanto Manfredo le sugirió encontrarse en Roma, ella cambió de actitud y propuso verse el martes al mediodía. La boda sería el lunes por la tarde, y ella no regresaría a Cagliari sino con el último vuelo del martes, casi de noche.

–Por cierto, mi prima nos puede prestar las llaves de un apartamento cerca de Campo de’ Fiori -le anunció.

No cabía duda. La muchacha iba a lo concreto sin perder tiempo.

Fijaron la cita para el martes 20 de mayo a las 12:00 en la *Vinería* de Campo

de' Fiori, a la izquierda de Giordano Bruno.

–¿Podré tocar sus rizos rubios? ¿No es un sueño mío? ¿No me engaña, profesor? Mire que si usted no va, nunca más voy a oír sus clases. Voy a pedir que me trasladen para otro liceo.

Él estuvo a punto de proponerle que lo tuteara, pero prefirió mantener el tratamiento respetuoso. No fuera que un día se le escapara una indiscreción en clase.

–No, seguro, allí estaré.

Claro que estaría, aunque después lo incinerasen, como a Giordano.

Al atender aquel llamado en su cuarto, Gloria no advirtió que don Battista, ya de regreso, descolgaba en el mismo instante la extensión de la sala. Y él, tras oír la conversación completa entre su hija y el profesor Piroto, con la vista clavada en la pared, murmuró:

–*Figlio d' un cane...*[\[4\]](#)

Como en otras ocasiones, el *onorévole* prefirió no esclarecer nada con la muchacha y dejarla actuar. Primero la cogería con las manos en la masa y acto seguido le aplicaría un castigo.

Al día siguiente, don Battista envió a uno de sus gorilas al Liceo, y descubrió que en el plantel de ese año, su hija tenía cinco profesoras y dos profesores, uno de los cuales de casi sesenta años. El otro, Manfredo Piroto, era un veneciano rubio y apuesto, de 47 años.

A don Battista no le hizo ninguna gracia confirmar que Piroto fuese un hombre maduro. Pero verde o maduro, recibiría su escarmiento. En Roma ajustaría cuentas con él. Ordenaría que tres de sus *compaesani* de la Barbaggia le dieran una golpiza de la que no se olvidara en su vida; y a la *puttana* de Gloria le aplicaría un ejemplar castigo.

El lunes, Sandra reservó pasaje para su esposo, que se antojara de viajar a Roma el martes las 08:30 Iba a destinar esa tarde y la mañana del miércoles, a discutir con un académico los dos últimos capítulos de su ensayo: *El lenguaje formulario entre los improvisadores sardos*, en el que trabajaba desde hacía un año.

Aquel martes, hizo tiempo en Piazza Navona hasta las once y media y de allí se encaminó a Campo de' Fiori. Ocupó una mesa en la **Vinería**, pidió un **campari soda** y comenzó a excitarse. Entornó los ojos e imaginó lo que muy pronto ocurriría en una desconocida vivienda de las cercanías.

Con la vista fija en el perfil de Giordano Bruno, reprimió toda valoración de lo que le ocurriría si don Battista Múndula, madre mía, se llegaba a enterar...

Si ella no se vuelve loca y se lo dice...

Era muy improbable.

Por ese lado estaba mucho más tranquilo.

Y de otra parte, el prurito de violar la ética docente tampoco lo preocupaba ya... Lo podrían acusar de concupiscencia, pero no de otra cosa.

Además, *cazzo*, imposible vivir sin violar algo todos los días.

Sí, violar, mentir, ser infiel.

Las cosas por su nombre: le sería infiel a Sandra y le mentiría para justificar gastos y ausencias... ¿Y qué? ¿Qué otro remedio?

Pero no por eso iba a dejar de amarla como siempre...

La víspera se había sobrepuesto a todos los cobardes escrúpulos. No existía retroceso posible. Bienvenida la cascada de imágenes lujuriosas que desencadenaba la visión omnipresente de Gloria.

Cuando el voluminoso turista de la mesa contigua pagó su consumición, tuvo que hundir el vientre para erguirse. Las mesas de la **Vinería** se hallaban a veces tan arrimadas, que los clientes confundían sus pertenencias. Era un abuso.

–*Excuse me* -dijo el turista con una sonrisa, al recoger su barriga y una guía de Roma, que dejara sobre la silla más próxima a la mesa de Manfredo.

–*Prego...*

Manfredo, con un gesto cortés, retiró la mano que apoyaba sobre el respaldo, movió una rodilla para cederle paso y recogió un periódico caído a sus pies.

Al reclinarsse de nuevo en la silla y alzar la mirada hacia lo alto, el aviso gigantesco de una motocicleta japonesa donde una hembra rica, en bikini, se abrazaba desde atrás al piloto, se le convirtió en la obsesionante imagen de Gloria Múndula regalándole, desde y por atrás, exquisitas caricias digitales y estimulantes mordiscos en la espalda.

De súbito recordó sus tiempos de militancia y una bronca tumultuaria que Valerio formara en aquel mismo lugar. Dos barrenderos de la brigada municipal, con sus uniformes verdes, altas botas de goma y potentes mangueras, arrastraban residuos de frutas y verduras al final de una feria sabatina; y de pronto, Valerio les arrebató una manguera y la dirigió contra un notorio grupo de fascistas reunidos bajo el toldo de la **Vinería**, con el consiguiente escándalo, desparramo de vasos y botellas, salpicadura de turistas aterrorizados, y huída vertiginosa por las callejuelas aledañas.

Campo de' Fiori resultó desde entonces un lugar vedado a su grupo, por

temor de que alguien los reconociera.

Con el periódico como visera, Manfredo dirigió su mirada a la estatua de Giordano. Desde que lo viera allí por primera vez, se le encogió el corazón. Hubiera querido que se le erigiera una estatua mucho mayor, y no emplazarla justo allí, donde ardiera la pira de su condena a muerte. Un hombre de aquella estatura filosófica y moral merecía una estatua visible desde lejos, y no encerrada en aquel estrecho recinto de mercado. Giordano se merecía alguna de las elevaciones del Septimontium, la cúspide del Quirinal, del Aventino. Pero, claro, a un detractor de la escolástica y el aristotelismo, no le iban a conceder, en tierras papales, semejante gloria...

Y hablando de Gloria, ya eran las 11:55

Como táctica para este primer encuentro, Manfredo se mostraría jovial desde el comienzo. Pero sobre todo, procuraría desempeñarse con la desenvoltura propia de un encuentro habitual entre amantes adultos. Si fingía no verla aproximarse, la simulación de sorpresa lo ayudaría a actuar con espontaneidad.

A las 11:52, Manfredo abre el periódico que recogiera del piso, y simula interesarse por las páginas deportivas. Desde aquel ángulo domina todos los accesos a la plaza.

Toma un sorbo de su *campari* y trata de mostrarse absorto en la lectura.

Casi enseguida la ve entrar al recinto desde *Piazza della Cancelleria*. Cuando se da cuenta de reojo, y sin alzar la vista del periódico, de que la muchacha enfila sus pasos hacia él, se pone nervioso. Pero de pronto, al pasar una página del periódico, algo le llama la atención, y durante unos segundos se olvida de Gloria..., de sí mismo... y de la cita.

El olvido se prolonga durante un minuto, dos, tres.

Por supuesto, Gloria lo ha visto en su mesa desde el primer momento.

De soslayo lo observa ahora, cabeza hundida en el periódico, pero ella también se finge distraída, y se pone a mirar las artesanías que le ofrece un senegalés, al pie de la estatua.

Viste una minifalda y se vuelve de espaldas a la *Vinería*, para que él la vea agacharse y admire la punta de sus nalgas enhiestas.

A las 11:57 Manfredo mira su reloj y se esconde detrás del periódico.

Ha cambiado de idea.

Otra urgencia lo domina ahora.

Aprovecha que ella le da la espalda, entretenida con las artesanías, para ponerse en pie, dirigir una seña al camarero y dejar sobre la mesa un billete de 5 euros.

Y parte a toda prisa, sin esperar el cambio.

Huye de Gloria.

Se escurre entre el gentío de Campo de' Fiori a grandes zancadas.

Al volverse y no verlo ya en su sitio, Gloria inspecciona de prisa todo el recinto. Por fin localiza sus rizos rubios, que sobresalen y brincan al fondo, a su izquierda, por detrás de Giordano.

Manfredo se aleja a escape.

Cuando ha avanzado 200 metros por la medieval y muy angosta Via dei Giubbonari, vira en una callejuela a la derecha, da unos pocos pasos más y se recuesta de espaldas a una pared de mosaicos, a la sombra. Con movimientos muy apresurados, desdobra el periódico y retoma, jadeante, su lectura.

Diez minutos después, parte a toda prisa.

Mira la hora.

Se lo ve preocupado.

Una viejita que lo ha observado desde su llegada, supone que no puede andar en nada bueno.

3

SEVILLA

Martes, 20 de mayo del 2003,

de 10 a.m. a 12:30

Gregorio percibió de lleno el repudio ajeno cuando su mandíbula comenzara a proyectarse de manera alarmante. El propio padre se avergonzaba de su fealdad. Y no sabía disimularlo. Nunca le hizo una caricia, ni se lo llevó de paseo, ni a ver espectáculos infantiles. Enredado ya con otra pareja, con un bebé

nuevo, y arrepentido de haber engendrado a Gregorio, lo único que le transmitía a veces, durante sus esporádicas y deprimentes visitas, era un poco de lástima.

Niño muy despierto, a los cinco años leía de corrido sin que nadie le enseñara. A los ocho, durante una visita a Valladolid, su abuela materna le regaló una *Vita Brevis* de San Francisco de Asís, adaptada para niños de la *Leyenda Menor* escrita por San Buenaventura de Bagnoregio. Tras leerla con una pasión febril, pidió más sobre San Francisco, y se leyó la *Vita Prima* de Tomás de Celano, y una hagiografía anónima originaria de Perugia, llamada *Espejo de Perfección*. Ganado por el amor universal de San Francisco, Gregorio imploró de rodillas a la Virgen que lo ayudara a ser como el santo; así, cuando fuera grande, dedicaría su vida a aliviar los males de los pobres y desamparados. Pero al cumplir los nueve años, empezó a padecer de un invencible miedo al mundo exterior, que lo acompañaría durante 25 años.

Sus dientes inferiores ya no le servían para morder. Habían avanzado casi tres centímetros. Juntar los labios le significaba un esfuerzo que se traducía en una expresión de angustia; pero si no los juntaba, aquella boca de dientes al desnudo generaba en todas partes miradas furtivas, disimulados codazos, risas reprimidas; y a los nueve años, cuando comenzaran a repetirse los rebuznos en los recreos del colegio; y a oír que sus condiscípulos lo apodaban *Popeye*, *Quijada de burro*, *Quijano* etc., Gregorio se refugió en la madre y no volvió a dejarse ver en público hasta bien entrada la adolescencia.

El padre, cuando todavía dormía en el piso de la Moncloa, trató de forzarlo a volver a la escuela, pero su mamá, firme y solidaria, rompió lanzas por él y proclamó que mientras no se operase, ella se encargaría de educarlo.

Graduada en Letras Clásicas, Rocío renunció al magisterio en un instituto de segunda enseñanza para dedicarse al hijo. Vendió la propiedad heredada poco antes de una tía, y con lo obtenido calculó que costearía su vida y la de su hijo durante una década. Ya Dios proveería; y durante casi nueve años le enseñó español, francés, latín, griego, literatura, geografía e historia; y le pagó un profesor de matemáticas y otro de inglés.

Gregorio resultó un alumno muy precoz. El mejor que ella tuvo. Daba gusto enseñarle. Demostró sobre todo una fina receptividad literaria. A los trece años, por su propia cuenta, había memorizado mucha poesía latina y la clásica española; pero sus favoritos fueron los líricos del Siglo de Oro. Adoraba a San Juan, a Santa Teresa, y sobre todo a Fray Luis, cuyo retiro del mundanal ruido[5]

lo emparentaba con su propio drama de soledad.

Sus padres, divorciados *de facto*, mantuvieron las apariencias de matrimonio durante cierto tiempo. Al final, consumada la separación, el propio Gregorio rechazaba las ya muy esporádicas visitas del padre al piso de la Moncloa. El tenue afecto filial de su infancia, se convirtió en indiferencia.

La operación máxilo-facial no se practicó hasta cumplidos los diecisiete años, cuando ya su desarrollo óseo se consolidara en un 90%. El gasto lo costeó su papá, que se limitó después a una sola visita durante la convalecencia. Fue la última vez en que se vieron.

Durante su traumática infancia, Gregorio vivió hacia adentro. A los espacios abiertos de su casa, prefería los ángulos donde se refugiaba con sus libros y discos. Madrid, la gente, el mundo exterior, lo intimidaban. A los quince años cumplidos, la información que le llegaba a través de la novelística europea, de la que guiado por su madre consumía en abundancia, lo indujo al convencimiento de su ineptitud para vivir entre tanta malevolencia, codicia, zancadillas y abusos. Si Dickens, Balzac, Dostoyevsky no mentían, él ya no hubiera tenido cabida en el siglo XIX. Y suponía que mucho menos a finales del XX.

En la rutina doméstica, no era capaz de bañarse en la piscina, ni de asistir a la sala de los billares y el pimpón, ni osaba asomarse siquiera a las ventanas que daban al patio común del bloque de viviendas en la Moncloa. Permanecía sumergido en sus poemarios y novelas, quince horas por día. Al principio, con unos doce años, en días de mucha tristeza oía una y otra vez a los barrocos y a los Beatles. Luego se preparó, en varios casetes, una selección con 153 piezas de su preferencia que oía a diario mientras leía. Casi ninguna estaba completa. Sólo oía los fragmentos de su adoración, y a la selección le había puesto como título *Farmacopea*. Era la música que le hacía bien, y llegó un día a los 16 años, en que no oyó ninguna otra. Todas las mañanas después del desayuno, cuando ocupaba su puesto de lectura en el rincón preferido, se oían las notas de la *Tocata y fuga*, a la que seguía *Yesterday*, el *Adagio* de Albinoni, *Les feuilles mortes*...

Rocío creyó detectar en su hijo el desarrollo de rasgos maniáticos y llegó a inquietarse. Un día se apareció en la casa con un compacto de Mozart y cuando se puso a oírlo, él se encerró en su cuarto. Mozart lo irritaba. Y ese día le reveló a Rocío sus fobias musicales: Mozart carecía de dolor y nostalgia y lo dejaba indiferente. Beethoven era muy protagónico y lo sobresaltaba, al punto de impedirle leer. De Chopin y Chaikovsky adoraba algunas piezas y execraba otras. Lo mismo le pasaba con el jazz. El cante hondo, en bloque, le producía

una tristeza invencible y lo llenaba de miedo a la vida. Era la música que menos soportaba. Y acabó por confesarle haberse pasado más de tres años oyendo y grabando conciertos y programas populares por radio, con audífonos, hasta seleccionar y reordenar para su consumo personal 153 fragmentos que sumaban un total de 462 minutos. Sus grabaciones caseras, en disquetes comunes no compactos, distaban mucho de ser excelentes; pero Gregorio no era exigente en cuestiones técnicas. Y tampoco era ambicioso de novedades. Con su *Farmacopea* tenía bastante. Oírla completa le tomaba más de siete horas. Y le rogó a su madre que no le hiciera oír otras cosas. La música influía demasiado en sus estados de ánimo y con frecuencia lo turbaba. Debía consumirla con máximo cuidado, como los alimentos. Toda música que el oyera debía permitirle leer algo al mismo tiempo, u oírla en la cama y no perder el sueño. Otro día Rocío, que lo suponía aficionado a Vivaldi, puso un compacto encabezado por la *Primavera*, y el muchacho protestó. De las estaciones adoraba el *Invierno* y *Otoño*. *Primavera* y *Verano* le fastidiaban. Eso le explicaba de algún modo su extraña preferencia por músicos como Sibelius y Debussy.

La madre supuso que aquella veta maniática y excluyente, se debía a su inactividad física, y le compró una bicicleta estática más algunos equipos gimnásticos; pero él se aburrió muy pronto. Como la gimnasia le alteraba su ritmo y le estropeaba el de la música, prefirió ocupar ese tiempo en los rincones, con sus libros.

Por consejo de los médicos, la madre trató de distraerlo con naipes, dominó y otros juegos de mesa. Ninguno le interesó. Pero cuando le enseñó el ajedrez, el muchacho se entusiasmó; y desde el inicio demostró un singular talento combinatorio, al punto de que en un par de semanas, la maestra perdía una partida tras otra. No obstante, como él no estaba dispuesto a dejar ver a nadie su monstruosa quijada, a falta de contrincantes que lo estimularan, vio morir poco a poco su interés por el juego.

La operación de la quijada fue un éxito. Cuando le quitaron los vendajes y se miró al espejo, respiró aliviado e inició sus primeras exploraciones del mundo exterior.

No esperaba, desde luego, que la cirugía lo convirtiese en un mozalbete guapo. Demasiado bien sabía que ninguna operación lo libraría de su figura tan enjuta y abatida, ni de la rigidez del semblante, ni de aquella narizota larga y afilada; pero al cerciorarse de que ante su indeleble fealdad ningún transeúnte se volvía, ni le dirigía miradas furtivas, ni descubría codazos de complicidad entre la muchachada del metro o los autobuses, Gregorio comenzó a circular sin

complejos.

Al principio salía acompañado de Rocío, pero cuando cogió confianza, comenzó a dar largas caminatas por el bello Madrid de los Austria. Caminaba durante horas, munido de planos y guías turísticas de su ciudad natal, hasta entonces una desconocida, que tanto miedo le infundía. (Miedo que por cierto no compartía [\[6\] el rey moro en aquel poema de Moratín, que la reliquia de un ladrillado mudéjar le trajo a la memoria un día.](#))

Como precaución, durante sus caminatas de muchas horas, nunca dejaba de engancharse su reproductora de música y los audífonos, para defenderse, cuando entraba a algún bar, de radios y televisores estridentes; o para aislarse de una conversación cercana durante sus pausas a la sombra, en algún parque.

De todos modos, sus nueve años de reclusión domiciliaria lo marcarían para siempre: Siguió evitando los espejos, y hasta más de una década después de la cirugía, fue un joven solitario.

A las pocas semanas de su operación, Gregorio y Rocío trabaron amistad con un librero, hombre bizco, muy alto, de treinta y tantos años. Un día se le sentaron al lado, en la barra de una cafetería de la Moncloa, donde solían desayunar; y de repente, por evitar la caída de una cuchara, un movimiento brusco del muchacho volcó el capuchino y salpicó la camisa y pantalones del bizco.

Para sorpresa y alivio de Gregorio, el hombre no lo insultó, no protestó, ni se mosqueó. Alzó los brazos, armó una sonrisa farsesca pero bonachona y lo tranquilizó:

–No importa, chaval: más se perdió en la guerra.

Para dar lugar a que limpiaran la barra, terminaron los tres sentados a una misma mesa, y el Bizco resultó buen conversador, cálido, culto, maestro FIDE de ajedrez, y con tanta *vis cómica* que de entrada movió una risa estentórea de Gregorio. Para la madre fue algo muy llamativo, pues el chico nunca le había demostrado tanta simpatía a nadie, ni se reía así desde muy pequeño.

Al salir juntos, cogieron el mismo camino e hicieron un alto en la cercana librería y vivienda de Josemari (o Chema, o el Bizco, como lo llamaban sus amigos), donde la madre compró un par de novelas. A poco volvió, y muy pronto se convirtió en cliente habitual. Visto el efecto positivo que Chema ejercía sobre su hijo, optó por atraerlo como comensal y visitante asiduo de su casa, situada a dos cuerdas de la librería; y sería Chema quien le inspirara su

definitiva pasión por el ajedrez. A los dos meses de conocerse, cuando Gregorio, a pura intuición, comenzó a ganarle un juego tras otro, Chema le confesó a Roció que el muchacho tenía un talento descomunal, y desde entonces se erigió en su padrino ajedrecístico. Fue él quien le regaló los libros de Grau, para que estudiara aperturas, finales, teoría general; y lo instó a resolver problemas y a analizar partidas de los grandes maestros.

Después de la exitosa operación de Gregorio, su madre fue víctima de una leucemia. Sobrevivió unos pocos meses y fue enterrada en abril del 87, pocos días antes de que Gregorio cumpliera los dieciocho años. El padre, ni se dio por enterado. Antes que enfrentar el mundo solo, Gregorio deseó y pidió a Dios le enviara la dulce muerte, como implora Juan Sebastián en su *Cantata N° 161*, que él incluyera en la *Farmacopea*.

¿Suicidarse?

Imposible: no tenía valor para incurrir en un pecado de demonios, execrable a Dios.

Desde entonces, la religión llenaría los vacíos de su soledad. Cuando apagaban la luz en casa de Presentación, una tía abuela materna que lo acogiera en Valladolid durante los primeros meses de su orfandad, Gregorio se dormía con el pensamiento puesto en el misterio de la Creación; pero su refugio habitual, diurno, fue el ajedrez. Para evadirse de la realidad inhóspita, a toda hora lo estudiaba a solas, o resolvía problemas a granel. Amaba aquel mundo racional, con su propia lógica, su belleza interna, pero ajeno a los avatares del corazón y a las estridencias del mundo exterior.

Al convento ingresó en septiembre del 87, gracias a gestiones e influencias de un pariente vinculado a la Curia. Para que los Dominicos lo aceptaran en el Seminario a tan tardía edad, hubo de sortear varias entrevistas, demostrar sus amplios conocimientos y la lucidez que le asignaban sus protectores. Le exigieron además, rendir un singular examen de alemán donde demostrara que en media hora, podía traducir con ayuda de un léxico que le suministraron, una página completa de la obra de Emmanuel Kant, escogida al azar. Gregorio comenzó a prepararse desde mediados de junio y para gran sorpresa de los dominicos, aprobó sin dificultad en septiembre, antes de iniciarse los cursos. En dos meses y medio, a razón de doce horas diarias, memorizó 300 raíces y 4000 palabras que según el prólogo del léxico, representaban el 90% del vocabulario filosófico de Leibnitz, Hegel y Kant, incluidos en el programa de ese año.

Una vez en el Seminario, sí, claro..., dedicado a sus estudios, al servicio de Dios, entre los hermanos de la Orden, Gregorio encontró una atmósfera mucho

menos agresiva y más tolerable que la del mundo exterior. Tras los gruesos muros y en los perfumados atrios del convento, no se oía de lleno el mundanal ruido. No obstante llegaba con sordina. Para un timorato como él, sin ninguna voluntad de combatir por la vida, tras ocho años de pasividad y reclusión infantil, el convento era sin dudas su más seguro refugio; pero muy pronto advertiría que allí también crecían espinas: y que algunos santos varones sacaban las uñas, ponían zancadillas, y podían tornarse competitivos, envidiosos y hostiles.

Ya adulto, su trato con quien no fuese de natural muy pasivo, le era casi siempre traumático. A veces se deprimía ante personas bien dispuestas. Bastaba con que fuesen demasiado activos, le hablasen con energía, o depositasen excesiva confianza en él.

Terminado el Seminario, ordenado sacerdote a los 24 años y promovido por el claustro, asumió una ayudantía en lenguas y literatura grecolatina. Su precoz erudición humanística le auguraba una promisoriosa carrera docente. Pero no fue así, porque su presencia ante los alumnos era causa de diarias angustias. A pesar de la autoridad de que lo investía el profesorado y de la habitual moderación y disciplina de los alumnos seminaristas, los muchachos lo amedrentaban. E iniciado el segundo año de su docencia entró en crisis. Ante la necesidad de expulsar de su clase a un alumno insolente, optó por abandonar el aula y presentar su renuncia irrevocable a la docencia. No hubo autoridad que lo disuadiera. Por fin, el prior mandó que lo transfirieran a un gabinete situado en el subsuelo de la biblioteca, donde le dieron un ordenador y le asignaron la abrumadora tarea de actualizar el catálogo general del convento, con sus 40.000 títulos inventariados por un procedimiento del siglo XVII, que ya resultaba obsoleto. Tarea abrumadora, pero que lo exoneraba de todo trato, salvo con el Bibliotecario Mayor de la Orden, esporádico supervisor de su trabajo. Allí se estaría mejor aquel joven sacerdote pusilánime, a todas luces inerme ante burlas o desacatos, incapaz de tolerarlos y sin carácter para imponer sanciones a nadie.

El convento le confirmó poco después, que el único mundo donde él podía luchar era el del tablero, que le deparaba sentirse a sus anchas, por hostil que le fuera quien estuviese del otro lado. Allí sí, estaba dispuesto a enfrentar gambitos, trampas, celadas, tácticas y estrategias, a sabiendas de que iban dirigidas contra él. Era una guerra declarada y aceptada, en la que ganar le deparaba júbilo y perder no lo deprimía, más allá de un llevadero descontento consigo mismo. Nada le ocurriría en una partida, comparable a la angustia de enfrentar en el mundo real la hostilidad de un superior, la desobediencia de un alumno al que no

sabía reprimir, o las burlas de algún hermano más o menos bruto o envidioso.

A poco de iniciarse Gregorio en la nueva tarea, merced a la excelente valoración del Bibliotecario Mayor sobre su trabajo, el Prior aceptó concederle dos veces por semana, permiso para acudir a un club de ajedrez donde jugaba de 8 a 11 de la noche con Chema y sus amigos. En ese lapso, le autorizaron también licencias para competir y hasta le costearon un viaje a Bilbao y otro a Montpellier. Así fue Gregorio acumulando méritos que le permitieron obtener en julio del 97, el título de Maestro FIDE.

El diploma le sirvió de gran estímulo. Era la primera vez que una acción suya le deparaba tan rara satisfacción; y sobre todo, disfrutó aquel estremecimiento o cosquillita en la médula, que él supuso podría ser eso que llamaban orgullo.

Apremiado por el magisterio FIDE, que implicaba asumir nuevos y crecientes compromisos, Gregorio aspiró a ver reducido por las tardes su agobiador y maquinal trabajo en la biblioteca. Ahora necesitaba estudiar ajedrez y analizar partidas, siquiera durante un mínimo de cuatro horas diarias. Tenía que esmerarse en la preparación. Pronto comenzaría a recibir invitaciones para competir por toda España, y a veces en el exterior.

Por sugerencia de Chema, en la petición que elevara a los superiores de Santo Domingo, Gregorio argumentó que si otros hermanos honraban a Dios y a la Orden al descollar en sus estudios literarios, filosóficos y científicos, él también los honraría al convertirse en un Gran Maestro del juego ciencia.

El que los Dominicos no respaldaran en esta etapa su creciente vocación ajedrecística, tras haber alcanzado un título de maestría nacional, fue para Gregorio como si lo enterraran en vida.

Durante algunos meses aceptó su cruz. No profirió una queja, se inmoló en sus tareas de bibliotecario, y a solicitud del Prior tradujo un texto alemán en tiempo récord. Hasta que un día decidió renunciar a los votos y abandonar la Orden, y al explicarle los motivos de su decisión a San Benito, le pareció que la efigie le sonreía.

Fortalecido por tan explícita dispensa, Gregorio desestimó rendir cuentas a su confesor. Tras colgar los hábitos un 20 de diciembre, dejó una nota para sus superiores: “Me marcho para siempre. He optado por el estado laical, pero seguiré sirviendo a Dios con los trebejos.”

Al abandonar los altos muros del convento, iba persuadido de que Dios le tenía reservado algún lugarcito donde vivir con la pobreza de un mendicante, pero dedicado a su ajedrez, a cubierto de las fealdades e injusticias del mundo

exterior, siempre cruel y engañoso.

Esperaba que con el poquito dinero que dejara su mamá y la venta de algunas pertenencias, en plan franciscano, se sostendría al menos un par de años... Desde luego, si alguna vez lograba ganarse la vida, sería gracias al ajedrez; y si no era así, aceptaría su segura muerte en la jungla mundana; pero no trabajaría, ni se humillaría, ni zozobraría su espíritu por dinero.

Por otra parte, sus escasos conocimientos sobre la vida práctica, procedían de los libros y no estaban muy actualizados. La perfidia de patrones delincuentes y abusadores, como los que tipificaban Dickens y Balzac, lo obligarían a renunciar a la vida en sociedad; y mucho menos se dispondría a enfrentar los avatares de una vida competitiva en pos de riquezas, poder, mujeres. Prefería irse a cuidar leprosos, como San Francisco en los bosques del Monte Subastio; o ayunaría hasta morir, con el pensamiento puesto en la Santísima Trinidad, a menos que Dios se le manifestase con una lluvia de consolaciones, como le otorgara a San Ignacio en la Cueva de Manresa.

Dios no lo había favorecido en su físico. Con aquella boca, ojos pequeños, cara asimétrica, figura desgarrada ¿qué podía esperar él, en un mundo esclavo de las apariencias y el espíritu de empresa?

El Bizco insistió en ofrecerle el altillo de su casa en la Moncloa. Allí tendría por lo menos el techo y la comida asegurados, hasta tanto consiguiera vivir de los trebejos, suceso que Chema daba por descontado a breve plazo.

Gregorio aceptó, y durante los primeros seis meses de su vida secular, estudió ajedrez 16 horas por día. Estiró al máximo sus fondos para comer muy frugal en la calle y no abusar del amigo, a quien sólo le aceptó el techo, con la condición de que algún día le pagaría todo junto, como cualquier pensionista. Pero Chema, seguro de su talento, presumía de que muy pronto le cobraría con creces.

–Ya tendrás tiempo de pagarme cuando seas Gran Maestro, chaval.

Su primer dinerillo en la vida, lo ganaría Gregorio en un torneo regional de ajedrez en el Principado de Asturias. Calculó que bien administrado, le permitiría pagar su deuda al amigo y subsistir otro año; y ya Dios proveería.

En los meses siguientes, fue descubriendo que el mundo exterior no eran tan horrible como él imaginara. Vaya..., era horrible, sí; pero a cada paso daba con gente buena, honesta. Chema le consiguió un empleo de sereno en una empresa; una tarea sin mayor esfuerzo, donde permanecería solo de once de la noche a seis de la mañana, sin ver a ningún desconocido. Pero él no había colgado los hábitos para volverse sereno, sino Gran Maestro de Ajedrez.

–Pero allí podrías estudiar ajedrez por las noches -le insistió Chema.

–Entonces no estaría vigilando nada. No sería honesto...

Chema supuso que aquel argumento era un pretexto de Gregorio para rechazar el empleo, movido por sus cortedades. Pero sería la primera vez que Gregorio le decía una mentira. Y si era cierto que lo rechazaba por su conciencia pulquísima, era de verdad un gran gilipollas. Aquel era un empleo a su medida. Nadie le ofrecería algo mejor.

A los dos años de vida laica, Gregorio seguía siendo un retraído, de triste apariencia; pero no era ya el pobrecillo indefenso que él mismo se imaginara. Andándose con cuidado y no metiéndose con extraños, ni con mujeres, comprobó que el mundo exterior no le imponía situaciones insostenibles, ni humillaciones.

En lo económico, durante los primeros tiempos, continuó escaso de dinero; pero avanzó mucho en sus estudios de ajedrez. En el convento nunca pudo dedicarles más de un par de horas diarias, y ahora, no bajaba de diez. A veces se encerraba con el tablero y sus revistas a analizar partidas desde que abría los ojos por la mañana, hasta que lo vencía el sueño, oscuro ya.

A mediados del 2000, Chema lo obligó a aceptar un *laptop* de segunda mano, pero casi sin uso, comprado por 500 euros a un primo suyo. Gregorio se negó al principio. Lo consideraba un gasto innecesario. Chema tuvo que demostrarle su utilidad y fingirse ofendido si no lo aceptaba. Gregorio se lo pagaría más adelante.

En pocos días, cuando Gregorio descubrió el potencial didáctico del aquel aparatejo, en el que disponía de programas robotizados que tipificaban con absoluta fidelidad el juego de los grandes ajedrecistas del presente y del pasado, se increpó por no haber adquirido antes una maravilla semejante.

Los resultados no se demoraron. Desde principios del 2001 llegaron en cascada. Ya en marzo logró su primera norma de Maestro Internacional con un ELO de 2350; y en noviembre, en Brujas, tras un honroso segundo lugar, alcanzó un ELO de 2420 y el título de Maestro Internacional. Pero su mejor año sería el 2002, en que ganara un torneo en México donde no perdió una sola partida. Tras derrotar a seis GM y haber entablado con otros cuatro considerados de la más depurada élite internacional, alcanzó los 2.470 puntos que lo situaban ya como un serio candidato al título de Gran Maestro. Ahora le bastaría con quedar entre los tres primeros lugares de cualquier certamen internacional de cierta importancia.

Su desempeño durante aquel torneo mexicano lo dio a conocer en el

mundillo ajedrecístico del primer nivel. Al publicarse una partida del desconocido trebejista español que derrotara en México a varias luminarias de la élite mundial, comenzaron a llegar desde New York, Berlín, Moscú y otras capitales de la ex Unión Soviética, y de otros grandes centros ajedrecísticos del planeta, urgentes solicitudes de información sobre Gregorio Montijo. Durante los dos últimos días del torneo, cuando ya Gregorio sacara las uñas y su triunfo se consideraba inminente, cayó sobre la sala de prensa del torneo una avalancha de cables, faxes, emails que reclamaban más partidas suyas, noticias sobre su vida privada, su curriculum; y todas las revistas especializadas le dedicaron reseñas con un amplio espacio.

La noche del sonado triunfo, 15 de octubre del 2002, Gregorio estaba deslumbrado consigo mismo. No era para menos: ya estaba arañando el soñado título, y llevado de su euforia, invitó a varios ajedrecistas amigos a cenar en un buen restaurante. Tenía 33 años y era la primera vez que invitaba. Salvo Chema, Jordi, y otros dos miembros del club de la Moncloa, no tenía amigos. Conocidos tenía muchos, pero de no mediar el ajedrez, carecía de vida social.

Esa noche en que ya no controlaba su alegría, bebió mucha cerveza, siguió con vino, y a instancias de un ajedrecista mexicano, terminaron en un casino privado donde Gregorio perdió casi 1.000 dólares de los 6.000 ganados en el torneo. Era su primera experiencia de ruleta. Fuera del ajedrez pimpón, desconocía las emociones del juego por dinero. Y en aquella ocasión, muy entonado, apostó con tanta osadía que si sus amigos no lo detienen, habría salido desplumado.

Regresó a España con 4.700 dólares que, en octubre del 2002 se le convirtieron en casi 4.900 euros. De ellos invirtió 1.500 en un nuevo ordenador, pagó completos los 1.300 de su vieja deuda con Chema más los 500 del *laptop*; y entre libros de ajedrez muy caros y algunas ropas, gastó otros 1.700. Total, que del premio le quedaron sólo 500, y con ellos se esfumó su esperanza de una prolongada tranquilidad económica. Su realidad inminente era otra vez la dura batalla por ganar algún dinero. Con sólo esos 500 se vería en figurillas. Tendría que estirarlos al máximo, porque hasta mayo, en que participaría de un torneo internacional en Sevilla, no avizoraba otra perspectiva de ganancias importantes.

Dinero. Siempre el maldito dinero...

¡Uff! Lamentable que a los cinco años de haberse consagrado por entero al ajedrez, sus finanzas siguieran al garete.

Desde el 99 ocupaba una pensión de mala muerte en Carabanchel Alto, porque a casa de Chema se había mudado una hermana con dos niños; y en

ninguna pensión de mala muerte te dan crédito. De modo que cuando se aproximaba el fin de mes, o apretaba demasiado el hambre, Gregorio tenía que olvidarse del rigor de sus estudios y entrenamientos y ocuparse de sobrevivir.

A menudo soportaba calamidades por propia voluntad. Desde poco antes, además del club donde compartía con Chema y otros amigos desde sus tiempos monásticos, frecuentaba un círculo de personas muy solventes donde se jugaba *blitz* [\[7\]](#) por dinero, a cinco minutos la partida; y entre ellos, con un poco de simulación y arteria, le habría sido fácil ganarse el sustento. Pero odiaba eso. Contra la opinión de otros ajedrecistas, Gregorio consideraba muy nociva la práctica del juego rápido, donde la inmediatez visual de los cinco minutos no deja margen para elaborar estrategias. Esa visualidad le generaba pésimos hábitos, como el manotazo impulsivo sobre las piezas, sin suficiente reflexión. Y Gregorio se abstenía de todo lo que conspirase contra sus planes de llegar un día al primer nivel mundial.

Otros ingresos eventuales procedían de clubes o alcaldías de provincias, donde le ofrecían cantidades respetables por jugar simultáneas, hasta de 50 tableros. Pero Gregorio detestaba también las simultáneas. Las consideraba una gran pamplina.

En verdad, sólo muy apremiado jugaba *blitz* por dinero; o aceptaba irse por ahí, varios días de gira, a deslumbrar a un puñado de aldeanos con sus simultáneas.

En su rutina cotidiana, Gregorio dedicaba no menos de cuatro horas diarias a jugar contra Capablanca, Karpov, Kasparov, Fisher, y otros genios del ajedrez. Todos los días escogía uno diferente; y no por virtuales, las partidas de su *laptop* dejaban de ser verdaderas.

Empleaba, además, un mínimo de ocho horas en el riguroso análisis de partidas recientes, entre figuras de la élite contemporánea. Dormía seis horas, se alimentaba con excesiva austeridad y vestía muy descuidado. El único lujo que se permitía, en raras épocas de prosperidad, cuando ganaba algún torneo o desplumaba a algún mentecato que se le tornara muy odioso, eran unas cuantas cervezas. Sin embargo, aquella vida casi tan monacal como la que siempre llevara en la Orden, le aseguraba su tranquilidad; y para ser feliz sólo necesitaba olvidar, siquiera seis meses al año, que existía un problema llamado dinero.

Al regreso de México, empezó a prepararse para el torneo en Sevilla, previsto para mayo del 2003, donde participarían once Grandes Maestros. Aparte

de los 8.000 euros que se llevaría el ganador, y 3.000 al segundo, aquel certamen le ofrecía también el título de Gran Maestro, desiderátum de su vida; y quizá el puente por donde reingresar al servicio de la Santa Madre Iglesia. Desde que ganara el torneo mexicano, apenas unas semanas atrás, Gregorio acariciaba una insólita ambición. Algo que no le pasara por la cabeza desde su renuncia al convento. Soñaba con poner el título de GM a disposición de Su Santidad, con la súplica de que mediara para su reingreso al sacerdocio en cualquier monasterio donde se le permitiese estudiar ajedrez ocho horas diarias y participar en los torneos a que fuese invitado. Si le daban esa libertad, cualquiera fuese la cofradía, él ingresaría *ad maiorem Dei gloriam*, como el más humilde de los hermanos, dispuesto a cumplir tareas ancilares en la cocina, en los servicios sanitarios, talleres, huertos, bibliotecas, en fin, adonde lo destinaran; y así, vestido de monje, con su rosario y su cruz, descalzo si era necesario, recorrería el mundo para asistir a los grandes torneos y destinar todos sus beneficios monetarios a las caridades del convento, y a edificar altares, capillas, ancianatos, hospitales, escuelas. De ese modo, amén de la felicidad de volver al servicio de Dios, se libraría para siempre de sus apremios por dinero.

Pero el hombre propone y Dios dispone. El 6 de enero del 2003, al iniciarse el sexto año de su vida laica, los Reyes Magos se acordaron de él. Le proporcionaron el empleo ideal para un ex docente de Letras Clásicas, deseoso de proveerse su modesto sustento con honradez y dignidad.

Don Silvestre Fernández Adrales, un hombre rico, descendiente de una familia ducal de Castilla la Vieja, le ofreció un singularísimo empleo en su casa.

Ciego desde sus 25 años como resultado de un accidente hípico, don Silvestre había consagrado su vida a los estudios grecolatinos. Gregorio ganaría con él 700 euros mensuales por leerle en voz alta, tres veces por semana, de 9 a 12 de la mañana, textos en latín y griego.

El reputado filólogo vivía en una casona señorial, cerca del Retiro, con su servidumbre y dos secretarias: una bilingüe en francés e italiano, y otra bilingüe en inglés y alemán, que se ocupaban de leerle, de buscarle materiales en su biblioteca, transcribirle sus dictados en computadora y servirle de internautas por los eruditos océanos de la Antigüedad.

Con aquel salario, Gregorio se liberó de la deprimente pensión de Carabanchel Alto, donde viviera desde el 99.

A fines de enero, se mudó a una habitación mínima, destinada al servicio doméstico de un apartamento lujoso. Tenía entrada directa, disponía de un retrete, una *kitchenette* y una ventana grande. Era un décimo piso, en Chamartín.

La propietaria y ocupante del apartamento, era una viuda septuagenaria que vivía sola y alquilaba aquello por tener compañía, más que por necesidad.

Era por fin un sitio independiente, silencioso y aireado, en un buen edificio, con una casera bonachona, que no lo molestaba en absoluto. Gracias a don Silvestre, ahora se encerraba a estudiar ajedrez en aquel lugarcito acogedor, que le recordaba sus celdas conventuales, con su hermosa vista sobre una zona de áreas verdes.

El refugio de Chamartín fue para Gregorio otra victoria personal. De otra parte, su sueldo fijo lo exoneraba de volver a las partidas de rapid-transit, y de los viajes por varios días a escabrosos villorrios donde prostituía su talento en estúpidas simultáneas, con toda suerte de catetos. Aceptaría, sí, participar en competencias varias, incluidas las de escasas dotaciones en metálico, siempre que le propiciasen el incremento de su ELO; y de momento, dedicaba casi toda su energía a prepararse para el torneo del mes de mayo en Sevilla.

Aquel trabajo con don Silvestre se le convertía en pasatiempo. Las tres horas volaban. Hombre cultísimo, algo excéntrico y con sus puntos de procaz, don Silvestre era un *causeur* delicioso. A veces, después de las lecturas, Gregorio aceptaba un aperitivo o una cerveza; y ya en febrero, al mes y medio de haberlo contratado, don Silvestre le pedía a diario que lo acompañara primero a una caminata por el parque interior que tenía al fondo de la casona, y luego lo invitaba a su mesa.

Aunque don Silvestre se conocía al dedillo todos los senderos del parque, su hija Cecilia solía acompañarlo. Mientras ella estuviese en Madrid, vivía en la casona; y su marido de turno, legal o de contrabando, debía admitirle que acompañara al padre en la diaria caminata y compartiera su comida del mediodía.

Según le explicara don Silvestre a Gregorio, caminar solo lo entristecía.

Cecilia, con sus 43 años muy bien llevados, impartía clases en la Complutense. Ocupaba un departamento de tres habitaciones en el ala izquierda de la casona, frente a la piscina, y era la única que entraba al estudio sin llamar. Pero disfrutaba de ese privilegio, sólo cuando llegaba desde su apartamento. Para acceder por la entrada principal del estudio, tenía que identificarse mediante un golpeteo de nudillos sobre la caoba de la puerta. Se negaba a tirar del cordón de la campanita que don Silvestre instalara para la servidumbre, por considerarlo un “dispositivo de aristócratas gilipollas”, y en su lugar se identificaba mediante ambos puños con un repique de bulerías. Por don Silvestre, Gregorio supo también que Cecilia se había separado poco antes de un marido, tras dos años de

convivencia; y en el marco de un convenio entre universidades, estaba impartiendo un curso de politología en Munich.

Las tres mañanas semanales en casa de don Silvestre, le servían de descanso en su rutina. Gregorio notó asimismo que olvidar el ajedrez durante esas horas, le producía un efecto benéfico. Volvía a sus tableros con más energía, se concentraba mejor, ganaba en claridad analítica.

Logrado el sustento que tan difícil imaginaba desde el convento, ahora invertía su serenidad y mejores energías en el ajedrez; vivía su *aurea mediocritas*, sin carencias ni sobresaltos, como Quinto Horacio Flaco; y exento de otras ambiciones, era feliz. Lo fue hasta los inesperados sucesos del 15 de abril, que lo zambulleran en los vendavales del mundo exterior.

Cuando bebía sus cervezas en el Bar de la Estación, Gregorio siempre cometía la misma burrada: pagaba su consumición sentado y olvidaba ir al baño antes de echar a andar las seis cuadras que lo separaban de su vivienda. Insistía en caminarlas por un poco de ejercicio, y porque no valía la pena pagar el boleto del autobús por una sola parada; y claro, en el mismo punto, siempre en el mismo, frente a la Tasca del Toro Triste, le entraban una fortísimas ganas de orinar; y si se las aguantaba, era por su incapacidad de entrar, ocupar el retrete de la tasca, y marcharse sin consumir.

Para colmo, aquella tarde lloviznaba.

Como de costumbre, no le quedó otra que apretar el paso, y resignarse a aguantar las ganas durante tres cuadras más.

Ya en el edificio, cuando se apretaba las entrepiernas y cerraba los ojos para aguantar mejor, Gregorio oyó los primeros aullidos. El ascensor iba por el octavo; y al abrir la puerta en su piso, la vio corriendo por el pasillo, con la cabeza en llamas. Reconoció a una tal Elena, notable beldad que vivía en el pasillo perpendicular al suyo.

En medio de estremecedores chillidos, tras arrojarse al piso, la muchacha comenzó a rodar con movimientos frenéticos, sin control alguno. Ya sus gritos, desde momentos antes, habían convocado a varios vecinos del décimo piso. Las otras tres puertas se abrieron casi de inmediato; y mientras ella se revolcaba desesperada, nuevas voces de alarma le hicieron coro.

¡Échenle una manta!

¡Rápido, un cubo de agua...!

¡Busquen al médico del piso once!

¡Miren: hay fuego en la cocina de su apartamento...!

¡Llamen a los bomberos!

¡La ambulancia!

Encogido de horror ante las llamas y el sufrimiento de la muchacha, y desencogido en el acto, Gregorio se quitó la chaqueta con movimientos de cámara rápida, y se lanzó al piso para cubrirle la cabeza.

Dentro de la confusión y gritería, se mantuvo sereno. En cuanto logró apagarle el cabello y el rostro, con la misma chaqueta se afanó en frotarle los brazos, para extinguir otras llamas que aún ardían sobre una de las mangas del camión.

De improviso, la gorda gordísima de la tercera puerta se abrió paso con un cubo lleno de agua.

–¡No, cuidado, no haga eso! – y Gregorio se irguió para interponer su cuerpo, mientras a toda prisa se desabrochaba la bragueta. En su memoria fulguró el accidente del hermano Jacinto...

Al ver a aquel tío enclenque blandir tan imponente miembro, la gorda lo supuso erecto, y por ende un aberrado, e intentó dar un paso atrás, pero permaneció clavada a su lado, muda de horror, paralizada al punto de no poder siquiera persignarse. Una sirvienta a su lado tuvo que apoyarse en su escoba para no desmayarse; y cuando Gregorio apuntó a la muchacha y la roció con un chorro gordo, caballuno, oloroso, que humeaba al caer sobre el piso frío, el hijo de la gorda dio dos pasos hacia él.

–¡No sea asqueroso, hombre! – e intentó empujarlo, pero Gregorio, sin dejar de orinar, giró con una agilidad felina y le acertó de lado un puntapié en el centro de una tibia, que lo obligó a doblarse y a brincar en una sola pierna. Era la primera vez que Gregorio agredía a alguien.

Mientras el muchacho se retorció de dolor, la gordísima iracunda embistió contra el degenerado, so guarro, demonio, quítate ya, y con la escoba de la criada le sacudió un par de mandobles por la cabeza, mientras Gregorio se defendía hacia atrás con certeros codos y talones, y ágiles cambios de mano para sostener su micción sin perder puntería.

En eso, una voz potente y autoritaria detuvo las acciones:

–Déjenlo: no sean estúpidas: orinarla es lo mejor...

Un hombre fuerte, canoso, en pijamas, bajaba en chancletas por la escalera.

Elena alcanzó a oírlo y cesó de gritar. Supo que aquel vozarrón venía del médico que vivía en el once. Su horror momentáneo ante la cascada de orines espumosos que le cayeran en plena cara, dio paso a un inmediato sentimiento de gratitud; y a pesar del chorro y sus olores, ya no pudo sino mantener los ojos bien abiertos, entregada a la subyugante visión de aquel falo grande y flexible,

que su propietario dirigía sobre su pecho, los hombros, el cuello, las mejillas. El ardor que aquel líquido caliente le provocara al principio, era ahora una sensación mucho más placentera que dolorosa. Se figuró tendida boca arriba al fondo de un desfiladero, bañada por un torrente de aguas saltarinas, espumosas, cálidas, bienhechoras...

En el piso se acallaron las voces profanas y desde ese momento sólo se oyó el chorro sobre la piel y la voz del médico.

–Eso, muy bien, hombre, muy bien: siga todo lo que pueda, que esos orines le van a evitar cicatrices.

Los atónitos vecinos la vieron desvanecerse entre sonrisas. Pero el más atónito, ante las sorpresas que le reservaba el mundo exterior, fue Gregorio. ¿Quién iba a decirle que un día se vería soltando coces contra un mocetón fornido y empujando a una bruja que lo atacaba a escobazos para impedirle orinar el rostro de una mujer?

Meses después, el recuerdo de aquella inimaginable reacción suya, le sería motivo de complacencia. La juzgó un primer paso por el camino de su adaptación al siglo.

El 29 de abril, cuando Elena regresó a su piso, ya restablecida, tenía sobre su piel, en la frente y los pómulos, unas manchas moradas, todavía muy notorias; pero por suerte, el efecto cicatrizante de los orines casi inmediatos, le evitó las usuales arrugas, fruncidos, relieves y otras marcas desagradables, propias de los quemados. Mucho contribuyó también al leve rigor de las lesiones, la compacidad y tersura de su piel privilegiada, diríase de una quinceañera.

Pero Elena no superaba su depresión. Aquella epidermis manchada señalaba el fin de su carrera, y su desempleo.

Desde que le autorizaron visitas en el hospital, Gertrudis, su agente, le adelantó las primeras mala noticias: anulados los contratos de Nestlé y Givenchy; suspendido el vídeo de Marlboro, cuyas primeras imágenes de *cow-girl* semidesnuda se efectuaran durante la víspera del accidente.

En todos los casos le ofrecían compensaciones insignificantes; pero Gertrudis la aconsejaba aceptarlas; y que se olvidara de modelar con la cara. Sus

bellas facciones ya no servirían para promover ningún producto.

¿Y a qué se iba a dedicar ella ahora, a sus 30 años, sin otro oficio en la vida que el de posar para las cámaras?

Getrudis la instó a adelgazar un poquitín; y si lograba atenuar las manchas sobre la piel, quizá ella pudiera conseguirle contratos para modelar de cuerpo entero.

Cuando consultó al especialista que la atendiera en el hospital, supo que sus manchas desaparecerían bajo el efecto natural del tiempo, en el término de unos cinco años.

¡Vaya consuelo!

–Pero siempre tiene usted, señora, si lo estima conveniente -le sugirió el médico-, la posibilidad de someterse a un tratamiento muy moderno, que le devolvería en pocas semanas gran parte de la blancura y lozanía de su piel.

Le aseguró que se vería casi como antes del accidente.

–El único inconveniente es que la terapia resulta un poco dolorosa.

El dolor no era el único inconveniente ni el mayor. Al indagar sobre los costos, Elena descubrió que las pocas clínicas donde aquella técnica se aplicaba con eficacia en España, eran carísimas. El total, con internación de quince días, no bajaría de 13.000 euros. ¿De dónde rayos iba a sacar ella semejante suma? Ni siquiera tenía una pela guardada con que amortizar la compra del apartamento, pagar la escuela del niño y vivir.

Desde antes de salir del hospital, había llorado mucho. Estaba en la calle, en la miseria. Lo primero que haría, para subsistir en el paro, era vender su coche, sacar al niño de su escuela y ponerlo en la enseñanza pública.

Con su familia no contaba ni para comprarse una bicicleta, y su ex era un farolero inservible. Alardeaba de tragarse el mundo, pero ante la mínima adversidad, huía siempre como un cobarde. De haberse encontrado en la situación del vecino, en vez de orinarla y distribuir patadas, Ricardo habría echado a correr escaleras abajo, so pretexto de ir a por los bomberos y tal. Siempre había evadido sus responsabilidades con ella y el hijo.

Al instalarse de regreso en Chamartín, Elena volvió al recuerdo de su salvador. Según los dermatólogos, los orines inmediatos le evitaron una desfiguración irreversible. Una chica vecina del mismo piso, que fuera de visita al hospital, la ayudó a recordarlo: un tío flaco, de aspecto apocado. Elena sólo conservaba una borrosa imagen: perfil de cabeza gacha en el ascensor, mirada huidiza, delgadez... ¿Cierta calvicie? Y se le superponía la visión recurrente de un hombre sin rostro, enfocado desde el piso, piernas arqueadas, miembro en

ristre; y otra de lado, velada por el chorro, cuando daba golpes e insistía en orinarla, a la vista de todos los vecinos. Vaya tío cojonudo.

En el hospital, todos los días esperó verlo llegar de visita. No tenía por qué, pero ella supuso que iría; y ya de regreso en su piso, se propuso abordarlo cuanto antes. Su amiga descubrió que se llamaba Gregorio, pero no supo informarle casi nada de su vida. Ni le importaba mucho a Elena. A ella le constaba que Gregorio, cualquiera fuese su vida y profesión, era un hombrecillo apocado, pero un tío de cojones. Lo contrario de Ricardo, que vivía de impresionar con su estatura, su larga cabellera, su voz gorda y ronca, y en esencia era un ratón.

Por la vaga imagen que Elena lograba reconstruir, Gregorio debía tener unos 35 años. La nebulosa visión de aquella tarde, cuando lo viera desde el suelo, le inspiraba casi a diario, sueños eróticos. Se despertaba sobresaltada en medio de la noche; y al final, una y otra vez, el poderoso falo derramaba sobre sus ojos, su boca y sus senos, inagotables y gordos chorros de semen, caliente y salvador, como sus orines. A veces, al evocarlos, Elena sonreía avergonzada. Otras, se relamía de placer.

La misma tarde de su regreso, Elena se presentó en el piso de doña Socorro, pero él no se encontraba. La señora le informó que en general solía llegar tarde, después de las once o doce de la noche. Elena se apostó a las diez en su cocina, apagó la luz y dejó la puerta del pasillo apenas entornada, para vigilar el ascensor; y poco antes de las once, al ver salir a Gregorio, cogió la basura que ya tenía lista en su bolsa y se dirigió a verterla en el incinerador.

Se hizo la encontradiza y lo saludó con efusividad. Él, tímido, confuso, de pie en el pasillo, sólo atinó a asentir y a sonreír.

Con lágrimas en los ojos, Elena le cogió una mano y se la besó...

Avergonzado, con su mano apresada, no sabía adónde mirar.

—Esta mano me salvó de horribles cicatrices...

Gregorio reprimió una relampagueante visión de otra parte de su anatomía, más acreedora de aquel beso.

Ella no paraba de referirse a su valiente y oportunísima intervención.

—De no ser por usted, hoy sería un monstruo.

Pertinaz, verborreica, se empeñó en describirle el accidente. En esos días su Pedrín cumplía años, y ella se encontraba ajustando una cafetera para ponerla sobre la hornilla cuando sonó el timbre. Era un mensajero con los regalos que su ex marido enviaba al niño para su cumpleaños, porque todos los 19 de abril el padre se daba por cumplido con enviarle un regalito por mensajería, vaya padre, y ella, una vez recibida la encomienda, firmado un recibo, de regreso en la

cocina, comenzó a abrir el paquete y aunque faltaban cuatro días para el cumpleaños, el niño había obtenido permiso en el colegio para pasar aquella tarde con su mamá; pero ella no quería que Pedrín viera ningún regalo hasta recibirlos todos juntos durante la fiesta y por eso trató de esconder el paquete en el armario más alto de la cocina, adonde el chico no alcanzara; pero al encaramarse en un banquito para abrir la puertecilla corrediza, zas, volcó una alcuza que se quebró al rebotar sobre una varilla de donde ella colgaba algunos cobres, y el alcohol se le derramó entonces sobre la cabeza, de donde siguió chorreando hasta la candela encendida y ella vio espantada las llamas azules trepándole sobre sus manos, brazos, cuello, rostro, cabellera y no atinó sino a echar a correr; y él no podría figurarse lo agradecida, lo endeudada que ella estaba con él... Uno de sus médicos siempre la instaba a darle eternas gracias al valiente y oportuno vecino, y en fin, llevada también de una inmensa admiración por la forma enérgica en que actuara ese día, ella aspiraba a ser su amiga, y de momento quería saber si le sería posible cenar juntos en su apartamento, al día siguiente.

Ante tan insospechada invitación, Gregorio vaciló. Era la primera mujer joven y bella que se le mostraba tan solícita.

¿Que una mujer le cogiera una mano entre las suyas?

Sólo su madre, pobrecita... Dios la tuviera en Su Santa gloria.

¿Que alguien lo mirara con aquella devoción?

Nadie.

Sorprendido, asustado, no se atrevió a rehusar la invitación. Y le dedicó una sonrisa desmañada, como el niño que se avergüenza de recibir un regalo apreciable.

Elena comprobó que era joven. En todo caso, sólo un poco mayor que ella.

No era un hombre bello, no: algo dientudo, narizón, ojos chiquitos, feúcho, muy enjuto; pero tenía algo viril en sus caderas estrechas y en sus piernas estevadas de jinete, que vistas desde abajo, soñadas más de una vez, eran su mayor atractivo. Le sugerían un erotismo de espadachines, raptos y galope nocturno. Las veía entreabiertas. Se excitaba al recordarlas.

El amor no figuraba en el programa de Gregorio. Se sabía un hombrecillo sin *sex appeal*... Por instinto y natural cautela, renunció a las mujeres desde niño. Fuera de la masturbación conventual, no tuvo comercio carnal hasta los 30 años. Su primer y único contacto fue una prostituta polaca en San Sebastián, una noche de borrachera en que otro ajedrecista lo arrastrara a un burdel, para festejar la destacada ubicación de ambos en un torneo internacional. Gregorio

fue objeto de una cabalgata grotesca, por la que pagó y se marchó asqueado.

Aquel acto tan grotesco, con una adolescente drogada que apenas hablaba español, lo forzó a cerrar los ojos. Se satisfizo de prisa y con asco; y reconoció que en sus encogidas soledades lograba mejores finales. Aquella desagradable experiencia le serviría, no obstante, para decidir que si las prostitutas eran su única opción de feo irredimible, prefería seguir saciándose a punta de imaginación.

¿Qué mujer decente y sana, si no, se ocuparía de él? Al contemplarse en el espejo, un inmediato desaliento le inhibía toda iniciativa. Además, nunca reuniría suficiente valor para volver a un burdel o entablar tratos con alguna garza itinerante.

Y aquel 30 de abril, cuando Gregorio acudió a la cita con Elena, daba por sentado que una mujer tan guapa, a lo sumo sentiría por él un poco de gratitud; y sin duda quería cumplir con la formalidad de expresársela mediante aquella invitación a cenar.

Antes del accidente, había visto a Elena sólo cuatro o cinco veces. Su belleza y elegancia al vestir lo estremecieron desde que la viera en el vestíbulo del décimo piso. La primera vez fue el 26 de enero, día de su mudanza a Chamartín. Ella irradiaba aquel día un perfume tenue. Él le cedió el paso al salir del ascensor.

Desde atrás, era todavía más bella. Se desplazaba con los pies algo abiertos. Tenía unas corvas de ensueño; y las nalgas, madre mía, eran de una perfección humillante.

Cada vez que Gregorio caminaba detrás de una de esas hembras de campeonato y se permitía observarla sin tapujos, se entristecía. Y quién no, al saberse condenado a pasar por la vida sin poder acariciar jamás a las adorables muñeconas del mundo exterior.

A poco de aquel primer encuentro, un día en que Gregorio regresaba en el ascensor vacío, reconoció el perfume de la bella vecina y llegó a su apartamento muy excitado. Lo asediaba la imagen de sus senos, nalgas mórbidas, cintura estrecha... Se la imaginó quitándose una atrevida minifalda, bajo la cual no tenía nada..., y tuvo por fuerza que toquetearse.

Por encima del cuello, sólo recordaba el pelo negro lacio y una piel muy blanca. Pero no los ojos, ni la nariz, ni otros rasgos de su semblante. No osaba mirarla de frente; ni siquiera espiarla de soslayo. Desde atrás, sí, pero sólo cuando ella lo precedía al salir del ascensor. El par de veces en que se la cruzara por los pasillos o alrededores del edificio, tampoco se atrevió a volverse. Se

moriría de vergüenza si ella se diera cuenta. Quizá se burlara. O se burlaran sus vecinos, o los peatones, de ver a un tío tan feo curioseándole la retaguardia a una señorita decente.

¿Qué edad tendría Elena?

Ahora que pudo examinarla bien, a su regreso del hospital, se la imaginó entre 25 y 30.

Apenas atravesó la puerta del pequeño vestíbulo, lo turbó su desenfado.

Claro, era una modelo... Debía ser desenvuelta, dueña de sí...

–Ven por aquí, pasa, la puerta se cierra sola -y echó a caminar hacia la sala-. ¿Un whisky? ¿Una cerveza? Gregorio prefirió cerveza.

No se esperaba el contoneo, la exhibición de nalgas, ni aquellos shorts asesinos. También lo sorprendió el tuteo y las palmaditas sobre el sofá.

–No, siéntate aquí conmigo -y le estiró la otra mano para atraerlo junto a ella.

En cuanto lo sentó a su lado, le sonrió en silencio, suspiró, se mordió los labios.

Tras otro vertiginoso monólogo de gratitud, y la reiterada cascada de cuánto admiraba su determinación de aquel día, y el haber enfrentado a los vecinos, dio unos pasos hasta la cocina y le trajo la primera cerveza.

Se quedó unos segundos con la tapita en la mano, indecisa. Por fin lo miró a los ojos, se inspeccionó la delta que le formaban los senos sobre el ángulo de un mínimo escote y puso la tapita en un cenicero.

De nuevo sentada a su lado, le colocó una mano sobre la rodilla y entrecerró los ojos para asegurarse que si una virtud apreciaba ella en un hombre, más que ninguna otra, era la firmeza de sus actos sin temer la murmuración o críticas ajenas.

Gregorio, amordazado por su naturaleza pusilánime, no fue capaz de salirle al paso y evitar que se confundiera. Quizá el orinarla fuese un mandato repentino de Dios; pero él no era virtuoso, ni decidido, ni valiente, ni nada de eso. Él era irresoluto y timorato...; pero guardó silencio. Sólo atinó a bajar la vista y a encogerse de hombros.

–No sé cómo agradecerte, no tengo palabras... Es que estoy muy emocionada de tenerte al lado ¿sabes? y..., y lo único que se me ocurre es darte un beso... ¿Puedo...?

Gregorio tampoco se esperaba aquello.

¿De modo que no se trataba de un simple intercambio de cumplidos entre una vecina agradecida y su benefactor?

Desconcertado, la vio levantarse y pararse frente a él, a dos pasos.

–Ven -y lo cogió de una mano.

Él obedeció.

Sin darle tiempo a sonrojarse, Elena alzó sus brazos bien abiertos y se le acercó despacio. Hipnotizado por aquella boca carnosa que ahora se abría muy cerca de la suya, confuso, temeroso, avergonzado de su erección, ahuecó el cuerpo. Qué iba a pensar ella si se daba cuenta. Por Dios, no quería faltarle el respeto.

El beso de gratitud duró varios segundos. No fue un beso anhelante, apasionado. Fue primero una suave mordida golosa, seguida de una lenta y experta succión de sus labios juntos; algo que Gregorio desconocía en su boca. La niña puta de Polonia, *partenaire* de su única y descarnada experiencia amorosa, no besaba bocas ni incurría en preludios dilatorios. Y viendo películas, Gregorio se preguntaba a qué sabría la lengua de una mujer entre su boca. Ahora comenzaba a saberlo. Sabía a éxtasis..., y a precipicio.

Tras haberle capturado la lengua, Elena se entretenía ahora en chuparla y mordérsela. Jugaba con ella; y era un juego tan inesperado, tan material, ay, Dios mío, tan fuerte y peligroso... Mire que en el mundo exterior se producían situaciones insospechadas.

–Bésame -y le arrimó los senos desnudos a la boca.

Él se encogió un poco para lamerlos con suavidad. Pero no sabía qué más se hace con un par de senos. Su impulso era de llenarse la boca con ellos. ¿Sería lícito succionarle los pezones? ¿No sería muy infantil?

–Chúpame -rugió ella y se estiró en el sofá.

Cuando él se arrodilló para complacerla, ella le palpó el miembro y empezó a desabotonarle la bragueta.

Gregorio se alarmó ante el inmediato ascenso de temperatura en las sienes. Un desconocido y vigoroso latido en el plexo crecía por momentos. Pero él dio rienda suelta a su gula de pezones rosados, casi blancos.

Ya no tenía retroceso. Moriría, si ese era el designio de Dios...: pero en brazos de aquella mujer que ahora se sentaba para abrirle la camisa y desabrocharle los pantalones, y enseguida se arrodillaba para besarle con fruición el falo enhiesto, recto, gordo, enrojecido; y él, entregado al mayor goce de su vida, cerró los ojos y esperó que se cumpliera la voluntad de Dios.

Y Dios fue benévolo con él.

A los diez minutos del glorioso orgasmo, cuando ya estaba seguro de sobrevivir indemne, y yacía desnudo, tendido en la alfombra de la sala, mientras ella se preparaba una sangría y destapaba otra cerveza, se preguntó si la

intimidad entre hombres y mujeres, sería siempre así, tan repentina.

Pero Elena interrumpió sus reflexiones. Encaprichada en verlo desde abajo, lo obligó a levantarse y ella se tendió a sus pies, en la misma postura de cuando la orinara, y comenzó a masturbarse los pezones. Ante aquel espectáculo, Gregorio reaccionó como un resorte. Ella no se lo esperaba y se irguió con una mirada de gratitud. Y a poco, cuando abrazada de sus muslos por delante, lo besaba y le hacía cosquillas con las uñas, y estaba ya a pocos segundos de volver a bebérselo, él ya no pensó en Dios. En plan más terrenal, sólo atinó a mirar asustado hacia atrás y hacia los costados, como el niño que se come un manjar prohibido y teme que aparezca alguien a quitárselo.

Aquello iba más rápido que en las películas.

Increíble. Una hora antes, Elena era una desconocida. Una vecina apetecible, modelo de profesión, según comentarios de los porteros, que en un par de ocasiones le inspirara deseos y la socorrida consolación manual. Nada más sabía de ella. Y ahora, en un santiamén, tras apoderarse de él, le estaba regalando los momentos más intensos de su insignificante vida amorosa.

Un hambre vieja, insatisfecha, lo urgió a aceptar el manjar sin reservas. Nada de moralismos, censuras, arrepentimientos ni temores. Paso al placer inesperado... Ya habría tiempo de arrepentirse.

El quinto round fue sublime. Hipnotizado por la animalidad de aquellos labios, dejó que la dulzona cosquilla recorriera sus tejidos y le estirara la piel.

Para ella, el non plus ultra era bebérselo y provocarse el orgasmo manual con el sabor de la eyaculación entre los labios; pero ahora, al adivinar su descarga inminente, lo tumbó para lanzarse a un galope final sobre la alfombra. Al borde del deliquio, él oyó por vez primera el himno de su médula vivificada, mientras una salva de temblores estallaba en ignorados rincones de su anatomía. Un segundo antes de la meta, Gregorio se dijo que quizá no fuese buena idea volver tan pronto a la vida conventual... Tal vez le aprovechase más, ayyyyy, ser un Gran Maestro laico y seguir adentrándose en los misterios del mundo exterior, y acabó de confírmalo, sí sí, entre los espasmos, ohhhhh, de otro caudaloso derrame.

A las ocho de la mañana, de regreso en puntillas a su apartamentito, Gregorio fue directo a mirarse en el espejo grande. Se dirigió algunas muecas y se examinó desde distintos ángulos. Proyectaba su misma imagen de siempre, pero experimentaba una suerte de estado vibratorio. La saliva le sabía algo ácida, y otros olores entre dulces y rancios lo acompañaban desde la noche anterior. Pero no pensaba bañarse. Ni iría ese día a casa de don Silvestre. Lo llamaría para

excusarse por algún malestar inventado. Tampoco estudiaría ajedrez. Los repentinos acontecimientos de la víspera requerían de mucha reflexión. Por fin, vivía un milagro.

Volvió a mirarse al espejo.

Se quitó la camisa y sacó pecho. Su subió a la cama para verse las piernas arqueadas que tanto gustaban a Elena. Se miró el miembro enrojecido por el excesivo ejercicio nocturno y lo sacudió con cierta vulgaridad ante el espejo. Por primera vez lo complacía mostrarse obsceno.

¿Se convertiría ahora en un hombre del siglo? ¿Dejaría por fin atrás al monje pusilánime de cinco años antes, o de dos días?

Sintió un poco de miedo.

¿Estaría cediendo a una tentación que más tarde le sería fatal?

¿Iría ese mismo día a ver a Fray Andrés?

Ahora no lo impelía ninguna necesidad de confesión, como le ocurriera después del encuentro con la polaca. Pero era indudable que se había entregado de lleno a la lujuria, uno de los Siete Pecados Capitales...

Mientras se enjabonaba la cara, le volvieron las imágenes frescas, recentísimas, de lo sucedido esa noche inolvidable. Al evocarlas, lo recorrió otra vez el vértigo de sus crecientes, inaplazables deseos de ella.

Recordó un libro que circulaba por el seminario, con ilustraciones de enfermedades venéreas, encarnaciones demoníacas, rostros viciosos. Evocó una andanada de términos espeluznantes que lo amedrentaban durante sus ejercicios de castidad juvenil: concupiscencia, lascivia, depravación... Pero por más que las campanas de su conciencia repicasen a rebato, las atenuaba el recuerdo de su voz, el tañido de su risa; y las ominosas ilustraciones ejemplarizantes desaparecían supuestas por el recuerdo de una caricia perversa, o de una postura tan indecente como deleitosa.

Gregorio supo que ningún aldabonazo de su sistema de alarmas, ningún exorcismo lo libraría de aquel deseo. Ante su erección incontenible, que lo incitaba a acariciarse, comprendió a los pecadores de todos los tiempos. Sólo un santo de fortísima voluntad resistiría aquel deseo. Él se dio por vencido de antemano. Era inútil luchar con la honda de David contra un dragón hectocéfalo.

Se vistió y volvió al apartamento de Elena, que acababa también de ducharse y se disponía a salir; pero al palpar su derecha y vigor, y al sentirse mordida y apretada, lo arrastró de vuelta a la cama.

Gregorio resultó tan dadivoso de semen como la víspera. Ella misma le dirigió sus descargas sobre la juntura de sus senos, sus párpados, su lengua

inquieta asomada entre los labios.

Dios mío ¿sería pecado aquello? ¿Sería práctica habitual entre esposos unidos por el sacramento del matrimonio? ¿Lo permitiría Dios, en su infinita bondad?

De pronto, Elena lo arrastró al baño, se tiró al piso boca arriba, y le pidió que se le plantara adelante, patiabierta, viril, como ella lo soñaba, para que la orinase en la cara; pero él no fue capaz. Entonces lo obligó a masturbarse mientras ella lo imitaba, sacudía sus senos, daba pataditas y se estremecía toda.

Otro de sus antojos fue que posara como el de Miguel Angel, igual que su marmolito de la sala, y lo hizo treparse en una banqueta, para morderlo, besarle los pies, morderle las pantorrillas, arañarle el falo, regalarle besos labiales, dentales, palatales, glóticos, y por fin, ella se entregó como nunca al gran banquete. Trajo a la cama la *Enciclopedia Universal del Erotismo*, compañera de sus soledades, y le pidió la penetrara en deliciosas posiciones japonesas, arábigas, indostánicas, tántricas, documentadas en artísticas láminas, pero sólo practicables cuando los hombres alcanzaban como él, virtuosos tamaños y durables tiesuras.

Elena tuvo plena conciencia de estar comiéndose un virgo; pero un virgo potente, inagotable, que ahora derrochaba con ella los cuantiosos ahorros de una vida ascética. Y aprendía rápido. Era tal cual se lo imaginara: bueno, honrado y viril: un hombre verdadero. Lo que más le encantaba era su inseguridad; y determinó apropiárselo. Lo quiso todo para sí. Para ella sola.

-Te adoro -sonrió ella al final, ya exhausta-. Nunca vi nada igual... Eres un tío de puta madre...

Un feo, sí; pero que valía por siete faroleros como el bello Ricardo, que comía propóleos y germen de trigo y practicaba kárate; pero incapaz de la tiesura e incontables repeticiones de su diamante en bruto...; diamante en bruto que ella sabría burilar, pulir, je je, y engarzar en brevísimo plazo.

Al día siguiente, Gregorio salió muy temprano de Chamartín y cogió el metro hasta Cibeles. Era su ruta habitual cuando iba a misa. A veces, con deseos de andar, se apeaba mucho antes y tomaba por la Castellana, Recoletos y luego por el Paseo del Prado hasta el Hotel Ritz, donde doblaba a la derecha en San Jerónimo.

Aquella mañana Gregorio caminaba absorto, sin ver nada. Llegando a la iglesia no advirtió a Consuelo, su amiga de la cerería que lo saludaba cuando se cruzaron. Ni siquiera oyó la música del reloj en lo alto del edificio, frente al Palace; ni se detuvo a admirar, a las nueve en punto, la coreografía mecánica de

sus personajes. Lo único que Gregorio veía, una y otra vez, eran las increíbles escenas eróticas de la víspera, en el día más insólito de su existencia. Y las veía con la nitidez de un film impecable.

Hasta entonces, Gregorio había vivido convencido de que algo así no le ocurriría jamás. No se hubiera atrevido ni a soñar que una mujer tan guapa lo invitara a su casa y a los tres o cuatro minutos de su llegada, sin darle tiempo a tomarse ni un solo trago de cerveza, se pusiera a besarlo de aquella forma.

Desvelado al amanecer, había decidido por fin dar inmediata cuenta de lo sucedido a Fray Andrés. Desde que abandonara el convento de los dominicos, su confesor era aquel capuchino inteligente, severo pero magnánimo, a quien conociera una tarde de tormenta espiritual en su Iglesia de Jesús de Medinaceli.

El nombre de Fray Andrés colgaba del segundo confesionario en un cartelito de madera. Como se hallaba ocupado, Gregorio se sentó a esperar su turno en un banco cercano; y al elevar la vista hacia un vitral, lo atrajo un primer plano de Santa Clara en Asís, en medio de su comunidad franciscana de las Damas Pobres. Y el óvalo facial de la santa le trajo a la memoria a Elena, en una de sus caricias más lujuriosas. Acto seguido, en plena erección, vio una imagen marmórea de San Francisco que lo observaba desde un rincón; y para su sorpresa, no le produjo horror. Ni siquiera sensación de pecado. Nada parecido a la miseria moral y urgencia de confesión que le impusiera su encuentro con la polaca.

A Jesús de Medinaceli había entrado con idea de confesar el pecado de lujuria, pero ante aquella reacción tan blasfema de su organismo, con San Francisco por testigo, decidió aplazar la confesión y reflexionar un poco sobre su caso.

Cogió una línea 30 hasta Plaza de España y de allí siguió a pie, Princesa arriba, hasta la Moncloa, donde cogió un taxi para Chamartín.

Casi al mediodía, sentado en un parque, decidió no confesar, al menos por ahora, un pecado de lujuria que no lo atormentaba, del que no se arrepentía y en el que estaba dispuesto a reincidir esa misma tarde. Confesarse sería un acto formal, insincero. Y Gregorio conocía suficiente teología para no ignorar que el sacramento de la penitencia debía cumplirse con dolor y legítimo arrepentimiento.

Además, si Dios condenaba la lujuria como uno de los Siete Pecados Capitales ¿por qué añadía tan intenso goce al acto de la reproducción? Si el placer oficiaba como estímulo divino para que nadie fuera indolente en perpetuar su especie ¿por qué no nos asignó un placer moderado, pero igualmente

compulsivo, como el de saciar la sed? ¿O por qué no otorgó a los humanos, como a otras criaturas, el celo de las hembras, que limita el placer masculino a unos pocos días por año?

Sin ningún remordimiento, esa noche volvió a los brazos de Elena. Otra vez debió esforzarse para no vociferar su gratitud a Dios; para no aullar su renovado descubrimiento del placer, sin miseria ni arrepentimiento. Y ya desde esa segunda y gloriosa jornada de lujuria, temió perderla. Cuanto más enamorada se declaraba Elena, más sospechaba él que le mentía o se burlaba. Recordó al pobre diablo de Chaplin, en *La quimera del oro*, extraviado de amor quimérico por una mujer que se burlaba de él.

Dos días después, cada vez que Elena resucitaba de sus sísmicos orgasmos y reiteraba los elogios a la anatomía y virtudes amorosas de Gregorio, él cedía un poquitín en su negativa valoración de sí mismo. Y así llegó a medio convencerse de que aun esmirriado y feo, no carecía de encantos. Según ella, era un tío de iniciativas rapidísimas, como demostraran los memorables orines; y valiente, al punto de emprenderla a coces contra un grandullón fornidísimo como el hijo de la gorda; y en la cama, un hierro persistente y e infalible repetidor.

Gregorio terminó por admitir que sí, en efecto, en el mundo exterior solía ocurrir que una mujer de gran belleza y buen vivir, se enamorara de un feo como él, pobre por añadidura. Pero su estado de ánimo variaba por horas, con notables flujos y reflujos. El 7 de mayo, víspera de la inauguración del torneo en Sevilla, mientras celebraban con una botella de coñac la primera semana de romance, él le confesó sus miedos:

–Tú no estás enamorada de mí... Te resulta novedoso el amor conmigo, porque soy un bicho raro; pero muy pronto, cuando te hartes, me vas a dejar...

Ella, de costumbre inquieta y parlanchina, se mantuvo unos instantes inmóvil, hasta que comenzó a llorar en silencio con la vista fija en la pared.

–Perdóname... -intentó disculparse Gregorio.

Ella le cogió una mano para demostrarle que no estaba enfadada.

–No lloro por tus tonterías... Lloro por mi situación, por tener que dejar este apartamento, por Pedrín.

Y comenzó a enumerar sus tribulaciones. Aquellas manchas que aún tenía en la cara, eran su ruina. Poco antes ganaba fortunas; era una de las modelos faciales más cotizadas de España. Con ese dinero estaba pagando aquel apartamento, tenía un buen coche y su hijo iba a un colegio de ricos; pero ahora, aquellas manchitas que gracias a él, no eran peores, le habían arruinado su carrera. Ahora tendría que modelar de cuerpo entero; y a los 30 años cumplidos,

dentro de poco no sería la misma. Con aquel sobrepeso, propio de la edad, si lograba trabajo de modelo, ya no ganaría sino sumas modestas. Tendría que renunciar al piso de tres habitaciones y amplia sala, refinanciarlo y conseguirse algo más pequeño; y sacar al niño de aquel colegio carísimo y quizá, hasta vender el coche. Ella no tenía una peseta ahorrada...

–Y ya que tú pones las cosas así, oye toda la verdad.

Se secó unas lágrimas y encendió un cigarrillo.

–Yo podría tal vez volver al modelado facial, pero con un tratamiento que cuesta un ojo de la cara...

–¿Cuánto? – quiso saber Gregorio.

–De 15 a 20.000 euros.

Él soltó un silbo y arqueó las cejas.

–No voy a negarte que si me lo propongo, conseguiría el dinero. Tengo admiradores; y hay un hombre mayor, buen amigo, que ha enviudado y me ofrece matrimonio; y si yo no quiero casarme ni vivir a su lado, me pone un piso donde visitarme... ¿Me entiendes?

–Sí, claro ¿y qué piensas tú?

–En realidad, no tengo más que alzar ese teléfono y en una semana Celestino me entrega las llaves de un piso y un cheque que resuelve todos mis problemas...

Gregorio la miró angustiado y bajó la vista, con un gesto de derrota.

–Pero esta es la puta hora en que me he enamorado de ti, que no tienes ni donde caerte muerto...

–Pero conmigo no tienes que...

–Calla, hombre... -con una mano le tapó la boca-. No me expliques nada. Sólo te pido que no vuelvas a dudar de mi amor... ¿Qué coño haría yo aquí contigo, si no estuviera enamorada? Y tras palmotearse con vigor ambos muslos, se levantó y señaló en redondo.

–¿Crees que me agrada marcharme de este apartamento y sacar a Pedrín de su colegio? Pero ya lo he decidido: me voy a vivir contigo; y nada te pido, Gregorio; voy a trabajar en lo que sea, para que tú sigas en tu ajedrez; y quiero mimarte; y mi hijo y yo viviremos donde sea, pero contigo...; te lo juro por Pedrín, y por esta -dijo, y se besó el crucifijo que le colgaba de una cadenita.

Él, muy colorado y nervioso, en vez de apagar el cigarrillo en el cenicero, lo hundió en su copita de coñac.

Ella se rió de su embarazo.

–Me gusta que seas torpe y tímido -dijo, más alegre ya, y lo miró muy de

cerca a los ojos, mientras le acariciaba una mejilla-; y me gusta que no conozcas otras mujeres, y que hayas sido cura, y que trabajes de lazarrillo para ese viejo sabio...

Casi ofendido, él le prometió que no siempre dependería de don Silvestre; pues cuando obtuviera su título de Gran Maestro, ya no sería un indigente: lo invitarían a participar en competencias de mayor nivel, y en un futuro no lejano, sus ingresos les permitirían una vida más holgada...

Ella le sonrió con indulgente escepticismo; pero él, urgido de ayudarla sin tener que esperar por ese futuro, quiso conocer, bien circunstanciados, sus apremios financieros; porque si corría con suerte en el torneo de Sevilla, quizá le aportara algo en esos días. Mientras tanto, le ratificó que por vivir junto a ella, se domiciliaría bajo un puente.

Al otro día se reprochó haberle prometido semejante disparate. Claro: lo del puente era sólo una metáfora ilustrativa de su disposición al sacrificio por vivir a su lado. Bien sabía él que sin ciertos requisitos de estabilidad, confort, silencio, nadie estudia ajedrez, ni lleva vida de familia. Él, de seguro, no podría.

Camino del aeropuerto, recayó en su obsesión sobre las necesidades de Elena; y ya en Sevilla, siguió sacando cuentas: el restablecimiento de la piel costaría unos 15.000 euros; el colegio de Pedrín, 4.000; la amortización anual del piso en Chamartín, unos 7.000... ¿De dónde iba a sacar él todo ese dinero? El total ascendía a 26.000 euros.

En esos días descubrió la amargura que produce la insolvencia cuando te sientes responsable de otro. A solas era llevadera; compartida, humillante.

Y volvía a su retahíla de que por enamorada que estuviese, Elena le duraría poco. Terminaría en brazos del ricachón ese, el tal Celestino.

En el improbableísimo caso de que ganara el torneo de Sevilla, obtendría un premio de 8.000 euros; una migaja de los 26.000 que necesitaba Elena.

¿Qué hacer?

¿Vivir con ella, sin dinero?

Imposible.

Y vivir sin ella también le sería imposible.

Había caído en una trampa de la que no sabía escurrirse.

En Sevilla participaban 32 competidores por el criminal sistema Wimbledon de rondas eliminatorias, sin consuelo posible para los perdedores. Estaba anunciada la presencia de 11 Grandes Maestros, 9 Maestros Internacionales y 4 Maestros FIDE. Los 32 participantes, en sólo cinco rondas eliminatorias, jugaban como mínimo 2 partidas sucesivas contra el mismo rival. Si en las dos primeras, con un tiempo asignado de dos horas a cada competidor, uno sacaba ventaja, el perdedor resultaba eliminado. Si quedaban iguales, dirimían el mismo día mediante otros dos enfrentamientos, pero con un máximo de quince minutos para cada jugador. Si persistía el empate, se jugaba acto continuo la tanda mortal; o sea, tantos *blitz* a cinco minutos, como fuesen necesarios para establecer un vencedor.

De conformidad con este sistema eliminatorio, de los 32 jugadores que se iniciaron el primer día, fue quedando la mitad al final de cada ronda.

El quinto día, un lunes, se descansaba, y el martes 20, debía jugarse la final. Según *El País* del día 19, Gregorio aparecía con el siguiente desempeño:

GREGORIO MONTIJO DE LA TORRE.

MI, español, 34 años.

1ª RONDA: Jueves 15: Partida 1ª ganada; partida 2ª tablas. Vencedor del GM inglés Owen Green por 1.5 puntos contra 0.5.

Eliminados 16 competidores, quedan en la competencia otros 16. (Ver más abajo la cronología de cada ronda eliminatoria.)

2ª RONDA: Viernes 16: 3ªG, 4ªP, 5ªT, 6ªG. Vencedor del MI danés Allan Hansen por 2.5 contra 1.5.

Clasifica entre ocho para los cuartos de final.

3ª RONDA: Sábado 17: 7ªG y 8ªG. Vencedor del Maestro FIDE Ramón López Gil de España, 2 a 0.

Clasifica entre los cuatro semifinalistas.

4ª RONDA: Domingo 18: 9ªT, 10ªT, 11ªT, 12G. Vencedor del MI Peter Alberts, de Alemania por 3 a 1.

Queda como finalista, con los mismos puntos que el GM húngaro Sándor Kekesfalva.

La inesperada presencia de un MI español en la final, abarrotaría el escenario de las competencias. Y así fue. Los aficionados que aspiraban a una butaca en aquel recinto de capacidad restringida, desde la media mañana formaron cola junto a la entrada.

Tras haber entablado contra el inglés, Gregorio reconoció su mucha suerte. Durante casi tres horas, jugó sin coherencia, entrampado en una posición caótica. Pero Dios quiso que cuando estaba ya a punto de abandonar, Owen Green cometiese un error inusitado en un Gran Maestro, y Gregorio ganó su segunda partida. Perdió después la cuarta, que ya le tenía ganada a Hansen: No se quitaba a Elena de la cabeza, con todos sus problemas de dinero a cuestas; pero en el *blitz* a 15 minutos de la sexta partida, donde el planteo lo desfavorecía, la suerte volvió a ponerse de su lado. De pura chiripa, se le ocurrió una movida de rey, a primera vista algo alocada, pero que acabó por asegurarle una leve ventaja posicional. El danés se vio forzado a demorarse como dos minutos para responder, y aunque volvió a poner el juego a su favor, perdió por tiempo.

Tras el respiro que le diera la ronda con López Gil, Gregorio volvió a zozobrar en su décima partida ante Peter Alberts, un MI de 17 años. Esa derrota le habría costado la eliminación, pero Dios lo empujó a un final desesperado que desconcertó al inexperto jovencito alemán. Lo puso tan nervioso que comenzó a ver fantasmas, y por asegurarse con una jugada muy conservadora, el chiquillo perdió un tiempo y la posibilidad de dirimir la partida a su favor mediante un final de peones. No le quedó otro remedio sino aceptar las tablas.

El verse a las puertas de la final, contra el temible GM húngaro Sándor Kekesfalva, el jugador con mayor ELO del torneo, y con fama de muy mañoso, lo alteró mucho.

En la tarde de ese domingo, en vez de alegrarse por su triunfo en la semifinal, se le acentuaron sus miedos por Elena. Volvió a desesperarse por su insolvencia, revolvió a Celestino con Kekesfalva; y ante el húngaro

experimentaba la misma impotencia que le generaban los millones del vejete. Era inútil jugar. Nada podría contra el húngaro. Por un momento estuvo tentado de fingirse indispuerto y no pasar por la tortura de verse vapuleado. Ni soñaba ya con ganar el título y los 8.000 euros; pero como al segundo lugar correspondían 3.000 que ya tenía asegurados, optó por permanecer. Necesitaba ese dinero, aunque sólo sirviera para comprarle caramelos al hijo de Elena.

El domingo por la noche, cuando ya estaba por dormirse lo llamó Chema desde Madrid, para felicitarlo por su actuación. Estaba entusiasmado con su desempeño que seguía a diario por los noticieros deportivos. Y sus amigos del club le felicitaban y le estaban preparando un homenaje.

–Muy bien, macho, ¿no te dije yo que por lo menos llegarías a la final?

Gregorio le tiró un cubo de agua fría. Se quejó de sí mismo, de su falta de concentración; y el haber llegado a la final debía agradecerlo al azar que lo favoreciera en varias partidas. Para su propia sorpresa le confesó que una mujer se había atravesado en su vida, y que también la tenía atravesada en medio de la cabeza, en los tableros, hasta en la sopa, vaya... Y eso le impedía concentrarse.

–¿Pero te zurra? ¿Te pone cornamentas? ¿Qué maldades te hace, chaval?

–No me hace nada; es muy buena conmigo, pero..., se quemó la cara, tiene problemas y me atormenta ser incapaz de ayudarla...

–Muy bien, de acuerdo, pero la tienes que olvidar con todos sus problemas hasta después de la final. ¿Me oyes? Y ya veremos qué solución aparece. Pero métete en la cabeza que si te ganas el premio vas a estar en mejores condiciones para ayu...

–Kekesfalva es muy fuerte, Chema.

–Pero tú le ganas, joder. Eres mejor, te lo aseguro. Y de aquí al martes, sólo debes hacerte a la idea de que vas a un paseo...

–¡Qué va! Estoy seguro de ir a un matadero.

Chema, tras liquidar en el 2001 su librería, se dedicaba ahora a la venta de enciclopedias a crédito. Y no podía quejarse, pues mientras las embravecidas olas de la crisis mundial azotaban a España, Chema surfeaba sobre las altas crestas. Y su tabla de surf era el Profesor La Fuerza.

Todo el quid de la venta de enciclopedias está en conseguir los vendedores idóneos. Pero no es fácil hallarlos. Son escasos como los predicadores de Jehová. No es fácil hallar quijotes que acepten ganarse la vida gastando timbres, burlando porteros, ujieres y secretarias. Pero las huestes de Chema recibían tanto cuidado como los atletas del Real Madrid, o los cosmonautas de la NASA: sobrevivían gracias a los 75 minutos diarios de energía matinal que les transmitía el Profesor La Fuerza, en la sala de ventas. Cogidos de ambas manos de La Fuerza, los catorce formaban dos cadenas en óvalo abierto por un extremo. Y con los ojos cerrados, se atiborraban de optimismo, electricidad, confianza en su magnetismo personal, certidumbre en la excelencia de las enciclopedias que vendían, amor al prójimo, paz interior y la convicción de que la vida era bella; y a las 9:15 de la mañana salían a triunfar en la liza diaria de las calles y edificios madrileños. Como promedio, seis de los catorce vendedores de Chema ganaban más de tres mil euros mensuales en comisiones. Los otros ocho, a quienes no lograba entusiasmar ni movilizar el tanqueo energético de La Fuerza, a veces lograban subsistir con bajos ingresos hasta mejorar sus resultados; pero en general se renovaban de semana en semana, gracias a un aviso permanente en los clasificados de *El País*.

Aquel lunes de descanso en el torneo, víspera de la final, Gregorio recibió a las seis de la mañana un llamado de Chema, donde le informaba de la llegada a su hotel, a eso del mediodía, del Profesor La Fuerza, experto en relajación, limpieza de telarañas cerebrales, infundidor de ánimo, facedor de quijotes, al que debía dedicar dos sesiones ese lunes: una a las 12 horas y otra a las 16, tras lo cual La Fuerza regresaría a Madrid. Y ya vería el Kekesfalva ese, qué clase de fiera se le sentaría enfrente el martes próximo, a disputarle la final.

Al enterarse de que Gregorio, a sus treinta y cuatro años, era amado por primera vez en su vida desde hacía sólo una semana; y que a su vez amaba a una mujer bella y tempestuosa, La Fuerza se dijo: “Claro”. ¿Cómo iba a ignorar él que todo corazón soltero y pusilánime descubre, junto con el amor, insospechados miedos? Claro que temía perderla. Y por sí solo, el pobre no podría quitarse de la cabeza al viejo ese, que le quería poner un piso a la chavala.

También era lógico su temor de que Elena se aburriera un día de su pobreza.

Gregorio le confesó sus deprimentes visiones, cuando entre alfiles y torres, un viejo ricachón se le aparecía de súbito repantigado dentro de un descapotable de lujo, fumando un puro, mientras su chofer uniformado, todo sonrisas, le abría a Elena la puerta posterior del coche gorra en mano.

Y La Fuerza, nuevas muecas, sonrisas perdonavidas, claro. Ya eso lo sabía

él...

Gregorio la veía también tendida en la arena de una playa elegante, junto a un *playboy* buen mozo, bronceado, el mismo que todo Madrid viera días antes en un afiche de perfumería pegoteado en las estaciones del metro, labios entreabiertos, miradas inflamadas de deseo, oliéndose de cerca. O veía a otro viejo, elegante y canoso, en un restaurante de postín, ordenando para ella una cena de *haute cuisine*.

Claro que el dinero era otra pesadilla.

El chaval lo necesitaba para ella, para sentirse alguien.

Según el Profe, Gregorio era un caso corriente, facilísimo, vamos. Y si Chema le pagaba los mil euros prometidos, le pasaría energía no sólo para ese torneito de mierda: lo haría campeón mundial, joder.

Gregorio le confesó también haber listado todos los torneos previstos antes de fin de año, donde él pudiera participar; y nada. Desde una perspectiva realista, lo único que él podía reunir eran migajas.

Sin embargo, después de la primera conversación con La Fuerza, seguida de aquella siesta, se levantó más animado, distinto, como si algo hubiese cambiado en él. Seguía reconociendo que ante Kekesfalva tenía muchas perspectivas de perder; sobre todo porque el húngaro era un rival temible en las competencias organizadas por el sistema Wilbledon. De un lado, como otrora el ilustre Tigran Petrosián, Kekesfalva era uno de los mayores expertos del mundo para imponer un juego conservador que desembocara en tablas; y al mismo tiempo, un formidable blitzista, quizá el mejor del mundo. Una combinación que le permitía entablar con facilidad las partidas largas y triturar a sus contrarios en el juego rápido.

Pero sin duda la energía que le transmitiera La Fuerza le había quitado gran parte del miedo. Y de alguna manera lo había esperanzado de no tener ya que jugar *blitz* con Kekesfalva. En las partidas de dos horas, debía lanzarse a un juego agresivo, audaz, para no incurrir en tablas. Evitaría desde la misma apertura toda movida conservadora; y aunque entablar contra un veterano GM de tanto calibre como el húngaro, debía ser un honor y una fuente de ELO, no lo sería para Gregorio, en aquel caso de una final por el sistema Wimbledon.

–No tienes más remedio que arriesgarte e intentar una quijotada -le confirmó un amigo ruso, que compartiera un café con él, a orillas del río.

Lo que Gregorio no supo explicarse, fueron las consignas bélicas: “*aut Cesar aut nihil*”, “*el primero en una aldea de las Galias, antes que el segundo de nadie en Roma*”, y así por el estilo. Le rondaban desde que abriera los ojos ese martes,

día de la final. ¿Se las habría inducido La Fuerza? Más bien le olían a elaboración personal.

Esa mañana, Gregorio tuvo una larga charla por teléfono con don Silvestre y le anunció que se lanzaría a una gran aventura, a un juego audaz, suicida, porque lo contrario sería poner la cabeza en el picadero.

–Muy bien, Montijo, así me gusta oírte, animoso, cojonudo, dispuesto a poner una pica en Flandes.

Típico de don Silvestre. No perdía ocasión de improvisar juegos de palabras. Aunque nada tenía que ver, el picadero le había sugerido la pica.

Al mediodía del martes, comprobó que la sesión con La Fuerza había surtido el efecto que le prometiera Chema.

–Créeme, sin el Profesor La Fuerza mis vendedores no funcionan. Y además, no pierdes nada con probar, macho. Yo te aseguro que por lo menos te va a quitar de la cabeza a Elena durante todo el día de la final. Hazme caso, Gregorio...

–¿Tú crees que sirva, Chema?

–¿Alguna vez te he dicho mentiras? ¿Estoy loco acaso? Tú tranquilo, y ya verás: después de dos sesiones con La Fuerza vas a ver al húngaro ese, con todo su ELO de los cojones, más inofensivo que Pulgarcito.

El Bizco tenía razón. En efecto, a las once de la mañana del martes, Sándor Kekesfalva no era todavía un enano inofensivo, pero había perdido varios centímetros de estatura.

Cuando Gregorio entró al recinto caminaba con ímpetu, con ánimos de conquistador.

¿La Fuerza le habría metido en el cuerpo el espíritu de algún porquerizo extremeño[8] [mucho más jodido que él, que no tenía donde caerse muerto, pero con unos cojones más grandes que Arruza y Manolete\[9\] juntos?](#)

Algo así debió suceder. Ya él no era un monje pusilánime sino un tío cojonudo con todo un mundo por conquistar. Ya vería Elena quién era su verdadero protector.

Por defenderla derrotaría molinos y gigantes, y entablaría desiguales combates contra Fierabrás, Amadís de Gaula y el mismísimo Pentapolín del Arremangado Brazo.

Ese día, cojones, Gregorio Montijo de la Torre clavaría su primera pica en Flandes.

El torneo, inaugurado en un recinto con capacidad para seiscientas butacas, se jugaba sobre un estrado semicircular sobre el que se construyeran ocho cubículos de tres paredes, a la vista del público. Las partidas eran bien visibles desde cualquier punto de la platea. Cada cubículo disponía de una pantalla sobre el dintel, donde se ofrecían *close-ups* de los ajedrecistas. Al lado de la pantalla se veía también un gran tablero electrónico donde se ampliaban las partidas por control remoto.

Para la final, en que sólo se competiría sobre un único tablero, se desmontaron los cubículos y la mesa de los finalistas se situó en el centro del estrado.

Por acuerdo asumido en un congresillo técnico mediante votación de los propios participantes, se acordó iniciar la primera partida larga a las 9 de la mañana; la segunda a las 16:00; y los *blitz*, cuando fuera necesario, desde las 22:00 en adelante. Pero si dos contendientes preferían no espaciar las partidas sino jugarlas de corrido, o con intervalos menores, bastaría que lo solicitaran al comité organizador del torneo, que de inmediato les asignaría los árbitros, relojes y demás implementos.

Al disputar la primera de las dos partidas largas, Gregorio no consiguió evitar las tablas. Se las impuso el húngaro con una rapidez y facilidad humillantes; y tal como se suponía, Gregorio fue objeto de un trato muy poco respetuoso.

De común acuerdo, solicitaron jugar de seguido la segunda partida y comenzaron a las 10:50

Una de las temibles armas de Kekesfalva, causa de incisivos comentarios en el mundillo ajedrecístico, eran sus tácticas para desconcentrar a los rivales. Un recurso vil, merecedor de ásperas críticas, que al Gran Maestro le importaban un pito.

De entrada, todos los espectadores vieron por la pantalla a Kekesfalva llegar con cierto retraso y dejar a Gregorio varios segundos con la mano extendida, como si hasta ese momento no hubiese advertido su presencia. Luego le dedicó una sonrisa perdonavidas, estilo Alekhine ante un gilipollas. Y desde la primera partida, terminada la apertura, sacó a plaza una surtida panoplia de malas artes. En dos ocasiones, tras mover una pieza, el Gran Maestro levantó una mano sobre el tablero, con flexión de muñeca y una pomposa lentitud de pianista, al tiempo que le dirigía una mueca húngara, tan indescifrable como su idioma. En otro lance, tras un aparatoso enroque, alzó ambas manos cruzadas, al estilo del torero que acaba de poner banderillas, y se quedó mirándolo como si le dijera: “Venga:

chúpate esta, tío”. Y después de cada jugada, cuando no se levantaba para estirar las piernas, se echaba hacia atrás en la butaca y volvía a la lectura de un periódico alemán cuyas hojas pasaba a tirones, con abundante ruido.

Entre las jugadas 12 y 25, Kekesfalva abandonó la mesa tres veces para ir a la cafetería o dar paseítos entre el público. En las movidas 18 y 19 llegó al colmo: sin dignarse tomar asiento, tras analizar el tablero durante segundos, movió sus trebejos de pie y se alejó con aire despreocupado a curiosear en el mural de la prensa local. Lo más ofensivo era que bien entrado el medio juego, seguía replicando tras un simple vistazo, sin dignarse reflexionar, con el ritmo vertiginoso de quien ofrece una simultánea de 80 tableros contra aficionados de provincias. La guerra de nervios estaba en marcha.

El Rubio, un sexagenario sevillano que arbitraba la partida y era admirador de Gregorio, le dirigió varias miradas expresivas como diciéndole: “Venga, Goyo, ¿no vas a protestar?”

Gregorio tenía derecho a protestar ante su constante plegar, desplegar y dar golpetazos con el dorso de la mano sobre el periódico so pretexto de enderezarlo. Y si había reclamación, el Rubio intervendría para prohibirle sus flagrantes descortesías.

A Gregorio, la provocación le daba su rabiecita, pero se abstuvo de protestar. Más rabia tenía el Rubio. Cuando todavía competía, él no habría permitido que nadie lo ofendiera así; y sobre todo, el Fraile no se merecía ese trato. Era una promesa del ajedrez español y ante los adversarios se comportaba como una dama. Pero como árbitro, mientras el húngaro no silbara o cantara o repiquetease con los nudillos sobre la mesa, o se expresara en términos que perturbasen a Gregorio, él no debía intervenir. Sólo si el jugador afectado se lo pedía. En realidad, al definir las atribuciones del árbitro en relación con la conducta de los competidores, el reglamento de la FIDE era ambiguo.

Si los reglamentos del torneo hubieran permitido, él habría llevado su reproductora y audífonos para oír su farmacopea, equilibrar el ánimo y defenderse de ruidos indeseables.

Todavía en la primera partida, al llegar a la movida 27, Gregorio no lograba su propósito. Todo apuntaba a que el húngaro impondría sus tablas. Pero aquello no lo desanimaba y seguía jugando muy concentrado, sin permitir que Elena con sus problemas, ni Celestino con sus millones, se asomaran al tablero. Era cuestión de esperar.

Bendito La Fuerza.

Gracias a Chema, claro. Qué magnífica idea.

Transcurridas dos horas de la segunda partida, el reloj de Gregorio marca 84 minutos, y el de Kekesfalva sólo 36. Gregorio se pasa un pañuelo por la frente. Tanta diferencia de tiempo en su contra, lo desalienta un poco... Respira hondo y mira al techo para controlar su repentina excitación. Elena intenta acceder al tablero, pero él cierra los ojos y repele su intrusión. Déjame, por tu vida, déjame pensar...

Cuando ella se retira, verifica que el húngaro está otra vez jugando para tablas. Durante ese lapso, ha dejado de leer el periódico y da otro paseíto por el borde del estrado. Viste bermudas negras y un jersey gris de manga y cuello blancos. Se vuelve hacia el público, sonrío a alguien de la primera fila y desciende para proseguir su andar de piernas flacas, enrojecidas por el sol sevillano, sobre el pasillo que media entre la platea y el estrado. Por fin, enfila hacia un extremo y se detiene ante un mostrador donde hay diversos condumios y una camarera a su disposición. Pide un té, lo bebe de pie y sin soltar la taza se dirige a una sala lateral. De una mesita baja, repleta de periódicos y revistas, coge una publicación ajedrecística y se pone a hojearla. Cuando por fin regresa al estrado, lleva abierta la revista y sube los peldaños sin dejar de leerla. Gregorio sabe que todos sus movimientos tienen como objetivo distraerlo, y en verdad que lo consigue.

Al sentarse, sin siquiera mirar el tablero, el húngaro continúa absorto en la revista. A las 13:29 Gregorio decide la movida número 29 y se reclina hacia atrás en su butaca; pero Kekesfalva le replica en menos de cinco segundos.

Aquella seguridad del húngaro vuelve a cargarlo de incertidumbre.

A la altura de la jugada 30, Kekesfalva tenía un alfil en casillas blancas y un caballo, más dos peones en blanco y otros dos en negro. Gregorio tenía sus dos alfiles, tres peones en negro y uno en blanco. Tras varios análisis infructuosos, no generó nada que rompiese la estrategia para tablas planteada por el húngaro. No hallaba qué mover en su jugada 31. Todo lo que se le ocurría lo aproximaba a las tablas.

Kekesfalva, crecido, seguro de su planteo, sin flancos vulnerables, esperaba paciente su triunfo. Su única debilidad habría sido el peón de G3, pero Gregorio no encontraba forma de atacarlo. Para colmo, había alcanzado un mejor dominio del centro y ya se vislumbraba que forzaría sin dificultad el cambio de los tres peones e impondría las tablas.

Cuando Gregorio tenía ya la mano en alto para una jugada anodina, avizó de ponto la posibilidad de correr un riesgo.

Dejó la mano un instante en suspensión, luego la recogió para masajearse la

barbilla y se preguntó si lo que ahora le parecía posible no sería un espejismo.

El anémico rayito de ilusión comienza a engordar.

De improviso, Gregorio se inunda de una desconocida audacia, y sin más, avanza su peón a B5.

Alea jacta est.

Ha jugado con la peregrina ilusión de engolosinar al rival y provocar la movida de su caballo a C3.

Piensa engañarlo: inducirlo a creer que cambiará una pieza sin por ello afectar su plan de imponer las tablas.

Si la fatalidad determinaba que el húngaro no diera oportunidad de clavarle su caballo y enseguida cambiárselo, sólo le restaría empacar y volverse derrotado a Madrid.

Gregorio descontaba que ningún GM dejaría de ver la inminencia de una clavada; y mientras el húngaro se demora esta vez para analizar la movida de peón a B5, Gregorio dirige una plegaria al milagroso San Judas Tadeo. Le implora que el GM húngaro mueva su caballo a C3. Ojalá no se huela su carta de triunfo bajo la manga. Si Gregorio logra mover a B4 después del cambio, el sacrificio permitirá que su rey negro transite por la diagonal A7/G1, y si llega a E6, Kekesfalva perderá por un tiempo, sin remisión posible.

Por su parte, Kekesfalva razonó que si Montijo movía su alfil a B4 y le clavaba el caballo, con eso no obstaculizaría su plan de tablas. El español debía cambiar obligado o perder la partida; y su alfil en B4 propiciaría que él cambiase otra pieza más; de modo que ante el sucesivo e inexorable cambio de los tres peones, él aseguraría sus segundas tablas, el triunfo en el *blitz*, el primer lugar en el torneo y los ocho mil euros.

Listo.

Todo bajo control.

Convencido de que Gregorio, con peón a B5, realizaba una jugada obligatoria y defensiva, y sin ninguna sospecha de estar cayendo en un precipicio, Kekesfalva opta por mover su caballo a C3.

Gregorio respira hondo y vuelve a acodarse sobre la mesa. Ha dado en la diana. De seguro, el húngaro supone que mover el caballo a C3 le va a deparar una pequeña ventaja en la iniciativa.

Gregorio finge ahora analizar la nueva jugada cuando ya en realidad la tiene escogida. Disfruta al demorarse. Kekesfalva suelta un par de bostezos y vuelve a alzarse para otro paseíto por el estrado. Su despreocupación le confirma a Gregorio que el muy petulante no se ha oído la trampa del sacrificio.

Gregorio saborea aquel momento de felicidad. Desea que se prolongue. No tiene prisa por jugar.

Ya está seguro de ganar. En cuanto él mueva, al húngaro le sólo le quedará la triste alternativa de rendirse en el acto o desprestigiarse al proseguir una partida perdida.

Por fin, con una sonrisa de timidez, avanza su peón a B4 y anota la jugada.

El Rubio, con ambos brazos en alto, le hace una señal a Kekesfalva, y mientras lo observa regresar sin prisa, y sin siquiera darle las gracias por un favor que no figura en sus obligaciones de árbitro, masculla entre dientes una blasfemia gitana en detrimento de la señora Kekesfalva madre. Para no hacerse cómplice de tamaña impiedad, Gregorio simula no haber oído y espera impasible a que su rival se siente. Ahora es él quien se yergue al punto, para dirigirse hacia el pequeño mostrador del estrado. Allí pide un café, con la certeza de que su jugada clavará al húngaro en la butaca durante no menos de diez minutos.

Tras apurar el café, coge uno de los chokolatines que le sirviera la muchacha, comienza a masticarlo y se vuelve de cara a la platea. Observa los afiches que cuelgan de las paredes y pasea su mirada por el público que sigue en silencio la partida en la pantalla gigante.

Durante varios segundos logra disipar la imagen del tablero. Se repite entonces la fórmula que aprendió en el manual de autohipnosis: “Estoy tranquilo; mi cuerpo no pesa; siento calor en mis rodillas.”

Se repite que el húngaro de mierda no es mejor que él; y se pregunta por qué coño La Fuerza lo hace repetir esas palabrotas que él aborrece.

¿Existirá una terapéutica de palabrotas para fortalecer los espíritus débiles?

Desde un extremo de la platea, divisa a lo lejos la torre de la Giralda. El gran ventanal que tiene al fondo del recinto le permite ver también desde la altura en que se hallan, las aguas lentas del Guadalquivir.

La víspera, de paseo por la orilla del río, oyó en la terraza de un bar una discusión a gritos entre dos andaluces sobre la etimología árabe de Guadalquivir. Uno decía que significaba “valle grande” y el otro “río de la mierda”. Y Gregorio le dio la razón al primero. Aquellos ilustres árabes que trajeran la civilización a España, que construyeran su mejor arquitectura, que la llenaran de poesía, cante y belleza, no llamarían al Guadalquivir con un nombre escatológico.

Pero al darse cuenta de la digresión, se llama a capítulo y busca concentración en el azul del cielo sevillano. En eso, una Elena alada pugna por atravesar los cristales del ventanal; pero él la ahuyenta, sin dificultad esta vez:

Fuera de aquí, ruinita mía, Dulcinea de mis miedos...

Libre de ella, se admira de esa seguridad que ahora lo inunda. En otra ocasión habría gastado media hora en confirmar, reconfirmar y recontraconfirmar que el gran Sándor Kekesfalva ha cometido un error, pero ahora no necesita dedicarle ni un segundo. Su seguridad es total.

El GM húngaro la ha cagado. Ha incurrido en un levísimo error, pero suficiente para perder su partida.

El Gran Maestro está perdido. Más perdido que el hijo de Lindbergh, como solía repetir aquel anciano monje colombiano, cocinero del monasterio.

Con todo su magisterio a cuestas, con su fama, el bombo y las campanas que ha doblado por él la prensa española, Gregorio va a darse el gustazo de propinarle una sonada derrota. Lo va a hacer papilla. Se alborozaba y comienza a corear mentalmente: “En Sevilla.../ te voy a hacer papilla”.

Gregorio ya se imagina reproducida su victoria, con el genial sacrificio del peón, en todas las revistas especializadas del mundo.

¿Ya se habrá dado cuenta el húngaro de su inminente papelón? E inventa otro corito: “Maestro fanfarrón.../ vas a hacer un papelón”.

Vuelto ahora hacia el tablero electrónico, sonrío vanidoso. Sabe que está a pocos minutos de lograr el mayor triunfo ajedrecístico de su carrera, y el húngaro pagado de sí mismo, va a recibir su merecido.

¿Habrá confirmado ya la inevitabilidad de su desastre?

Sí, sin duda. Su piel blanca se le ve ahora muy encarnada. Debe estar viendo cómo escapan uno a uno sus ocho mil euros hacia los bolsillos de Gregorio.

A las 14:00 en punto, cuando el húngaro lleva ya varios minutos de tormento, Gregorio ve, doblado junto a la vitrina de los sándwiches, un periódico. Lo coge y comienza a hojear sus páginas con ademanes ostentosos, mientras camina de regreso a la mesa. Al llegar, vira la butaca de lado y se sienta de perfil al tablero.

—Oye, Manoliyo, sírveme do má y trae otra ración de gamba.

En cuanto el muchacho se aleja, el Rubio vuelve a inclinarse sobre la mesa y prosigue en voz baja, con mucha tensión en su afilado rostro.

–Pues, sí, hombre; todo lo analista disen qu’el Fraile, tenía la partía ganá, y de repente, se fue a por un café y se puso a leer un periódico...

–Querría desquitarse de lo despresio del húngaro ¿no?

–Claro: eso pensé yo; pero en medio e la letura, puso cara de estar muy interesao... Vaya, es que paresía que se iba a comé el periódico, tío, que le iba a entrá a mordizcone...; y fíhate si estaría enganchao con lo que leía que cuando el húngaro jugó, yo lo tuve que sacudir, golpearlo en el hombro, y él nada, ni se daba cuenta y siguió leyendo otro rato; y yo vuervo y le digo: “Oye, Goyo, vamo ya, qu’er tío este ha movío y ahora te toca a ti”, pero no me oía. Miraba el periódico y después arsaba la cabeza y revorvía los oho como hace la gente cuando quiere sacá cuentas, y vorvía a baharla pa seguir leyendo y na...

–Pue mira: cuando vuervas de árbitro con Montihó, llévate un pito, hombre, como los huese der fúbbol.

–Yo ya no sabía que hasé...; y en eso lo veo que se para, mira la hora en su reló y le ofrece tabla al húngaro; y él tenía que saber ya, que la partía era suya; y que con sólo esperar un poquitín ganaría el torneo y se llevaría to el parné...

–Y el húngaro ¿qué hiso? ¿Asetó enseguida?

–Pues claro que asetó, de mil amore; y la locura más grande del Fraile fue que apena firmó las tablas, se volvió pa desirme que se tenía que ir y que no iba a jugar las dos partías a quince minuto que marca el Wimbledon.

–¿Se retiró del torneo, entonse?

–De todas maneras tenía asegurado el segundo lugar y 3.000 euros, pero se quedó sin la medalla y sin los 8.000 del primer premio... ¿Hay que estar chalao o no?

–Y el húngaro ¿qué cara puso?

–Puso una cara de felicidadá que ni Rodrigo de Triana[\[10\]](#) cuando descubrió la América encaramao en aquer palo. Y no hasía más que mirarme y sonreí como disiendo: “¿Este tío se habrá vuerto mahareta o qué?”.

2 de abril del 2003

A las 11:40, Hans Wittenberg se levantó en pijama. Caminó descalzo sobre el piso alfombrado rumbo a la cocina. Vertió agua hasta casi llenar una calderita pitadora y regresó al dormitorio. Calzó sus pantuflas de cuero, se puso una bata afelpada y pasó a la sala para recoger la correspondencia que su mujer le amontonara sobre la mesita contigua a la puerta.

De regreso a la cocina, reunió sobre el mantel rojiblanco todo lo necesario para su habitual desayuno de té negro, pan de centeno, queso *quark* y mermelada de fresas. Tras una brevísima ducha, más despertadora que higiénica, regresó a la cocina cuando comenzaba a pitar la caldera.

Echó el té en la tetera que enseguida llenó de agua hasta la mitad, y mientras esperaba los cinco minutos reglamentarios de la infusión, encendió el primer cigarrillo. Como siempre, revisó su correspondencia; y de entrada le llamó la atención un sobre blanco de 30 por 15 centímetros, con un lujoso membrete en relieve azul, donde decía:

FONDATION “PRO VERITATE”

85/87, rue Saint-Honoré

75008 PARIS

El sobre dirigido a Herr Hans Wittenberg, Schanzenstr. 115, 2000 Hamburg 36, contenía otro más pequeño, de igual membrete y una carta, también a su nombre, donde decía, en impecable alemán:

Estimado Sr. Wittenberg:

El cheque adjunto, por 5.000 euros, es la mitad de lo que la Gerusía de nuestra Fundación le ofrece por asistir a la conferencia de prensa señalada para el próximo 20 de abril en nuestra sede parisina. El hecho de que acepte este dinero no significa que deba usted presentarse; pero si lo hace y exhibe esta invitación más su documento de identidad, en el acto se le entregará una suma igual. Si prefiere usted no asistir, puede quedarse con estos 5.000 euros. En cualquier agencia europea del Banco Bruxelles-Lambert, le serán pagados en el acto. Vayan en compensación por el tiempo que le robaremos cuando lea los documentos incluidos en el sobre adjunto.

Reciba nuestros cordiales saludos.

Elías Latif Al-Haj
Relaciones Ecuménicas

¿Al-Haj? ¿Un árabe? ¿Relaciones ecuménicas? ¿Gerusía? ¿Qué locura estrafalaria era aquella?

La Gerusía, según recordaba Hans de sus cursos de Historia Antigua en el *Gymnasium*, era el término que empleaban los espartanos para referirse al Consejo de Gerontes, o Consejo de Ancianos.

Sonrió, sacudió la cabeza, abrió los ojos y miró al techo, como para verificar que estaba despierto. Se sirvió el té y lo dejó enfriarse en la taza. Mientras tanto, con el cigarrillo apretado entre los labios, se dio prisa en rasgar el otro sobre. Lo leído era muy excitante.

En efecto, lo primero que halló fue el cheque del Banco Bruxelles-Lambert, a su nombre, por 5.000 euros.

¿Sería una broma? ¿Algún nuevo tipo de estafa?

Le adjuntaban, además, en un folletito de tres páginas presilladas, una lista de 200 periodistas radicados en distintos países de Europa.

La invitación, en una lujosa cartulina satinada, también con sus membretes en relieve, decía:

Estimado Sr. Wittenberg:

El próximo 20 de abril, a las 20:00 horas, en la sede de la FUNDACION “PRO VERITATE” (85-87, rue Saint-Honoré / 75008 PARIS) el Departamento del Más Acá de nuestra Fundación ofrecerá una conferencia de prensa para divulgar URBI ET ORBI los altos objetivos de PRO VERITATE, y muy en particular la sagrada inspiración que nos anima a instituir los CUATRO CONCURSOS. Gracias por su presencia. Queda usted autorizado a venir acompañado por una persona.

Jaaa ja ja...

¿Así que Departamento del más Acá?

¡Qué partida de locos!

¿Sería posible?

Wittenberg miró y remiró incrédulo el cheque a su nombre. Sacó la cuenta de que si los 200 invitados que aparecían en la lista accedían a presentarse en París el 20 de abril, aquella conferencia de prensa, sólo en honorarios a los periodistas, le costaría a PRO VERITATE dos millones de euros.

¿Sería una nueva forma de lavar dinero? ¿Serían la mafia rusa?

Lo último que quedaba dentro del segundo sobre era una nota breve donde decía:

Sírvase consultar en el sitio web de PRO VERITATE un artículo sobre nuestra institución.

Y seguía una lista de matutinos europeos.

Wittenberg bebió un sorbo de té, mordisqueó una rebanada de pan negro, pero incapaz de esperar un segundo más, salió deprisa hacia su estudio. Lo urgía conectarse con *Internet*.

Cinco minutos después, mientras fumaba ya su segundo cigarrillo, Wittenberg accedió al sitio indicado, activó la instrucción BUSCA (en alemán SUCHE), que sin preámbulos le desplegó en pantalla el siguiente texto,

divulgado por primera vez el 28 de marzo de 2003:

INFORMACIÓN GENERAL

SOBRE LA FUNDACIÓN

“PRO VERITATE”

El pasado 22 de octubre de 2002, la Fondation “Pro Veritate”, domiciliada en 85-87, rue Saint-Honoré / 75008 PARIS, abrió una cuenta de 200 millones de euros en el Banco Bruxelles-Lambert, como podrá confirmarlo quien así lo desee a través del sitio web www.bbl.fr

Pro Veritate tiene por objetivo principal, detectar mediante cuatro concursos a un grupo de personas excepcionales por su inteligencia, integridad moral, cultura humanística, y reclutarlos para una muy honrosa tarea.

Y a renglón seguido aparecía:

PRO VERITATE premiará con un total de 12 MILLONES DE EUROS el día 27 de mayo del 2003 a quienes resuelvan el enigma que publicará una semana más adelante.

Aparte, en una lujosa cartulina amarilla había un folleto titulado:

BASES GENERALES DE LOS FUTUROS CONCURSOS

Wittenberg comenzó a leer con gran curiosidad, olvidado del té:

1º NATURALEZA DE LOS CONCURSOS.

En los Cuatro Concursos, desde mayo próximo, Pro Veritate publicará cada mes un enigma o criptograma cuyo significado invita a desentrañar, a todo el que pueda y lo desee.

El Cuarto Concurso, que se divulgará en agosto y cuyo fallo está previsto para el mes de septiembre, podría introducir variantes de las que se dará oportuna noticia.

2º TRES VERSIONES PARA CADA CRIPTOGRAMA.

Los exégetas concursantes presentarán primero una versión fundamentada, con notas y comentarios que permitan apreciar al jurado tanto el rigor de la interpretación, como la validez de las fuentes citadas. Se apreciará la elegancia y sobriedad del estilo empleado en su redacción, como asimismo, la amenidad de los ejemplos escogidos.

Se adjuntará también una versión literal, en que se apreciará la exactitud de la exégesis, aunque su redacción sea reiterativa, didactista y árida.

En tercer lugar, se presentará una versión libre o sintética, a modo de libérrimo resumen interpretativo. De esta versión se evaluará la parquedad, el ingenio, la elegancia, y también el humor; pero sobre todo, la capacidad de sintetizar al máximo la esencia de cada criptograma.

3º DIVULGACION E IDIOMAS.

Los enigmas se publicarán en idéntica versión en las cuatro lenguas latinas más difundidas; español, francés, italiano y portugués; y con las

necesarias adaptaciones a sus particularidades etimológicas, se divulgarán también en alemán, inglés y ruso; y las soluciones a los enigmas, cualquiera sea la nacionalidad del participante, sólo se aceptarán en esas siete lenguas.

4° JURADO DESCONOCIDO

Pro Veritate se reserva el derecho de no dar a conocer el jurado que fallará sobre los premios, ni antes ni después de los concursos.

5° NO SE DEVOLVERÁN LOS

TRABAJOS

Pro Veritate se reserva el derecho de no devolver los trabajos presentados.

6° FALLOS INAPELABLES

Pro Veritate se reserva el derecho de no dar explicaciones sobre sus fallos, que serán inapelables.

7° PRO VERITATE SÓLO PREMIARÁ LAS PARTICIPACIONES EXCELENTES, hasta un número máximo de 100.

8° SI HUBIERE MÁS DE 100 PARTICIPACIONES EXCELENTES, sólo se premiarán las primeras en llegar, según la cronología automática de nuestros equipos de recepción.

9° CUATRO PREMIOS POR 58 MILLONES DE EUROS

Cada concurso se premiará con 12 millones de euros, y habrá otros 10 millones para premiar accessits o menciones del Cuarto Concurso.

10° PREMIOS PERIODÍSTICOS POR UN MONTO DE VARIOS MILLONES DE EUROS

Serán otorgados a los mejores trabajos cuyos contenidos se propondrán en cualquier momento.

11° DOCE MILLONES DE EUROS

La dotación para cada uno de los tres primeros concursos será de doce millones de euros, que se dividirán entre un máximo de 100 participaciones, de las que el jurado considere excelentes. De este modo, cada participación excelente recibirá como mínimo un premio de 120.000 euros.

El Cuarto Concurso, podría introducir variantes de las que se dará oportuna noticia.

12° SI LOS GANADORES NO LLEGARAN A 100, la cifra de 12,000.000 de euros, se dividirá en partes alícuotas entre el número de participantes ganadores. Ejemplo: De haber 50 ganadores el premio será de 240.000 euros per capita; y de haber sólo 4, cada uno recibirá 3 millones.

13° COINCIDENCIA SEMÁNTICA.

Para que un trabajo sea premiable, sus versiones fundamentada y literal, deberán ser académicamente inobjetable; pero sólo serán considerados como trabajos excelentes los que mejor cumplan con lo subrayado en el art. 2° sobre la coincidencia de la versión libre o sintética con la esencia del mensaje implícito en el enigma.

14° PERFIL DE LOS PARTICIPANTES.

Podrán participar en los concursos todos los habitantes del planeta; pero se desaconseja intentarlo a quien no esté versado en historia y filología grecolatina y tendrán las mejores posibilidades los concursantes que puedan

leer griego, latín, inglés, alemán y varias lenguas latinas.

15° DATOS DE LOS PARTICIPANTES.

Cada participante deberá enviar los datos completos de su identidad, ciudadanía, profesión actual, domicilio, teléfono, y de ser posible, fax, correo electrónico y número de su cuenta bancaria.

16° INDIVIDUALIDAD DE LOS PARTICIPANTES.

No se admitirán participaciones colectivas; y si las hubiere, PRO VERITATE sólo reconocerá como beneficiario de los eventuales premios, al individuo que remita y firme sus exégesis y versiones de cada enigma.

17° SEUDÓNIMOS

Los participantes no usarán seudónimos ni falsas direcciones.

18° DIFUSIÓN DE LOS ENIGMAS.

Durante los meses de mayo a agosto, los enigmas serán difundidos los días 20 de cada mes en la primera edición matutina de los periódicos de mayor tiraje en Berlín, Lisboa, Londres, Madrid, Moscú, París y Roma.

19° SITIO WEB.

Los participantes de todo el planeta que no residan en los países cuyas capitales se mencionan en el artículo 18°, también podrán participar por el sitio web www.proveritate.fr Todos los días 20 de cada mes, a partir de las seis de la mañana, hora francesa, los textos de los enigmas se divulgarán en los siete idiomas hablados en las mencionadas capitales.

20° PLAZOS.

El plazo para aceptar las participaciones vencerá a las 6 p.m., GMT del mismo día 20, en que se divulgue cada concurso; de modo que cada participante dispondrá de sólo 12 horas para desentrañar el enigma y enviar a París las versiones solicitadas.

21° FALLOS Y PREMIOS.

Los fallos del jurado y las listas de los participantes premiados, aparecerán los días 27 de cada mes, en los mismos periódicos, y en el Sitio Web de Pro Veritate.

22° UNIDAD LINGÜÍSTICA Y CULTURAL EN DIACRONÍA.

Pro Veritate considera que las actuales lenguas románicas, el latín y el griego clásicos, constituyen en diacronía una unidad cultural indestructible. De modo que la palabra griega “kosmos”, para estos concursos, significa cosmos, universo, orden o belleza.

Quien no sabe de dónde venimos, mal puede adivinar adónde vamos. A buen entendedor, pocas palabras...

23° LAS PARTICIPACIONES A LOS CONCURSOS SE ENVIARÁN a cualquiera de los 15 números de fax, o a cualquiera de las 15 direcciones electrónicas que aparecen a continuación.

Faxes: 3301.42.88.31.33 al 47

E-mails: 1proveritate@wanadoo.fr

2proveritate@wanadoo.fr...

hasta el

15proveritate@wanadoo.fr

Sitio Web: www.proveritate.fr

24° LAS BASES PARA LOS CONCURSOS NO SE REPETIRÁN en lo sucesivo junto con la publicación de cada convocatoria, pero podrán consultarse por *Internet* en el sitio de Pro Veritate.

25° EN VÍSPERAS DEL CUARTO CONCURSO, todo ganador de por lo menos un concurso precedente, quedará obligado por estas bases a aceptar una entrevista (personal, telefónica o vía email), un test para la medición de su IQ, y a responder por email un cuestionario elaborado por la Gerusía (Junta Directiva) de Pro Veritate;

26° ACEPTACIÓN TÁCITA DE ESTAS

BASES

La participación de una persona en estos concursos, implica su tácita aceptación de estas bases;

27° PARA CUALQUIER CONSULTA SOBRE LOS CONCURSOS, se ruega dirigirse por correo, o por los mismos faxes o direcciones electrónicas a:

PRO VERITATE

**85-87, rue Saint-Honoré / 75008 PARIS
Departamento de Enigmas.**

5

CHAMBÉRY-ATENAS

20 y 21 de mayo del 2003

Al apearse en Chambéry, Oscar se enteró de que el tránsito estaba bloqueado en todo el centro de la ciudad. Los comercios y oficinas públicas también, porque los estudiantes y varios sindicatos locales habían iniciado, a las 11:00, un grandioso desfile de protesta contra la guerra en Irak.

Oscar Abercromby tembló ante la idea de haberse apeado en vano en aquella

ciudad donde no conocía a nadie; pero confiaba en que los savoyanos no fueran tan insensatos para cerrar todas sus bibliotecas. Alguna tendría que estar abierta por la tarde; y en un par de horas, quizá él tuviera tiempo... Pero si todas estaban cerradas, buscaría al Alcalde, al Delegado de Cultura, al Director de la Lectura Pública...

No, tonterías...

Lo mejor en ese caso, sería indagar si en la ciudad alguien disponía de una buena biblioteca clásica. Quizá le facilitara el acceso.

Sí, seguro... Los provincianos eran en general hospitalarios; y en una buena biblioteca clásica, incluso de un particular provinciano, no debería faltar un ejemplar de la *Historia Naturalis*... Muchos debían guardar en su casa alguna edición francesa de los siglos XIX o XX.

Cuando por fin consiguió comprar una tarjeta telefónica y la amable señora de un expendio de tabacos, vacío en ese momento, le averiguó por el MINITEL que la Biblioteca Municipal y otros varios locales del *Réseau de la Lecture Publique* se mantendrían abiertos, como todos los días, desde las 13:30 hasta las 23:30, Oscar Abercromby repiró aliviado.

Había hecho bien en apearse; y si localizaba un ejemplar de la *Historia Naturalis*, el detalle que le faltaba para resolver su enigma no debía robarle mucho tiempo. A lo sumo una hora; y con un poco de suerte, mucho menos. Sin dificultad podría enviar el fax a Pro Veritate antes del vencimiento del plazo, a las 18:00

Acto seguido averiguó que a las 15:17 pasaba un TGV hacia París. Se anunciaba también un autobús a las 16:30, un segundo TGV a las 17:25 y otro autobús nocturno a las 20:40

Calculó llegar a París antes de las 21:00; y en el peor de los casos, alrededor de la medianoche; y si localizaba a Tim en su bar de la rue de Richelieu, de él obtendría un préstamo para costearse un pasaje aéreo que le permitiera llegar a Atenas por la mañana; y si no encontraba a Tim, no faltaría algún *copain* de los viejos tiempos que lo ayudara.

Cinco minutos después, dejó su maleta en consignación, y se sentó a tomar un café en el bar de la estación.

Respiró unos instantes, inhaló profundo, reabrió el periódico que traía en la mano, y con gran cuidado recortó la página que tanto lo absorbiera en el tren.

Volvió a estremecerse.

Era mucho dinero.

En marzo, tras leer en Atenas el anuncio de Pro Veritate sobre sus concursos

de enigmas, Oscar marcó un recordatorio en la agenda de su computadora, para la anunciada fecha del 20 de mayo en que se divulgaría el primero. Pero eso ocurrió dos o tres días antes de que Abdel lo abandonara; y durante la crisis, recluido en las excavaciones de las islas, y después en el Pireo, empastillado para olvidar su tragedia, perdió la noción del tiempo; al punto de que ya en Inglaterra, supuso que aún faltaba mucho para la convocatoria al concurso.

Volvió a alzar la cabeza, se mantuvo unos segundos en actitud dubitativa y releyó el texto del enigma.

NOTA BENE:

El texto enigmático que debe desentrañarse va en mayúsculas. Lo que figura en minúsculas debe mantenerse tal cual en la versión literal.

1

El principal causante en este siglo de la segunda gran VUELTA HACIA ABAJO

2

en LA BENEFICIARIA DE UNA JABALINA DE ELECTRÓNICA EFICACIA,

3

demostró A LAS TIERRAS HABITADAS (SEGÚN

DEMÓSTENES),

4

en EL BOSQUE DE LOS ÁRBOLES BAJO CUYA SOMBRA REPOSABA EL MÁS AFORTUNADO DE LOS PASTORES CISALPINOS y en otros lugares análogos,

5

que la enfermedad descrita por EL MAYOR DE LOS DOS ERUDITOS DE LA TRIPLE HOMONIMIA,

6

como CRECIMIENTO EXCESIVO DE LAS PLANTAS, es curable en todos los casos.

Oscar sonrió. No fue ninguna insensatez haberse apeado. Más sereno ya, se refirmó en que tenía casi resuelto el enigma. Ahora necesitaba documentarse un poco y refrescar algunos datos que le permitieran redactar las notas académicas.

En la cafetería del tren, y en unos pocos minutos, había desentrañado el criptograma casi completo y sin ninguna consulta bibliográfica. Al recordarlo, sonrió vanidoso.

Le faltaba, eso sí, verificar sus conjeturas sobre los “dos eruditos de la triple homonimia”.

La “triple homonimia” podía aludir a personajes españoles de dos apellidos, o a rusos, o a personajes de la Antigüedad romana, con su *nomen*, *cognomen* y apodo; pero como el enigma versaba sobre enfermedades de los árboles, y en las

bases se insistía en una fuerte presencia de la cultura grecolatina, ya en el vagón restaurante, sin esfuerzo alguno, conjeturó que quizá el término clave procediera de Plinio el Viejo, el más enciclopédico y destacado tratadista romano sobre ciencias naturales; y en este punto era imposible no asociar al personaje con su pariente Plinio el Joven; y aunque no recordaba el nombre completo de ninguno, era posible que fueran tres veces homónimos. Para comprobarlo se había apeado en Chambéry; porque si esperaba a llegar a Milano, sobre las 15 horas, corría el riesgo de no tener tiempo para investigar la triple homonimia, redactar las tres versiones solicitadas en las bases, y enviar el fax a París antes de las 18.

Eran las 12:25

A lo lejos atronaban ruidos tumultuarios, como los de un estadio deportivo. Oscar supuso que fuese la anunciada demostración contra la guerra en Irak. Pagó su café en la caja y empezó a caminar, rumbo a la biblioteca. Era una ciudad pequeña y debía aguardar hasta las 13:30. De seguro que el tumulto en el centro le impediría servirse de cualquier transporte.

A una joven con aire de intelectual, halada por un perrazo, le preguntó por la *Bibliothèque Municipale*.

–*La George Brassens?* -inquirió la muchacha, reuniendo fuerzas para sujetar al perro que la arrastraba.

–*La plus grande, s’il vous plaît.*

–*Eh bien, la George Brassens, alors* -y le explicó que debía seguir esa misma calle hasta llegar al *Boulevard des Colonnes* y de ahí continuar hasta la *Place des Éléphants*; y ahí ya estaría muy cerca.

–Cualquiera le indicará el camino.

–*Merci, mademoiselle.*

Dio por sentado que la muchacha era una indiferente o una derechista. En momentos en que los savoyanos protestaban contra la ignominia en Irak, ninguna joven progresista sacaría su perro a pasear.

Le dio cierta aprehensión que la Biblioteca Municipal, o en todo caso la más grande de la ciudad, llevara el nombre de George Brassens. Hubiera preferido que se llamase *Bibliothèque des Princes Savoyards*, o *Bibliothèque Ducale de la Maison de Savoie*; en fin, un nombre más solemne, que sugiriese el atesoramiento de repertorios clásicos. Se temió que una biblioteca cuyo nombre recordaba a aquel popularísimo cantante de los años 60, quizá no incluyera sino bibliografía moderna...

En el acto se recriminó aquella tontería.

No, no era posible que una biblioteca municipal francesa omitiera a una

luminaria de la Antigüedad como Plinio el Viejo. Por lo menos, tendrían la colección completa de los autores clásicos, publicada en las ediciones bilingües de la Societé “Les Belles Lettres”. Sería imperdonable que les faltara.

En sus tiempos de estudiante en La Sorbonne, Oscar había consultado una vez la *Historia Naturalis*.

Recordaba que era un mamotreto monumental, que nadie se leería completo sino en varias semanas, pero diseñado con un orden temático estricto. La consulta obedecía al interés por indagar en la sistematización del conocimiento científico en Roma, y de sólo leer el índice de la *Historia Naturalis*, admiró el genio taxonómico de Plinio, propio de un investigador renacentista, muy posterior a su época. Gracias a ese gran rigor clasificatorio, Oscar confiaba en hallar lo que buscaba. Si la suerte lo acompañaba un poco, en un par de horas debía hallar el sustantivo con que el ilustre erudito romano designaba el “desarrollo excesivo de las plantas”.

Caminó tan absorto rumbo a la Plaza de los Elefantes que ni siquiera advirtió el creciente estruendo de la manifestación antibelicista. No reparó en arquitectura, ni paisaje, ni gente, hasta dar casi de frente con las cuatro enormes trompas. El exotismo del monumento lo obligó a detenerse. Era una pirámide cuadrifronte... “Cuadritrómpica”, se le ocurrió. La singular estructura exhibía a los cuatro puntos cardinales las cabezas de sendos elefantes, cuyas grupas concidían, ocultas, en el centro de la estructura.

Leyó un par de lápidas, donde la gratitud ciudadana exaltaba el valor militar y la munificencia del Conde de Boigne, un aventurero mercenario que tras varias décadas de pillaje y masacre de nativos al servicio de un dinasta indostánico, dedicara parte de su fortuna a obras para el embellecimiento de su natal Chambéry.

Para Oscar, seguía siendo increíble que el saqueo y la rapacidad colonial merecieran estatuas públicas y la gratitud ciudadana. No había más remedio que aceptarlos desde la época de Aquiles hasta el Renacimiento; pero en los siglos XIX y XX eran una desvergüenza. Por lo menos, en el 2003, el pillaje petrolero de los EE.UU. y sus aliados contra Irak, recibía mucha repulsa. Quizá no sirviera de mucho; pero por lo menos, fuera de los EE.UU., era casi seguro que nadie le erigiría estatuas a bandoleros como Bush, Cheney, Condoleeza y Collin Powell. Ni a sus lacayos europeos.

La generosidad del Conde de Boigne le sugirió la de Pro Veritate, que ofrecía un apetecible mínimo de 120 000 euros a quienes solucionaran aquel enigma.

¿Quién rayos sería aquella gente tan manirrota?

Al divisar lo que le señalaron como la retaguardia de la manifestación, se internó por un atajo rumbo a la ciudad vieja. Todavía necesitaba matar tiempo, y al toparse muy cerca con un *bistrot* abierto en una callejuela estrecha, se sentó a beber un *Pastis* al aire libre y a admirar una de las torres del *Château des Ducs*, fortaleza y residencia medieval de la Casa de Savoya.

Rumbo a la Biblioteca, transitó por un sector del casco viejo donde seguían atronando los ruidos del desfile que, junto con sus ansiedades por Abdel y por el enigma, ya no le permitieron disfrutar de la graciosa arquitectura savoyana, en su amalgama de provenzal y alpina.

A las 13:10 llegó por fin a los alrededores de la Biblioteca Municipal *George Brassens* por donde desfilaba la parte más nutrida de los manifestantes.

Oscar esperaba encontrarse un vetusto edificio de inspiración románica, pero en su lugar, emplazada en una rotonda, vio una mole circular, en granito blanco, de líneas modernas, hasta cierto punto decepcionantes en aquella ciudad con tantas y tan bellas reminiscencias del pasado.

Un disfrazado cuya máscara de goma caricaturizaba a un Bush muy ojijunto, de frente estrechísima, peludo y en cueros como un Cro Magnon, amenazaba porra en mano a la gente que miraba desde las aceras.

Le llamó la atención el fervor de un grupito de jóvenes que a juzgar por sus rostros imberbes debían ser alumnos del *lycée*. En ese momento coreaban unos retruécanos procaces donde rimaba el “cu” con el bajo “IQ” de Bush. Detrás de ellos, sobre grandes zancos, un muñecón del Tío Sam era seguido por Aznar y Blair que se alternaban en agacharse para olerle el culo.

Aún faltaban 20 minutos para la apertura y Oscar optó por sumarse a un piquete de adultos, miembros del sector educacional, que izaban carteles contra el genocidio y el pillaje angloamericano del petróleo irakí, y con ellos dio una lenta vuelta a la rotonda.

Al completar la vuelta y separarse, penetró en el edificio de la Biblioteca donde tuvo la misma sensación del nadador que se sumerge en el silencio submarino. Clausurada tras él la gruesa puerta de cristal, desapareció por completo el estruendo de voces, pitos, bombos y sirenas de la demostración.

Techos de fibra prensada, pisos de plástico reluciente, columnas de seis metros, decenas de enormes balones de luz blanca suspendidos de los altísimos techos y una joven recepcionista que sonrío su *bonjour monsieur* a la entrada del gran vestíbulo.

—*Que désirez-vous, Monsieur?*

–Buenos días, señorita -responde Oscar en su impecable francés-. Desearía pasar a la sala de lectura.

–¿Qué tipo de materiales le interesan, señor?

–Uno solo: la *Historia Natural* de Plinio el Viejo...

–Por favor anote aquí su dirección y permítame un documento de identidad. Mientras Oscar extrae su pasaporte, ella teclea algo en su computadora.

Oscar termina de anotar su dirección en Atenas, entrega el documento y ella le pasa un papelito donde dice: “2º piso, sección *Mémoire et région*, Mme. Pierrette”.

Papel en mano, Oscar le pregunta:

–¿Y para consultar enciclopedias?

–A pocos pasos del despacho de Mme. Pierrette hay una estantería con enciclopedias. Allí la consulta es libre.

Oscar agradece, desecha el ascensor y sube por la escalera.

Ya en el segundo piso, detecta al punto el cartelito con la inscripción “*Pôle mémoire et région*”, donde una gordita rubia de unos 40 años, se afana en teclear.

En efecto, a pocos metros, Oscar divisa una serie de estantes repletos de lomos gordos, repujados, policromos, característicos del material enciclopédico.

Una leve taquicardia le da cuenta de que ha llegado la hora de la verdad; por lo menos de la primera verdad; porque si los dos Plinios no tienen la misma terna onomástica, su descenso de esa tarde en Chambéry habrá sido un engorroso fiasco. En todo caso, de no verificarse con los Plinios lo de la “triple homonimia”, la búsqueda del término faltante en otros autores le insumiría semanas; y Oscar no dispone en ese momento más que de cuatro horas y media. Son las 13:55.

De la primera estantería con que tropieza, opta por el enciclopédico LAROUSSE DU

XXe SIÈCLE y coge en sus manos el tomo quinto (N-RIZ). Lo coloca sobre una mesa alta, lo

abre y comienza a pasar páginas de pie. Una leve disnea lo acompaña durante las primeras

páginas. Cuando llega a la P, la disnea se vuelve miedo, ganas de llorar. Algo le dice que

todo aquello es una tontería descabellada, que no va a encontrar ninguna triple homonimia, ni va a resolver ningún enigma, y que aunque lo resolviera, nadie le va a pagar nada, porque todo debía ser una broma pesada, y él un

imbécil capaz de confiar en...

Cuando el dedo índice se apoya sobre el artículo buscado, Oscar cierra los ojos. No puede evitar el temblor en las rodillas. Por fin, inspira, se llena de valor y lee, un poco de soslayo:

«Pline l’Ancien ou le Naturaliste, Caius Plinius Secundus...»

y de inmediato zambulle media página más abajo:

«Pline le Jeune, Caius Plinius Caecilius Secundus...»

¡Uff...!

Se pasa un pañuelo por la frente.

¡Sí señor, son ellos...!

Aunque el Joven lleva cuatro nombres, tres coinciden con los de su tío.

Sin duda, son “los dos eruditos de la triple homonimia”.

Mme. Pierrete, sumergida en su computadora oye los pasos y alza la cabeza. Al ver a aquel hombre, todo sonrisas, desbordante de felicidad, también sonríe, muy sorprendida.

–*Bonjour, Monsieur*

–*Bonjour Madame:* Desearía consultar por favor la *Historia Natural* de Plinio el Viejo -y sigue sonriendo.

Pierrette consulta en su computadora y le comunica que la biblioteca contiene una docena de ediciones de la *Historia Naturalis*, cuatro de ellas bilingües, la más antigua publicada por Desaint, en 12 volúmenes (Paris, 1771-1782) y la más reciente, también bilingüe, de *Les Belles Lettres* (Paris 1964).

–¿*Les Belles Lettres?* Sí, esa es la que quisiera...

Pierrette, vuelve a teclear, enseguida levanta un teléfono y susurra algo.

–*Siéntese, Monsieur* -y le indica un rincón cercano donde se ven varios sillones mullidos y una mesita de centro.

Oscar agradece pero permanece de pie. Observa el centenar de estantes repletos. Hacia arriba, por una espaciosa escalera se accede a los pisos

superiores. La arquitectura muy moderna y abierta, permite desde ciertos ángulos, distinguir en el primer y tercer pisos los mismos estantes metálicos, pintados de negro, y las columnas y balones de luz que ya viera a la entrada.

Hacia la izquierda, un poco a sus espaldas, divisa a través de un amplio ventanal, uno de los nevados alpinos.

Se pregunta si será el Mont Blanc e interroga a Pierrette.

—No, señor, el Mont Blanc no es visible desde la ciudad. Esa es la Croix du Nivolet.

Un hombre joven que trae en un cesto varios libros, los interrumpe.

Cinco minutos después, Oscar abre el tomo primero de la *Historia Natural*, y por el índice general, descubre que sobre los árboles y sus enfermedades debe consultar el *Liber XVII*.

**Collection des Universités de France
publiée sous le patronage de
l'ASSOCIATION GUILLAUME BUDÉ**

PLINE L'ANCIEN

**Histoire naturelle
Livre XVII
Texte établi, traduit et commenté
par
J. André
Directeur d'études à L'École des Hautes Études.**

Paris

**SOCIÉTÉ D'ÉDITION "LES
BELLES LETTRES"**

1964

Y al mirar al final la *Table des matières générales* descubre que en el artículo 37, el autor se ocupa de “las enfermedades de los árboles”; y en el art. 38, “de los prodigios que ofrecen algunos árboles”.

Tras leer a toda prisa los párrafos 216, 217 y 218 del artículo 37, Oscar se encuentra, en el párrafo 219, con el siguiente texto:

itaque laborant et fame et cruditate, quae fiunt umoris quantitate, aliquae vero et obesitate, ut omnia quae resinam ferunt nimia pinguitudine in taedam mutantur et, cum radices quoque pinguescere coepere, intereunt...

y en la versión francesa:

...et c'est ainsi que les arbres souffrent de faim ou d'indigestion, suivant la quantité de sève, et quelques uns même d'obésité: ainsi tous les (arbres) résineux, quand ils ont trop de graisse, se transforment en bois gras et périssent quand la graisse commence à prendre les racines, comme les animaux par excès de graisse,...

Oscar copió con cuidado ambos fragmentos, y los tradujo al inglés en los siguientes términos:

De modo que los árboles padecen de hambre o de indigestión, según la cantidad de savia; y algunos padecen incluso de obesidad, como por ejemplo, los resinosos, cuyo exceso de grasa se difunde por el leño; y cuando

desciende a sus raíces, causa la muerte de la planta...

Oscar estaba ya seguro de haber interpretado la totalidad del enigma. Eran las 14:38. Si se daba un poco de prisa alcanzaría a marcharse en el TGV de las 15:17, y durante las tres horas del viaje a París, dispondría de sobrado tiempo para redactar sus respuestas y enviarlas desde el tren. Pero optó por no arriesgarse a que el fax del tren, por algún motivo, no estuviese en funciones.

No. Permanecería en Chambéry el tiempo que fuera necesario hasta redactar con buen estilo las notas eruditas. Luego se concentraría para pergeñar esa inspirada versión sintética que pedían las bases del concurso.

En ese momento se le ocurrió algo que quizá resultara eficaz para acercarse al espíritu del mensaje. Cerraría mediante una versión escuetísima, como pedían las bases, sazónada con una nota del mismo humor cruel que trasuntaba el enigma.

Intuyó que ya arañaba el éxito con la punta de las uñas y le volvieron la ansiedad y taquicardia.

Se sentó con los libros en una de las mesas de lectura, vacía de usuarios en ese momento.

Cerró los ojos y se aconsejó: “Serénate ya, viejo corazón, compañero mío. Dios se ha acordado de nosotros; y puesto que Plinio el Viejo se nos ha mostrado tan generoso y comunicativo, quizá nos propicie ahora el rescate de nuestro amado Abdel.”

A las 17:02, Oscar Abercromby tenía redactadas las dos versiones y los comentarios eruditos. Los datos bibliográficos que necesitara sobre el rapto de Europa, le aparecieron sin demora en el *Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine* de Pierre Grimal, que obtuvo de Pierrette con nuevos intercambios de amabilidades; y así logró documentar sin dificultad el término oikoumenh, tal como lo usaba Demóstenes, gracias al monumental *Dictionnaire Grec-Français* de M. A. Bailly, que lo remitió a *Harangues et Plaidoyers politiques* en la integérrima edición de H. Weil, París, 1873-1877.

A las 17:26 envió el fax desde un modesto hotel, frente a la estación de trenes. Lamentable no haberlo enviado antes. Acto seguido cruzó la calle de la estación con la esperanza de que esa tarde, el TGV de las 17:25 partiera hacia París con un razonable atraso.

En efecto, allí estaba detenido en el tercer andén, gris metálico, aerodinámico, reluciente. Oscar compró el billete a toda prisa y a las 17:28,

mientras retiraba el equipaje de la casilla de consignación, vio que el tren seguía allí. A la mayor velocidad se internó por un túnel hacia donde las flechas indicaban el QUAI N° 3. Pero al subir los últimos peldaños hacia el andén, *shit! merde! skatá!*, aquel monstruo kilométrico, insensible a sus gritos, *ey! stop! please!*, indetenible, inexorable, irreversible, inhumano, se alejaba sin respuesta, envuelto en un silencio humillante, sin que le crujiera una biela, un tornillo, nada. Se alejaba.

Billete en mano, Oscar lo vio desaparecer en un recodo de las vías.

El frío apretaba en Chambéry. A pesar de la ya bien entrada primavera, Oscar calculó unos cinco grados sobre cero.

Caminó hasta la agencia de los autobuses y compró un billete para las 20:40. Volvió al bar de la estación, pidió un *croque-Monsieur*, una cerveza, y se resignó a esperar en aquel lugar, por lo menos caliente.

Llegó a París a la 12:45 y se apeó en las inmediaciones de la *Comédie Française*. Desde allí caminó hasta el bar-restaurant “Juveniles”, en la rue de Richelieu; y en efecto, allí estaba Tim, el patrón, dirigiendo una *dégustation*.

Menos mal.

Tal como Oscar suponía, el viejo amigo escocés lo sacó de apuros. Le dio la llave de su casa, para que pasara la noche allí, y el dinero del vuelo a Atenas.

A las 9 de la mañana siguiente, Oscar llamó a Abdel desde el “CDGaulle” en Roissy, para anunciarle el cambio en su horario de llegada.

Al mediodía se encontraron en el aeropuerto “Eleftherios Venizelos”.

Oh my God!, volver a verlo en Atenas al cabo de tantos meses...

De sólo oír en Londres la voz de Abdel, unos días antes, Oscar recibió una impresión fortísima.

Desde el fatídico 15 de septiembre, día de la separación, habían pasado más de ocho meses.

Abdel lo abrazó, con lágrimas en los ojos. Durante todo el camino, en el taxi, le apretaba su mano con desesperación; y ya en el apartamento, se demoró acariciando los muebles...

–Todo lo cambiaste de lugar...

–Tú también cambiaste de lugar...

Abdel alzó las cejas en un gesto de resignación y volvió a abrazarlo.

Después de un reencuentro amoroso que los dejó exhaustos, Abdel, plañidero como nunca, monologó *in extenso* sobre la infelicidad que vivía en Libia. De hecho vivía con sus suegros, en un hueco, en un pozo oscuro...

–Pero... ¿no ibas a vivir independiente, en un buen apartamento?

–Sí, el apartamento es excelente, pero contiguo a los de mis cuñados y al de mi suegro. Lo de la independencia era una trampa, porque el viejo es propietario de todo el inmueble y en el último piso vivimos de puertas abiertas, pasamos de un apartamento a otro sin llamar, comemos y cenamos en familia, rezamos juntos...

Con la punta de la sábana, Oscar le secó unas lágrimas.

Oscar conoció a Abdel durante unas excavaciones junto a las ruinas de Cirene. Al preguntarle su nombre, el muchacho dijo llamarse Abdelkader Al-Megrahi. En aquel primer encuentro, antes de admirar su belleza física, Oscar le celebró la eufonía de su nombre; y el celebrado, muy circunspecto, precisó que su nombre de pila significaba “siervo del poderoso”; y que el apellido Al-Megrahi era raigal en Libia, desde tiempos inmemoriales.

Abdel era el último de veintidós hermanos, que su padre, Alí Abdulrahmán Al-Megrahi, engendrara con cinco esposas. A la edad de doce años, Abdel fue enviado a un colegio londinense, donde permanecería hasta cumplidos los 16.

En 1993, Abdel tuvo que regresar a su natal Bengasi, por la repentina ruina de su padre. Las deterioradas relaciones de Libia con los EE.UU. y sus aliados, determinaron que Alí perdiese, de un día para otro, una fortuna equivalente a varios millones de dólares; y a sus 64 años cumplidos, renunció a los negocios en grande. Con lo que salvara de su naufragio, abrió un restaurante en Bengasi, donde puso a trabajar a sus cinco esposas y a siete de sus hijos e hijas menores.

Había dispuesto no volver a sufrir ansiedad ni quebraderos de cabeza por dinero. Desde entonces, entregó sus mejores energías a disfrutar la vida.

Hombre muy occidentalizado, también educado en Inglaterra, no por ello dejaba de cumplir con los ritos públicos del Islám. Mantenía todas las apariencias de una austera religiosidad, pero de puertas adentro, Alí Adulrahmán Al-Megrahi, era ante todo un árabe sensual.

En su modesta pero espaciosa vivienda campestre, a 20 kilómetros de Bengasi, mantuvo un discreto alejamiento del lugar donde instalara su restaurante. En ese retiro, sentado de piernas cruzadas sobre suavísimos pufs, Alí se dispuso a fumar todavía muchas pipas de kif, a beber té verde reforzado con

hachís, y a compartir el narguilé con sus compinches de tertulia y libertinaje juvenil.

Se entregaba a la música con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Le temblaban los labios mientras acompañaba *sotto voce* a sus cantantes favoritas, sobre todo a Om Kelzum[11]; y todavía a su edad, alternaba a sus dos esposas más jóvenes con odaliscas y mancebos venidos de Trípoli.

A aquel restaurante había llegado, un día del año 94, Oscar Abercromby. Venía acompañado por Abdel, que a la sazón trabajaba como intérprete en una misión arqueológica de la UNESCO.

Cuando la música y el kif produjeran ya un moderado punto de ebriedad entre los contertulios, Alí cantó con una voz rota de subyugante calidez, poesía árabe adornaba con acrobáticos melismas, como los cantaores flamencos.

Oscar admiró sus improvisaciones, al compás de un repique con sonajas de bronce; y oyó por primera vez en árabe la alta poesía de Omar Al-Khayam, acompañada por un laúd de virtuosos trémolos y dos lánguidos *kánunes*.

Otro día, Alí lo sorprendió al recitarle con impecable acento británico, sonetos de Shakespeare. En sucesivas visitas a casa de los Al-Megrahi, cuando ya cogiera cierta confianza, y sobre todo bajo los efectos del té con hachís, Oscar ya no contuvo al histrión que siempre llevara adentro, y se lanzó a recitar en varios idiomas. Sus preferidos eran Walt Whitman y Catullo. Cuando estaba muy entonado, se despojaba de su elegante atuendo europeo y se echaba por encima una cómoda *dashdash*[12]; *o intentaba cantar en árabe; y cuando bailaban odaliscas, se empecinaba en participar de la percusión.*

En otras ocasiones, más sobrio, Oscar ofrecía largas tiradas de poesía inglesa, que Alí le oía gustoso. Aunque muy distantes en el plano deóntico, Oscar y Alí se reconocieron hermanos, bajo el signo de una refinada sensualidad. Oscar era, por añadidura, un virtuoso *causeur*, y sus apariciones sin aviso en las tertulias del Al-Megrahi, era celebradas con repiques de sonajas, castañuelas de bronce y atronadores redobles del *derbake*.

Decidido a no desperdiciar aquella intimidad, comenzó a aprender el árabe con denuedo. Un año después, leía periódicos, relatos sencillos y si le hablaban despacio, podía sostener los diálogos cotidianos...

Alí se dio cuenta muy rápido del amor de Oscar por Abdelkader, y aunque

era su benjamín e hijo preferido, se hizo de la vista gorda. También se hizo de la vista gorda cuando Abdel comenzó a quedarse por las noches en el campamento, o se iba los fines de semana con Oscar a las playas, a Trípoli, al litoral de Bengasi. Y cuando la misión de la UNESCO se retiró del territorio, Ali celebraba con plácemes las frecuentes visitas de Oscar a Libia.

Tampoco objetó por el mes que Abdel pasara con Oscar en Atenas. Sólo cuando en el 97, el muchacho le pidió permiso para irse a vivir permanente en Grecia, Alí le preguntó:

–¿Qué edad tiene Abercromby?

–Cuarenta y dos.

–¿Y tú?

–Veinte

–Está bien. Vete, hijo. Abercromby es un buen hombre y te va a cuidar. No lo traiciones. No es decente traicionar a un buen amante, hombre o mujer. Disfruta la vida y trata de aprender algún oficio útil antes de los 30. Entonces deja a Oscar, cástate y ten muchos hijos. Alá sea contigo.

Y Alá fue con Abdelkader Al-Megrahi. Le dio el amar y ser amado. Le forjó entrañables amistades con hombres y mujeres, y le permitió estudiar arquitectura en la Universidad de Atenas.

Vinculado por afición a un grupo de teatro, se destacó como escenógrafo. Para ganarse la vida decoraba viviendas, vitrinas comerciales, *stands* de ferias, hoteles. Desde el año 2000, en que comenzara a ganar dinero con cierta holgura, abandonó los estudios.

Como pareja, vivieron siempre con un mesurado decoro. Prescindían de lo prescindible y ahorraban para permitirse modestos lujos en comidas, bebidas y viajes.

Con frecuencia pasaron vacaciones en Inglaterra, país que Abdel adoraba, en parte por la herencia anglófila que le venía desde su abuelo, en parte por nostalgias de su reciente adolescencia; y sobre todo, por las estupendas personas que Abdel conociera a través de Oscar; tan estupendas en algunos casos, que llegaron a provocar una áspera disputa por celos.

Juntos emprendieron también muchos viajes por Europa, un raid de tres meses en auto por la Argentina y Brasil; y a fines del 2001, pasaron quince días en Cuba.

Año tras año, Abdel visitaba a su familia en Bengasi; y ya con la adultez plena, creció su amor y admiración por el padre. Pasada la adolescencia, también él disfrutaba de su tertulia poética y lúcida embriaguez, gracias en parte a lo

mucho que aprendiera de la vida, el arte y las culturas antiguas con Oscar Abercromby.

Pero Alá ya no fue con Abdel en el 2002, porque su padre volvió a arruinarse. La crisis estalló a mediados de julio. Alí manejaba sus cuentas bancarias en absoluto secreto; y un día confesó a sus hijos y esposas que no le quedaba una libra.

Hasta entonces, como Alí no diera señales de alarma, nadie presintió la catástrofe. Cuando su prole no sabía ya cómo librarse de los acreedores y lo instaban a publicar su quiebra, él siguió en su tertulia entregado a la embriaguez poética con Feiruz y Om Kelzum, y a su paraíso interior del té con hachís en brazos de sus mancebos y odaliscas.

En agosto llegó por fin Abdel, para la habitual visita de verano. Su padre, lo estaba esperando con una propuesta de matrimonio que no ventilara todavía con nadie, ni siquiera con la familia: Abdullah El-Gaddafi, su antiguo asociado en negocios de *import-export*, estaba dispuesto a pagar 50.000 euros por el matrimonio del bello Abdelkader con su hija Leila.

Era una propuesta insólita. En el ámbito musulmán, siempre es el padre del novio quien aporta la dote; pero Leila, la primogénita y adoración de su padre, que ya rechazara dos atractivos pedidos de mano y sobrevivía a un peligroso intento de suicidio, amaneció un día enamorada del bello Abdelkader Al-Megrahi, a quien viera la víspera. Ese sería su marido; y amenazó a Abdullah: o con Abdel o con nadie.

Transido de amor paterno, juguete de las lágrimas de Leila y temeroso de un nuevo intento de suicidio, Abdullah ofreció su hija en secreto al padre del muchacho. En extremo secreto debía ser, para ocultar el deshonor de no exigirle dote.

–¿Una esposa *tax free*? – se burló Alí, pero ya dispuesto a coger por la melena aquella estupenda ocasión que se oliera al instante-. Hmmm..., no, no creo que le interese a Abdelkader. El vive muy a gusto en Atenas con una griega...

–¿Y despreciaría a Leila?

Un mes atrás, ante la inminencia de su quiebra, Alí sondeó sus posibilidades con Abdullah. Quizá lograra un préstamo sobre la hipoteca de lo que fuera una buena vivienda, convertida ahora en una ruina inservible, gracias a los bombardeos de Ronald Reagan. Abdullah, para esquivar el sablazo, le lloró miserias, se quejó de los malos negocios y funestos tiempos. Sin embargo, cuando Leila se antojara de Abdelkader y lo pusiera en semejante aprieto,

Abdullah concibió un plan. Ofrecería a Al-Megrahi lo suficiente para escapar del derrumbe, a cambio de ejercer su gran influencia para que el vástago abandonase a la griega y se casara con Leila. Supuso que con unos 30.000 euros en la mano, Alí aceptaría el negocio; y el amantísimo Abdel, en aras de salvar a su padre, no se negaría al deleitoso sacrificio de unirse a Leila; pero por atávica necesidad de regateo, Abdullah comenzó por no ofrecer nada en efectivo. La única ventaja para Alí, sería su exención de la dote. Si Alí no aceptaba, como era de esperar, Abdullah le iría subiendo la oferta. Pero Alí lo vio venir y le aseguró que por menos de 50.000, Abdelkader no se dejaría convencer.

–Tú sabes que su mujer es rica, y él dice que vive muy feliz...

Tras casi dos horas de argumentos, cerraron por fin un trato. Alí le aseguró a su ex socio, que Abdel seguía siendo el hijo obediente que siempre fuera; y ante la inminente ruina de su familia, no escatimaría sacrificios por salvarla. Por otro lado, unirse a la bella Leila sin pagar dote, no constituía ningún sacrificio para Abdel. Era una ganga; pero iba de suyo la obligación de compensarlo por la renuncia a su presente felicidad en Grecia.

–¿Y cuánto vale esa felicidad, en libras libias?

–Déjate de bromas, Abdullah. Hablemos en moneda seria.

–Bien, dame la mala noticia en euros.

–Sesenta mil.

Hubo un último round de regateos y por fin acordaron 50.000 euros. Esa cantidad le entregaría en secreto Abdullah a Alí; pero para salvar el honor de Leila, que debía ignorar el clandestino trato, Alí debía presentarse en casa de Abdullah, acompañado de testigos, y pedir a la muchacha en matrimonio para su hijo Abdelkader; y debía asimismo poner a circular la especie, incluso ante su propia familia, de que Abdel amaba a Leila y por ella estaba dispuesto a sacrificar unos importantes ahorros, ganados con su genio ornamental y destinados a construirse una casa en la isla de Samos. Según la versión para consumo público, el verano precedente, durante la boda de uno los hijos de Abdullah, al descubrir a Leila hecha mujer, Abdelkader se habría enamorado con tan impostergables bríos, que en el acto determinó separarse de su griega, renunciar al paraíso en el Egeo y regresar a Bengasi.

Abdullah insistió en difundir esa historia, porque ningún comerciante de Bengasi ignoraba que Alí Al-Megrahi estaba al borde de la catástrofe, y nadie se creería que de sus arcas saliese una dote de 50.000 euros. Ante escribano, con

todas las formalidades del mukaddam[13], se fingiría el pago de la dote mediante dinero efectivo, a la vista de varios testigos convocados por ambas partes. Abdullah le prestaría a Alí ese dinero para consumir el fraude; e iba de suyo que retornaría al propietario ese mismo día. Por descontado, los dos consuegros y Abdel, serían los únicos cómplices de aquella componenda. Pero Abdullah, para su tranquilidad, exigió que Abdel, Alí y otros cinco hijos adultos, firmaran un muakhar[14] por 70.000 euros; de modo que si una vez consumado el matrimonio, Abdel abandonaba a Leila y se marchaba de Libia, ella recibiría el monto de la multa estipulada. Y si no se lo pagaban, alguien iría a la cárcel; en primer lugar Alí; y si llegado el momento Alí estuviera prófugo o muerto, pagaría su hijo primogénito; y así, de mayor a menor, irían presos los demás adultos masculinos de su familia, firmantes del muakhar.

Cuando su padre le pidió casarse con Leila ¿qué podía hacer Abdel? Él era la única salvación del restaurante y de la familia. Y el noble vástago no desoyó la admonición paterna. Cuando Alí le recordó la inminencia de sus 25 años, edad de sentar cabeza, tomar esposa y multiplicarse, asintió obediente, sin objeción alguna.

Oído el colorido relato, Oscar jugueteaba ahora con un rizo de Abdel y lo oía quejarse de su suegro.

–¿Y qué negocios tiene?

–Algunas extensiones de tierra; una fábrica de aceite; dos textileras; mucha propiedad raíz en Francia y Alemania...

–¿Tiene otros hijos que lo ayuden?

–Sí, a parte de Leila tiene nueve varones, cuatro de la madre de Leila; y cinco de una segunda. El mayor es algo retardado y los otros tres adultos trabajan para él; y en la casa, sólo se habla de negocios o se guarda silencio para que el viejo lea el Corán.

–¿Y qué tal tus relaciones con ellos?

–Buenas, pero a costa de morderme la lengua...

Acodado sobre la almohada, Oscar le besuqueaba ahora los ojos cerrados, los pómulos...

–Mi cuñado mayor vive con los viejos y se pasea el día entero rezando en voz alta. Pasa de uno a otro apartamento rosario en mano, sin parar de rezar. Como ser humano es el mejor de la familia, pero sólo vive para ganar el yanna[15] y su único tema de conversación es el Viaje de la Escala...

–¿Y eso qué es?

–Es el viaje de Mahoma al Séptimo Cielo; y el pobre se babea cuando habla. Al principio me conmovía su fe y su inocencia, y yo lo escuchaba paciente, pero al cabo de pocos días comencé a huírle. Es monotemático y todo intercambio con él resulta imposible.

–¿Y con los otros hermanos adultos?

–Peor... Son muy desagradables. Tú mismo, de sólo ver cómo maltratan y esclavizan a sus mujeres, no los soportarías a tu lado un segundo,... El peor es Tikrit, el hermano soltero. Una hiena, lleno de vicios. Y por cierto el preferido del viejo...

–¿Y eso? ¿No dices que el viejo es tan religioso?

–Sí, pero Tikrit le finge y lo engaña. Yo lo conozco desde niño y siempre fue un crápula oportunista; pero es el más dotado de la familia para los negocios; y el viejo ha ganado una fortuna gracias a él, que lo indujo a comprar propiedad raíz en Europa. Pero en fin, fuera de amasar mucho dinero, los únicos intereses de Tikrit son el fútbol y el libertinaje...

–¿Y Leila? – se atrevió por fin a aventurar Oscar.

–Bella, pero demasiado ignorante y muy protagónica; y ya me atormenta tener que dormir con ella.

–Pero por lo visto te ha dado vacaciones...

–Sí, pero tuve que engatusarla.

Abdel se dejaba ahora besuquear boca arriba, los labios entreabiertos.

–Estoy desesperado, Oscar.

Le confesó que añoraba la armonía de la vida a su lado. Sólo ahora, tras perderlo, se daba cuenta de lo feliz que había sido junto a él. Echaba de menos Atenas, la vida en una ciudad cosmopolita, el trato con personas cultivadas, sin prejuicios.

–¿Y qué te movió a suponer que la vida con esa muchacha en Bengasi, y con esa familia, te convendría?

–Yo no dije que me conviniera -y volvió a desatarse en llanto y a abrazarse de él-. Te dejé para salvar a mi gente...

De nuevo con el muchacho entre sus brazos, Oscar se estremeció de impotencia. Si quería ayudarlo, la única oportunidad que de momento tenía a su alcance, era el premio en el concurso de enigmas.

Sin embargo, pese a su certeza de haber dado una excelente respuesta, no se forjaba ilusiones; sobre todo por haberla despachado sólo unos minutos antes de cerrarse el plazo, y en caso de que hubiera más de 100 respuestas correctas, la

suya quedaría eliminada por llegar entre las últimas.

Era el 21 de mayo, y hasta conocer la respuesta, pasaría una semana de ansiedad.

De improviso, Abdel se sentó en la cama con un movimiento brusco y le comentó a boca de jarro:

–Cuando te llamé al hotel, Warren me dijo que tu mamá había muerto hacía poco.

–Sí, así fue.

–Y también me dijo que te había dejado una herencia. – Sí, me dejó 35.000 libras.

6

ROMA-CAGLIARI,

20 al 22 de mayo

del 2003

A fines de marzo, cuando Pro Veritate anunciara la difusión de los enigmas, Manfredo memorizó el 20 de mayo y se dispuso a esperarlo; pero quiso el azar que durante los días previos, Gloria arreciara en sus acciones de conquista; y como la publicación del enigma coincidiera con el día de la cita en Roma, Manfredo, ocupado día y noche en los preparativos y la degustación especulativa de su aventura, se olvidó del concurso.

De modo que al toparse de improviso con el texto del enigma y salir huyendo de Campo de' Fiori, los primeros sorprendidos fueron los *compaesani* de don Battista Múndula. *L'onorévole* los había situado ese día en Roma, con el encargo de propinar una memorable golpiza *in situ* al veneciano adúltero y corruptor de

su hija Gloria. Participaba también un tal Tráppani, fotógrafo especializado en seguimientos, al que encargara documentar el clandestino encuentro en Campo de' Fiori.

El jefe de los tres matones supuso que a Manfredo lo ahuyentó algún peligro. Quizá detectara a alguien que no debía verlo en compañía de Gloria. ¿Algún pariente de su mujer sarda? ¿Algún enemigo?

No, ese estúpido no tenía enemigos.

Pero quizá tuviera acreedores...

Mmmm... Eso sí, tal vez...

De golpe, al caer en cuenta de que don Battista no creería su relato de lo sucedido, el jefe comenzó a atormentarse. De seguro *l'onorévole* supondría que en contra de su expresa recomendación, ellos se habían dejado ver de Gloria; y claro: ella le habría hecho entonces una seña al tipo que así advertido, se diera a la fuga. Lo cual no era verdad. Ella no los vio en ningún momento.

Para mayor frustración, Tráppani tampoco consiguió tomarles una foto juntos; aunque una de ellas, en que Gloria aparecía al pie de la estatua, permitía una vista de Manfredo al fondo, sentado en la *Vinería*.

El jefe hizo una seña a sus dos secuaces y los tres sardos abandonaron Campo de' Fiori. El veneciano se libró de una tunda; y ellos tendrían que enfrentar ahora la furia de don Battista Múndula.

Porca Madonna!

Trabajar para *l'onorévole* no era ninguna bicoca.

Gloria también se preguntó qué le sucedería a su profesor.

Cazzo!

Si se presentaba allí, en el lugar y hora convenidos, no sería para salir huyendo al verla. Era evidente que la estaba esperando.

¿Sería el pobre, víctima de alguna rara enfermedad?

¿Habría presentado, como su primo Franco, un ataque de epilepsia? Tal vez huyó para no desmerecerse ante ella, viéndolo retorcerse y echando espumarajos por la boca...

Manfredo huyó para no desmerecerse ante sí mismo. Después de un vistazo al periódico, en el que no consumiera ni tres minutos, logró desentrañar una buena parte de aquel enigma. Sólo un cretino no habría huido en sus circunstancias. Con un par de consultas en cualquier biblioteca, resolvería el..., el acertijo.

Sí, no era más que un acertijo, una simpleza. Un par de meses antes, al leer el primer anuncio sobre los concursos de Pro Veritate, Manfredo se figuró algo mucho más académico y sutil. ¿Sería verdad que por resolver aquella tontería le regalarían un mínimo de 120.000 euros?

En todo caso, mientras no se probara lo contrario, era su única oportunidad de ayudar a Valerio.

En cuanto a la Puttúndula, mala suerte: ya buscaría otra ocasión para ocuparse de ella. Inventaría una disculpa y le daría otra cita. Pero sería un miserable si no intentaba ganarse aquel dinero. Valerio estaba paralítico, *cazzo*. Necesitaba de él; y por puras ganas de fornicar no iba a incumplir con una deuda sagrada.

Miró la hora. Eran las 12:22

Un miserable, un ingrato sería...

Sí, a toda costa, a pesar de la desconfianza que le inspiraba aquel concurso tan loco y manirroto, debía intentarlo.

Para quedar en paz consigo, aunque el esfuerzo se le antojara vano por momentos, se empeñaría a fondo. Eso y mucho más le debía a Valerio; y no poder auxiliarlo, y que sus compañeros más queridos lo supusieran desligado de los sagrados compromisos de la amistad, eran causa de su presente amargura y descontento.

Sin duda, algunos lo supondrían muy solvente...

¿Solvente?

No, solvente, no; quizá desahogado, pero entre comillas...

Varios amigos, de visita en Cagliari, conocieron su excelente vivienda propia, su máquina del año; algunos sabían que el verano anterior se había ido de vacaciones al Japón con toda la familia; y el precedente a México; y que pasaba casi todos sus fines de semana en la Costa Esmeralda. Sin embargo, Manfredo no tenía una lira guardada.

Para su desasosiego, en un ochenta por ciento, el dinero de su casa lo conseguía Sandra. Y a él no le era fácil disimular cierta vergüenza.

Sandra tampoco tenía dinero guardado. Vivían al día, sometidos a una contabilidad estricta; con asignaciones mensuales inviolables para cada miembro de la familia; y hasta con fuertes deudas, por la casita que a ella se le antojara construir en Olbia. Obtenido un préstamo bancario con la garantía de su padre, Sandra compró terrenos y algunos materiales.

La cuota que le asignaran a Manfredo sus compañeros, organizadores de la colecta para Valerio, era de siete mil euros. ¿De dónde los iba a sacar, Santa Madonna?

Lo que más lo atormentaba era el juicio de su amigo en desgracia; y más todavía el de Rita, su mujer, una tipa cojonuda que en los años 70 se la jugara por todos ellos; que salía a robar en las tiendas para llevarles comida a su escondite. A Manfredo lo torturaba que lo supusieran ahora un desentendido de los deberes del compañerismo. Algo imperdonable en el caso de Valerio, que se inmolará por él y los otros cuatro; y que aun desde la cárcel, siguiera protegiéndolos con su hombría y silencio.

Ya en su precipitada fuga, calculó que desde Campo de' Fiori hasta la Biblioteca Nacional, si cogía un taxi, llegaría en una media horita.

Volvió a salir al Corso Vittorio Emmanuele II y a los diez minutos de ver pasar una veintena de taxis ocupados, recordó que estaba en el centro de Roma y era mediodía. Empezó entonces la marcha hacia Largo Argentina donde esperaba encontrar un taxi vacío. En eso, un autobús con destino a Piazza Venezia paró junto a él. Lo abordó sin titubeos. Si no encontraba taxis en el *Capo Linea*, de seguro encontraría algún medio que lo llevara hasta Términi. La Biblioteca estaba en Castro Pretorio, junto a una de las terminales de la Metropolitana. De modo que si en Términi no encontraba un taxi, caminaría unos 30 minutos.

Ya en el autobús, volvió a mirar la hora. Eran las 12:47. En el peor de los casos, llegaría a la una y media.

En realidad, resolver aquel enigma no era tanto una tarea académica como una carrera contra el reloj. Y sólo le quedaba un poco más de cinco horas para enviar la respuesta.

Quizá ya fuera demasiado tarde. Si sólo iban a premiar cien trabajos, sus esperanzas eran pocas. Pero renunciar al concurso era una cobardía y una deslealtad a Valerio. Máxime que de entrada había resuelto las alusiones a Hitler y a Europa. El sentido de la *oikoumene* en Demóstenes lo averiguaría en no más

de media hora.; y la mención a los “dos eruditos de la triple homonimia” era una simpleza... Entre los pocos eruditos griegos y romanos, los únicos homónimos que él conocía eran Plinio el Viejo y Plinio el Joven. De seguro tenían la misma terna onomástica. Y hasta sus alumnos del Liceo se darían cuenta de que el enigma aludía a Plinio el Viejo, que por cierto escribiera miles de páginas sobre ciencias naturales. No podía ser otro. Lo único que amenazaba con robarle mucho tiempo era localizar el nombre de esa enfermedad en su obra.

A las 13:12 llegó al vasto complejo edilicio donde se encuentra la Biblioteca Nacional. Al atravesar la reja por la que se accede a un amplio sector de áreas verdes, se asomó a la garita de control, donde le indicaron que como consecuencia de un inventario, durante esa semana la Biblioteca Nacional cerraría a las 13:30. Los celadores desconocían si por allí cerca, donde radicaban varios centros universitarios, alguna biblioteca daba servicio por la tarde. Le aconsejaron consultar a los funcionarios de la recepción.

Manfredo corrió los 150 metros que lo separaban del moderno edificio donde funciona la Biblioteca Nacional. Una referencista que estaba recogiendo ya sus pertenencias para marcharse, lo vio llegar angustiado y accedió a indagarle sobre otras bibliotecas.

–¿Qué tipo de materiales necesita?

Apenas Manfredo mencionara la *Historia Naturalis* de Plinio el Viejo, ella lo miró divertida.

–Me lo imaginé -dijo con una sonrisa-. Ese título ha batido hoy un record: más de 30 solicitudes...

–¿Y tienen tantas copias?

–Entre manuscritos, desde el siglo XV, y ediciones diversas, hay más de cuatrocientas...

Manfredo, angustiado ante tan desagradable noticia, calculó que si sólo en la Biblioteca Nacional le aparecían 30 competidores, en toda Roma se acumularían no menos de 100, y en toda Italia 500, y entre Francia, Alemania, Inglaterra, España, no menos de 2500...; y en el resto del mundo...

¡Ah, no, no! Lo mejor era abandonar aquella insensatez...

Pero volvió al recuerdo de Valerio.

No, ni hablar. No desistiría. Aunque no ganara nada, se esforzaría al máximo... Por lo menos su conciencia, ganaría en reposo.

La mujer, tras dar algunos teclazos, le imprimió las direcciones y teléfonos de unas 20 bibliotecas romanas que disponían de buenos fondos clásicos, y por lo menos una media docena, permanecían abiertas hasta la noche.

Al entregarle la copia, le comunicó también que en una librería de la cadena Feltrinelli, ella había visto una edición de la *Historia Naturalis* en seis volúmenes.

–¿De qué editora?

–No recuerdo -le respondió, sin dejar de teclear-; pero mire, aquí veo que también figura el texto completo en **Internet**.

–Busco la *Historia Naturalis*, de Plinio el Viejo. ¿Tiene alguna edición moderna?

El librero de la Feltrinelli sonrió.

Sí, en efecto, existía una edición de Einaudi de los años 80, en seis tomos...

–Pero esta misma mañana vendí los dos últimos juegos.

Refirió que desde temprano, al abrir, ya un cliente esperaba junto a la puerta; y en el curso de la mañana llegaron otros.

Sí señor, como no, el librero sabía lo del concurso. Los propios clientes lo pusieron al tanto. Lamentó no poder ayudar a Manfredo y le deseó buena suerte.

Pensó en Amérigo.

¿Estaría en su casa el troglodita? ¿Estaría su mujer?

Se repitió que los 120.000 euros del premio, él podría darlos completos a Valerio. La posibilidad de mostrarse generoso y reconocido con el amigo, bien valía el trago amargo de pedirle un favor a Amérigo, su detestable conuñado...

Amérigo era heredero de una selecta biblioteca literaria que conservaba como adorno, porque fuera de literatura técnica y el periódico, no leía otras publicaciones. Pero por no fallarle a Valerio, Manfredo estaba dispuesto a sonreírle al imbécil, a aguantarle sus ironías, a humillarse si fuera necesario. Por otra parte, Manfredo tenía entendido que Amérigo navegaba con gran pericia en **Internet**, y por tal de lucirse, quizá hasta aceptara ayudarlo.

Desde la misma puerta de Feltrinelli, Manfredo llamó a su casa en Cerdeña, explicó a Sandra lo del inesperado concurso, su necesidad de **Internet** y Sandra le pasó el número del celular de su hermana.

Al comunicar, Antonella le dio la dulcísima noticia de que Amérigo andaba de viaje, pero podía disponer de los equipos y de ella misma.

–¿Y tú no vas a salir?

–No, Manfi, no pienso salir; ven cuando quieras; y si me necesitas como internauta, me encantaría darte una mano...

–¿Así que tú también navegas?

–Soy una loba de mar, Manfi. Dime en qué librería estás y te voy a buscar en mi máquina.

Manfredo le dio las coordenadas de la Feltrinelli.

–Y te lo agradezco porque los taxis están muy difíciles.

–Espérame frente a la entrada, sobre la acera que da al *piazzale*, a las dos y media.

Al colgar, Manfredo se preguntó qué bicho le habría picado a Antonella. Desde mucho antes no lo llamaba Manfi. ¿A qué vendría tanta amabilidad con él?

Se le apareció por detrás y le tapó los ojos. Vestía unos jeans ajustados y una blusa demasiado ligera para aquella época. Lo besó con efusividad y se mostró muy alegre de verlo.

Como encontrara dos calles cerradas, prefirió apearse y caminar hacia la plaza. Su coche estaba estacionado a doscientos metros.

A las 14:50, llegaron a la Balduina, al pie del Monte Mario. Entraron por el garaje, salieron a una sala suntuosa y continuaron hasta la biblioteca, donde Amérigo tenía su estudio y sus equipos.

Antes de su matrimonio con el socotroco, Antonella era muy cariñosa con Manfredo. Pero un día se enfrió. Durante los últimos encuentros familiares en Cerdeña, en la finca de sus padres, Antonella se le mostraba esquiva y muy distante; pero ahora, en su propia casa, volvía a ser la de antes, servicial, juguetona. ¿Qué estaría pasando? ¿Sería que Amérigo...? Y no quiso recordar aquella noche en el olivar...

“¡Oh, no, por Dios, este no es el momento de encandilarte con el culo de Antonella...!”

Manfredo recordó que las bases generales del concurso mencionaban algo muy extraño sobre la versión sintética de los criptogramas. En su momento, aquello le llamó la atención, pero olvidó los pormenores.

La biblioteca era envidiable: anaqueles de sándalo con vitrinas de gruesos vidrios biselados, muebles de estilo, dos alfombras persas, y unos 10 ó 12.000 volúmenes: historia, derecho, filosofía, literatura general.

A Manfredo lo irritaba que Amérigo heredara semejante tesoro. El muy imbécil, hasta alardeaba de no leer ficción. Si acaso, alguna que otra biografía; y se pavoneaba de su pragmatismo, tema recurrente de sus monólogos, que él convertía en virtud suprema.

Mientras Manfredo se acomodaba en la sala y desplegaba el periódico en el texto del enigma, ella salió un momento y regresó en shorts.

Él no quiso café, ni refrescos; pero tenía mucha sed y le pidió vino blanco. Se retorció las manos, nervioso.

Ella se mostró preocupada.

Durante el recorrido en el coche, hablaron un poco de la familia. Manfredo le describió de manera muy general las características del concurso. En cinco minutos abundó sobre la gran oportunidad que le ofrecía y la cantidad de dinero en juego; ya él tenía casi resuelto el enigma, y era muy poco lo que le faltaba por averiguar. Si ella lo ayudaba en *Internet*, él le quedaría agradecido toda la vida. Le habló de su difícil situación con Valerio y de lo mucho que lo apremiaba el tiempo.

La consulta en *Internet* debió efectuarla ella, porque su computer era una *Mac* que él no sabía operar.

A las 15:02 se sentaron juntos ante la pantalla. Sus rodillas, al rozarse, lo perturbaban. ¿Qué hacer? Alejarse era poco viril... Por fin, se impuso olvidar la pierna que Antonella apoyaba en la suya y se concentró en la pantalla.

Con manifiesta pericia, ella tecleó primero para acceder al sitio web de Pro Veritate y ver las Bases Generales del concurso; y sin demora dio con los artículos que Manfredo quería, sobre la versión sintética. Le imprimió una copia y él la puso sobre el buró, sin leerla. Lo importante ahora, era concentrarse en Plinio.

Antonella navegó con prósperos vientos y a las 15:08 descubrió el acceso.

–Mira -le anunció-: Sésamo ábrete.

Dio un teclazo pomposo y los 37 libros de la *Historia Naturalis* de Plinio el Viejo, quedaron a disposición, en la pantalla de la *Macintosh*.

–Magnífico. Mucho más rápido de lo que yo creía.

Verdad que lo de *Internet* era una maravilla.

Enseguida, mediante la instrucción *search*, dieron primero con el *Liber XVII*, que abunda sobre enfermedades de los árboles.

–¿Como se dice en latín “crecimiento excesivo de los árboles”? – preguntó Antonella.

–No, olvídate -le respondió él, pensativo-; por ahí no lo vamos a encontrar. Hay que rastrear más bien raíces que den el significado de exceso: busca por IMMAN, ABUND, ENORM...

A las 15:14, la muchacha dio con un párrafo donde Plinio menciona la ENORMITAS ARBORUM a la que llamaba OBESITAS...

–¡Claro! – Manfredo se dio un golpe en la frente, y en su alegría, cogió a Antonella por las mejillas y le plantó un beso junto a la boca.

–Eso me resuelve casi todo el enigma. Sólo me queda lo de Demóstenes. Sin embargo, tras un brevísimo rastreo, desistió. En el Thesaurus, que

indiza por secuencia alfabética todos los textos griegos transcritos en *Internet*, no figuraba nada de Demóstenes.

–Eso no tiene problema. Si salgo ahora, estoy a tiempo. En cualquier librería grande puedo conseguirlos.

Eran las 15:19 Aún tenía más de dos horas y media.

–Yo te llevo en mi máquina.

–No, mejor préstame tu motoneta. En media hora voy y vuelvo.

Pero cuando ya estaba por irse, se volvió y señaló las estanterías.

–¿Hay algún catálogo?

–Sí, escrito a mano por el abuelo de Amérigo.

Ella abrió una pesada gaveta y apareció un tarjetero que sus dedos manipularon con rapidez, y sí señor, allí estaba, *Démosthène*, una edición en francés, de 1820...

Y de repente, se volvió con una cara tétrica.

–Pero no figuran los discursos...

Él desarmó la sonrisa, frunció el ceño y se abalanzó sobre el cajón; y al examinar la tarjeta que ella extrajera, soltó una risotada: sí, cómo que no, allí estaban los discursos completos en volúmenes por separado: *Les Philippiques*, *Les Olynthiennes*, todo...

¡Aleluya!

Esta vez fue ella la que se entusiasmó y se abrazó de él y le dio otro beso.

Él la estrechó por la cintura, supuso lo que vendría y optó por apartarse.

–Ahora necesito estar solo, leer esto con calma y redactar el fax.

Antonella, antes de marcharse, volvió a ofrecerle algo de comer o beber, pero él rehusó. Ella le indicó un baño contiguo; y si necesitaba algo de ella, lo que fuera, podía llamarla por el teléfono interno. Y a propósito, cuando terminara y pusiera el fax a París ¿qué planes tenía?

¿Él? No, ningún plan.

–Entonces, voy a cocinar algo rico. Cenamos juntos y luego escuchamos música o vemos una película; y hasta te quedas a dormir, si te apetece.

–Gracias, *un piacere*, acepto.

–Bien, yo voy al supermercado antes de que cierre. Quedas en tu casa -y se despidió con una mirada polisémica.

Manfredo se preguntó si sería posible lo que en ese momento le estaba pasando por la cabeza. Verdad que la vida le preparaba a uno enredijos y trampas inimaginables. Quién le iba a decir que después del fracaso con Gloria Múndula... Pero, maldita sea, él no debía olvidar que aquella mujer era su

cuñada, la hermana de Sandra, la tía de sus hijos. Sí, pero ¿qué culpa tenía él de que ella...?

Tuvo que volver a cortarse en seco una andanada de visiones y conjeturas.

Ahora necesitaba la cabeza fría, muy fría.

Sus búsquedas resultaron mucho más sencillas de lo que supuso. Al cabo de unos 45 minutos quedó convencido de que para Demóstenes, la “oikoumene” no significaba ya, *sensu recto*, “la tierras habitadas” de los filósofos jonios, sino el universo conocido. El insigne tartamudo usaba con frecuencia el término, y era obvio que su significado se desprendía del contexto. No había equívoco posible.

Fue entonces cuando volvió a examinar las bases del concurso que Antonella le copiara del Sitio Web. Leyó varias veces el artículo 2º:

“En tercer lugar, se presentará una versión libre o sintética, a modo de libérrimo resumen interpretativo; de esta versión se evaluará la parquedad, el ingenio, la elegancia, y también el humor; pero sobre todo, la capacidad de sintetizar al máximo la esencia de cada criptograma.”

Reflexionó sobre el alcance de los términos “parquedad”, “humor” y “libérrimo resumen”, y llegó a la conclusión de que si algún mensaje encerraba aquello, era de carácter antinazi, aunque sobre un trasfondo de humor negro.

Pero no terminaba de convencerse.

Al cabo, reconoció que el enigma caracterizaba a Hitler como principal causante de la Segunda Guerra Mundial. Sin duda una tibia alusión a su monstruosa influencia en la “vuelta hacia abajo”, calco semántico de “catástrofe”; y cualquiera fuese el mensaje, a Manfredo le sonaba de muy mal gusto bromear con una tragedia de la humanidad, como el genocidio perpetrado en los *Lager* hitlerianos.

Pero él no estaba allí para ocuparse de moralizar, sino para ganarse las decenas de miles de euros que esos locos cínicos de Pro Veritate se proponían derrochar en sus concursos tontos.

Sí, tontos; porque aquello, mucho más que para estimular el ingenio de la gente culta, estaba concebido para una mentalidad crucigramera. En fin, allá ellos.

Para estar a tono con la ironía del mensaje críptico, y con la libertad formal que pedían las bases, Manfredo redactó un texto brevísimo, sin ninguna duda

libérrimo, y muy atrevido: “Los gordos se trampean y por eso no adelgazan. Hitler los desenmascaró en sus campos de concentración.”

Al releerlo, temió que se le hubiera ido la mano.

¿Demasiada síntesis?

Quizá demasiado cinismo...

Reconsideró la versión, pero optó por dejarla.

Tenía que arriesgarse. Estaba seguro de que muchos participantes develarían el galimatías sin cometer errores académicos; de modo que para ganar había que destacarse en la versión sintética.

Sí, aquel texto audaz, inteligente y original, le daría el premio; porque para satisfacer los demás requisitos, no se requería ser un especialista. Bastaba con tener una regular formación clásica, un poco de ingenio, acceso a las bibliografías, y la disposición a enfrascarse en una búsqueda contra reloj; y dada la enorme divulgación del concurso, a nivel mundial, habría una muchedumbre de concursantes y centenares o miles de interpretaciones correctas.

De modo que si las bases del concurso enfatizaban la exigencia de precisar lo esencial del mensaje y exhortaban a redactar un texto libérrimo, Manfredo Pirotto no les llevaría la contraria.

Ni tampoco le llevaría la contraria a su cuñada.

A las 17:15 completó su quinta página, a mano. Todas eran legibles y podía enviarlas por fax. Pero aún disponía de tiempo. Llamó a Antonella, que tecleó todo en la computadora y lo imprimió con cuidado. Él añadió algo al final, intercaló una línea y rectificó un par de términos.

A las 17:49 envió el fax a París.

Ella destapó una botella de champaña.

Desde que reapareciera en la biblioteca, Antonella era otra. Traía un peinado alto, un perfume de espliego y un vestido suelto y oscuro, de una tela calada que transparentaba su ajustador muy escotado y los pantaloncillos negros.

Manfredo creyó adivinarle un ombligo perfecto.

Brindaron con ademanes ceremoniosos. Se miraron a los ojos. Ella le auguró éxito en el concurso y declaró sentirse encantada con su presencia. Detestaba cenar sin compañía; y no le gustaba dormir sola en la casa.

Cuando pasaron al salón, Antonella se colocó de perfil ante una lámpara ya encendida, sin duda ex profeso; y al inclinarse para volver a escanciar, Manfredo disfrutó el garbo de sus senos al trasluz, la redondez temblona de sus nalgas, y su cintura dúctil que invitaba al baile.

Desde otro ángulo, comprobó que tenía un ombligo inobjetable.

Bien. Antonella quería guerra con él; y como no era una menor, hija de un mafioso, sino un caramelo en sus treinta y pico, casada con un ignaro y connotado *rompicoglioni*, al que con toda probabilidad ya había adornado de generosas cornamentas, Manfredo se dispuso a aceptar el envite.

Ah, el destino...

Ella le sonrió desafiante, se le acercó y fingió buscar un encendedor por detrás de donde él apoyaba la cabeza.

Él le acogió un seno en la palma, lo alzó, le tomó el peso.

Ella se bajó la blusa.

Él comenzó a degustar el izquierdo y a acariciar el derecho.

Oh, ubérrimo desquite nocturno por su *fiasco del mezzogiorno*.

Estudiante distinguido, laureado en física, Amérigo se especializó en Ingeniería Óptica. Como profesional, en el término de veinte años de residencia en Frankfurt al servicio de la Kodak, se reveló un talentoso innovador y ganó fortunas. Dos de sus varias patentes, aplicables a la fotografía digital, le valieron premios internacionales. Pero la fotografía le interesaba no sólo como tecnología e industria. Fue la pasión de toda una vida, desde que los padres le regalaran a la edad de 10 años su primera camarita Leika. Con el decursar de los años, como fotógrafo y videasta, se especializó en nocturnidad y animalismo, oficio que también le valiera mucho dinero y prestigio profesional.

De otra parte, heredero de una considerable fortuna y ya al borde de la cincuentena, en el año 2000 dispuso retirarse de la actividad tecnológica activa para instalarse en el *palazzo* paterno de Roma, y dedicar el resto de su vida, según anunciara, a los viajes y a la profesión de “fotógrafo de alto rendimiento”. Como tal se valoraba; y ahora, ya no viviría de sus conocimientos e inventiva científica, sino de su talento artístico. Y a cabo de dos años ya alardeaba de que sin tocar un centavo de su patrimonio, vivía al mismo nivel de siempre, gracias a sus fotos y espectaculares vídeos, que sólo él lograba. Se los disputaban la *National Geographic*, varias publicaciones escritas y digitales de divulgación científica y las principales cadenas televisivas del mundo.

En la profesión de ingeniero innovador, su más exitoso invento fue el

Cromovigía, un dispositivo cuya patente vendiera en 200.000 dólares. Con él, todo videasta al acecho de una escena que demorase mucho en producirse, como los apareamientos, combates entre animales, aperturas florales, podía valerse de un programa “precocinado” por el propio Amérigo, para activar los mecanismos del vídeo, cuando la cámara enfocase al animal deseado y sólo a ese animal en un lugar preestablecido. El mecanismo que disparaba la filmación, reaccionaba ante determinados patrones cromáticos. El dispositivo digital ultrasensible con que estaba dotado el Cromovigía, reconocía 16 de los casi 20 millones de tonos establecidos en la *World Colour Convention*. De modo que programados los ocre de la piel de un tigre, los rosados de un flamenco, los grises de una araña, y combinados con sus respectivos patrones de brillo, opacidad, textura, temperatura del color, se lograba una gama selectiva de 100 ó 200 prototipos más que suficientes para reconocer el cromobjetivo deseado. El mecanismo selectivo resultaba de alta precisión, y una vez encontrado un lugar adecuado donde situar la cámara, el videasta se ahorra horas, días, y hasta peligros, a la espera de que apareciese el animal deseado en los lugares que solía frecuentar, a la entrada o vecindad de su cueva o nido, en un abrevadero, la rama de un árbol, junto al alimento favorito de una especie dada, o en los lugares de apareamiento durante la época del celo, *etc.*

Sin embargo, los notables éxitos profesionales y económicos de Amérigo, no se vieron reflejados en su vida social y afectiva. Para los demás, era un sujeto de muy difícil aceptación. Se mostraba tan seguro de sus convicciones, tan reacio a las ajenas, traslucía tanta estima de sí mismo y de sus capacidades, que resultaba un yunque. Salvo sus jefes del ámbito empresarial, nadie lo estimaba; y su vida amorosa, antes de conocer a Antonella, fue un fracaso que lo llenó de complejos. Desde adolescente, las mujeres lo aceptaban por su solvencia, invitaciones a paseos y restaurantes caros, por sus carros de lujo y la imponente vivienda de sus antepasados; pero sus dos primeras esposas, tras haberlo engañado a mansalva, le duraron muy poco. Antonella, en cambio, se le unió en el 91 y dos años después formalizaron el matrimonio. Él tenía entonces 40 años y ella, también divorciada dos veces, acababa de cumplir 27. Poco antes del matrimonio, con la objetiva crudeza de quien define un negocio, él puntualizó que no confiaba en la fidelidad de ninguna mujer, y le advirtió que pagaría detectives.

–Sí, como lo oyes, *carina*: cuando yo me marche, tu vas a quedar vigilada; de modo que mucho cuidadito con lo que urdes en mi ausencia.

So pretexto de ser honrado con ella y no andarse con tapujos, aspiraba a curarse en salud.

Ella se había unido a él por conveniencia; conocía su falta de tacto y fingió tomarle aquella grosería con humor.

Mientras vivieron en Alemania, la pareja funcionó sin tropiezos. Antonella amaba el dinero, la buena vida y le toleraba su petulancia. De otra parte, Amérigo era un hombre bien parecido, y la relación marital era breve y aséptica. Lo suficiente para no resultarle cargante.

Ninguno de los espías de Amérigo le descubrió relaciones sospechosas. Frecuentaba un par de amigas solteras y no asistía a fiestas, si no la acompañaba Amérigo. Ni siquiera durante sus viajes a Italia para visitar a la familia, fue vista a solas con un hombre.

Sin embargo, cuando la pareja ya estaba de regreso e instalada en Roma, y Amérigo pasaba más de la mitad del año filmando la vida de los animales en apartadas regiones del mundo, un día tuvo la idea de ubicar una cámara secreta en su alcoba. En realidad, no pretendía aumentar su espionaje sobre Antonella, sino filmar su propia vida amorosa con ella para estimularse cuando reviera los vídeos a solas. La idea le vino en un burdel de Tokyo donde una prostituta carísima lo atendiera en un cuarto repleto de espejos. Algunos se movían por control remoto, para mejor captar las distintas posiciones. Al instante descubrió que aquella intensa visualidad le potenciaba sus *averages* amorosos; y sin más, comenzó a filmar, para su consumo personal, a la propia Antonella. Ella nunca lo supo. La filmaba a escondidas, para captarla en su acción natural, sin impostaciones.

Durante el verano, mientras Antonella visitaba a su familia en Cerdeña, Amérigo regresó sin aviso de un viaje a Marruecos y ordenó desmontar un trozo de la madera de ciruelo que tapizaba su alcoba; y en la gruesa pared dieciochesca, de lo que fuera en su época una lujosa *villa* campestre, mandó excavar un hueco donde cupiera, sin tornillos ni soldaduras, un pequeño cofre de seguridad para su uso personal. Cuando Antonella regresó a Roma, él le mostró el cofre, pero no le reveló la combinación.

–Es para guardar secretos científicos.

Se refería a documentos muy confidenciales sobre nuevos inventos, en los que trabajaba a largo plazo.

Antonella ignoraba que un cono vítreo situado encima de la clave giratoria, ocultaba la lente de una cámara de vídeo. Al día siguiente, Amérigo desmontó sin dificultad el cofre y en su lugar instaló la cámara. Su pequeña pero poderosa lente asomaba disimulada entre las piedras lustrosas y superficies refulgentes de un *collage* colgado de la pared; y en cuanto la cámara le proporcionó los

primeros, y a su juicio excelentes resultados, Amérigo tuvo la idea de acoplarle también un dispositivo cinético, invento americano de la KODAK, programado para accionar el rodaje automático cuando la cámara piloto captase movimientos de cierta intensidad. Esto lo concibió sobre todo, porque a una pregunta suya, Antonella le confesó que para mitigar sus apremios sexuales, cuando no lo tenía a él a mano, ella se valía de las propias. Otras veces recurría a un vibrador para consolarse a solas.

Amérigo se entusiasmó y le pidió una demostración, pero ella se declaró enemiga de todo exhibicionismo. Sus trajines solitarios eran asunto suyo. Aquello lo excitó más y determinó espiarla, como a los animales del bosque.

Así, a los 22 días de haber instalado su cámara clandestina, Amérigo regresó a Roma tras una breve estancia en el alto Paraguay, donde sus aguas trazan frontera entre el Chaco y Brasil. Regresó feliz por haber filmado a un bando de pirañas que en 58 minutos se banquetearan a un vacuno de 300 kilos hasta dejarlo en su puro esqueleto. Y quedó también muy satisfecho con su primer vídeo de *voyeur*, donde Antonella le demostró que en voracidad, *mutatis mutandis*, no le iba en zaga a las pirañas del Río Paraguay. En aquel vídeo, el banquete se lo daba con los senos y el clítoris de Anna, una muchacha yugoslava multiorgásmica que les limpiaba la casa dos veces por semana.

Tras la enorme sorpresa y un cierto temor inicial, Amérigo sonrió complacido. Las prácticas lesbianas, de besuqueo y roces, no lo inducían a sentirse traicionado. Era un divertimento entre mujeres, a lo sumo una travesura y para él muy estimulante. Una travesura que bien vista, le proporcionaba una reconfortante seguridad. Porque si a Antonella le gustaban las mujeres, era menos probable que ella también, un día, lo engañara con un hombre.

En el término de los siguientes seis meses, Antonella recibió en su cama a otras dos mujeres. En ocasiones organizó también virtuosos tríos. Amérigo llevaba muy presente en la memoria el último de ellos, que le inspirara varias y consoladoras manualidades. Llegó incluso a ilusionarse. Quizá Antonella y sus amigas le otorgaran alguna franquicia. Tal vez lo exceptuaran de su sectarismo femenino y lo dejaran participar en alguno de sus grupos. Pero de momento no se atrevió a proponerlo. Seguiría estimulándose con los vídeos.

A Manfredo lo acosaban los labios muy rojos de Antonella; finos pero blandos y acorazonados, y con una caidita perversa en las comisuras. La recordaba sobre todo cuando dejaba de besarlo y alzaba la cabeza entre sus piernas para dirigirle una sonrisa desafiante. Durante la espera en Fiumicino y los 40 minutos del vuelo entre Roma y Cagliari, no consiguió ni leer el periódico. Con el celular abierto en la mano, estuvo a un tris de llamarla y proponerle seguir la fiesta un día más. Luego le inventaría algún pretexto a Sandra. Pero un campanazo de su conciencia lo indujo a cerrar el celular y guardarlo. Aquella aventura no debía repetirse.

Qué lastima... Algo tan especial...

En eso, se dio cuenta de haber borrado a la apetitosa Gloria Múndula, causa de su viaje a Roma.

Un manjar, Antonella... Experta, como él la suponía. Sin embargo, erró mucho al figurarse su *ars amandi*. Excitada, sus ojos regalaban malignidad, lascivia y una especie de acogedora y sonriente camaradería, su mayor atractivo.

Qué extraña mujer. No era tan bella como Sandra, pero...

Cuando se dio cuenta de que ya empezaban las comparaciones, volvió a reprimirse.

No. Sandra no debía sufrir por su culpa. Ya una vez sufrió lo indecible, cuando le descubrió aquel *affaire*. La amaba más allá de toda duda. Era un ser generoso, honrado, lúcido, incapaz de engañarlo. Ni a él ni a nadie. Tan diferente de su hermana...

Bueno, hermana sí, pero no amiga. No se llevaban mal pero tampoco se querían.

En realidad, él no tenía por qué preocuparse. No existía peligro de que Sandra descubriese un día el adulterio de marido y hermana; una escaramuza única, privada, sin ningún testigo... Por ese lado estaba tranquilo.

Cuando ya el avión tomaba pista en Cagliari, Manfredo percibió un corrientazo en la médula. Mientras bajaba la escalerilla se preguntó cómo reaccionaría ahora ante un llamado de Antonella.

Le recordaría sus propias palabras cuando prometiera que aquella aventura no tendría secuelas ni variaciones.

Y le prohibiría volver a llamarlo.

¿Seguro? ¿Era eso lo indicado? ¿Privarse para siempre de...?

Bueno, en realidad, él no iba a atormentarse ahora por anticipado. Y debía remacharse en la cabeza su inocencia. El lío lo formó Antonella. El no movió un dedo por seducirla. Fue ella quien lo obligó a quedarse, a cenar, a beber. Fue ella

quien le coqueteó, y al final casi se le desnudó delante de aquella lámpara. Todo partió de ella; y no somos de piedra, *cazzo*...

No obstante, era fácil darse cuenta de la ruina que le acarrearía el volverse a ver a solas con Antonella. Ni con Antonella ni con Gloria ni con ninguna otra. No permitiría que su lujuria le arruinase la vida, destruyera a Sandra y amargase la juventud de sus hijos...

Sabía, no obstante, que no le sería fácil olvidar aquella noche única entre los brazos de Antonella. Sí, única, porque no recordaba haber recibido tanto placer de otra mujer en un primer encuentro; y figúrate, con un poco de práctica aquello debía de ser sublime.

¿O lo excitaría tanto el que fuese la hermana de Sandra?

En el placer del sexo funcionaban a veces estímulos incestuosos, muy retorcidos.

Ya en su casa, sentado a la mesa de la cena con Sandra y sus hijos, que también eran con él generosos y expresivos en el afecto, percibió un segundo escalofrío. Se preguntó qué pasaría si un día Antonella se volviese loca, o tuviese un acceso de sinceridad patológica, o de pura maldad le contara a Sandra lo sucedido la víspera entre ellos. Cerró los ojos y sacudió la cabeza estremecido.

Sin embargo, esa noche, mientras amaba a Sandra, se estimuló evocando la sonrisa perversa de Antonella, cuando remedaba pintarse los labios con su glande.

Amérigo llegó a Roma en la mañana del día 22 de mayo; ya la noche previa había telefonado a Antonella desde Berlín, para anunciarle su arribo con el primer vuelo matinal de *Alitalia*.

Esa mañana Antonella tenía cita con su peluquera y al mediodía se encontraría con una amiga en un restaurante de Vía Véneto.

Quedaron en que él la llamaría a su celular y si se ponían de acuerdo, quizá él se les sumara en el restaurante.

Sin embargo, al llegar a su casa y saberse solo, extrajo el vídeo de su escondite en la alcoba y se encerró con llave en su despacho a ver en qué nuevas

aventuras, solitarias o compartidas, andaba Antonella.

Tras 18 días entre New York y Hamburgo, carente de toda actividad sexual, llegó a Roma muy urgido...

Al examinar el casete del vídeo, notó que estaba lleno. Se imaginó, con anticipada fruición, alguna escena de grupo; porque cuando Antonella recurría al vibrador, solía ser muy breve. Con tercetos y cuartetos, en cambio, las sesiones se prolongaban hasta 45 minutos; y ahora, el nuevo material duraba casi tres horas. Vaya con Antonella. Qué manera de aprovechar su ausencia...

En cámara rápida pasó dos escenas chaplinescas con el vibrador; y acto continuo, al divisar a Manfredo, su concuñado, sacudiéndose como un pelele supersónico para succionar los senos de Antonella, se le cortó la risa. Comenzó a sentir palpitations y una fuerte disnea.

Cuando logró recuperarse, se armó de valor y llamó por teléfono al celular de Antonella. Adujo hallarse muy cansado y que iba a echar una siesta en su estudio. Quedaron en verse a eso de las seis de la tarde, cuando ella regresara.

Amérigo sólo resistió media hora. Su decisión fue rápida. Botaría a Antonella de la casa y le arruinaría la vida. Y a Manfredo, a quien siempre detestara, también se la arruinaría.

Sacaría cinco copias de aquel vídeo y se quedaría con una. Enviaría la segunda a los padres de Antonella. Las otras tres serían para Sandra y los dos hijos de Manfredo.

Sí, que cada cual recibiera la suya.

7

SEVILLA-MADRID

20 de mayo al 19 de junio

del 2003

Desde que su avión levantara vuelo en Sevilla, Gregorio cerró los ojos y reflexionó sobre la extraña fisiología de sus miedos.

El eterno terror a volar, que ese día lo acompañaba desde que abriera los ojos al amanecer, sólo desapareció cuando el avión, a punto de despegar, alcanzaba su máxima velocidad sobre la pista. En ese momento, que era el de mayor peligro, Gregorio se reclinó en el asiento, invadido por una grata laxitud.

Según Elena, él era un tío cojonudo, como lo demostrara con su decisión de orinarla. Y él debía admitir que ningún pusilánime se habría defendido falo en mano, a coces y empujones, para mantener su chorro profiláctico sobre el objetivo en llamas. Y en Sevilla acababa de renunciar a 8.000 euros seguros, a cambio de una remota esperanza. Porque en verdad, la perspectiva de embolsarse los 120.000 euros del concurso de enigmas, era tan aleatoria como ganarse un pleno en la ruleta, o quizá menos incierta todavía. Por fuerza debía reconocer entonces, que en ciertas circunstancias extremas, no carecía de valor. Mucho se hablaba de ese coraje repentino de los héroes, capaces de emprender en un momento de apremio, lo que nadie osaría. Así llegó a la conclusión de que en lo adelante, debía esforzarse por aguantar sus miedos hasta donde le fuera posible. Sería una forma de aceptar los desafíos y acceder a los premios que brinda la vida. Si lograba resistir sus miedos iniciales, a lo mejor desaparecían como ahora, durante el despegue del avión, justo en el momento más intimidante.

Cuando el episodio de los orines, ya no tenía retroceso posible. Reconoció que tras el impulso inicial de abrirse la bragueta y manotear en ella, ningún miedo lo habría detenido; y lo mismo ahora: ante la necesidad de 26.000 euros para salvar el cutis de Elena, la actitud más valerosa era batallar por los improbables pero salvadores 120.000, aun a costa de renunciar a los seguros 8.000.

De algún modo, eran situaciones análogas. En ambos casos la batalla se había iniciado ya y él se encontraba, como los lectores de Homero según explicara Horacio, lanzado de sopetón *in medias res*, al centro de la batalla. Y si sus miedos se extinguían ante la acción irreversible ¿por qué no enfrentarlos entonces mediante el recurso de poner cuanto antes las cosas en caliente?

Con la vista fija en las alturas de la Sierra Morena, sonrió al evocar una de tantas anécdotas que se le atribuían a Diógenes el Cínico. Durante un día de festividades ciudadanas, el excéntrico filósofo se habría aparecido en público

coronado de laureles olímpicos. Y cuando en son de burlas, alguien le preguntara en qué certámenes triunfara él, Diógenes le respondió: “He vencido a la gula, a la envidia, al afán de riquezas, y a mis propios miedos”; y aseguraba que con semejantes victorias tenía derecho a comer en el Pritáneo y a ser tratado mejor aún que los campeones del pugilato, el disco o la carrera de cuadrigas. Y Gregorio también derrotaría, uno tras otro y poco a poco, a todos sus miedos.

De regreso a Barajas sobre las 20 horas, Elena lo estaba esperando a la salida del vuelo de Sevilla. En volandas llegaron a Chamartín, donde permanecieron en cónclave hasta cerca de la medianoche. Cuando Gregorio vio a Elena dormida, se escapó de puntillas. Antes de marcharse le dejó una nota bien visible para pedirle que al día siguiente no lo despertara a ninguna hora. Necesitaba dormir mucho y si se quedaba con ella, le sería imposible. Ya en su piso encontró una nota para él, pegada a su puerta, que le dejara doña Socorro. Chema Fuentes le pedía llamarlo al club con urgencia.

Todo el club estaba furioso con él. Y Chema también.

¿Cómo era posible que ofreciera tablas en una partida ganada?

En un programa desde Sevilla reprodujeron el final de la partida, que alguien del club copió; y analizada en grupo, nadie entendió que hubiese despreciado el primer lugar y los 8.000 euros. Como segundo del torneo, ahora sólo le correspondían 3.000.

Al cabo de muchas explicaciones, Gregorio logró tranquilizarlo. Le resumió sus relaciones con Elena, la presente necesidad de dinero; de mucho dinero: 26.000 euros que no podía ganarse con el ajedrez.

Le confesó sus miedos: a Celestino, a que ella se aburriera de su insolvencia, en fin, a perderla.

–Pero si te quedabas unos minutos más, hubieras ganado el torneo y los 8.000 euros.

–Ganar el primer lugar me comprometía a quedarme para la ceremonia y a dar entrevistas; y yo necesitaba ese tiempo para resolver el enigma. Ya eran casi las dos y media y el plazo en París expiraba a las seis. Y entonces decidí quemar las naves: todo o nada. Total: si no solucionaba los rollos de Elena, me daba lo mismo ganar 3.000 que 8.000...

Chema no se convenció pero atenuó su disgusto, sobre todo cuando Gregorio le aseguró que ganaría el premio de 120.000 euros; y terminó de acallararlo cuando prometió pagar 3.000 al Profesor La Fuerza, si ganaba el concurso. Era el triple de lo que Chema le prometiera.

Chema admitió para sí que Gregorio no había huido como un cobarde. Al

contrario, su abandono del torneo era un acto de insensata valentía. Había soltado el pájaro en mano por el ciento volando...

¿Habría exagerado el Profe al pasarle energía? Chema lo había contratado para que Gregorio se olvidara de Elena y Celestino durante 24 horas y no fuera tan pusilánime durante las partidas de la final. No le había pedido que lo convirtiera en un Hernán Cortés, incendiario de sus naves, un tío loco de victoria o muerte.

Terminado el extenso diálogo por teléfono, Gregorio se encerró en su pisito y durmió 20 horas, casi de un tirón.

En la mañana del jueves 22 se presentó en casa de don Silvestre, fresco y bien descansado, dispuesto a leerle sátiras de Juvenal, según acordaran la víspera por teléfono.

Antes de comenzar, don Silvestre se interesó por su participación en el concurso de enigmas. Gregorio sacó de su portafolios una copia de lo enviado a París y comenzó a leerle la parte exegética.

Le explicó que en su época de docente, cuando acopiaba ejemplos para un seminario de tropología, dio con un folleto mimeográfico elaborado por un sacerdote dominico. Y allí se encontró el término “obesus”, tomado de la obra de Plinio el Viejo, referido al crecimiento graso de las plantas. Era un magnífico ejemplo de antífrasis que Gregorio nunca olvidó. En su etimología latina (OB, alrededor + ESUS, comido), significa “comido en torno”, o sea: magro, flaco, como aparece en Nevio, Gellio, Nonnio y otros autores antiguos; pero ya en Ennio, Virgilio, Horacio, Plinio y los postclásicos, significa “gordo”.

–Vaya suerte que tuviste, hijo: porque eso no lo sabe nadie; y averiguarlo en los mamotretos de Plinio podía robarte un día entero.

Tampoco le dio trabajo la jabalina infalible: era obvio que aludía al rapto de Europa; y la “vuelta hacia abajo”, etimología de catástrofe, tampoco ofrecía dificultad.

Al final, don Silvestre celebró con risotadas la versión libre que concibiera Gregorio, pero la consideró una chanza siniestra, y le aconsejó que se olvidara del premio.

–¿Y eso por qué, don Silvestre?

–En mi opinión, ese concurso es un cuento chino, una trampa para ingenuos, y nadie se va a ganar ningún premio de 120.000 euros.

–Sin embargo, yo presiento que voy a ganar.

–¿Con esa disparatada versión libre? Imposible, Montijo, no te hagas ilusiones.

Don Silvestre había encargado a una de sus secretarias indagar en *Internet* sobre la fundación patrocinadora, la Pro Veritate esa; y resultó que los tales “gerontes”, eran una partida de vejestorios desconocidos: una holandesa, un griego, otra vieja británica, un alemán, un libanés, dos franceses; pero nadie que se hubiera destacado en el ámbito de la cultura grecolatina. Don Silvestre se pitorreaba entretanto al recordar el tono de la convocatoria, y las sandeces que empleaban para referirse a su estructura: Departamento del Más Allá, del Más Acá, de Relaciones Ecuménicas. Por lo demás, los premios exorbitantes que ofrecían, lo inducían a suponer alguna artimaña.

–Ahí hay gato encerrado, Montijo. A lo mejor, después de gastarte medio cerebro en desentrañar los tales enigmas, te enteras de que los vejetes han declarado el concurso desierto, y resulta que te estaban sometiendo a un test para conocer tu perfil profesional, preferencias librescas, orientación temática, y tal, y así tratar de venderte un nuevo tipo de ordenador o algún programa sabelotodo.

Gregorio le reconoció que podía tener razón, pero durante los dos primeros días de su regreso a Madrid, él sólo presentía sucesos gratos. Y aunque nada le confesó a don Silvestre sobre el Profesor La Fuerza, le habló de su flamante optimismo, ánimo competitivo etc., cuyo origen declaró ignorar.

–¿Y cómo fue que te enteraste de que el concurso sería ese día?

El 20 de mayo, a media mañana, unas dos horas antes de iniciarse las partidas finales, Gregorio abrió un ejemplar de *El País*, pero no hojeó sino las páginas deportivas. Inflado de vanidad, leyó y releyó un sesudo artículo de un comentarista que elogiaba su desempeño reciente, el inusitado revuelo que provocara su triunfo reciente en México, y al final, desde una perspectiva entusiasta, le atribuía muchas posibilidades en la final ante el Gran Maestro Sándor Kekesfalva.

–Inexplicable que la fecha se te hubiera ido de la cabeza.

–No, don Silvestre: fue algo bien explicable.

Y concluyó por confesarle su obsesión de esos días:

–No hago sino pensar en Elena, en sus apuros... La veo en todas partes, despierto y dormido, en medio de los tableros... Temo perderla, don Silvestre. Por ella abandoné el torneo que tenía ganado.

–¿Por ella? ¿Cómo es eso, Montijo?

–Sí, don Silvestre; yo tenía la partida ganada; y dar el puntillazo era cosa de unos pocos minutos, a lo sumo media hora; pero de pronto me sucedió algo rarísimo: empecé a darme ánimos a fuerza de coños y cojones; y a decirme que *aut Caesar aut nihil*, y que de los cobardes no hay nada escrito...; y le confieso,

don Silvestre... No sé que me ocurre... Le juro que detesto las palabrotas.

Y a las 14:27, Gregorio huyó del torneo a la carrera.

–Nada hijo: una vez más queda demostrado que tira más un par de tetas que dos carretas. Pero, sigo sin explicarme que después de forjarte tantos planes con ese concurso, la fecha se te fuera de la cabeza, y menos a tí, que eres tan memorioso y ordenado...

–No crea que tanto, don Silvestre; pero en verdad, a fines de febrero o principios de marzo, cuando di con el anuncio en **Internet**, me propuse participar en el concurso y redacté un memento en mi computadora; pero como una semana antes del viaje a Sevilla, metí las de andar sobre el teclado y se me borró la agenda completa...

–Y también se te borró la fecha del primer enigma...

En efecto, Gregorio olvidó el asunto hasta topárselo de golpe y porrazo en la edición sevillana del *ABC*, mientras jugaba su partida final contra Kekesfalva. Y con el aliciente de poder ganarse 120.000 euros como mínimo, más el entusiasmo derivado de haber resuelto un ochenta por ciento del enigma con sólo un par de vistazos iniciales al texto, optó por renunciar a los inminentes halagos de Sevilla.

–Claro: París bien valía una misa.

Gregorio supuso que La Fuerza debió de ser decisivo en aquellos momentos. Seguía admirado de los efectos que le produjera su encuentro con él. No se reconocía a sí mismo en tamaña osadía. El pusilánime que siempre fuera, no habría desistido de los 8.000 euros que ya tenía entre sus manos, por los 120.000 volando que representaba el concurso de enigmas. Pero de ahora en adelante, con calma e inteligencia, él enfrentaría los desafíos que le impusiera el mundo.

Esa misma tarde, cuando Gregorio bajaba a escape las escaleras alfombradas del hotel, y se vio rodeado de periodistas, recordó las excentricidades publicitarias de Bobby Fisher.

–Y no vea usted, don Silvestre -prosiguió Gregorio entusiasta-; ya en el taxi, empecé a preguntarme por qué no sacar, como Fisher, algún provecho de mis locuras.

Su escandalosa renuncia dio mucho que hablar en el mundillo ajedrecístico. Pero en verdad, ahora, en que gracias a las caricias de Elena, o a la energía de La Fuerza, se transformara en un caballero sin miedo y sin tacha, dispuesto a poner una pica en Flandes, quizá lo beneficiara escandalizar a la opinión pública con

alguna excentricidad; y aunque no en los mismos términos en que se le ocurriera, le transmitió aquella idea a don Silvestre.

Con los ojos hacia el techo, detrás de cuyos párpados se adivinaba una burla, el anciano comentó que por lo visto los ajedrecistas, al igual que muchos pueblos primitivos, profesaban un gran respeto por los chalados.

–Coño, como si sus desvaríos fueran un ingrediente del genio... Y por fin ¿lo tenías todo resulto, eh?

–Me faltaba muy poco, don Silvestre.

En Sevilla, cuando hizo el balance de lo que necesitaba averiguar y el tiempo de que disponía, resultó que debía concentrarse en dos cosas: lo del bosque de las hayas y verificar si la *oikoumene*, en Demóstenes, significaba “el mundo entero”...

–¿Y cómo te fue con Marchena?

–De entrada me ahorró la indagación sobre la *oikoumene*: me aseguró que seguía significando el mundo, el universo, al igual que en Heródoto y Tucídides.

–Si no lo sabe él... Lleva cincuenta años dedicado a la oratoria antigua.

–Por cierto, me regalo un tomito con la obra completa de Lysias, traducida por él no hace mucho.

–¿Sigues viviendo solo, en la Plazuela de los Descalzos?

–Allí mismo, pero tiene una secretaria muy guapa que le opera su computadora; y según ella, el doctor se ha domiciliado en sus libros y en la Atenas del siglo IV.

–No es nada nuevo: ya de joven vivía muy recoleto...

–Y ahora, como ya no le caben más libros en su estudio, uno se los encuentra por los pasillos, en la cocina, qué sé yo.

–¿Te trató bien? Porque cuando yo lo llamé, me impresionó como poco dispuesto a recibir visitas.

–¡Qué va! Fue amabilísimo... Algo retórico, quizá.

–Empalagoso, diría yo, pero muy buen amigo.

–Me dijo que usted lo acababa de llamar desde Madrid para recomendarme y que todo recomendado de su colega don Silvestre Fernández Adrales, siempre sería bien recibido en su casa, como si viniera del Olimpo. Por cierto, me encargó que le transmitiera sus respetos. Al final, me ofreció un rincón del despacho donde la muchacha tiene su computadora. Ella misma me copió los pasajes de Plinio, Demóstenes y el mito de Europa, para así documentar las reflexiones académicas que exigía el concurso; y después me dejaron solo para redactar la versión libre.

–Ay, Montijo, eso de poner a Hitler como dietólogo es muy divertido, pero los vejestorios se van a horrorizar; y si yo me equivocara y en efecto hubiese un premio, no será para tí. Lo que tú llamas versión libre, es un libertinaje.

–Pues yo pienso que les va a gustar, don Silvestre; ya verá usted...

Según Gregorio leyera en alguna parte, el diálogo sincero con personas de confianza sobre situaciones conflictivas, a veces vergonzantes o demasiado íntimas de nuestra vida, suele obrar como sustituto de la confesión religiosa y contribuye a que nos valoremos con mayor claridad y tomemos decisiones acertadas. Pero fuera de Chema y don Silvestre, Gregorio no tenía amigos de confianza. Y a Chema debía descartarlo. En relación con mujeres era demasiado esquemático. Ante lo poco que él le informara de su relación con Elena, se había limitado a aconsejarle que no fuera tan gilipollas; que él no tenía por qué arruinarse costeando cirugía estética a la primera mujer que se lo follaba en su vida...

En cambio, a Gregorio le interesaba la opinión de don Silvestre. De joven había sido muy mujeriego, y aunque era posible que pensara como Chema, quería sondearlo. Quizá su gran cultura literaria y mayor edad, lo dotaran de una opinión más indulgente sobre Elena y su conducta. Pero confesarle sus intimidades con total sinceridad, sin ocultarle nada, le exigiría un *tour de force*. Sería su primera confesión ante un seglar.

Al imaginarse narrándole *in puris* la aventura de los orines y los detalles de su primer encuentro erótico, lo sacudió un escalofrío. Habría sido impensable una semana antes; y mucho menos a un don Silvestre, temible además por sus burlas cáusticas y chocarreras.

De todos modos, se llenaría de valor y lo intentaría. Quizá le sirviera como gimnasia contra el miedo, y para refirmarse en su propósito de enfrentar los mundanales desafíos.

“Cuando alguien me habla de cultura, yo saco mi pistola”, decía el general Muñoz Grandes; y don Silvestre solía citarlo para acotar que cuando alguien le anunciaba su deseo de exponerle un asunto personal, él se preparaba para un sablazo. Y eso le sucedió aquella mañana, antes de empezar las lecturas, cuando Gregorio le pidió permiso para ventilar con él un asunto muy importante de índole privada.

Al sentirlo muy tenso desde el inicio, don Silvestre dio por seguro lo del sablazo, pero para su gran sorpresa, Gregorio comenzó a hablarle de intimidades, cosa que jamás hiciera hasta ese día. Muy intrigado, el anciano oyó la descripción de Elena, su extrema belleza, la vecindad, eventuales encuentros en

el ascensor, y se adivinó una historia de amor. Pero cuando Gregorio le relató el incidente mingitorio, estalló en carcajadas y decidió suspender las lecturas de ese día. Se hizo traer una botella de jerez, le ofreció cervezas a Gregorio, y siguió escuchando extasiado la singular historia.

Narrada la escena de los escobazos y empellones, Gregorio apuró un vaso completo de cerveza y se regodeó en el inmediato calorcito de las orejas. Fue como si algo trabado en la columna se le hubiera desenganchado, para transmitirle aquel repentino bienestar y despreocupación.

–Pero..., pero eres un tío extraordinario, de puta madre, Montijo -comentó el viejo en cuanto oyera el resumen de los hechos-. ¿Y cómo fue que se te ocurrió la idea de orinarla?

Se sirvió otro jerez y lo oyó embrujado. No cesó de interrumpirlo para pedir precisiones que escuchaba con una leve sonrisa y una permanente negativa en la cabeza, muy echada hacia atrás. Curioso y lascivo, aquel ciego vivía los pormenores indiscretos como suyos. Gregorio supuso que los almacenaba para más tarde visualizarlos y alumbrar un poco sus tinieblas.

Gregorio comprobó una vez más que ya *in medias res* no se inhibía de narrar hasta las intimidades más escabrosas; y no sólo eso, sino que se ufanaba de la admiración y contentura de don Silvestre. Tampoco pasó trabajo para admitir su terror de perder a Elena, ni los espantables celos que le provocaba Celestino. Y al revelarle que a Elena le gustaba su cortedad e inexperiencia con las mujeres, don Silvestre comentó:

–¡Claro, Montijo! Para algunas mujeres no hay mayor placer que violar un virgo masculino...

En eso, en un extremo del estudio, se abrió la puerta que daba a la biblioteca y por ella, de puntillas, entró una mujer rubia.

–... y tú, Montijo, eres una rareza -prosiguió don Silvestre-; y si le gustas en la cama, figúrate...,

–Don Silvestre, permítame...

Gregorio trató de interrumpirlo para anunciar el ingreso de la rubia que seguía aproximándose de puntillas, sonriente y con un dedo sobre los labios, en demanda de silencio.

–...y si a la chavala le gusta que la meen, no te va a dejar por nada del mundo... *De gustibus non est disputandum...*

–¡Muy bonito, papá, muy bonito!

–¡Hija, por Dios! ¿Cómo...? ¿De dónde...?

–Así que estos son los temas griegos y latinos que investigas con el Sr.

Montijo...

–¿Me quieres matar de un susto?

La mujer se agachó para cogerle las mejillas y besarlo en un pómulo.

–Muy bonito -siguió repitiendo-. ¿Así que el caballero se dedica a orinar mujeres y tú lo celebras?

–No pienses mal, hija, que Montijo le sirvió de bombero a una chavala para extinguirle un incendio en la cabeza.

Cecilia abrió muy grandes los ojos, se llevó una mano a la boca y terminó por soltar otra carcajada.

–Claro, la pobre se quemó con alcohol.

Ella interrogó con los ojos a Gregorio, que no atinaba a reaccionar. Lo observaba incrédula, como para desechar lo que supuso una broma.

–¿Un fuego en la cabeza, dices?

La presencia de aquella rubia amenazaba a Gregorio con reconvertirlo en el apocado de siempre. Como siempre le ocurriera ante mujeres guapas y desenvueltas, tuvo un instante de angustia en que no supo adónde mirar, ni en qué ocupar sus manos.

Pero esta vez se llamó a la calma y en pocas palabras le refirió que al salir de un ascensor y ver una mujer arrojarse al piso con la cabellera en llamas, él la había rociado con sus orines, pues sabía que el ácido úrico podía evitarle cicatrices... En fin..., él...

Al captar que la historia de los orines no era broma, Cecilia se rió con más ganas.

Por fin, sin dejar de reírse, y mientras se pasaba el dorso de una mano sobre los ojos húmedos, se volvió hacia Gregorio y le extendió la otra:

–Hola, soy Cecilia. Mi padre me ha hablado maravillas de usted, pero por lo visto me ha ocultado algunas de sus virtudes.

Sin atinar a hablar ni a seguir la broma, Gregorio se sintió no obstante, satisfecho de su actitud. Y ya no deseó que la tierra se lo tragara, como habría sido normal ante la hija de don Silvestre...

–No se preocupe, señor Montijo -dijo ella-; yo ya conozco las gracias de mi padre y las fantasías que urde; pero le creo cuando afirma que es usted el colaborador más inteligente que ha tenido. De verdad que le creo, y ahora más aún.

Cecilia era un prototipo de rubia celtíbera. De su madre asturiana había heredado los anchos pómulos y un rostro más redondo que oval. Ojos azules, nariz pequeña; tenía un semblante algo masculino, pero al gesticular, sus

facciones en movimiento se suavizaban y ganaban mucho en belleza; y aunque muy delgada, exhibía una figura estupenda y caminaba con una energía llena de sensualidad.

Ante la inesperada aparición de Cecilia, Gregorio declinó la ya habitual invitación de don Silvestre a compartir su mesa del mediodía. Sabía que entre padre e hija mediaba una gran complicidad; y a cabo de varios meses sin verse, preferirían sin duda despacharse a solas. Gregorio pretextó la necesidad de una diligencia inaplazable y se retiró poco después.

–Es delicadísimo -comentó don Silvestre-; y siempre ha sabido darse su lugar...

–¿Darse su lugar? – y Cecilia decidió escandalizarse-. ¿Con qué vieja aristócrata te has juntao en mi ausencia?

–No hablo de su lugar social -rió don Silvestre-; sino de su lugar en el espacio, que en el día de hoy no debe ser este... ¿O no?

Ella le acarició la nuca y lo besó en una mejilla.

–Sí, hoy yo tampoco quiero a nadie entre nosotros. Tenemos que ventilar algunos chismes.

Gregorio regresó a Chamartín antes de la una. Comió un bocadillo con una cerveza en el bar de la estación. Agotado como estaba, prefirió coger el autobús a la salida del metro. Los pocos minutos del trayecto hasta su edificio, se le fueron en dos largos bostezos. De pie, cogido de un pasamanos junto a la puerta, bostezaba sin tregua. Necesitaba estudiar unas partidas, pero con aquel sueño, no iba a poder.

Con Elena se vería otra vez por la tarde. Acordaron que ella lo esperara en su piso a las cuatro.

Lo mejor sería una siesta hasta las dos y media, una ducha, un buen café, y a las cuatro habría terminado de analizar aquel material. Debía restituírselo a un colega esa misma noche.

Pero a la una y cuarto, ya él en pijama, doña Socorro tocó para anunciarle un llamado de teléfono.

¿Sería Elena?

Tal vez fuese el colega del club, para recordarle que no olvidara devolverle sus revistas.

Lo extraño era que lo llamasen a aquella hora, en que no solía encontrarse en el piso.

–Disculpe esta facha, doña Soco -se disculpó, abotonándose el cuello del pijama.

–Nada, hombre, pase y hable, que al fin de cuentas está usted en su casa.
Gregorio cogió el inalámbrico y tomo asiento, algo intrigado.

–¿Sí...? ¿Hola?

Cuando le aclararon que el llamado provenía de Francia, supuso que tendría algo que ver con el ajedrez. Quizá una invitación a algún otro torneo. En eso recordó a un compañero que conviviera con él muchos años en el convento, y tras abandonarlo, se radicara en Lyon. ¿Sería él?

Al oír, en un español afrancesado, gutural, que lo llamaban de parte de “proveritaté”, él no entendió.

–¿De parte de quién?

Él oyó un galimatías terminado en “taté”.

–Cumplimentós, señor Montijó...

¿Cumplimientos? ¿Qué cumplimientos? Cuando cayó en cuenta de que la francesa estaba traduciendo *compliments* por “felicitaciones”, dedujo que el llamado estaba equivocado. Para él no debía ser... ¿Por qué iban a felicitarlo?

–No comprendo, señora... Quizá usted quiera hablar con otro Montijo; yo me llamo Gregorio...

Cuando la voz femenina le mencionó el *concurso de los cuatros enigmas*, y que él, *Gregorio Montijó* era uno de los *ganadores*..., se le crispó la piel de las sienes. Sólo entonces se dio cuenta de que lo llamaban de París, de Pro Veritate, de los organizadores del concurso, pero ¿cómo...? No era posible... estaban a 22 y el fallo no lo darían hasta el 27...; pero ante la insistencia de la francesa en felicitarlo, su *trabajo* era *uno de los mejores*, él cayó en cuenta y se le erizó de súbito la mollera, se le pararon los pelos de la nuca, se le estiró la piel de las orejas y tuvo la visión peliculera de una valija repleta de dinero que una mano esposada al asa cerraba de un golpe.

Estupidizado, sin comprender que Pro Veritate necesitaba verificar sus coordenadas y preguntarle si tenía alguna cuenta bancaria, pidió que le repitieran. Por fin, atropellándose, aclaró que no, madame, él no tenía cuenta bancaria...

Le pidieron entonces que repitiera el número de su DNI y le rogaron que a partir del día siguiente, viernes 23 de mayo, se presentara con sus documentos en la oficina madrileña del Crédit Parisien, para cobrar un giro a su nombre por 153.846 euros con 15 céntimos.

¡Dios Santo!, era muchísimo más de lo que soñara ganar...

Y volvió a ser el hombrecillo desmañado, feo, indefenso y pusilánime que siempre fuera.

Le ocurrió lo que a algunas personas cuando enfrentan con valor una situación riesgosa, que se les aflojan las rodillas, o se desmayan una vez superado el peligro. Aquel llamado le confirmaba que ya él había conseguido, mediante un acto de valor, más que suficiente dinero para conservar a Elena, y ahora desahogaba su inseguridad, el temor de que fuera un sueño; de que un imprevisto le impidiese recibir el premio, de que los franceses se hubieran equivocado...

¿Cómo era posible que le anunciaran el premio cinco días antes de lo previsto? ¿Por qué semejante antelación?

¿Sería una broma pesada de alguien?

Imposible: los únicos que sabían de su participación en el concurso eran Chema, don Silvestre y el doctor Marchena; y ninguno era tan insensato para instrumentar una broma como aquella.

¿No habría algún sádico en París, entre los mismos funcionarios de Pro Veritate, que lo hubiese escogido para una siniestra tomadura de pelo?

¿Por qué le volvía el miedo de siempre? ¿Por qué justo ahora, ante tan buena noticia?

En décimas de segundo, durante el diálogo con la francesa, recordó que hasta un par de horas antes, en casa de don Silvestre, se comía el mundo, se arengaba mediante palabrotas, prefería como Cayo Julio César ser el primero en una aldea de la Galia antes que el segundo en Roma; e iba a poner picas en Flandes, en París, *ubicumque*...

Sonrió mientras decía *oui, madame*, y oía a la francesa sin escucharla.

Se dio cuenta de que a nadie destinaba aquella sonrisa; o quizá a sí mismo, para disimular el miedo que volvía a invadirlo. ¿Se le habría reactivado de golpe algún órgano adormecido? ¿Algún ignoto proceso sinérgico lo incapacitaría de nuevo para la alegría, la esperanza, el deseo de vivir?

Terminó por asumir la noticia con el automatismo de un sujeto de hipnosis que percibiese una orden emitida desde muy lejos.

Bajó la voz para que doña Soco no lo oyera. Ahora la mujer le hablaba en francés y él le respondía como un autómatas.

—*Demain matin?*

—...

—*Très bien, madame, merci beaucoup.*

Lo avergonzaba hablar en otro idioma ante doña Soco. Con pulso tembloroso y trazos crípticos, fue anotando los detalles de la gestión bancaria que debía hacer al día siguiente.

De regreso a su cuarto, le volvió el sueño. Mientras ponía el despertador para las tres, tuvo que esforzarse por mantener los ojos abiertos.

De momento, agotadas sus energías, no era capaz de aplicar a mente a ningún objetivo.

Al despertarse, se encontraba algo mareado... *Crédit Parisien, Callé de la Princesá...* Se sentó un buen rato al borde de la cama y tomó conciencia de su estado...

¿Qué sentirían los *zombies* del *vaudou*?

Ya metido en la ducha fría, tuvo la sensación de que el agua no le llegaba a la piel, como si llevara puesta una camisa. Continuaba idiotizado. Temblaba un poco, pero sin frío. Qué deseos de beberse una caja entera de cerveza.

Cuando terminó de vestirse, recordó sus anotaciones, y en efecto, allí estaban, en un papelito sobre la mesa de noche donde listara:

Crédit Parisien

Princesa 25, 1er piso

Viernes, 23 de mayo

153.846,15 euros

Llevar DNI

Bostezó y volvió a bostezar no menos de diez veces. Cuando aún faltaban tres cuartos de hora para la cita con Elena, bajó al bar más próximo. Necesitaba un café expreso, algo que lo espabilara.

En el ascensor, fingió toser para cubrirse la cara con un pañuelo y no bostezar en público.

Camino del bar, cayó en cuenta con cierta alarma, de que los 153.000 euros del premio representaban casi veinte veces los 8.000 que se habría ganado con un primer lugar en el torneo de Sevilla. En eso recordó que debía enviar a Chema los 3.000 prometidos a La Fuerza.

Una música estridente del televisor lo distrajo, y enseguida se vio la imagen de un soldado norteamericano prisionero de los irakíes en Bagdad, que miraba espantado a sus captores. De regreso a su casa, se mortificó al recordar que esa misma noche se cumplía el plazo para devolver los materiales de ajedrez, a los que por cierto no echara un solo vistazo. Mala suerte...

A las cuatro, llegado al piso de Elena, le dio por despacharse sobre las imágenes de Irak y a lamentar que en el mundo hubiera guerras; pero ella le quitó la palabra para expresar su convicción de que sólo gente muy ignorante o chiflada podía vivir al pie de un volcán.

“La chiflada es ella”, se le ocurrió a Gregorio, molesto por aquella digresión tan descabezada.

Y Elena se despachó sobre una visita suya a Pompeya, al pie del Vesubio, uy qué miedo, y otra vez junto al Popo...

—¿Y qué es el Popo?

—En México, un nombre indio larguísimo...

—Ah, el Popocatépetl -aclaró Gregorio,

La mención le dio pie para retomar la palabra y disertar, esta vez con obstinado esmero en escoger los términos, sobre lenguas y culturas indoamericanas. No advirtió la alarma en los ojos de Elena, que hasta entonces le desconocía aquella vena profesoral y verborreica. Más tarde, al oírle que los incas trepanaban cráneos y los mayas conocían la órbita de Venus, se empeñó en dar una opinión; pero no se le ocurría nada.

—Vaya, me has resultado un sabio -le sonrió por fin, con más desconsuelo que admiración.

Cuando Gregorio se internó en la elocuente condena de los conquistadores españoles que a hierro y fuego truncaran el desarrollo de las civilizaciones precolombinas, Elena comenzó a temer que fuera un rojo...

—¿Eres comunista?

Aquella pregunta fue lo único que lo movió a risa aquel día.

Cuando ella se tranquilizó, comenzó a desabrocharle la camisa... Él se dejó desvestirse completo, mientras se preguntaba cómo se podía ser tan bella y tan bruta.

Aquella tarde, fracasaron todas las artes estimuladoras de Elena.

Extrañada, preocupada, le tocó la frente.

Fiebre no tenía, pero estaba rarísimo.

—¿Te pasa algo?

Él ni siquiera intentó disculparse.

—Estoy muy cansado... No sé...

Volvió a vestirse, con rapidísimos movimientos, cogió su maletín y extrajo un par de revistas de ajedrez...

—Me voy... Tengo que devolver esto...

En realidad, quería huir del impulso a anunciarle lo del premio. Mejor que no supiese nada hasta el día siguiente, cuando ya él tuviera el dinero en sus manos.

—Pero habíamos quedado en pasar juntos el resto del día...

—Más tarde vuelvo...

Ella le quitó las revistas, manoteó una libreta, se acercó al teléfono y comenzó a discar. Cuando le respondieron, dio la dirección suya.

—Las enviaremos por mensajería -ordenó autoritaria-; y tú no vas a ninguna parte. Te quedas conmigo, para que yo te cuide... Y comenzó a desvestirlo de nuevo.

Gregorio no opuso resistencia. Se tiró boca arriba en la cama.

Ella le pidió la dirección y nombre del destinatario y cerró la puerta del cuarto.

Él cayó en el acto en sueño profundo. Roncaba fuerte.

A las diez de la noche lo despertó Elena. Ella tenía hambre. Lo invitaba a comer una tortilla que acababa de preparar, para luego mirar juntos un programa de TV.

El gruñó algo ininteligible, pidió agua, y se abrazó de la almohada. Los párpados le pesaban.

Se despertó a las ocho de la mañana. Elena dormía a su lado.

Él se escabulló de puntillas en dirección a su apartamento.

A las 10:25 Gregorio salía del Crédit Parisien con 3.000 euros en efectivo y un cheque de gerencia en el bolsillo por la suma de 150.846 euros con 15 céntimos. Una hora después abría, por igual suma, una cuenta corriente en el

Banco Exterior de España y retiraba 26.000 euros, en tres cheques.

A las doce llamó a Elena, pero no se hallaba en su piso y tenía el móvil desconectado. Al subir la cuesta de la Gran Vía, a la altura de Callao, con calor y mucha sed, buscó refugio en un bar.

El sol de mayo era a veces insoportable en Madrid.

De pie junto a la barra, vaciadas dos cervezas en seguidilla, volvió a llamar a Elena, y nada.

Se sentó junto a una mesita y bebió otras dos con más calma.

Por la TV tronaba un gallego muy enfadado contra Bush. Acusaba también al petropoder texano y a la cleptocracia de la Casa Blanca, por su guerra en Irak; y anunciaba una marcha de repudio al gobierno español, el sábado siguiente en Santiago de Compostela.

A continuación, una locutora de la CNN leyó unas recientes proclamas de Bush en defensa de la democracia y el *American Way of Life*.

Cinco minutos después, un lobo de bar, de luengas barbas negras, que a juzgar por el color de su nariz debía haber libado en muchos puertos de este mundo, descargó un puñetazo sobre el mostrador y proclamó que él se cagaba en Bush y en su *american way* de los cojones.

Gregorio lo observó con atención y asintió, abstraído.

–Figúrate tú -prosiguió el lobo, caña en mano, nariz azulosa, siempre encarnado con la tía de la CNN-, que cada uno de los 1.600 millones de chinos tuviera un coche, y lo mismo los 1.100 millones de la India. La peste a gasolina ya no dejaría respirar en este jodío planeta, y no veas la que se formaría en los huecos de la ionosfera...

Gregorio ignoraba la combinación borrachito-andaluz- ecologista actualizado sobre peligros demográficos e ionosféricos. Interesante...

Vuelto hacia la pared y desentendido de la crisis planetaria, trató de imaginarse la reacción de Elena cuando él...

Pero no; no se imaginó nada. Razonaba con pesadez e incoherencia.

Vaciada su quinta *Mahou*, se aconsejó no beber con exceso. Llevaba en los bolsillos los tres cheques y 3.000 euros en efectivo.

Bah... Si Dios le regalaba aquel dinero, no sería para quitárselo en una borrachera. Por otra parte, para sentirse entonado, él necesitaba al menos ocho cervezas.

No, no habría problema.

¿Y si perdía o le robaban los cheques?

Nadie podría cobrarlos; y en cuanto al dinero en efectivo, perderlo no sería

ninguna tragedia. Le quedaban más de...

Algo irreal, pero verdadero, sí, en efecto, le quedaban 125.000 euros en su flamante cuenta del Banco Exterior.

Por más que le diera vueltas al asunto, no acababa de imaginar la existencia en el mundo exterior de una entidad como Pro Veritate, que regalaba semejantes sumas por resolver enigmas lúdicos.

¿Y cuál sería la verdad que propugnaban?

¿Qué pretenderían?

¿Podría aquella repentina bonanza traerle consecuencias perturbadoras?

Volvió a atender al lobo, cuya facundia la emprendía ahora contra las americanas, por gastarse en cosméticos más que todo el continente africano en comida. ¿Se creerían las dueñas del planeta, esas cabronas?

Casi a la una, tras numerosos llamados, localizó por fin a Elena,...

–Tuviste el móvil apagado todo el tiempo, mujer.

–Discúlpame, amor, pero es que lo dejé olvidado aquí.

Y sin demora pasó a reprenderlo por su fuga matutina.

–Es que ha sucedido algo...

–¿Algo malo?

–No, al contrario...; pero mejor te lo aclaro en cuanto llegue. Ahora voy a pillar un taxi y salgo para tu casa ¿vale?

Antes de tocar a la puerta, descargó sobre el piso una caja de cerveza que traía al hombro, puso encima una botella de Chivas Regal y hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta.

Sí, allí estaban los cheques y la billetera abultada, con casi 3.000 euros.

Era verdad.

Gracias a Dios no era una broma ni un sueño.

¿Quién habría dicho, unas pocas semanas antes, que **11** un día Gregorio Montijo no sería ya un ex monje timorato, sino un triunfador, Gran Maestro de Ajedrez, al que un banco le abría una abultada cuenta y una hembra portentosa le abría su puerta, sus piernas y su alma?

Sólo cuando la estridencia del timbre en el piso de Elena lo despertara de su letargo; libre ya de la mordaza que durante horas refrenara sus cantos de victoria, inspiró hondo. El bálsamo de la certidumbre lo exoneraba por fin de toda incredulidad.

Sí, señor, era cierto.

Se había ganado más de 150.000 euros.

Ya ningún vejete adinerado le robaría a Elena.

Podía comprar su felicidad, costearle sus deudas, pagarle el tratamiento de la piel. La pobre ya no tendría que sacrificar al hijo, ni vender su coche, ni abandonar el apartamento.

Qué bella era la vida.

Cuántos imprevistos se sucedían en el mundo exterior.

Cuando Elena le abrió, él la miró sonriente, con los ojos chiquitos...

Ella se veía un poco enfurruñada.

—¿Dónde te has metido, tío? ¿Adónde te escapaste que ni siquiera...?

—¿Escaparme yo? — y al agacharse para coger la caja del piso, le dirigió desde abajo una mirada de cejas muy alzadas y quijada caída; y comenzó a reírse. Era una risa convulsiva y silenciosa. Lo acometió un espasmo, y otro más violento. Al tercero soltó la caja y apoyó una rodilla en tierra.

Fue entonces cuando en todo el edificio se oyó aquella risotada espeluznante, con la que Gregorio soltaba todos los miedos, celos, rabias y alegrías que acumulara en quince días:

—Haaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa, ha, ahhhhhhhhh, ha, ha, ha...

Aquel desborde histérico, chillón, indetenible; los ojos exorbitados y su avidez al inspirar para seguir riéndose; mas aquella desconocida cara de *clown* con sus visajes dementes, le provocaron a Elena un corrientazo en la médula. Retrocedió un paso, dos. Por instinto de protegerse se aferró al espaldar de una silla y giró un poco en ademán defensivo, para ubicarse detrás de un sofá.

Él comenzó a erguirse en medio de su pitorreo. Cogió la botella, y sin soltarla, con ambos puños se apretó el vientre; y siguió riéndose.

Unos vecinos que salían en ese momento del ascensor, observaron la escena con evidente alarma y disgusto.

Gregorio se irguió como un resorte y enderezó de prisa hacia el baño:

—Ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, ahhhhhhhhh, ha, ha, ha, ha...

Era una risita frenética, seca, como el *staccato* de un pájaro carpintero.

Ella cerró la puerta. Se sobrepuso al miedo inicial y se preparó para lidiar una borrachera memorable...

Pero, vaya, si aquel hombre era capaz de llegar a semejantes estados y de dar esos escándalos, lo mejor sería que ella...

En eso cesó la risa y Gregorio le gritó desde el baño...

—Me gané un premio...

—¿El de Sevilla?

–No, el de París, haaaaaaaa, ha, ha, ha, ha...

La risa, menos frenética ahora, se le entrecortaba con suspiros y palabras inconexas.

Ella se acercó al baño y le tocó a la puerta:

–¿Te sientes bien? ¿Necesitas algo?

–Un tapón necesito -y al tiempo que estallaba en otra cascada de risas chillonas, entreabrió la puerta, arrojó hacia afuera un sobre de manila y volvió a cerrar.

Ella, que ante aquella mano furtiva y el portazo, había vuelto a retroceder asustada, se agachó para coger el sobre.

En medio de las atormentadoras carcajadas de Gregorio, extrajo tres cheques expedidos por el Banco Exterior de España; y los tres estaban..., ¿cómo, cómo? ¡Virgen Santísima!..., estaba a nombre suyo, María Elena de Zayas Olmedo... Uno por 13.000 euros, otro por 6.000 y el tercero por 7.000...

¿Sería que aquel tío loco se ganó la lotería y no le dijo nada?

Elena regresó a la sala, se sentó en el piso desconcertada, y sólo en ese momento se dio cuenta de que Gregorio ya no producía ningún ruido.

Segundos después, lo vio salir del baño en medio de un ataque de llanto. Atravesó la sala rumbo al dormitorio y se echó boca abajo a llorar sobre la cama, con fuertes sacudones de hombros.

Ella se estuvo un buen rato a su lado acariciándole la nuca, admirándose de su buena estrella, un tío de puta madre, vaya suerte, mire que ganarse así, en un santiamén, esa loma de euros.

Él, ya más calmado, la vista fija en el techo, le contó paso a paso todas sus recientes peripecias. La risa y la diarrea debían de ser una pura reacción emocional.

Ella insistió en consultar al médico del piso de arriba, un clínico retirado, profesor eminente, que desde el día de los orines siempre le expresara una gran simpatía.

El profe confirmó la opinión de Gregorio. Si pasó tantas horas en la incertidumbre, sin atreverse a creer en su buena suerte, temeroso de una broma, reprimiendo emociones, bebiendo más de la cuenta ¿qué se podía esperar?

–Figúrate, ya con el premio en sus manos, soltó amarras y ha sido como una compuerta que estalla ante la presión del agua...

Al día siguiente, sábado por la mañana, Gregorio se presentó en casa de don Silvestre que no lo esperaba hasta el lunes; pero Gregorio le aclaró que estaba de visita.

Al preguntar por Cecilia, se enteró de su regreso a Alemania, de dónde sólo viniera para celebrarle el cumpleaños.

Como ya era casi el mediodía, don Silvestre lo invitó a su mesa. Gregorio trató de excusarse pero ante la firme insistencia, debió aceptar.

Don Silvestre confesó añorar mucho a su hija.

–Muy precoz, y desde pequeña muy inquieta y trotamundos.

Don Silvestre deploraba sus andanzas por América Central y su filiación de izquierda.

–Ha sido siempre demasiado pasional en todo.

Sin embargo, por momentos parecía orgulloso de su compulsión al peligro, y sobre todo, de su amor a la verdad.

Graduada en La Sorbonne, Profesora Titular de la Complutense, Doctora en Ciencias Sociales, desde el año precedente impartía Geopolítica de Latinoamérica en Munich, donde permanecería un tiempo todavía.

Antes de servir el plato fuerte de pescado al horno, el sirviente escanció para don Silvestre la ración de catar. A la mesa, incluso con pescado, don Silvestre no bebía sino vino tinto, hábito que mereciera la mofa de algunos comensales tradicionalistas. Pero él replicaba recordándoles que Píndaro elogiaba la exquisita combinación de las anguilas del lago Copáis con el vino ultrarrojo de Thasos.

–Y Petronio -apuntó Gregorio- que fue un tío sensual, sibarita y de indudable buen gusto, elogiaba el sabor de las carpas rociadas con una salmuera de Falerno rojo.

–Aunque las mejores -añadió don Silvestre mientras cataba- eran las que Tiberio criaba en Capri, aquellas que cebaba arrojándoles negros amarrados en los estanques; pero Suetonio puntualiza que debían escogerse negros nubios, porque si no, las carpas no sabían igual... ¡Coño! – se interrumpió al punto-. ¡Qué bueno está este vino!

–La Rioja -le sonrió el criado-, cortesía de don Gregorio.

–¿Cuál Gregorio?

–Don Gregorio Montijo, señor, su comensal aquí presente -se alarmó el hombre-. Le ha obsequiado tres cajas de este vino, y otras dos de licores varios.

–¿Tres cajas? Pero... ¿te has vuelto loco, macho? Un vino así debe de haberte costao un huevo... -Y volviendo a catar-. Sí, de órdago, gracias, pero te has gastao lo que no ganas conmigo en dos meses, Montijo... ¿Será que te has sacao la lotería?

–Tibio, don Silvestre, tibio -rió Gregorio.

–Cobraste una herencia...

–Se enfría usted, señor.

–Mataste a una vieja rica...

–Helao, don Silvestre.

Por fin, el anciano se encogió de hombros.

–Me rindo.

–Me gané el premio de los vejestorios.

–No pue’ ser, Montijo.

–Sí señor, don Silvestre, que así ha sido, con el favor de Dios: me he ganado 153 000 euros.

–Y yo desanimándote... Qué papelón...

–Ningún papelón, don Silvestre; que yo le agradezco su sinceridad y su mediación con el Dr. Marchena...

–Me muero de vergüenza, Montijo, te lo juro; y no me lo perdonaré nunca. ¿Quién me manda a opinar de lo que no entiendo, coño?

–Pero no, don Silvestre...

–Claro que sí, que me creía muy listo y he acusado a los vejestorios de ser unos tontos, y ahora resulta que el único vejestorio tonto soy yo... Pero venga un abrazo, macho...

Al ver que se levantaba, Gregorio lo imitó y se dieron un abrazo.

–Y espero que ahora que eres rico no me vayas a abandonar...

Sereno y eufórico a la vez, Gregorio sacó a plaza una locuacidad desconocida para don Silvestre, que no dejó de celebrársela y azuzarla con sus apuntes.

A poco, medio en serio medio en broma, Gregorio se franqueó sobre lo que aquel dinero significaba en su vida.

De sobremesa, mientras saboreaba un Benedictine que también le obsequiara Gregorio, don Silvestre elogió a las monjitas de San Benito de Nursia, capaces de fabricar aquel *pousse-café* de su adoración.

–Lamento desengaño, señor -interrumpió el criado sin pedir permiso-, pero el Benedictine pertenece ahora a un consorcio americano.

–Joder, Vicente, no rompas mis bellas ilusiones -y dirigiéndose a Gregorio-. Ayer me vino a contar que Madrid se ha llenao de MacDonalds y me estropeó la cena. Esto me pasa por tener criados rojos...

El cachondeo de don Silvestre fue, no obstante, muy moderado aquel mediodía. Pudo más su indiscreta curiosidad, y se dedicó a acribillar a Gregorio, para sonsacarle cuanto pudo sobre la “chavala meada” (como la llamaba). Así

supo que los amores de Gregorio iban viento en popa; y que muy pronto, ella ingresaría en una clínica para el tratamiento de la piel. Gregorio pagaría la clínica y las deudas que la abrumaban después del accidente; en fin, todos los problemas de la chavala, y de Gregorio, se resolvían con aquel premio.

–Te lo mereces hijo -y volvió a dar un puñetazo sobre la mesa-; y yo desanimándote, coño... Aparte de ciego me he vuelto gilipollas...

–Por Dios, no diga usted eso don Silvestre, que cualquiera se equivoca.

–Pues te juro que nunca me he alegrado tanto de ser un gilipollas y de haberme equivocado.

Ese mismo sábado, al regresar a Chamartín a las tres de la tarde, Elena lo recibió en su piso con una sorpresa.

–¿A que no adivinas la sorpresa que te tengo aquí?

Conminado a adivinar, Gregorio vio que Elena le señalaba una caja de cartón blanco, casi de un metro cúbico.

Dado el momento de bonanza económica, supuso que ella le habría comprado algún regalo... Pero... ¿de aquel tamaño?

Ella lo mantuvo unos instantes a la expectativa y por fin dio dos golpecitos con la mano sobre la caja, de donde emergió un niño rubio, ojiclaro, esbelto, que al ver a Gregorio frunció el ceño y desvió la vista.

Gregorio supo que le había caído mal.

–Este es Pedrín y este es Gregorio...

Ambos se inspeccionaron en silencio.

–Venga, vamos, salúdense.

–Buenas tardes, Pedrín, mucho gusto en conocerte.

Pedrín bajó la vista. Sin responder, le tendió una mano laxa y se volvió a su madre.

–¿Ya puedo bajar a probar la bici?

Ella tuvo un momento de vacilación.

–Espera un momento y nosotros bajamos contigo ¿verdad Gregorio?

–¿Y para que vais a bajar vosotros?

–A acompañarte. ¿Vienes, Gregorio? – y se le colgó del brazo.

Gregorio se encogió de hombros y Pedrín la miró con saña:

–¡Uy, qué lata, madre! ¿Por qué no bajas sola?

Mala suerte: a sólo un minuto de conocerlo, Pedrín ya le enfilaba los cañones.

Para Gregorio sería un fin de semana horrible. El chaval no cesó de hostilizarlo. Cuando intentó ganárselo con artilugios campechanos y bromas desafortunadas, el mal fue mayor. El niño cogió confianza, y con un desenfado irreverente se dedicó a zaherirlo a troche y moche. Se burlaba de su nariz, su calva, sus ojos de simio, sus piernas retorcidas; y entre grotescas risotadas le gritaba que seguía teniendo cara de cura.

Nada que hiciese o dijese Gregorio le caía bien.

Cuando Elena propuso que jugaran una partida, Pedrín, con una mueca de adulto omnisciente, de vuelta ya en la vida, escéptico y altanero, protestó:

–Joder, madre ¿fuera del ajedrez el tío este no sabe jugar a nada?

Más tarde, durante un aparte en la cocina, le inquirió en voz alta y con toda saña, para que Gregorio lo oyera desde la sala:

–¿De verdad que te gusta ese tío tan feo?

Aquello la enfureció y le soltó una bofetada.

Gregorio se retiró a su cuarto, abrumado como en su niñez, cuando aún no le rebanaran la quijada; pero a diferencia de los viejos tiempos, esta vez determinó sobreponerse. Se armaría de paciencia, lucharía; y salió a la sala donde dispuso tablero y trebejos para analizar una partida.

Como Elena no intentara promover las paces, el niño volvió a salir. Se veía más calmado y comenzó a leer una revista, tendido en el sofá.

Pero diez minutos después volvía al ataque.

–¿Y ustedes dos van a seguir viviendo juntos sin casarse?

Gregorio no se inmutó y prosiguió concentrado en sus análisis.

Cuando en plan muy serio, Elena le anunció a su hijo que Gregorio y ella iban a vivir juntos, sin casarse, del mismo modo que ella viviera con su papá, el muchacho le espetó:

–Pero mi papá es un hombre distinto...

–Sí, pero a mí me gusta Gregorio -sonrió ella.

–¡Qué mal gusto tienes!

–Basta ya ofender a Gregorio, que él no te ha hecho nada y hasta te ha regalao una bici...

–La bici me la regalaste tú.

–Pero el dinero me lo dio él, y deberías agradecerérselo.

–Yo no le pedí nada...; y si es así, no volveré a montarla.

Ya la agresividad era frontal, a quemarropa.

A la hora de cenar, Pedrín encontró que todo sabía malísimo; y en cuanto Elena se dirigía a Gregorio, la interrumpía.

Gregorio tuvo que irse a dormir a su apartamento porque el niño se acostó en la cama de su mamá. Ella intentó explicarle que Gregorio era el ganador de un premio grandísimo en México, y le mostró un recorte de periódico con elogios por su reciente actuación en Sevilla, donde disputara la final con un GM húngaro; pero el muchacho siguió irreductible.

–Gregorio ha sido muy bueno conmigo; ya te he dicho que si no fuera por él...

–Joder, madre, no haces más que hablar de ese tío. Para eso no me hubieras sacado del colegio. Por tu culpa me perdí el fútbol y un paseo al pantano.

Al amanecer del domingo, Gregorio se desveló muy temprano y se fue a la Parroquia de San Pedro el Real, donde la Congregación “Virgen de la Paloma”, en su calle homónima, oficia misa cantada a las seis. Fue un acierto: el coro a medialuz, más el ocre y celeste que bajaba de los vitrales y teñía de una santidad primitiva los perfiles de las monjitas, le transmitió la paz y el ánimo indulgente que necesitaba para terminar aquel fin de semana. Después de todo, Pedrín era agresivo por amor a su madre. Temía perderla, claro. Y Gregorio, cristiano, devoto de San Francisco y su amor universal, debía comprender y perdonarlo.

Sí; ya se habituaba a él; y de regreso en Chamartín propuso ir a desayunar en el local de Perico el Bueno, que servía el chocolate más espeso y los churros más gordos y crocantes de Madrid.

Pedrín no quiso ir. Pidió a la madre que le llevara a la cama una cocacola y un emparedado de queso. Quería seguir durmiendo.

Durante todo el desayuno en lo de Perico, ella siguió con la matraquilla. Su desasosiego le arruinó a Gregorio el disfrute del chocolate y los churros. Él hubiera preferido cambiar de tema, olvidarse un rato del niño, recordar incidencias del premio y trazar planes para el futuro. Pero ella no lo oía.

–El niño es muy noble, Gregorio -le machacó varias veces-; ya verás que pronto te coge cariño...

Él intentó otra vez el tema del concurso, pero fue inútil. Elena ni siquiera se interesó por lo que publicara la prensa; y hasta evidenció ignorar la hazaña de Gregorio, que ella consideraba un golpe de suerte y nada más.

Insistía en lo bueno que era Pedrín. Debían darle tiempo.

De improviso, Gregorio cayó en cuenta de que entre Elena y él, nunca había mediado el diálogo vivaz de los enamorados, como en novelas y películas. Desde el inicio de la relación, prevalecía el monólogo de Elena.

Mientras ella repicaba ahora sobre la nobleza y buenos sentimientos de Pedrín, y la paciencia que debían tenerle, porque no era sino un chaval celoso,

Gregorio reconstruía la evolución de aquel romance que ahora veía zozobrar.

Recordó su desconfianza ante los sentimientos de inseguridad que ella le demostrara al inicio.

Ya durante la mañana que siguiera al primer encuentro amoroso, ella comenzó a telefonarle obsesiva; primero desde una gasolinera en Chamartín, mientras llenaba el tanque; y al cabo de una media hora desde Puerta del Sol, para reiterarle lo feliz que era por haberlo conocido; y al mediodía, desde el despacho de su agente, para insistir en la inolvidable noche pasada en sus brazos; y al rato desde la calle para describirle lo húmeda que estaba y su necesidad de volver a verlo; y a las tres de la tarde desde la peluquería, para implorarle una cita a las cinco y machacarle que estaba loca por él, desquiciada, empapada, y urgida de su ayuda para apagar aquel fuego que ardía en todo su ser.

Usaba un lenguaje cursi, de novela rosa. Al oírla, durante los dos primeros días, Gregorio se inquietó un poco; y no tanto porque lo agrediera su mal gusto, sino porque no le creía. De seguro ella exageraba su gratitud por haberle salvado la piel de males mayores; pero pasaron los días y al verla amorosa, ardiente en sus reclamos de sexo, Gregorio terminó por reconocer que se le entregaba sin fingimiento.

–¿Tú me vas a querer siempre? – le preguntaba ella, varias veces por día.

–Por supuesto.

–¿Pero me vas a querer sin irte de mi lado?

–Claro -y se reía, confiado y desconfiado al mismo tiempo.

–Porque ahora que te encontré y me enamoré de ti, si tú me dejas, yo me voy a morir de tristeza.

Al dirigirle las preguntas se acodaba en la cama y le cogía la barbilla para que él le respondiera con los ojos; y lo escudriñaba insegura, temerosa de detectar algún embuste en el fondo del iris.

Sí, aquel comportamiento sólo era comprensible en una mujer enamorada. Estúpido negarlo. La autenticidad de sus gestos y actitudes rompía los ojos.

No obstante, siguió un tiempo temeroso de perderla por insolvente, o de convertirse muy pronto en víctima de una pasión efímera. El recuerdo del vejete que ofrecía ponerle un piso no dejó de hostigarlo nunca. Ni siquiera cuando tuvo en sus manos el dinero del premio. Él le había regalado 26.000 euros, pero el viejo le ofrecía un piso amueblado en Madrid, algo que por ahora, estaba fuera de su alcance. Además, Elena era una muchacha ardiente, y aquel podía ser uno de sus tantos caprichos pasajeros.

Hasta unos pocos días antes, bajo el impacto de haber descubierto el sexo,

Gregorio le escuchaba con cierto interés sus monólogos; pero al regreso de Sevilla, ya le pesaba confirmar a diario su garrulería y falta de vuelo. Agotado muy pronto el repertorio de su infancia y adolescencia grises, era muy poco lo que Elena podía contar; y dentro de lo poco, nada interesante.

Si ella hubiese tenido alguna gracia para narrar, quizá Gregorio se interesara por su carrera de modelo; pero su cháchara monocorde lo aburría de muerte. A veces no controlaba los bostezos y se los soltaba a mansalva, juaaaaa, en plena cara; pero ella ni cuenta se daba.

Su adultez eran dos matrimonios anodinos: uno por la iglesia, con un valenciano, hijo de papá, muy rico, muy celoso y muy infiel, que duró seis meses; y el segundo, sin papeles, con Ricardo, un adonis farolero y tonto, padre de Pedrín, que entre broncas, paces, treguas, pitos y flautas, se prolongara unos nueve años; pero el tío nunca sirvió para nada, ni como marido ni como padre. Entre los hechos más destacados, figuraba un reinado de belleza en Toledo, una frustrada carrera de actriz, y por último, sus aventuras de modelo facial.

Elena hablaba sobre sí misma y se oía de buena gana. Pero sólo a sí misma y a nadie más. Ni siquiera le importaban los quehaceres de Gregorio cuando era ajenos a su relación. No expresó ningún interés por sus andanzas en Sevilla. No le pidió detalles de las partidas, ni de los rivales, ni de su ELO, ni de su inminente título de Gran Maestro; pero la gran decepción de Gregorio fue su total indiferencia ante los avatares del premio. Desde el día en que le regalara sus cheques, una vez superada su crisis de risa y llanto, él se había dispuesto un par de veces a referirle lo del húngaro y su quijotesco abandono del torneo para abocarse a resolver los enigmas, pero se dio cuenta de que ella no lo oía; y hasta lo cortó dos veces, para enumerarle lo que se compraría con el dinero del regalo, o los locales elegantes de Madrid adonde quería ir con él.

Elena era así y punto. Imposible establecer con ella una conversación que entrañara la mínima reflexión; y sus opiniones, cuando tenía alguna, eran lugares comunes expresados sin gracia.

Y ahora, en el restaurante, durante su indeclinable monólogo sobre las virtudes de Pedrín, Gregorio ve derrumbarse en un tris, los proyectos de convivencia.

Al cabo de varios días de osadía y seguridad en sí mismo, tras proferir sus primeras palabrotas y despreciar el primer premio de un torneo, se enfrenta de manos a boca con una nueva situación: Se ha dado cuenta de que ya ni siquiera padece el temor a perder a Elena. Fuera del sexo, nada importante subsiste entre ellos; y ese sexo costosísimo, más los interminables monólogos, más el odioso

Pedrín, se combinan contra él como una execrable amenaza.

Hacia el mediodía de aquel domingo, Pedrín incrementó su metralla. Mientras Elena cocinaba y Gregorio jugaba en la sala una partida virtual contra Kaspárov, Pedrín conectó a todo volumen un programa televisivo de comics, de esos con voces estridentes y muchos chillidos. Sin decir ni mu, Gregorio se colocó sus audífonos, subió el volumen de su reproductora con la tanda más sedante; y se obligó a concentrarse en su partida. Pedrín se desentendió del televisor y se dedicó a repicar con una pelota de basket sobre el parquet y a dar brincos frente a él. Como Gregorio no lo miraba, se le agachó adelante y luego se acostó en el piso, para obtener un ángulo desde el cual hacerle muecas y tirarle trompetillas. Con toda calma, Gregorio miró la hora, cerró su *laptop*, dijo a Elena que esperaba una llamada telefónica de París y se marchó a su piso.

Elena aceptó el pretexto y lloró en silencio; y Pedrín, carente ahora de un blanco para sus andanadas apagó el televisor, se declaró aburridísimo, arrepentido de haber dejado su colegio y sus amigos, y anunció que iría a bañarse en la piscina del edificio.

La madre aprobó la idea. Pedrín nadaba bien y ella confiaba en el salvavidas, un joven muy responsable. Sin embargo, cuando su cucú chillara las dos y Pedrín no regresaba, ella bajó a buscarlo.

–Sí, señora, pasó por aquí, pero se marchó enseguida.

Muy nerviosa, montó con Gregorio en el coche y se marcharon a rastrear la zona aledaña.

A poco, ya fuera de sí, lloraba sobre el volante. Debió de subirle la presión. Se veía muy enrojecida. Las manchitas de la quemadura se le notaban ahora más oscuras sobre la piel. Gregorio sólo atinó a proponerle que denunciaran la desaparición a la policía; pero estaba seguro de que era otra mala pasada del muchacho, para seguir creando tensiones.

A las tres de la tarde, tras el tercer sedante, cuando ella no resistía más la angustia, Pedrín la llamó al móvil y le explicó que el agua de la piscina estaba muy fría y prefirió irse de paseo.

–Cogí el metro en Chamartín y me bajé en Plaza Castilla...

–Y cómo se te ocurrió irte solo, sin conocer...

–Pues todo el tiempo no estuve solo, porque me puse a conversar con un señor que me invitó a su casa.

A Elena se le aflojaron las piernas. Desde muy pequeño le había inculcado que jamás aceptara propuestas de adultos desconocidos.

–Por Dios Pedrín..., y tú ¿qué hiciste?

–Lo mandé a hacer puñetas, madre -y el muchacho soltó la carcajada.

–¿Y él, no te hizo nada?

–¡Que va, madre, casi lo mato del susto! Le dije que lo iba a denunciar a la poli...

–Del susto me vas a matar a mí... ¿Y dónde estás ahora, niño?

–No sé, estoy extraviado -y le dio las dos calles de la esquina donde estaba.

A punto del desmayo, ella anotó la dirección, que Gregorio localizó en un plano de Madrid. Era, en efecto, en los alrededores de Plaza Castilla; y el muy maldito no estaba nada extraviado. Sabía que en el metro podía regresar muy fácil a Chamartín. Y de seguro lo del tío que lo invitó a su casa era puro cuento para espantar a la madre, llamar la atención, en fin, acabar de estropearles la tarde. Pero Gregorio no hizo comentarios y se tragó su veneno.

El resto de aquel domingo fue infame. Pero le sirvió para ver clarísimo que todo proyecto de convivencia con Pedrín, como pretendía Elena, sería imposible. Él no estaba dispuesto a convivir un día más con aquel engendro de doce años, hostil, patológicamente celoso y malcriado. Pero por el momento aplazaría toda protesta. Resistiría un tiempo.

Al día siguiente, Elena debía ingresar a la clínica y él no quería turbarla. Durante los días de forzosa separación, hallaría una solución definitiva, y llegado el momento, le daría a conocer su veredicto de resignación o renuncia.

El lunes temprano, ella llevó a Pedrín en su coche al colegio; y a las nueve, según convinieran, esperó a Gregorio en su piso. Lo recibió como a él le gustaba; despeinada, con el cabello suelto hasta los hombros, cubierta sólo con una blusa de seda verde, desabotonada por delante, y que por detrás le llegaba a media nalga.

Él no fue capaz de ningún preludeo. La cogió por la cintura, la ubicó en posición cuadrúpeda, y con los senos en sus manos, inició un primer round que culminó en pocos minutos sobre la alfombra.

Desayunaron huevos revueltos con chorizo, bebieron una botella de vino tinto, y se desparramaron en la cama hasta las once. Merecido desquite por la severa abstinencia que les impusiera Pedrín.

A las doce y media partieron rumbo a la clínica, en un taxi.

Durante todo el trayecto se desbocó en otro monólogo lagrimógeno. La angustiaba el temor de perder a Gregorio, de que en su ausencia se liara con otra.

En la puerta de una salita de espera donde se despidieron, ella comenzó a lagrimear; los ojos se le veían más grandes y muy tristes. En presencia de la enfermera y el muchacho que debían escoltarla con su maleta, ella lo miraba

angustiada, le acariciaba el pelo, las cejas, lo besaba mucho, como si fuera esta noche la última vez, y le preguntaba si le iba a ser fiel hasta que la muerte los separase, y si nunca la iba a dejar...

El melodrama de Elena, sin importarle la presencia de terceros, casi lo saca de casillas. Carecía de experiencia para convivir con la ridiculez que Elena regalaba a granel. Aquel mal gusto lo exasperaba, lo paralizaba y enmudecía. Su madre se habría horrorizado ante semejante cursilería. Y en el ambiente militarizado del convento tampoco habría tenido cabida.

Cuando la enfermera interrumpió el último treno y la cogió del brazo, vamos, señora, para conducirla a su habitación, oh, qué alivio, que grata sensación de libertad.

En el taxi, de regreso a Chamartín, Gregorio se dio cuenta de que se estaba entrapando.

Por gozar del sexo de una mujer bella, tendría que soportar su hiperkinesis, su lata perenne, a su chiquillo enemigo, y por si fuera poco, esta cursilería de órdago.

Sí, la vida de pareja con Elena debía desecharla de plano...

No había otra alternativa...

Aunque tal vez...

Sí..., tal vez si se vieran una o dos veces por semana, en encuentros breves...

Eso tampoco era posible... Ella no lo aceptaría. Elena necesitaba un compañero, no un amante eventual.

Mientras subía en el ascensor, se reiteró que no debía desesperarse, quizá encontrara una solución...

Si conseguía otra vivienda, lejos de Elena, para vivir separados y verse dos o tres veces por semana, sin Pedrín...

Sí, eso: ella en sus cosas, su modelado, su Pedrín; y él dedicado a un ajedrez ininterrumpido. Ella en su casa y él en la suya. Desde luego, en tal caso debería renunciar al edificio, a Chamartín e irse bien lejos y sin teléfono, porque mientras ella lo supiera a tiro, no lo dejaría estudiar en paz...

Al entrar esta vez en su departamento, ratificó con toda firmeza que vivir con Elena le sería imposible.

–Pero sin ella también...

Cuando se quitó la camisa impregnada de perfume, se estuvo un rato oliéndola y provocándose destellos de recuerdos eróticos.

Sí: había caído en una trampa de la que le urgía escurrirse.

Para acompañar a Elena a la clínica, Gregorio pidió a don Silvestre transferir la sesión del lunes para el día siguiente, y así se convino; de modo que hasta el martes no reiniciaron sus encuentros. Pero como ese mediodía se desató una lluvia fuerte, don Silvestre desistió de la caminata por el parque y pidió a Gregorio que le buscara un texto en su biblioteca.

Alrededor de la una, encaramado en una escalerilla para acceder a lo más alto de una estantería, Gregorio oyó en la puerta el repique de bulerías con que se anunciaba Cecilia.

–¿Cecilia? – gritó don Vicente sorprendido al reconocer el toque-. Pero si se fue a Alemania el sábado...

En efecto, de sábado a martes mediaban sólo dos días.

Gregorio se preguntó que pudo traerla de regreso tan rápido.

Desde que un sirviente sorprendiera a don Silvestre en un lance con una mujer desnuda, nadie entraba a su estudio si él no accionaba un mando de control remoto que siempre llevaba consigo.

–Hola, papaíto -dijo Cecilia en cuanto se abrió la puerta.

–Pero hija ¿cómo llegas sin aviso? – protestó don Silvestre con indisimulada alegría.

–Vengo sólo por unas horas, para asesinar a Jacinto... -y al ver a Gregorio en la escalera, lo saludó con exagerada efusividad-: Salud, insigne criptógrafo. Me alegré mucho de su éxito con el enigma.

–¿Y cómo te enteraste, hija?

–Lo leí hoy por la mañana en *Internet* -y se agachó para besar al padre-. Encontré su nombre entre los premiados. Y he llorado de risa con las dietas de Hitler. Genial. No imaginé al conocerlo que fuese un humorista de tanto talento.

En lo alto de la escalera, Gregorio cayó en cuenta de que el 27 de mayo, era la fecha anunciada por Pro Veritate para divulgar el fallo. Y también recordó, con tristeza, que Elena no atribuía el premio a ninguna sabiduría ni dote suya, sino al puro azar, como en cualquier lotería.

–Eres un tío de suerte... -fueron las primeras palabras de Elena al conocer la noticia. Y la celebró varias veces, pero siempre con el acento en su buena estrella.

Él no le guardó rencor y hasta le replicó con un piropo.

–De no ser un tío de suerte no estaría contigo.

Cecilia, en cambio, se daba cuenta de todo: genial, talentoso, muerta de risa con las dietas de Hitler, no lo imaginaba tan fino humorista...

Los elogios de Elena se limitaban a su conducta en la cama. De su intelecto no apreciaba nada.

–Por cierto -lo sorprendió Cecilia cuando se apeaba de la escalera-; el 21 de junio voy a iniciar unos días de vacaciones y pienso dar una fiesta aquí para mis amistades. ¿Me honraría usted con su asistencia? Aspiro a pavonearme de ser su amiga.

Conmovido por tanta gentileza, buscó algo adecuado para decir, pero no lo halló.

–Muchas gracias, Cecilia, pero... tendría que venir acompañado...

–Eso ni se pregunta...

Gregorio indicó que por esos mismos días de junio, su chica abandonaría la clínica y en fin..., ellos ya habían planeado celebrar el reencuentro por todo lo alto.

–Pues nada, Montijo: por lo alto, por lo bajo, por delante o por detrás, cuando terminéis vuestra celebración, os ponéis la ropa y venís ambos a nuestra fiesta.

Gregorio le rió la procacidad y volvió a sentirse muy halagado de que Cecilia pretendiese, ante sus conocidos, ufanarse de su amistad con él. Sí, ufanarse, jactarse o algo parecido... Eso fue lo que dijo. Cuánta simpatía le demostraba. Y era simpatía por él, por su persona, que a fin de cuentas era un Don Nadie a sueldo de su padre.

En eso sonó el timbre de la puerta, y cuando don Silvestre hubo accionado el mando, entró una mucama para preguntar si la señorita Cecilia iba a sentarse a la mesa con los señores.

–Sí, Juanela, pon otro cubierto que traigo un hambre esteparia.

–No es necesario – intervino Gregorio-; yo debo marcharme...

–No señor -replicó Cecilia-. Usted no se va a escapar cada vez que yo venga a comer con mi padre.

Gregorio se encogió de hombros, estiró una mano e intentó decir algo.

–Lo siento -dijo don Silvestre-. En esta casa, las órdenes de Cecilia son inapelables

Media hora después, la emprendía contra un tal Jacinto, su editor, que ya tenía listo y emplanado el texto de un libro donde ella denunciaba los crímenes de Bush y compañía en el Medio Oriente. Pero un par de días antes cayeron en sus manos unos documentos recién desclasificados por la CIA, que le venían de perillas para el capítulo final, y el gilipollas de Jacinto no quería insertarlo. Se negaba so pretexto de haber impreso ya 200 copias.

–Terminó por colgarme el teléfono y no quiso recibirme otros llamados; y he venido a convencerlo de que se olvide de las 200 copias y haga una nueva edición con el agregado, o me busco otro editor.

No estaba dispuesta a permitir que el libro apareciese sin el material desclasificado. Era valiosísimo; sustentaba la veracidad de la tesis central y la hacía inobjetable...

Don Silvestre quiso saber en qué consistía lo desclasificado.

Se trataba de un documento oficial emitido por el gobierno norteamericano, donde se daba cuenta de que el Presidente Dwight Eisenhower, a principio de los años sesenta, fundamentaba la necesidad de esforzarse porque el pueblo de Cuba sufriera, padeciera hambre, enfermedades y carencias.

–¿Así, con esas palabras?

–¿No me crees? ¿Quieres que te lea una fotocopia del texto, emitido por el Departamento de Estado?

–No, después. Ahora prosigue.

–Pues, bien, según el gran demócrata Ike Eisenhower, los EE.UU. debían propiciar y financiar cuantas calamidades promovieran el descontento y el terror del pueblo cubano para afectar la estabilidad de la Revolución Socialista; pero toda esta acción subversiva debía ejercerse siempre detrás de bambalinas. De ninguna manera debía verse la mano de los EE.UU. Las acciones contra Cuba debían ser instrumentadas por la Organización de los Estados Americanos, los grupos contrarrevolucionarios de Miami y las dictaduras enemigas de Castro. Se trataba de estimular todo lo que sirviera al propósito de castigar a Castro por su rebeldía y desobediencia a los EE.UU., con el fin de desalentar nuevos movimientos de liberación en el continente americano.

–¿Y eso lo publicaron? – se le escapó a Gregorio.

–Sí, hijo, en eso los americanos son muy honrados, y no como otros que...

–No seas troglodita, padre.

Se formó una larga discusión entre padre e hija. Cecilia argumentó que desclasificar aquella infamia no revelaba un acto de honradez, sino el deliberado propósito de refirmar el derecho a seguir interviniendo en SU continente cada vez que les viniera en gana, puesto que América era para los americanos, tal como preconizaba la Doctrina Monroe desde 1823. Lo único que demostraba la desclasificación era que los yankees eran tan prepotentes y despreciativos, que les importaba un pito lo que dijeran los demás. Y con tal de aniquilar cualquier movimiento patriótico daban por sentado su derecho a la ingerencia en los demás países y a apoyar las peores dictaduras: Trujillo, Batista, los Somoza, Duvalier,

Stroessner, Pinochet, Ríos Montt, los militares argentinos.

–Y ahora, en este mundo unipolar, ya no les basta con el continente Americano. Ahora necesitan también sus sirvientes y mandaderos en Europa.

Gregorio la oyó muy impresionado. Era la primera mujer a la que oía emitir criterios tan audaces y bien fundamentados. Él desconocía las relaciones de los EE.UU. con los demás países americanos, y por supuesto se mantuvo callado durante la discusión; pero una vez acabada, se interesó por el libro de Cecilia contra la administración Bush. Y como se confesara sin ambages un ignorante en relación con la más reciente historia de América, ella le recomendó entonces leer primero otras publicaciones suyas, muy anteriores. Al recibir *Nuestro hachepé*, Gregorio hizo una mueca de extrañeza.

–Roosevelt llamaba “nuestro hijo de puta” a Anastasio Somoza -le aclaró ella.

Él asintió con una sonrisa, para disimular su vergüenza, porque nada sabía de Anastasio Somoza. Le sonaba a político sudamericano.

Llegado esa tarde a Chamartín, Gregorio se abalanzó sobre su coputadora para leer el fallo del enigma. Y en efecto, lo encontró en el sitio www.proveritate.fr

París, 27-5-2003

FALLO PARA EL PRIMER

CONCURSO

DE LOS CINCO ENIGMAS.

La FUNDACIÓN “PRO VERITATE” comunica que de un total de 946 participaciones, se recibieron 597 respuestas correctas; pero sólo 78 versiones libres reunieron los requisitos para ser evaluadas como EXCELENTES, lo que permitió a cada uno de los concursantes favorecidos por el fallo, obtener la suma de 153 846.15 Î (ciento cincuenta y tres mil ochocientos cuarenta y seis euros con quince céntimos), que corresponden a la 78ª parte de los 12 millones asignados para cada uno de los concursos.

REPETICIÓN DEL PRIMER ENIGMA

(ya publicado mundialmente el 20 de mayo).

NOTA BENE:

El texto enigmático que debe desentrañarse va en mayúsculas. Lo que figura en minúsculas debe mantenerse tal cual en la versión literal.

1

El principal causante en este siglo de la segunda gran VUELTA HACIA ABAJO

2

en LA BENEFICIARIA DE UNA JABALINA DE ELECTRÓNICA EFICACIA,

3

demonstró A LAS TIERRAS HABITADAS (SEGÚN DEMÓSTENES),

4

en EL BOSQUE DE LOS ÁRBOLES BAJO CUYA SOMBRA REPOSABA EL MÁS AFORTUNADO DE LOS PASTORES CISALPINOS y en otros lugares análogos,

5

que la enfermedad descrita por EL MAYOR DE LOS DOS ERUDITOS DE LA TRIPLE HOMONIMIA,

6

como CRECIMIENTO EXCESIVO DE LAS PLANTAS, es curable en todos los casos.

-

INTERPRETACIÓN FUNDAMENTADA

Elaborada por el concursante Simone Massai, de Prato (Italia). Ver sus datos personales en la lista alfabética de la página 10. Formato editorial y traducciones de la versión original italiana, a cargo de Pro Veritate

1

El principal causante en este siglo de la segunda gran

VUELTA HACIA ABAJO

-

Del verbo griego STREFO (gitar), sale el sustantivo STROFÉ (gito, vuelta), que antecedido por la preposición KATA (abajo), conforma la CATÁSTROFE, el caos, la ruina, donde la estabilidad se subvierte, o sea, que se le imprime una vuelta hacia abajo, se la pone patas arriba.

Otros parientes menos tremebundos del verbo STREFO, son los TROPOS (derivados de TREPO), que expresan giros o vueltas del pensamiento poético o retórico; y está también el amable HELIOTROPO, nombre griego de esas plantas que por su vocación solar y giratoria, recibieron en nuestras lenguas latinas, el nombre de girasoles.

El fragmento 1 del enigma expresa, entonces:

“El principal causante en este siglo de la segunda gran

CATÁSTROFE...”

2

en LA BENEFICIARIA DE UNA JABALINA DE INFALIBLE EFICACIA,

-

Para desentrañar este fragmento del enigma hay que preguntarse en qué consiste la eficacia de una jabalina. Si en su origen es un arma arrojada, su eficacia sólo puede ser militar o venatoria. ¿Qué puede significar la infalible eficacia de una jabalina? ¿Algo comparable a la letal eficacia de los *misiles* que hoy destruyen la sagrada e ilustre ciudad de Bagdad? ¿Armas teledirigidas que no marran los tiros aunque el blanco se halle en movimiento?

Esto nos recuerda el mito de la doncella Europa, hija de un rey de Tiro, a quien Zeus raptara cuando la vio jugando con sus compañeras en una playa. Inflamado de amor por su belleza, el rey del Olimpo se metamorfoseó en un toro de resplandeciente blancura. La niña, asustada al principio, pero atraída por el hermoso animal, terminó por acariciarlo, jugar con él y montársele en la cerviz. Ni corto ni perezoso, el falso toro se lanzó al mar, y pese al susto y gritos de la muchacha, nadó con ella hasta Creta. Allí, en lugar fresco y nemoroso, Zeus aplacó sus deseos; y entre los regalos que una vez satisfecho concediera a la doncella, sobresalían un perro que no perdía presa y una jabalina que jamás erraba sus blancos.

Con toda probabilidad, “la beneficiaria de una jabalina de electrónica eficacia” no es otra que Europa; de modo que las cuatro primeras líneas del enigma, significarían: “El principal causante en este siglo de la segunda gran catástrofe en Europa...”

A todas luces, “la segunda gran catástrofe en Europa” y en este siglo, es

la Segunda Guerra Mundial; cuyo principal promotor fue, sin duda, Adolf Hitler. Ergo: la suma de los fragmentos 1 y 2 del enigma, significa un solo nombre propio: “Hitler...”

3

demostró A LAS TIERRAS HABITADAS (SEGÚN DEMÓSTENES),

-

OIKOUMENE es un participio pasivo femenino del verbo griego **OIKEO**, que significa habitar, de la misma raíz que el sustantivo **OIKÓS**, casa. La simplificación del étimo originario **OIK**-en sus formas modernas, nos da términos como ecuménico, economía, ecología, *etc.* asociados todos a la noción originaria de habitar; aunque hoy se asocian a conceptos muy variados, como los de “universalidad”, “administración” o “habitat planetario”. (El término “economía”, por ejemplo, fue aplicado por los griegos de la época gentilicia a “la gestión del OIKOS”, que era entonces la casa griega con sus campos y explotaciones aledañas.)

H **oikoumenh gh** significa en su forma prístina “la tierra habitada”, concepto manejado por los griegos desde su más antigua literatura escrita, para referirse al “mundo conocido”. Pero ya en época clásica, el término se especializa y cronistas como Heródoto y Xenofonte usan la **ECUMENE** para aludir “al mundo habitado y cultivado”, por oposición al desierto; y en el siglo IV, en las arengas y alegatos de Demóstenes, por ejemplo, **ECUMENE** aparece como sinónimo de “el mundo entero”; y de esta acepción deriva el uso actual del adjetivo “ecuménico”, casi exclusivo de la Iglesia y de la Fundación Pro Veritate.

Por fin, en pleno siglo XX, a caballo entre las acepciones de **habitat** y universo que hemos analizado, reaparece la vieja raíz en el moderno concepto de “ecología”, disciplina que procura “administrar la habitación universal”, o sea, cuidar nuestro planeta.

Hasta la línea 6 del enigma, nos parece haber develado el siguiente fragmento: “Hitler demostró al mundo entero...”

**en EL BOSQUE DE LOS ÁRBOLES BAJO CUYA SOMBRA
REPOSABA EL MÁS AFORTUNADO DE LOS PASTORES
CISALPINOS y en otros lugares,**

-

En la geografía romana del Siglo de Augusto, la Lombardía no existía: era entonces la Gallia Cisalpina; y mientras la Cisalpina no cambió de nombre, el más grande poeta que naciera en sus confines, fue el mantuano Publio Virgilio Maro, fuera de cuya obra bucólica, ningún pastor de la región ha pasado a la historia ni con próspera ni con adversa fortuna.

Por tanto, “el más afortunado pastor cisalpino”, es el más afortunado de los pastores mencionados por Virgilio. Se trata, pues, sin ninguna duda posible, de Tityrus, el único autorizado a conservar su heredad, pastorear sus ovejas y corderos, disfrutar de sus panales, de su flauta y de la bella Amarillys. Sus infortunados vecinos, en cambio, han debido abandonar las tierras aledañas, por un decreto de Augusto, que se las confiscara en beneficio de sus veteranos.

Por último, en sus dos más difundidos y memorizados versos bucólicos, los que inician la Égloga Prima, Virgilio nos sitúa a su Tityrus “patulae recubans sub tegmine fagi”; o sea, “reclinado bajo la frondosa copa de un haya”.

La mención a este árbol nos revela ahora que se trata de los célebres campos de concentración hitlerianos; porque bosque de las hayas, en alemán, se dice BUCHENWALD.

Hasta la línea 9, entonces, el enigma nos dice: “Hitler demostró al mundo entero, en Buchenwald y otros lugares análogos...”; o con más economía: “Hitler demostró al mundo en sus campos de concentración...”

que la enfermedad descrita por EL MAYOR DE LOS DOS ERUDITOS DE LA TRIPLE HOMONIMIA,

-

Si “triple homonimia” debe interpretarse como “nombres tres veces iguales”, al instante se nos ocurre pensar en eslavos (como el nada erudito Josip Vissarionovich Zhugashvili), o en los antiguos romanos con su nombre individual, de familia y apodo (Marcus Tullius Cicero). Cabía tomar en cuenta también la onomástica tripartita del mundo árabe y del Extremo Oriente, pero los descartamos porque se sabe que estos enigmas sólo contienen elementos de la cultura occidental. Y como luego, al observar las líneas siguientes, vemos que el tal erudito opina sobre enfermedades de las plantas, nos viene a la memoria la *Historia Naturalis* de Plinio el Viejo, que tiene un triple homónimo en su sobrino Plinio el Joven. El primero se llama Gaius Plinius Secundus, y el otro Gaius Plinius Caecilius Secundus. Se trata sí duda de ellos; y aunque el Joven posea un doble *cognomen*, son homónimos por partida triple.

De modo que hasta la undécima línea, el enigma dice: “Hitler demostró al mundo, en sus campos de concentración, que la enfermedad descrita por Plinio el Viejo...”

6

como CRECIMIENTO EXCESIVO DE LAS PLANTAS, es curable en todos los casos.

-

Por fortuna para la posteridad, Plinio el Viejo fue, amén de una hormiga incansable, un insigne taxónomo que supo dar a su heterogénea obra de recopilación, un orden clasificatorio, insólito por su coherencia y modernidad. Y así, quien recorra las páginas del índice en su monumental *Historia Naturalis*, publicada por la SOCIÉTÉ D'ÉDITION "LES BELLES LETTRES" (Paris, 1964), en busca de enfermedades de las plantas, encontrará en el Libro XVII, capítulo 38, parágrafo 219, la referencia a *Infirmittates arborum*; y allí se enterará de que el gran tamaño de los árboles constituye una enfermedad llamada "obesitas", que debe recibir tales o cuales tratamientos.

Así, develado el enigma completo, tenemos que: "Hitler demostró al mundo, en sus campos de concentración, que la enfermedad descrita por Plinio el Viejo como obesidad, no es incurable".

Gregorio asintió, como si alguien le hubiese preguntado algo. Excelente versión fundamentada. Más completa y rigurosa que la suya. Lástima que el tal Massai no acertara en la versión libre.

Acto seguido pasó a la versión literal que, a su juicio, Pro Veritate repetía sin necesidad.

VERSIÓN LITERAL

(que resultó muy similar en el texto de los 78 ganadores)

1

El principal causante en este siglo de la segunda gran

CATÁSTROFE

2

en EUROPA

3

demonstró AL MUNDO ENTERO,

4

en BUCHENWALD y en otros lugares análogos,

5

que la enfermedad descrita por PLINIO EL VIEJO

6

como OBESIDAD, es curable en todos los casos.

--

Gregorio buscó por fin las versiones libres, pues si Cecilia había leído la suya, debían haberla reproducido en alguna parte. Y un poco después de la versión literal, allí estaba

VERSIÓN LIBRE O SINTÉTICA

Como ya se ha dicho, existen 78 trabajos premiados; y 51 de ellos ofrecen, con ligeras variantes, la siguiente versión sintética: “Adolf Hitler demostró al mundo, en Buchenwald y otros campos de concentración, que la enfermedad descrita por Plinio el Viejo como obesidad, no es incurable”.

A continuación ofrecemos las dos mejores VERSIONES LIBRES, según fueran evaluadas por el jurado de PRO VERITATE, de conformidad con lo subrayado en el artículo 2º de las BASES GENERALES.

“Hitler demostró que no existen gordos endocrinos. Con una buena dieta y mucho ejercicio, todos bajan de peso.”

Gregorio Montijo, Madrid.

“Los gordos se trampean y por eso no adelgazan. Hitler los desenmascaró en sus campos de concentración.”

Manfredo Pirotto, Cagliari.

(Véase en la p. 10 la lista de los 78 concursantes ganadores.)



La total coincidencia de las dos versiones hizo sonreír a Gregorio. Cualquiera diría que ese otro italiano y él, se habían puesto de acuerdo en la mismísima idea, con idénticos matices. Sin duda un alma gemela. Le gustaría conocerlo. Quizá un día buscara su dirección en la lista del final y le enviara un email

SEGUNDO ENIGMA

Tal como ya se anunciara, el texto de nuestro SEGUNDO CONCURSO se divulgará el día 20 de junio; y las bases de cada concurso podrán consultarse en lo sucesivo en www.proveritate.fr

PREMIO ADICIONAL DE PERIODISMO

A partir del 3 de junio, PRO VERITATE recibirá colaboraciones de todos los interesados en enviarnos criterios, favorables o desfavorables, sobre los resultados del primer concurso en relación con el tema del hambre. Los mejores diez artículos se publicarán en nuestro sitio web www.proveritate.fr a partir del 10 de junio a las 6 a.m. Los comentarios no excederán de 4.000 caracteres con espacios. El plazo de admisión por email, cierra el 3 de junio a las 18 horas; y cada artículo publicado será premiado con 10.000 euros.

Esa tarde, Gregorio no estudió ajedrez. Leyó hasta las tres de la mañana. No pudo soltar el libro de Cecilia.

El miércoles, tras confirmar que Cecilia estaba otra vez de regreso en Alemania, pidió a don Silvestre su número y la llamó a Munich para dedicarle grandes elogios. *Nuestro hachepé* le descubría todo un universo. Siempre intuyó que los americanos no eran un ejemplo a seguir, pero no los imaginaba tan rapaces y cínicos. Si lo que Cecilia refería sobre el material desclasificado era

cierto, Eisenhower era un agente del mal, un enemigo de Dios y de la humanidad. Gregorio se avergonzaba de su ignorancia, pero ella lo tranquilizó: el 90% de los españoles de su edad estaban en idéntica situación. El triunfo sandinista del 79 ocurrió cuando Gregorio tenía 10 años y vivía recluso, avergonzado de su quijada.

–Quisiera que me prestara otros libros suyos...

Ella prometió comunicarse con una de las secretarias de su padre, para que le entregara tres trabajos suyos y un libro de Eduardo Galeano, llamado *Las venas abiertas de América Latina*.

Gregorio se leyó todo en menos de una semana. Su memoria fenomenal almacenó los contenidos de todo lo que le suministrara Cecilia, más un ensayo sobre la historia negra de los EE.UU. que compró en una librería. Se leyó también un artículo publicado por el sociólogo neoyorquino James Petras, una acerba condena al gobierno de EE.UU. por su petropiratería y genocidios en el Medio Oriente.

A Gregorio, Cecilia le inspiraba confianza y se inclinaba a creer en las atrocidades que ella atribuía a los gobiernos norteamericanos; pero su madre siempre le predicó que cuando Dios permitía la entronización del mal y la injusticia en la tierra, a veces durante siglos, nadie debía cuestionar sus designios insondables. No obstante, Jesucristo predicaba que era más fácil ver un camello pasando por el hueco de una aguja, que a un rico entrar al Reino de los Cielos; lo cual significaba, de conformidad con su infinita misericordia, que Dios amaba a los pobres y a los justos; y por eso, en esta vida terrena, debía ser lícito defenderlos contra los poderosos.

Gregorio se alegró de haber hallado a Cecilia, y de que ella razonara de ese modo.

Con Elena en la clínica, el mes de junio transcurría lánguido, inacabable. Durante la cuarta noche en soledad, Gregorio ansió tanto su cuerpo, que no pudo dormir. Dos días después, la desesperante urgencia lo tuvo a punto de ir a buscarse una mujer en la calle. Sus glándulas, renuentes a volver a la rutina de las masturbaciones conventuales, le exigían ahora, en cantidad y calidad, el

régimen de las últimas semanas con ella al lado.

Después de la operación, pasaron ocho días sin verse. Los médicos se lo prohibieron hasta tanto no confirmaran el éxito de los injertos. Durante ese lapso le exigieron total inmovilidad; al punto de prohibirle hablar y alimentarla con sueros.

Gregorio salió una tarde en busca de una prostituta, pero desistió al llegar a la planta baja. Fingió olvidarse de algo y regresó a su piso en el mismo ascensor. Ni siquiera intentó aplacarse: ya sus manos no lo satisfacían como antes.

Y se repitió que ya no le sería posible vivir sin ella.

Al noveno día de separación, fue a verla.

Cuando estuvieron solos, ella se abrió las ropas, y lo dejó que se masturbara besándole los senos, y así consiguió aliviarse, pero sólo una vez. Ella temía la entrada de algún médico.

El 12 de junio, antes de lo previsto, le dieron el alta y aquel fue el más fogoso de sus encuentros, cuando ya llevaban casi un mes y medio juntos.

El éxito de la operación la imbuía de euforia y sus monólogos de aquel primer día, resultaron bastante soportables.

–Mira

E insistía en empolvarse los pómulos, la frente, el mentón, donde se veían borradas algunas manchas poco antes muy notorias a simple vista.

–Con un poquito de polvos, ya no se ven.

Según los dermatólogos, en un par de meses, mediante un leve refuerzo del tratamiento, desaparecerían por completo todas las manchas de su cutis. Ella se forjaba la ilusión de volver al modelado facial. No todavía, claro. Su médico aconsejaba esperar un par de semanitas, para que su piel se le viera mas lúcida y fresca; y entonces, ella iría a ver a su agente, y le diría esto y lo otro, y haría aquello y lo de más allá.

La víspera de su regreso, desde la clínica, Elena reservó una mesa en Perico Chicote, donde conocía a una empleada de la administración. Gregorio no supo negarse; pero en parte, cedía también a sus propósitos de enfrentar los imperativos del mundo exterior.

Poco antes, ya tomada la riesgosa decisión de afrontar las estridencias de la vida, comenzó a salir a la calle sin sus audífonos, y lo mismo le daba padecer un *rock heavy metal* que a los más relamidos baladistas. Hasta había presenciado sin alterarse, una película en TV de Antonio Gades. Claro, Gades hacía un flamenco bastante estilizado. Otra cosa sería enfrentarse a aquellas voces rotas del cante patibulario que tanto lo turbaba, de cerca y en vivo.

Le exigiría un esfuerzo, pero lo intentaría. Si no se adaptaba, le dejaría dinero a Elena, una nota y saldría a esperar por ella afuera. Luego le explicaría sus inhibiciones. Pero si lograba permanecer hasta el final, daría un paso positivo en su plan de reeducación. Quizá un día pudiera, por esa vía, asistir a una corrida de toros; y si sobrevivía a ese máximo horror, él también se coronaría como Diógenes de Sínope, o mejor, se mandaría hacer un diploma que dijera: “Gregorio Montijo de la Torre, vencedor de sí mismo”.

En Perico Chicote, todo resultó más fácil de lo que suponía. Los airosos talles de las bailaoras, el colorido del vestuario, la magia de las palmas y el taconeo, lo entusiasmaron desde el inicio. Aquello nada tenía que ver con el dolor y miseria que le transmitían la guitarra y el cante, oídos en soledad y a oscuras. Y era también la primera vez en su vida que entre cena y tablao se gastaba casi 400 euros; pero salió eufórico. Bien había valido la pena enfrentar el miedo. Y su premio esta vez, era el paso gigantesco que diera esa noche en la comunión con su patria profunda, arábica, medieval, con sus miserias y grandezas. Adorable música, arte excelso. Por segunda vez estaba en deuda con Elena, y esa noche la amaría como nunca, con un trémolo de guitarra flamenca en el corazón. Al día siguiente se compraría unos compactos para escoger fragmentos e incorporarlos a la *Farmacopea*. Luego, cuando los oyera a solas, evocaría los trajes, las mujeres y sus poses estatuarias. Una noche formidable, triunfal, de puta madre, por qué no.

Durante los tres días siguientes, Gregorio se vio arrastrado a desfiles de moda, y a restaurantes y *night clubs* de postín. Y puso toda su voluntad en complacerla y adaptarse; y a diario confirmaba, con tristeza, que ella no mostraba el menor interés por su carrera ajedrecística, ni por el inminente segundo concurso de enigmas que él le anunciara para el 20 de junio; y cuando intentó hablarle de la inicua guerra contra Irak, ella soltó un bostezo y fijó su atención en las ropas que vestían las damas de las mesas vecinas.

—¿Te estoy aburriendo?

—Lo que ocurre es que no sé nada de política, y de Irak no entiendo ni jota.

Otra noche, en casa de ella, discutieron porque Gregorio la invitó a una concentración en la Plaza de España, para protestar contra el envío de tropas españolas a Bagdad.

—No, tío, no. ¿Te has vuelto loco? Lo único que me faltaba es que ahora me saquen por la TV gritando contra el gobierno.

Formaron una disputa y él, de todos modos, se fue al acto. Para su gran sorpresa, salió dando el primer portazo de indignación en su vida.

Tras otra breve separación, derrotado por la inagotable exigencia de su cuerpo, Gregorio se propuso un nuevo intento de convivencia y regresó al piso de ella.

Desde el primer día trató de estudiar ajedrez pero fue imposible. Ella lo interrumpía, hablaba y no daba tregua. Llegó un momento en que él le llamó la atención malhumorado, y le pidió silencio.

–Ay, discúlpame, pensé que sólo estabas jugando.

Gregorio se sentó a detallarle lo que el ajedrez significaba para él. Por ese juego había abandonado el sacerdocio. Era lo que más amaba en este mundo; y él eliminaría de su vida a cualquier persona o circunstancia que le impidiera cultivarlo, estudiar y participar en torneos.

Ella se asustó mucho y prometió dejarlo jugar.

–¡Estudiar! – le rectificó él, casi con un grito.

Le enfatizó que esa era su única forma de vida; y ya que estaban en eso, si ella quería verlo sereno y feliz, debía prometerle cooperar, procurarle silencio, no interrumpirlo cuando lo viera inclinado sobre su *laptop*, o sobre una revista de ajedrez; y más importante aún, debía prometerle no volver a formar broncas ni escenas de celos si él quería asistir a una concentración, conferencia, acto político o cualquiera de esas actividades aburridas que ella detestaba. En lo adelante no la invitaría. Iría solo.

Elena, que hasta entonces no lo oyera levantar la voz ni alzarle las cejas, comenzó a andar casi de puntillas; pero le duró muy poco. A los dos días volvió a hacerse demasiado notoria. Si no canturreaba, producía ruidos en la cocina, en los cuartos, tumbaba cosas; y en cuanto lo veía alejarse un momento del ordenador, lo abordaba de inmediato para verificar si todavía la seguía queriendo, si no la iba a dejar. No le permitía un segundo de reflexión a solas; y lo peor, le contagiaba su ansiedad.

Entretanto, durante los últimos días, cada vez que Gregorio salía por varias horas para ir a sus compromisos ajedrecísticos, o a casa de don Silvestre, ella insistía en llevarlo y en ir a recogerlo en su coche. Aducía hallarse desocupada y disfrutar el revoloteo en su entorno. No entraba a los lugares, pero cuando pasaba a recogerlo, llegaba con bastante anticipación y lo esperaba junto al coche, fumando nerviosa. Eso le creaba a él situaciones de zozobra; lo distraía, le restaba concentración en sus partidas; y aunque de una parte lo enternecía verla correr a echarse en sus brazos con la pasión del amor recuperado, su indeclinable y superfluo ajeteo no le añadía ninguna comodidad. Al contrario.

Mientras manejaba, ella no paraba de hablar y le exigía atención, quería que

la aconsejara sobre su hijo, su trabajo, su futuro...

–Y hoy ¿cómo me ves el cutis?

Él, que desde su salida de la clínica lo veía igual, se desesperaba.

¡Por Dios...! ¿No se callaría nunca?

De pronto se preguntó cómo sería la convivencia con Cecilia. Tener al lado una mujer tan instruida e inteligente debía de ser delicioso.

¿Y si después resultaba también un loro como Elena?

No. Imposible que una mujer tan inteligente dijera tonterías.

¿Y como hembra?

No derrochaba esa belleza de parar el tránsito, pero poseía una excelente figura y facciones agraciadas. Sin duda era una mujer guapa; y a juzgar por su temperamento, en la cama debía de ser fogosa.

En sus divagaciones, terminó por desnudarla. Ella, lasciva y silente, se dejó saborear los senos.

Gregorio se preguntó si los aberrados que se compran muñecas de goma en las *sex shops*, no serían víctimas de mujeres que daban la lata. El propio celibato de Elena, una beldad tan apetecible ¿no sería también consecuencia de su blablá, que ahuyentaba a los tíos?

Claro, no era su caso. Él no huiría de la única mujer que se le mostrara enamorada en sus treinticuatro años. Él no era un tío normal, capaz de conseguirse otras. Lo de Elena con él, era resultado de las circunstancias, de aquellos orines providenciales, y de que ella no tenía reparos con su fealdad.

No: imposible renunciar a la gloria de su sexo. Verborreica, apolítica, superficial, insegura, madre de un monstruo (¿teratópara? ¿cómo se diría?), Elena era para él LA mujer, todas las mujeres, la única.

No tenía opción: gárrula y superficial, se la aguantaría. Viviría con ella.

Pero tenía que regimentar la vida de ambos, para que no le estropeará su intimidad ajedrecística ni su vocación por el silencio.

La crisis llegó a su primer clímax el martes 17, cuando él le anunció una tarde que se ausentaría para jugar con un amigo catalán de paso por Madrid.

–Yo quiero ir contigo.

–No -dijo Gregorio-. Si te tengo cerca no voy a poder concentrarme y de seguro que pierdo.

–Entonces te recojo cuando termines y nos vamos por ahí a cenar juntos.

–Es que no sé a qué horas vamos a terminar; y además, Jordi me ha invitado

tantas veces que ahora...

–¿Ahora qué?

–Pues ahora, que por primera vez en mi vida tengo dinero, quisiera retribuirle sus atenciones y llevarlo a cenar a un buen lugar...

–¿Y no puedo ir yo?

–Es que a nosotros nos gusta hablar de ajedrez, y si estás tú...

–Sí, sí, claro, ya comprendo, soy un estorbo y no te importo un comino.

–Pero, mi amor, no seas así: todos estos días hemos cenado en restaurantes de tu gusto y hemos ido a locales nocturnos...

–Pero hoy prefieres dejarme sola por irte con ese catalán de los cojones. Era demasiado.

–Pues sí, Elena; en el especialísimo día de hoy, en que un amigo querido a quien no veo hace tiempo, me invita a jugar y a hablar de ajedrez, que es mi mayor interés en este mundo, te confieso que sí, que prefiero salir con él y no contigo.

No tuvo tiempo de arrepentirse.

Ella lo despidió incontinenti. Le recogió enfurecida sus trastos del cuarto y del baño, los embutió en una maleta que le arrojó a los pies, y con un portazo se trancó en el dormitorio.

Gregorio se entristeció. No estaba entrenado para salir ileso de una reyerta amorosa. E ignoraba que por miedo a que las dejen, muchas mujeres inseguras prefieren odiar al amante ingrato, atribuirles mezquindades y defectos, para olvidarlos cuanto antes.

Tras perder su partida con Jordi, a Gregorio le fue imposible discurrir sobre temas ajedrecísticos. Después, durante la cena y en la sobremesa, simuló escuchar al catalán, pero su única participación en el diálogo fue de silencio, indefinidas muecas y monosílabos. Por fin, ante una inquietud de Jordi, Gregorio adujo no sentirse bien, y le echó las culpas a una paella de la que comiera con exceso. Total, que se despidieron mucho antes de lo previsto.

Cuando Gregorio llegó a Chamartín, no eran todavía las once.

Durante el trayecto en taxi, creció su arrepentimiento por la brusquedad con que se impusiera a Elena...

Al oírlo en su departamento, doña Soco le tocó a la puerta para entregarle un billetito que Elena le dejara en un sobre.

Él lo abrió con miedo, pero se tranquilizó al leerlo:

“Perdóname, perdóname, perdóname.
No volverá a suceder. Te amo.”

Media hora después, Gregorio volvía a disfrutar los deleites de la reconciliación erótica; y esa misma noche regresó con sus petates, para un nuevo intento de convivencia. Ella le arregló lo que llamaba el cuarto de Pedrito, que ahora se convertiría en su estudio. Y juró que cuando él se encerrase allí, ella no violaría por nada del mundo su intimidad; pero necesitaba saber que él estaba en la casa. Eso le daba un calorillo grato en el pecho. Sin embargo, al cabo de dos días, tras varios intentos por convencerse de que era una sensación momentánea, Gregorio tuvo la certidumbre de que la sola presencia de Elena en la casa lo turbaba. Aunque no hablara, aunque guardara silencio, lo turbaba. No lograba abstraerse en las partidas. Pese a darse cuenta de que se comportaba como un psicópata, no intentaba evitarlo. Llegó al colmo de aguantarse y no ir al baño, o a la cocina, o a fumar en el balcón, porque sabía que ella dembulaba por ahí al acecho para retenerlo con cualquier pretexto.

Gregorio sacó la cuenta de que sólo llevaban juntos cincuenta días; y pasado el embeleso de las dos primeras semanas, Elena lo agobiaba. Fuera de la cama, nada tenía que ver con él.

Esa noche la pasó muy inquieto a la espera de que Pro Veritate publicase el segundo enigma, anunciado para el día veinte. En la mañana del viernes se levantó muy temprano para comprar el periódico donde, en efecto, aparecía el texto del enigma, que al cabo de una rápida lectura se figuró difícilísimo.

Ni comparar con el primero, que dilucidara a primera vista. En un bar cercano a su casa, leyó varias veces el texto:

2

**algunos DISCÍPULOS DE UN PERSONAJE CON LAS PRIMERAS
CUATRO LETRAS DE SU NOMBRE IDÉNTICAS A LAS DEL
NOMBRE DE UN GENERAL TRISTEMENTE VICTORIOSO,**

3

**el CONCURSO DE EXENCIÓN TRIBUTARIA
FALTANTE (y) NO CONGÉNITA**

4

no es una natural

DESTRUCCIÓN DE LOS TALLOS

5

**sino una medida
PROPIA DE AQUEL ECONOMISTA INGLÉS AUTOR DEL
CÉLEBRE PESAJE SOBRE LA PRIMERA CABEZA de la población,**

6

**verdadera MÁQUINA CUYO NOMBRE DERIVA DE LA MISMA
RAÍZ QUE LA DEL ZUMBIDO DE LA CLAQUE NERONIANA,**

7

TAN DEMIÚRGICA y selectiva,

8

**como la de PARTECITAS CONSTITUTIVAS DE LOS HUESOS DE
LOS INDIVISIBLES CARENTES DE CARGA AMBARINA.**

Gregorio supuso que entendía los fragmentos 1, 2 y 4, pero del resto no entendió nada. Eso lo deprimió mucho, pero no se dejó descorazonar; y tal como reaccionaba ante los más difíciles problemas de ajedrez, lo dejó en remojo un par de horas.

A las 10 de la mañana, cuando llegó a casa de don Silvestre, que se había olvidado del concurso, Gregorio le mostró el periódico; pero ninguno atinó a encontrar sugerencias que interpretasen el significado del “concurso de exención tributaria”, ni tampoco lo del “economista inglés” con su obra de disparatado título. Tras una media hora de darle vueltas a ambos puntos, Gregorio se propuso echarles un último vistazo por la tarde, y de momento prosiguió con la lectura de Juvenal. Hasta las 18:00 horas tenía tiempo de enviar su respuesta a París.

Ya de regreso en Chamartín, estuvo otras dos horas encerrado en su cuarto hasta que se dio por vencido. Aquellos dos fragmentos le resultaron intransitables. Determinó no insistir y cogió el último libro de Cecilia: *Las mil y una mentiras*, del que cada relectura le aportaba algo nuevo. Más tarde interrumpió la lectura para reflexionar sobre el contenido de un fragmento, y volvió a admirarse de la capacidad analítica de Cecilia.

A las cuatro, Elena le golpeó para decirle que la comida estaba lista. Joder,

qué inoportuna.

Incansable en su deseo de atenderlo y halagarlo, Elena había decidido preparar tomates rellenos, que él adoraba. Cogido del brazo, se lo llevó al comedor y le mostró una fuente con ocho tomates.

–Con quince minutos de horno, ya podremos comerlos -anunció.

Sobre la mesa ya montada para dos en la amplia cocina, lo esperaban también unas tapas de calamares rebozados y una *Mahou* helada.

Él reconoció la botella de su marca preferida y a pesar del mal humor, se esforzó por mostrarse agradecido.

–¡Qué linda sorpresa! – le sonrió, y apuró un primer vaso casi hasta el fin. Al terminar, hizo una mueca de gran complacencia.

Ella fue feliz al verlo sonreír y le dio un beso.

Era el hombre de su vida, bueno, puro, fiel, que no era presumido, mentiroso, violento ni mandón; que no pretendía sacarle ningún provecho; al contrario, siempre muy desvelado por sus necesidades. Era, sobre todo, el salvador de su piel, con sus orines primero y después con la fortuna que le obsequió para la operación. Y sin ser rico, por amor, le había entregado aquel montón de dinero. Era sin duda el hombre que ella deseaba como pareja desde su adolescencia.

La estimulaba tanto verlo contento...

Antes de poner la fuente de los tomates al horno, él quiso probar el relleno.

Lo halló exquisito y volvió a sonreírle agradecido.

Mientras masticaba, ella comenzó a hablar de su disgusto con una amiga; y de la ropa que iba a usar el sábado durante la fiesta en casa de don Silvestre; y de sus razones para usar este y no aquel peinado; y a proponerle la acompañara al día siguiente al Corte Inglés, donde viera unos zapatos de ensueño que irían de perillas con sus ropas.

Gregorio no la oía. Deprimido por su fracaso con el segundo enigma, deseaba estar solo y se dedicó a concebir un pretexto para escabullirse en cuanto terminaran de comer. No fuera que ella iniciara otro inacabable monólogo de sobremesa.

Poco después, de pie en la cocina, cogidos de la mano junto al refrigerador, ella le relleno su vaso de cerveza y pronunció aquellas palabras fatales...

–Qué cosa tan sublime es estar enamorados como dos adolescentes ¿verdad corazón mío?

¿Cosa sublime?

Su irritación fue inmediata.

Él la quería sí... Pero...

¿Estar enamorados como dos adolescentes? ¿Como en las películas?

En su caso no era verdad.

O lo era a medias, a tercias, a cuartas...

Tal como ella lo expresaba, no era. De eso estaba seguro. No con aquella cara de película en blanco y negro.

¿Debía dejarle pasar semejante cursilería?

No, no debía.

¿Por qué no haberse liado mejor con una mujer inteligente, como Cecilia, que no dijera estupideces?

No le importó que Elena expresara un sentimiento sincero.

–Yo no estoy enamorado de ti -le soltó a quemarropa.

Ella no abrió la boca. Le dio la espalda, para ocultar sus lágrimas con el pretexto de enjabonarse las manos bajo el grifo.

–La verdad es que te quiero muchísimo -se apresuró a decir él para desfacer el indefectible entuerto-. Eres un gran hallazgo en mi vida, pero lo que se dice estar enamorado, no lo estoy... No me gusta mentir ¿sabes?

Siempre de espaldas, ella se agachó para colocar la bandeja de los tomates, y se demoró en elevar un poco la temperatura del horno mientras daba tiempo a que bajara su propia temperatura emocional.

“¡Mira con lo que me sale ahora este hijoputa!”

Era como todos.

Ella le había enseñado a follar y ahora él era Superman, ya no la amaba, y le decía aquella crueldad como si nada.

Se arrepintió de haberse desvivido por atenderlo, de acondicionarle el estudio, de pasarse todo ese día de puntillas, centinela de su silencio, yendo a buscarle su cerveza, cocinándole sus tomates de los cojones... ¡Qué estúpida!

8

HAMBURGO

10 de junio del 2003

Hans Wittenberg solía llegar a su casa sobre las 6 de la mañana, en que se ponía a navegar por **Internet** hasta las 7. A esa hora se despertaba Ingrid, a quién él acompañaba durante su desayuno en la cocina. Él bebía entonces una cerveza y fumaba un cigarrillo. Pero ese lunes, 10 de junio, salió de la redacción mucho antes. Eran sólo las 4 de la mañana y le apetecía un cognac.

Pese al inminente verano, en Hamburgo persistía un intenso frío mañanero. Hans dispuso beberse el cognac con Giorgio, cuya célebre trattoria de la Davidstrasse cerraba a las 5, pero mientras el personal limpiaba el local y la cocina, *il padrone* atendía a sus amigos personales en el bar, hasta las 7 de la mañana. Giorgio Cuneo, aunque hijo de un genovés, había nacido en Hamburgo, y a Hans lo conocía desde la adolescencia, cuando ambos jugaban en el F.C. St. Pauli

El día 3, Hans envió a Pro Veritate una nota sobre el primer concurso. Respondía al llamado de fines de mayo, en pos de colaboraciones por las que ofrecían 10.000 euros de recompensa. Y ahora le urgía sentarse ante su computadora e indagar qué reacciones habría provocado aquella locura de regalar 12 millones de euros a 78 concursantes, por desentrañar un estrambótico galimatías. No era que los 10.000 euros del premio le quitaran el sueño. Al contrario, fresco o cansado, preocupado o no, Hans se dormía a los 30 segundos de haber puesto su cabeza sobre una almohada. De otra parte, su artículo, muy crítico y sin ninguna simpatía por los resultados del primer concurso de enigmas, de seguro no ganaría un centavo.

Las versiones premiadas le provocaron mucha indignación, compartida por algunos de sus compañeros en el periódico; y al escribir sus artículos de censura, no lo animaba sino el deseo de desahogarse un poco. Le salió de un tirón y lo envió sin ninguna esperanza de recompensa.

Lo único que lamentaba, por falta de cultura clásica, era no participar en el concurso de los enigmas. De los cuatro semestres de latín y dos de griego que recibiera en el *Gymnasium*, no recordaba nada.

Por cierto, el concurso de enigmas causó un considerable revuelo en el mundillo cultural. Si lo que Pro Veritate pretendía era visibilidad en Europa, la había ganado. ¿Cómo no ganarla con semejante derroche de dinero, botado a manos llenas?

Al otro día del fallo, muchas páginas culturales de relieve, según él viera por **Internet**, se hacían eco del concurso. Lo mencionaba hasta el **New York Times**;

y también otros medios norteamericanos, australianos y de América Latina. El tono general de los críticos literarios mostraba una cauta agresividad, a veces burlona y despectiva. Un articulista los tildó de “millonarios a la caza de notoriedad”.

Esa madrugada, Giorgio y varios compinches celebraban un triunfo futbolístico alemán; de modo que el cognac sencillo de Hans se convirtió en tres (y uno doble por la casa). Gracias al ambiente festivo de la *trattoria*, Hans llegó a la Schanzenstrasse a las 7:15 cuando ya Ingrid caminaba rumbo a los elevados del Metro. Él le tocó bocina y ella se volvió con una sonrisa.

–Felicidades -y se agachó para darle un beso-. Vi en *Internet* que te ganaste el concurso.

Él lanzó un silbo de perplejidad que poco a poco se convirtió en sonrisa y por último en un puñetazo de triunfo, lanzado al aire por la ventanilla del carro.

–Móntate, te llevo a la estación; o mejor, quédate conmigo -le propuso, seguro de que Ingrid no aceptaría-. Somos ricos. Vamos a celebrarlo.

–Imposible -dijo ella.

–Entonces te invito a almorzar en *La Réserve*...

–Mejor invítame a cenar. ¿Los lunes no tienes la noche libre?

En eso quedaron.

En cuanto Hans llegó a su casa, destapó una cerveza, se abalanzó sobre la computadora y llamó el sitio web de Pro Veritate. Con fruición leyó, ante todo, su propio artículo.

CARTA DE UN LECTOR INDIGNADO.

Hace unos días tuve el desagrado de leer en este mismo sitio los sorprendentes resultados del CONCURSO DE LOS CUATRO ENIGMAS, propiciado por la misteriosa institución Pro Veritate.

Aparte de sus enigmas, yo quisiera que los señores organizadores me revelaran un quinto; porque resulta enigmático imaginarse el propósito de gastar millones de euros en promover un concurso tan banal y poco ético.

¿Qué pretenden?

Tras premiar con más de 153.000 euros a 78 concursantes, escogieron para publicar como ejemplo de “versiones sintéticas”, dos infames burlas a una de las mayores iniquidades de nuestros tiempos. ¿Pretende Pro Veritate reírse de los padecimientos, muerte masiva en los crematorios, o por inanición, de los prisioneros en los campos de concentración hitlerianos? ¿No les parece, entretanto, un poco reductivo ver en la figura de Hitler nada más que un inspirado dietólogo?

Hans Wittenberg

(hijo de un sobreviviente de Buchenwald)

Schanzenstr. 115 / 2000 Hamburg 36

Hans buscó los otros artículos. Según se daba cuenta al inicio, Pro Veritate había recibido 1.320 colaboraciones y, tal como anunciara, premió y publicó las 10 mejores. En realidad, nada muy original. Pero llamaba la atención que fuesen notas tan desfavorables. Tres de ellas, como la suya, criticaban el cinismo de relacionar a Hitler y sus monstruosos *Lager* con el tema de las dietas y los gordos. Dos articulistas consideraban una arbitrariedad académica y elitista, limitar la participación a concursantes políglotas y eruditos en filología clásica. Otros entendían que los 12 millones de euros despilfarrados en cada concurso, eran una ofensa a los hambrientos de este mundo. ¿Por qué no donaban los millones para paliar el hambre de los niños africanos, en vez de derrocharlos en su pamplina de los concursos?

Uno de los artículos despotricaba contra la banalidad del enigma y el humor vulgar que animaba a los organizadores del concurso; y sólo dos, por cierto los más literarios y elegantes, elogiaban el haber puesto el acento en la cultura grecolatina, como clave para el conocimiento de la verdadera cultura de Occidente. De algún modo ambos insistían en la vieja tesis decimonónica sobre la imposibilidad de proyectarnos hacia el futuro sin un buen conocimiento de nuestras raíces; y, por supuesto, en la noción de que la cultura occidental comienza en Grecia. Algo retóricos ambos, y en franco contraste con el resto. Pero, contra lo que Hans supusiera, Pro Veritate no se molestó en responder a ninguna de las acusaciones recibidas por banalidad, desperdicio, humor negro y academicismo.

¿Qué rayos pretenderían?

Al principio, Hans supuso que las desmesuradas recompensas a los ganadores del primer enigma, y la divulgación de aquellas dos versiones sintéticas tan cínicas, debían provenir de gente de derechas; pero ahora, la publicación de estos artículos, entre ellos el suyo, lo ponían en dudas.

Procedían de forma muy contradictoria.

¿No serían, al revés, gente de izquierda o ecologistas locos?

Tal vez el cinismo y humor negro fuesen deliberados, para provocar indignación en torno al tema del hambre y azuzar una campaña contra la reacción mundial...

La reciente guerra de Irak sensibilizaba e indignaba al mundo contra los EE.UU., cuya intolerancia y amenazas a los que no respaldaran su política exterior, crecían por días.

¿Y de dónde sacarían su dinero los de Pro Veritate?

Nada: por ahora era muy difícil adivinarles las intenciones.

Hans volvió a alegrarse de aquellos segundos 10.000 euros que le regalaban los muy locos o muy cuerdos, muy derechistas o izquierdistas de Pro Veritate. Porque de algo eran muy muy; y lo más probable era que hubiese uno, muy millonario como el personaje de Julio Verne que financiara su juego de la oca a escala planetaria.

Decidido a indagar un poco sobre los demás periodistas, buscó las instrucciones al respecto y se enteró de que debía dar clic en las casillas laterales 3 y 7.

Qué brinco tan grande había dado la chismografía con **Internet**. Cada día, Hans Wittenberg se maravillaba de que la reacción mundial no la hubiese desactivado ya.

9

ATENAS

Mayo – Agosto del 2003

Abdel seguía inconsolable. Una y otra vez maldijo su desgracia de haber perdido a Oscar y de vivir con una mujer anodina, entre gente retrógrada.

Los primeros cinco meses soportó su nuevo estado con laudable resignación. Desde el primer día se repitió que gracias a aquel matrimonio, su familia se libraba de la ruina; pero al sexto mes vio con deplorable claridad su situación. Sí, era el salvador de su familia, pero a costa de enterrarse en vida; y con el agravante de que la bonanza de Alí Al-Megrahi duraría poco, porque vuelto con seniles bríos a sus ágapes de poesía, hachís y odaliscas, muy pronto se arruinaría por tercera vez. ¿Era justo inmolarsse a los 25 años en aquella vida detestable?

Imposible amar a Leila, tan bella y átona como una cítara sin cuerdas. Abdel se daba plena cuenta ahora de lo que Oscar significaba en su vida. No era sólo él, su camaradería y generosidad; era también su mundo cosmopolita, entre artistas de izquierda, seres desprejuiciados, elegantes, cultos. En los últimos días, en aquel agujero de Bengasi donde bajo la férula de Abdullah se recitaba el Corán o se hablaba de compraventas, creyó muy en serio que su lucidez le fallaría de un momento a otro.

—¿Y de qué te ocupas? ¿Trabajas en algo?

Abdel pasaba ocho horas diarias en la textilera del suegro, que de algún modo era su único oasis. Le habían cedido un pequeño despacho con vistas sobre una pradera, donde sólo se le exigía escribir de vez en cuando alguna carta para clientes del exterior y navegar por Internet en pos de temas y datos que pudieran interesar a los negocios familiares. Pero todo sin presión ni propósitos muy definidos y con la posibilidad de atiborrarse de lecturas en inglés y en griego. Otro alivio en su sórdida cotidianidad, eran los dos días quincenales pasados en Trípoli para cumplir gestiones comerciales y bancarias de la textilera. Allí vivían un par de amigos de la infancia, y por lo menos durante dos noches se acostaba tarde, fumaba narguilé, oía música sensual, bebía un poco de vino a escondidas; aunque al cabo de tantos años con Oscar, le era difícil hallar atractivos en sus coetáneos.

—Lo único bueno que me sucedió en estos ocho meses fue el viaje a Italia.

—¿Me pregunto que habrás hecho para que Leila te diera esas vacaciones?

—Tuve que engatusarla un poco -sonrió

Y le contó haber descubierto el sitio web de una agencia inmobiliaria inglesa con oficinas en Londres, Hamburgo y Estocolmo, la *Southern Property*, dedicada al corretaje de propiedad raíz en el ámbito mediterráneo. Abdel conocía

ya la firma, que tenía un subagente en Atenas; y por lo visto, ahora habían inaugurado un sitio web. Entonces se le ocurrió la posibilidad de reeditar sus éxitos del Egeo. ¿Por qué no? Quizá sus habilidades funcionaran en la vecina Italia, con capital del suegro.

Y dado el gran ascendiente de Leila con su padre, Abdel le propuso servirle de mediadora, con la promesa, para cuando el negocio ya estuviera en marcha, de viajar con él a Europa como su ayudante. Leila mordió el anzuelo y convenció al viejo sin ningún esfuerzo, porque la propuesta sintonizaba con su plan de inversiones inmobiliarias en Europa. Abdullah ya había invertido casi dos millones de euros en viviendas y fincas rurales, y aspiraba a invertir otros cuatro, remanentes de lo obtenido por la liquidación de un latifundio sembrado de olivares, con una fábrica de aceite anexa.

Tikrit también aprobó la propuesta de inmediato, y le confesó a su padre que él ya había previsto ese negocio, como una excelente forma de sacarle alguna tajada al conocimiento y buen gusto arquitectónico de Abdel; pero no se atrevió a proponerlo porque suponía que su hermana pondría el grito en el cielo, y celosa como era, se enfurecería contra él por privarla de su marido. Y Tikrit, como todos en su familia, creía a pie juntillas que Abdel había pagado a su padre, por la mano de Leila, una dote de 50.000 euros; y que en Grecia se ganaba la vida asesorando la compra de viviendas ruinosas para las que luego diseñaba restauraciones a tono con los gustos de moda en el Norte de Europa. La historia era cierta hasta un punto, pero no en cuanto al monto de las comisiones, muy infladas primero por Alí para convencer a Abdullah de la prosperidad de su hijo en Grecia y así vendérselo más caro, y luego por el propio Abdullah, para presumir en Bengasi de lo caro que había cobrado el matrimonio de Leila.

El 17 de mayo, tras haberse comunicado con un subagente de *Southern Property* en Reggio, Calabria, Abdel se enteró de que la firma disponía de una cartera con treinta y cuatro ofertas sólo en Sicilia, y la mitad de ellas sobre el litoral del Estrecho de Messina. Y mucho lo estimuló el saber que doce de esas propiedades habían sido declaradas inhabitables, dado el estado muy precario en que se hallaban; y que otras cinco eran ruinas completas, de las que sólo quedaban los cimientos antiguos y a lo sumo un par de muros. Para cada oferta, el subagente disponía del certificado de *concessione edilizia* con el *nulla-osta*[\[16\]](#), tramitado ante la *Sovrintendenza ai Beni Archeologici ed Architettonici* y refrendado por el pertinente *Ufficio edilizia del Comune*, que

autorizaba a construir sobre una ruina o a restaurarla.

Si Abdel se presentaba en Reggio y alquilaba un vehículo, el agente lo acompañaría por toda Sicilia para mostrarle lo que él deseara.

Abdel salió para Sicilia, con idea de recorrer el litoral del Estrecho desde Messina a Siracusa. Quizá detectara algo que valiera la pena comprarse; y sobre todo, que justificara demorar siquiera un mes su estancia fuera de Libia, lejos de los ardores de Leila; y del sonsonete y las babas del cuñado ubicuo y rezandero; y de los mohos y telarañas que estaba criando su cerebro en aquella ratonera adonde lo condenara su amor filial.

De Trípoli a Roma, voló abrumado por la nostalgia. No había dejado de añorar a Oscar un solo día; y ahora, al sobrevolar el Mar Jónico, tan evocador de las egeas aguas, creció su impulso de verlo siquiera una vez más, aun al riesgo de que ya tuviese otro amor.

Mucho se temía haberlo perdido para siempre.

En Roma debía esperar su conexión aérea con Sicilia durante hora y media, que dedicó a curiosear en las tiendas de ropas y calzado. Luego se demoró en una librería donde acopió varios títulos en inglés. Cuando estaba pagando en la caja, unos altavoces vecinos irrumpieron con un estridente anuncio en griego, para convocar la lista de espera de un vuelo a Atenas.

Atenas, Atenas...

Impelido por un mandato irracional, hurgó en su portafolios y comprobó que aún no había caducado su carnet de residencia temporal en Grecia; y como el obeso que tras un año de heroísmo dietético claudica ante una pizza policroma, cuyo olor a *mozzarella* y *peperoni* se le cuela por las narices hasta el alma, y ya vencido por la gula cierra los ojos y se apresura a hincar el diente, Abdel se acercó a los mostradores de *Olympic Airlines* y compró un Roma-Atenas-Roma, clase turista.

Tres horas después, en el aeropuerto Eleftherios Venizelos cogía un teléfono y se enteraba por el contestador de que Oscar se hallaba en Londres. Le temblaron las piernas y se le aceleró el pulso. No obstante, al cabo de varios llamados dio con Warren, un amigo de Oscar que le informó sobre su paradero.

Por la noche logró hablar con él.

–Quiero verte, necesito que...

–¿Todavía me quieres?

–Con desespero, Oscar -y se le escapó un sollozo.

Cuando logró controlar la voz, muy de prisa le resumió su *im promptu* en Fiumicino; el arrollador impulso de verlo sin valorar las consecuencias; y le dio

cuenta de su necesidad de 70.000 euros para librarse del maldito *muakhar*; porque de no conseguirlo, cualquier día incurriría en alguna barbaridad.

—¿Cuál barbaridad?

No le respondió. Siguió llorando y balbuceando que ya no resistía la vida sin él; y todo indicaba que ya no volverían a estar juntos. No existía alternativa; porque si abandonaba a Leila, Alí terminaría en la cárcel; y Abdel era incapaz de deshonorar a su familia.

Oscar le pidió que esperara un par de días su regreso a Atenas. Juntos estudiarían la situación y decidirían algo con calma.

En ese momento, Oscar no tenía ninguna solución que ofrecerle, ni nada en perspectiva. Ya había regalado su herencia de 35.000 libras; pero a él también lo oprimía una desesperante necesidad de ver a Abdel, mirarlo al fondo de sus ojos negros y comprobar que en efecto, el muchacho lo seguía amando.

Convinieron encontrarse en Atenas el día 20. Después de aquella conversación, Abdel recuperó un poco su ánimo. Quizá la calma propuesta por Oscar tuviese algo que ver con alguna solución que él avizoraba. Quizá la herencia...

Mientras esperaba el regreso de Oscar, Abdel se instaló en un buen hotel y alquiló un auto para visitar lugares queridos, asociados todos al recuerdo de Oscar, su único y gran amor. Fue a Delfos; desde allí bajó a Olimpia, y por el Peloponeso siguió hasta Kalamata, patria de excelentes olivas negras, y adorada por los amantes del *mavraki*, el mejor hachís del mundo. Manejar por carretera, a alta velocidad, lo apaciguaba un poco. Era como si acelerara el tiempo de la espera.

En cuanto a gastarse el dinero de su suegro, lo tenía sin cuidado. Le mentiría y listo. Le urdiría que tras haber visitado el Estrecho, ninguna de las propiedades vistas merecía la suma reclamada.

Ya en Atenas, Abdel vio nacer una esperanza cuando Oscar le confirmó haber cobrado, en efecto, una herencia materna de 35.000 libras. Pero a los dos segundos, al enterarse de que hasta el último penique había beneficiado a un montón de borrachitos, Abdel se entregó al desconsuelo y renovó su cantilena: vivir sin Oscar ya no le era posible; y si no devolvía el dinero del matrimonio, su única salida era morir. Fingiría un accidente. En el mismo coche que alquilara, iba a estrellarse contra un árbol o se despeñaría en algún camino de montaña.

Oscar lo oyó con calma. Sabía muy bien lo difícil que era matarse; y estaba seguro de que Abdel ni siquiera lo intentaría; pero decidido a serenarlo, optó por seguirle la corriente.

–Está bien: moriremos juntos.

Abdel le dirigió una mirada de sorpresa y alarma; y para evitar que leyera la verdad en sus ojos, optó por abrazarlo y llorar sobre su pecho.

De momento, Oscar daría largas al asunto; y en el acto concibió un plan mínimo para la supervivencia de esos días.

En primer lugar, necesitaba tranquilizar al muchacho, y en lo posible disfrutar del reencuentro hasta conocer los resultados de Pro Veritate. Comenzó por reiterarle su disposición a morir abrazado de él, pero sólo si le fallaba una gestión que iba a iniciar al instante.

–¿Una gestión?

–Sí, para conseguir de un plumazo los malditos 70.000 euros.

Oscar se puso en pie de un salto, encendió la computadora y buscó en un archivo donde tenía direcciones internacionales, el número de una librería londinense cuyo dueño, un tal Richard, era su viejo amigo.

Ante la boquiabierta e ilusa mirada de Abdel, tecleó un número con el pulgar y esperó un instante

–Hola, Rich, soy Oscar Abercromby...

Abdel encendió un cigarro y se quedó mirando a Oscar, muy intrigado, ansioso.

–Te llamo para pedirte una cita: necesito verte cuanto antes.

Oscar hablaba de pie junto a Abdelkader, que ahora fumaba sentado sobre el borde de la cama. Con el celular en una mano, Oscar comenzó a acariciarle la nuca mientras decía:

–Es una historia larga, Rich, con muchos matices, y quiero contártela en persona. Sólo dime cuándo vernos... Sí sí, ahí, y cuanto antes, por favor.

Abdel comenzó a devolver las caricias de Oscar, por los muslos y la entrepierna.

Oscar sonrió. La reacción de Abdel le demostraba que había dado en el clavo. Y agradeció una vez más a Jenofonte aquel pasaje de la *Ciropedia* donde dice: “A veces se sufre más por el miedo a un dolor inminente, que ante el verdadero dolor cuando se presenta”.

Yes, el *old boy* Jenofonte tenía razón.

Desde que leyera aquella reflexión, cuando todavía era un adolescente, Oscar se impuso no admitir sufrimientos por anticipado. Se mantendría imperturbable hasta que llegase la verdadera hora del miedo... Y de momento, ya tenía bastante con sus recientes padecimientos por Abdel. Tras llorarlo y soñar con él durante ocho meses, ahora lo tenía a su lado y quería disfrutarlo.

—Okay, Rich, espérame el 27 ó 28... Sí sí, en mayo, yo te llamaré apenas llegue.

Y en cuanto colgó, se dejó gratificar por completo de su amado Abdel.

Oscar improvisó con maestría. Fingió haber llamado a Richard Abercromby, por cierto un tipo muy solvente y primo hermano suyo. Abdel lo conocía en persona. Se vieron una noche en un lujoso restaurante de South Kensington adonde Rich los invitara a cenar. Desde que Oscar era casi un niño, Rich le daba muestras de simpatía. Él también era gay, pero vergonzante, y carecía de valor para asumirse ante su familia y la sociedad británica. Cuando a los 14 años, Oscar publicara mediante carbón en las paredes su condición de homosexual, ya Richard alcanzaba los 30, estaba casado y con dos niñas; pero al ver a Oscar enfrentado a su terrible progenitor, admiró su valentía y, en secreto, se alineó de su parte.

A principios de los 70, casi ningún miembro de las altas clases británicas se atrevía, como ocurre hoy, a reconocer su condición de gay; y si bien Cambridge era ya la sede notoria de una aristocracia homosexual, nadie se había manifestado hasta entonces de forma tan abierta como él. Sin ningún menoscabo de su dignidad, Oscar se pavoneaba en público, con la agresividad de quien milita en favor de una causa revolucionaria; y durante los días difíciles que siguieron a su expulsión de Cambridge, Rich le volvió a brindar solidaridad y apoyo económico.

Pero Oscar no habló por teléfono aquella tarde con Rich Abercromby. Habló con Rich Browning, dueño de un rastro de libros viejos en Charing Cross, con quien Oscar sostuviera en su juventud un breve *affaire* amoroso, y después, una duradera relación de amistad y confianzas. Y a ese Rich no lo conocía Abdel.

Aquella noche, muy intrigado por el llamado de Oscar, el librero convino en esperarlo.

Oscar trazó su plan en pocos segundos. Si fallaba lo del concurso, se ocuparía de que Abdel regresase a Libia mientras él sondeaba en Londres sus perspectivas con el verdadero Rich Abercromby. Pero no quería formalizar un compromiso. El falso llamado sólo buscaba persuadir a Abdel de que Oscar había iniciado ya su gestión por el préstamo.

—¿Crees que te los preste?

—Supongo que sí.

Piadosa mentira: dudaba mucho de que nadie le prestase tanto dinero. Setenta mil euros era una suma enorme para él... De otra parte, hacía años que no sabía nada de su primo. Contaba con que todavía fuera un hombre solvente...

Quizá más que antes.

Y en caso de obtener el préstamo, Oscar ignoraba cómo ni cuándo pagárselo. Con sus modestos ingresos de arqueólogo, imposible. Su única perspectiva era ganarse alguno de los cuatro concursos de Pro Veritate. Pero de su parte, sería ridículo proponerle al primo Rich una garantía tan endeble.

En fin, de momento, con aquella mentira piadosa, mantendría apaciguado a Abdel durante los seis días que mediaban hasta el 27 de mayo. Si en esa fecha, él se ganaba el premio, dispondrían de 120.000 euros, suficientes para pagar la indemnización al suegro de Abdel y reiniciar su vida juntos. Pero si, como era lo más probable, Oscar no se ganaba el premio, daría entonces su segundo paso: llamar al primo, pedirle una cita y volver a Londres, en lo posible, el día 28; y si Rich tampoco le brindaba una solución, Oscar le confirmaría a Abdel su amor eterno, y por primera vez, le hablaría de los concursos de Pro Veritate y de sus bien fundadas esperanzas de ganarse alguno. Lo llamaría a Bengasi, para decírselo.

Aquella tarde del reencuentro, al volver a llenarse de esperanzas, Abdel se abrazó de Oscar y lo besó con auténtica desesperación. Para Oscar fue un reencuentro glorioso. Una semana antes llevaba una vida deprimente, gris. Aunque no sufría como en los primeros días de la separación, lo acompañaba una tristeza que supuso ya no lo abandonaría de por vida; y he aquí como todo cambiaba de pronto.

Después del segundo round amatorio, durmieron abrazados hasta el anochecer, en que Oscar se levantó con hambre. Abdel propuso ir a comer a un buen restaurante.

–Yo estoy muy corto de dinero -le anunció Oscar-; mejor comamos aquí.

Acto seguido, fue hasta su pequeña despensa detrás de la cocina, de donde volvió con cara de plácemes.

–Nos quedan dos botellas de bordeaux y suficiente aceite de oliva. Si tu consigues pan y un poco de queso *savoyard*, puedo improvisar una *fondue*.

Abdel adoraba la *fondue* de queso.

–¿Y unas *crêpes suzettes*?

Oscar sonrió y le acarició la cabeza.

–Sea, *mon petit gourmand*, pero tendrás que ir a L’Alsacienne por un pote de mermelada de naranja casera, y una botella de Grand Marnier.

Hasta los 14 años, Oscar fue un muchacho algo majadero para comer, pero cuando se vio enfrentado a la gran crisis que culminara en la ruptura con sus padres, su majadería se convirtió en sibaritismo. Desde entonces fue siempre un

gourmet intolerante. O comía ciertos platos exquisitos, preparados de cierta manera, o no comía. El violento sacudón emocional que le infligiera su padre, coronel al fin, por causa de su reconocida homosexualidad, le generó trastornos nerviosos, con graves secuelas para su función digestiva. Después del primer gran choque familiar, cuando el coronel, con la aprobación de su madre, decretara convertirlo en un hombre de verdad y le impusiera su tratamiento de duchas frías en el invierno londinense, Oscar comenzó a padecer de una persistente anorexia. Su estómago no le aceptaba casi nada. A veces vomitaba hasta el agua, como los enfermos palúdicos aquejados por sus fiebres cuartanas.

La anorexia lo aquejaría muchos años. Cuando su primera crisis, no hubo tratamiento ni medicina que le sirviera. De sólo imaginarse llevándose alimentos a la boca, masticando, deglutiendo, lo invadía el asco. Hasta que un día, muy debilitado tras un ayuno de casi una semana, le apeteció un arroz con curry, en cuya preparación era insuperable el cocinero indostánico de su familia. Aquella vez logró comer y el arroz le asentó; y durante varios días siguió comiéndolo con buen apetito. Luego quiso un kuzkuz sin carne, sólo la sémola de trigo y algunas verduras cocidas. Después, soñó con un escalope de ternera y poco a poco comenzó a comer de todo; pero si la preparación no era perfecta, rechazaba todo alimento. El menor sabor desagradable, un exceso de sal, de picante, de ingredientes cualesquiera; o la falta o el exceso de cocción de los manjares, o una dureza, o grasa en demasía en un solo bocado, le impedían seguir comiendo.

Cuando se marchó de casa de sus padres, aprendió a cocinar. Empezó por prepararse tajadas de bacon, huevos fritos, pastas italianas, unas pocas comidas bien sencillas y baratas, pero con la refinada elaboración y minucia dignas de un *chef*; y así, según la brújula de su paladar exigente, creó salsas y variantes, y apetitosos platos de su invención. Después, en París, donde frecuentara tantos restaurantes de primera, compró libros de cocina, se asesoró con *chefs* amigos y aprendió a preparar una veintena de platos de su preferencia. Años más tarde, cuando Abdel se habituó a su cocina, se dio cuenta de que tenía la mano bendita: hasta sus huevos fritos se veían, olían y sabían diferente.

Por las tardes, durante los tres primeros años de su relación con Abdel, casi siempre cocinaba Oscar. Sólo un par de veces al mes, si aparecía algún dinero excedente o recibían invitaciones, iban a los mejores restaurantes de Atenas. Más tarde, cuando Abdel se diera a conocer por sus diseños para reconstruir ruinas y ganaba buenas comisiones, solían comer fuera de la casa con mucha frecuencia.

Para aquella primera cena del reencuentro, Abdel trajo de L'Alsacienne otra

botella de bordeaux y medio kilo de queso *savoyard*. Trajo también una *baguette* y el licor para las *crêpes*.

De la *fondue* no quedó ni un protón de queso dentro de la cazuela de cobre. Abdel se encargó de frotar la olla con el pan y terminó por rechupetearse los dedos. Oscar no lo acompañó en las *crêpes*, pero observó divertido el atracón que se daba. Para los dulces no tenía fondo, como un niño pequeño.

Durante la sobremesa, Abdel introdujo un tema que Oscar evitaba desde el reencuentro en el aeropuerto. Oscar sabía que Abdel estaba en Atenas gracias al dinero de su suegro, del que dispusiera sin permiso.

—Cuando los altavoces llamaron para el vuelo a Atenas, quise verte. Fue un capricho, un acto compulsivo, sin cálculo alguno. No calculé los pros ni los contras, ni las posibles consecuencias. No pude contenerme y compré el boleto...

—¿Y el encargo de tu suegro en Sicilia?

—No lo voy a cumplir.

—¿Y qué le vas a decir?

—¿Qué sé yo? Que ninguna de las propiedades merecía la inversión... O tal vez le invente que...

Cuando Abdel se disponía a entrar en pormenores, Oscar lo cortó en seco.

—Te ruego que no hablemos de eso esta noche.

Oscar sabía que si empezaban a discutir terminaría acusando a Abdel de estafador. Mejor esperar al día siguiente y abordar el asunto con la cabeza fresca y ánimo de hallar soluciones.

Lo halagaba el impulso de Abdel y su avidez por volver a verlo, pero se amargaba ante su conducta trapacera con el suegro. Desde que lo conociera, el muchacho no mentía ni disponía en su propio interés del dinero de nadie. Oscar no se lo habría permitido, ni se lo iba a permitir ahora.

Desde los primeros días de aquella amistad iniciada nueve años antes, y al cabo de siete y medio de convivencia en Atenas, Oscar exigía de Abdel, en materia moral, lo mismo que se imponía a sí mismo: no mentir en cuestiones de principios, y no traicionar a nadie en beneficio propio; y lo que Abdel tramaba con su suegro era inaceptable.

El cansancio del reencuentro, la suma de emociones durante aquellos días, y la *fondue* regada con abundante vino, lo agotaron. Pero ya a las cinco de la mañana Oscar se levantó con el mal sabor de lo que Abdel le confesara.

Sabía que esa mañana tendría que enfrentarlo, y lo más probable era un altercado.

Para organizar sus ideas, Oscar se sentó en la computadora y comenzó a teclear un programa de acción inmediata. Preservar los intereses morales del muchacho, y de sí mismo, era su obligación. Más aún si volvían a unirse. Daría un aldabonazo para llamarlo a capítulo en pro del decoro; y lo obligaría a reparar cualquier atropello que hubiese cometido con el dinero de su suegro.

Apenas Abdel se levantara, le averiguaría a cuánto montaba su gasto. Quizá no fuera tanto. Ya vería cómo conseguirlo prestado. Quizá lo ayudara Pappas, su amigo de Salónica, que con pequeñas cantidades siempre lo había sacado de apuros sin cobrarle intereses. O quizá Tim, que aquella noche en París le reiterase su vieja amistad, con el ofrecimiento de más dinero si lo necesitaba. En eso se le ocurrió que hasta el día 27 en que se publicaría el resultado del concurso de los enigmas, lo mejor sería que Abdel regresara a Roma y de allí siguiera a Sicilia a cumplir con lo que su suegro le encargara. Mientras tanto, él conseguiría dinero y vería si todavía estaba a tiempo de regularizar su situación laboral con la UNESCO.

A las 8 Abdel seguía durmiendo y Oscar lo despertó con su habitual café con leche en la cama.

–Levántate: tenemos que hablar.

Abdel apartó el café, se levantó de un brinco y se metió en la ducha. A los cinco minutos salió desnudo y erecto. Olía a lavanda, y sonreía en franco despliegue de batalla amorosa.

Oscar se dejó abrazar, acariciar y arrastrar a la cama.

Sólo a las nueve y media se sentaron a hablar, en la mesa del comedor.

–¿Cuánto dinero gastaste desde que estás en Atenas?

Abdel se levantó, buscó su billetera y de ella sacó un puñadito de recibos. Él último, del día precedente, por un total de 150 euros, correspondía a una extracción en el cajero automático de la esquina. Allí vio que el saldo de su carta de crédito era de 8.740 euros.

–De Libia salí con 12.000...

–Entonces te gastaste más de 3.000.

Tras garabatear en un papel, Oscar estableció un gasto total de 3.260 euros. Era la suma del billete Roma-Atenas-Roma; más cuatro días en el céntrico Hotel Titania; más el arriendo del carro, sumado a la gasolina, los restaurantes desde el día 17 en que Abdel llegara, el gran acopio del carísimo hachís *mavraki* en Kalamata y por último los comestibles y bebidas para la *fondue*.

Tras una media hora de pacífico pero tenso diálogo, sobre puntos muy concretos, Abdel aceptó partir de regreso a Roma y de allí seguir a Sicilia para

cumplir los encargos de su suegro.

–¿Cuánto tiempo necesitas para resolverlo todo sin prisa y como es debido?

–Si llego a Messina esta misma tarde, no más de dos días -calculó Abdel-

Pienso visitar tres ruinas anunciadas la semana pasada en un sitio web y explorar sobre el terreno lo que pueda aparecer.

Convinieron en que durante los días 22, 23 y 24, mientras Abdel cumplía con su suegro, Oscar resolvería varios problemas personales y cuestiones de trabajo. Luego trataría de conseguir unos 5.000 euros para reponer lo que Abdel ya se gastara, e invitarlo a que pasaran juntos en Atenas los días 25, 26 y 27. El 28, Abdel partiría de regreso a Libia y Oscar hacia Londres, donde gestionaría ante su primo Rich el utópico préstamo de los 70.000 para solventar el *muakhar*.

El 24 de mayo por la noche, según lo convenido, Abdel llamó desde Taormina para anunciar que la suerte estaba de su parte. En la cima de un acantilado que caía a pico sobre una bahía de ensueño, Abdel descubrió una casa rústica, sin pisos ni techos, de paredes reventadas, pero de una impecable pureza de líneas. Los propietarios pedían medio millón de euros. Abdel se entusiasmó con la casa y estimó que las reparaciones costarían unos 80.000 euros. Al suegro lo convenció por teléfono al decirle que era un sitio ideal para montar un restaurante panorámico sobre el Estrecho. El viejo lo autorizó por teléfono a firmar, ante notario público, una carta de opción exclusiva por el término de un mes, con una caución de 3.000 euros. En ese lapso, el suegro debía depositar la totalidad de la suma acordada y su hijo Tikrit, en calidad de apoderado, viajaría entonces a firmar la escritura definitiva. Al darle la buena noticia a Oscar, Abdel le anunció que al día siguiente por la tarde, regresaría a Atenas. Oscar, por su parte, obtuvo un pequeño préstamo. Todo se resolvía de modo favorable y acordaron verse a las 9 en un restaurante que ambos adoraban.

Abdel llegó al aeropuerto Venizelos casi a las 8, en el último vuelo de la **Olympic Airlines** procedente de Roma. Del aeropuerto se dirigió en taxi al apartamento de Oscar, donde dejó su maleta y acto continuo salió para el *Filistrón*, un restaurante ubicado en la cima de la pequeña colina de Filopapos.

Dos horas después, de excelente humor, Oscar discurría sobre la etimología

de *Filistrón*, muy equívoca por cierto. Según él, era la suma de “filos”, amigo, y “oistrón”, un término ambivalente que significaba “inspiración” y también “copulación”.

El lugar era delicioso, sobre todo de noche. Situado frente a la Acrópolis, ofrecía el mágico espectáculo del Partenón iluminado, una blanca ensoñación con sus 2.500 años de luz y tinieblas.

–Siempre que vengo aquí me siento pequeñito y un poco triste -comentó Abdel mientras recorría el contorno con una mirada nostálgica...

Desde el inicio de su relación, Oscar disfrutaba de aquella fina sensibilidad de Abdel, poco frecuente en su generación, para apreciar la historia. Ya en las ruinas de la Cirenaica, aparte de su efébrica belleza de 17 años, Abdel lo sedujo con su indeclinable curiosidad. Muy halagado, Oscar lo veía emocionarse cuando sus comentarios eruditos lo trasladaban al pasado. Lo mismo continuó cuando se instalaron en Atenas. Abdel era el alumno soñado, una cuerda que vibraba al unísono con el maestro, cuando estaba inspirado.

Y ahora, otra vez la historia de Grecia, referida con su ardor elegante por aquel inglés tan sabio, volvía a conmovérselo como siempre.

Oh, Dios, cuánto había echado de menos su compañía. Qué insoportable le resultaba el mundo sin él.

Desde ese mismo lugar, y también desde *Las Tiendas Verdes*, otro restaurante chic ubicado en lo alto del Monte Licabeto, Oscar le había regalado cine al narrarle pasajes de la historia convencional, para luego filosofar sobre la verdad de sus esencias y fantasía de los detalles, que los griegos inventaron y quisieron creer, estimulados por la saga popular más la imaginación de Heródoto, Tucídides y demás historiógrafos de aquellos tiempos.

Oscar admitía en cambio a pie juntillas, la información que brindaba la Comedia Antigua. Inspirado en Aristófanes le refirió una vez la tragedia de los campesinos del Ática refugiados tras los muros de esa misma Acrópolis, durante la Guerra del Peloponeso, al presenciar impotentes el espectáculo de los espartanos destruyendo hacha en mano sus viñedos, quemando sus olivares, venerables plantaciones que requerían 30 años para fructificar.

Abdel nunca olvidó otra larga sobremesa con un matrimonio de amigos británicos en aquel mismo restaurante, en que Oscar, con su vena histriónica potenciada por el mucho vino, describiera conmovido el esplendor de los certámenes de teatro en la vieja polis, durante el festival de las Grandes Dionisias.

Y aquella noche del reencuentro con Abdel, Oscar se desató en un treno

sobre la guerra de Irak y el siniestro destino de la humanidad, tan huérfana de humanismo. Inadmisibles que todavía siguieran cometiendo los mismos abusos y rapiñas que en tiempos de la esclavitud; y se lanzó a disertar sobre la Liga de Delos, fundada por los demócratas atenienses que libraron a toda Grecia de la amenaza persa a principios del siglo V. Y medio siglo después, aquella misma Liga, concebida como alianza panhelénica para defenderse del poderoso enemigo común, dirigida ahora por los hijos y nietos de los heroicos soldados de Maratón y Salamina, fue utilizada para oprimir a los demás griegos y saquear sus riquezas. Con su prepotencia y descarado latrocinio, Pericles y sus amigos embellecieron Atenas, construyeron el Partenón, la estatua criselefantina de Atenea, los Largos Muros, las fortificaciones del Pireo; y esa misma actitud rapaz de las antiguas sociedades esclavistas, demostraban ahora los EE.UU. de Norteamérica, 2.500 años después. En su guerra contra el desventurado pueblo de Irak, al igual que los atenienses, enarbolaban banderas humanitarias, profesaban como enemigos del terrorismo e invadían Afganistán e Irak para aplicarles su propio terrorismo de estado y robarles el petróleo. Necesitaban asegurárselo para cuando escaseara el suyo. Según lo previsto, al ritmo del *American Way of Life*, en unas dos décadas más se quedarían sin reservas. Y todo para seguir, dentro de veinte años, derrochando océanos de gasolina; amén de embrutecer al planeta y fomentar un consumo patológico de chucherías electrónicas y un cine idiota de violencia y persecuciones de carros...

Olvidado de la historia ateniense, Oscar despotricaba poco después contra Bush y sus compinches, cuando se le acercó un camarero con un celular.

–Una llamada para usted, señor Abercromby.

–Gracias, Niko.

Tras dejar pinchada sobre el borde de su plato una negra y gorda aceituna de Kalamata, Oscar se limpió los labios con la punta de su servilleta y recibió intrigado el teléfono.

–*Monsieur Abercromby?*

Era una voz joven, desconocida.

–Sí, soy yo -respondió, en francés.

¿Sería la mujer de Tim? En el *bistrot* de la rue Richelieu, tanto ella como su marido se habían mostrado preocupados por su mal de amor, cuyas intimidades les expusiera.

–*Comment? De la part de qui?*

–*De la part de Proveritatéee...*

–*Ahhhh...*

La anticadencia oxítona de aquel latín afrancesado no le impidió entender que la voz cantarina se refería a Pro Veritate. Tras exhalar su sorpresa, advirtió un inmediato repique en el centro del pecho y una punzadita en las sienes.

–*Oui, Madame, je vous écoute...*

No necesitaba escuchar. ¿Para qué lo llamaría Pro Veritate sino para anunciarle el premio?

Sin esperar la confirmación cerró los ojos, se mordió los labios y dio su bienvenida a todos los repiques, punzadas, taquicardias y palpitaciones. ¡Bienvenida la suma de júbilos y fuegos de artificio que estallaba en sus venas!

–*Oui Madame, merci beaucoup...*

Ya su sangre corría desbocada, al ritmo de ciento veinte pulsaciones.

–*Merci... Quelle grande nouvelle, Madame!*

Bienvenido también el bum bum en las sienes... Era la salva triunfal por el rescate de Abdel y por su victoria sobre una tristeza de ocho meses.

Ya no tendría que pasar tampoco por el amargo trago de pedirle dinero a su primo Rich, sin saber cómo ni cuándo devolvérselo.

Pero al caer en cuenta, de pronto, que esa noche era la del 25 y aún faltaban dos días para el fallo, volvió a temer. ¿Sería una broma? ¿Y cómo supieron que él...?

–¿Cómo consiguieron este número? – preguntó alarmado.

–*Ah, une véritable Odyssée, Monsieur.* Estoy tratando de localizarlo desde las cinco de la tarde, pero no podía entenderme con *votre femme de ménage...*

Uff, qué alivio...

Sí, obvio: él le había dejado una nota a la señora Anastasia, por si lo llamaba Pappas desde Salónica...

–... y por suerte hace diez minutos conseguimos aquí un hablante de griego...

Claro: de otro modo era imposible que alguien, desde París, lo llamara al **Filistrón**. Él no usaba celular y muy temprano había viajado a las islas, de donde no regresara hasta las ocho y media, ya entrada la noche...

–Es para notificarle que ha ganado usted ciento cincuenta y tres mil ochocientos cuarenta euros con quince centavos...

Oscar cabeceaba sonriente ahora y oía a una soprano radiante y fragmentaria, *proveritaté, compliments, oui*, mañana mismo, cheque a su nombre, *la Banque Bruxelles-Lambert*, corresponsal griego en Plaza Omoia... Cuando por fin extendió una mano para aferrar el brazo de Abdel, dejó que una mirada de iluminado se le escapara hacia la iluminada Acrópolis.

Esa noche de la luna nueva, la blancura del cielo estrellado rebotaba sobre el Partenón y descendía con reflejos azulosos hasta el pie de los Propíleos.

Abdel no supo si aquella intensa y extraña mirada expresaba tristeza o alegría. Él nada sabía del concurso.

Oscar le soltó el brazo, cerró el telefonito, sacó un pañuelo y se tapó ambos ojos.

Ahora fue Abdel quien le cogió una mano.

–Por Dios, Oscar..., dime algo. ¿Malas noticias?

Oscar se mantuvo en silencio unos segundos, con el pañuelo sobre los ojos. Parecía estar llorando, pero cuando por fin se quitó el pañuelo, Abdel reconoció su mejor sonrisa, que no viera desde hacía meses, con su fulgor metálico en los ojos, que tanto lo sedujera al conocerlo.

Cobrado el dinero del premio al día siguiente, se marcharon juntos a Roma por dos días. El 29 de mayo llegaron a Libia donde permanecieron una semana. Tras pagar los 70.000 euros del *muakhar*, Abdel quedó otra vez soltero, dueño de su persona y en paz con la ley musulmana.

El 5 de junio, ya de regreso en Atenas, seguían siendo ricos. Disponían de otros 70.000 euros, libres de polvo y paja; y el 17 de junio, tres días antes de que se divulgara el segundo concurso de Pro Veritate, estalló entre ellos una crisis.

Abdel quería un carro sport y un apartamento en el barrio de Kolonaki, pleno centro de Atenas, donde un café cuesta 5 euros. Se había enamorado de aquella vivienda, parte de un condominio habitado por pintores de moda, vedettes del mundo del espectáculo y queridas de hombres ricos. Se adquiriría con una entrada mínima de 50.000 euros y una amortización mensual de 800, que Abdel se comprometía a pagar con sus decoraciones y actividades inmobiliarias.

–Y el carrito nos lo venden con...

–Nadie nos va a vender ningún carrito ni nos vamos a mudar a Kolonaki.

Oscar le aclaró que del remanente del primer premio, se proponía usar unos 10.000 euros en pagar deudas, comprar ropas para ambos y unos pocos muebles que necesitaban; pero el resto, más el total de lo que quizá se ganara con los próximos enigmas, lo entregaría completo a un sacerdote italiano; y de ninguna manera estaba él dispuesto a irse a vivir a Kolonaki ni a dárselas de rico.

Pasaron dos días en ásperas discusiones. Era la primera vez que se disgustaban por dinero. Desde luego, hasta entonces nunca contaron con semejante suma. En otra época, los eventuales derroches de Abdel, incluso los del propio Oscar que era bastante manirroto, no generaban desacuerdos. Pero Oscar, dolorido por la reciente guerra de Irak, que a su juicio develara la

hipocresía y rapacidad del Primer Mundo con tanta crudeza, procuraba ahora regirse con más énfasis por su ética personal. Ya desde Afganistán, los principios que antes se cumplían a medias o de modo eventual, ahora debían cumplirse a rajatablas y sin concesiones.

–Me sentiría muy miserable si ahora que tenemos algún dinero, traicionara mis convicciones.

Por amor a Abdel había invertido aquella enorme suma en el rescate de su soltería; pero no se abstuvo de lamentar que con esa cantidad habría abierto una escuela o asegurado la comida de muchos miserables durante varios meses.

–¿Te arrepientes, entonces? – le preguntó Abdel ofendido.

–No me arrepiento. Maduré mucho mis planes antes de actuar; y en lo sucesivo, si me gana otro premio, ni un solo centavo va a ser para nosotros.

Estaba determinado a que lo mucho o poco que se ganara con Pro Veritate, lo entregaría completo a un sacerdote italiano empeñado en una obra de enorme alcance humanístico en África. Sí, un héroe de nuestro tiempo, en lucha contra la ignorancia, contra el hambre y el SIDA.

Abdel lo acusó de negar todo lo que le predicara durante años, cuando sostenía que la humanidad necesitaba auténticas revoluciones y no Madres de Calcuta.

–Pero hoy corren otros tiempos.

Oscar sostuvo que desde la Guerra del Golfo y del incidente en las Torres Gemelas, a él se le habían abierto los ojos; porque en un mundo unipolar, ante el saqueo y la prepotencia de los EE.UU., la humanidad progresista ya no se redimiría en la lucha de clases, ni mediante las armas. Ahora la batalla debía darse con las ideas y el ejemplo. Ante la creciente tragedia del mundo, tarde o temprano el hombre corriente dejaría de ver a los filántropos como bichos raros; o de sonreír indulgente ante los que entregan su vida, amor e inteligencia a la lucha contra el sida, en los leprosarios, las escuelas, campañas de alfabetización, barrios de indigentes, hospitales de guerra; o a favor de los *homeless*, o de los sin tierra. A esos locos filántropos, flor de la especie humana, algún día se los oiría, se imitaría su ejemplo. Los pueblos aprenderían a reconocer a los Blair, a los Bush y demás aves de rapiña; y les negarían el voto para impedir sus tropelías contra los débiles y humildes. Y el sacerdote al que Oscar entregaría todo su dinero, combatía por los desamparados en tres frentes: contra el hambre, contra el SIDA y contra toda riqueza excesiva. Mediante un programa científico de largo alcance, procuraba demostrar la indecencia de que un adulto contemporáneo ingresara más de 36.000 euros anuales; y un matrimonio con dos

hijos, más de 60.000. El único excedente aceptable para un verdadero cristiano, como añadidura a lo necesario para una vida decorosa, sería el que disfrutarían algún día todos los habitantes del planeta en su conjunto. Y para Oscar, los actuales millonarios, la alta sociedad mundial instalada en sus palacios de Park Avenue, Champs Elysées, en fin, en los Kolonaki de todas las ciudades del Primer Mundo donde Abdel aspiraba a vivir, era la hez del género humano, los promotores de guerras, que urden el más atroz de los engaños y por ende el mayor de los crímenes. Nadie puede ser más inhumano y pérfido que quien promueve o apoya una guerra. Y Abdelkader debía saber que la mayoría de la *high society*, incluso las ancianas plutócratas cuyos humanitarios y religiosos sentimientos las impulsaban a efectuar caridad y donaciones a los pobres, eran hijas, esposas o madres de seres mucho más dañinos que Jack el Destripador; porque casi toda colosal fortuna era el sangriento producto de las armas, la impiedad, la codicia, el desprecio por los seres humanos, en fin, el fruto de la mentira y la violencia contra los más débiles.

La discusión fue áspera y subió de tono. Abdel insistía en acusarlo de idealista paranoico, renegado y puritano.

–Mejor métete a monje.

Oscar insistió en que no se debe vivir con dos caras. Él, que aborrecía a los ricos, a los millonarios cuyo modo de vida y derroche de recursos generaba las injusticias y miserias de este mundo, no pretendería jamás vivir como ellos, con aspavientos de carros sport y propiedades de lujo. En un planeta azotado por el hambre y la ignorancia, era criminal calzar zapatos de 500 dólares o conducir carros de 100.000.

–Eso es una bofetada a la dignidad del hombre.

–Lo que tú pretendes -le gritó Abdel-es apaciguarte la conciencia con limosnas y utopías.

–¡Si eso piensas, vete de aquí cuanto antes! – le gritó Oscar furioso-. Lamento haberme demorado tanto en descubrir quién eras.

Total, que a sólo diez días del regreso a Atenas, Abdel recogió sus bártulos y se marchó del apartamento. Se fue a vivir a casa de una amiga suya, hasta tanto se organizaba en su trabajo y alquilaba algo propio. Era la segunda vez en nueve años que se separaban; pero esta vez, Oscar no sufrió como la primera. Estaba muy irritado contra Abdel y comenzaba a despreciarlo. Nada había aprendido con él.

Después de la separación, ambos vivieron días intensos, de mucha actividad. Oscar retornó a su trabajo como director de excavaciones en las Cícladas y

comenzó gestiones para montar una pequeña editora en la que produciría libros infantiles a muy bajo costo. Se proponía también crear en un barrio marginal de Atenas, una escuela de música para niños de la calle.

El 27 de junio, según lo anunciado, apareció en **Internet** el fallo del segundo enigma. La amiga de Abdel que le brindara hospedaje, se enteró de que Oscar Abercromby era uno de los ganadores y le dio la noticia a Abdel. Que Oscar se ganara esta vez casi 200.000 euros no fue para Abdel una buena noticia. Al cabo de diez días de meditación sobre su reciente reyerta, comprendió que él tampoco necesitaba carros sport ni vivir en Kolonaki, y terminó por darle la razón a Oscar. Ya en dos ocasiones, antes de enterarse del segundo premio, tuvo el teléfono en mano y oyó su voz, pero a último momento le faltó valor. Tras acusarlo de monje, puritano, y de inconsecuente con su teoría sobre la ineficacia de la caridad cristiana, ya no sabía cómo disculparse; y menos ahora que Oscar volvía a ganarse aquella suma colosal. No fuera a figurarse que volvía por interés...

A los pocos días, Abdel obtuvo un contrato para dirigir la decoración de varios hoteles recién construidos, pertenecientes a una cadena alemana y permaneció dos semanas fuera de Atenas. Hasta que un día de julio leyó una entrevista a Oscar, publicada por una revista de gran circulación en Grecia, y se enteró de que ya había entregado a un sacerdote italiano la suma de 250.000 euros para su labor humanitaria. Ante aquel acto de desprendimiento, Abdel se vio pequeño y egoísta. Ya no resistió más. Y lo llamó por teléfono desde Corinto:

–Te sigo amando y quiero volver contigo -le disparó sin preámbulos.

–Yo también -le respondió Oscar al punto.

La reconciliación fue rápida. Se vieron en Atenas esa misma noche.

Abdel, tras ganar mucho dinero, le traía 5.000 euros para el cura italiano.

Oscar se echó a reír.

–Mejor invítame a un buen restaurante para festejar el reencuentro.

Sin embargo, un mes después volvieron a aparecer nubarrones en el horizonte. Al enterarse de que el alemán, gestor del contrato de Abdel con la cadena hotelera, le fuera presentado por Leónidas, Oscar hizo una mueca de desagrado. El tal Leónidas, un opulento industrial griego, vivía enamorado de Abdel desde mucho antes. Aun en público, lo miraba con indisimulada codicia; y quiso el azar que un lunes, a eso de las 10 de la mañana, Oscar viera a Abdel entrar al edificio donde vivía Leónidas.

Se suponía que desde el día precedente Abdel estaba en Corinto. El domingo

por la tarde Oscar lo acompañó a la estación de autobuses. Y entre ellos no sucedía que uno viajara sin conocimiento del otro. ¿Qué diablos buscaba entonces Abdel en Atenas, nada menos que en el edificio de Leónidas, cuando debía hallarse en Corinto?

Muy colérico, algo asustado, Oscar estuvo a punto de subir al apartamento y averiguar qué ocurría. Pero se llamó a cordura y optó por esperar. Quizá mediara alguna razón válida, algún imprevisto que lo trajera esa mañana a Atenas. Quizá el alemán le diera cita en casa de Leónidas. Pero ¿por qué no lo llamó entonces temprano al apartamento?

Tras pensarlo mucho, Oscar decidió esperar a la noche. Supuso que Abdel lo llamaría a su apartamento; y en efecto, así fue.

Estaba en su hotel de Corinto, muy cansado tras una intensa jornada y se iba a dormir. Para desesperación de Oscar, se despidió sin ninguna mención a su presencia matinal de ese lunes en Atenas.

¿Qué estaría pasando, por Dios? Algo le ocultaba.

Oscar llamó entonces al hotel corintio, pidió con su habitación y el timbre sonó en vano.

Imposible no sospechar una mentira.

¿Estaría Abdel todavía en Atenas? ¿Estaría en brazos de Leónidas?

Se obligó a serenarse. Nada de prisas.

No ignoraba que el destino humano solía venir tejido con hilos trágicos. Ahí estaban Romeo y Julieta, Edipo, y tantas otra víctimas de equívocos y funestas premuras.

¿Sería en verdad Abdel, a quien él viera ese mediodía?

Sí, claro que era él. Oscar reconoció su camisa de cuadros blancos y azules, su típico andar a saltitos, un poco encorvado, con su melena rizada sobre los hombros. Imposible confundirlo.

Valoradas sus alternativas, se abstuvo de emprender una acción inmediata. Sin embargo, al día siguiente, apostado desde las 9 de la mañana en un bar cercano al edificio de Leónidas, volvió a verlo.

Sintió un mazazo. Estuvo a punto de correr tras él y acribillarlo a preguntas, pero lo detuvo el terror de que Abdel no pudiese responderle ninguna.

¿Iría a algún otro apartamento del edificio?

Sí, poco probable, pero posible...

De todos modos, mientras Abdel no lo convenciera con argumentos irrefutables, su estancia en Atenas le inspiraría lancinantes sospechas.

Oscar optó por esperar hasta el próximo domingo, que acordaran pasarlo

juntos; y si Abdel, *motu proprio*, no le revelaba nada de sus secretas visitas a casa de Leónidas, con detalles que lo exonerasen de sus fatídicas conjeturas, Oscar lo acusaría de traición. A ver qué respuesta le daba Abdel.

Lamentable error; y tanto más al cabo de nueve años. Aquel muchacho que durante su convivencia fuera tan transparente y veraz, se le había revelado poco antes como un superficial egoísta, deseoso de vivir en Kolonaki y aparentar riqueza...; y ahora, por lo visto, llevaba a sus espaldas una vida clandestina.

De súbito, se le ocurrió hacer que lo vigilaran.

Desde el miércoles hasta el sábado Oscar se ausentaría de Atenas para asumir compromisos en las Islas; pero haría que le siguieran los pasos. A esas alturas necesitaba saber con pelos y señales en qué andaba metido. Sufriría lo indecible al enterarse, pero necesitaba conocer la verdad por cruda que fuese. Si su destino era romper para siempre con Abdel, se valdría del peso de las evidencias para acopiar la máxima indignación y sufrir menos la ruptura.

Ese mismo día contrató a un detective, experto en seguimiento de infieles y adúlteros de ambos sexos. Desde las 3 de la tarde el hombre se apostó con su cámara en un bar cercano al edificio de Leónidas.

Oscar pasó cuatro días de intensa zozobra, agravados porque en dos ocasiones más, Abdel lo llamó desde Corinto; pero cuando segundos después de colgar, Oscar lo llamaba a su habitación, nadie respondía.

Todo apuntaba a que le estaba jugando sucio. Quizá tuviera otro amor. O peor aún, que se entregara a otro por algún interés. Por dinero...; o por obtener alguna ventaja en su trabajo...

Cuánta desilusión. Qué ganas de morirse.

El sábado por la tarde, cuando Oscar regresó a Atenas, el detective le dio el parte y le exhibió fotos.

Abdel llegaba cada mañana a casa de Leónidas, y por las tardes, a eso de las tres, salía con un hombre de unos cuarenta años, muy elegante y algo afeminado, en el que Oscar reconociera a Pierre, un francés que años antes fuera amante de Leónidas.

¡Oh, no!

¿Sería posible que Abdel se hubiese prestado para un *ménage à trois*?

¿Qué pretendería?

¿Si quería dinero para qué entonces volvía con él?

Santo Dios, qué terrible desenlace.

Y él, que se forjara tantas ilusiones con su regreso...

El detective le comunicó también que Abdel y Pierre iban juntos todos los

días a comprar comestibles y vinos caros a una tienda en Kolonaki. Luego regresaban al edificio donde Abdel permanecía hasta eso de las 10 de la noche y de allí se marchaba en un taxi al barrio residencial de Filothei, en la periferia norte, a unos 5 km del centro, donde penetraba con su propia llave en una residencia circundada de áreas verdes, en la calle Clístenes número 19.

Oscar sabía que en Filothei vivía Basilia, la amiga que hospedara a Abdel tras la disputa por el dinero de los premios.

Qué extraño.

Llegaba a las 10 de la mañana; permanecía en casa de Leónidas hasta las 3 en que salía de compras con Pierre; y ambos volvían al apartamento de Leónidas. Por fin, sobre las 10 de la noche, Abdel se iba a dormir a casa de Basilia.

¿Habría abandonado el trabajo en Corinto?

¿No sería también una gran mentira lo de Corinto? ¿No sería que desde el día de la última reyerta el muy traidor se había refugiado en brazos de Leónidas, que ahora lo compartía con Pierre?

Oscar conocía a Pierre desde su época de *chef* del Normandíe; pero dejó de verlo durante el par de años en que Pierre regresara a Francia; y por lo visto, ahora estaba de regreso con Leónidas. O quizá en plan de visita.

¿Se habría enamorado también Pierre del bello Abdelkader? ¿O Abdel de él? ¿O del dinero de Leónidas?

En todo caso, Oscar estaba seguro de que Abdel sólo hallaría en Leónidas el atractivo del dinero. Millonario, sí, pero carente de fineza en el trato, de una buena cultura, de sensibilidad artística, en fin, de todo lo que seducía a Abdel.

¿Sería capaz, entonces, de entregarse por dinero a un ser que no amaba? ¿O sería que Leónidas se estimulaba viéndolo en acción con Pierre?

Esa noche del sábado, a solas en su apartamento, Oscar no fue capaz de ingerir un bocado. Le faltaron energías hasta para bañarse. Cuando llegó, se echó vestido en la cama solitaria adonde ya no volvería Abdel; y como siempre que sufría con delirios, se durmió en el acto.

A la una de la mañana lo despertó el teléfono.

–*Happy birthday.*

Era la voz amada del infame. Menos mal que no se olvidaba de su cumpleaños.

–¿De dónde me llamas?

–Desde el hotel.

–¿Y por qué no viniste a dormir aquí?

–Es que estuve muy ocupado y llegué extenuado...

Oscar estuvo a un tris de insultarlo por embustero, y de preguntarle qué tal había pasado esa semana en brazos de Leónidas y Pierre.

–Te tengo una sorpresa... -anunció de pronto Abdel.

–¿Una sorpresa?

–Sí. ¿Te acuerdas de Pierre Granger?

–Sí, me acuerdo de Pierre.

–Pues está aquí, de vacaciones, y se ha ofrecido a preparar un almuerzo en tu honor, mañana en casa de Leónidas...

–¿Y por qué en mi honor, si no somos ni hemos sido grandes amigos?

–Pero se ha hecho amigo mío y yo se lo pedí.

Oscar aceptó ir al otro día a casa de Leónidas. Abdel adujo tener todavía mucho trabajo en Corinto durante la mañana del domingo. Lo mejor era ir cada uno por su lado y encontrarse a la una en la suite de Leónidas. Comerían en el penthouse, junto a la piscina.

Que Abdel se hubiese ocupado de organizarle una comida le deparó cierto sosiego. De todos modos, eso no justificaba su intimidad con Pierre. Unos años antes, cuando Pierre estaba activo en el Normandie, tanto Oscar como Abdel tenían con él la simple relación de simpatía que se establece entre un chef de cocina y sus admiradores. Pero entre ellos no existía suficiente intimidad que justificara aquella oferta de cocinar en su honor y en casa de un amante. Ni los preparativos de aquel almuerzo justificaban tampoco que Abdel se hubiese pasado la semana completa en Atenas, muchas horas diarias en casa de Leónidas y saliendo de compras en compañía de Pierre.

De todos modos, aunque sin captar su significado, el que la comida en su honor se ofreciera en casa de Leónidas le deparaba cierta tranquilidad.

El domingo a la una, cuando Oscar tocó el timbre a la puerta de Leónidas, volvió a llamarse a la calma. Dentro de muy poco, tal vez en medio del almuerzo, Oscar le pediría explicaciones a boca de jarro. Mientras saboreaba el mejor bocado, le exigiría esclarecer su presencia de esa semana en Atenas, y a sus espaldas.

Un mucamo le abrió y lo condujo directo a la cocina. Allí estaba Abdel, todo sonrisas, con delantal y gorro de cocinero. Entre Abdel, Pierre y Leónidas, le cantaron el Happy Birthday. Siguió un minuto de confusión, pero en otro, todo quedó esclarecido.

Abdel quiso darle una sorpresa. Él solo, sin ayuda de nadie, era el autor de aquellas exquisiteces que Oscar adoraba: cigalas asadas, con una guarnición de

coquillages rellenas de alcachofas en salsa pebre; cochinillo en dos cocciones con redaño a la ajedrea; y *terrine de pamplemousse*, con *sauce au thé*.

Para la cigala, Pierre les obsequió un *Château Yvonne*, a su juicio lo mejor en *Saumur blanc*; y Leónidas les dio a elegir de sus reservas, entre varios *grands crus bourguignons* para el cochinillo. El postre lo acompañarían con *champagne brut*.

Y todo preparado por Abdelkader, esta vez sin ninguna intervención de Pierre.

Esa semana, tras pedir vacaciones en su trabajo, Abdel había recibido un curso de alta cocina en casa de Leónidas. El sábado lo dedicaron al ensayo general y el domingo cocinó Abdel, sin ayuda alguna. Ese era su regalo de cumpleaños a Oscar: haber aprendido a preparar diez de sus platos favoritos. Todos los días Pierre le enseñaba dos, uno para el almuerzo y otro para la cena. De modo que en lo sucesivo, cuando Oscar regresara de las excavaciones, ya no se vería forzado a cocinar. De ahora en adelante, cuando Abdel estuviese en Atenas y dispusiera de tiempo, cocinaría él. O mejor dicho, cocinaría quien primero ganara la iniciativa, y a veces a cuatro manos.

Quiso la casualidad que Leónidas y Pierre se encontraran con Abdel en Corinto la semana precedente, y cenaran juntos. Allí les expresó Abdel su viejo deseo de pasar un curso de cocina francesa; pero sin revelarles hasta último momento su intención de homenajear a Oscar.

Oscar tuvo que esforzarse para contener una furtiva lágrima. Aquel regalo tan original y laborioso le deparaba un momento felicísimo. Estaba conmovido. Conmovido y avergonzado por los horrores que le atribuyera a su muchacho. Fue el mejor cumpleaños de su vida. Cuando ya lo amenazaban de nuevo las tinieblas y miasmas del infierno inminente, se le abrían de par en par las puertas de un jardín florido, luminoso, donde sonaban divinales melodías; porque un regalo así, era una ofrenda de amor, de un gran amor.

Durante el almuerzo, Oscar captó al punto que no sólo Leónidas estaba prendado de Abdel. Pierre Granger lo contemplaba con irrefrenable embeleso. Esa misma noche, Abdel le confesó a Oscar que había seducido a Pierre. Sólo así se convencía a un *chef* de vacaciones, para impartir un curso tan personal e intensivo.

A Oscar ya no le importó lo que hubiese sucedido entre Pierre y Abdel. Le oyó algunas interioridades, sonrió y no preguntó más. No le importaba demasiado que en los meandros de su corta vida, Abdelkader gozara de su cuerpo y siguiera sus propios instintos en escaramuzas anodinas, con seres de

indistinta índole. Como amantes civilizados, ambos aceptaban que mientras ninguno entregara su alma, o se entregase por razones mezquinas, cada uno toleraría eventuales travesuras del otro; y aquel curso de cocina francesa, bien valía para Abdel el dejarse querer por Pierre.

–Fue sólo dos veces -puntualizó, con dos dedos culpables en alto.

Oscar volvió a sonreír.

–No te lo reprocho.

Hubo de reconocer que Pierre era un hombre bello, muy bello y deseable para cualquier efebo.

En medio de aquellas conjeturas, enardecido por una escena donde se imaginara a Pierre y Abdel en una escaramuza de exquisita armonía, experimentó el preludio de una erección.

10

www.proveritate.fr

París, 27-6-2003

FALLO PARA EL SEGUNDO CONCURSO DE LOS CUATRO ENIGMAS.

La FUNDACIÓN “Pro Veritate” informa que de un total de 1.238 participaciones, se recibieron 865 exégesis correctas; pero sólo 61 versiones sintéticas reunieron los requisitos para ser evaluadas como EXCELENTES, lo que permitió a cada uno de los concursantes favorecidos por el fallo, obtener la suma de 196.721,31 € (ciento noventa y seis mil setecientos veintiún euros con treinta y un céntimos), que corresponden a la 61ª parte de los 12 millones asignados para cada uno de los cuatro concursos.

REPETICIÓN DEL SEGUNDO ENIGMA

(ya publicado mundialmente el 20 de junio).

Nota bene:

El texto enigmático que debe desentrañarse va en mayúsculas. Lo que figura en minúsculas debe mantenerse tal cual en la versión literal.

1

Según SUBMIRAN

2

algunos DISCÍPULOS DE UN PERSONAJE CON LAS

**PRIMERAS CUATRO LETRAS DE SU
NOMBRE**

IDÉNTICAS A LAS DEL NOMBRE DE UN GENERAL

TRISTEMENTE VICTORIOSO,

3

**el CONCURSO DE EXENCIÓN TRIBUTARIA
FALTANTE (y) NO CONGÉNITA**

4

no es una natural

DESTRUCCIÓN DE LOS TALLOS

5

**sino una medida
PROPIA DE AQUEL ECONOMISTA INGLÉS AUTOR
DEL CÉLEBRE PESAJE SOBRE LA PRIMERA CABEZA
de la población,**

6

**verdadera MÁQUINA CUYO NOMBRE DERIVA DE LA MISMA
RAÍZ QUE LA DEL ZUMBIDO DE LA CLAQUE NERONIANA,**

7

TAN DEMIÚRGICA y selectiva,

8

**como la de PARTECITAS CONSTITUTIVAS DE LOS
HUESOS DE LOS INDIVISIBLES QUE NO TIENEN CARGA
AMBARINA.**

INTERPRETACIÓN FUNDAMENTADA

**Elaborada por el concursante Oscar Abercromby, de Atenas.
Ver sus datos personales en la lista alfabética de la página 11.
Formato editorial y traducciones de la versión original en inglés, a cargo
de Pro Veritate**

1

Según SUBMIRAN...

**La composición de este inexistente verbo SUBMIRAR es la misma de
“sospechar”, “soupçonner”, “to suspect”, “sospettare”; aunque debe**

advertirse que ninguna de estas formas ha sido inventada por usuarios españoles, franceses, ingleses, italianos. Son simples variantes del verbo latino SUSPICIO, según su diferente evolución en lenguas modernas; y el verbo SUSPICIO (compuesto de SUB (abajo) + SPICIO (mirar), tampoco es un concepto de los romanos. Es un calco semántico del griego upopteuw (compuesto también de HYPO (abajo) + OPTEUO (mirar).

El acto de sospechar está muy bien expresado con la idea de “mirar abajo”, por temor al puñal que viene escondido bajo una manga, o a la serpiente que se esconde entre las piedras del camino, o a la malevolencia que alguien nos solapa bajo la fachada de una amable sonrisa.

Sin duda la primera línea significa: “Según sospechan...”

2

algunos DISCÍPULOS DE UN PERSONAJE CON LAS PRIMERAS CUATRO LETRAS DE SU NOMBRE IDÉNTICAS A LAS DEL NOMBRE DE UN GENERAL TRISTEMENTE VICTORIOSO,

La clave de este fragmento está en el adverbio TRISTEMENTE. ¿De qué manera se es TRISTEMENTE VICTORIOSO?

Lo primero que nos viene a la memoria es la expresión “tristemente célebre” que alude a la fama adquirida mediante acciones execrables.

En tal sentido, no uno, sino miles de generales de este mundo han sido “tristemente victoriosos”, porque todas las guerras de conquista y rapiña, sea la Guerra de Troya o la de Irak, tipifican acciones execrables.

La reflexión sobre otra posibilidad de asociar la “victoria” de un general con la “tristeza”, nos sugiere las victorias pírricas. En este punto, nos resulta fácil vincular las primeras cuatro letras del general PIRROS, rey del Epiro, con las de su contemporáneo PIRRÓN, el primero de los grandes escépticos griegos, fundador de una escuela filosófica que floreciera en la frontera de los siglos IV y III a. C. Y como los discípulos de Pirrón son los escépticos, los fragmentos 1 y 2 de nuestro enigma se resumen en: “Según sospechan algunos escépticos...”

EL CONCURSO DE EXENCIÓN TRIBUTARIA FALTANTE (y) NO CONGÉNITA.

El equivalente compositivo del término latino **CONCURSUS**, resulta en griego **SÍNDROME**.

El prefijo **CUM** (que aquí aparece bajo la forma **CON**, da idea de “conjunto” y/o de “acción simultánea”) + **CURSUS** (carrera), significa la “carrera en que todos participan simultáneamente”; y ese fue también el sentido del concepto griego original, que los romanos calcularon semánticamente: **SYN** (conjunto, acción simultánea) + **DROMÉ** (carrera), con cierto matiz de “carrera tumultuosa”.

No corresponde aquí analizar cómo llegó este **SÍNDROME** griego a especializarse en el moderno sentido de “concurso”, confluencia o asociación de los síntomas de una entidad clínica; y ante este **SÍNDROME** mencionado al inicio del tercer fragmento y que finaliza con algo **NO CONGÉNITO**, nos vino a la mente, por sinonimia, el adjetivo “adquirido”; y a esas alturas ¿cómo no evocar también el “síndrome de inmunodeficiencia adquirida”?

Ahora nos resulta fácil verificar que en la etimología de “inmune” del latín **IMMUNIS**, tenemos un **IN** privativo + **MUNUS** (don, regalo). Por tanto, la persona, ciudad o nación **IMMUNIS**, es la que está exenta de “dar regalos” eufemismo por “pagar cargas o tributos”; y de ahí que, en su evolución, **IMMUNIS** ya no sólo se aplique a la persona, ciudad o nación que no es vasalla ni tributaria de nadie, sino en un sentido más general, a la persona, ciudad o nación “libre”.

Ahora bien, en el sentido médico, el estar libre de una patología se equipara al estar libre de un tributo, de una pesada carga. De modo que la “exención tributaria” del enigma, significa la “inmunidad”; y esa

inmunidad “faltante (y) no congénita” significa “deficiencia de inmunidad adquirida”. Luego, cuando los anglosajones acuñan el término “acquired immuno-deficiency syndrome” o AIDS, se lo traduce como “síndrome de immuno-deficiencia adquirida” o SIDA, en horripilante ataque a la sintaxis de las lenguas latinas.

Así llegamos en nuestro enigma, a que sus tres primeras líneas dicen: “Según sospechan algunos escépticos, el SIDA...”

4

no es una natural

DESTRUCCIÓN DE LOS TALLOS

Nadie que haya estudiado etimología latina, olvidará la belleza de algunas raíces de origen agrícola, que en su evolución, adquieren significados abstractos.

CALAMITAS, procedente de CÁLAMUS (tallo), significó en su origen “la destrucción de los tallos”, es decir, la pérdida de una cosecha por la acción de una granizada, del rayo, de una plaga o del devastador fuego enemigo. En las comunidades rurales de la Antigüedad, representaba el hambre y la muerte de muchos.

Nuestras calamidades de hoy, ya no se relacionan con la posición de los tallos, pero sí con el sufrimiento de quienes las padecen.

Entonces, hasta la línea 6, el enigma nos descubre el texto siguiente: “Según sospechan algunos escépticos, el SIDA no es una calamidad natural,...”

sino una medida
**PROPIA DE AQUEL ECONOMISTA INGLÉS AUTOR
 DEL CÉLEBRE PESAJE SOBRE LA PRIMERA CABEZA**
 de la población,

Si este fragmento del criptograma alude entonces a la obra de un economista, de inmediato imaginamos que el sustantivo PESAJE pueda traducir, como ya ha ocurrido en estos enigmas, un significado prístino, griego o latino, cuya etimología origina un término en lenguas modernas, pero con alteraciones semánticas.

Nos llama la atención la segunda palabra del título, y puesto que se trata de la obra de un economista, se nos ocurre que sea un “tratado sobre” o “discurso sobre” ...; en fin, un estudio, análisis, enfoque, investigación, o ensayo sobre algo; y al rebuscar en las distintas etimologías, encontramos que “ensayo” viene del latín EXAGIUM, quizá emparentada con el griego EXAGION (libra).

Entre los romanos, EXAGIUM significó en su origen “el acto de pesar”. El término evolucionó entonces hacia significados como “medición”, “valoración”, “apreciación”; hasta que en el lenguaje libresco, adquiere el significado de “investigación o estudio valorativo de un tema”.

En realidad, la reminiscencia del “pesaje” en un “ensayo”, no es sólo etimológica sino también semántica. ¿Acaso en las forzosas conclusiones de todo ensayo, el autor no valora, o sopesa el resultado de su reflexión o pesquisa sobre un tema?

En cuanto a la PRIMERA CABEZA, en latín PRIMUM CAPUT, nos da PRINCEPS (príncipe) y PRINCIPIUM (principio); y como ya tenemos un “ensayo sobre” algo, escogemos PRINCIPIUM. Con estos elementos resulta inevitable evocar a Malthus, un inglés, economista, autor del célebre *Ensayo sobre el principio de la población*, obra pesimista y truculenta que adoran los partidarios de la guerra y el exterminio humano.

De modo que el enigma, hasta la línea 7, nos dice: “Según sospechan algunos escépticos, el SIDA no es una natural calamidad, sino una medida

malthusiana,...”

6 verdadera MÁQUINA CUYO NOMBRE DERIVA DE LA MISMA RAÍZ QUE LA DEL ZUMBIDO DE LA CLAQUE NERONIANA

La *Vida de los Doce Césares* nos dio la pista del término CLAQUE NERONIANA, que inducía a rememorar la sabrosa chismografía imperial de Suetonio; y en efecto, en “Nerón XX, 6”, nos encontramos con que el veleidoso emperador, para estimularse en sus actuaciones artísticas, había escogido entre la juventud romana, “facciones a las que entrenaba en distintos tipos de ovaciones (como los llamados zumbidos, o ciertos aplausos que imitaban la percusión con tejas o guijarros)”; y para designar tales zumbidos, Suetonio emplea el sustantivo BOMBUS, otra palabra griega latinizada.

En efecto, lo que Homero llama BOMBOS, para aludir a un ruido seco, como el que provoca el choque de las armas, evoluciona para designar el zumbido de algunos insectos; y esta última acepción perdura en el BOMBUS latino

Por lógica asociación, ante la raíz BOMB-, la primera máquina que nos viene a la mente, es una bomba; de donde tendríamos, hasta la línea 9: “Según sospechan algunos escépticos, el SIDA no es una natural calamidad, sino una medida malthusiana, verdadera bomba...”

TAN DEMIÚRGICA y selectiva, como la de...

--

Un DEMIURGÓS era en Grecia lo que el ARTIFEX (artífice) en Roma. Por tanto, el adjetivo DEMIÚRGICO debe de significar aquí “artificial”; y así tendríamos que: “Según sospechan algunos escépticos, el SIDA no es una natural calamidad, sino una medida malthusiana, verdadera bomba, tan artificial y selectiva como la de...”

PARTECITAS CONSTITUTIVAS DE LOS HUESOS DE LOS INCORTABLES QUE NO TIENEN CARGA AMBARINA.

Del texto anterior, sin ninguna consulta, deducimos que se trata de la bomba de neutrones, que no es ninguna calamidad natural sino un artificio humano, con la particularidad de que destruye selectivamente a los seres vivos y deja intactos sus bienes.

La verificación es fácil, pues el “hueso de los incortables”, es el núcleo de los átomos.

NUCLEUS, derivado de la NUX (nuez) latina, alude en su origen a la masa interior, blanda y comestible de ese fruto; pero después, por antífrasis, aunque conserva su significado de ubicación central, desecha los significados de “blando” y “comestible”, para convertirse en sus opuestos, y pasa a ser el hueso, semilla o carozo de cualquier fruto.

ÁTOMOS, con el alfa privativo y la raíz tom-, del verbo griego TEMNO (cortar), significa en efecto, “incortable”,

Por lo demás, cualquier estudiante de griego sabe que el **ÉLECTRON** era en Grecia el ámbar; y las primeras experiencias de generación eléctrica, habrían sido efectuadas por científicos jonios, 2.500 años atrás, al frotar un trozo de ámbar contra una tela de lana. De modo que “ambarina”, en este contexto, significa “eléctrica”.

Por ende, el fragmento 12 significaría: “Las partículas constitutivas de los núcleos atómicos que no tienen carga eléctrica”; es decir, los “neutrones”.

Ya podemos, pues, presentar la solución completa del enigma. que ahora reza: “Según sospechan algunos escépticos, el SIDA no es una calamidad natural, sino una medida malthusiana, una verdadera bomba, tan artificial y selectiva como la de neutrones.”

VERSIÓN LITERAL

(que resultó muy similar en el texto de los 61 ganadores).

1

Según **SOSPECHAN**

2

algunos **ESCÉPTICOS,**

3

el SIDA

4

no es una natural CALAMIDAD,

5

sino una medida MALTHUSIANA,

6

una verdadera BOMBA,

7

tan ARTIFICIAL y selectiva

8

como la de NEUTRONES.”

VERSIÓN LIBRE O SINTÉTICA

A continuación ofrecemos las dos mejores VERSIONES SINTÉTICAS, según fueran evaluadas por el jurado de Pro Veritate, de conformidad con lo subrayado en el artículo 2º de las BASES GENERALES.

Hay quienes dicen que el SIDA es un artificio de laboratorio, destinado a reducir la población mundial, a costa de los pueblos más indigentes del planeta.
Hendryk van der Putten, La Haya.

La manipulación masiva de la salud como arma estratégica global, constituye un crimen de lesa humanidad.
François Laserre, Bordeaux

11

CERDEÑA

Desde el 22 de mayo al 23 de agosto

del 2003

La cámara con su Cromovigía había captado 135 minutos de movimiento sobre la cama matrimonial de Amérigo y Antonella. Las escenas más fuertes resultaron una felación de seis minutos, y un sesenta y nueve de cuatro. Pero como Amérigo sabía que los familiares de los protagonistas no soportarían la película completa, preparó un montaje con cinco segundos de felación, tres de coito cuadrúpedo donde se veían con nitidez las caras de Antonella y Manfredo, y cuatro segundos de una prolija succión de senos. Pero antes de introducir las imágenes del doble adulterio y tener tiempo de escapar en su coche de la ira familiar que sin duda excitaría aquel vídeo, Amérigo introdujo como preámbulo una vieja filmación suya de diecisiete minutos, que incluía varios tipos de apareamiento.

El primero, bajo el título de *AMOR CRUEL*, mostraba la fruición con que un gato le muerde el cuello a la hembra, le entierra las uñas para penetrarla con saña y provocarle desesperados maullidos de dolor, de ira, o de placer masoquista. Con las gatas cualquiera se equivoca.

En el segundo apareamiento, intitulado *AMOR ASESINO*, intervenían arañas. Al inicio de la escena, el macho, mucho más pequeño que la hembra, bailaba para ella a prudencial distancia un rito nupcial; y cuando por fin, seducida ya, ella le abría de frente su zona genital, él se acercaba, le lanzaba su semen y huía a gran velocidad; pero ella lo perseguía, y una vez capturado, lo devoraba. La voz del propio Amérigo, grave y luctuosa, comentaba el trágico destino de aquel arácnido, mártir de la fecundación.

Seguía *AMOR DE MADRE*, otra escena de la misma araña caníbal al inmolarse en la crianza de sus hijos. Las pequeñas e indefensas arañitas permanecían mucho tiempo encaramadas sobre el lomo materno, y de él se alimentan.

El acto siguiente, precedido como los anteriores por un gran título en letras rojas, documentaba una escena de *AMOR FILIAL*: Cuando los vástagos ya le habían comido a la madre la materia más blanda y nutricia de su anatomía, y de la pobre sólo subsistía un cascarón moribundo, ellos se apeaban del lomo, la abandonaban a su propia muerte solitaria, y salían a enfrentar el mundo y los imperativos de la supervivencia.

El penúltimo, bajo el título de *AMOR PRÓDIGO*, daba cuenta de la jornada

erótica de un león, único macho al servicio de un bando de doce leonas en celo, que eyaculaba 32 veces en el término de 12 horas.

Amérigo calculó que la prodigalidad del león crearía una atmósfera festiva entre los espectadores y ese sería el momento más aconsejable para introducir *AMOR ADÚLTERO*, el plato fuerte de Antonella y Manfredo.

La noticia del premio por el primer enigma llegó el 24 de mayo cuando Manfredo se hallaba recorriendo las alturas aledañas a Villacidro en busca de hongos para una fritanga nocturna. Como sucedía a menudo, él y su familia pasaban el *week end* en la vecina finca de sus suegros.

A las cinco de la tarde, una mujer que les hacía la limpieza en Cagliari, recibió el llamado desde París y dio el celular de Sandra. El llamado en la finca lo recibió Claudia, porque su madre estaba con las manos engrasadas en la cocina. El francés de la muchacha era malo. Al oír una voz de soprano alternando su francés demasiado rápido con un inglés incomprensible, no entendió casi nada.

–*One moment, please* -y le pasó el *telefonino* a su hermano Giorgio.

Tras un triple y espaciado *yes*, cada vez con mayor sonrisa y un pronunciado arqueado de cejas, Giorgio alzó un pulgar de victoria.

–*Yes, madam*, -añadió- *perhaps in one hour...; yes, for sure...*

Y tras colgar lanzó un grito.

–Papá se ganó el premio en Francia.

Unos minutos después, el abuelo materno lo conducía en su máquina hasta la falda de una loma, desde donde el muchacho comenzó a escalar de prisa en busca de Manfredo: y una hora después, el premiado confirmaba por teléfono haber sido uno de los 78 vencedores en el primer concurso de Pro Veritate. Se había ganado más de 150.000 euros.

Ya en la finca, Manfredo propuso una celebración por todo lo alto.

–Hagamos una *suovetaurilia*.

–¿Y eso qué es, papá? – preguntó Claudia.

–¿No te da vergüenza haber cursado seis semestres de latín?

–Ay, mi amor, no te pongas pesado y di qué es.

–Un antiguo sacrificio romano en que asaban un ovino, un bovino y un suino.

–Por favor, hablen en italiano -dijo el cuñado Marcello.

–Una oveja, un ternero y un cerdo -enumeró Giorgio.

–Excelente idea ¿y a quién vamos a invitar?

Por la noche, la lista de los invitados era de 78 personas.

Antonella, que tanta participación tuviera en desentrañar el enigma, dio en Roma un grito de alegría y aceptó entusiasmada. Estaba orgullosa de haber ayudado a un triunfador.

En cuanto se lo comunicaron, consultó a Amérigo y anunció que asistirían los dos. Llegarían poco antes del mediodía.

Manfredo invitó también a su ídolo Valerio y familia, y prometió reembolsarles el importe de todos los gastos; pero ellos rehusaron. De seguro por no tener dinero para los pasajes, dedujo Manfredo.

El suegro no quiso un centavo por la oveja ni por el cochinito y un vecino del lugar le vendió a Manfredo un ternero añejo a un precio exorbitante, pero él estaba empeñado en la suovetaurilia y no carecería de ningún elemento.

Esa misma tarde del sábado, se dirigió al pueblo de Villacidro, sacó de su reposo sabatino a un herrero con el que solía jugar petanca, y dos horas después salió de su forja con tres lanzas y seis trípodes provistos de enganches a diferentes alturas. Al regresar disertó ante su suegro, sus vecinos y algunas cabras incorporadas a la reunión, y reveló que cuando los romanos ofrecían el sacrificio de una suovetaurilia a sus dioses, ensartaban a las víctimas con aquellas lanzas que colocaban sobre los trípodes a la altura que más conviniera según la fuerza de las brasas.

Pura imaginación de Manfredo: ningún erudito sabe con exactitud cómo se asaba una suovetaurilia ni de qué procedimiento ritual se valían los antiguos durante el sacrificio; pero él se lo inventó a su antojo.

Al otro día, a las ocho de la radiante mañana dominical, ya su cuñado había encendido el fuego que debía convertirse en un círculo de brasas, sobre un diámetro de tres metros. Se necesitaba suficiente espacio para mover y girar con comodidad las tres piezas del asado.

Manfredo se ocupó, desde muy temprano, de traer en un carro con ayuda de varios vecinos, una laja que sirviera de ara, y a ambos lados colocó sendos jarrones de hierro, donde más tarde arderían mirra e incienso.

Los animales fueron engalanados con guirnaldas de mirto, violetas y espliego. A la oveja se le pintaron los cuernos de plata y al ternero de oro.

Por fin, el oficiante Manfredo, coronado de laurel, ante la entusiasta curiosidad de los vecinos, declaró que ahora presenciarían un rito propiciatorio, celebrado por sus antepasados de ochenta generaciones atrás. Y acto seguido esparció la mola sacramental sobre las testas de las ostias, cortó un pelo de cada una para echarlos al fuego y verificar por el chisporroteo que Júpiter Óptimo

Máximo aceptaba aquellas víctimas como impecables y propiciaba el sacrificio. Cedió paso entonces al suegro matarife, coronado de pámpanos, que inició el degüello para ofrendar a las llamas tres chorros de sangre. Por fin, en plan de augur, Manfredo extrajo las vísceras, cortó lascas de los tres hígados, que enseguida examinó de manos y boca, para confirmar que Júpiter se mostraba complacido con el humo pingüe y con aquel aroma de grasas combinadas.

Así llegó el momento de rociar el cochinito, la oveja y el ternero con una salmuera de ajo, albahaca, tomillo, orégano, laurel y ajedrea. El diferente grosor, adiposidad y consistencia de las carnes exigía mucha atención a la altura en que se iban tostando. Al mediodía las costras crepitaban y goteaban ya sobre las brasas para embeleso de los circunstantes humanos, perrunos, felinos y otros carnívoros transeúntes bajados de los altos montes para olfatear de cerca un manjar que según el discurso de Manfredo, no se había vuelto a preparar en aquellos parajes desde las Guerra Púnicas, hacía veintitantos siglos.

A las dos de la tarde, ya se encontraban presentes todos los invitados. Poco después se inició el reparto de las carnes, ensaladas y vinos caseros sobre las mesas ubicadas en medio del denso olivar, donde nadie careció de su respectiva porción.

A las cuatro, todos confraternizaban en amables convivios de sobremesa ante fuentes colmadas de frutas, o con pan caliente y botellas de tinto *Canonau* para quienes preferían de postre los quesos caprinos de Cerdeña. Se ofrecieron también bizcochitos de anís, que los comensales embebieron en licor de mirto.

A las cuatro y quince llegó el taxi de Amérigo y se estacionó a doscientos metros de la finca, en el lugar convenido, a la entrada de una aceitera cercana. En cuanto Amérigo recibió el llamado del chofer en su celular, reunió a la familia en el comedor de la finca, porque tenía una sorpresa para ellos. Insistió en que no faltara ninguno.

Los dueños de casa habrían preferido quedarse en el olivar, chachareando con los vecinos e invitados, pero Amérigo los obligó a seguirlo. También debió insistir con Giorgio y Claudia, los hijos de Manfredo, a quienes aseguró que verían algo inolvidable. Los demás presentes fueron Antonella, Manfredo, Sandra, su hermano Marcello y una docena de curiosos.

Y a las 16:32 comenzó la exhibición del vídeo.

La escena de los gatos asustó un poco a las mujeres, pero los hombres se divirtieron. Cuando comenzó la de las arañas, ya Amérigo se alejaba en el taxi, rumbo al aeropuerto de Cagliari desde donde regresaría a Roma a las 17:05.

Al iniciarse la parte intitolada *AMOR PRÓDIGO*, el papá de Sandra estaba

de lo más divertido con las proezas repetitivas del león, y soltó una andanada de chistes muy subidos de picante, que los demás le celebraron con risotadas; pero un cuarto de hora después, cuando llegó la última parte, *AMOR ADÚLTERO*, y apareció una escena de felación, nadie entendió lo que sucedía. Pero nada tardaron en definirse, con toda claridad, los perfiles de Manfredo y Antonella en plena lujuria. Ella soltó un grito y salió corriendo. Al viejo le dio un mareo y se fue de lado en su silla, sobre Marcello. Sandra se tapó los ojos y comenzó a llorar. Manfredo salió en busca de Amérigo para molerlo a golpes, pero no lo encontró; y como no se atrevió a volver a la casa, comenzó a caminar loma arriba rumbo a cualquier altura que lo alejara de su tristeza y su vergüenza.

Manfredo llegó a Cagliari a las dos de la mañana. Al apearse del taxi vio luces en su alcoba matrimonial. La pobre Sandra debía de estar destruida.

Cuando encendió la luz de la sala se encontró dos maletas con sus ropas y un sobre encima.

“Llévate lo que necesites y no intentes disculparte. Vete de nuestra casa. Llámame dentro de una semana para remendar, hasta donde sea posible, el futuro de esta familia. Te odio.”

Siguieron semanas muy amargas. Esa noche la pasó en un hotel de Cagliari. Al otro día, en cuanto cobró los dineros del premio, voló hacia la península. En Roma alquiló un carro por una semana y se dirigió a la Toscana. En Carrara fue a casa de Franco el Marmolaio, de 50 años, al que una explosión dinamitera le volara una mano, luego sustituida por un garfio, pues para su trabajo en las canteras no le servían las prótesis. Franco vivía en medio de una gran pobreza, con su pensión estatal. Manfredo le regaló 10.000 euros y lo invitó a visitar el Veneto para ver a Valerio y evocar juntos los años duros de la década del setenta.

De los 153.000 euros, Manfredo se reservó 10.000. Para la casa de Valerio entregó 130.000 que, sumados a la colecta de los demás amigos, le permitieron comprarse una casita de tres cuartos a diez kilómetros de Padova. Sin tener que pagar ningún arriendo, ya podría el amigo costearse la vida y terminar de criar a sus hijos. Con sus artesanías y restauraciones tendría meses buenos y malos; pero sin el gravamen del arriendo mensual, ya no lo amenazaría la miseria.

Fueron para Manfredo días de mucho vino e intensa amistad entre amigos queridos, sus mujeres e hijos; y de noches en blanco y sufrimiento por haber desbaratado a su propia familia.

Antes de marcharse a Alemania, donde encontrara trabajo, Antonella insistió en hablar con Sandra. Se citaron en un bar de Cagliari.

Antonella le habló de su bisexualidad, y de una amante alemana con la que ahora, tras la separación de Amérigo, se iría a vivir en Augsburg. Le habló de su brutal dependencia del sexo; y de cómo luchara durante años por abstenerse de Manfredo, a quien deseó desde que lo viera por primera vez.

–Cuando se me acercaba me ponía la carne de gallina; y tenía que darme psicoterapia: es el marido de mi hermana, es el marido de mi hermana, me repetía, para contener el impulso de acariciarlo, de echármele encima...

Lo deseó como a nadie; con una vehemencia que ningún otro hombre le inspirara; y aquel día en Roma, cuando lo tuvo sentado al lado, codo con codo ante la pantalla de la computadora, ya no se contuvo.

–Te juro que Manfredo no intentó nada para seducirme

–sollozó-. Todo fue por mi culpa...

Cuando Antonella iniciara su ofensiva, él se mostró esquivo, trató de marcharse. Pero ella lo tomó por asalto. – Para excitarlo yo me puse a...

–No necesito detalles -la cortó Sandra, ya de pie-. Buen viaje y buena suerte; y te agradezco tu franqueza. Ha sido muy decente de tu parte.

Pero se alejó sin siquiera dirigirle una mirada.

Antonella supo que la veía por última vez; y que jamás volvería a presentarse ante sus padres. Ni ante su hermano Marcello. Quizá no volviera a Italia.

El 4 de junio por la noche, Manfredo llamó a la que fuera su casa, en Cagliari.

Cuando oyó la voz de su hija Claudia, sólo atinó a decirle, en un tono que luego le sonara demasiado seco:

–Pásame a tu madre.

–Espérate -le gruñó la muchacha.

Manfredo alcanzó a oír cuando Claudia le decía a su madre: “Es él...” Y siguió un prolongado silencio.

Sandra se demoró mucho en coger el teléfono.

Sin duda se había trasladado a la planta alta, para encerrarse a hablar por la extensión de la alcoba.

La conversación fue brevísima; y para sorpresa de Manfredo, Sandra no usó

de ninguna agresividad.

–¿Podrías estar mañana por la tarde en Olbia?

–Sí, seguro.

A él sí, Sandra le aceptó los detalles. Ella misma se los pidió.

–Me provocó...

Necesitaba que él la convenciera.

–...me obligó a que me quedara a cenar...

Sandra lo miraba a los ojos y asentía, con calma.

–Y para la cena se me apareció con un vestido transparente...

Lo amaba tanto... Pero necesitaba que él también la amara. ¿Y cómo estar segura?

–Me lo pidió como un favor... Empezó muy ceremoniosa, a decirme que necesitaba quitarse de encima una vieja espina, librarse de un deseo obsesivo...

–Y tú, tan generoso...

–Me juró que no volvería a acosarme...

–Claro, y tú le dijiste que si era por esa sola vez...

–Yo no le dije nada... Ella comenzó a desvestirme y a masturbarme y a besarme...; y yo cerré los ojos y pensé en tí, te lo juro... Me dejé tocar, sí, pero todo el tiempo fuiste tú.

Sandra comenzó a excitarse.

–No fue con ella que hice el amor, fue contigo... -le mintió sin remordimientos-. Tú eres la única mujer que yo he querido, y si te pierdo no sé qué va a ser de mi vida.

Era sincero en eso. Ella se convenció y empezó a desvestirlo.

Para volver a vivir juntos, Sandra le pidió unos días. Necesitaba justificarse ante sus hijos. Giorgio estaba muy triste y Claudia furiosa.

–Con Giorgio es mejor que hable yo mismo.

Ambos hablaron con sus hijos ese fin de semana.

Sandra le trasladó a Claudia la confesión de Antonella y su convencimiento final de que Manfredo no era tan culpable. – No supo negarse -pensó Sandra en voz alta-, o no quiso lastimarla.

Antonella estaba pasando en esos días una crisis de autoestima y necesitaba reafirmarse como mujer; y Manfredo era todo corazón, tan bueno, tan noble, tan poco egoísta, que la casi totalidad de su premio se lo había regalado a Valerio y al Marmolaio. De los 153.000 euros que se ganara en el premio, apenas si utilizó 8.000 para cubrir los gastos de su reciente viaje a la Península, pagar hoteles, invitar a los amigos.

Manfredo adaptó para Giorgio una versión sobre la crisis de Antonella, y de la compasión que le inspirara su soledad y del abandono en que la mantenía Amérigo, y en fin, ante la botella de grapa reconoció también que Antonella era hermosa y que la carne es débil; pero no fue él quien provocara aquello. Antonella le juró que sería esa sola vez, para quitarse una vieja espina; y él seguía tan enamorado de Sandra como el primer día, una mujer bella, excepcional, inteligente, honrada, veraz, y si Sandra lo abandonaba, a él sólo le quedaba meterse un balazo en la cabeza, porque era incapaz de vivir sin ella y sus hijos.

Esa noche, por primera vez, padre e hijo se emborracharon juntos y terminaron llorando abrazados sobre el sofá de la sala; y Manfredo le contó cuánto le gustaba a Giorgio, a la edad de dos años, pasarse de su cunita a la cama de sus padres. Pero no le dijo cuánto se conmovía él, al cogerle una manito suavísima, que cabía completa en la suya.

Durante todo el mes de junio, no obstante la reconciliación oficial, Manfredo se mostró cortado y esquivo ante su hija Claudia. Era ya una mujer, y desde los 18 dormía con amigos en su alcoba; pero Manfredo temía que ella no le perdonara la escena del vídeo.

–Ven acá, papá -le sonrió Claudia un día de lluvia, en que él guiaba en silencio para llevarla a casa de una amiga-. ¿Por qué tú ya no hablas conmigo?

–Ay, hijita, es que..., mira..., todavía temo que en el fondo... tú sigas furiosa conmigo...

–¿Por lo que vi en el vídeo?

Manfredo asintió sin desviar los ojos de la ruta.

–Bueno...; furiosa estuve, sí, un par de días; pero no porque durmieras con mi tía... ¿Te olvidaste de que ya tengo veinte años?

Él se volvió esta vez a mirarla de frente, un poco desconcertado.

–Considero una infamia que te acostaras con ella y no me creo el cuento de la autoestima, pero si crees que en el vídeo aprendí algo nuevo, te equivocas: ni ella ni tú tienen nada que enseñarme -y le sonrió con sorna.

Aquel desparpajo de Claudia le quitó cierto peso de encima, pero su agresiva presunción de emular en la cama con Antonella, lo entristeció.

Al otro día despertó sobresaltado por una pesadilla deprimente en que Claudia lo cabalgaba en la misma cama matrimonial donde dormía Sandra, y de pronto entraban sus suegros. Lo único que le faltaba. Los pobres viejos, anonadados después del vídeo, habían roto con él para siempre. Era algo que él no se perdonaba.

A fines de ese mes Manfredo tocó fondo. Fue su día de mayor depresión, que atribuyó a no haber resuelto el segundo enigma de Pro Veritate. Se había ilusionado con ganarlo para fundar una cooperativa de artesanos. Durante los días que pasara con Valerio y Franco el Marmolaio, supo de varios antiguos compañeros con serias dificultades para ganarse la vida: tres en Bologna y dos en Padova. Y él se prometió que si los chiflados de Pro Veritate le volvían a otorgar un premio, sin falta ayudaría a los amigos.

El 20 de junio, a las 6 de la mañana, accedió por **Internet** al texto del enigma; y 11 horas después no lograba resolver lo del “concurso de exención tributaria”, ni dio con el “economista inglés” mencionado en el quinto fragmento. Como en el primer caso, la respuesta debía llegar a París antes de las 18:00, y para esa hora lo único que tenía era un fortísimo dolor de cabeza.

De vacaciones, Sandra quería irse a Río de Janeiro con toda la familia; pero ambos muchachos prefirieron, con la mitad de lo que gastarían durante 15 días en Brasil, irse cada uno por su lado, con sus parejas; y Manfredo, que tras haber regalado todo el dinero de su premio, se avergonzaba de que Sandra costeara otra vez las vacaciones, le propuso una económica gira en carro por Europa, sin ningún plan, a la deriva. Ella aceptó y pasaron un delicioso fin de semana entre Burdeos y el Périgord, en pos de manjares y vinos campesinos. Siguió un raid por Bretaña y Flandes, de paso hacia Bélgica. Desde Lieja, Manfredo llamó a Lübeck, donde vivía un romanista que fuera su condiscípulo y buen amigo en época de estudiantes. El alemán también se llamaba Manfred y se había convertido en un medievalista erudito, con mucha obra publicada. Entre las virtudes del tocayo, estaba la de saberse de memoria *L’Inferno* completo; pero aparte de sus virtudes memorísticas, conseguía en una hacienda cercana unos espárragos inolvidables y preparaba un pescado relleno que merecía hosannas y aleluyas. Al reconocer a su condiscípulo italiano, Manfred los invitó a su finca, donde ya albergaba a otros huéspedes. Allí pasaron cinco días de excelente cerveza, pésimo tenis, y cenas a las brasas, en torno a una hoguera con acordeón, guitarra, *Lieder* y cánones cantados a tres y cuatro voces.

Manfredo leía bien el alemán y lo chapurreaba con soltura. Sandra se comunicaba en inglés y disfrutaba mucho en medio de aquel grupo armonioso, la buena comida y la nocturna música casera, de afinadísimas polifonías y vibrantes voces alemanas.

Al tercer día, so pretexto de aprovisionarse de vinos, Sandra se levantó muy temprano para una escapada a Lübeck. Decidida a salvar su honor lírico patrio y propiciar el lucimiento de su marido como cantante, se dirigió a una tienda de

música y adquirió varios compactos de ópera con las letras omitidas, de los que se usan para ejercicio de los cantantes. Encontró un gran surtido con música de numerosas arias que Manfredo tenía en su repertorio; y la víspera del retorno a Italia, Manfredo se colmó de gloria. Fue una velada memorable, de cielo estrellado, inusual en aquellas latitudes, donde a la medianoche se reflejaba todavía el majestuoso amarillo de la colza en flor. A pedido de Sandra, Manfredo cantó con la Filarmónica de Milano, dirigida por el maestro Ítalo Gobbi, el aria “Lucevano le stelle” de *Tosca*. Arrancó emocionados aplausos, bravos, y pedidos de bis. A continuación, también de Giacomo Puccini, cantó el “Addio, fiorito asil”, del acto III de *Mme Butterfly*, cuando el Teniente Benjamin Pinkerton se despide entre sollozos de aquella casa que tantas horas felices le deparara.

Esa noche triunfal, ella lo amó con desesperación, y él, agradecido, volvió a traicionarla con su hermana; ya le había sucedido varias veces después de la reconciliación. Con Sandra entre sus brazos, se inspiraba en el recuerdo de la virtuosa Antonella. Pero a aquella mujer tan generosa, solidaria, madre de sus hijos, que lo amaba más allá de toda duda, y que sin ningún reproche aprobara la donación de todo su premio a los amigos, quizá él la traicionara a veces con la mente, pero *de facto* no volvería a suceder; y con fervorosa convicción le reiteró su fidelidad y amor eternos.

Ella volvió a creerle y regresaron a Italia enamorados, como no lo estuvieran en mucho tiempo.

El 20 de julio, al enfrentarse al tercer enigma, todo le resultó fácil. Resolvió sin tropiezos el texto críptico y tuvo la seguridad de no haber cometido errores; pero lo inquietaba su versión sintética, a la que esta vez le imprimiera un vehemente tono anti-USA. A juzgar por el segundo enigma, todo indicaba que Pro Veritate no se asustaba ante las interpretaciones de izquierda; pero se temía que la suya, tan radical, resultara inaceptable para el jurado; sobre todo desde que Bush, ya a principios de junio, en Evián, se dedicara a dar tirones de oreja a sus aliados más díscolos, y a proferir a diario apocalípticas amenazas contra todo el planeta. Pero el 26 por la tarde le anunciaron que su trabajo figuraba entre el grupo de los privilegiados que Pro Veritate consideraba excelentes. En este caso, la suma de los doce millones asignada para el premio, dividida entre sólo 48 ganadores, ascendía a 250.000 euros. De modo que en la noche del 26 y madrugada del 27, muy excitado, se la pasó en vela y en cálculos mentales, hasta llegar a una decisión: se quedaría con 50.000, para ayudar a costear los dos años que Claudia aspiraba a pasar en Tokyo en sus estudios de lengua y cultura

nipona; y el resto lo dedicaría a mejorar la vida, no de tres compañeros, como calculara poco antes, sino de cinco.

Esa misma noche llamó a Vitaliano, un genovés compañero de luchas, que por evitar la cárcel huyera a Buenos Aires. Quince años después, a su regreso, abrió una parrillada en su Liguria natal. El negocio prosperó con rapidez y en cinco años estableció otros dos locales, donde también ofrecía especialidades de carne basadas en el corte argentino de la res, que él aprendiera como obrero de un matadero. Cuando el grupo de la colecta se reuniera en Bologna para un acuerdo sobre la vivienda de Valerio, Vitaliano contribuyó con una suma importante, pero bajo protesta; porque a su juicio, más que comprarle una casa, lo que debía asegurársele era un medio para el sostén de su familia; y en esa ocasión propuso montarles una parrillada. Explicó que la excelencia de la carne argentina, sobre todo en la tira de asado y el bife chorizo, dependía de ese corte insustituible que sólo se realizaba en la Argentina; y Vitaliano no sólo les enseñaría a despiezar la res, sino varios secretos culinarios y administrativos, fundamentos de su éxito. Eso, claro, siempre que no compitieran con él en el litoral de la Liguria, donde proyectaba abrir dos o tres locales más; y según le revelara a Manfredo en aquella ocasión, el compañero que arrendase un local adecuado, e invirtiera 60.000 euros en equipos, podía echar a andar una parrillada elegante. Sólo requeriría dos semanas de aprendizaje al lado de uno de los expertos asadores de Vitaliano.

Cazzo! Asar carne era simplísimo. Fue la primera culinaria de la humanidad. Hasta los Cro Magnon y los Neanderthal se lucían preparando asados; y Vitaliano aseguró que en cualquier lugar de Italia donde se organizara el negocio cómo él sabía, una familia de cinco o más personas, sin necesidad de ninguna experiencia previa, ofrecería un buen servicio y ganaría lo suficiente para vivir con dignidad.

Manfredo estaba dispuesto a apoyarlo pero terminó por plegarse a la opinión de los otros tres miembros del comité de la colecta, empecinados en que resuelto el problema de la vivienda, Valerio subsistiría con sus artes de restaurador, que él amaba, y no tendría que rebajarse a un oficio de Cro Magnones.

Vitaliano, algo ofendido, entregó su contribución y no volvió a tocar el tema, pero a Manfredo el asunto le quedó sonando.

El día 27, muy temprano, Manfredo se sentó a trastear su computadora; y en efecto, tal como se anunciara, a las 6 a.m. apareció, en el sitio web de Pro Veritate, todo lo concerniente al Tercer Concurso de Enigmas.

FALLO PARA EL TERCER CONCURSO

DE ENIGMAS

París, 27-7-2000

La FONDATION “PRO VERITATE” informa que de un total de 1.406 participaciones, se recibieron 111 respuestas correctas; pero sólo 48 versiones libres, reunieron los requisitos para ser evaluadas como EXCELENTES, lo que permitió a cada concursante favorecido por el fallo, obtener la suma de 250.000 euros (que corresponden a la 48ª parte de los 12 millones asignados para cada uno de los cinco concursos).

REPETICIÓN DEL TERCER ENIGMA

(ya publicado mundialmente el 20 de julio).

1

¿Practican hoy día las democracias más HOMÓNIMAS DE AQUEL AL QUE SERVÍA UN ANAGRAMÁTICO MONSTRUO SHAKESPEARIANO,

2

**una CIENCIA DEL QUE DIRIGE EL PÉRTIGO CIUDADANO
HACIA AFUERA,...**

3

**que respete la INTANGIBILIDAD DE LA NATURALEZA y DE LAS
COSTUMBRES**

4

**de los (que) SI TUVIERAN LA O LARGA SERÍAN ÁLAMOS menos
desarrollados?**

--

INTERPRETACIÓN FUNDAMENTADA

**Elaborada por el concursante Manfredo Piroto, de Cagliari, Cerdeña.
Formato editorial de Pro Veritate.**

**Si ese “monstruo shakespeariano” no está aquí usado en sentido
metafórico, el único verdadero monstruo que conozco en la obra de**

Shakespeare, es Calibán, el esclavo de *La tempestad*; que por cierto es resultado de un anagrama inspirado en “caníbal”, término que a su vez proviene de “caribe”, por la legendaria ferocidad y antropofagia que los europeos atribuyeran a este pueblo de origen sudamericano; y “aquel al que servía” Calibán, era el rey Próspero. De este modo, el fragmento 1º sería el inicio de la siguiente oración interrogativa: “¿Practican hoy día las democracias más PRÓSPERAS...?”

2

**una CIENCIA DEL QUE DIRIGE EL PÉRTIGO CIUDADANO
HACIA AFUERA,...**

--

De conformidad con lo establecido en el art. 28º de las bases para el concurso, un pértigo, que hoy significa la lanza o vara de un carro o arado, era en Roma un TEMO; y TEMO es el étimo latino del que nos llega en it. timone, en esp. timón, en fr. timon etc; y aquí cesan las dificultades de este fragmento, porque quien “dirige el timón ciudadano” no puede ser otro que “el que guía la nave del estado”, “o el timonel de la polis”, según la vieja metáfora acuñada por la lírica arcaica de los griegos.

Timonel tiene formas muy similares en casi todas las lenguas románicas: it. timoniere, fr. timonier; y esp. timonel, etc.; y resulta doble sinónimo de gobernante, que procede de la raíz griega KYBERN-, la cual llega al latín bajo la forma GUBERN-. De modo que tanto el GUBERNATOR latino como el KYBERNETES griego, significan el timonel. Pero esta raíz, que en su evolución etimológica nos da en fr. gouvernail, en esp. gobernalle, en it. governale (todos con significado de timón), evoluciona también como semantema y acuña un significado metafórico asociado a la idea de “gobierno político”. Llegamos así a que “la ciencia del que dirige el pértigo

ciudadano” es “la ciencia del timonel de la polis” o “ciencia del político”; lo cual a secas, significa “la política”.

Y la “política hacia afuera” tiene que ser por fuerza, “la política exterior” o “política extranjera” de una nación.

De suerte que el fragmento 1º se amplía y nos pregunta ahora:
“¿Practican hoy día las democracias más PRÓSPERAS una POLÍTICA EXTERIOR...?”

3

que respete la INTANGIBILIDAD DE LA NATURALEZA y DE LAS COSTUMBRES

--

En un primer examen de este fragmento, que nos consumió varias horas, no conseguimos sacar nada en limpio; pero un vistazo al fragmento 4º, nos salvó del fracaso.

A cualquiera que haya estudiado latín con cierta profundidad, le tiene que haber llamado la atención que la conocida palabra POPULUS (con la o breve), que da origen al it. poppolo, esp. pueblo, fr. peuple, port. povo, ing. people, signifique algo tan diferente cuando le alargamos la letra o, como es el árbol que se llama en it. pioppo, en esp. chopo (álamo), en fr. peuplier, en ing. poplar.

De modo que en el fragmento 4º, la parte enigmática en mayúsculas, significa: pueblos

Volviendo al fragmento 3º, esa INTANGIBILIDAD, traducible por “intocabilidad” no nos sugiere nada en relación con la NATURALEZA. De otra parte, la oposición entre NATURALEZA y COSTUMBRES nos sugiere la antinomia del derecho natural y el derecho consuetudinario, pero nos metemos en un callejón sin salida.

Por fin, recordamos que las costumbres en latín, son las MORES, de donde viene nuestra MORAL; y ya la oposición entre “naturaleza” y “moral” se nos aclara un poco, porque la primera nos remite a su forma griega FYSIS. Por tanto la INTANGIBILIDAD DE LA NATURALEZA y DE LAS COSTUMBRES, más lo ya interpretado del fragmento 4º, se traducirían: “LA INTANGIBILIDAD física y moral de los pueblos”; y al recordar los tres temas del verbo latino TANGO, TETIGI, TACTUM, que da lugar al adjetivo tangible y sus derivados, descubrimos que en el tema de perfecto, la raíz reduplicada y aliterada es TEG-de donde nos resulta fácil llegar al concepto de “inTEGer” como sinónimo de intacto, intocado. Y así resulta que la INTANGIBILIDAD significaría integridad.

Véase ahora, el final del fragmento 4º ya descifrado.

4

de los (que) SI TUVIERAN LA O LARGA SERÍAN ÁLAMOS menos desarrollados.

--

He aquí la interpretación del enigma completo:

“¿Practican hoy día las democracias más PRÓSPERAS una POLÍTICA EXTERIOR que respete la INTEGRIDAD FÍSICA y MORAL de los PUEBLOS menos desarrollados?”

VERSIÓN LITERAL

1

¿Practican hoy día las democracias más PRÓSPERAS

2

una POLÍTICA EXTERIOR

3

que respete la INTEGRIDAD FÍSICA y MORAL

4

de los PUEBLOS menos desarrollados?

--

VERSIÓN SINTÉTICA O LIBRE

**A continuación ofrecemos dos de las mejores VERSIONES LIBRES,
según las evaluara el jurado de Pro Veritate, de conformidad con lo**

anunciado en el artículo 2° de las BASES GENERALES.

La tortura viola el derecho a la integridad física del ser humano.

El desprecio social y el racismo, violan el derecho a la integridad moral del ser humano.

En casi todos los países de América Latina se practica o se ha practicado, hasta épocas muy recientes, la tortura, el asesinato y la desaparición de opositores. Y existe también una oligarquía racista que se proclama demócrata y católica, pero que desprecia y explota a negros e indios.

El paradigma de la democracia actual en el mundo son los EE.UU. de Norte América; y está comprobado que los EE.UU. han apoyado y apoyan, han financiado y financian a los dictadores latinoamericanos, y han entrenado a sus sicarios en las más modernas técnicas de torturas y desapariciones, para ayudarlos a masacrar a sus opositores. Ergo: puede afirmarse que por lo menos la ejemplar democracia de los EE.UU., realiza en América Latina el papel del Anticristo, pues viola el derecho a la integridad física y moral de millones de seres humanos.

Johannes De Greiff, Groningen

“El cínico gobierno de los EE.UU. de Norte América, petropirata y genocida, es la más poderosa amenaza que ha conocido el planeta desde sus orígenes. Con la bochornosa guerra de Irak, la dictadura fascista mundial y el psicópata que la preside desde Washington, han dado un nuevo zarpazo contra la humanidad. ”

Samuel Barn, Toronto.

De las treinta y dos versiones sintéticas premiadas, la de Samuel Barn era sin duda la más antinorteamericana; pero entre las doce que también agredían a Bush y al gobierno de los EE.UU., descollaban tres sin pelos en la lengua. No obstante, Manfredo se desconcertó al leer, de otros ganadores del cuarto millón

de euros, seis versiones cavernarias. Sobresalía una, antológica de la barbarie contemporánea:

“Algún día, los hijos de una Humanidad próspera y sin conflictos económicos ni raciales, agradecerán al presidente Bush y a sus ayudantes, la gran limpieza iniciada en nuestros tiempos, mediante sus cruzadas contra la ignorancia, el terrorismo y la decadencia de la especie humana en Afganistán, Irak y otros oscuros rincones del planeta.”

Robin Wilkinson, 91 Hampstead Road, Benwell, Newcastle on Tyne, NE4 8AB, UK

El jueves 14 de agosto, concluidas sus gestiones en favor de los amigos, Manfredo abordó un tren en Padova y al mediodía se apeó en Milano Centrale. Esa misma tarde volaría hacia Olbia, donde se le iba a reunir Sandra, para pasar juntos el fin de semana en casa de amigos, en la Costa Esmeralda.

A la entrada de la pasarela señalada entre dos barandas metálicas, donde se forma la cola para los taxis, Manfredo le cedió el paso a una joven que cargaba una pesada maleta; y detrás de esa joven, ligera de equipajes, sonriente y desenvuelta, llegó Gloria Múndula.

Él no atinó ni a sonreír. Después de su huida en Campo de' Fiori, cuando volvieron a verse en el Liceo a fines de mayo, Manfredo se escudó en que había presentado un ataque de epilepsia; y como a él le horrorizaba que lo vieran retorciéndose y echando espumarajos por la boca, había corrido en desesperada búsqueda de un hospital. Ella le creyó y esperó una nueva oportunidad; pero cuando Amérigo exhibió su vídeo y estalló la crisis, Manfredo recurrió a un psiquiatra amigo y al Director del Liceo, que lo tenía en buena estima, y obtuvo una licencia por afectaciones nerviosas, que se prolongaría hasta el inicio de las vacaciones; y ahora, de sopetón, se encontraban los dos solos en Milano.

Gloria venía del Piamonte y del Val d'Aosta. Un jovencito alpinista de

Torino la había invitado a pasar unos días en las pistas de esquí de Courmayeur. La segunda noche, aburrida del jovencito y de los Alpes llamó al padre, que entonces pasaba unos días de playa en su casa de Olbia; y sin previo aviso, dejó plantado al alpinista. Se le escapó en autobús hasta Torino, y desde allí siguió por tren a Milano.

A propuesta de Manfredo, viajaron en el mismo taxi al aeropuerto de Linate, y tras un intenso besuqueo que ella iniciara en el trayecto, Manfredo le propuso verse a escondidas en un hotel de Olbia. Ella aceptó sin ninguna reticencia y en ese hotel estuvieron tres horas encerrados, antes de reunirse con sus respectivas familias.

El detective y fotógrafo Nino Tráppani, especialista en seguimiento de cónyuges infieles, trabajaba para Múndula desde hacía dos años. Cada vez que *l'onorévole* se olía algún nuevo romance de Gloria, le ordenaba vigilarla.

Amén de los seguimientos por encargo de Múndula y otros clientes, Tráppani solía chantajear por cuenta propia. Cuando veía en bares, hoteles, parques retirados, aeropuertos, a una mujer joven y bella con un hombre maduro, o viceversa, al instante detectaba si aquella era una pareja legal o clandestina. Se lo decía la mucha cortesía del caballero, una sonrisa cómplice, una mirada, en fin, la típica gestualidad del amor en prolegómenos. Con otro crápula que le servía de ayudante, Nino iniciaba el doble seguimiento de los sospechosos, verificaba el estado civil y pecuniario de ambos, y según lo que averiguara, establecía la estrategia y el monto de su chantaje.

En Milano Centrale, Tráppani quedó muy sorprendido al ver que Gloria se encontraba con Manfredo Piroto, el mismo que unos meses antes don Battista le mandara fotografiar en Roma. Un tipo extraño que al final, como si hubiera cogido miedo de ver llegar a Gloria, escapara por un callejón.

A cierta distancia y amparado en su más reciente disfraz, melena rizada debajo de una gorrita bochevique, sin bigote y con enormes espejuelos oscuros de carey, les tiró una foto en la cola de los taxis y más tarde otra en Linate, donde los captara con teleobjetivo besándose en un rincón.

Ya en el Hotel Esmeralda, de Olbia, cuando Tráppani vio que Gloria enfilaba

rumbo a los ascensores, la siguió con su calva al aire, un bigote rojizo, espejuelitos oscuros y sin cámara. Subieron juntos hasta apearse ambos en el quinto piso, donde ella caminó unos pocos pasos y golpeó muy suave en una puerta.

Propina mediante, Tráppani supo que el caballero huésped de la habitación 512, la había pedido por tres días.

A las ocho, retirada Gloria, Tráppani se mantuvo al acecho en el lobby. Cuando a la media hora Manfredó salió del ascensor, Tráppani se lo señaló a su ayudante, que lo siguió hasta una mansión playera a 12 kilómetros de Olbia. Era una casa elegante, rodeada de una docena de carros caros, donde prevalecía un ambiente festivo. En el grupo resaltaba una mujer que por su familiaridad y permanencia al lado de Manfredó, debía de ser la esposa.

Al día siguiente, desde lejos, Tráppani captó varias escenas playeras de Manfredó y Sandra, en compañía de amigos.

Al mediodía fotografió a la pareja bajo una sombrilla, en la terraza de un bar céntrico.

Esa misma tarde a las 16, obtuvo nuevas vistas de Manfredó entrando al Hotel Esmeralda; y también de Gloria, 10 minutos después. Alrededor de las 18 los volvió a captar saliendo. Se veían separados, pero sobre los peldaños del mismo hotel; y el día 17, el secuaz de Tráppani que ocupara la habitación 513, logró enfocar a Gloria de espaldas, cuando golpeaba en la 512.

En los días siguientes, por una entrevista publicada en un periódico sardo, Tráppani y compañía se enteraron de que Manfredó Piroto era ganador de dos premios cuya suma representaba más de 400.000 euros; y aunque él estaba trabajando para el *onorévole* no quiso desperdiciar la oportunidad que se le presentaba. A poco de averiguar sobre la vida de Manfredó Piroto, supo que sus relaciones familiares eran normales: un hogar bien constituido, matrimonio feliz, dos hijos veinteañeros. Y el día 18, ya persuadido de que le sacaría unos 100.000 euros, redactó una carta.

El día 19 Sandra viajó a Barcelona, donde iba a permanecer casi una semana, con intenciones de cerrar un negocio turístico para su agencia. Manfredó la dejó en el aeropuerto y regresó a su casa muy excitado por la inminencia del cuarto y último concurso de Pro Veritate, en el que según anunciaran, sólo participarían personas que ya hubiesen ganado por lo menos uno de los tres concursos precedentes. Él figuraba entre los ganadores del primero y del tercero, con lo que se acreditaba una cierta notoriedad en Cagliari.

En la mañana del día 19, cuando el propio Battista Múndula y su

guardaespaldas se presentaron en casa de Manfredo, Giorgio los invitó a pasar, recogió su tarjeta de presentación y se la entregó a Manfredo, que se estaba afeitando.

Aquella visita a su casa, de un connotado fascista y maffioso, sólo podía tener una causa: Gloria. ¡Qué imprudencia haberse enredado con ella en Olbia!

Para controlar el miedo y el temblor de las manos, se repitió que él seguía siendo el mismo revolucionario valiente de los años 70, que con miedo o terror, siempre había enfrentado los peligros cara a cara, y que ahora no se dejaría intimidar por ningún miserable politicastro mafioso.

Al bajar, ya vestido para salir, Múndula lo esperaba sonriente junto al ventanal de la sala:

–Lo invito a dar un paseíto por el parque.

Manfredo miró la hora para un simulacro de despreocupación.

–¿De qué se trata?

–Hay cosas delicadas que no deben oírse en una casa de familia -y el *onorévole* le pasó una foto donde se lo veía besando a Gloria en el aeropuerto de Linate.

–Está bien -dijo Manfredo con aparente calma y le señaló la puerta.

En el parque, donde a esa hora patinaban dos adolescentes, Múndula se detuvo junto a un banco, miró en redondo como para cerciorarse de que nadie lo oía, y dirigió un cabezazo significativo a su gorila, que se alejó unos cuantos pasos. El hombre, un mazacote de un metro noventa, al que el pelo de la frente le llegaba a las cejas, se ubicó patiabierta y expectante, a unos 20 metros.

–Vengo a decirle dos cositas y voy a ser muy breve.

Las dos cositas eran que si Manfredo volvía a enredarse con Gloria, la signora Sandra recibiría en su despacho de *Viajes Orsini*, algunas fotos y una circunstanciada crónica sobre las últimas andanzas de su adúltero esposo; y si a pesar de eso, volvía a verla, no le iba a quedar un hueso sano.

–A buen entendedor pocas palabras -respondió malhumorado Manfredo, y se alejó. La entrevista, incluida la caminata de ida y vuelta al parque había durado tres minutos.

Cuando llegó de nuevo a la puerta de su casa, Manfredo estaba furioso. Había perdido por completo el miedo. Con cuántas ganas le habría roto todos sus huesos a aquel fascista asqueroso. No obstante se llamó a la calma. Detestaba verse amenazado, pero no tenía alternativa. No se arriesgaría a que Sandra se enterase de esta nueva infidelidad. Sería el fin de su matrimonio, la ruina de su familia, su desgracia. No podía permitirlo. Estaba atado de pies y manos.

Sin embargo, cuando ya Múndula estaba montando en su carro, Manfredo volvió sobre sus pasos y lo amenazó:

–Me olvidaba prevenirle que si esto llega a oídos de mi familia, me voy a meter un balazo en la cabeza. Pero primero le voy a meter cinco a usted.

–¿Y usted cree que podría? – sonrió Múndula y miró a su guardaespaldas.

–Sí, estoy seguro, aunque antes tenga que eliminar a ese primate asqueroso - y se marchó.

Media hora después, cuando volvía a salir de su casa, recibió un llamado en su celular. Alguien que se identificó como empleado de una mensajería de Cagliari, necesitaba informarse dónde y cuándo localizar al Sr. Manfredo Pirotto para entregarle una carta que, según instrucciones del cliente, el destinatario debía recibir en sus propias manos.

Aquello volvió a darle mala espina, pero pidió que le enviaran el sobre a su casa de inmediato y se apeó del carro para esperar al mensajero. El muchacho, imberbe y sonriente, llegado en un *motorino*, se aseguró de que él fuera el Sr. Manfredo Pirotto y le rogó firmar una constancia de recibo.

En verdad que no se había preocupado en vano. Con verdadero espanto leyó el texto, escrito con mayúsculas y a mano:

EGREGIO SEÑOR PIROTTO:

**DE NO AVENIRSE USTED A PAGAR LA SUMA DE
100.000 EUROS, NOS OCUPAREMOS DE QUE LA CARTA
ADJUNTA LLEGUE A MANOS DE SU ESPOSA.**

**LO LLAMAREMOS EL 21 DE AGOSTO A LAS 8 P.M. A SU CASA Y
LE PREGUNTAREMOS ¿SÍ O NO?.**

**SÓLO NECESITAMOS QUE NOS RESPONDA CON UN
MONOSÍLABO.**

ATENTAMENTE,

EL OJO VIGILANTE”

En el otro folio, Manfredo leyó:

ESTIMADA SEÑORA PIROTTO:

EL DÍA 14 DE AGOSTO, A LAS 15:15, EL PROFESOR MANFREDO PIROTTO OCUPÓ DURANTE TRES DÍAS UNA HABITACIÓN EN EL HOTEL ESMERALDA DE OLBIA. ¿NO SE HUELE USTED ALGO EXTRAÑO? ¿POR QUÉ OMITIRÍA COMUNICÁRSELO A SU ESPOSA?

ESE MISMO DÍA A LAS 18:40, ABANDONÓ EL HOTEL ESMERALDA PARA ENCONTRARSE CON USTED Y SUS AMIGOS EN SANTA AGATHA, AVENIDA DEL MARE N° 32.

LAS TRES HORAS QUE SU ESPOSO PASÓ EN EL ESMERALDA EL DÍA 14, FUERON PARA UN FURTIVO ENCUENTRO AMOROSO CON GLORIA MÚNDULA. (VER FOTOS ADJUNTAS.) ESTA MUCHACHA, DE 17 AÑOS, SU ALUMNA EN CAGLIARI, FUE SEDUCIDA POR SU ESPOSO QUE LA CONVIRTIÓ EN UNA DE SUS AMANTES. CON GRAN FRECUENCIA SE CITAN PARA ADULTERAR EN DISTINTOS ESCONDITES.

Entre las fotos que incluían, despuntaba la del beso en Linate.

Esa tarde y durante casi toda la noche de insomnio, al recordar el incidente, supuso que Múndula mantenía un seguimiento de su hija; y sin duda, él mismo le enviaba el anónimo. Tal vez no quiso decírselo frente a frente por temor de que Manfredo lo grabara. Amenazarlo con romperle los huesos por andar con su hija de 17 años, no era delito. El chantaje sí, y Múndula era abogado. Pero también era mafioso, y con toda seguridad estaba al tanto del dinero que él se ganara con los enigmas. Era lógico, por tanto, que ahora le infligiese el castigo adicional de 100.000 euros por meterse con su hija.

La furia y el temor no lo dejaron dormir esa noche. Al otro día, 20 de agosto, el estado de gran alteración no le permitió inspirarse ni hilvanar sus ideas; ya a media mañana abandonó el propósito de participar en el Cuarto Concurso. Se fue al aeropuerto y no paró hasta Carrara, adonde llegó por la tarde, en busca del Marmolaio; ya vería el mafioso mequetrefe ese con quién se había metido.

Don Battista enviudó a la edad de 42 años. Gloria tenía entonces 14, Emilia 12 y Pierino 9. Al segundo día de su viudez, un domingo de verano, don Battista anunció que haría una siesta. Se hallaba con Gloria, una hermana de la difunta, y la servidumbre en del Palazzo Múndula, residencia de la familia en Núoro. Y esa tarde muy triste, Gloria buscó refugio a su lado. Él la aceptó como cuando era más pequeña, y ella comenzó a tironearle la profusa pelambre del pecho. Extenuada por el sufrimiento y soñoliento él por el mucho vino del almuerzo, se durmieron abrazados. Al rato la despertaron unos ronquidos. Insatisfecha con los pelos del pecho, ella iba ya por la orla del ombligo. Don Battista se despertó cuando le alisaba los pelitos del pubis, pero fingió seguir dormido y se dio vuelta, boca arriba. Unos instantes después, tampoco se dio por aludido cuando unas uñas le recorrieron el falo desde la base hasta la punta.

Fue inevitable el recuerdo de una visita que Battista, con nueve años hiciera en compañía de su mamá, a la finca del tío Doménico. Y durante otra siesta en cama matrimonial, su mano dio con el dorso sobre el falo del tío Doménico, al igual que él ahora, se fingió dormido; pero cuando aquello empezó a erguirse, el niño se excitó; y no contento con el falo del tío comenzó a menearse el suyo con la otra mano. Doménico no quiso ser menos y se hizo masturbar. El jueguito se repitió otra vez y a la tercera, el tío le pidió que se volviera de espaldas; y mientras el niño se manipulaba a sí mismo, el tío le eyaculó entre las piernas. Y ahora, el adulto Battista, al sentir sobre su falo a media asta la mano de su hija aprisionándolo golosa, se irguió en una rauda erección.

Desde entonces, Battista no había vuelto a refocilarse con hombres. Nunca fue ni tuvo complejos de *finocchio* [\[17\]](#); y tras una breve reflexión, se persuadió de que Gloria no era ninguna *puttana*. La muchacha vivía un momento de excitación incontenible, lógico a su edad, pero tan inocente y sano como el suyo con Doménico. Y ella, con aquel miembro cálido y palpitante entre sus manos, aprisionaba esa vida que perdiera su madre, y comenzó a restregarse el pene por las entrepiernas.

Él la dejó hacer, sin comentarios.

Ella volvió grupas y lo aprisionó entre sus muslos.

Con aquellas nalgas duras, paraditas, él comenzó a frotarse por fuera, como el tío Doménico; y no aspiraba a más; pero ella, con la eficiente manualidad de quien lo ha hecho muchas veces, se introdujo en un santiamén el glande e inició un meneo múltiple digno de la mejor rumbera.

Battista no tenía marcha atrás posible. No obstante, reconoció que ante semejante demostración de experiencia, debió sentir alguna rabia, enarbolar principios, protestar por el *onore* familiar violado; pero era demasiado tarde. En aquel momento de extrema lujuria, potenciada por el incesto y el estímulo de lo vedado, ni un santo se habría interrumpido. Y a esas alturas, Battista no podía figurarse represalias ni castigos, porque debería empezar por sí mismo, y con la máxima severidad. Tras aferrarse de sus caderas y penetrarla hasta el fondo, se entregó de lleno al placer.

Mientras fumaba ahora un cigarro boca arriba, después que ella se encerrara en el baño, se preguntó si aquello podía ser un caso de pedofilia.

Ma che cazzo di pedofilia! [\[18\]](#) Aquella era una mujer completa desde los trece años.

¿Y el incesto?

Bah... Siempre había existido, y entre las mejores familias. Además, fue ella quien empezó la provocación. Y sus meneos de *puttana* experta no los aprendió con él.

A qué edad habría comenzado a *scoppare* [\[19\]](#) la muy condenada?

A los dos meses, Múndula estaba enamorado de su hija, y temeroso de perderla. Ninguna otra mujer le había provocado tamaña obsesión. La forzó a jurarle que hasta los veinte años sólo tendría relaciones con él. Y con los dedos

en cruz sobre los labios, juró matarla, a ella y a su amante, si alguna vez la descubriría traicionándolo.

Por supuesto no la iba a matar; pero le daría un gran susto. Lo importante era ahuyentarlo todo posible enamorado. Durante dos años la mantuvo vigilada y le descubrió cinco amantes, pero para no pasar por perjuro no le hizo nada. Los muchachos jóvenes, inexpertos en la cama, no le preocupaban. Después de haberlo probado a él, un verdadero maestro, era imposible que la satisficiera un imberbe; y en efecto, después de un par de escaramuzas, ella misma los ahuyentaba. Pero en dos ocasiones, cuando la supo liada con hombres maduros, sus matones a sueldo se encargaron de ambos. Apalearon casi hasta la muerte a un *playboy* soltero de 32 años; y amenazaron a un poderoso industrial cuarentón, con enviarle fotos y una carta anónima a su mujer.

Tres meses antes, cuando sus matones le refirieron lo sucedido en Campo de' Fiori, ni él ni nadie entendió aquella fuga. De todos modos, el profesor Manfredo Piroto figuró desde entonces en la mirilla fotográfica y chantajista de Nino Trápani.

En la Costa Esmeralda, una de las más descontaminadas de Europa, orgullo de Cerdeña y de toda Italia, el *onorévole* Múndula tenía su fastuosa propiedad en la playa de Puntalta. Nacido en los montes de la Barbaggia, pero criado en Núoro, era isleño de alma y adoraba el mar. Era un pez en el agua y atribuía su buena salud al diario ejercicio de nadar dos kilómetros. En invierno hacía a diario cien piscinas de 20 metros dentro de su propia casa, en aguas ligeramente entibiadas. El resto del año, prefería el litoral de Núoro, de Cagliari, o de cualquier lugar de Cerdeña donde se encontrara.

El domingo 24 a las 7 de la mañana, cuando nadaba frente a su casa a cien metros de la orilla, vio aparecer ante él, por detrás de la rompiente que cerraba la ensenada de Puntalta, una lancha rápida, que para su sorpresa se le acercó a gran velocidad, seguida por una simétrica y enorme uve de espuma; y sin saber bien cómo ni cuándo, un garfio le aprisionó el cuello y tres vigorosos brazos lo izaron y lo tendieron sobre la cubierta de la lancha. Cuando el que no tenía garfio se quitó los espejuelos oscuros y la gorra marinera, Múndula reconoció a

Manfredo Piroto; y al ver que el del garfio empuñaba ahora en su mano sana una Beretta ante sus ojos, comenzó a protestar.

–Se equivoca, yo no hice nada contra usted.

Manfredo terminó de atarle las muñecas a sus espaldas y lo obligó a tenderse boca abajo en el piso de la lancha.

–¿Por qué me tratan así? Yo no he hablado con nadie, ni he denunciado...

–¿Y los 100.000 euros que me pediste, chantajista de mierda?

Múndula gritaba boca abajo algo inaudible. El intenso rugido de la lancha que ahora volvía a la rompiente a gran velocidad, impedía todo diálogo. De todos modos, Manfredo le pasó por la boca tres vueltas de una cinta pegante muy ancha, de modo que cuando lo desembarcaran sobre una costa rocosa, nadie oyese sus gritos.

Media hora después, amarrado de pies y manos a los cuatro extremos de una cama de hierro, impedido de hablar o gritar, sus gemidos nasales y sus ojos saltones expresaban horror. No era para menos, cuando vio que el hombre del garfio le colocaba un poderoso taco de dinamita entre las piernas. En cuanto sus captores encendieron la mecha y se marcharon, el *onorévole* comenzó a rezar un desmañado Padrenuestro y enseguida un Credo gangoso, al galope, y por fin una Salve, y cuando el chisporroteo de la mecha le caía ya sobre los pies, llena de gracia, y sobre las tibias, el señor era con ella, de los ojos de don Battista brotaban lágrimas como de un alambique y bendita era ella entre todas las mujeres y cuando el chispero le salpicaba ya los testículos, cerró los ojos y el fruto de su vientre Jesús y el *onorévole* se arrepintió de todo corazón de sus pecados, quizá Dios en su infinita misericordia le perdonara...

Lo interrumpió un portazo y la voz de Manfredo:

–La próxima vez, no va a haber tacos de arena -dijo una voz.

¿Arena?

¿Entonces no eran explosivos?

¿Intimidación? ¿Una farsa?

El del garfio le cortó con una cuchilla la mordaza, junto a una de sus mejillas y le liberó la boca.

–Yo no voy a pagarte un centavo, y si le dices algo a mi mujer; o se te escapa una sílaba y llega a oídos de mi familia, te voy a matar como a un perro, pero a tiros en plena calle -y le puso otra vez la Beretta ante los ojos.

–Yo no fui -protestó Múndula, y comenzó a restregarse las muñecas ya liberadas por el Marmolaio.

–¿Y qué significa entonces que me hayan mandado las mismas fotos que tú

me enseñaste?

Battista comprendió todo de golpe.

Tres horas después mandaba asesinar a Nino Tráppani. Por culpa de ese imbécil, había pasado el mayor susto de su vida.

A Manfredo, mejor dejarlo vivo. Era un loco, y por lo visto tenía amigos decididos a todo; y si ahora Manfredo aparecía muerto, el del garfio o cualquier otro le pasaría la cuenta a él.

Sí, lo mejor era olvidarse de Manfredo. Con semejantes energúmenos siempre se salía perdiendo.

12

DEPARTAMENTO DEL MÁS ACÁ

OBJ: 112

Profesión: Arqueólogo.

Nacionalidad: Británica.

Fecha de nacimiento: Agosto de 1955.

Ganador del Primer y Segundo C. (153.000 + 196.000 euros).

Residencia: Atenas, calle Koletti N° 358.

Estado civil: Unión homosexual con joven libio desde 1995.

(Toda la información que sigue fue captada por nuestro SDE en conversaciones con su pareja.)

En mayo del 2003 regaló una herencia de 36.000 libras esterlinas. Ofendido con sus padres, había jurado en su adolescencia no aceptarles ni un penique en herencia. Luego resolvió aceptar la herencia y entregarla completa a indigentes de un suburbio londinense.

En junio del 2003, descontados los 70.000 euros del *muakhar*, Oscar entregó

una suma equivalente a don Pietro Tortorelli, sacerdote italiano residente en África, que dirige una misión humanitaria y promueve campañas contra el hambre, el SIDA y la riqueza excesiva. Luego le entregó la totalidad de su segundo premio.

En relación con lo del párrafo precedente, se captaron discusiones con su pareja donde el OBJ. sostuvo que en este mundo flagelado por la pobreza y el hambre, ser rico es inmoral. Habla de la necesidad de crear un movimiento mundial que en un par de décadas concientizaría a millones de buenas personas. Llegó a anunciar que para su propio sustento decoroso le sobra con 36.000 euros anuales; y anunció que cualquier ingreso suyo por encima de esa suma, piensa donarlo al padre Tortorelli...

13

CAVILACIONES DE UN PERIODISTA ALEMÁN

A fines de julio, Hans Wittenberg se hallaba desconcertado; ya no sabía qué opinar sobre Pro Veritate. Entre los 48 premiados del Tercer Concurso, cada uno con la increíble suma de 250.000 euros, descollaban algunas versiones sintéticas de extrema izquierda: un italiano, de apellido Bevilacqua, en un lenguaje que pudo pertenecer a cualquier miembro virulento de las Brigadas Rojas, se dio banquete propalando horrores contra Bush, “sujeto inmoral con IQ de *hooligan*”, convertido en presidente gracias a un “cínico fraude electoral” instrumentado por los halcones que hoy manejan las riendas de la Casa Blanca, en un “país donde la libertad de prensa se convirtiera en monopolio de la desinformación”. Acusaba al “loco, mentiroso y desertor Presidente de los EE.UU., de pretender implantar, mediante amenazas y terrorismo de estado, una dictadura fascista mundial”. Pero figuraban otros premiados, que sin cantar loas a la actual administración norteamericana, los apoyaban de manera tácita; y también obtuvieron premios algunos neonazis y supremacistas germánicos. Se distinguía uno que al enfocar el tema de la salud, propugnaba una “eutanasia planetaria”,

para limpiar al mundo de tantas víctimas del SIDA, o de otras enfermedades irreversibles. Proponía liquidar en masa a todas las etnias cuyos cerebros, tarados por la desnutrición secular, representaban en África, Asia y América latina, un 35% de la humanidad, y una peligrosa carga para el resto.

Otro premiado en su versión sintética, propugnaba que la sociedad humana debía regirse por la imitación de las jerarquías naturales, y aceptar la ley del más fuerte, impuesta por Dios en el reino animal.

Chaise!

Increíble que en el año 2003 alguien reiterase la propuesta platónica de una sociedad dividida entre seres superiores, inteligentes, valerosos, destinados a gobernar y a apropiarse de las mayores riquezas, y seres inferiores, nacidos para la obediencia servil.

Desde que se conocieran las fabulosas sumas repartidas en los dos primeros concursos, casi todos los ganadores en diferentes países, fueron entrevistados por la prensa escrita y la TV; y en varias publicaciones impresas y digitales, no faltaron polémicas sobre aquella institución divulgadora de enigmas estrambóticos, premiados de forma tan manirrota. “Cosa de locos”, titulaba un importante cotidiano parisino.

Wittenberg, tras un estudio del Tercer Concurso, estableció que 29 de los 48 ganadores, habían expresado críticas a los EE.UU. y sus aliados por la guerra contra Irak, pese a la oposición de las Naciones Unidas. Dentro de esos 29, hubo 13 versiones muy radicales, donde se acusaba a Bush y compañía, de haber instrumentado una guerra de rapiña a largo plazo, para robarse el petróleo de Irak, Irán, Siria, etc, con manifiesto desprecio por Blair, Aznar y Berlusconi, como lacayos genuflexos en busca de las sobras del festín imperial. Por esos artículos, no faltó tampoco quien acusara a Pro Veritate de ser una pantalla para los intereses de Al Qaeda, Sadam Hussein, el Kadafi y Fidel Castro, que serían los verdaderos financistas del concurso. Pero lo sorprendente en extremo, era que 12 concursantes de la extrema derecha, también ganaron el Tercer Concurso. Según el análisis de Wittenberg, hubo 29 premios para soluciones de izquierda; 12 que defendían ópticas muy reaccionarias, y 7 que podían considerarse centristas de posiciones moderadas, ecológicas, o más o menos místicas; y todos los premiados tuvieron idéntica divulgación. “¿En qué quedamos?”, se titularía el artículo de Wittenberg, publicado a principios de agosto, donde al final admitía su incapacidad de vislumbrar las verdaderas intenciones de Pro Veritate.

De una parte, cuando Pro Veritate regalara 5.000 euros per capita a 200 periodistas, como recompensa por leer una pocas páginas sobre sus concursos, y

les prometiera otros 5.000 si asistían a una conferencia de prensa en París, Wittemberg sacó la cuenta de que los gastos se elevarían a unos 2 millones de euros. Aquel descomunal derroche, unido a la loca terminología de una Fundación que tenía en su estructura un Departamento de Relaciones Ecuménicas, un Departamento del Más Allá y otro el del Más Acá, le indujeron a suponer que se trataba de alguna secta esotérica, con muchísimo dinero y modernísimas técnicas de divulgación, que se proponía lanzar en París alguna noticia bomba. Conjeturó que la mayoría de los invitados no querría perderse la reunión, ni los 5.000 euros prometidos. Tampoco quiso perderselos Wittemberg. Ni los 194 periodistas europeos que asistieron.

La conferencia de prensa resultó más disparatada aún que los anuncios. La Gerusía en pleno, por boca de su presidenta *Mme. Marie Bienvenue*, abrió la conferencia de prensa con la noticia de que no habría conferencia de prensa, sino mejor un espectáculo circense. Era una decisión de último momento. Y de golpe, se apartó para abrir paso a un prestidigitador, por cierto excelente, quien con su varita mágica, tras una detonación, desapareció en bloque a los siete ancianos de la Gerusía; y tras media hora de apasionante taumaturgia, cedió el escenario a una beldad semidesnuda, montada en un elefante bebé. Acto seguido, fueron apareciendo tragafuegos, acróbatas, contorsionistas, hasta que una tropa de payasos bullangueros abrió las puertas de acceso a un gran salón, adonde introdujeron de la mano, o con lazos y estridentes pitos, a los periodistas.

En aquel palacio neoclásico del *Huitième*, bajo sus altísimas claraboyas y vitrales, los invitados admiraron la imponente lámpara de caireles y los mármoles de finísimo grano. Por fin, cuando bajaron la vista y distinguieron las enormes mesas de patas labradas, repletas de manjares, cognacs XO, vinos y champagnes de las mejores cosechas, comenzaron a beber y a masticar, y a mirarse sin comprender.

En toda su vida periodística Wittenberg no había asistido a un coctel tan fastuoso. Los conocidos se encogían de hombros y sonreían con la boca llena, en gestos de divertida complicidad. Al final, nadie averiguó nada nuevo sobre Pro Veritate y todos se preguntaban de dónde rayos habrían salido aquellos viejos locos, tres mujeres y cuatro hombres. Nadie consiguió dialogar con ninguno porque, al igual que las palomas y conejos, desaparecieron en un santiamén, tocados por la varita del ilusionista y envueltos en una cortina de humo blanco.

En los distintos corrillos de los periodistas, o cuando ya se marchaban eufóricos, el tema obligado fueron los 10.000 euros que cada uno se embolsara por sólo asistir a una función de circo y disfrutar durante dos horas de manjares

principescos y de las mejores bebidas del mundo.

Esa semana, la frustrada y divertidísima conferencia de prensa, dio pie a innumerables artículos en media Europa. No hubo un periodista que dejara de preguntarse quiénes serían los ancianos de Pro Veritate. ¿Qué pretenderían con aquello? Tras la fastuosa locura de ese día, miles de personas en Europa esperaron ansiosas el Primer Concurso, a ver qué rayos era aquello, por lo que tanto dinero ofrecían.

A fines de mayo, con gran indignación, Wittenberg y miles de personas descubrieron que entre las 78 versiones consideradas excelentes por el jurado del Primer Concurso, y premiadas con más de 153.000 euros cada una, sobresalían varias alusivas, en tono jocoso, a la tragedia de los campos de concentración hitlerianos. De hecho, hasta después del Tercer Concurso, Wittenberg seguía sin ver claro: 29 premios a concursantes de izquierda, 7 para el centro y 12 para la derecha. Hans volvió a preguntarse, como miles de personas en Europa, quizá decenas de miles, quiénes serían los viejos chiflados de Pro Veritate, por qué gastaban aquellas sumas inauditas, de dónde las habrían sacado, y qué pretendían con sus enigmas traídos de los pelos... Bueno..., sí, desde su presentación en el mes de abril, Pro Veritate declaró que esperaban “reclutar para una muy honrosa tarea, a un grupo de personas excepcionales por su inteligencia, integridad moral y cultura humanística”. Pero a fines de julio, al enterarse del premio por un cuarto millón de euros, otorgado lo mismo a extremistas de izquierda que de derecha, Wittenberg razonó que cualquiera podía ser inteligente y tener una gran cultura humanística; pero le resultaba imposible aceptar la integridad moral de un fascista que propugna la “eutanasia planetaria”; y los de Pro Veritate habían dado varios premios a concursantes de esa laya. En todo caso ¿qué entenderían los viejos chiflados por integridad moral?

Del 21 de junio al 31 de agosto

del 2003

¿Así que el hijoputa no estaba enamorado de ella?

Elena, agachada ante la bandeja de tomates rellenos, creyó en ese mismo instante, haber dejado de quererlo para siempre.

Su primer impulso de rebeldía fue llamar por teléfono a Celestino. Sí, llamarlo ante las propias narices de Gregorio y decirle que estaba dispuesta a vivir con él y que aceptaba su ofrecimiento de ponerle un piso...

Aunque..., si Gregorio seguía ganando dinero a mantas en sus concursos, era preferible dormir con él...

Celestino era un buen hombre y una compañía agradable, y de seguro le pondría el piso...; pero ella no estaba enamorada de él. Podía ser su papá...

Siempre agachada, so pretexto de menear los tomates, logró contener las lágrimas. Al ponerse de pie ya se había llenado de escudos, como tantas veces en su vida, para protegerse de tantos hombres diferentes. Se armó hasta los dientes.

¿Así que el muy cabrón no estaba enamorado?

Pues desde ese mismo instante, tampoco lo estaba ella. Que se fuera a la mierda; y otra vez desenvainó su herrumbrosa hipocresía de supervivencia.

De ahora en adelante le fingiría. Era lo único que se merecía.

Se secó las manos en el delantal y lo atrajo por la nuca para un beso de piquito.

–No importa que no estés enamorado de mí. Me basta con estarlo yo. Tú, tranquilo. Déjate querer y nada más; ya verás qué bien nos llevamos.

Estimulado por aquella inesperada sensatez, él se puso a planear en voz alta una nueva vida. Superado el mal humor y la depresión, ahora hablaba con entusiasmo.

–Lo mejor será vernos como amigos...; y yo pagaré todos los gastos que hagamos juntos; ya verás, será estupendo, nos encontraremos un par de horas por la noche, tres o cuatro veces por semana...

“Claro. Si eso es lo que buscas...”

El cabrón quería seguir follándosela, pero ya tenía en mente vivir separados.

–Así seremos más felices -le reiteró con fruición-. Serán encuentros de amor,

de descanso... Durante el día, tú en lo tuyo y yo en lo mío; y por por las noches, un par de copas, la cena, de vez en cuando un paseo, y mucho amor...

“Sí tío, igual que todos, lo único que te importa es follar, eh... Pues, veremos si te ganas con qué pagar este culo. Te lo voy a cobrar carísimo, curita de mierda...”

A la complacencia que le produjo aquel inesperado acuerdo sobre una convivencia de esporádicos encuentros nocturnos, se sumó el insólito virtuosismo que Elena sacara a plaza aquella noche. Por primera vez Gregorio la vio llorar de placer; y eso lo excitaba. Tras el último orgasmo ella lloró y lo miró con unos ojos tristísimos, pero le aseguró que eran de satisfacción, de sentirse colmada, de alegría por tenerlo entre sus brazos.

–Me haces siempre tan dichosa...

Él volvió a sentir gratitud por aquella mujer que así se le entregaba; la misma gratitud de los primeros días, cuando con ella se hiciera hombre.

El sábado, desde que llegaron a la fiesta, Elena fue muy admirada. Resuelta a esquilmar a Gregorio, había dedicado la tarde completa de la antevíspera, a un periplo por las tiendas. Así pudo lucir esa noche un vestido oscuro de minifalda, que le realzaba el talle y los hombros; y con aquel peinado japonés, sujeto con palitos, que dejaba al desnudo la gracilidad de su cotizado cuello, se veía guapísima.

Gregorio, por su parte, en medio de intelectuales y artistas de izquierda del círculo de Cecilia, se encontraba incómodo y a la primera oportunidad, buscó un rincón solitario donde fingió interesarse por una exhibición de pipas, en una vitrina. Cecilia captó la maniobra defensiva y desistió de convertirlo en personaje. Le hubiera gustado lucirse del brazo del ex sacerdote, ahora ajedrecista, ganador de una fortuna con sus atrevidas respuestas, *rara avis*, etcétera. Pero al verlo tan desvalido, prefirió elogiarlo *in absentia*.

Un rato después, como lo viera refugiarse en otro rincón apartado, Cecilia se le acercó con el pretexto de inquirir sobre su participación en el segundo enigma.

–Ayer leí el galimatías que publicó la prensa y me pregunté cómo le iría esta vez.

Gregorio confesó haberle dedicado varias horas e incluso haber consultado a don Silvestre.

–Pero resultó demasiado difícil para mí.

–¿Y desistió?

–¿Qué remedio? Hay dos fragmentos que me dejaron en blanco.

Aquella honrada sencillez, sin pretextos, volvió a admirarla. La virtud de reconocer incapacidades era para ella un atributo viril y la expresión de una alta calidad humana

A Elena la monopolizó don Silvestre, que ya empinara el codo desde temprano y se lo veía, más que de costumbre, suelto de lengua y desfachatado.

A su lado, un caballero elegante, bastante alegre ya, sesentón bien conservado, sin duda algún viejo compinche, se había inflamado de entusiasmo al ver a la muchacha.

–Pues el curita tuyo ha venido con una chavala de órdago.

–¿Verdad? ¿Y cómo es ella?

–Una hembra de puta madre...

–Joder, Federico, con eso no me dices nada; descríbemela, hombre; que para eso eres poeta.

–Es que si te la describo como es, te enfermas, tío...

–Pues, sea, que no me vendría mal un poco de calentura...

–Mejor léete una novelita de relajó en Braille...

–No seas malo, Federico, dime cómo es la chavala...

Llevado de su propio entusiasmo, Federico se empinó otro jerez y comenzó por el atuendo.

–Y trae los hombros semi desnudos...

–¿Nada más que semi? – don Silvestre parecía decepcionado

–Sí, sólo tiene dos tiritas que siempre se le están cayendo por los lados; ay, madre mía, y cuando mueve los brazos para recogerlas se le ve media teta...

–Explícate, explícate...

–No hay nada que explicar, Silvestre. Nada más que de verle los brazos a uno se le para...

–Déjate de faroles, Federico... ¿Y las piernas, qué?

–De campeonato, con unos holluelos de puta madre...

–De puta madre no significa nada, Federico. Explícate, usa tu talento... ¿Dónde tiene los holluelos? ¿Cómo son?

–Coño, mira que jodes: los tiene en las corvas y en los tobillos y son muy..., como decirte..., muy inquietantes...

–Eso está mejor... ¿Y de nalgas, qué?

–Hummm...; yo diría que normales, erguidas, manuales y cremosas...; y tiene unos labios brillantes, espesos, y los mueve con voracidad.

–¿Qué está haciendo ahora?

–Conversando con otra chavala.

–Llámala, tráela, dila que quiero hablar con ella.

Federico fue a buscarla y se la sentó al lado.

Don Silvestre la tomó de la mano

–Cuando nos presentaron yo creía que eras otra amiga de Cecilia y no te puse mucha atención...

–No importa, don Silvestre... ahora puede ponérmela.

–¿Ponértela? Pero, claro ¿cuándo? ¿dónde?

Ella estalló en una risotada...

–Ponerme atención, don Silvestre.

Ella, también copetona, celebraba las procacidades de don Silvestre con risas agudas, audibles desde cualquier parte del salón.

Don Silvestre se antojó de tocarle la cara, donde se quemara.

–He sabido que esa piel privilegiada se salvó del fuego gracias a los oportunos y valerosos orines de Gregorio.

–Así fue, don Silvestre, así fue.

Con un desparpajo que don Silvestre no se esperaba, ella le contó cuánto le había gustado aquella..., aquella...

–Meada, hija, meada, que así se llama...

Ella bebió, casi seguidas, dos copas de jerez y se mostró muy a gusto con la chocarrería de don Silvestre y Federico, a la que se fueron sumando varios curiosos para oír el relato de cómo se le rompiera una botella de alcohol sobre la cabeza, y paso a paso, todo lo ocurrido, hasta sentir sobre ella aquellos orines calientes que no sólo le salvaron la piel, sino que la enamoraron de Gregorio.

A esas altura vaciaba una copa tras otra, sin medida.

–Y parece que la meada te gustó -apuntó Federico-, porque ese tío está muy requetefeo para ti...

–Claro que me gustó -cabeceó ella, ya con la lengua trabada, y muy seria ante las carcajadas del corro-; y muchas veces le pedí a Gregorio que me meara, pero él se niega...

Nuevas y desenfrenadas carcajadas que atrajeron el interés de todo el salón...

–Increíble -comentó un joven, de lo más divertido.

Elena lo interpretó al pie de la letra, como que dudaba de su palabra.

–Gregorioooo... ¿Dónde está Gregorio?

Y al no verlo en la sala, salió a buscarlo.

–¿Tú crees que la siga meando? – preguntó Federico.

–De gustos no hay nada escrito -respondió don Silvestre entre el jolgorio de los demás.

Elena, pasada de copas y con fuertes deseos de orinar, se olvidó de Gregorio y se dirigió al baño más próximo, pero lo encontró cerrado por dentro y afuera aguardaban tres muchachas. Un sirviente le indicó otro baño arriba, pero allí la cola era de hombres y volvió a bajar. Muy urgida ya, se dispuso a orinar a la intemperie. Al fondo del gran jardín trasero y su fuente luminosa, divisó un lugar oscuro y allí enfiló sus pasos. Avanzaba sobre un sendero de pequeños adoquines. Supuso que el alto seto en torno al jardín la protegería de cualquier mirada. Lo mismo se imaginaron Cecilia y Gregorio que en ese momento se besaban abrazados.

--

Cuando dos días antes Gregorio le confesara brutalmente no estar enamorado, Elena quedó convencida, *ipso facto*, de habérselo arrancado del corazón. Pero al sorprenderlo ahora en brazos de otra mujer, resultó evidente que de la vieja llama ardían todavía muchas brasas.

En cuanto reconoció a Cecilia, la maldita ricachona, dio por seguro que ahora se lo birlaría con su fortuna, lo haría su gigoló, le compraría un tablero con trebejos de oro, una bata de seda roja y un piso para que jugara ajedrez a solas... De haber tenido un arma en sus manos, la habría asesinado sin el menor temblequeo. Y él, tan cínico y aprovechado, curita de los cojones, que dos meses antes no sabía ni follar... Ella había tenido que enseñarle hasta a arrodillarse en la cama, a adoptar posiciones compatibles, a dejarse llevar...; y míralo ahora, metido a chulo de una vieja con pasta.

Cuando arremetió contra ambos con la azada, Cecilia alcanzó a verla, logró empujar a Gregorio y esquivar el golpe. Elena tropezó y al caer de bruces sobre un banco de madera y golpearse la frente sobre el espaldar, perdió el conocimiento.

–Pobrecita... -fue la primera reacción de Gregorio, que se agachó a recogerla.

–Lo siento... -dijo Cecilia-; pero iba a golpearlos... Ven, ayúdame a trasladarla hasta el coche -y señaló su Volkswagen, estacionado junto al portón de entrada al inmenso jardín.

Gregorio la cargó en brazos, atravesó parte del jardín a la vista de varias personas, y subió con ella en la parte de atrás, mientras Cecilia se ponía al volante.

–¿Adónde me lleváis?

Elena se había despertado un par de minutos después.

–A que te vea un médico...

–No -protestó ella-. Quiero ir a casa. Dejadme aquí mismo.

–¿De verdad te sientes bien?

–Os llevo a la casa -anunció Cecilia y aminoró la marcha, dispuesta a cambiar de rumbo.

–La llevamos a ella -dijo Gregorio en un tono autoritario-; yo regreso contigo.

–Para aquí mismo o me tiro a la calle -le gritó Elena, llena de energía.

Por lo visto no estaba tan borracha.

Al ver que abría la puerta, Cecilia frenó y estacionó en doble fila.

Elena se deshizo de Gregorio que intentaba detenerla, abrió del todo la puerta, y una vez afuera se alejó un poco sobre la calzada a la captura de un taxi. Caminaba con paso seguro y Gregorio desistió de seguirla.

En eso un taxi se detuvo a pocos pasos de Elena que corrió para atraparlo.

–A Chamartín -pidió, una vez adentro, y se soltó a llorar en silencio.

–No lleva cartera... -dijo Cecilia-. ¿Tendrá dinero encima para pagar el viaje?

–Supongo que no, pero los porteros del edificio se lo prestan.

De retorno a la fiesta, Cecilia indagó sobre la nueva situación.

–¿La amas todavía?

–No, ya te lo he dicho...; y anteayer también se lo aclaré a ella; pero sufro mucho por causarle daño.

Cecilia lo miró de reojo. Aquel hombre tan cristalino le gustaba más y más.

Cuando regresaron, ya se había difundido lo del desmayo de Elena. Cecilia fingió no darle importancia. Lo atribuyó a que estaba pasada de copas.

A mediados del 2003, al iniciar sus relaciones con Gregorio, Cecilia había cumplido ya los 43. Él le era menor en nueve años. Pero aunque ambos representaban la edad que tenían, se asumieron sin cálculos ni complejos.

En el 77, en la Sorbona, adonde Cecilia ingresara para estudiar Ciencias Políticas, se enamoró de Ramón Valdivia, un exiliado chileno que durante su cautiverio padeciera la represión más tétrica de la dictadura de Pinochet. En el Estadio Nacional, durante los primeros meses, soportó golpizas, colgaduras y vejámenes morales, como el de presenciar la violación de su compañera, y ver cuando quebraban a culatazos los dedos de Víctor Jara, para que nunca más tocara su guitarra libertaria. Después, en el Regimiento Tacna, padeció el submarino, la picana eléctrica en el ano y los genitales, y permaneció un mes encapuchado. Por fin, en el 74, durante un traslado de cárceles, logró huir, y ese mismo año obtuvo refugio en Francia; pero a mediados del 78 se marchó a Nicaragua. Cecilia abandonó sus estudios y se fue con él, dispuesta a sumarse a las guerrillas sandinistas en su lucha contra la dictadura de Anastasio Somoza. Allí los asignaron a un contingente internacional, compuesto por 5 europeos y 32 latinoamericanos. Combatieron codo con codo durante nueve meses, y convivieron con exiliados tupamaros, montoneros, miristas, veteranos de Lucio Cabañas en México, o del ELN y las FARC de Colombia. En pocas semanas, Cecilia aprendió sobre la historia y sociopolítica de Latinoamérica mucho más de lo que le hubieran enseñado durante una década en cualquier universidad. En junio del 79, a 25 días del triunfo sandinista, Ramón cayó en combate, acribillado por una ráfaga de ametralladoras. Arrastrada por los acontecimientos y el encarnizado combate final junto al bunker, ella no tuvo ni tiempo de llorarlo. Derrocada la dictadura, regresó a Madrid para ocuparse un poco del padre, que nada sabía de sus andanzas. Pero al mes, so pretexto de reincorporarse a sus estudios en París, regresó a Nicaragua; y en marzo del 80 pasó a El Salvador, donde combatiría durante otros dos años con las guerrillas del FMLN. Resuelta a quedarse, llamó a don Silvestre y le comunicó que había aceptado trabajar en San Salvador, como corresponsal de una agencia noticiosa europea. Estaba encantada con su trabajo, ganaba un excelente sueldo, disponía de una casona colonial y un magnífico despacho. Tenía que mentirle; porque si su padre se

hubiese olido en las que andaba, habría perdido el sueño por completo, con pésimas consecuencias para su hipertensión. Allí integró una columna de acción y sabotaje que actuaba en la periferia de la capital; y en diciembre del año 80, una madrugada en que su pelotón se dirigía al aeropuerto para una acción armada, uno de los compañeros tropezó entre los arbustos del sendero por donde avanzaban agazapados, con la mano de un cadáver femenino; y al hurgar, apareció una hondonada con otros tres cuerpos.

Cecilia vomitó aquella noche; y durante semanas soñaría con los tétricos cadáveres, sus rostros tumefactos, sin ropa interior, una de ellas con un ojo fuera de su órbita.

Un niño de 13 años que formaba parte del pelotón, reconoció en uno de los cadáveres a una monja Ursulina, y el jefe lo envió de regreso a San Salvador para dar parte en el convento. La del uniforme era, en efecto, la monja ursulina Dorothy Koezel quien, en compañía de la trabajadora social laica, Jean Donovan, fuera a esperar en el aeropuerto de la capital, en la tarde del 2 de diciembre, a dos monjas norteamericanas de la hermandad de Maryknoll.

Esa misma noche, la enigmática desaparición de las cuatro religiosas provocó gran alarma y numerosas gestiones. La priora de las Ursulinas movilizó al Arzobispado, y hasta la madrugada, numerosas personas recorrieron la carretera del aeropuerto, sin resultados. Tampoco logró la priora ninguna orientación del gobierno. Con el tiempo se conocería la detención, tortura, violación, ametrallamiento y entierro de las monjas a la vera del camino. Los cinco oficiales de la Guardia Nacional que vigilaban la carretera en un retén de la seguridad militar, autores confesos del crimen y condenados a 30 años de prisión, arguyeron que la orden de eliminarlas les había llegado de los altos mandos militares.

Aquella madrugada, Cecilia convirtió su manifiesta antipatía por el gobierno de Reagan, en desprecio y odio irreconciliable a la Casa Blanca, que por un lado pregonaba la democracia y la libertad, y por otro financiaba a la extrema derecha y a los militares salvadoreños para aniquilar a sangre y fuego toda oposición. En esos días escribió un extenso artículo luego divulgado por una organización trotskista en París, donde daba cuenta del asesinato del arzobispo de San Salvador, Monseñor Oscar Arnulfo Romero, ocurrido unos meses antes. Una bala de alta velocidad y gran poder de perforación le atravesó el corazón mientras oficiaba misa en una capilla de enfermos cancerosos. Aquel disparo de un mercenario desencadenaría la Guerra Civil. Después, en un voluminoso ensayo publicado en el 94, Cecilia analizaría las catastróficas consecuencias

socio-económicas y culturales de aquella guerra; y sobre todo, sus nefastas consecuencias para la juventud, sumida en la violencia del pandillismo, la droga y la prostitución. Culpaba al gobierno de los EE.UU. de aquella guerra, prolongada durante doce años, con un saldo de 75.000 muertos en un país que en 1992 no llegaba a los 5 millones de habitantes. En su parte final, el libro denunciaba a la Escuela de las Américas, situada en Panamá y dirigida por especialistas del Pentágono y la CIA. Los acusaba de entrenar a los torturadores de toda Latinoamérica; de haber impartido clases sobre las más modernas técnicas para aterrorizar a los enemigos de las dictaduras; de haber alentado y financiado las desapariciones de decenas de miles de patriotas en Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Paraguay, Colombia, Venezuela, Nicaragua, Guatemala, El Salvador.

En el 82, la jerarquía del FMLN ordenó a Cecilia regresar a Europa. Mucho más que con un rifle en la selva, ella ayudaría a los combatientes salvadoreños con su trabajo intelectual al servicio de la causa revolucionaria, y en la denuncia de la mentira lacayuna, propalada por la gran prensa internacional.

Cecilia regresó a España y pasó un tiempo junto a su padre. Reinstalada en París, terminó la carrera de Ciencias Políticas en el 85. Su tesis de grado, cuyo original francés fuera traducido y publicado en Barcelona bajo el título *Nuestro hachepé*, y en Londres como *Our SOB*^[20], contenía un *ex ergo* en que *Roosevelt proclamaba su descarnada opinión sobre las relaciones del gobierno norteamericano con la dictadura nicaragüense: “Somoza es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta”*. El libro *historiaba las relaciones entre EE.UU. y Nicaragua; y evidenciaba que la CIA y el Pentágono apoyaron y financiaron a Somoza para mejor esquilmar al país, mientras la cínica diplomacia de la Casa Blanca se llenaba la boca con su pregón democrático, en favor de los derechos humanos y las bondades del Mundo Libre. La tesis, aprobada en París summa cum laude, se apoyaba en irrefutables pruebas documentales y materiales desclasificados, emitidos por el propio gobierno de los EE.UU.*

Ocho años después, en el 94, Cecilia publicó su segunda obra, una memoria titulada *El Asesinato de Monseñor Oscar Arnulfo Romero y la Guerra Civil en El Salvador*; y dos años más tarde *Gargantúa Uncle Sam*, un ensayo de 500 páginas donde condenaba a los EE.UU. por las anexiones de Luisiana, Texas, California, Puerto Rico; y por su eterna codicia y trapacerías políticas y diplomáticas para apoderarse de Cuba. Según ella, aquel “estado cleptócrata,

prepotente y mentiroso”, con el cuento de la libertad y la democracia, había saqueado y embrutecido a Latinoamérica durante dos siglos.

Don Silvestre, tras hacerse leer *Nuestro hachepé*, y a sabiendas de que su hija no escribía falsedades, y de que los EE.UU. mentían y abusaban de Latinoamérica, consideró que las conclusiones del libro eran pamplinas románticas, anticientíficas; y aquello dio pie a la primera gran trifulca.

Sin ser un fascista, ni sentir ninguna simpatía por el fanatismo de origen religioso, aristocrático o racista; y aunque reconocía la corrupción e injusticias inherentes al capitalismo, estaba persuadido de que en materia social, siempre imperaría la ley del más fuerte, dictada por la propia naturaleza. Espartaco tenía razón; y también la tenían los de Sagunto y Numancia, pero ninguno podía vencer a Roma. También era injusto y cruel que el lobo se comiera al cervatillo, pero tales eran los designios insondables del Creador; y oponerse a semejantes leyes era una gran sandez, tanto mayor si uno se arriesgaba a la cárcel, la tortura, las confiscaciones, el destierro; y era un crimen, cuando la audacia de uno arrastraba a otros al peligro de enfrentar a los poderosos.

Don Silvestre pontificaba que la humanidad, siglo tras siglo, mediante el avance lineal en el plano científico, viviría en sociedades cada vez más justas y mejor organizadas; y lo aterrizzaba que su hija se señalase de modo tan notorio con aquel libro vitriólico.

–Una gran tontería que no te prestigia y que sólo te va a traer disgustos - afirmó malhumorado, al terminar de oír la lectura.

Siguió un período de fricciones, y por fin él rehuyó todo tema político con ella. Escudado en su ceguera y refugiado en la Antigüedad grecolatina, se consideraba más allá del bien y del mal e incapaz de entender el presente. Por su parte, Cecilia se abstuvo de pasarle otros escritos suyos, y durante varios años prescindió de toda opinión que amenazara engendrar discusiones.

No obstante, cuando la guerra de Irak, ella volvió a sacarlo de casillas con un artículo que publicara en *Le Monde Diplomatique* donde llamaba a José María Aznar “el botones de la Casa Blanca” y “nuestra celestina del Pentágono”, por haberse puesto de mandadero de Bush, a reclutar centroamericanos como carne de cañón para Irak.

Volvieron a discutir y Cecilia le echó en cara que hubiese votado por los derechistas del Partido Popular. Él sintió mareos y tuvo que acostarse. La presión le subió a 200.

Al otro día, ella amenazó de muerte a la secretaria que le leyera su artículo.

–No pude evitarlo, Cecilia -se excusó la mujer-. Oyó la noticia en un

programa de radio y me mandó a comprarle el periódico.

–Pero tú no debiste leerle los párrafos que lo iban a enfermar.

Como siempre, don Silvestre la perdonó. La amaba y en el fondo se enorgullecía de su vocación por la verdad. Ante un amigo que lo visitara en los días de la querrela, confesó que hasta de sus errores se enorgullecía a veces.

–Cojonuda es... De eso no hay duda.

Y reconoció que su niña de 43 años era un desastre, irreparable ya.

–Pero es *mi desastre -añadió con una mueca fatalista.*

--

Durante la noche de la fiesta, un amigo de Cecilia impresionado por lo guapa que era Elena, se interesó por ella. Creía conocerla de alguna parte.

–La has visto cientos de veces...

–Será entonces en el cine... ¿Es actriz?

–Nada de eso; has visto afiches de ella con propaganda de cosméticos y jabones... Es una modelo muy cotizada.

Y al enterarse de que era la amante de Gregorio, el hombre alzó las cejas y abrió mucho los ojos.

–¿Amante de ese tío tan requetefeo? – preguntó casi con rabia.

–Ay, por Dios, Juan, no lo señales -se rió Cecilia; y le confesó que a ella, últimamente, le estaban gustando los tíos feos...

–Joder, pero ese está espantoso...

–Yo lo encuentro de lo más viril.

Juan calculó con envidia que si aquel tío tan feo, y a juzgar por su facha un pobretón, andaba con aquel monumento de chavala, debía de ser una estrella en la cama.

Poco después, al ver a Gregorio junto a una columna, solo y con una copa vacía, Cecilia se le acercó:

–¿Dónde dejaste a tu chica?

–Pues, no sé: por ahí anda.

–Del salón[21] [en un ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidada, veíase a](#)

Elena -bromeó Cecilia con voz tétrica y abocinó sus labios para señalar un rincón a espaldas de Gregorio.

Al volverse, la vio rodeada de admiradores, y como siempre, locuaz y coqueta.

–Oscuro el ángulo pero luminosa ella -comentó sonriente.

–Bello piropo para una mujer muy bella... Hombre, yo que tú no me descuidaría... Entre los galanes que la asedian hay un par de canallas que de mil amores te la robarían.

–Lo sé muy bien, pero no soy celoso -respondió él con timidez.

–Pues deberías serlo, porque es muy atractiva. ¿Lleváis mucho juntos?

–Poco más de dos meses.

–Debes de estar muy enamorado.

–No, enamorado creo que no estoy... En todo caso no sé muy bien...

–No es posible -se rió ella-. ¿Cómo no vas a saber si estás enamorado?

–De verdad que no lo sé... Es la primera vez...

–¿La primera vez que te enamoras?

–Que una mujer se enamora de mí.

–¿De modo que antes de Elena, nada? – rió ella, un poco escéptica.

–Sí, una sola vez, con una prostituta... Algo muy feo.

–¿Y ahora? ¿Cómo es eso de que no estás enamorado?

–Bueno, ella me ha enseñado a..., a hacer el amor y yo se lo agradezco muchísimo, pero fuera de..., en fin, de...

–De la cama.

–Sí; fuera de la cama, ella no es..., en fin, no es como tú...

Sorprendida, Cecilia echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–¿Y cómo soy yo fuera de la cama?

–Inteligente, discreta, graciosa, de buen paso, rasgos delicados, toda una personalidad, y con esa orquídea en el escote, la mujer más elegante de esta fiesta.

–Vaya -se rió Cecilia-. Me estás resultando un halagador muy experto.

¿También aprendiste eso con Elena?

–Seré halagador, pero digo la verdad.

–Júramelo por Dios.

–El nombre de Dios no debe pronunciarse en vano.

–Si juras una verdad, no lo estarás pronunciando en vano.

Gregorio la miró unos instantes irresoluto, y por fin se decidió:

–Bien, juro por Dios que todo lo que he dicho de ti, es lo que pienso y siento.

En ese instante, Cecilia deseó apoderarse de Gregorio. Era el primer tío veraz en cuestiones de amor que hallaba en su vida. Todos los que ella conociera, hasta su padre, eran una partida de faroleros. Gregorio era el primero que le confesaba haber sido hasta dos meses antes, un total inexperto en materia de sexo. ¿Que tío confesaba eso? Ninguno; y a esa honradez y desprejuicio, se sumaba todo lo bueno que su padre decía de él, y la genialidad del enigma, y su valerosa ocurrencia de mear a la muchacha.

–Ven, vamos a buscar una orquídea para Elena -lo invitó Cecilia de pronto; y ya no contuvo el impulso de cogerle una mano para guiarlo.

Pero en el jardín, a medio camino, desechó las orquídeas y lo cogió a besos detrás de un seto.

Hasta los 18 años, en que operado de su deformidad maxilar, Gregorio comenzara a circular por el mundo exterior, la única mujer a quien trató fue su madre, aquel ser ilustrado, inteligente, que tanto lo protegiera. Hasta cumplir los 34, primero por su vida monástica y luego por su natural timidez, no tuvo amistad, ni siquiera diálogo superficial con otras mujeres. Adulto ya, su cortedad lo inducía a evitar familiaridades en establecimientos comerciales. Ante las empleadas se limitaba a pedir, pagar y marcharse. Cuando oía conversar mujeres en un autobús, o a las camareras con sus colegas o clientes en bares y fondas, las hallaba muy tontas. Y cuando Elena apareció en su vida, le confirmó que las mujeres, excepto su madre, eran tontas, superficiales, incapaces de razonar con acierto. Conocía, sí, la existencia excepcional de algunas mujeres inteligentes. Ahí estaba Madame Curie, una eminente científica, y otra excepción a la regla. Pero sin duda había otras cuya exigüidad, en comparación con los miles de hombres descollantes en la filosofía y en las ciencias, refrendaba su convencimiento de que las mujeres eran intelectualmente inferiores. De ahí su deslumbramiento inicial con Cecilia.

Tras haber leído sus libros, presencié también una vez cómo apabullaba a un amigo suyo, a propósito de la guerra en Irak, con su metralleta de izquierda.

Sin duda era un lince; y por alguna ingenua asociación, Gregorio la supuso asexual. Su propia relación con Elena le había sugerido que para follar bien, las

mujeres debían ser un poco impúdicas y otro poco estúpidas. En todo caso, nada autocríticas.

Según Gregorio, la cama te obligaba a asumir posturas ridículas e innobles; y a ejecutar de manos y boca, y hasta con los pies y la nariz, maniobras..., bueno, sí, deliciosas cuando estabas caliente, pero tan desfachatadas...

Al recordar algunas impudicias, se tapaba los ojos avergonzado...; y semejantes piruetas, no le sentaban a una dama inteligente, fina y con el agudo sentido crítico de Cecilia.

No obstante, en cuanto Gregorio cayó en manos de Cecilia, lo que él creyera impudicia o virtuosismo de Elena, le resultó pacotilla elemental, arte conservador carente de imaginación y audacia; y si Cecilia primero lo atrajo con sus neuronas, el puntillazo se lo dio con las hormonas y con su slogan de que en la cama vale todo...

Sí señor, y abajo los prejuicios santurriones.

Qué mujer tan caliente y corrompida. Qué deliciosa.

Los primeros días a su lado resultaron una tempestad, llena de acontecimientos. La noche de la fiesta durmieron en la cabañita del jardín y ella lo despertó poco antes de mediodía con un servicio de desayuno. Sabía que él adoraba el chocolate con churros y ella se lo envió con una mucama.

—Y bien -le preguntó, cuando él se disponía a levantarse-. ¿Que vas a hacer con Elena?

—Separarme de ella y vivir contigo.

—Trato hecho -y se le echó encima.

Lo volvió a tumbar sobre la cama y lo cogió a besos.

—Adoro los hombres resueltos.

Cuando él creía que volvían a un lance amoroso, ella echó a correr y se dirigió al estudio de don Silvestre, a participarle que esa noche, tras un glorioso y reiterado himeneo, don Gregorio Montijo había consentido en ser su cónyuge en octavas nupcias.

Cogido por sorpresa, don Silvestre no atinó a reponder. Empalidecido, se cogió con ambas manos de los brazos de su butaca, y tras un balbuceo ininteligible, no hizo sino cabecear sin proferir palabra.

—¿Es que no me vas a felicitar, padre?

—Pues sí, claro hija que te felicito, pero casi me has matao del susto...

—¿Y por qué el susto? ¿Acaso tú mismo no te llenas la boca para hablar maravillas de Gregorio?

—Sí, claro, como lector y compañía es una maravilla: pero te juro, hija, que

no me pasó por la cabeza como marido para ti.

–Pues yo sí... Me gustó desde que lo vi; y no sabes cuánto...

–¿Tu estás segura de que no necesitas un oculista, hija?

–Ay, no fastidies padre, que de hombres guapos ya estoy harta... Déjame lo feo, que yo ya me las arreglaré con él...

Mientras don Silvestre se recobraba de la noticia, Cecilia no cesaba de insistir en el gran atractivo que Gregorio ejercía sobre ella.

–Pues vaya tenorio que nos ha salido el curita...

–De tenorio nada ¿sabes? – se irritó ella-. Es el tío menos presuntuoso, el más honrao y el más viril que ha dormido conmigo...

–¿Será que también te ha meado, hija?

–No seas grosero padre... -rió ella, y tras abrazarlo le pidió su bendición paterna y el favor de conceder a Gregorio un mes y medio de vacaciones sin sueldo.

–¿Y eso?

–Quiero llevármelo conmigo a Alemania hasta que termine mi contrato.

Rocío, la madre de Gregorio, nacida en el 41, era hija de un militar de carrera, católico y falangista, muerto cuando ella sólo tenía dos años. El joven capitán no logró superar las consecuencias de graves heridas recibidas en el frente de Aragón, durante los combates finales de la Guerra Civil. Y aunque Rocío creció en el seno de una familia monárquica de Valladolid, oyendo a su madre y a su abuelo despotricar contra los rojos, no llegó a ser una mujer reaccionaria. Algo conservadora, sí; pero sin el anticomunismo visceral de los franquistas. La universidad en Madrid, lejos de su familia, y una estancia de dos años en Brasil a principios de los 60, le abrieron los ojos; y aunque lejos de simpatizar con las ideas del marxismo, admiraba el teatro de Lorca, la poesía de Miguel Hernández y Neruda, el arte de muchos izquierdistas, y tenía clara conciencia de que Franco no significó una panacea para España. Sabía de su barbarie y corrupción. No obstante, cuando asumió la educación de Gregorio durante los años de reclusión infantil y adolescente, lo convirtió en un lector apasionado; sobre todo de novelas francesas e inglesas del siglo XIX, que el

muchacho, ávido, consumía a granel; pero evadió enseñarle la historia contemporánea de España.

Cuando Gregorio se operó, pocos meses antes de morir Rocío, ya almacenaba cuantiosas lecturas de ficción e historia antigua, medieval y moderna de Europa, pero sólo hasta finales de la Guerra del 14-18. De los otros continentes no leyó casi nada; ni siquiera de los EE.UU., ni de América Latina, que sólo conocía en relación con la conquista y colonización españolas, y desde una perspectiva heroica, muy desvirtuada. Por supuesto, no ignoraba quién fuera Hitler, ni las grandes coordenadas de la Segunda Guerra Mundial, pero a modo de anecdotario sin ninguna etiología ni enfoques analíticos.

Lo que Gregorio conocía de la Guerra Civil Española, por ejemplo, era una apretadísima síntesis, muy despolitizada, donde ambos bandos tenían su parte de razón, y ambos eran culpables de numerosas tropelías.

De hecho, su trauma por la repentina muerte de Rocío, seguido por la casi inmediata reclusión en el convento de los Dominicos, más su rechazo a leer la prensa por no enterarse de lo ocurrido en el desagradable mundo exterior, y su refugio final en el ajedrez, no le permitieron saber dónde vivía.

Antes de conocer a Gregorio, Cecilia no concebía como posible su enamoramiento de un ex sacerdote, nueve años menor que ella, y por añadidura, ciego en materia de Ciencias Sociales.

Le era inconcebible que a los 34 años, con semejante erudición en filosofía, literatura general, letras clásicas e historia, se pudiera vivir metido en el ajedrez, en total ignorancia del panorama político actual. Pero a poco de conocerse, cuando Gregorio hubo devorado sus textos y desarrollara aquella insospechada pasión por seguir informándose, ella se deslumbró ante la rapidez con que asimilaba conceptos nada sencillos y derivaba conclusiones certeras. Por eso, cuando iniciaron sus relaciones de pareja, decidió amadrinarlo y dedicarle un magisterio intensivo.

Sobre la historia rapaz de los EE.UU. y sus tenebrosas relaciones con Latinoamérica, Cecilia le había prestado también textos de Noam Chomsky, Vázquez Montalbán, Ziegler y otros analistas del mundo actual; de modo que cuando el amor y la tempestad los arrastrara hacia Alemania, ya Gregorio no estaba tan ciego. Por fin, el constante diálogo de la pareja y un mes de discusiones en Munich, entre gente muy lúcida y politizada, sobre los ilustrativos hechos de Afganistán e Irak, acabaron de actualizarlo.

Para Cecilia, otra muestra de las dotes extraordinarias de Gregorio, fue la facilidad con que se comunicaba en alemán. Al llegar a Munich, podía leer sin

dificultad un periódico, pero como nunca había practicado la lengua hablada, tenía dificultades para expresarse; y las pocas veces que intervenía ante terceros, se servía del francés o inglés, o ella traducía para los demás lo que él dijera en español. Sin embargo, de lo que oía entre amigos, en las discusiones de Biergärten, en conferencias y actos públicos, no se perdía un concepto. Lo entendía todo. Lo había demostrado varias veces, al retomar a solas con Cecilia el hilo de lo que oyerá.

Y llegó un día en que comenzó a discutir con ella, incluso a discrepar a veces, y a esgrimir conceptos que le eran desconocidos dos meses antes, como deuda externa, complejo militar-industrial, exclusión, PIB, FMI, Banco Mundial, OTAN, globalización neoliberal. En ocasiones, Cecilia se inflaba de vanidad: aquellos progresos, en tan poco tiempo, eran propios de un genio. Otras veces, cuando él la acorralaba al descubrirle alguna contradicción, o se aferraba a alguna tozudez suya, ella lo mandaba al carajo.

Gregorio dio muy pronto por sentado, como sus nuevos amigos latinoamericanos, alemanes, turcos, asiáticos, que hoy vivimos en un mundo unipolar, gobernado desde la Casa Blanca por un bando falaz, asesino y ladrón de petróleo, que so pretexto de proteger a la humanidad del terrorismo, daba rienda a su codicia y desataba guerras devastadoras, con las que hambreadan y asesinaban por decenas de miles, a pueblos inocentes. Pero para su propio coleteo, Gregorio los veía además como agentes del demonio, al igual que Hitler, los Borgia, Nerón, Calígula, y asimismo los enemigos de los esenios y del cristianismo primitivo.

Durante los 42 días de su permanencia en Munich, Gregorio no tocó un tablero de ajedrez. Desde los 18 años, cuando conociera a Chema, hasta la noche del himeneo con Cecilia, Gregorio no dejaba pasar un día sin jugar o estudiar ajedrez. Ahora, entre gente de izquierda politizada, Gregorio descubría a diario nuevos ámbitos de una realidad que ignorara por completo. Y cuanto más aprendía más necesitaba leer, preguntar, promover discusiones, abreviar en ellas. Lo tentaba la idea de volver un día a su vieja indagación sobre los esenios y a explicarse la entronización del mal que desvirtuara los ideales sencillos y puros del cristianismo primitivo. Lo sucedido en Latinoamérica y en Irak, evidenciaba que las fuerzas demoníacas todavía gobernaban el mundo con inofensivos disfraces. Pero el episodio más intenso que viviera en Alemania, nada tuvo que ver con sus inquietudes religiosas.

El viernes 20 de julio a las 05:50 de la mañana, cuando aún faltaban tres semanas para que Cecilia terminara su curso y la pareja regresara a Madrid, sonó

el despertador en su cuarto de la ciudad universitaria. Gregorio estaba pendiente de la divulgación del Tercer Enigma de Pro Veritate.

Cecilia también se levantó, algo excitada y curiosa; y mientras él encendía el ordenador, ella empezó a preparar un té.

A las 06:01, cuando se abrió el enigma en el sitio web indicado, Gregorio leyó un texto mucho más breve que el de los precedentes.

1

¿Practican hoy día las democracias más HOMÓNIMAS DE AQUEL A QUIEN SIRVIERA UN ANAGRAMÁTICO BRUTO SHAKESPEARIANO,

2

una CIENCIA DE TIMONEAR HACIA AFUERA

3

que respete la LA INTANGIBILIDAD DE LA NATURALEZA y DE LAS COSTUMBRES

4

de los (que) SI TUVIERAN LA O LARGA SERÍAN ÁLAMOS menos desarrollados?

De inmediato y con gran alegría descubrió que sin más, ya tenía resueltos los puntos 1 y 4. El “anagramático bruto shakespeariano” no podía ser otro que Calibán.

–¿Y a quien servía Calibán? – preguntó Cecilia.

–A Próspero, y por tanto ese punto se refiere a las “democracias más prósperas”.

El punto 2 no podía ser sino “la política exterior”, y el 4 a “los pueblos”. Gregorio comentó que eso lo sabía cualquier estudiante de latín.

Cecilia dio un brinco de alegría. Admiraba la rapidez con que Gregorio resolvía aquel galimatías. Pero esa mañana ya no tuvo oportunidad de elogiarlo otra vez. El punto 3 le resultó intransitable.

Cecilia sabía que a esa hora su padre ya estaba despierto oyendo noticias en la radio y lo llamó para leerle el punto 3, a ver si a él se le ocurría algo; pero hasta las 8 de la mañana, don Silvestre no había llamado.

Gregorio dijo que si tuviera a mano buenos diccionarios etimológicos de latín y griego, e indagara a fondo la evolución semántica del adjetivo “tangible”, quizá apareciera algún indicio revelador.

–Vámonos a la Uni.

Era un trayecto de 10 minutos a pie y salieron de inmediato. Cogidos de la mano, atravesaron a pie uno de los puentes del Ísar; y al abandonarlo para enfilarse por la estrecha acera que prolongaba la senda de los peatones, debieron soltarse, ahuecar un poco el cuerpo y seguir de lado, para no tropezar con un grupo de *skins*. Uno de ellos dormía muy borracho, despatarrado sobre la acera, donde dificultaba el tránsito de los peatones. Un segundo, también tendido cuan largo era, tocaba una armónica. Sus botas de punteras metálicas penetraban un palmo en la senda de las bicicletas. Aquel día caliente casi todos llevaban sus torsos desnudos, repletos de tatuajes con svásticas y lemas nazis. Otros tres, algo más lúcidos, discutían a voz en cuello sentados en la acera, en medio de una veintena de botellas, casi todas vacías. Abandonada la senda férrea del puente, Cecilia y Gregorio se internaron dos pasos sobre el cemento de la acera, y prosiguieron casi en puntas de pie para no tropezar con los *skins* y su reguero de botellas; y en ese preciso momento de equilibrio, sobre la senda de las bicicletas pasó pedaleando muy sudado un cincuentón, que por las ropas y el turbante con que iba tocado era de seguro un turco; pero la mala suerte quiso que su rueda delantera tropezara con el pie del *skin* despatarrado. El muchacho se despertó en un grito y al estirar un brazo tumbó dos botellas casi llenas. Uno de los damnificados por el derrame corrió iracundo tras el ciclista, detenido ante un

semáforo rojo; y en cuanto lo alcanzó, lo tumbó por tierra a fuerza de patadas e insultos, turco de mierda, carroña, *dreckiges Arschloch*, sucio agujero de culo, vete a tu país, y al instante se le sumaron otros tres, con una furia inmisericorde. Al ver aquello, sin cálculo alguno, Cecilia se abalanzó contra los *skins*, y detrás de ella Gregorio.

El policía que se apeó en ese momento de un carro patrullero llegó tarde: Cecilia recibió un puñetazo en un pómulo, que le produjo una inmediata hinchazón, y Gregorio yacía a sus pies, con dos costillas fracturadas y el bazo partido. Esa misma noche, de urgencia, se lo extirparon. El intenso dolor en las costillas y las secuelas de la operación le invalidaron participar en el Tercer Concurso de Pro Veritate.

Cuando Gregorio pudo ya recibir visitas, Cecilia se apareció con Reiner e Hilde Hofmann, una pareja de marxistas alemanes, residentes en Göttingen. Ambos eran buenos hablantes de español, y acababan de regresar de una gira por Venezuela. La casualidad quiso que Reiner y Cecilia se encontraran en la Universidad, donde él venía a impartir un seminario de postgrado. De unos 50 años, docente de sociología, Reiner había combatido como voluntario en defensa del Gobierno Sandinista y conocía a Cecilia de Nicaragua. Hilde, judía de origen, era videasta de documentales y reportera de guerra. Al cabo de seis meses de filmaciones en la selvas, montañas, sabanas e islas, y sobre todo en la periferia de Caracas, hablaban maravillas del gobierno bolivariano. Habían tenido un encuentro con Hugo Chávez y a través de sus discursos, lo convirtieron en personaje central de un documental que se llamaría **Hugo**, donde elogiaban su valentía, honestidad, y la clarividencia con que supiera, paso a paso, ganar espacios para el poder muy endeble que recibiera en las elecciones. Admiraban que hubiese sobrevivido a un golpe de estado manipulado desde Washington; y que gracias al enorme apoyo popular, superara también la profunda crisis financiera y económica causada por la oligarquía cuando instrumentaran un sabotaje que paralizó al país en el 2002. Y daban prolija cuenta de cómo, una vez arrebatado el petróleo al monopolio de la oligarquía ancestral, genuflexa ante el amo gringo, Chávez puso sus beneficios a

disposición del pueblo.

Aquella conversación sobre Chávez se interrumpió por la llegada de otros amigos, pero dos días después, ya en su casa, Gregorio le propuso a Cecilia invitarlos a cenar para ahondar en el tema de Venezuela, que lo apasionara.

Los Hofmann vaticinaban que Chávez sería el objetivo de numerosos atentados, porque la Casa Blanca no estaba dispuesta a permitir que en su traspatio se colara otro desobediente *big mouth* al estilo de Fidel Castro; pero estaban convencidos de que el pueblo venezolano daría su batalla hasta las últimas consecuencias en defensa de un líder auténtico, como no lo tuviera el país desde los tiempos de Simón Bolívar.

Al comparar los proyectos hitlerianos de hegemonía planetaria con los del bando que manipulaba a Bush, dieron en discutir el impacto de algunas ideas irracionales en la conducta de la gente joven, y salió a relucir el tema de los neonazis. Gregorio, oía callado. Los neonazis eran ya un caso claro para él: muchachos con trastornos de la conducta, víctimas en muchos casos de sus propios padres, quienes a su vez lo eran de la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas de horror. Y por otro lado, vivían persuadidos de que los turcos y africanos usurpaban sus puestos de trabajo. No era cierto: los empleadores alemanes preferían a los inmigrantes como mejores trabajadores, más baratos, humildes y responsables. Nada les importaba que ellos fueran alemanes y blancos, por lo general emigrados de la antigua Alemania de Este. Y ellos por supuesto, ante la alternativa de trabajar con la humildad y eficiencia de un turco o asumir el desempleo, enarbolaban las banderas del nazismo, se entregaban a la xenofobia, la violencia y a expresar su protesta tatuándose svásticas o pintándose el pelo de verde y azul. Poco antes había discutido el caso entre amigos y lo comprendía bien. Pero lo que Gregorio no comprendía en absoluto era que en tiempos de Hitler, miles de jóvenes alemanes de clase media, muchos de ellos muy instruidos, se convirtieron en SS y odiaron a los judíos al punto de hacerse cómplices de la barbarie que significó hambrear niños y ancianos, y enviarlos a cámaras de gas.

—Y yo te aseguro -lo sorprendió Reiner-, que si yo hubiera tenido 17 años en 1940, habría sido nazi y con toda probabilidad un oficial SS.

Su propio abuelo y su padre fueron nazis convencidos. Reiner describió a su abuelo como un pequeño burgués sentimental, aficionado al violín, que lloraba con Bach y Haendel; un inflamado patriota alemán, solidario con sus compañeros de trabajo y con los vecinos, noblote, generoso, infantil, despojado de toda envidia o codicia. Pero al pobre, su instrucción no le permitía analizar

con objetividad los desastrosos resultados de la Primera Guerra Mundial; de modo que la suma de su desencanto y sano patriotismo, lo convirtieron en presa fácil de la manipulación hitleriana, con su prédica revanchista y antisemita.

–Yo adoraba a mi abuelo; conocía su honradez y la nobleza de sus sentimientos; y de haber tenido 17 años en el 40 ó 41, y tras oírlo conversar en familia, me hubiera inscrito con los ojos cerrados en las Juventudes Hitlerianas, como mi padre...

–Y si a eso sumas el respaldo de toda una nación -lo apoyó Hilde-, la propaganda sistemática, las marchas, los himnos, los discursos del Führer...

–Me imagino que no volverse nazi en la Alemania de 1940 -terció Cecilia-, era tan difícil como volverse comunista en los EE.UU. de 1946...

–Exacto, como en tiempos de McCarthy, cuando simpatizar con los comunistas era propio de traidores y enemigos de la libertad...

Gregorio soñó con aquella discusión. En el momento en que lo sobresaltara el despertador, la imagen de Reiner pontificaba que las guerras no sólo se ganan con dinero y cañones.

–Hacen falta también las ideas, que pueden ser un arma terrible.

A los pocos días, comentó con Cecilia la impresión tan fuerte que le produjera aquella revelación de Reiner.

Cecilia comentó que ella también hubiera sido nazi y SS en esas circunstancias.

–¿Tú?

–Claro, y tú también, Gregorio.

Él torció la boca y se quedó mirándola, con aire escéptico.

Esa noche, de la biblioteca de la Universidad, ella le trajo una monografía sobre el revanchismo en Alemania, escrita por un nazi que luego se afiliara al marxismo. Y al leerla, Gregorio se enteró de algunos hechos históricos que conocía muy mal. El autor, justificaba que una mayoría de patriotas alemanes, humillados veinte años antes, incubaran aquel sentimiento nacionalista de revancha. Él mismo había sido uno de ellos. Y trataba de demostrar su desencanto y humillación personal, ante las abusivas condiciones del armisticio impuesto a Alemania, vencida en la Primera Guerra Mundial. Explicaba hasta qué punto, los Tratados de Paz de Versailles y sus anexos de los años 18 y 19, resultaron odiosos para todo patriota alemán. Al conocerse los 14 puntos elaborados por el Presidente Wilson, que los EE.UU. y sus Aliados de la Entente europea les obligaran a firmar, el pueblo lloraba por las calles. El autor insistía también en que por esa época, patriota alemán era sinónimo de “nacionalista con

ínfulas de expansión territorial”. Y nadie, ni siquiera la inocente carne de cañón conformada por obreros y campesinos, soportaba ver a su patria excluida de la grandeza a que aspiraban desde Bismarck, maniatada, desarmada, despojada de su flota, expulsada de sus colonias y zonas de influencia.

Clarísimo. Gregorio admitió por fin que en circunstancias análogas, él también, a los 17 años, se habría encandilado con los nazis. Reconoció que en la atmósfera triunfalista de 1938 y 39, cuando la Wehrmacht se anexara Austria, los Sudetes de Checoslovaquia y Polonia, él se habría extasiado ante los fastuosos desfiles, himnos, estandartes y uniformes de vistosa apariencia. Y mucho más en el 40, tras someter a otros seis países europeos y ocupar sus capitales entre el 5 de abril y el 14 de junio. En poco más de dos meses habían puesto de rodillas a media Europa.

No era justo, pues, acusar al pueblo alemán de un guerrerismo congénito. Gregorio llegó a la conclusión de que los obreros y campesinos alemanes muertos en combate, eran tan nobles e ignorantes como los obreros y campesinos franceses que en el 14-18 murieron por miles en Verdún, enarbolando la tricolor, cantando la Marsellesa, creyendo morir por su patria amada, cuando en realidad dieron su sangre y dejaron huérfanos a sus hijos para beneficio de los grandes banqueros e industriales que instigaban las guerras. Esos eran los únicos culpables y estaban en ambos bandos, azuzando el ingenuo patriotismo de los humildes para aumentar sus negocios y promover nuevos repartos de colonias y zonas de influencia en los Balcanes, en África, en Asia.

El autor sostenía que para el pueblo alemán la *Blitzkrieg* del 40 representaba un merecido ajuste de cuentas, y Hitler era el adalid germano que vengaba el honor patrio ultrajado en el 18-19. No había que ser muy zahorí para aceptar que las grandes masas temblaran de gratitud ante él y lo siguieran con fervor hasta en sus más inhumanas empresas.

Debían añadirse también los éxitos económicos del hitlerismo; y sobre todo las brillantes campañas persuasivas orquestadas por Goebbels, el genial Ministro de Propaganda, que tan bien supiera capitalizar para el belicismo nazi, la exaltación del sentimiento de grandeza nacional.

“Igual que Bush”, pensó Gregorio, “con la diferencia de que este lo hace muy mal”.

De otra parte, el grueso de la población ignoró, casi hasta el final de la Guerra, la barbarie de los crematorios; y los nazis inculcaron en la mayoría de sus adeptos, la convicción fanática de que el Tercer Reich iniciaba una era luminosa para la humanidad; y en aras de esa misión redentora del pueblo ario,

sus hijos debían mostrarse firmes e implacables en el repudio a los judíos, esa lacra inmunda.

Una vez más, sí, claro, era obvio: Gregorio terminó por asentir y estar de acuerdo con Reiner: la fuerza de las ideas producía muchas reacciones contra natura como lo fuera, por ejemplo, la disposición al martirio de los cristianos primitivos, que preferían ser devorados por los leones y padecer torturas antes que renegar de su fe.

El tránsito de Gregorio ocurrió sin escalas ni previo aviso. Ocurrió en ocho días.

Tras la discusión con los Hofmann, Cecilia tuvo una semana intensa en la universidad y Gregorio se lanzó a una febril indagación vía **Internet** sobre el tema del petróleo y las iniquidades cometidas por ingleses y norteamericanos en el Medio Oriente. Estudió la historia de la región y en especial el conflicto entre israelitas y palestinos.

Para ese entonces, ya Gregorio comenzaba a concatenar e integrar conocimientos y todo lo veía clarísimo. Reconoció a los romanos y a los Herodes de siempre y a los que hoy día vendían su honor por un plato de lentejas. Ahí estaba Aznar, mondo y lirondo, reclutando tropas para Bush en Centroamérica, ayudando a los nicas y salvadoreños a morir por cuatro dólares, y ayudando a Bush a matar indefensos e inocentes ciudadanos de Irak. La perfidia de la Casa Blanca y de sus celestinas y chupamedias de Europa, le rompían los ojos.

En pocas horas vio renacer su infantil vocación por la causa de los pobres. Llegó a captar incluso por sí solo la engañifa de una supuesta filantropía de los ricos, con sus donativos, fundaciones humanitarias y demás. Se dio cuenta de que la misma mano piadosa que financiaba casas de beneficencia y comida para los *homeless*, también financiaba bajo cuerda dictaduras, grupos paramilitares y centros de tortura. Los filántropos eran al mismo tiempo promotores de guerras, donde los inocentes morían por miles. Y para sorpresa de Cecilia, llegó por sí solo a la convicción de que era necesario transformar el esquema de la propiedad y distribución de la riqueza.

Por supuesto, no había descubierto nada nuevo. Su convicción entroncaba con el ideal cristiano, el sencillo y viejo mandato de amar al prójimo, de dar de comer al hambriento, de beber al sediento y posada al peregrino.

Sin embargo, su amor a los desamparados y su impulso de ayudarlos, que le insuflara a los ocho años la *Vida de San Francisco*, habían cedido muy pronto ante el horror a exhibir su quijada, que lo forzara a refugiarse en su casa, en el convento y por fin en los tableros de ajedrez.

¿Sería posible todavía, a los 34 años, reparar su cobardía?

Desde muy niño, Gregorio se reconocía como una víctima del miedo al mundo exterior. Pero ahora que empezaba a adquirir un nombre en el gran ajedrez mundial, y que lo amaba una mujer bella e inteligente, sus miedos ya no lo acosaban tanto. Y no sólo por las inducciones del profesor La Fuerza. Era algo natural, muy distinto, emanado de sus novísimas creencias, de la seguridad adquirida en los últimos meses, de sus recientes triunfos en el amor y en el ajedrez, como si algo inconcluso se definiera en su naturaleza, o una repentina conversión se gestara en su espíritu...

“Como la conversión de San Pablo”...

Iluminado de pronto por la imagen de Saulo de Tarsos en el camino de Damasco, se le puso la piel de gallina.

Dos semanas después del encuentro con los *skins* en Munich, Gregorio tomó la repentina decisión de abandonar el ajedrez. Era algo impensable hasta unas pocas semanas antes. Aquel juego al que dedicara tantos esfuerzos, tantas horas de estudio; que se convirtiera en su única pasión, refugio de sus miedos; que lo llevara a colgar los hábitos y a forjarse grandes expectativas juveniles ¿ya no significaba nada para él?

Tras haber desempeñado un papel definitivo para su inserción “en el mundo exterior”, como decía él, era lógico que Cecilia aprobara la renuncia al ajedrez. Supo actuar con delicadeza y se cuidó de reprimir su alegría ante la noticia. Sin embargo, nada supo Cecilia de una segunda y trascendental decisión de Gregorio, asumida durante los días de su convalecencia.

Una noche de insomnio, Gregorio evocó aquel joven personaje de Huxley, cuyo desinterés e indiferencia por toda profesión era ya un motivo de alarma para su distinguida familia, hasta que en la antesala de un médico cayera en sus manos una revista donde se hablaba de la función glicogénica del hígado. Picado de una repentina curiosidad, el joven salió a buscar información y a poco, se lanzó de lleno, cuando nadie lo imaginara, al apasionado estudio de la biología. La biología y ninguna otra, era su vocación. Nadie lo habría adivinado; y mucho

menos se habría oliscado nadie que Gregorio, ex monje y ajedrecista, conservara adormecido pero aun latente, su afán de trabajar por los desamparados.

Cecilia ignoraba que en aquel sanatorio de Munich, con igual decisión y presteza que el personaje de Huxley, Gregorio había hecho suyos dos octosílabos de José Martí: “Con los pobres de la tierra / quiero yo mi suerte echar.”

Sin ceremonias ni reclamos de ayuda a la Virgen esta vez, se prometió a sí mismo ser fiel en lo adelante a la hermosa divisa del Apóstol cubano. No hacía sino consentir al reclamo de su traicionada vocación infantil.

A Madrid regresaron el 12 de agosto. Unos días antes, por acuerdo telefónico entre Cecilia y don Silvestre, se estableció que Gregorio no volvería al trabajo con él.

–Discúlpame por birlártelo, pero lo necesito todo el tiempo a mi lado. En cuanto llegue a Madrid voy a hacer las diligencias para contratarte otro lector.

–Nada; que te lo regalo, hija; y me alegro mucho de que os vaya bien.

–Gracias, padre: un buen marido es el mejor regalo de bodas que se me puede hacer; y tú fuiste quien lo encontró...

–Es verdad...

–Y diste con una buena persona, que además es un genio, y más valiente de lo que parecía; y he descubierto que vivir para dos puede ser estupendo, renovador...

Le anticipó asimismo su propósito de prolongar la luna de miel con un viaje a Sudamérica. Proyectaban una gira de dos meses por Venezuela, Colombia, Bolivia, Brasil y Argentina.

No le dijo que planeaba tomarse un año sabático en la Complutense e irse a respirar un poco ese resurgir del espíritu revolucionario, aletargado desde el reflujó neoliberal de los años 90.

Ante la propuesta del periplo sudamericano, Gregorio se mostró muy excitado y entusiasta, pero le avergonzaba que Cecilia lo costeara todo. Cuando el accidente en Alemania, ella debió regañarlo para que aceptara ingresar en una clínica privada que costaba un dineral. Gregorio no quería, pero ella insistió. Y cuando Gregorio quiso pagar la abultada cuenta, le informaron que Frau Professor Doktor Fernández ya la había pagado.

Él insistió en rembolsarle el pago y ella se negó. Y lo convenció de que todo su dinero debía regalárselo a Elena, que sin duda lo necesitaba.

Él se quedó mirándola.

–No seas tonto, joder, que pa eso tienes una mujer rica.

Y le reveló que diez años antes, su padre le había anticipado parte de su herencia familiar. Eso les permitiría a ambos vivir sin trabajar hasta el resto de sus días, si así lo quisieran. Gregorio se preguntó si en caso de recibir alguna herencia, él estaría dispuesto a compartirla con los pobres de la tierra. Estuvo a un tris de sacarle el tema a Cecilia, pero prefirió aplazarlo; y hablando de dinero, ya sin el sueldo de don Silvestre, su única esperanza de ganarse algo, volvían a ser los enigmas de Pro Veritate.

En Madrid, Gregorio se repuso. La secuela del bazo extirpado no le molestaba ya; y la fractura de costillas le impedía algunos movimientos pero le

producía sólo molestias leves.

En la madrugada del 20 volvió a poner el despertador a las 05:50, y al aparecer en el sitio web de Pro Veritate el llamado al Cuarto Concurso, se llevó una sorpresa. Las características de la competencia eran otras. Esta vez Pro Veritate no proponía ningún enigma.

www.proveritate.fr

CUARTO CONCURSO

París, 20-8-2003

NUEVAS BASES

1º. Sólo podrán participar en este Cuarto Concurso, las 187 personas que aparecen en nuestros archivos como ganadores de por lo menos uno de los concursos precedentes.

2º. En esta ocasión, el concurso consistirá sólo en la redacción de un texto cuya extensión no sea inferior a los 8.000 caracteres con espacios, ni superior a los 12.000.

3º. Los textos deberán versar sobre cualquiera de los siguientes títulos, pero los participantes escogerán sólo uno:

- Los EE.UU. y la Unión Europea.
- Los EE.UU. y el mundo árabe.
- Los EE.UU. y el petróleo.
- Los EE.UU. y Latinoamérica.
- Los EE.UU. y Venezuela.
- Los EE.UU. y Cuba.
- Los EE.UU., la UE y el terrorismo de Al Qaeda.
- Los EE.UU. y el equilibrio ecológico.
- ¿Quién gobierna en los EE.UU.?
- ¿Cuál es el terrorismo de estado más activo y mortífero de nuestro tiempo?

4°. A diferencia de las instancias anteriores del premio, en esta ocasión los 12 millones de euros se distribuirán sólo entre 6 ganadores; y habrá 10 millones de euros adicionales, para aquellos concursantes cuya participación en el Cuarto Concurso haya merecido un *accessit* del jurado.

5°. También en esta ocasión, los artículos deben enviarse por fax o email a las direcciones habituales, antes de las 18:00 horas del día 31 de agosto.

6°. De conformidad con lo expresado por el artículo 24° de las BASES GENERALES, vigentes para los tres primeros concursos y divulgadas el 28 de marzo de 2003, todos los concursantes en este Cuarto Concurso, están obligados a responder, vía email y antes del 25 de agosto, al cuestionario DHS que les será remitido por la misma vía. A los concursantes que no tengan una dirección electrónica, o que la hayan cambiado recientemente, se les ruega remitirnos la de alguna persona o institución a la que puedan acceder. De no responder a este cuestionario en la fecha establecida, quedarán invalidadas las participaciones al Cuarto Concurso.

7°. Los seis premios y las menciones otorgadas en este Cuarto Concurso, se darán a conocer por los canales habituales, el día 7 de septiembre.

8°. En relación con otros aspectos de este concurso, regirán las mismas bases divulgadas para los concursos precedentes.

Terminada la lectura de las bases, sin ningún comentario previo, Cecilia cogió un móvil y comenzó a discar.

Gregorio se quedó mirándola sin comprender.

–¿A quién llamas a esta hora?

–Llamo a la persona que nos va... ¿Reiner? Soy Cecilia, desde Madrid -y mientras su interlocutor respondía algo y Gregorio continuaba desconcertado, ella le señaló sonriente, con el índice sobre la pantalla del ordenador, el quinto título propuesto en la lista.

Ese mismo 20 de agosto, Cecilia voló con Gregorio a Alemania; y durante cuatro días de encierro en Göttingen, en casa de los Hofmann, vieron los materiales fílmicos, y sobre todo, la colección de vídeos del programa *Aló Presidente*, donde Hugo Chávez dialoga con su pueblo. Consultaron también muchos periódicos, una historia de Venezuela y la abundante bibliografía acopiada por Hilde y Reiner; y el día 24 por la noche volaron a Caracas. En Venezuela vivieron dos semanas de exótica actividad. Vieron de cerca la marcha de la “Misión Robinson” (campana de alfabetización) y participaron en “Barrio Adentro”, misión destinada a la salud pública gratuita entre los más humildes, para lo cual convivieron tres días completos con médicos venezolanos y cubanos en una favela de los cerros caraqueños. También visitaron escuelas, mercados populares, instituciones deportivas, bancarias, culturales; se internaron por el Orinoco y llegaron hasta muy cerca de la frontera con la Amazonia brasileña, donde comprobaron que hasta allí llegaba la campana de alfabetización, con su plan bilingüe y otras medidas para la dignificación de los indígenas.

El acicate de ganarse dos millones de euros para destinarlos a obra social, tal vez dentro de la propia Venezuela, les permitió terminar el artículo para el mediodía del 31; y a las 14, hora francesa, por fax y con duplicados en email, fue enviado a París, desde un hotel caraqueño, el siguiente texto:

George W. Bush fue elegido Presidente de los EE.UU. en diciembre del 2000 con un 72% de asistencia del electorado a las urnas, y por él votó de un

25% de los habilitados; lo cual significa que fue elegido por un 18% de los inscriptos en el padrón electoral. No obstante es sabido que en el ámbito nacional, reunió menos votos que Gore, su rival demócrata. Sin embargo, por el rejuego de los abstrusos vericuetos electorales que sustenta el sistema *winner takes all*[22], *Bush obtuvo 246 votos electorales de 29 estados, más otros 25 del estado de la Florida, gobernado por su hermano Jeff. En esos días, la prensa mundial dio amplia difusión a la intervención de la mafia anticubana de Miami, que manipulara urnas, máquinas y boletas, hasta forzar la parálisis del proceso electoral. Algo nunca visto, y de lo que ya no se habla. Y así lograron los republicanos que la decisión final pasara al Tribunal Supremo, donde dieron el triunfo a Bush por 5 votos contra 4.*

El Presidente Chávez, por su parte, ganó la Presidencia de Venezuela en elecciones que nadie cuestionara, con una asistencia a las urnas del 80%. Acto seguido, convocó un referendun para promover una nueva Constitución, y en abril del 99, volvió a ganar por el amplísimo margen de un 88%. Nada comparable a los deficitarios y turbios números que sustentan la Presidencia de Bush.

En abril del 2002, Venezuela y el gobierno del Presidente Chávez fueron víctimas de un golpe de estado, promovido por la patronal Fedecámaras, los medios masivos al servicio de la petrocracia oligárquica, la Iglesia Católica y la amarilla dirigencia de la CTV[23], con el apoyo de los EE.UU.; pero el pueblo se lanzó a las calles y rescató de la prisión a su Presidente en menos de 48 horas.

Por si fuera poca hostilidad, en diciembre del 2002, la reacción y los EE.UU. organizaron un refinado sabotaje a PEDEVESA[24], para arruinar la economía y desestabilizar al gobierno. Y entre las grandes hazañas de Hugo Chávez y el pueblo venezolano de hoy, está el haber sabido superar esta puñalada al corazón de su economía. En la conjura participaron muchos técnicos y elementos de la burguesía obrera, que se complotaron para usar sus conocimientos y secretos profesionales y afectar de manera letal los procesos automatizados, con desajuste de los termostatos, la petroquímica, la administración,. Tenían la certidumbre de que los chavistas jamás sabrían echar a andar de nuevo la principal industria

nacional. La oligarquía necesitaba recuperar a PEDEVESA, que fuera durante décadas el principal instrumento del latrocinio, la repartija, el despojo y exclusión de los humildes. Fue también génesis de la mayor corrupción nacional y de una despiadada fuga de capitales, para mayor miseria del pueblo venezolano.

Pero Chávez y sus patriotas superaron la crisis y hoy, por primera vez en este siglo, PEDEVESA está al servicio de las grandes mayorías, que necesitan amparo social, escuelas, hospitales, créditos, dignidad, trato humanitario.

Hoy día, en casi 5 años de gobierno, la obra de Chávez se resume en varias hazañas bien visibles para cualquiera, a poco que se interese por indagar la verdad.

En el 2003, con ayuda de Cuba, los chavistas iniciaron un grandioso programa para llevar asistencia médica gratuita a los barrios periféricos de Caracas.

En materia educacional, se alfabetizó a un millón de personas en seis meses; se devolvió, por primera vez en la historia de Venezuela, la dignidad a las minoría indígenas, con loable respeto por sus culturas, mediante programas de educación bilingüe; se instituyeron becas para el fomento de la educación universitaria; y en el orden social, hubo repartos de tierras; se creó un sistema de créditos que aliviase el desamparo de mujeres solas y madres solteras; se combatió la especulación; se abrieron nuevos mercados populares donde el pueblo pudo comprar alimentos y artículos de primera necesidad a bajísimos precios.

Desde los tiempos de Bolívar y Sucre no se respiraba tanta humanidad en Venezuela. Pero la prensa de los EE.UU. y Europa nada dice de los éxitos del gobierno bolivariano, ni elogia su honestidad y entrega a la causa popular. Sus méritos se ocultan o se desvirtúan. Los europeos, por alguna aviesa razón, prefieren dar crédito a las calumnias que divulgan los medios privados de Venezuela, que presentan a Chávez como un déspota o un orate con ínfulas, y de poco futuro. Pero el pueblo venezolano, cuanto más humilde, más adora cada día a su Presidente. Lo ven como reencarnación de Bolívar, el héroe traicionado ya a principios del siglo XIX por la oligarquía caraqueña, antecesora de la que durante tantos años explotara y hambreada a los pobres de la tierra, en un país donde todos deberían vivir con holgura; porque Venezuela no sólo flota sobre gas y petróleo y dispone de reservas seculares; sino que tiene un subsuelo rico en minerales diversos;

y ríos caudalosos con un enorme potencial hidroeléctrico; y selvas vírgenes y campiñas feraces que le permitirían un ubérrimo desarrollo agropecuario, donde nadie careciera de alimentos baratos. Pero la petrocracia nacional, en su codicia asesina y su desprecio a la humanidad, arrodillada a los intereses norteamericanos, ha sumido a ese pueblo en el hambre, el desempleo, el analfabetismo, la violencia, la droga. Lo ha llenado de delincuentes y excluidos; y ese entuerto es el que Simón Bolívar, revivido en la figura de Hugo Chávez, ha venido a deshacer.

El Presidente Bush, en cambio, se ha destacado en su gobierno por dos afirmaciones trascendentales, divulgadas poco después del derrumbe de las Torres Gemelas, y que han sido el *leitmotiv* en los avatares de su gobierno. En efecto, Bush afirmó que Sadam Hussein había desarrollado y escondido en territorio irakí armas de destrucción masiva; y luego afirmó que la guerra contra Irak, de carácter preventivo, terminaría en pocos días. Sus aliados Aznar, Blair y Berlusconi se hicieron eco y apoyaron con fervor ambas afirmaciones. Pero ahora, a los dos años de infructuosas búsquedas, pese al empleo de modernísimos equipos y a la participación de calificados especialistas, por ninguna parte del suelo irakí aparecen las mortíferas armas de destrucción masiva. A medida que pasan los días y las semanas, y se fortalece la resistencia irakí, y a diario se incrementan los atentados y la muerte de los soldados ocupantes, el pueblo norteamericano se impacienta. En febrero del 2003, dos de cada tres ciudadanos de los EE.UU. (un 66%), apoyaban a Bush y su pandilla, en la propuesta de una acción militar que desarmara a Irak de sus medios de destrucción masiva: pero en este mes de agosto del 2003, el apoyo ciudadano se ha reducido a un 40%, lo cual significa que 6 de cada 10 estadounidenses están en contra de proseguir la guerra. Ya las esposas y las mamás comienzan a angustiarse y a exigir el regreso de sus *boys*. Pero he aquí que este George W. Bush de tan escabroso acceso a la Casa Blanca; este desertor de la guerra en Vietnam cuyo bajísimo IQ lo sitúa a la cola entre los Presidentes de los EE.UU.; este rancharo texano que ya se está convirtiendo en un *pain in the ass* para el propio Pentágono y los halcones; este *Mister President* elegido por un 18% del electorado de los EE.UU. y de tan desastrosa gestión en su mandato, se ha permitido recientemente, la insolencia de expresar “preocupación” por la forma poco democrática como Hugo Chávez dirigía su país, irrespetaba los derechos humanos y la sacrosanta libertad de prensa. Este George W. Bush, pues, apoyado por un insuficiente y turbio 18% de votantes, que

alcanzó el mandato a duras penas, con ayuda de la maffia de Miami, por un solo y cuestionable voto del Tribunal Supremo, se permite amonestar a un colega elegido de manera impecable, en elecciones democráticas, sobre las que no hubo una sola queja. Y por si fuera poco, este venezolano triunfador por un 56% contra un 35% de su rival más cercano, resultó prácticamente reelegido a los cuatro meses de su investidura, por un elocuente 88% de apoyo a su propuesta para un referendum que modificase la Constitución.

¿Qué derecho tiene, pues, un presidente de 18 a regañar a otro de 88? Y conste que el 88 de Chávez es inobjetable; pero no así el 18 de Bush, batido por Gore en el cómputo nacional.

Ni corto ni perezoso, Chávez le respondió que los únicos con derecho a preocuparse por su desempeño en el gobierno, eran sus gobernados venezolanos, y nadie más; y le comunicó que ese pueblo, despierto ya de un prolongado letargo, ahora sabía muy bien qué libertades y derechos debía conquistar y defender; y que mejor se despreocupara el señor Bush de Venezuela y atendiera a su propio país, donde sobran motivos para perder el sueño.

No pasaron dos semanas de esta escaramuza, cuando una revista norteamericana de circulación mundial, en un pretendido artículo imparcial y objetivo, firmado por una plumífera de cierto renombre como especialista en asuntos de Latinoamérica, divulgó una sarta de infamias, con la expresa intención de denigrar a Hugo Chávez, como propagador de falacias y distorsionador de la realidad; y ponía como ejemplo la campaña “Barrio Adentro”, donde la generosa participación de voluntarios cubanos sería un *bluff*; porque allí nadie se curaba de nada. Con una desvergüenza indignante, aseguraba que “Barrio Adentro” carecía de fármacos eficaces, y que los médicos venidos de Cuba eran una partida de incompetentes y un gran peligro para la salud pública venezolana; y que Venezuela aplaudía y amparaba a terroristas del mundo árabe.

Tales mentiras y tan páfida embestida delatan los preparativos de otro plan, como el concebido para el Medio Oriente. Es casi seguro que la CIA ha costeado ese artículo. O quizá lo hayan financiado cuatro gopistas venezolanos para quienes la CIA reclutara a la mercenaria autora del artículo; pero de no mediar dinero o amenazas, ningún periodista que subiera a las favelas de los cerros caraqueños para observar de cerca la ímproba labor de los médicos voluntarios, tendría hígados para mentir con tanta alevosía. A poco que cualquier visitante sensible conversara con los

pacientes, o con sus familiares y vecinos, se enteraría de que los canales de la TV privada mienten. Se enteraría de que a aquellas alturas marginales, escenario de una despiadada exclusión, jamás había subido un médico antes del gobierno de Hugo Chávez. Hasta entonces, los asmáticos, los apuñaleados, las madres parturientas, los niños con diarrea, morían en el descenso hacia los hospitales, siempre abarrotados y con pésimos servicios. Quien de verdad haya visitado las favelas caraqueñas, y haya visto en acción el plan “Barrio Adentro”, si no es un vendido, un enemigo de Cristo, un cómplice de los que lo crucificaron ayer y de los que hoy asesinan al pueblo irakí y le roban su petróleo, no escribiría las mentiras que atiborran el artículo de marras. Mentiras son también la mayoría de las noticias que difunden los medios en Europa; o en el mejor de los casos, alevosas verdades a medias, disfrazadas de objetividad periodística. Sobre Venezuela, la mayoría mercenaria de la prensa europea, sólo desinforma, desvirtúa u oculta las proezas sociales y el humanismo de Hugo Chávez y la Revolución Bolivariana.

15

MARQUETERÍA FINA

Desde el 27 de julio

al 25 de septiembre del 2003

En el mes de julio, tras la divulgación del Tercer Enigma de Pro Veritate, el coronel Charlie Marling, jefe de la Estación CIA en París, recibió de los *headquarters* un cifrado donde se le notificaba que a juicio de Langley, algunas de las llamadas “versiones libres” merecían por lo menos un tirón de orejas.

Aquello le olió a exageración, pero no tuvo más remedio que ordenar a su secretaria la inmediata confección de una carpeta con todos los textos emanados de los concursos.

Tras la atenta relectura de los materiales vinculados al primero y segundo enigmas, no encontró nada digno de su indignación. Los primeros eran divertimentos sobre la obesidad; y los segundos contenían sólo desatinadas reflexiones sobre el SIDA. No obstante, dentro de las versiones libres asociadas al tercer enigma, halló tres que merecieron su atención y las insertó dentro de sendos recuadros. Las dos primeras en rojo y la tercera en verde. La primera, de un alemán, decía:

Los EE.UU. de América han apoyado a Batista, a Trujillo y a casi todos los dictadores del continente; y han contribuido a derrocar gobiernos progresistas, como el de Jacobo Arbenz en Guatemala, João Goulart en Brasil y Salvador Allende en Chile; y a aplastar movimientos patrióticos como el de Emiliano Zapata en México, Augusto César Sandino en Nicaragua y Francisco Caamaño en Santo Domingo. Hoy intentan lo mismo contra el gobierno constitucional del presidente Hugo Chávez en Venezuela.

La política exterior de los EE.UU. en América Latina, viola todas las integridades, incluso las territoriales. No olvidar que entre otras rapiñas, se apropiaron de Puerto Rico y le arrebataron a México casi la mitad de su territorio

Norbert Zink, Lindau

Aquello tampoco merecía una reacción de la Agencia. Sería absurdo formar bronca porque alguien difundiera incontrovertibles hechos históricos, reconocidos hasta en los propios textos docentes de los EE.UU. De paso, maldijo el prurito de sus compatriotas de desclasificar documentos viejos. Charlie, a sus 62 años, seguía sin entender esa *fucking* manía de llenarse de mierda gratis.

El otro recuadro rojo, era más virulento:

“El cínico gobierno de los EE.UU. de Norte América, petropirata y genocida, encarna la mayor amenaza que ha conocido el planeta desde sus

orígenes. Con la bochornosa guerra de Irak, la dictadura fascista mundial y el psicópata que la preside desde Washington, han dado un nuevo zarpazo contra la humanidad.

“Samuel Barn, Toronto.”

Shit! El tal Barn era de seguro un comunista de esos que iban a formar alboroto a Seattle, al Quebec, a Washington, a Génova; pero como táctica, dar pie a la sola mención del petróleo irakí equivalía a destapar la letrina y propiciar que se difundiera la pestilencia. En cuanto al psicópata, Charlie no estaba muy seguro; pero de que era un *asshole* no tenía duda. ¿Y qué podía intentar la Estación para defenderlo? ¿Decir que no era un psicópata? ¿Reclamar respeto por su investidura presidencial? Bah...

En eso, releyó un brevísimo texto, premiado con 250.000 euros, obra de un inglés muy conservador:

“Algún día, los hijos de una humanidad próspera y sin conflictos económicos ni raciales, agradecerán al Presidente Bush y a sus ayudantes la gran limpieza iniciada en el planeta mediante sus cruzadas contra el terrorismo de Afganistán e Irak.

“Robin Wilkinson, 91 Hampstead Road,

“Benwell, Newcastle on Tyne, NE4 8AB,

“UK”

Se quedó cavilando sobre cuánta razón llevaba el inglés. Sin duda un tipo de vista larga; y por cierto, resultaba extrañísimo que los viejos locos de Pro Veritate también estimularan a los *skins*, los neonazis, la gente de Le Pen y otros nacionalistas por el estilo. ¿Cuál sería el *fucking* juego que se traían? Era difícil evaluarlos.

A juicio de Marling, el hecho de que en Francia y en toda Europa circulase un texto como aquél, compensaba en parte los insultos a Bush y los EE.UU.

Por fin, redactó un cuidadoso memorándum con su análisis de los textos; él mismo lo cifró en cinco segundos mediante un programa convertidor rapidísimo, y lo envió al FD de la CIA. A las 13:28 hora standard del Este, lo recibiría un

Receptor de Partes Primarios, en su despacho de Langley, Virginia.

El RPP era un tipo gordísimo. En ese momento, con el micrófono de un *walkman* colgado de una oreja y tocado con una gorra de los **Medias Rojas** de Boston, visera hacia la nuca, sin dejar de masticar un *cheese-burger*, observó aquel texto, para él incomprensible, lo introdujo en el decodificador electrónico y lo remitió al FD para su correspondiente exégesis. Vuelto a los apremios de su interrumpido almuerzo, sorbió un par de tragos de Fanta y estimó que le quedaban tres mordidas, quizá cuatro, de su emparedado; pero de ahí a muy poco, cuando se disponía a embaular el último bocado, recibió del FD la respuesta al mismo mensaje de poco antes.

“Qué rápido”, pensó el gordo.

Era otro texto tan incomprensible como el anterior, elaborado mediante una clave de tercer nivel, desconocida para quien no fuese su destinatario final. Con el último bocado desarmado sobre un folio en blanco, el RPP tecleó en su PC la clave activadora de un convertidor. El galimatías, transformado en el acto en un cifrado de máxima seguridad, previa decodificación en París, llegó al despacho de Marling a las 18:35 GMT.

El FD le confirmaba la aceptación de sus puntos de vista. “Estamos de acuerdo. Eso mismo íbamos a aconsejarte”; y añadían la expresa recomendación de mantener una estrecha vigilancia sobre las publicaciones de Pro Veritate.

Marling confirmaba así su palpito de que aquel punto estimularía la avidez cognoscitiva de los *headquarters*. Cuando un tema les gustaba, eran insaciables.

Originario de Alabama, tierra de grandes ciclones, Charlie inició la “Fase de Alerta Informativa”. Así llamaba él, inspirado en la jerga de los meteorólogos, a la vigilancia ejercida sobre fenómenos en primera instancia inocuos para su territorio, pero que en cualquier momento podían convertirse en una amenaza.

Sin embargo, a principios de septiembre, cuando se divulgaron los textos vinculados al Cuarto Concurso, el propio Marling comprendió que la Estación-CIA de París debía entrar en “Fase de Acción Preventiva”.

Los viejos chiflados no estaban tan chiflados. Eran unos cabrones. Para el Cuarto Concurso otorgaron seis premios de dos millones de euros cada uno, a otros tantos escritos, a cual más rabioso y antinorteamericano. Marling sacó la cuenta de que un tal Abercromby, premiado en los cuatro concursos, y uno de los más virulentos contra América, se había ganado más de dos millones y medio de euros.

Esta vez, con toda claridad, su juego quedaba en evidencia. Durante los tres primeros concursos, crearon una gran expectativa con su desmedido derroche en

el monto de los premios. En ese lapso, de mayo a julio, tampoco vacilaron en estimular con jugosas recompensas a algunos participantes de la extrema derecha. Quienquiera fuese el *sonofabitch* que estuviese detrás de aquellos concursos, se había propuesto, para esa primera etapa, despistar a la vigilancia de los EE.UU. y sus aliados sobre sus verdaderas intenciones. Los muy cabrones, tras diseñarse la astuta imagen de un grupo extravagante, promotor de enigmas inspirados en la cultura antigua y de artículos onanistas sobre pamplinas pasadas de moda como Hitler o el SIDA, derrocharon en los tres primeros concursos millones de euros. Y les daba lo mismo premiar a los neonazis, los ecologistas o a la extrema izquierda terrorista. Pero ahora, para el Cuarto Concurso, tras quitarse la máscara, eliminaron los enigmas y propusieron diez temas concretos, sobre algún aspecto escabroso de la política e historia norteamericana. Era evidente que los diez temas obedecían al malévolo propósito de acicatear a los detractores de la democracia. ¿Y si no era Al-Qaeda, Sadam Hussein, El Kadafi o Castro, o todos juntos, quién cometería la locura de gastarse doce millones de euros en seis breves artículos de semejante virulencia? Porque, no obstante su brevedad, los seis constituían desembozados ataques a los EE.UU., a cuyos gobernantes pasados y presentes se acusaba de orates, ladrones, asesinos, piratas internacionales, enemigos de la Humanidad, destructores de la ecología, *etc.*

Por fin, los seis artículos ganadores se publicaron juntos el 7 de septiembre, día del fallo. El más venenoso, firmado por un holandés, historiaba las relaciones de negocios entre Bush padre y Osama Bin Laden, y acusaba a la Casa Blanca de haber urdido y apoyado a los fanáticos de Al-Qaeda en el derrumbre de las Twin Towers. Otro responsabilizaba a los USA por la destrucción del planeta. Desde Caracas, un visitante español exaltaba la obra y personalidad de Hugo Chávez y propalaba horrores sobre Bush, sus mentiras, el fraude electoral, *etc.*

A esas alturas, la única alternativa era cerrar el paso a los viejos *sob*, y en la misma tarde del día 7, Charlie Marling destinó tres sabuesos de la Estación para que averiguaran cuanto antes todo lo averiguable sobre la cúpula dirigente de Pro Veritate.

El día 9, Marling se enteró de que la cuenta de 200 millones de euros, abierta en el Bruxelles-Lambert durante el pasado mes de octubre, en vez de disminuir sus reservas, había aumentado en más de 40 millones. Pese a las grandes erogaciones pagadas a los ganadores de los cuatro concursos, el saldo se elevaba ahora a 242 millones. Soborno mediante, un empleado del Banco Bruxelles-Lambert pasó a la CIA los datos del banco suizo desde donde fueran transferidos

los más recientes ingresos. Así se enteró también de que la cuenta parisina no fue abierta a nombre de Pro Veritate, como se divulgara en marzo, sino de un tal Franz Lehmann, que decía ser alemán pero se identificaba con dudosos documentos argentinos. De dudosa nacionalidad era también una tal Marie Bienvenue, cuyas señas no figuraban en el Registro Civil francés. Esta pretendida dama parisina, sólo se dejó ver durante una conferencia de prensa convertida en circo, donde se diera a conocer como Presidenta de Pro Veritate; pero tras un brevísimo anuncio ante 200 invitados, se esfumó junto con seis de sus cómplices, gracias a la varita mágica de un prestidigitador allí presente. No obstante, a partir del mes de mayo, su firma también resultaría autorizada para operar el dinero depositado en el Bruxelles-Lambert.

Otra averiguación muy interesante concernía al marido de esta señora, un tal Elías Latif Al-Haj, ciudadano francés de origen árabe, que llevara una vida trashumante con largas estancias en África y el Medio Oriente. Una doméstica de origen marroquí que trabajara varios meses con ellos, declaró a los agentes de la CIA, que Monsieur Al-Haj tenía en su casa una estancia preferida, amoblada a la usanza árabe, donde se encerraba a fumar en narguilé y a oír discos de cantantes egipcias, vestido con amplias túnicas. Esa misma doméstica adujo también haber abandonado aquel trabajo, porque la señora Marie era demasiado exigente y entre otras tareas, le imponía a diario trasladarse en el *Métro* hasta Ménilmontant, para comprarle a Monsieur Elías su *kabab* [\[25\]](#), su *tabulleh*, su *kibbe*, en el local de un *traiteur tunecino* muy estricto en cocinar según la *preceptiva* y el *ritual musulmán*.

Por esta doméstica se enteraron también de que la señora Marie habla el árabe a la perfección, con acento argelino.

Por fin, el día 11 llegó la noticia bomba. El agente CIA que se trasladara a Zürich, averiguó de buena fuente que la cuenta de Pro Veritate en Suiza se elevaba a 3.067 millones de euros.

–*Shit!* -exclamó Charlie Marling al leer el cifrado recibido desde Zürich.

Un sabueso de la CIA, con ayuda de un ministro suizo amigo del Embajador de EE.UU en Berna, había logrado presionar al gerente del banco con veladas amenazas. Al exigírsele colaborar en la lucha contra el terrorismo internacional, el hombre indicó que para el manejo de la cuenta suiza de Pro Veritate, sólo se aceptaba la firma del Sr. Franz Lehmann,

Pero lo más interesante se averiguaría un par de días después en París.

Resultó que el tal Franz Lehmann, de 83 años, trabajaba en París como chofer particular de *Mme. Bienvenue* y de Elías Latif Al-Haj, bajo el seudónimo de Paco el Argentino.

–Algo muy extraño -pensó Marling, mientras rachas de viento y lluvia golpeaban su parabrisas junto a un semáforo del Boulevard de Sébastopol.

El 15 de septiembre, en cumplimiento de instrucciones recibidas desde EE.UU., París envió un recuento de lo obtenido hasta ese momento; y al día siguiente se recibió el nuevo encargo de abandonar las pesquisas sobre Franz Lehmann. Los archivos de Langley ya lo tenían localizado con profusos datos; y pidieron concentrarse sólo en *Mme. Bienvenue* y su esposo Elías. Que averiguaran sus andanzas y quehaceres en África y el Medio Oriente, e indagaran sobre todo cuáles eran sus actuales relaciones en París.

El 17 llegó otra noticia acogida con júbilo por el jefe Marling. Su gente corría con suerte en esos días. ***Air France***, primera empresa aérea escrutada por la CIA en pos de trazas sobre posibles desplazamientos de Marie Bienvenue y su esposo, dio cuenta de que Monsieur Elías Al-Haj, entre octubre del 2002 y agosto del 2003, había volado 9 veces a Damasco, Siria.

--

El FD fue primero el MUD, inaugurado en tiempos de Lyndon Johnson, a propuesta de Richard Helms. Instalado en Washington, a principios de 1964, en un edificio de cuatro pisos del barrio de Foggy Bottom, el MUD funcionó 20 años fuera del organograma de la CIA. Fue una entidad fantasma, bajo la dependencia directa del Director de la CIA, e indirecta del Presidente de los EE.UU. El hecho de estar fuera de los *headquarters*, determinó que muchos funcionarios de la CIA no conocieran su existencia hasta mucho más tarde. Hoy día, en que documentos desclasificados permitieron saber que la sigla MUD significaba MAKE-UP DEPARTMENT (departamento de maquillaje), ya nadie usa esa designación. Ni tampoco la oficial M-5, con que ingresara al organograma en los años 90. Hoy se lo llama FD o Framing Dep. (departamento de marquetaría); porque el verbo “to frame”, que significa “enmarcar”, también designa en una acepción metafórica, el trabapo solapado para denigrar o inculpar a alguien. Trasladado a los *headquarters* de Langley en el 86, el FD ocupa desde

entonces un par de locales en el 3er piso del ala oeste.

Cuando se conociera la noticia sobre los recientes nueve viajes del señor Al-Haj a Siria, en los *headquarters* de Langley cundió el optimismo. Sobre todo en los locales del FD, donde el oficial que atendía el caso dio un brinco y soltó un grito de victoria. Una repentina corazonada le decía que los viejitos de Pro Veritate no eran tan excéntricos ni *assholes*, y que en sus filas se ocultaban dos terroristas de marca mayor. El día precedente había obtenido otras dos curiosas referencias sobre el tal Franz Lehmann: la primera, que hablaba chino casi mejor que su propio idioma; y la segunda, que estaba vinculado a una catástrofe aérea del año 1998, en el estado de Nevada, donde murieran 27 personas; y que por esa catástrofe, el FBI lo tuvo un par de meses en su mirilla.

Durante una semana más, todo el poderío informático de la CIA se volcó en una indagación a fondo sobre el trío Bienvenue, Al-Haj, Lehmann. Se trataba de crear, con verdades demostrables o mentiras respaldadas mediante laboriosos fraudes y sobornos, una imagen siniestra de Pro Veritate. Era imprescindible detenerlos, al costo que fuera.

El 25 de septiembre, el Framing Department de Langley, elevó a la aprobación de la Casa Blanca y de la CIA, para su inmediata divulgación por *Internet* y en periódicos de circuito mundial, el siguiente borrador, concebido como primer artículo de una serie que se llamaría: VERA VERITAS (la verdadera verdad).

VERA VERITAS I

Aparte de lo que muchos ciudadanos de los EE.UU. y el Occidente democrático opinen sobre el acierto o desacierto del gobierno norteamericano en su guerra contra Irak, ninguno podría negar que el terrorismo existe y cada día más entronizado en el planeta, como el mayor enemigo del progreso, la Democracia y la Paz. Muestra innegable de esta lacra son Osama Bin Laden, Sadam Hussein, El Kadafi, Fidel Castro, Hugo Chávez, los vascos de la ETA, los nacionalistas chechenos, los kurdos, los neonazis, los supremacistas blancos, el Ku Kux Klan, etc. Y creemos que todo demócrata y defensor de los Derechos Humanos, al margen de su simpatía u oposición a la actual administración de los EE.UU., debe por lo

menos apoyar la condena del terrorismo y denunciarlo donde se presente.

En este artículo expondremos el caso de Pro Veritate, esa enigmática institución que ha regalado en el término de 120 días, y en sólo 4 extraños concursos donde los participantes debieron solucionar aún más extraños enigmas, 58 millones de euros. Pero he aquí que tras generar una gran expectativa mundial con sus abultados premios, en el último y cuarto concurso, suspendieron los enigmas y promovieron la redacción de seis pequeños artículos en favor del terrorismo, con desembozadas loas para los fundamentalistas irakíes, afganos, venezolanos y cubanos. Por cada uno de esos 6 artículos, todos de una flagrante mediocridad, han pagado la suma de 2 millones de euros; más otros 10 millones que han repartido entre los 34 articulistas ganadores de un accessit en el último concurso.

¿Y saben ustedes de dónde salen esos millones? Pues los ha donado un señor llamado Franz Lehmann, conocido en París por el seudónimo de Paco l'Argentin, que hoy día se desempeña como chofer del matrimonio constituido por la señora Marie Bienvenue y el señor Elías Latif Al-Haj. Estamos en condiciones de probar que la suma donada a Pro Veritate por este generoso chofer, asciende, oh Santo Dios de los Cielos, A MÁS DE 3.000 MILLONES DE EUROS.

¿No les suena todo esto, estimados lectores, un poco incoherente?

Pues bien, para este primer artículo de la serie VERA VERITAS, permítanme anticipar algunos datos biográficos de los tres personajes mencionados.

Sébase que Mme Bienvenue, extranjera de oscura nacionalidad y vida muy convulsa, tras prostituirse al final de la guerra en Alemania, apareció en Los Angeles como concubina de un afro-norteamericano, a cuyo lado dirigiera una red de pedofilia. Después, con el cuento de fundar escuelas para niños desamparados del África, se dedicó desde Argelia a preparar y exportar niños destinados al tráfico sexual en Europa y EE.UU. De ahí proviene la gran fortuna que le permite su vida regalada de hoy y la adquisición de un suntuoso apartamento en la Avenue des Champs Elysées. Sébase también que Elías Latif Al-Haj, un musulmán misterioso, cosmopolita, trashumante, a quien Marie Bienvenue conociera en Argelia, ha hecho, entre agosto del 2002 y septiembre del 2003, NUEVE visitas a Damasco; y en cinco ocasiones ha cruzado la frontera entre Siria y el Líbano. Nuestras averiguaciones nos permiten afirmar que ni en Siria, ni en el Líbano, ni en Francia donde reside, el señor Al-Haj desempeña actividad

comercial alguna que justifique estos viajes. ¿Raro, verdad? Cualquiera se preguntaría qué diablos va a buscar este musulmán de 78 años, y con semejante asiduidad, a tierras tan poco turísticas, junto a la vecina guerra de Irak...

Pero el caso más interesante es el de Franz Lehmann, alias Paco l'Argentin. De él, sólo anticiparemos por ahora que habla el chino mejor que el alemán, y que se dispone de fotos donde el tal Lehmann aparece en 1938, en una ciudad de Manchuria, junto al famoso Richard Sorge, comunista alemán que trabajara para la inteligencia de Stalin en el Extremo Oriente. Por último, descubrimos que el FBI, aunque no pudiera probarlo, lo tuvo en la mirilla como sospechoso de haber provocado el accidente fatal de un avión particular en territorio de los EE.UU., donde murieron 27 personas en 1998; y lo más aterrador es que de ese "accidente" provienen los miles de millones de que hoy dispone la ominosa Pro Veritate.

En fin, esta coincidencia de árabes, visitas a Damasco, sospechosos accidentes aéreos, y millones botados en el fomento de un periodismo terrorista ¿no le sugiere al amable lector algo *déjà vu*, con reminiscencias del 11 de septiembre?

(A quienes interesen las andanzas de estos tres siniestros personajes que conforman la cúpula de Pro Veritate, les sugerimos leer las próximas entregas de la serie VERA VERITAS, sea en este periódico o por el sitio www.veraveritas.fr

El artículo II de esta serie saldrá dedicado a la trágica vida de Kateb Bennabi, uno de los niños argelinos que *Mme. Bienvenue* vendiera a una familia francesa en 1975, y que hoy, ya demasiado viejo y depauperado para satisfacer a los pederastas, mendiga o roba lo que puede en las sórdidas calles del quartier de Saint-Denis.

En los artículos III y IV, los lectores tendrán ocasión de conocer a otros cuatro miembros de la Junta Directiva de Pro Veritate, todos ellos con muchos años de presidio a sus espaldas, convictos por encubrimiento, subversión, asesinato y asalto a mano armada en un hipódromo. Son ellos, Elizabeth Longlake, Jean-Yves Desfontaines, Cornelia van den Vondel y Kriton Boliakis.)

LES INROCKUPTIBLES

Paris, 17.IX.03

Entrevista a Oscar Abercromby, quien tras haber ganado en los Concursos de “Pro Veritate” 2.6 millones de euros, ha regalado 2.3 a un misionero italiano en África.

Entre el 27 de mayo y el 7 de septiembre de 2003, la hoy controvertida Fundación “Pro Veritate” ha distribuido 82 millones de euros, y 58 de ellos en calidad de premios, entre los participantes en sus enigmáticos concursos. De las 3.590 personas que compitieran en los tres primeros, sólo 187 obtuvieron premios, y quedaron así calificadas para participar en el cuarto concurso. En total, 106 concursantes ganaron un solo premio; 47 ganaron dos; 33 ganaron tres; y sólo 1 ganó los cuatro premios disputados. Ese campeón absoluto, el Sr. Oscar Abercromby, ha tenido la gentileza de concedernos desde su residencia en Atenas, la presente entrevista telefónica sobre su vida y recientes éxitos.

De nacionalidad británica, 48 años, residente en Grecia desde 1991, arqueólogo de profesión, Mr. Abercromby obtuvo un diploma clásico en La Sorbonne y vivió durante 14 años en París, entre el 76 y el 90.

-¿Podría explicarnos su preferencia por la Sorbonne, cuando varias universidades británicas son famosas por la excelencia de sus estudios clásicos?

-En realidad, no hubo de mi parte tal preferencia. De hecho, yo había ingresado a Cambridge con una beca; pero fui expulsado, repudiado por mi familia, y sin saber muy bien por qué, me refugié en París, donde mi buena suerte quiso que ese mismo año ingresara a la Sorbonne.

-¿Sería muy insolente pedirle los pormenores de esa expulsión?

-En absoluto; si hubiera querido ocultarlos, no habría mencionado los episodios de la expulsión ni el repudio de mi familia. Sólo que para esclarecerlos debo hablar mal de mis padres y no sé si eso caerá bien a sus lectores.

-*Le propongo correr el riesgo, Oscar.*

-Bien, OK: yo soy hijo de un militar cuya carrera transcurrió en la India, y luego ocupó un cargo subalterno en Londres, en la administración del Commonwealth. De la vida activa se retiró en 1960, a los 55 años, cuando yo sólo tenía 5. A mis 12 años, por considerar que yo no era suficientemente viril, ordenó fortalecerme mediante duchas frías al levantarme. Aquel tónico matinal, al que mi padre y sus compañeros cadetes debieron someterse durante su adolescencia en la academia militar de Sandhurst, haría de mí un hombre. Y no me exoneró siquiera durante los meses más fríos del invierno londinense. También me impuso aprender esgrima, equitación y boxeo; pero al cabo de dos años no soporté más y me negué a los golpes y a las duchas frías. Me convertí en una fiera que pateaba y mordía a los sirvientes cuando por órdenes suyas me arrastraban a la ducha. Entonces, mi padre me encadenó en el sótano hasta que yo cediese; pero preferí morirme y no comí nada en once días. Al duodécimo me desencadenaron, me amarraron a una cama y me alimentaron con sueros. Apenas me restablecí, mi madre intentó una mediación para reconciliarnos. Yo me negué y quedé confinado bajo llave, en mi cuarto de la planta alta, cuya única ventana enrejada daba a los fondos de la casa. Pero una noche, cuando todos dormían, zafé con un cuchillo los tornillos del picaporte, y logré escaparme. Bajé de puntillas, penetré en el gran salón de recibo; y allí, sobre el impoluto empapelado color crema, escribí: “Mi padre es un bruto ignorante, mi madre una indigna, traidora a su patria indostánica; y yo amo a Charlie, el pelirrojo que reparte la carne.”

Para mi gran satisfacción, mi padre tuvo ese día su primer infarto. En sus planes no figuraba la paternidad de un homosexual confeso y escandaloso.

Hoy, sobre todo en Europa Occidental, miles de homosexuales honestos y valientes, divulgan sin ambages su condición; pero en el año 69, yo no había conocido todavía a ninguno. En mi medio, el primero fui yo.

Cinco años después, tras haber ganado una beca para cursar filología en Cambridge, fui el único estudiante que admitía en público su homosexualidad y propalaba opiniones políticas de extrema izquierda; y al empezar mi segundo año lectivo, como yo no renunciara a mi veracidad, di lugar a *une affaire* que determinó mi expulsión de Cambridge. En cuanto a mis estudios en La Sorbonne, los debo a la generosidad y solvencia de un amante francés. Era un hombre mucho mayor que yo... Voilà.

-*¿Vive todavía su amante?*

-No, murió en el 89...

-¿Y usted lo quiso mucho?

-Me agradaba la vida a su lado; pero confieso que para sobrevivir en aquellos años duros, me dejé amar sin reciprocidad. Nunca le dije que lo amaba...

-¿Y no lo traicionaba?

-Sí, a veces lo traicioné, con discreción; y si no se lo confesé, no fue por falta de valor, sino para evitarle sufrimientos. En todo caso, juro que no abusé de su pasión por mí, ni de su generosidad.

-¿Y no cree haberlo usado un poco?

-Sí, lo usé, ya lo he reconocido..., pero sin tiranía ni humillaciones; y le aseguro que no sufrió por mi culpa.

-Bien, y ahora, para cambiar de tema, ¿su reciente donación de más de dos millones de euros al padre Tortorelli, le permite considerarse una persona altruista?

-Por su etimología, altruista (que viene de *alter*: el otro) es por un lado el antónimo de egoísta (que viene de *ego*: yo). Egoísta es el que vela por sí mismo, por satisfacer sus necesidades, instintos, amor propio. Altruista es el que ama, protege, beneficia a los demás, antes que a sí mismo.

El concepto de egoísta está claro, pero el de altruista requiere precisiones; y las requiere porque “los demás” pueden constituir grupos humanos muy diversos. Para mí, a grandes rasgos, “los otros” integran tres comunidades principales: mi familia, mi patria y la humanidad completa. Pero entre la familia y la patria, se puede amar ciertos subgrupos: el barrio y su equipo de fútbol, la ciudad, la región en que uno vive; y así, yendo de menor a mayor, resulta preferible un continente, una comunidad lingüística, religiosa, lo que usted quiera... Pero si entendemos bien los vaivenes del amor, el máximo egoísmo representa el mínimo altruismo. Es el caso del bruto parrandero que antepone sus necesidades individuales a las de su familia; que deja sin comer a su mujer e hijos, o a sus padres, para gastarse la paga en una taberna con prostitutas o en el hipódromo. A ese no le interesa su familia, ni su patria ni la humanidad. Representa el más bajo peldaño moral en la escala humana.

Más altruista es el hombre que por dar de comer a su familia, se convierte en una fiera capaz de robar y asesinar a cualquiera. Es también un tipo de egoísta, pero que ya no apetece sólo para sí. Lo que consigue, lo comparte con los suyos. Llamémosle “familista”, para diferenciarlo del egoísta raso que se parrandea el pan de sus hijos. Pero el familista, por amor a los suyos, a veces mata, roba, y es capaz de convertirse en un peligroso antisocial. Supongo que Bush, como

muchos cowboys, pertenece a esa categoría...

De más elevación humana y moral es el patriota; el que se alista voluntario en la guerra, dispuesto a dar la vida por salvaguardar su patria amada, como los miles de franceses humildes, que se sumaron al llamado de Charles de Gaulle. Pero aquí hay que tener mucho cuidado. Hay patrias por las que bien vale morir en su defensa; pero hay otras fundadas en la mentira y la injusticia...

-¿Y cuál es su caso como ciudadano británico? ¿Se siente usted patriota?

-Por lo que ya he confesado, se comprende que no me interesara imitar a mi padre; y él, como Winston Churchill, amó con delirio a la Bella Albión. Siempre estuvo dispuesto a dar la vida por defenderla; y yo en cambio, desde que tengo uso de razón, no me identifico con el gobierno ni con la monarquía británica, ni puedo olvidar su macabra historia colonialista. Luego, pienso que todo patriota británico que desee más riqueza y bienestar para su territorio, *ipso facto* se convierte en cómplice del injusto orden social y económico vigente en el mundo actual. O sea, el patriota británico contemporáneo, o el patriota de cualquier país desarrollado que acepta su presente bienestar y aspira a más, sin importarle que ese bienestar se haya forjado a expensas de la secular expoliación de otros pueblos, es un ignorante, un inmoral, o ambas cosas; y no puede ser un sincero cristiano.

-¿Y por qué escogió dar su dinero a don Alex Tortorelli? ¿Es usted católico?

-No, soy ateo, pero creo en los santos como Tortorelli; que viven con los pies en la tierra. Para mí, él representa la gran esperanza de la humanidad, el ejemplo a seguir, la prédica del desprendimiento, la fraternidad, en fin, el más alto escalón moral de la especie humana, el sumo altruismo, ante el cual deberían arrodillarse arrepentidos casi todos los gobernantes de este mundo.

-¿Y no habría encontrado ejemplos de ese altruismo en el Reino Unido?

-Sin duda los hay, pero me pesa mucho la historia de mis antepasados piratas, negreros, *tycoons*, geófagos expoliadores, como los que impusieron a China las infames *Guerras del Opio*...

-¿Qué guerras fueron esas, Sr. Abercromby?

-No debería usted desconocerlas, joven amigo, porque los franceses fueron nuestros aliados a partir de la segunda.

-Razón de más para que *Les Inrockuptibles* queramos conocer la verdad, por dura que sea.

-Pues bien, trataré de dar un panorama en pocas palabras. Todo empieza porque mediante técnicas agronómicas muy adelantadas para el siglo XVIII, el Imperio Británico logró en sus posesiones de la India, un opio de buena calidad

y muy barato, que destinaron a un plan diabólico contra China. Sucedió que en esa época, las astronómicas y crecientes importaciones británicas de té chino, producían un grave déficit en la balanza comercial. De ahí el péfido plan concebido en Londres, de enviciar a los chinos con ese opio más barato. Y en efecto en menos de dos años, la balanza comercial chino-británica dio un vuelco total. El déficit era ahora de los chinos, cuyas importaciones de opio indostánico excedían con mucho al valor de sus exportaciones de té, porcelana y seda. A causa de ello y para detener los estragos que el opio causaba en la salud de su gente, el Emperador prohibió su comercio. Pero el Imperio desoyó la prohibición y lo introdujo de contrabando, por la fuerza. En 1839, si no me equivoco, las autoridades chinas confiscaron varios cargamentos de opio en Cantón; y en respuesta, las tropas de Su Majestad iniciaron la primera de las cuatro Guerras del Opio. El resultado, catastrófico para China, fue la pérdida de Hong Kong y sobre todo, la indignidad de tolerar que una potencia extranjera, tras derrotarlos por las armas, les impusiera en su territorio el libre comercio de un veneno para la salud de su pueblo.

-Gracias por su valentía y sinceridad, señor Abercromby, y buena suerte, de todo corazón.

MARIE BIENVENUE

En un artículo divulgado el 6 de octubre pasado, a través del sitio web www.veraveritas.fr y reproducido en días sucesivos por varias publicaciones europeas, el periodista Raymond Mercier me acusa del ejercicio de prostituta y de haberme enriquecido en el tráfico de niños africanos para los mercados pedófilos de Europa. Parte de eso es verdad y parte mentira, para denigrarme; aunque el verdadero objetivo del señor Mercier es denigrar a la Fundación “Pro Veritate” que tengo el honor de presidir.

De otra parte, así como el emperador George Washington Bush (en realidad ignoro si su W corresponde a Washington, pero es muy probable, porque muchos canallas bautizan a sus hijos con nombres patrióticos)... Olvidé lo que iba a decir; pero no pido disculpas por mis olvidos y digresiones, porque tengo casi 80 años, ninguna prisa en la vida, y me encanta irme por las ramas, y cambiar de tema, y me creo con derecho no sólo a irme por las ramas sino a volar por las alturas, porque nada le debo a los que me están leyendo, y si no les gustan mis digresiones, pues que no las lean.

En todo caso, el señor Raymond Mercier ha divulgado que mi marido, Elías Latif Al-Haj, es un terrorista musulmán, como lo probaría su misteriosa, inexplicable y muy frecuente presencia en Siria y el Líbano, lo cual también es una media verdad.

Me consta que esta técnica de mentir a medias, tan explotada por la gran prensa enemiga de los pueblos, es muy dañina. Por ello, trataré de replicar con una biografía mínima, que permita enfocar algunos hechos mencionados por el Sr. Mercier, pero enfocados desde muy distintos ángulos. Preveo, eso sí, la eventual necesidad de evocar episodios muy alejados en el tiempo, de los que no tengo pruebas documentales. En tales casos, deberé extenderme en intimidades que los justifiquen por vía de la memoria, la lógica o la emoción. Supongo que otro tanto harán muy pronto en su propia defensa, otros miembros de Pro Veritate, contra quienes también ha enfilado sus pestíferos dardos el señor Mercier.

Marie Bienvenue es un seudónimo que adopté hace 45 años en Argelia, cuando abrí mi primera escuela para niños huérfanos. Y para seguir con mis digresiones, informaré que ese seudónimo me lo inspiró Víctor Hugo, con su personaje de Monseñor Bienvenu, mi paradigma de suprema humanidad.

¿Recuerdan cuando Monseñor devuelve los candelabros de plata a Jean Valjean? Esa escena transformó mi vida.

Pues bien, con ese seudónimo he hecho mi vida pública en África y en toda Europa; y con él opero también la cuenta bancaria de Pro Veritate en el Banco Bruxelles-Lambert, ante cuya gerencia general me identifiqué como es debido, en el pasado mes de febrero. A ellos debo agradecer que me hayan guardado el secreto; y aunque lo ignoran, han contribuido a evidenciar el poco rigor investigativo del Sr. Mercier, cuando me atribuye una “dudosa nacionalidad”. En mis orígenes no hay ninguna obscuridad. Por si fuera poco, nací en la Ciudad Luz y me llamo Marie Thessalon.

Mi insólito apellido es una corrupción de Thessaloniké (en francés Thessalonique o Salonique), ciudad de la Macedonia griega donde nació mi abuelo paterno, que emigrara a Francia a fines del siglo pasado. Nuestro verdadero apellido, de origen sefardita, era Bensadón.

Al igual que mis padres, soy ciudadana natural francesa. Nací en París el 12 de marzo de 1924 en el número 4 de la rue Bélidor, muy cerca del Ballon des Ternes. Soy hija de Maurice Thessalon y Esther Farías, también judía, de remoto origen portugués. Mi inscripción de nacimiento figura en el tomo XIº, volumen 17, página 136 del Registro Civil del Octavo Distrito. Mi *Carte d'Identité* lleva hoy día la serie y número JS 70445.

En París asistí a *l'école maternelle* del Boulevard Péreire, que aún existe y donde cualquier interesado encontrará fotos mías y constancias de mi escolaridad en los archivos de 1928 y 1929. Si el Sr. Mercier necesitara más pruebas de mi existencia legal, allí mismo, en los registros de vacunación antidiftérica, hallará las impresiones digitales de mis dos pulgares.

Luego, mi familia se instaló en Lyon, donde mi padre ganara por oposiciones una plaza docente en la Facultad de Química. Yo asistí allí a un Liceo Clásico, pero mis estudios se interrumpieron el 30 de junio de 1940, cuando estaba a punto de lograr mi primer *Bac*. En la madrugada de ese día, mi madre, mi hermano Jean-Jacques que entonces tenía 12 años, y yo con 16, fuimos secuestrados por un *Sonderkommando* de las SS y conducidos en secreto a París. No por ser judíos, como se nos expresara al principio, sino por ser la familia de Jacques Thessalon, que en esa época cumplía un contrato para impartir clases en Ginebra; y sobre todo, porque una revolucionaria teoría suya constituía el punto de partida para el desarrollo de combustibles aplicables a la cohetería de largo alcance. (De las actividades del Dr. Jacques Thessalon se enterará sin dificultad quien lo desee, en los anales de la Facultad de Química de la Sorbonne y

también en Lyon; y de que ese señor fue mi padre, da cuenta mi partida de nacimiento, arriba citada.)

Bajo la amenaza de que torturarían a su mujer e hijos, mi padre fue obligado a regresar a Francia para poner sus conocimientos al servicio de los planes de Hitler, que mucho necesitaba de ellos. En efecto, la tecnología alemana de los combustibles representaba un bache en el desarrollo del “arma secreta” alemana. Tres días después, mi padre llegó al París ocupado, donde le propusieron trabajar para ellos. Él declaró que necesitaba pensarlo. El jefe SS prometió buscarle un lugar ideal para inspirarle buenos pensamientos; y el 3 de julio nos trasladaron por avión al campo de concentración de Bolsen. Aterrizamos en un aeropuerto militar cerca de Hannover y esa noche dormimos en el *Lager*.

Para mi padre fue un dilema terrible. Sabía que sus aportes a los nazis contribuirían a la destrucción de ciudades enteras y a la muerte de miles de personas. Estuvo varios días indeciso entre sus deberes con la humanidad y el amor a su familia. Al cabo se avino a colaborar con el grupo que dirigía Von Braun en Peenemünde; y por conjeturas posteriores, me imagino que alentaba la esperanza de desinformar a los científicos alemanes. Pero como los nazis no confiaban en él, mi madre, Jean-Jacques y yo, fuimos sus rehenes. Se le informó que no nos volvería a ver hasta que se comprobaran los resultados positivos de su trabajo. Así, después de su partida, fuimos retenidos en Bolsen durante dos meses más. Se le prometió darnos un trato decoroso, y en efecto, no recibimos el maltrato habitual en otros campos hitlerianos; pero yo, muchacha joven y deseada por la soldadesca, sufrí vejaciones de algunos oficiales a los que tuve que entregarme, bajo la amenaza de sodomizar a mi hermanito y de matar de hambre a mi madre. De modo que el Sr. Mercier no miente cuando afirma que fui prostituta en Alemania. A mi entender, toda persona que entrega su cuerpo para obtener beneficios o evitar perjuicios personales, de hecho se prostituye; y yo, no sólo me prostituí en Bolsen por interés personal de salvar a mi hermano Jean-Jacques, sino también después y con mucho mayor frecuencia, en un burdel de Weimar, como referiré más adelante. Pero por suerte para mí y mi familia, aquel año de 1940, de tan trágico inicio, nos deparó poco después un cambio favorable. El 17 de septiembre de 1940 nos trasladaron a una casa de campo. Situada en la vecindad de un lago, a la orilla de un bosque privado, distaba unos 15 kilómetros de Rostock. Los vecinos más próximos, un pescador anciano y su esposa, vivían a unos 500 metros. Se nos prohibió establecer relación con personas de la comarca y los trabajadores de la granja; pero se nos permitía circular por el campo aledaño, hasta los límites opuestos del bosque y la

carretera. Cuando nos cruzábamos con alguien, saludábamos con un cabezazo y seguíamos de largo. Por la actitud de la gente, era claro que ellos también tenían vedado el trato con nosotros. Desde el primer día nos atendió un joven amable, vestido de civil, que hablaba excelente francés. Se llamaba Ludwig y nos anunció que pronto veríamos al *Herr Professor Doktor* Thessalon. Ante tanta deferencia, mi madre y yo supusimos que papá debía haber hecho ya algo que satisficiera a los nazis.

Cuando él se reunió por fin con nosotros, trató de mostrarse optimista. Fingió haber hallado un ambiente grato, excelentes condiciones de trabajo, científicos valiosos e inteligentes que le daban un trato cortés; y desde su perspectiva, para el futuro del mundo, ingleses y americanos eran tan negativos como los alemanes; y la alternativa en que se hallaba no le permitía otra escapatoria que la de colaborar con los planes de Hitler. No obstante, desde el primer momento nos previno mediante billetes escritos a mano, que no podía decir en voz alta la verdad porque de seguro en la casa habría escuchas escondidas. Por escrito, poco a poco nos fue suministrando noticias sobre su situación, muy diferente de la que nos describía de viva voz. Debíamos cuidarnos de lo que hablábamos, y durante sus visitas, ser muy prudentes en nuestras preguntas sobre sus actividades en Peenemünde. Por supuesto, debíamos interesarnos un poco por su trabajo y por el trato que recibía, para no levantar la sospecha de habernos puesto de acuerdo en no abordar el tema; pero en lo posible, debíamos evitar las preguntas comprometedoras.

Desde entonces, nuestro padre comenzó a visitarnos una o dos veces por semana. En invierno solían traerlo en una especie de jeep, y en verano en una moto con *side-car*, pero siempre escoltado por dos militares que se retiraban de inmediato y lo recogían al día siguiente a las ocho de la mañana. Pero estábamos seguros de que durante la permanencia de papá en la casa, alguien de los alrededores nos vigilaba.

En aquella finca de Rostock vivimos 20 meses. Todas las semanas, una camioneta particular nos surtía de alimentos, combustible y otros artículos indispensables, que mi madre solicitaba por escrito a Ludwig. Mamá pidió le llevaran lecturas en francés, y los tres nos dedicamos a leer, estudiar y cuando el tiempo lo permitía, a dar largos paseos a pie por los alrededores.

Este período de bonanza se prolongó hasta una noche de mayo, en 1942. Lo que siguió fue muy doloroso, y si lo incluyo aquí, es para que sirva como referencia. Son sucesos que me marcaron y me convirtieron en la persona que soy. De esa persona estoy satisfecha, pero a veces preferiría borrar de la

memoria toda mi adolescencia, por sólo olvidar algunos hechos que ahora trataré de referir del modo que menos me duelan.

Esa misma noche de mayo, varios guardias armados llegaron en un camión celular y nos sacaron de la casa a gritos y empujones, sin darnos ninguna razón. Nos llevaron a los calabozos de un cuartel en Rostock, donde pasamos una semana de frío y hambre; y de allí, en otro camión-jaula nos trasladaron a Hamburgo. En la Estación Central nos embutieron en un tren atiborrado de judíos. Partimos ese mismo día en condiciones inimaginables, sin comida, sin agua, y sin tener cómo ni dónde evacuar, entre llantos y gemidos de niños y ancianos. En ese tren viajamos dos días hasta Leipzig. Al llegar, Jean-Jacques había perdido el habla. Nunca se recuperó; y desde ese día miraba siempre al vacío, sin ver. Mi madre, ante el dolor de haber perdido a su esposo, porque así lo suponíamos, y el estado tan lamentable de su niño, se entregó a llorar hasta quedarse sin lágrimas. Llegados a Leipzig, nos enviaron al campo de concentración de Buchenwald.

Nunca se sabrá cuál fue el fin de mi padre. Tal vez se negó a cooperar. U optó por el silencio, una forma de suicidio que condenaba a su familia pero protegía a la humanidad. Tal vez no quiso revelar algún secreto; o no lo poseía y murió bajo tortura.

Con mi madre y mi hermano, yo permanecí sólo dos semanas en Buchenwald, y ya no volví a verlos. Ella debió durar muy poco. Desde que nos detuvieron en Rostock, no probó un bocado. En Buchenwald, ante la bazofia que nos dieron, vomitó de sólo verme comerla; y desde ese día renunció a todo alimento. Jean-Jacques, hasta que yo dejé de verlo, siguió sin reaccionar. Una baba permanente le caía por las comisuras. Yo, en cambio, fui muy fuerte. Desde que nos detuvieran en Lyon, me dispuse a cualquier sacrificio por tal de sobrevivir. Hoy sé que las humillaciones, el hambre, la represión, en vez de aniquilarme, me estimulaban el impulso vital. No perdía la esperanza de superar el mal momento y confiaba en que las vueltas de la vida me ofrecerían todavía muchas razones por las cuales subsistir con optimismo, como en verdad ha sido.

El que me enviaran a un burdel en Weimar, lo consideré una fortuna. No obstante, en estos días me he preguntado muchas veces, cómo se enteraría el Sr. Mercier de mi prostitución en Alemania. ¿Debo suponer que tuvo acceso a algún secreto archivo de los nazis? ¿O será que los archivos de Buchenwald pasaron a la CIA y el Sr. Mercier pertenece a ella? Sin embargo, el articulista de “Vera Veritas I” se equivoca al decir que yo me prostituí en Alemania “al final de la guerra”. En realidad me inicié el 2 de junio de 1942. Nunca olvidé la fecha por

ser el día en que mi pobre Jean-Jacques cumplía sus 14 años.

El burdel era exclusivo para oficiales de la Wehrmacht y de las SS; y por fortuna, mi estancia se limitó a tres meses. El 20 de septiembre del 42 logré fugarme gracias a Otto von Punkenburg, un *Obersturmführer* de las SS, del que aún ahora me pregunto quién sería por dentro. Con el pretexto de practicar el francés, comenzó a visitarme en el burdel. Por momentos, era dulce. No hablaba mal de los judíos, ni me recordaba, como los demás, que yo lo era. A veces he sospechado que quizá estuviese al servicio de los ingleses o de los rusos. Comencé a olérmelo cuando asumió el riesgo de organizarme la fuga del burdel. Involucró al sereno y a un chofer que me esperó a cien metros de la casa para trasladarme a una granja en las afueras de Leipzig. Allí me esperaban unos campesinos, y sin ninguna pregunta, me hospedaron varios días, hasta que una noche llegó el propio Von Punkenburg y me llevó a su casa en Leipzig, donde permanecí escondida hasta el fin de la guerra. Durante los primeros tiempos ocupé una habitación de la planta alta que perteneciera a una hermana de Otto, con vista a un parque.

Él era un hombre no muy apuesto, pero elegante, viril y el primero con quien conocí un orgasmo. No sé si por esto o porque fue mi salvador, yo me enamoré de él, pero me cuidé mucho de no demostrárselo.

Graduado en Romanística, Otto disponía en la casa de una biblioteca envidiable, con lo más importante de Grecia y Roma y mucha literatura en francés e inglés, acumulada por un tío abuelo, jurista liberal, según me revelara un día.

Se interesó por las actividades de mi padre, y por mi propia vida antes de ser destinada a carne de burdel; pero tuvo el tino de no compadecerme. Al contrario, demostraba disfrutar mucho sus encuentros amorosos conmigo.

Huérfano de padre desde niño, se había criado con su madre y hermanas en aquella misma casa. Me dio a conocer también que desde unos meses antes, las mujeres convivían con unos parientes, propietarios de un castillo en Baviera. Era un refugio seguro, en zona boscosa, sin riesgo de bombardeos.

Desde los primeros días de aquel encierro, Otto me instó a que aprendiera alemán, porque preveía que muy pronto iba a necesitarlo; yo lo obedecí. Estudié con placer y denuedo durante muchas horas, todos los días. En este punto, debo confesar que con él nunca me consideré una prostituta al servicio de un SS; ni era tan desmemoriada o cínica, para hallarme a gusto y tener orgasmos en brazos de un jerarca de aquella institución monstruosa, criminal, que masacrara a mi familia y humillaba a media Europa. Era la afortunada amante de un hombre

cultísimo, un humanista, y como ya me lo demostrara, de buenos sentimientos. Por mi parte, mucho he conjeturado sobre las razones que llevaran a Otto a las SS; y aun hoy mantengo la idea de que fuese, en secreto, un enemigo del Tercer Reich. De no serlo, no habría sido tan decente conmigo.

Quiero resaltar también que nunca odié la lengua ni la cultura alemanas, como es el caso de algunos que padecieron las brutalidades de los nazis. Cuando yo estudiaba alemán no oía los ladridos que me atormentaran en Bolsen y Buchenwald, sino la lengua de Bach, Rilke, Brecht, Thomas Mann, Freud, Kafka, Marx. Siempre admiré la música alemana del siglo XVIII, y a los grandes filósofos y científicos del XIX. En realidad, agradezco al estudio de la lengua alemana, durante tantas horas diarias, parte de la salud mental que pude conservar en aquellos días duros de mi encierro en Leipzig. El hecho es que a los seis meses, ya leía alguna literatura y escribía textos sencillos; pero me angustiaba mi mala pronunciación. Sabía que aunque llegase a hablar alemán con un léxico y sintaxis perfectos, mi acento francés característico me delataría incontinenti.

–No te preocupes por la pronunciación -me tranquilizó él-. Lo que no debes permitirte son faltas de ortografía.

Ese día me recomendó con mucho énfasis, aprender cuanto antes a escribir en letras góticas y preocuparme al máximo de la ortografía. Era probable que de un momento a otro, él tuviera que alejarse de Leipzig, quizá por mucho tiempo, y no quería dejarme desamparada.

Yo me quedé mirándolo sin entender; y él me detalló un plan que concibiera para protegerme, por si algún día, en su ausencia, alguien me sorprendía en su casa.

Una semana después yo escribía de corrido con aceptables caracteres góticos.

Al tiempo, cuando ya los bombardeos arreciaban, se apareció en la casa con unas vendas y gasas y me enseñó a colocármelas al cuello, en simulacro de una operación de la laringe. Esa misma tarde, al anochecer, me pidió vestirme con ropas elegantes de una de sus hermanas, y me llevó a presentarme en dos casas vecinas. En una vivía un médico retirado, que me auxiliaría en caso de enfermedad; y en la otra, la familia de un influyente funcionario del partido nazi. En ambos casos me presentó como una parienta refugiada en su casa, porque la mía, en Berlín, con mis padres adentro, había desaparecido bajo las bombas. El pretexto era que en lo adelante, yo habitaría la casa para vigilarla durante su ausencia, porque él, muy pronto, se incorporaría al frente. Para solventar

cualquier necesidad, yo debía recurrir a un bloc de notas, donde siempre escribiría con los abstrusos caracteres de la letra gótica. Era la preferida de los nacionalistas alemanes y casi forzosa entre los nazis; y dado lo difícil que resultaba aprenderla, ningún extranjero se servía de ella. Si yo lograba escribir sin faltas y con soltura, el gótico me libraría de toda sospecha.

Otto von Pankenburg desapareció de mi vida a mediados del 44. Vino un día a enterarme de que se marchaba. No me dijo adónde, pero yo supuse que al frente.

Al despedirse me autorizó a quedarme en la casa mientras resistiese aquel encierro. Me aconsejó la permanencia en el sótano. Ahora que los bombardeos iban a arreciar, era el lugar más seguro para instalarme y preservar mis provisiones.

Antes de marcharse me ayudó en el traslado de los bultos más pesados, desde la despensa al sótano. Abundaban las conservas enlatadas y las pastas. Disponía también de arroz en sacos; y de modestas cantidades de lentejas, harina y arenques ahumados; y para mi tranquilidad, de una inagotable provisión de bacalao seco. Había también velas y un tanque de combustible para encender faroles, por si se iba definitivamente la luz. Otto suponía que con aquellas reservas, si no me faltaba el agua en la casa, yo subsistiría mucho tiempo; y por si algún día me veía en serios aprietos, me dibujó el plano de un parque cercano, y me señaló un árbol con un pequeño hueco en el tronco, donde funcionaba un buzón clandestino. En caso de necesidad, yo debía introducir allí un mensaje entubado de cierta manera, para que cupiera en el hueco y pudiera extraerse con una pinza de cejas. Y tras encabezar el texto con sus iniciales invertidas (PVO), debía señalar un lugar y una hora donde hallarme al día siguiente. Alguien acudiría a la cita para ayudarme. Pero me hizo la enfática recomendación de no recurrir al buzón, sino en caso de extrema necesidad; como el quedarme sin techo o comida. Esto, revelado minutos antes de separarnos, fue lo que más me moviera a imaginármelo un agente, vinculado con algún grupo enemigo de los nazis.

Debo confesar también mi dolor, al saber que ya no lo vería. A último momento le confesé que lo amaba, y le pedí que cuando la guerra terminase, me escribiera a Francia. Le dí la dirección de una tía, en París.

De no ser por la providencial aparición de Otto en mi vida, yo habría recibido muchos golpes, vejámenes, quemaduras con cigarros, puñetazos hasta perder los dientes, como algunas compañeras mías devueltas entonces a Buchenwald como inservibles, o asesinadas por resistirse o agredir a un oficial

alemán.

Tuve también la suerte excepcional de que la casa no recibiera daños hasta enero del 45, en que una bomba destruyó la fachada y todo el ala izquierda frontal; pero yo no abandoné el sótano porque la trampa de acceso quedaba a la derecha, detrás de una gruesa pared que resistió hasta el final.

En aquel sótano permanecí escondida, incluso después de que las tropas rusas entraran en Leipzig. De la capitulación, ocurrida el 8 y firmada el 9 de mayo, no supe nada hasta dos días después. Sólo el 11 salí a la calle, pálida y desmoralizada como un pierrot, pero con unas titánicas ganas de vivir.

Omito ahora las peripecias que viví entre el 8 de mayo y el 11 de junio, en que llegué a París a casa de mis tíos, casi en harapos. Melina, la mayor de tres hermanas de mi madre, lloró de alegría al verme. Era una mujer muy fuerte y soportó con entereza las noticias sobre el destino de mamá y Jean-Jacques; y desde mi llegada se dedicó a levantarme el ánimo: yo recién empezaba en la vida; tenía un futuro por delante; lo pasado, pisado.

Melina y su familia no conocían sino las humillaciones y carestías de cualquier ciudadano francés que hubiese vivido en el París ocupado; pero muy leves, porque su esposo comerciante, propietario de dos comedores para obreros y de una granja avícola en la *banlieue*, impidió que el hambre entrara a su casa, ni siquiera durante los peores momentos de la ocupación. En cuanto a ella, los nazis no detectaron su origen judío. El marido católico y su propio apellido portugués, le sirvieron de tapujo.

De la suerte trágica de mamá y Jean-Jacques, le ahorré el relato. Le expliqué que un día nos detuvieron a todos en Rostock para enviarnos a diferentes lugares, de modo que perdimos todo contacto. De mi vida, le mentí mucho para que no sufriese. Ella oía con los ojos húmedos, sin preguntar.

En esos primeros días de mi regreso a Francia, visité Lyon. Quería recuperar la biblioteca de mis padres y algunos muebles que la anciana propietaria de la vivienda nos había guardado en un depósito; y en setiembre del 45 empecé a preparar mi examen de baccalauréat, pero desistí al poco tiempo. No soportaba ir a clases.

Quise buscarme un empleo, pero tía Melina se opuso. Por Dios, no hacía falta. Yo debía descansar, engordar un poco, reponerme.

Me dediqué a leer en alemán, y sobre todo en latín y griego, mientras esperaba que Otto diera señales de vida. Si vivía y me quería a su lado, yo hubiera ido por él al fin del mundo.

Cuando pienso que un SS fue mi primer amor, me digo con Sófocles que

somos un juguete del destino; y hoy, a mis 79 años, cuando veo la rapidez con que transcurrió mi vida, compruebo cuánta razón tenía el gran trágico ateniense al definirnos como *ánemos kai skiá*: un soplo y una sombra.

Mi tío Robert, el marido de Melina, me asignó una cantidad semanal de dinero, con la que me sobraba para vestirme y para otros gastos personales. Pero confieso que fuera de leer encerrada en mi cuarto, no tenía otros intereses. No quería, sobre todo, ver gente joven. Me aburrían.

Por fin, la otra hermana de mi madre, que emigrara antes de mi nacimiento, me invitó a visitarla en California; y allá me fui, en noviembre del 45.

Durante la travesía en barco, conocí a un alemán originario de Prusia Oriental, criado en Leipzig, que fuera piloto de la Luftwaffe. Pero tras desertar en el 44, permaneció oculto en una granja de Bretaña donde se uniera a una viuda joven; y ahora, recién casados, se iban de luna de miel a los EE.UU. para sondear sus posibilidades de ingreso como piloto civil en alguna línea aérea.

Cuando el prusiano me refirió que conservaba casi toda su familia en Leipzig, yo le confié, *mutatis mutandis*, la parte contable de mi viacrucis en Alemania; y él se ofreció de puente, si yo quería averiguar algo sobre el destino de los Von Punkenburg. Quizá Otto o sus hermanas hubiesen regresado a Leipzig. Pero no me atreví. Temía que hubiese vuelto. Porque si así era y no me había escrito, era posible que ya me hubiese olvidado; y yo lo amaba todavía.

El segundo amor de mi vida fue Henry Groves, un negro de Georgia, pequeño, gordo y feo. Tampoco me lo hubiera imaginado. Mi ideal masculino fue desde niña un rubio espigado, de ojos claros; pero el destino quiso que un día yo entrara a un club en Los Angeles y descubriera a aquel negro, que como los ángeles cantaba blues. Sófocles seguía en lo cierto.

Me enamoré de Henry y eso me costó la ruptura con mi tía Hellen y su familia racista, que me consideraron una loca y una escoria humana. Omito más digresiones sobre mis parientes californianos porque no las disfruto. En septiembre del 46 me alejé de ellos para siempre y me fui a vivir a una casita de madera en el suburbio de Watts, entre puros negros. Henry, rico en sensibilidad artística, millonario en imaginación literaria, era un virtuoso narrador oral, y capaz de amarme con una autenticidad brutal y subyugante. En el tiempo que estuve a su lado, comprendí que en materia de humillación y sufrimientos, yo tenía todavía mucho que aprender de los negros.

Henry no era un hombre culto; pero tenía una gran inteligencia natural; y a su modo, con su lenguaje sencillo, me llevó a comprender que el antisemitismo, incluso en su expresión más bárbara, como la que yo sufriera de los nazis en

carne propia, no era tan humillante como el racismo contra los negros norteamericanos. Según él, a los judíos nos odiaban y nos mataban por viejos motivos religiosos; pero sobre todo por la envidia de muchos ante nuestra capacidad para enriquecernos, algo que todos anhelan en este mundo y muy pocos consiguen; y como la envidia del antisemita va de quien no tiene, hacia otro que tiene, esa envidia expresa un sentimiento de inferioridad, aunque los nazis lo hayan disfrazado para decir que los judíos son una raza inferior. Pero los americanos blancos no envidiaban de los negros. Los despreciaban como raza inferior; y muchos les profesaban un odio visceral, hereditario.

Henry tenía razón. Durante dos años y medio compartí junto a él los vejámenes que sufrían los negros de los EE.UU. en esa época. Y con nosotros, sus dos hermanos, una prima y muchos colegas músicos de paso por la casa. Sobre todo cuando me abrazaba de Henry, o él me pasaba el brazo por la cintura en público, suscitaba en algunas personas una indignación asesina. Reaccionaban sobre todo contra mí, como si yo les estuviera arrojando excrementos a la cara; y no hablo de psicópatas como los supremacistas blancos de hoy, ni como el senador McCarthy, sino de aquellos honestos norteamericanos de 1946, respetuosos de la ley, asiduos a los servicios religiosos, ufanos de su democracia y prosperidad.

Dos siglos de evolución permitieron abolir la esclavitud y convencer a la mayoría de los norteamericanos de que sus antepasados negreros, oriundos de Inglaterra, Holanda y media Europa, se habían enriquecido con un crimen de lesa humanidad. Y estoy segura de que muchos lo lamentaban en su fuero cristiano; pero sólo como se lamenta el maltrato a un animal. Para muchos miembros de aquella pujante sociedad civil, de aquel optimista estado de derecho, los negros seguían siendo una raza inferior, por la que se experimentaba, es cierto, el mismo cariño y simpatía que por un animalito doméstico; pero yo era una blanca inmunda, una aberrada, como lo es quien cohabita con animales.

A principios del 49, al enterarse Henry de que se estaba muriendo su maestro, el que le enseñara a tocar y cantar blues, anuló un contrato muy favorable en un cabaret de San Francisco y resolvió viajar a Georgia. Lloraba de angustia al imaginarse que tal vez no alcanzara con vida al viejo moribundo. Yo quise ir con él pero Henry se opuso. Yo me enfurecí y tuvimos una gran pelea. Él temía al Ku Klux Klan y argumentaba que nuestra pareja nos traería serios problemas en el Sur. De seguro nos llevaríamos alguna golpiza. Pero yo lo amenacé con que si viajaba sin mí, no me volvería a ver: yo no viviría al lado de

un cobarde; y Henry se resignó a llevarme.

Yo sabía que no podría sentarme con él en los mismos autobuses, ni asistir a los mismos cines, restaurantes, tiendas, ni caminar a su lado por los mismos lugares.

Pero yo confiaba en que nos beneficiaría enfrentar lo que fuera. Nuestra diferencia de educación, clase social, cultura y raza, generaba frecuentes discordias y malestares. Yo quería salvar nuestra unión, que en su esencia era muy positiva; y confiaba en que si nos metíamos juntos en la boca del lobo, de alguna manera saldríamos, y eso, como todos los actos de valor compartido, nos uniría, nos haría estimarnos más el uno al otro.

Salvo lo del burdel en Weimar, él conocía mi vida; y era un hombre sufrido y valiente.

Aquel capricho mío le costó la vida. Lo mataron a golpes. Un grupo de blancos que no soportó vernos caminar del brazo por la Main Street de una pequeña ciudad de Georgia, lo agredió a plena luz del día. Las coces que recibió, con botas de puntas aguzadas, en el medio del pecho y en las sienes, lo mataron sobre la acera. Yo esperé muchísimo hasta encontrar un taxi que me llevara con él a un hospital. Cuando llegamos, estaba muerto.

Luego pasé como quince días en el maldito pueblo, en reclamos de justicia. Rodeada de carteles acusatorios que yo misma preparaba, me sentaba ante el edificio de un juzgado. A diario me llevaban presa, me quemaban los carteles y me aconsejaban que abandonara aquel pueblo, donde en cualquier momento me alcanzaría una bala perdida. Nadie se dispuso a mi favor. A los negros les estaba vedado auxiliarme. Los blancos se burlaban o me miraban con asco. Aunque decenas de personas presenciaron lo sucedido, no apareció un solo testigo que respaldara mi denuncia. Aquel caso de flagrante homicidio a plena luz del día, fue desestimado por la policía. Argumentaron no haber reunido pruebas fehacientes que sustentaran mis acusaciones; y por ende, no hubo lugar para elevarlo a la fiscalía. Sin dinero, sin energías, y con el corazón destrozado, salí a una carretera y esperé algún camión que me sacara de aquel infierno. Yo tenía entonces 25 años.

Y aquí otra vez, *chapeau* para el Sr. Mercier. Ha demostrado ser un prestidigitador de la noticias. Sólo así me figuro que se haya enterado de mis andanzas por los EE.UU., hace más de medio siglo.

De mi parte, juro que después de mi regreso a Europa, no he escrito memorias ni dado entrevistas que incluyeran referencias a mi pasado junto a Henry Groves.

Felicitaciones, pues, al señor Mercier, por su archivos tan completos. ¿O será que también esta vez, el largo y memorioso brazo de la CIA le tendió una mano? ¿O habrá sido el FBI? ¿Será que ya me tienen fichada desde aquellos años, cuando mi protesta ante el juzgado por el asesinato de Henry? ¿Me habrán considerado, ya en ese entonces, alguna peligrosa agitadora comunista? Ténganse en cuenta que Henry murió mucho antes que Martin Luther King.

Ojalá yo también tuviera amigos en la CIA y el Pentágono, que me indagaran sobre el fin de mi padre, su estancia en Peenemünde, las causas de su repentina desaparición.

Entre el 49 y el 65 llevé una vida bastante anodina, parte en New York y parte en Europa e Israel; y en 1965, de paso por Argelia, conocí a Elías Al-Haj. Me enamoré de él con la fuerza de una adolescente. A su lado he vivido en distintos lugares de África hasta 1997, en que ambos nos retiramos de la vida laboral activa y fijamos residencia en París. Este ser optimista y bueno introdujo orden y rumbos en mi vida. Fue él quien me diera el impulso final para emprender mi lucha contra la ignorancia y la mentira. Fue él quien me aconsejó y costeó de su propio bolsillo, la apertura de mi primera escuela para huérfanos, que sería desde entonces el centro mi vida.

En Argelia, la reciente guerra por su independencia había dejado demasiados huérfanos; y como el presupuesto de la escuela no nos permitía atender sino un máximo de 80 niños, los seleccionábamos con mucho escrúpulo. Para evaluar las capacidades intelectuales de la veintena que se admitía cada año, los sometíamos a varios tests. Peinábamos todo el país e ingresábamos muchos niños superdotados. No es del caso ahora relatar la historia de mis escuelas en África. (Si alguien necesitara más datos al respecto, le recomiendo mi artículo: “Superdotados y desamparados”, de 1983, que desde ayer figura en el sitio web de Pro Veritate.) Baste decir que allí enseñaba yo francés, latín y literatura general. El resto de la enseñanza, que efectuaban otros profesores en lengua árabe, consistía en historia y matemáticas. En latín y matemáticas, la exigencia era altísima. Mis huérfanos del sexto grado primario tenían, en ambas asignaturas, el nivel de los alumnos del tercer grado secundario en el Lycée Français metropolitano. Me consta que una sólida base de latín, convierte el aprendizaje de las modernas lenguas europeas en un juego de niños; y que el buen dominio de las matemáticas, representa el acceso fácil a cualquier disciplina basada en el cálculo y la exactitud.

Debo admitir que también dice verdad el Sr. Mercier, al referirse a los niños norafricanos que encaminé hacia Europa. Pero no fueron tantos. En tres décadas

sólo enviamos 126, con destino a distintos países. Pero en lo que miente con perfidia el Sr. Mercier, es en acusarme de entregar estos niños a un lucrativo comercio pedófilo.

No ignoro que quienes lo contrataron para escribir su abyecta serie contra nosotros, ya deben de tener bajo la manga pruebas fraguadas y testigos sobornados, dispuestos a prestar siniestros juramentos. Para el segundo número de “VERA VERITAS”, el Sr. Mercier ha prometido divulgar la “trágica vida de Kateb Bennabi, uno de los niños argelinos que Mme Bienvenue vendiera a una familia francesa en 1975, y hoy, ya demasiado viejo y depauperado para satisfacer a los pederastas, mendiga o roba lo que puede en las sórdidas calles del quartier de Saint-Denis.”

En mi defensa, remito una vez más a los lectores al sitio señalado más arriba, donde también figura, bajo el título 812/32, la lista completa de mis alumnos. Por mis escuelas africanas pasaron 812 niños en 32 años. Allí se ofrece también una selección de 234 norafricanos localizables, con los cuales mantenemos todavía correspondencia. Estoy segura de que cualquiera de ellos desmentirá las infamias del Sr. Mercier y Compañía, sobre las fortunas que mi marido y yo habríamos amasado vendiendo niños a los pederastas europeos. Pero debo admitir que parte de lo que Mercier afirma sobre el lamentable Kateb Bennabi, es cierto. En efecto, en 1975, a los 14 años, una familia francesa cuyo nombre no estoy autorizada a divulgar aquí, lo recibió en una capital de provincias como hijo adoptivo. Esa y todas las familias a quienes confiábamos niños educados en mis escuelas, eran investigadas por el personal de nuestra red. En sus lugares de residencia y centros de trabajo se indagaba su solvencia, estabilidad familiar, moralidad, nivel cultural; y cuando propiciábamos una adopción, era siempre con un año de prueba y el consentimiento final de los niños, que en caso de no adaptarse, regresarían a nuestra tutela hasta obtener un trabajo e iniciar su vida adulta. Ese fue el caso de Kateb, un niño muy bello, buen estudiante, y en el que no detectamos ninguna veta perversa. Pero el hecho es que nos equivocamos, o algo terrible le ocurrió en Francia, porque a la edad de 17 años huyó de sus padres adoptivos. Ellos mismos nos dieron cuenta de su fuga. Yo me trasladé a Francia, contraté una agencia de detectives; pero Kateb no apareció hasta cuatro meses más tarde, en Amberes, donde vivía como amante de un pederasta que lo mimaba y colmaba de lujos. Todo intento mío y de sus padres adoptivos por recuperarlo fue inútil. Nos aseguró que adoraba prostituirse, vivir con su viejo e inhalar coca; y nos conminó a que nadie se metiera en su vida. En ese momento, cumplidos sus 19 años, cuando ya no teníamos ningún ascendiente legal sobre él,

lo dejamos librado a su suerte. Ni sus padres ni nosotros supimos más de su destino hasta que leímos con horror su nombre, en el artículo del Sr. Mercier. Nada me extrañaría que hoy, a los cuarenta y tantos años, Kateb sea un cocainómano irreversible, dispuesto a jurar calumnias contra mí o contra sus padres, por tal de conseguir dinero o droga.

También es verdad que habitamos un cómodo apartamento, pero no está ubicado en Champs Elysées, sino a un paso, en la rue La Boétie. Quizá se confunda el Sr. Mercier, porque en Champs Elysées, mi esposo dispone de otro apartamento, que suele utilizar como estudio.

En este punto, considero oportuno expresar mi sospecha de que las informaciones del Sr. Mercier sobre mis compañeros de la Gerusia, y sobre mi propia vida y persona, son más consistentes cuando provienen de los archivos de la CIA o el FBI. Lo demuestran sus conocimientos de mis avatares entre negros de los EE.UU. en los años 40; y no son tan consistentes, cuando las obtiene por sus propios medios, como evidencia el caso de esta confusión sobre nuestro apartamento.

Sin embargo, el Sr. Mercier miente con osada impudicia al afirmar que la trata de niños africanos me ha proporcionado esta “vida regalada de hoy y la adquisición de un suntuoso apartamento en la Avenue des Champs Elysées”. Con incontrovertibles documentos, estoy en condiciones de probar que ambas propiedades fueron heredadas por Elías, de su padre Latif Emir Al-Haj, que las ocupara con su familia hasta 1939, como aparece en los registros del catastro parisino.

En realidad, Elías es un erudito arabista que desde los 23 años ha trashumado de universidad en universidad, de mezquita en mezquita, de pergamino en pergamino. Hoy en Bagdad, mañana en El Cairo, pasado en Argel, Rabat, Córdoba o Granada, ha entregado su vida a la literatura, la historia y la religión musulmanas. *Illo tempore*, fue además un hombre rico, sin cuya generosidad se me habría vedado solventar mis amadas escuelas. Pero, en fin, aquí no interesan digresiones sobre mi vida privada, sino lo atinente a las calumnias del señor Mercier contra Pro Veritate.

El malévolo y descuidado señor Mercier, cuando se ocupa de mi esposo, lo presenta como un musulmán que habla conmigo en árabe y vive a la usanza oriental. Lo cual es verdad: en casa usa siempre un *galabieh*, calza sandalias, fuma narguilé y oye a Feiruz; y sepa de paso el señor Mercier, que tales hábitos producen un sereno placer, del que sólo disfrutará quien disponga de buen gusto y de un ocio apacible. También es cierto que de un tiempo a esta parte, Elías

vuela casi todos los meses a Siria y el Líbano.

Sin embargo, Mercier no ha puntualizado que se trata de un musulmán converso, vástago de una muy católica familia libanesa, riquísima por añadidura; y como era de esperar, el señor Mercier vincula los viajes de Elías con el fantasma del terrorismo. Falso. Si Elías vuela a Siria casi todos los meses, es porque allí radican, desde mediados del 2002, su madre nonagenaria y su hija Dad, médico de 44 años, que presta servicios en la Media Luna Roja de Damasco. No viaja al servicio de Osama Bin Laden ni de Sadam Hussein, sino por ver a dos de sus seres más queridos. También es cierto que a veces, desde Damasco, se da un salto a Beyruth donde tiene un hermano y varios viejos amigos.

Como es evidente, el insidioso plumífero vuelve a la técnica de la gran prensa mercenaria internacional, experta en divulgar verdades intrascendentes para insinuar o propalar sin cortapisas sus mentiras.

De las calumnias de Mercier contra mi esposo y mi persona, ya me he ocupado lo suficiente; pero no quiero terminar sin decir algo sobre mis camaradas de toda una vida, Eliza, Corny, Kriton y Jean-Yves, gerontes de Pro Veritate, contra quienes también enfila sus cañones el Sr. Mercier. En el ya citado primer artículo de su serie “VERA VERITAS”, los acusa de “encubrimiento, subversión, asesinato y asalto a mano armada en un hipódromo...”, lo cual es cierto; pero desde otra óptica, yo aplaudo esas acciones y las llamo “...solidaridad con el más débil, militancia antirracista, ajusticiamiento de un torturador, y finanzas humanitarias a expensas de gangsters estatales...”. Pero pasemos a bosquejar a estos cuatro personajes de cuya amistad me honro.

CORNELIA VAN DEN VONDEL y KRITON BOLIAKIS. Para nosotros Corny y Krit. Ella nació en Rotterdam en 1918 y comenzó a trabajar en Köln al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en una escuela para niños huérfanos. Allí descubrió su vocación por la pedagogía de postguerra, según la jerga usada por los educadores de niños traumatizados en su esfera emocional. Cornelia inició entonces una vida trashumante a la caza de “niños de postguerra”, en lo posible menores de siete años.

Estos niños pequeños fueron su especialidad. Pero cuando los huerfanitos de la Segunda Guerra Mundial crecieron, Cornelia se quedó sin alumnos. Desde entonces, periódicamente, comenzó a presentarse en los escenarios de las guerras más recientes, al rescate de nuevas hornadas de huérfanos. Desde 1950, Cornelia mantenía relaciones de pareja con Kriton Boliakis, un exiliado griego de

Corinto, patriota, médico y poeta, que entonces publicaba un hebdomadario para los emigrados griegos en Alemania. Cuando ella le habló del proyecto de abrir una escuela para huérfanos en Sudáfrica, y de su vana lucha por convencer a alguna institución benéfica que le suministrara los fondos necesarios, Kriton asaltó un hipódromo en compañía de dos cómplices y le entregó a Cornelia su parte, que ascendía a 27.000 dólares.

Con ese dinero se fueron al África y en ese mismo año de 1953, abrieron una escuelita en los suburbios de Johannesburgo. En el 55, ambos cayeron presos por esconder en su casa a un agitador negro que poco antes matara a un policía en defensa propia. También se descubrió su militancia en un grupo que luchaba contra el *apartheid* y ambos fueron condenados; ella a 17 años de cárcel y él a 30. Cornelia salió en libertad en 1972 y reemprendió la lucha. Volvió a caer presa entre 1985 y 1993. Kriton, por su parte, condenado a 30 años en el 55, salió en libertad el mismo año en que ella volvía a la prisión, y no pudieron reiniciar su vida juntos hasta el 93.

En sus 30 años de cárcel, Kriton se dedicó a estudiar psiquiatría y desarrolló una técnica para enseñar autohipnosis a los presos políticos y así capacitarlos para no quebrarse en la tortura; y sobre todo, para recuperarse algún día y retomar una vida normal. De la psiquiatría se amplió a la semiología y se ha convertido en un gran especialista en tests destinados a medir distintas capacidades del intelecto.

En la cárcel, Cornelia escribió un libro de mucho éxito en el ámbito profesional, titulado *Pedagogía de postguerra*, con un subtítulo desgarrador donde especificaba: “para huérfanos de padre y o madre, y o patria, y o justicia, y o amor.” Su tesis central es que muchos niños golpeados por la guerra y la orfandad, si antes de los siete años reciben verdadero afecto de un maestro, suelen reaccionar con devoción. Muchos de estos niños, por merecer elogios del adorado maestro, ese personaje salvador, tutelar, reemplazo de sus padres, se convierten en notables alumnos, como si el afecto recibido obrara en ellos una gran apertura de sus neuronas.

En el año 66, *Pedagogía de postguerra* se vendió en Argelia y cayó en mis manos. Lo leí con entusiasmo.

Yo había abierto mi primera escuelita sólo un año antes y aquel tratado augural, revolucionario, se convirtió en mi biblia.

Un día me enteré de que Corny estaba presa en Sudáfrica y logré que le llegara un mensaje mío. Al año siguiente la visité en prisión; y desde entonces, durante más de 3 décadas, mantuvimos una activa correspondencia. En el 2001,

en compañía de mi esposo, la visité en Johannesburgo. En su muy humilde vivienda alquilada, conocimos también a Kriton. Ambos disfrutaban de una excelente salud. Kriton montaba bicicleta y ella, a los 83, todos los días bebía un par de cervezas, leía sin gafas y tenía una admirable lucidez para conversar.

Por fin, en el 2002, cuando les propuse trasladarse a París para ayudarnos a invertir en obras humanitarias más de tres mil millones de euros que en esos días nos cayeran del cielo, ellos aceptaron sin vacilación. Desde entonces han ocupado un pequeño apartamento en el Quartier Latin. Cornelia estaba encantada. Proclamó que por fin celebrarían su luna de miel en paz.

Kriton resultó invaluable para nuestra Fundación al concebir los concursos de enigmas, con los que alcanzamos dos objetivos muy importantes: usarlos como tests para medir y seleccionar a nuestros futuros colaboradores, y de pretexto para ganar una enorme y rápida popularidad, como viejitos locos y ricos dispuestos a regalar millones de euros por responder tonterías filológicas.

ELIZABETH LONGLAKE, nacida en Manchester en 1922, casó muy joven con un marino marsellés, a quien abandonó por Almanzor Yacib, combatiente argelino con quien se fue a vivir en Constantine. En diciembre de 1954, tras el estallido del movimiento de la Resistencia en Orán, Elizabeth y tres miembros del grupo de feddayines al que pertenecía Almanzor, perseguidos tras una acción en un mercado donde ajusticiaran a dos soplones a sueldo de los franceses, se defendieron a tiros desde una casa rodeada por las tropas coloniales. Ella fue la única sobreviviente y la condenaron a 15 años de cárcel; pero el triunfo del 65 le devolvió la libertad. Yo la conocí poco después y se convirtió en mi mejor amiga. Durante más de 30 años trabajó a mi lado. Ella fue profesora de inglés y directora itinerante de nuestras filiales de Orán y Constantine. En el 97, cuando Elías y yo nos instalamos en París, ella aceptó seguirnos y hoy ocupa una habitación del estudio de Elías, en Champs Elysées.

JEAN-YVES DESFONTAINES, nacido en Orán en 1927, hijo de grandes terratenientes franceses, economista, fue un talento precoz. Profesor de Estadística en la Universidad de Marsella entre 1956 y 1965, estuvo preso por su militancia armada contra al colonialismo francés. Unido sin sacramentos con una musulmana emancipada, fue un destacado analista político, y desde la prensa metropolitana puso sus conocimientos y capacidades al servicio de la causa independentista argelina. En el 56, durante un desfile militar en Argel, Jean-Yves se encaramó en una limousine abierta y le descerrajó dos tiros en la cabeza a un jefe de la policía colonial, connotado torturador que se ensañara con su mujer hasta matarla. Lo sentenciaron a cadena perpetua.

En 1957, Desfontaines conoció en la cárcel a mi marido, capturado unos meses antes que él. La *Sûreté* lo había sorprendido en la zona de Sidi-bel-Abbus, cuando transportaba correspondencia clandestina desde Egipto, destinada a los independentistas argelinos. Elías tenía entonces 22 años, y por no delatar sus contactos en Argel, soportó severas torturas. Sobrevivió de milagro. Con su inagotable memoria literaria y el dominio del árabe clásico, se convirtió en el favorito de su pabellón carcelario.

Cantaba bien y había memorizado casi todo el repertorio de Om Kelzum. Además, relataba historias e improvisaba de maravilla al compás de la precaria percusión y la música susurrada *sotto voce* por los presos argelinos. Desde entonces, Elías y Jean-Yves fueron amigos inseparables, hasta que en el 59, mi marido fue puesto en libertad y expulsado de Argelia. Pero en el 65, al triunfo del movimiento independentista argelino, cuando Desfontaines saliera en libertad, Elías fue a visitarlo desde Bagdad, donde preparaba entonces un ensayo sobre *Las mil y una noches*; y fue en esos días de la visita a Argel, cuando nos conocimos. Treinta y siete años después, cuando surgiera el proyecto Pro Veritate y la necesidad de una asesoría económica, Elías propuso a Jean-Yves y yo estuve de acuerdo. En ese entonces, Desfontaines tenía 75 años y vivía en Orán, pero pasaba largas temporadas con nosotros en París. Tampoco hubo que insistir mucho para captarlo como asesor económico de Pro Veritate. Su única limitación era de carácter locomotivo, porque tras un accidente en el 90, tiene inválidas ambas piernas. Desde entonces se desplaza con muletas o en silla de ruedas; pero todavía en el 2003, exhibe una gran vitalidad.

En cuanto al Sr. Raymond Mercier y a los soportes donde se difunden sus infamias contra Pro Veritate, nuestros abogados estudian la forma de acusarlo por el delito de difamación.

No pido disculpas si me he extendido más de la cuenta. Lo hice por evitar en lo posible que la cloaca del Sr. Mercier contaminara demasiado a nuestra naciente Pro Veritate; y ahora le paso la pala y la bomba de succión a mi compañero Paco el Argentino, para que se libre de su propia ración de excrementos. Ha prometido para los próximos días dictar su autobiografía con miras de publicarla en este mismo sitio.

**Marie Bienvenue, 9 de octubre de
2003.**

JUNTA DIRECTIVA PROVISIONAL

Sesión del 10 de noviembre

A fines de julio, cuando se hubo dado el fallo del Tercer Concurso, la Gerusía acordó dividirse en dos comisiones, COMARC y COMFOS, que trabajarían por separado.

La COMARC se ocuparía de tramitar la elección del, o de los futuros arcontes (en griego, “jefes”) de Pro Veritate; y la COMFOS se ocuparía de definir el secretísimo PLAN FOS que se confiaría al, o a los arcontes.

La COMARC quedó integrada por Kriton Boliakis y Jean-Yves Desfontaines. Kriton, con su experiencia en tests, había sugerido los concursos de enigmas, que a la vez sirvieran como medidores de cultura e inteligencia; y era lógico que integrara la comisión evaluadora. Jean-Yves también debía integrarla por ser el geronte de más nivel político, y por lejos, el que más capacidades tenía para el trabajo estadístico. El único tropiezo, para Jean-Yves, era tener que entenderse en inglés, pues no sabía griego ni alemán, y el pésimo francés de Kriton lo ponía de mal humor. El inglés de Kriton, en cambio, era fluido, rico en barbarismos; y según Jean-Yves, tan mal pronunciado que se entendía a la perfección. El inglés que a él le costaba entender era el de los británicos y americanos.

La COMFOS, integrada por los otros cinco miembros, tenía una tarea que resultó, durante tres meses y medio, agotadoramente polémica. Debían determinar a qué actividad aplicar el talento de los arcontes y sus huestes, una vez habilitados con tres mil millones de euros. La idea de crear las dos comisiones surgió a mediados de julio, a propuesta de Marie Bienvenue, y se debió al estancamiento que se produjera en torno a la definición del PLAN FOS; y sobre todo, a la urgencia de evaluar a los candidatos elegibles para el arcontado.

Por fin, el 7 noviembre, la Comfos logró desechar 11 de las 13 actividades

propuestas. Sobre las otras dos, la votación final arrojó un 3 a 2. Fue entonces cuando se optó por enterar a Boliakis y Desfontaines, para llegar a una decisión final con sus votos. Esa votación constituyó el primer punto en el orden del día de la Gerusía, para la sesión del 10 de noviembre.

La COMARC, por su parte, había anunciado el 7 de noviembre que no entregaría su memorándum hasta recibir los IQ de los candidatos y sobre todo el TOP (test de orientación política). Si ambos documentos les llegaban en las fechas previstas, ellos concluirían el trabajo a mediados del mes.

En esos días, Kriton y Jean-Yves trabajaban a marchas forzadas en la medición de honradez y modestia. (Este último término se entendía como la disposición de los candidatos a tener libre acceso a miles de millones y no marearse).

El 10 de noviembre a las 16:00, Aurore D'Anglars, Secretaria Ejecutiva de Pro Veritate, se ubicó a la diestra de la Presidenta que ocupaba la cabecera, se aclaró su voz de soprano y anunció la apertura de la sesión. Toda gentileza, amabilidad, energía, con sus 57 años, Aurore sonreía al caminar, al mirar, al preguntar, al responder. Hasta enojada sonreía Aurore; y sonreía por sentirse una adolescente en medio de aquellos siete gerontes, en su mayoría octogenarios.

Para aquella ocasión, el orden del día contenía cinco puntos, según rezaba en el pequeño folleto de cartulina que cada geronte tenía a la vista sobre un maletín de cuero, en su sitio habitual:

- 1° Informe de la Comisión Fos.
- 2° Rendición de cuentas.
- 3° Criterios de Maître Bertrand sobre el ataque de RM.
- 4° Informe de M. Al-Haj sobre criterios de M. Laporte.
- 5° Informe de M. Al-Haj sobre Luigi Vampa

Marie Bienvenue, a quien le tocaba exponer sobre el primer punto, comunicó en lengua inglesa para facilitar la comprensión de Kriton Boliakis, que tras haber llegado a sólo dos propuestas con votación de 3-2, Elizabeth había tenido la noche precedente, una idea simplificadora que anticipara a Marie y Elías, mientras Paco los conducía a la reunión. La idea cautivó a Marie. Elías, sin

aceptarla, opinó que valía la pena sacarla a discusión.

–Pero esta discusión nos va a consumir mucho tiempo y hoy tenemos que oír a Pierre Bertrand. Lo mejor será transmitir el asunto a Corny, Kriton y Jean-Yves, para que lo evalúen con tiempo y puedan discutirlo, si es necesario, en la sesión del viernes 14. Los que estén de acuerdo con anular este punto y pasar al segundo, que levanten la mano.

Todos alzaron su mano.

Durante la rendición de cuentas se durmieron Paco y Corny. Ella siguió durmiendo, recta y estable en su asiento, con una leve sonrisa. A Paco lo despertó uno de sus propios cabezazos, y avergonzado quizá, o para fingir que estaba oyendo con los ojos cerrados, se cogió de la palabra premios y lamentó haberse perdido en la cuenta. Aurore D’Anglars le indicó que dentro del maletín hallaría una carpeta celeste, con un resumen en la primera página. Paco le agradeció, hurgó en el maletín, extrajo una cartulina azulita y se entretuvo leyendo el cuadro donde se resumía el movimiento de dinero.

Un total de 3.590 personas participaron en los 4 concursos.

78 ganaron el Primer Concurso con aprox. 153.000 Î

61 “ “ Segundo “ “ “ 196.000 Î

48 “ “ Tercer “ “ “ 250.000 Î

De los 3.590 participantes, 187 ganaron por lo menos un concurso y quedaron habilitados para competir en el Cuarto Concurso.

De los 182 participantes finales, 6 ganaron el Cuarto Concurso, y c/u obtuvo 2,000.000Î.

De los 176 restantes, 34 obtuvieron menciones y c/u obtuvo aprox. 294.000 Î

En total, sólo en premios y menciones, Pro Veritate ha invertido entre mayo y septiembre la suma total aproximada de 58,000.000Î. En otras promociones culturales se han invertido 11,000.000Î. Los gastos generales desde que se iniciaran las actividades suman, hasta el 31 de octubre de 2003, 12,000.000Î.

Para mayores precisiones y cifras exactas, ver carpeta color naranja, de contabilidad.

Tampoco hubo preguntas sobre las cuentas, que se aprobaron sin discusión.

–En una carpeta negra -prosiguió Aurore-, encontrarán también el resultado de los IQ, listados de mayor a menor, que nos llegó hoy por la mañana; y en sobre adjunto, la minuta analítica efectuada por los especialistas.

Jean-Yves pidió la palabra para una buena noticia, y anunció que el día 8 los politólogos le habían entregado sus resultados del test de orientación política. Al señalarles una muy gruesa carpeta que tenía sobre la mesa, Eliza a su lado, puso cara de gran alarma.

–¿Y tenemos que aprendernos todo eso?

–Depende de ustedes -se rió Jean-Yves-; yo espero que mi exposición les permita captar lo esencial para poder votar sin leerse todo el expediente. De momento -añadió-, cada uno de ustedes va a recibir una copia hoy mismo, por si quieren consultarlo o hay algún aficionado a los mamotretos políticos.

–¡Cielo santo!

En este punto, *Mme. Bienvenue* preguntó a Cornelia Van Den Vondel cómo iba su traducción al francés de la cinta grabada por Paco.

–Me faltan unas ocho horas de trabajo.

–¿Crees que la podamos divulgar desde pasado mañana?

Cornelia asintió.

Marie, tras un gesto aprobatorio, se volvió de nuevo a Desfontaines.

–Y bien, *mon cher*, ¿para qué fecha vamos a fijar tu exposición?

–Digamos que tres o cuatro días después de que los detectives me entreguen los resultados de las verificaciones.

–¿Tienes listo todo lo demás?

–Sí y no..., falta resumirlo un poco...

–¿Qué te falta, en concreto? – preguntó Elías.

–El problema es que hay una cascada de datos que requieren organizarse para una exposición muy sintética, apoyada en elementos gráficos; y ustedes saben que construir tablas y gráficos exige su tiempo...

–Eso no tienes que explicarlo, Jean-Yves: nadie te está apresurando ni regañando; pero tienes que darnos una fecha, aunque sea aproximada...

–En realidad, si la Agencia Dupin cumple su promesa de traerme el día 12 sus resultados ya precocidos, con resúmenes y extractos al final de cada capítulo,

supongo que en tres días puedo tener todo listo...

–Y en ese caso, Kriton y tú, con ayuda de Aurore y Corny ¿no intentarían un esfuerzo para exponernos las conclusiones el viernes 14? – y Marie se quedó mirando a Jean-Yves con un visaje de ansiedad.

–Sólo faltan cuatro días... -Jean-Yves se rascó la cabeza y miró a Boliakis:

–*You think we could be ready in four days?*

El griego se encogió de hombros, con una mueca de duda.

–En todo caso, para confirmarte una fecha, llámame en la noche del 12 a casa.

Mme. Bienvenue asintió en silencio y anotó algo en su agenda.

Cuando todavía discutían el segundo punto en el orden del día, Aurore telefoneó al Dr. Bertrand, principal abogado de Pro Veritate, que poco antes prometiera incorporarse a la reunión del día 10, para dar sus criterios sobre la posibilidad de una réplica a las calumnias del periodista Mercier contra cuatro gerontes.

Durante el breve receso de la espera, se sirvió café y refrescos, y se generalizaron varios diálogos dispersos en torno a la mesa de reuniones.

–*Maître Bertrand est arrivé* -cantó Aurore, y cada cual retornó a su sitio.

El abogado Bertrand, 65 años, marxista, ex parlamentario del PC, criminalista de primera línea, casi retirado y viejo amigo de Elías Al-Haj, solía expresarse en un lenguaje muy retórico, pero sin pelos en la lengua.

–Tras haber leído las recientes referencias publicadas por Marie, sobre los cuatro miembros de esta junta a quienes acusa Mercier, yo diría, si es que se me permite expresarme en términos científicos, que todos ustedes están llenos de mierda hasta la coronilla...

Elías y Cornelia estallaron en risotadas que *Mme. Bienvenue* les cortó en seco con una mirada de reproche.

–...y a primera vista -prosiguió muy serio el abogado, con una manota abierta sobre el pecho- parecería ridículo intentar ningún recurso por difamación...

–Eso ya lo habíamos desechado en nuestro último encuentro, Pierre...

–Sí sí, Marie, ya lo sé, pero también me parece insensato lo de Jean Valjean...

–¿Lo de Jean Valjean? – repitió Desfontaines, con cara de gran perplejidad

–Sí -le aclaró Bertrand-; a Marie se le ha ocurrido promover artículos y debates sobre los abusos de la ley, y comenzaría por una gran encuesta con premios, botando otra vez dinero a manos llenas, para que la gente valore si la condena a 19 años de cárcel a un pobre diablo como Jean Valjean que roba pan para sus hijos hambrientos, es un acto de justicia o una crueldad de la burguesía contra el proletariado.

–Yo sólo pretendo empujar a una mayoría de participantes lúcidos, a reconocer que a principios del siglo diecinueve, por preservar la propiedad privada de un pan, la ley permitía arruinar la vida de un ser humano; y creo que a

partir de ahí, se podrían intentar nuevas encuestas con idea de denunciar lo impropio de términos como asesinato, encubrimiento, asalto, etc., cuando se realizan con fines humanitarios.

Todo el mundo entabló diálogo con el de al lado y se levantó un murmullo que impedía oír la voz de la Presidenta.

–Por favor, señores -se impuso la soprano Aurore-; tiene la palabra la Señora Presidenta.

–En realidad, está en uso de la palabra *maître* Pierre, a quien yo se la quité -admitió Marie.

Cuando por fin hubo silencio, el abogado agregó que traía algunas dudas anotadas y comenzó por indagar sobre el caso del asalto al hipódromo. Según el griego, él y sus dos compañeros, que en aquella ocasión actuaran enmascarados, escaparon sin dejar huellas.

–Entonces, ¿cómo diablos pudo Mercier relacionar a Kriton con un hecho ocurrido en Alemania 50 años atrás y no publicado? – se preguntó el abogado
Había sólo una posibilidad.

Kriton conjeturó que uno de sus cómplices en el asalto, muerto hacía ya muchos años en una cárcel griega, quizá hablase bajo tortura, o por ganar méritos, o por pérdida de la lucidez...

–En todo caso, un aparato con archivos omniscientes, quizá los de la propia CIA, respalda al tal Mercier.

En voz alta, Bertrand dedujo que si la INTERPOL no interrogó a Kriton sobre el asalto al hipódromo, debía atribuirse a que su delito prescribía a los 30 años de cometido; o sea, en el 83; y para esa fecha, Kriton era ya inalcanzable para la mano de la justicia alemana, porque no saldría de la cárcel de Johannesburgo hasta el 85.

En cuanto a Jean-Yves y Elizabeth, era fácil demostrar su participación en atentados para matar a funcionarios franceses.

En el caso de Jean-Yves, él mismo reconoció haber ajusticiado al esbirro ante las cámaras de la TV y ante miles de espectadores que presenciaban un desfile militar.

–Estás muy jodido -comentó el abogado-. Mataste a un ser humano y eso, lo llames como lo llames, y aunque constituya un acto de justicia popular, configura el delito de asesinato. Desde el punto de vista de la ley que nos rige, Mercier no te ha calumniado: ha dicho una verdad muy demostrable.

–De acuerdo -admitió Jean-Yves-; y a lo mejor hasta dispone de materiales fílmicos.

–No estoy de acuerdo en que a un acto de elemental justicia se le llame asesinato-dijo Marie.

–Ni yo tampoco -la apoyó Eliza.

–Pero mis queridas amigas, oigan los vientos que ahora soplan desde Washington -les respondió el abogado, y al punto se volvió para apuntar a Jean-Yves con un índice-: Este tipo que ven aquí, es un terrorista de marca mayor; y si a eso suma su vieja y estrecha amistad con Elías, y el haber compartido la misma cárcel argelina; más el hecho probado de que Elías se traslada de París a Siria una vez por mes, no se van a demorar ni una semana en endilgarles a todos ustedes un vínculo con Osama Bin Laden y Al-Qaeda; y lo mismo en el caso de Eliza. Por cierto ¿de qué color era tu marido argelino?

–Era un mestizo, y mucho más lindo que tú.

–No lo dudo, y te aplaudo la elección, pero te aseguro que para quitarte de encima el mote de terrorista, el plan de Marie no va a funcionar.

Durante largo rato, Bertrand porfió que en la Comunidad Europea, una inglesa rubia que abandona a su marido francés para unirse a un árabe negro e irse a la lucha armada en África sería vista como una aventurera loca.

–De otra parte, la lucha armada contra las autoridades constituidas, colonialistas, abusivas, injustas, etc., con todos los peyorativos imaginables, pero cons-ti-tui-das, repito, y desde mucho tiempo atrás, en el mejor de los casos configura el delito de subversión criminal. Y en cuanto a Elizabeth, insisto: Sólo una minoría a la que me honro en pertenecer la exculparía como la heroína que fue...

–¡Ay, Pierre!, si tuviera veinte años menos me iría contigo.

–Y yo te propongo irnos ahora mismo con los que tengas. Verás que te hago olvidarlos...

Entre risas y exclamaciones de los demás, Elizabeth le dirigió al abogado una caída de ojos de octogenaria coquetería.

–... y por si fuera poco -prosiguió Bertrand en cuanto se restableció el silencio-, si ahora resulta que Kateb Bennami, sobornado con dinero o cocaína, o amenazado de muerte, afirma haber sido vendido a un pedófilo en su infancia, va a ser muy difícil limpiar la imagen de Pro Veritate.

–Es verdad -dijo Elías-. Hay que ser realistas.

Terminada la exposición del abogado, la Presidenta le dio las gracias, él le besó la mano, y Aurore, sonrisa en ristre, lo acompañó hasta la salida.

En la Gerusía procedieron entonces a hablar por turnos y al final cada uno dio su voto. El resultado fue de cinco a dos; y contra las calumnias de Raymond

Mercier, desistieron de actuar por vía de los tribunales.

Lo importante ahora era acabar de encontrar un par de cerebros geniales y corazones puros, convertirlos en arcontes de Pro Veritate, entregarles los tres mil millones, y esperar a que ellos iniciaran el verdadero trabajo de la Fundación.

Tras despedir a Maître Bertrand, Aurore retomó su puesto a la diestra de Mme. Bienvenue y procedió a anunciar el cuarto punto en el orden del día.

–Corresponde ahora el turno a Monsieur Elías, para informar a la Junta Directiva sobre su encuentro en el día de ayer con Monsieur Gérard Laporte.

Ya en octubre del 2002, cuando Paco transfiriera desde New York sus 3.190 millones a Suiza, la propia gerencia de Zürich le advirtió del peligro que corría. Los suizos le guardarían toda la reserva del caso, pero en cuanto la cuenta empezara a moverse y otros bancos recibieran dinero de ella, Paco se expondría al trabajo de los *hackers*, que a veces se colaban en las redes bancarias; y si lo descubrían como único usuario de semejante cuenta, venderían su hallazgo a cualquier tecnobanda de extorsionistas o secuestradores. Paco adujo que en ese momento no tenía a quien asociar en su cuenta, y renunció a moverla hasta transferírsela completa a Marie Bienvenue o a quien ella le aconsejara. Mientras tanto, con los 200 millones que situara en París, tendrían de sobra para lo que se necesitase.

Poco después, cuando Paco ofreció transferirle el dinero a Marie, ella y Elías recurrieron a Jean-Yves para que los asesorara. Jean-Yves, al enterarse del monto colosal de la cuenta, declaró de que en estos tiempos el dueño de 3.000 millones de dólares cometía un acto de locura suicida al circular por el mundo sin siquiera un escolta; y abogó por el inmediato fraccionamiento de la monstruosa cuenta Suiza.

Paco se dejó convencer sin ninguna objeción. Admitió su buena suerte de que todavía no lo hubieran secuestrado para extorsionarlo; y como primeras medidas para su protección, desde finales del 2002, tres guardaespaldas y dos vehículos repletos de teléfonos y *walkie-talkies* lo seguían a todas partes, día y noche; y para mayor seguridad, su cuenta suiza quedó mancomunada con los otros seis gerontes, de modo que para operarla se necesitasen por lo menos tres firmas.

Esa medida aseguraba que si Paco sufría un accidente o era víctima de un atentado, el dinero no se paralizase y su proyecto de realizar con él una obra humanitaria siguiera adelante. Pero sobre todo, disminuían los peligros de un secuestro con fines de extorsión.

Como segundo paso, también por recomendación de Jean-Yves, se contrató a

Gérard Laporte un experto en *switch* bancario para que convirtiera la cuenta suiza de Paco, en una ristra de cuentas de menor volumen.

Entre principios de abril y fines de julio del 2003, Laporte logró abrir a nombre de cada geronte, cinco cuentas LET (letárgicas), en las que el fundador puede ingresar dinero, pero no extraerlo ni ordenar transferencias. Se abrieron así 35 cuentas LET, cada una por una media de 90 millones de euros en sendos bancos de 11 países: Andorra, San Marino, Lichtenstein, Islas Caimán, Bali, Indonesia y otros paraísos fiscales.

El paso final sería activar las LET para convertirlas en CAES a favor del, o de los arcontes que resultasen escogidos, o de las instituciones a las que se acordara donar el dinero en caso de no aparecer candidatos dignos del arcontado.

Las primeras cuentas CAES, servicio bancario concebido para políticos corruptos, narcotraficantes, especuladores y beneficiarios de cualquier actividad non sancta, surgieron no en Suiza, como podría suponerse, sino en los EE.UU.; pero desde el inicio del siglo XXI, existían ya seis bancos suizos, casi tan anónimos como sus clientes, dedicados a esta prestidigitación financiera. Ofrecían al mercado de lo ilícito un servicio legal, caro, computarizado, de alta tecnología y máxima honradez, como era aconsejable dado el temperamento de los clientes.

Gérard Laporte ofrecía lo mismo pero operaba solo, con un pequeño grupo de empleados, desde una oficina gris, sin letreros ni publicidad, cercana a la Gare du Nord, donde se veían dos hileras de escribanías y sillas de baja calidad, archivos avejentados, de ocasión, y un enorme cablerío para sus veinte teléfonos y otras tantas computadoras. También Gérard buscaba el anonimato.

Ya una vez, secuestrado por un comando de la mafia chechena a la caza de un *hacker* que les birlara dos millones de euros, Gérard salvó la vida por un pelo. Al divulgarse la captura del *hacker* en la frontera suizo-italiana, los chechenos soltaron a Laporte y se fueron tras él. Desde entonces, Gérard se desplazaba con guardaespaldas, y para no regalarse en público, tenía acceso a su oficina y vivienda contigua por una entrada secreta. Banquero millonario a los 40 años y arruinado a los 42, pagó tres años de prisión y salió con las manos vacías; y a los 49, había vuelto a levantar cabeza gracias al peligroso negocio de los *switches* bancarios y las cuentas CAES. Ahora sólo esperaba reunir 10 millones de euros para regalarse un solvente y apacible retiro y dedicarse a la viticultura en su heredad del Périgord, donde naciera. Sus honorarios con Elías Al-Haj, por crearle su red de 35 CAES, le proporcionaría 3 millones y medio, con los que casi completaría su meta.

Para abrir Cuentas Anónimas de Extrema Seguridad, Laporte se valía siempre de un team de intermediarios que viajaban por el mundo con una laptop. A su vez, estos intermediarios muy bien pagados, protegían su identidad mediante diversos artificios: no daban la cara, negociaban sólo por fax y teléfono, hasta entregar por fin un cheque que abría una cuenta LET, expedido por la gerencia de un banco europeo y obtenido mediante complejos mecanismos de múltiple *switch*, que eran la especialidad de Laporte.

El 6 de octubre del 2003, cuando comenzaron los ataques de Raymond Mercier contra Pro Veritate, resultó evidente que se nutría de los archivos secretos de EE.UU. o Europa Occidental; y el viejo conspirador Lafontaine propuso no esperar a la aleatoria investidura de los arcontes, sino activar cuanto antes las CAES a favor de siete falsos ciudadanos de Europa, cuyas nacionalidades coincidieran con las de los siete gerontes; ya el 12 de octubre, se procedió a enviar a los 35 bancos donde radicaban las cuentas LET, las impresiones digitales y voces de cada geronte. Jean-Yves consideraba conveniente tener activadas las 35 CAES para los primeros días de noviembre: y Elías Al-Haj le dio la orden a Laporte. Elías era el único geronte que desde el principio diera la cara ante él, sin mencionarle su vínculo con Pro Veritate. Y Laporte estimó que la conversión de las LET en CAES lo ocuparía hasta fines de noviembre. Antes de esa fecha habría sido imposible, porque el trabajo de identificación fonética era muy demorado.

Como “técnica acreditativa”, según la jerga eufemística acuñada por los banqueros del narcotráfico y la corrupción, aquellos procedimientos eran lo último: tecnología de punta para preservar el anonimato y la discreción bancaria; pero..., claro, tomaba su tiempo.

En la sesión del 10 de noviembre, cuando le tocó su turno en el orden del día, Al-Haj comunicó a los demás gerontes que ya Laporte había activado 29 de las 35 cuentas, y estimaba tener lisas las seis faltantes para el día 20. De modo que si la Gerusía daba por fin con personajes dignos de su confianza para el arcontado; y si los tales personajes aceptaban ser investidos como tales, sería muy fácil transferirles las seis cuentas ya abiertas, de modo que al iniciar el Plan Fos, los arcontes (o el arconte único) ya estuviesen protegidos por un denso anonimato. Luego, en los meses de diciembre y enero, habría tiempo de sobra para repetir el proceso de identificación del usuario final en cada una de las 35 cuentas. El o los arcontes enviarían la impresión de su pulgar derecho, su voz grabada, y los bancos reelaborarían sus patrones de identificación. Para consumir la activación de cada CAES, los arcontes recibirían una nueva clave

que les habilitaría operar su cuenta. Mediante tales mecanismos de seguridad, ni la CIA ni nadie podría seguir la pista del dinero que se esfumara de la cuenta suiza. Menos aún si los flamantes arcontes, apenas conocidos, desaparecían de circulación durante cuatro a seis meses; y mejor todavía si durante varios años, no reaparecían a la luz pública. Lo mejor sería que en el futuro ejercieran su jefatura y moviesen los hilos de su empresa, cualquiera fuese, desde una sede estanca, protegida por la opacidad de un férreo anonimato.

Laporte había pedido de entrada, aparte de sus honorarios de tres millones y medio de euros, otro medio millón anticipado para costear viáticos de sus varios agentes. Pero en su factura, entregada a Al-Haj el día precedente, los gastos suyos y de su gente, ascendían a 876.000 euros, y en los días siguientes se irían de seguro otros 80.000. El costo de los sobornos era altísimo. Pero los generosos gerontes aprobaron que se le pagaran a Laporte no ya los 500.000 euros convenidos, sino 950.000 por concepto de viáticos.

Llegados al quinto punto, Al-Haj dio cuenta de su reciente visita a Luigi Vampa, un eximio falsificador italiano que no se escondía en las catacumbas de San Sebastiano como su homónimo romano, sino en la paz de la campiña provenzal, que él escogiera para su retiro, donde se dedicaba a emular con Cézanne, pincel en mano; y como estaba retirado, ya sus *capolavori* tenían otro precio. Si alguien quería sacar al genial falsario de su retiro campestre, tendría que pagar no ya la suma 10.000 euros por pasaporte, como era su tarifa cuando estaba activo, sino 30.000; y la Gerusía volvió a ser generosa con el legado de Paco. Aprobaron la confección de 20 pasaportes falsos. Dentro de muy poco, todos ellos los necesitarían. Luigi Vampa, mediante un anticipo de 300.000 euros, equivalentes a la mitad de sus honorarios, había prometido a Elías que una vez recibidas las fotos y edades de cada falsificación, él demoraría una semana en fraguar las 20.

Aprobada, pues, la operación, Elías Al-Haj quedó autorizado a entregar el anticipo convenido y a completar el pago a Vampa, cuando llegara la ocasión. Con lo cual se levantó aquella agotadora sesión.

L'ARGENTIN

Salud amigos:

Yo soy Paco l'Argentin, como me apodan mis compañeros de Pro Veritate. Puesto que apenas sé hablar francés, he dictado esta historia en alemán a una buena y paciente amiga, que ha tenido la gentileza de traducirla.

Pretendo desmentir infundios donde se me pinta como un peligroso subversivo; como ex espía al servicio de Stalin; y como un terrorista en activo, vinculado a grupos musulmanes, con quienes habría aprendido técnicas para la voladura de aviones, con las cuales, aparte de asesino múltiple, me habría hecho multimillonario. Y por si fuera poco, me acusan de muy peligroso porque sé hablar chino, y por una foto donde alguien (que sin duda no soy yo), aparece junto a Richard Sorge, un célebre espía soviético que actuara en el Extremo Oriente desde los años 30 hasta su captura en el 41.

Alemán de nacimiento, naturalizado argentino, desde octubre pasado resido en París, rue de Mirbel número 2 bis, en el Quinto Distrito.

Nací el 14 de enero de 1920 en una clínica de las afueras de Köln, suburbio de Höhenhaus, donde mi padre tenía una casa de campo. Recibí bautismo católico en la vecina parroquia de San Judas Tadeo, del barrio de Mülheim. Fui inscrito, el mismo día de mi nacimiento, en el Registro Civil de la Bismarckstrasse 27, con el nombre de Franz Lehmann, hijo de Karl Lehmann y Marita Schwartz. Así dice en la partida de nacimiento, como atestigua la fotocopia adjunta al final de este relato.

Tuve dos hermanos mayores, Ingrid, nacida en 1915, y Kurt, nacido en 1919; y uno más chico, Horst-Eckart, a quien apodábamos Heck. A ese yo le llevaba tres años.

A los dos meses regresamos a Bremen, ciudad donde se asentara mi abuelo, oriundo de Köln y fundara familia. Allí me crié, en la Kohlhoekkerstrasse número 51, un caserón de lujo, de esos que los alemanes llaman *Bürgerhäuser*. Teníamos cuatro plantas, con hermosos ventanales y una fachada rica en molduras y relieves. El caserón aquel existe todavía y se conserva tal como en tiempos de mi abuelo, un comerciante con mucho dinero que negociaba en importación y exportación. Las paredes conservan los tonos originales de verde

muy pálido, y para los relieves y cornisas, un amarillo ocre; y hasta creo que los tilos de aquella cuadra, sean los mismos de cuando yo era un niño. Ahora son más gordos y mucho más altos, claro. Pero hace setenta años, en el verano, de entre las ramas de esos árboles bajaba una luz..., no sé como describirla, era como la luz de una linterna, un foco que alumbraba la mermelada o la tetera... Nosotros desayunábamos en un saledizo hexagonal dotado de unos vidrios muy gruesos, con anchos biseles, desde donde se divisaba la esquina de nuestra calle; y a veces, la luz desintegrada sobre las aristas adornaba la mesa con muchos reflejos de arco iris. Hace unos meses, volví por allí una tarde, y desde la calle vi a una familia cenando, igual que nosotros. El comprobar que la casa sigue idéntica y que otros niños se sientan a la mesa en el saledizo, y que yo ya no pertenezco a ese mundo, y que estoy setenta años más viejo, me entristeció. Sobre todo el recuerdo de los desayunos en familia, es de los mejores que me dejó esa casa, y quizá Alemania.

Cuando yo tenía 10 años, mi familia se trasladó a la China, donde vivimos hasta 1938. A mi abuelo se le ocurrió abrir una oficina en Shanghai para invertir en cultivos de té y algodón, que eran los renglones más productivos en sus negocios de importación. Pero mi abuelo era un viejo muy ambicioso, igual que mi padre y mi hermano menor. Cuanto más tenían más querían. Yo no fui así. Siempre me conformé con lo necesario y viví sin aspiraciones de lujo.

Como decía, llegamos a Shanghai a mediados del año 30, y allí vi por primera vez la verdadera miseria. La Alemania de aquellos años, bastante recuperada ya de la Guerra del 14, exhibía poca pobreza; y casi ninguna en aquel elegante barrio de Bremen donde yo me criara. No digo que no la hubiera, pero en otras zonas de la ciudad. El máximo ejemplo de miseria que yo conocía hasta entonces, eran algunos pordioseros, de los que rebuscaban comida en latas de la basura, o borrachos mugrientos que amanecían tendidos sobre el césped de la *Contrescarpe*, un paseo público a orillas de un riachuelo, en la zona céntrica de la ciudad.

Cuando llegamos al puerto de Shanghai, durante la maniobra de atraque, un enjambre de mendigos rodeó nuestro barco. Eran como doscientos. Flotaban encaramados en unas especies de bateas, o agarrados de un palo, o en armazones de goma, o nadando. Al ver que nos señalaban con gestos ceñudos, me asusté un poco. Parecían protestar por nuestro desembarco en su tierra. Mis hermanos también se impresionaron ante aquellas caras chupadas que se desgañitaban en chillidos, gritos roncros, de una dramática afonía. Muchos eran viejos desdentados, ojerosos. Su intensa actividad gestual seguía pareciéndome de

amenaza e insultos; pero me tranquilizaba al ver que mi padre sonreía divertido, a la sombra de su casco de explorador, que no se quitara desde el abordaje en Hamburgo sino para abanicarse la cara o espantarse los mosquitos durante las escalas de la travesía. Cuando le preguntamos quiénes eran aquellos chinos y qué nos decían, los definió como la hez de la sociedad china, unos pordioseros que vivían de mendigar en los muelles. Y sus gestos no eran agresivos. Nos pedían limosnas, dinero, alimentos. Heck le preguntó por qué pedían alimentos. “Porque siempre tienen hambre”, se burló. “¿No ven lo flacos que están? Eso es porque no tienen qué comer.” Para demostrarlo, mandó a mi hermana mayor que trajera unas bananas y tiró como media docena al agua. Sin demora, plaf, tres esqueletos chinos se tiraron de cabeza en aquellas aguas mugrientas, entre ellos una mujer vieja, llena de arrugas, casi desnuda.

Poco después de nuestro desembarco, vi una hilera de culíes semidesnudos, niños, viejos, todos en piel y huesos, con los costillares marcados, respirando con esfuerzo para cargar unos enormes sacos de arroz. Doblaban los espinazcos hasta el ángulo recto y caminaban con las piernas arqueadas, donde las venas de las pantorrillas amenazaban con reventarse, al igual que en las sienes y el cuello. Cuando atravesamos una pasarela en arco, por encima de la fila que ellos formaban, muy pegados uno tras otro, el olor ácido de aquellos cuerpos sudados me produjo asco. Heck, que siempre fue muy preguntón, quiso saber si todos los chinos eran tan flacos y trabajaban siempre así, sudando hasta reventar, casi desnudos.

Mi padre se echó a reír. No. Eso ocurría sólo en las clases más bajas, entre individuos sin ambiciones, haraganes, borrachos, fumadores de opio que no aspiraban al progreso; que sólo trabajaban para no morir de hambre y pagarse sus vicios. Entretanto, como eran ignorantes, sólo podían ganarse algún centavo en aquellos empleos para brutos; y eran incapaces de ordenar sus vidas. Vivían sin plan, sin brújula, se multiplicaban como conejos. Yo le pregunté entonces si los hijos de esos chinos iban a la escuela. Nuestro padre puntualizó que para la gente de las bajas clases no había escuelas porque no las necesitaban. Yo me alegré de no haber nacido chino.

Como ya dije, en Shanghai vivimos ocho años, en gran parte muy felices para mí, de los que podría escribir centenares de páginas.

Mis amigos de Pro Veritate me han incitado a explayarme; pero yo soy de pocas palabras y sólo voy a referirme a lo que sirva para darme a conocer tal como soy. Y cuando los lectores ya me conozcan, y quede probado que no he dicho mentiras, verán que no puedo ser ese terrorista, ex espía y personaje

siniestro inventado por el Sr. Mercier.

Mi padre alquiló un local comercial en lo que llamaban el *Settlement*, que era el barrio donde vivían los ingleses. No quiso instalarse en el centro de Shanghai, porque en esos años de gran agitación política se veía mucha violencia en las calles. El barrio inglés era muy respetado por el gobierno central de Nan King, donde mandaba Chang Kai-Shek.

A pocas semanas de nuestra llegada, una tarde en que salíamos con mi hermana y mi mamá de la tienda **Wing-On**, la más grande de Shanghai, vimos un gentío desfilando. Ocupaban toda la avenida de cordón a cordón, bajo la vigilancia de numerosos policías chinos, situados en las aceras, y muchos con los sables desenvainados.

Allí vi por primera vez golpear a un ser humano. Figúrense, yo tenía diez años, y salvo en películas, no había visto golpear a nadie. De sopetón, un civil muy fornido comenzó abrirse paso a empujones entre la multitud hasta enfrentarse a uno de los manifestantes, un chino joven, bajito, de lentes, muy flaco, que llevaba un cartel. Dos policías, a fuerza de sonar sus pitos y repartir furibundos golpes con las porras, llegaron al centro del desfile y arrastraron por los pelos al chinito hacia la acera. Los lentes se le cayeron cerca de donde yo estaba, pero el grandote de civil que señalara al chinito, se los aplastó de un pisotón. Puestos de acuerdo, varios uniformados empezaron a golpearlo, y todo pasaba allí mismo, a pocos pasos de donde estábamos nosotros. Eran cinco tipos pateándole la cabeza, la cara, el vientre. Lo desfiguraron.

El ver que de la boca le salía sangre a chorros me provocó una crisis nerviosa. Mi madre se asustó de verme tan rígido, pálido, temente, y me llevó de nuevo al interior de la tienda para que me dieran agua. Por una señora china, a quien mi madre le preguntó qué reclamaban los de la manifestación, supimos que eran obreros textiles, del sector algodonero y reclamaban aumentos de salarios.

Cuando se lo relatamos a mi padre, él se indignó:

–Bien merecido lo tiene esa chusma... Hay que eliminar a todos los agitadores y comunistas.

Yo me quedé frío.

–¿Matarlos? – le pregunté horrorizado.

–Como si fueran cucarachas -vociferó papá-; y por eso estoy con Chang Kai-Shek.

En mi familia, a nadie le gustaba oír hablar de aumentos en los costos del algodón; pero me impresionó la furia de mi padre y que propusiera matar a

alguien, sólo porque pretendía un aumento de salarios.

Muy nervioso, intenté defender al pobre chino vapuleado, pero al ver que mis padres se alarmaban, cambié de onda y terminé por comentar que el chinito olía ácido, como algunos nidos de pajaritos.

–Eso es porque estaba cagado del miedo -se burló mi padre.

Yo sólo sé que desde aquel día, empecé a dudar de lo que se decía en mi casa. Después, muchas veces soñé con el policía que le pisoteó los lentes al chinito, y tuve pesadillas. Veía cómo lo pateaban y le rompían los dientes; cómo echaba sangre por la nariz y los oídos, a dos pasos de donde yo me abrazaba de mi hermana. Y para mí, el pobre no había cometido otro delito que desfilarse con un cartel en alto. Me dio mucha tristeza que aquel ser pequeño y enclenque fuera aporreado y pateado por cinco o seis hombres armados y más fuertes que él. Me hubiera gustado ayudarlo, llevarle mis ahorros para que se comprara otros lentes. Nada me convencería de que por desfilarse con un cartel para pedir aumentos de sueldo, alguien mereciera tan brutales porrazos y patadas.

Sólo 10 años tenía yo cuando comencé a reprobar lo que mis padres aplaudían. Desde entonces, pues, mucho me cuidé de no mencionar en casa mis sentimientos en favor de los más débiles. ¿Para qué? Mis hermanos también despreciaban a los chinos.

Desde luego, mis padres respetaban a la vieja nobleza de los mandarines, que se imponían con su riqueza y refinamiento; y admiraban a ciertos comerciantes muy ricos e inteligentes, herederos de un antiquísimo arte de negociar. Admitían también como personas de pro, a algunos militares aristócratas, por lo general excelentes amigos de los europeos. Pero consideraban al resto de los chinos una raza deteriorada por el opio y la indolencia; y a los culíes una escoria fronteriza de la animalidad.

Al cabo de dos semanas en el Hotel Catay, uno de los más lujosos de Shanghai, mi familia alquiló una casa de tres plantas en la colonia francesa. Recuerdo que la dirección era: Avenue Haussmann número 1631. En esa casa, ya mi madre no se ocupaba de planchar, cocinar u otras tareas de la casa, como cuando vivíamos en Bremen. Entre el *boy*, el culí, el cocinero y su mujer, nos realizaban todas las tareas domésticas. En aquellos ocho años, mi madre no tuvo otra actividad personal más que sus visitas. Se relacionó con alemanas, rusas, francesas, y se la pasaban jugando cartas, minigolf, ma-yong. Casi a diario recibía invitaciones para cocteles de embajadas, cenas organizadas por las distintas cámaras de comercio, o por el Shanghai Municipal Council; o para espectáculos teatrales que patrocinaban los distintos clubes de las colonias

europneas.

Con respecto a la educación de los hijos, mi papá tenía ideas muy originales: a mi hermana Ingrid, que ya tenía 15 años y terminara la escuela media, la inscribió en un conservatorio para que no interrumpiera los estudios de piano que había empezado desde chiquita en Bremen; al segundo de mis hermanos, lo mandó al Lycée Français, y al menor a un colegio británico en el *Settlement*, donde todo se enseñaba en inglés. A mí me envió a una escuela privada para chinos de las altas clases, pero recién al comenzar el segundo año de nuestra llegada; porque todo el primero lo pasé aprendiendo los rudimentos de la lengua, con un maestro que me impartía clases en nuestra casa.

Lo de enviarme a estudiar chino se debía a que desde los primeros días, yo demostré mucho interés por el idioma y las costumbres del país. Me la pasaba atrás del boy y del cocinero. Les sonsacaba palabras y averiguaba los porqués de algunos hábitos vernáculos; y al poco tiempo ya cruzaba con ellos muchas frases sencillas.

A mi papá, que siempre tuvo sus ínfulas, se le antojó que nuestra familia debía ser como los Rotschild, que para fortalecer sus negocios se disgregaran por media Europa; y así uno de los hermanos residía en París, y los otros en Londres, Frankfurt y San Petersburgo.

Weng, el maestro chino que empezó a darme clases en la casa, era un joven estupendo. De entrada le cogí simpatía. Él hablaba un alemán muy lento, pero limpio, claro, con buena construcción gramatical. Poseía una paciencia colosal para reponder a todo lo que yo le preguntase. Cuando contaba anécdotas, yo disfrutaba en oírlo. Durante los cuatro años en que nos vimos a diario, aprendí a conocerlo y a quererlo. Poco a poco nos fuimos compenetrando y terminamos en compinches. Él se dio cuenta de que yo no era como papá y mis hermanos; captó mi interés por las peculiaridades del país y mi simpatía por la gente sencilla. Poco a poco me fue soltando opiniones que hoy me inducen a suponerlo un militante de la izquierda, pero como es lógico, en mi casa se guardó mucho de revelarlo. En el año 1931, cuando empecé en la escuela china, él siguió viniendo a diario para ayudarme con las tareas. De suerte que ya en el 35, mi padre se enorgullecía de tenerme como su traductor, cada vez que negociaba con comerciantes chinos.

Durante toda nuestra estancia en Shanghai, la violencia y la agitación política continuaron. En dos ocasiones, encaramados en el techo de nuestra casa, vimos arder la ciudad china, sobre todo después de la invasión japonesa. Pero nosotros, y todos los europeos, cada uno en su colonia, vivíamos en un mundo aparte. A lo

lejos, oíamos tiroteos. Se producían marchas y contramarchas militares; y a partir de la disputa con los japoneses, todos los días estallaban incendios, a veces cinco o seis al mismo tiempo, sobre todo en el barrio de Chapei. Allí los chinos morían como moscas...

Mientras tanto, yo daba paseos en lancha por el río Yang-tse, o cabalgaba más allá del Whampó, por las estribaciones de la sierras aledañas.

Durante aquellos años en China, desarrollé las dos pasiones que después seguí cultivando hasta hoy día: las cometas y el pimpón.

En lo de las cometas, me ayudó Weng, porque en su familia había una tradición que se transmitía de padres a hijos. Conocían secretos de cómo cortar las tiras de bambú; recetas para preparar colas infalibles; barnices que fortificaban el papel, y trucos para elevar cometas nocturnas, que ardían en medio de los altos vientos con inextinguibles fuegos de colores.

Algunas de estas técnicas se asociaban con antiguos ritos religiosos para comunicarse con los antepasados muertos. Todo eso me llegó gracias a la generosidad de Weng; y como fabricante de cometas chinas, no creo que haya todavía en ninguna parte del mundo, un europeo más competente que yo.

Lo del pimpón no fue ninguna novedad. Yo lo practicaba desde chico. En Bremen teníamos una mesa en el subsuelo de la casa, y todos en la familia, incluso mis padres, jugaban bastante bien. Pero yo era el mejor. Por mi cuenta entrenaba mucho en un club donde mi padre nos inscribió para que aprendiéramos tenis y equitación; pero en invierno, los tenistas se dedicaban al pimpón, y allí progresé mucho. A los diez años me batía de igual a igual con muchos adultos. En aquella época sólo se conocían las paletas de madera o corcho, y el éxito dependía de la rapidez en el boleó y fuerza en los remates. Yo adoraba el pimpón. Lo prefería al tenis y ponía mucha pasión en jugarlo bien. Me irritaba perder. En Shanghai, en el 32 ó 33, nuestra familia fue invitada un día por un mandarín al restaurante de una sociedad china de las más altas clases, donde preparaban una comida tradicional de primera calidad. En aquella sociedad se practicaban artes marciales y diferentes pasatiempos chinos, de campo y de salón. Aquel día vi a dos jóvenes chinos en una demostración de pimpón que me dejó boquiabierto. Ubicados a varios metros de la mesa, se lanzaban y atajaban unos remates fortísimos, con técnicas que yo desconocía hasta entonces. Eran el campeón y vicecampeón de Shanghai, y ambos pertenecían a un club de obreros acomodados, situado en las afueras de la ciudad, más allá del río Whampó, en el distrito de Pootung, que se llamaba Unión Cristiana de China. Atraído por el pimpón, desde que tenía 14 años

empecé a visitar aquel club, donde en poco tiempo aprendí a jugar con un estilo entonces desconocido en Europa. Era lo que hoy llamamos “estilo lapicero”, en que se agarra el mango de la raqueta con el índice y pulgar. Los otros tres dedos quedan apoyados en el reverso, pero la bola se golpea sólo por el anverso; ya en esa época, los chinos fabricaban raquetas forradas de goma, que permitían imprimir efectos a la bola, y convertían aquel jueguito inocente de entrecasa que yo conocía, en algo muy diferente, más complejo, mucho más técnico; yo me apasioné y convencí a papá de que me comprara una mesa y la instaláramos en un barracón de techo muy alto que él alquilara en la zona portuaria para almacenar algodón. Allí empecé a alternar desde entonces con varios jugadores destacados, de quienes aprendía las técnicas que después aplicaba en el club de Pootung. El hecho de que yo, un pelirrojo alemán, hablara chino y participara con ellos, les encantaba. Mi amistad e intercambio con los mejores jugadores me ayudó a alcanzar un nivel de juego muy alto. Llegué a jugar en la primera categoría de la liga de Shanghai, y alcancé un octavo lugar por parejas en un torneo del año 37.

En las Navidades de ese mismo año, papá nos adelantó que muy pronto los tres varones regresaríamos a Alemania para alistarnos en la Wehrmacht y cumplir con el servicio a la Patria.

Ya desde el 33, mi familia simpatizaba con los nazis. Yo mismo veía en Hitler a un redentor y elogiaba su programa para la Gran Alemania. Pero el nazi más firme era mi hermano Kurt. A los 18 años se llenaba la boca anunciando nuestro pronto regreso y diciendo que los Lehmann no íbamos a eludir nuestro compromiso con el Reich.

Como ya he anticipado, creo haber dicho lo más importante sobre mi vida en China para que se comprenda mi conducta posterior en Alemania y la Argentina.

Los tres hermanos regresamos a Bremen en agosto de 1938. Mi tía Helga, la hermana soltera de papá y una vieja cocinera de nuestros abuelos, se habían instalado en la casona de Kohlhoekkerstrasse 51, para ocuparse de nosotros.

De lo que me sucedió en Alemania al regreso, hablaré todavía menos que de China. Voy a relatar lo indispensable para demostrar por qué una persona cuyo nombre omito por ahora, tuvo tanta influencia en mi vida.

En cuanto llegamos a Bremen y desempacamos, lo primero fue cumplir con las instrucciones de papá, que nos ordenara pedir la inmediata afiliación en la *Hitler Jugend* (Juventud Hitleriana).

Nos presentamos al local más próximo en los primeros días de septiembre. Mi hermano Kurt de 19 años, yo con 18 y Horst-Eckart de 15, expusimos

nuestros casos; pero sólo aceptaron a Heck. A los dos mayores nos remitieron a la Oficina Distrital de la Wehrmacht, para cumplir con el servicio militar. Cuando acudimos al otro día, nos proporcionaron unas planillas para llenar y se nos instruyó esperar la convocatoria para los exámenes de aptitud. Poco después nos llegó una citación para un hospital militar, donde se nos practicó un examen médico general y un test psicológico. Heck tuvo que ir dos años más al Liceo, que los alemanes llaman *Gymnasium*; pero igual que Kurt, él era también muy aficionado a las cuestiones militares, y se lanzó de lleno a las actividades de la *Hitler Jugend*, que organizaba desfiles, largas marchas, excursiones a las montañas y variadas competencias deportivas.

Kurt, que ya en Shanghai se exhibía como un fanático hitleriano, antisemita, convencido de la superioridad de la raza aria, provocó a los pocos días de llegar un incidente en la calle, que por desgracia, yo tuve que presenciar. Ocurrió antes de que nos movilizaran para el servicio.

Fue durante un acto de la Juventud Hitleriana, en la explanada de la Plaza del Ayuntamiento. Kurt y yo nos detuvimos con los brazos en alto, a gritar Heil Hitler y a ver pasar a un grupo de jóvenes uniformados que cantaban y enarbolaban varios estandartes rojos con la svástica. Mas de improviso, mi hermano se pone a vociferar a mi lado. Lo veo que agarra por el cogote a un hombre viejo, y le grita: “¡Perro judío, inmundo! ¿No vas a saludar las banderas del Reich?” Como el hombre no se movió ni saludó los estandartes, Kurt lo agarró a golpes y a patadas, hasta que intervinieron otros que le dieron más golpes. Muchos espectadores que estaban cerca aplaudieron a mi hermano. Al judío se lo llevaron dos policías a empujones, con el sombrero pisoteado y el traje cubierto de barro, sangre y escupitajos.

Yo volví a sentir náuseas y se me repitió el horror de Shanghai. Otra vez un grupo de fanáticos se ensañaba en golpear a un individuo indefenso.

Terminado el incidente, cuando ya nos alejábamos, dos hombres de unos treinta años cada uno, interceptaron a Kurt. Habían observado la golpiza desde la mesa de una cervecería, en compañía de unas mujeres. Felicitaron a Kurt por su patriotismo y nos invitaron a unas cervezas. Los tipos resultaron SS, y poco después, fueron sus padrinos para el ingreso a una unidad especial del Reich, de la que nunca tuve referencias, ni quise tenerlas.

A principios de octubre me llamaron a la oficina de alistamiento de la Wehrmacht, y un oficial me indagó a fondo sobre mi vida en China, con especial interés en mi dominio del idioma. Yo reiteré que para temas cotidianos, dominaba el dialecto de Shaghai con la misma fluidez que el alemán; y que leía

periódicos y algo conocía de chino clásico.

Un par de semanas después, me asignaron a una unidad del Ruhrgebiet, cerca de Dortmund. De Bremen fuimos sólo dos, y cuando nos reunimos en la unidad, calculé que sumábamos unos sesenta, todos estudiantes de mi edad, y en su mayoría de familias acomodadas. Todos dominaban el alto alemán, hablaban sin acentos dialectales y se mostraban muy arios y leales al Reich. Lo que nadie habría imaginado era el tratamiento tan duro e indigno que nos dieron.

La instrucción de los primeros días, las levantadas, en ocasiones varias veces en una misma noche, a dar pico y pala, cavar trincheras, dar carreras y saltos o caminatas entre el barro, o cuesta arriba por senderos empinado, eran una salvajada. Varios muchachos terminaron hospitalizados por asma, accidentes, crisis nerviosas. Yo no sé cómo logré resistir aquellos primeros días. Pero lo peor, por lejos, fue padecer a nuestro jefe, el Ayudante de Instrucción, sargento Fink, en cuyas manos caímos a partir de la segunda semana.

Fink era un psicópata que no me figuré tuviese cabida en las filas del ejército alemán, y mucho menos como instructor de reclutas. Era un destructor de seres humanos. Al segundo día me mandó tender y destender 19 veces la cama, porque siempre encontraba alguna arruguita en las cobijas, partículas de mugre en una sábana, un pelo en la almohada, una mota de polvo sobre la mesa de luz, en fin, cualquier fruslería imperceptible.

A todos los reclutas nos ponía nombres infamantes, disparates que inventaba. Cada vez que Fink se cruzaba con Weber, un muchacho de Dusseldorf, muy flaco y feísimo, le armaba una escena. Se hacía el asustado y le gritaba: “ ¡¿Pero qué haces aquí fantasma hijueputa, espectro cadavérico?! ¡Me vas a matar del susto! ¡Fuera de mi camino!” Entonces se volvía a nosotros y empezaba a distribuir sanciones y castigos; a unos por reírse de sus ocurrencias, y a otros por no reírse.

Con Fink no tenías escapatoria. Una de sus vetas más sádicas, repito, era la de los apodos. A un gordito que tenía una erupción en la piel, le puso Rana Escamosa, y el pobre, cuando Fink se lo encontraba y le preguntaba: “¿Quién vive?”, tenía que cuadrarse y contestarle, gritando bien fuerte: “¡Soldado de infantería ligera Rana Escamosa, señor Ayudante de Instrucción!”.

Así era con todos. Recuerdo que a un muchacho pálido que tosía mucho, le decía “Antesala de la muerte”; y a un gordo bonachón de mejillas muy rojas, “Saludable pedo”, y a otro “Excremento apoplético”, y así otros dislates por el estilo.

A mi también me aplicó un apodo humillante: “Gargajo sanguinolento”. Ese

hombre asqueroso, que yo tanto odié, me paralizaba como una serpiente, me inspiraba terror. A uno de los reclutas comenzó a llamarlo “Sudoroso Escroto”, y cada vez que pasaba a su lado se tapaba las narices. Un día el muchacho se llenó de valor y se apersonó en el despacho del Coronel, jefe de la guarnición, para presentarle sus quejas por el trato denigrante que recibía. En la puerta del despacho, el ordenanza del Coronel le preguntó el motivo de aquella insólita visita.

–Vengo para acusar al Ayudante de Instrucción, sargento Fink, de motejarme con nombres indignos de un ario alemán, patriota del Reich y nacionalsocialista.

El coronel mandó llamar a Fink y le ordenó castigar al recluta con una semana de calabozo a pan y agua, por atreverse a denunciar a un superior.

Cumplido el escarmiento, Fink mandó al soldado a presentarse ante el Coronel, cuadrarse y gritar a todo pulmón: “Se presenta el Ayudante de Aviación Sudoroso Escroto, señor Coronel Jefe de la Guarnición”.

Hubo un caso todavía peor, de un muchacho muy grande, al que Fink sorprendiera masturbándose en las letrinas, y lo obligó a continuar masturbándose de pie en medio del barracón en presencia de sus compañeros.

El muchacho no resistió la humillación, se le echó encima y de un mordizco le arrancó media oreja. Desde entonces, el recluta desapareció del cuartel. Luego circuló el rumor de una condena a varios años de trabajos forzados.

Aquellos seis meses de instrucción general debilitaron muchísimo mi admiración por el ejército del Reich; pero volví a recuperarla.

Un buen día, Fink se me acercó con su oreja vendada. Por primera vez me llamó señor, y por mi propio nombre: “Señor Franz Lehmann...” era la primera vez que lo veía dirigirse a un soldado sin insultarlo.

Mi primera reacción instintiva fue de miedo y desconfianza; pero él me comunicó que mi instrucción militar tocaba a su fin. Debía recoger mis pertenencias y marcharme al día siguiente. Una vez en Bremen, debía presentarme en una oficina de la Wehrmacht. Allí me dirían adónde me iban a mandar.

“¿Al frente?”, le pregunté yo.

Él me respondió que allí me lo dirían; y me alcanzó un papel con la dirección y el nombre de un capitán por quien debía preguntar. Con una sonrisa formal me deseó muy buen viaje y me extendió la mano. Yo no me atreví a despreciarlo y se la estreché, pero con mucho asco, como si estuviera tocando a una babosa. Sin más, me di media vuelta y me alejé dispuesto a borrarlo cuanto antes de mi

memoria.

En Bremen me llevé una gran sorpresa. Cuando llegué a la oficina adonde me enviara Fink, un oficial me preguntó qué tal mi estancia en el servicio.

–Normal, señor capitán -le respondí.

¿Qué más le iba a decir?

El hombre empezó a anotar algo en un papel, sin mirarme; y me preguntó si consideraba haber recibido un trato decoroso, si no tenía alguna queja.

–No, señor, ninguna queja.

Volvió a insistir y a preguntarme si ninguno de los oficiales o suboficiales incurría alguna vez en abusos de autoridad o tratamientos humillantes. Yo simulé esforzarme por recordar y al final no presenté ninguna queja.

El capitán aquel (me figuro que lo estoy viendo), dejó caer el lápiz sobre la nota que iniciara y alzó la cara para observarme. Al instante armó una sonrisa burlona, entrecruzó los dedos, adelantó el torso y me preguntó muy serio:

–Tampoco tiene quejas contra el Sargento Fink.

Yo me mostré desconcertado por la pregunta y también sonreí; pero le aseguré que tampoco tenía reproches contra el sargento Fink.

Él me miró ahora con una abierta expresión de sorna, y anunció que procedería a revelarme algo que yo no debía compartir ni con mis amigos, ni con mi familia.

Los servicios de la *Abwehr*, de contrainteligencia militar, se interesaban por mí. En cuanto supieron, por el formulario que llenara al presentarme en el servicio militar, que yo hablaba y leía chino, solicitaron una indagación sobre mi limpieza de sangre. Así comprobaron, hasta mi cuarta generación, la ausencia de sangre judía u otros linajes inferiores en mi familia. Lo verificaron desde mis bisabuelos a mis padres; y quedó claro que tanto ellos como mi hermano Kurt, miembro de las SS, eran patriotas de una vida digna y ordenada, nacionalsocialistas convencidos e implacables con los judíos, comunistas y otros enemigos del Reich; y dado que yo y mis hermanos nos habíamos separado de nuestros padres y éramos voluntarios venidos desde China para cumplir con el Führer y la Patria, se ordenó probarme, con miras a un futuro reclutamiento. Para los servicios secretos del Ejército, mi dominio de una lengua tan difícil como el chino, sería de gran utilidad.

Entonces, como era de rigor en todos los casos de adolescentes preseleccionados para el ingreso en la Escuela Superior de la *Abwehr* (AHS), fui enviado a la unidad de instrucción militar número CERO (así se la designaba en la jerga de la *Abwehr*), donde se investigaba a fondo la personalidad de los

reclutas, con miras a detectar cualidades indispensables para un agente de la contrainteligencia: disimular emociones, mentir con astucia, y no divulgar ningún error o injusticia de la superioridad. En tal sentido, yo rebasé la prueba al no denunciar las tropelías y abusos del sargento Fink, durante y después del período de instrucción militar.

El Capitán admitió que Fink era un sicópata, igual que el Coronel al mando de la unidad, escogidos ex profeso para calibrar el temple y personalidad de los reclutas.

Yo no abrí mi boca. Me limité a escucharlo.

Él añadió que Fink era un hombre valiente y un patriota. Él mismo estaba consciente de que sus vejámenes a la tropa lo ponían todos los días en peligro de muerte. En una ocasión resultó agredido con una bayoneta y hubo que hospitalizarlo; y ya conocía yo el caso del recluta enloquecido que le rebanara media oreja de un mordisco. Pero a Fink le gustaba su trabajo y no quería cambiarlo. A propósito de la oreja, yo le pregunté por el muchacho que lo mordiera; y me contestó que le habían impuesto sanciones muy moderadas, porque la crueldad de Fink, en gran parte, exoneraba de culpas a sus agresores o las atenuaba.

Así fue como en setiembre del 39, me trasladé a Berlín para ingresar a la ABWEHR HOHSCHULE (AHS), donde se suponía que debía permanecer tres años. Los primeros meses allí fueron muy agradables. En comparación con mi unidad de instrucción, aquello era un hotel de lujo. Teníamos cuartos compartidos entre dos, excelente comida, magníficas instalaciones, aulas, una sala de cine donde siempre exhibían algo interesante, una piscina abierta y otra de invierno. En Berlín me daba la gran vida, como si no estuviéramos en guerra.

La ciudad, como todo el país, vivía la euforia del inicio victorioso contra Polonia, celebrado mediante vistosos desfiles, manifestaciones, actos políticos. Poco después, en el 40, creció el optimismo nacional ante los éxitos de la Blitzkrieg en varios países fronterizos, sometidos en pocas semanas. En las calles se respiraba entusiasmo, se veía gente bien vestida, las cervecerías y restaurantes repletos, una juventud alegre, como si estuviéramos en tiempos de paz.

Y a fines del 40 se vio también que yo era un fracaso en los cursos en la **Hohschule**. En verdad, no estaba hecho para aquello. Los cursos de historia, sociología, economía, me abrumaban. En clase, no entendía gran parte de lo que se impartía. Se evidenció mi gran penuria de vocabulario cultural en la lengua alemana. Me resultaba muy difícil expresarme y mi torpeza contrastaba con la

soltura de mis condiscípulos.

Lo único que me permitió cierto lucimiento en esa escuela fue el pimpón. Jugando “lapicero“ con raqueta de goma, casi ninguno me llegaba a cinco tantos. A muchos les enseñé el estilo chino. Por iniciativa de la dirección, donde había dos oficiales muy aficionados, la escuela mandó fabricar una docena de raquetas con forros de goma, para lo cual copiaron el modelo de la mía; y varios alumnos alcanzaron un nivel de juego muy alto. Al cabo de un año, un tal Fritz Wagner jugaba casi tanto como yo. Para ganarle tenía que esforzarme en serio, y a veces no lo lograba.

En cuanto a los estudios, tuve muy bajos rendimientos. A duras penas aprobé los exámenes del primer año, y ya en el segundo se vio claro que yo no estaba a la altura del curso. Todo el mundo se dio cuenta de mi desinterés por el espionaje, la contrainteligencia y la política en general; y en el mes de diciembre del 40, al despedirme, me recomendaron como traductor de chino, por lo que sin dilaciones ingresé al Ministerio de Relaciones Exteriores.

Tampoco me fue bien allí. Me pusieron a traducir información abierta, sobre todo la prensa escrita; y mi trabajo no gustó. Dijeron que mi alemán era pobre, incorrecto, que traducía literalmente con giros inadecuados y no sé cuántas cosas más. Tenían razón, porque lo que yo sabía bien, era hablar el chino callejero de Shanghai y la jerga de los comerciantes y cultivadores de algodón; pero cuando me lanzaban a un lenguaje especializado, me veía en figurillas. En cuanto a lecturas, no tenía dificultad con los periódicos, pero había leído muy pocos libros en chino; y en alemán casi ninguno.

Yo no he sido un intelectual. Prefería los trabajos manuales, jugar pimpón, remontar cometas...

A mediados del 41, después de la invasión a la URSS, yo tenía mucho miedo de que en cualquier momento también me echaran de Relaciones Exteriores y terminara en el frente. Para mí habría sido un desastre. Por cierto, ese mes de julio del 41 en que mis padres regresaron de Shanghai para no volver, yo obtuve unos días de licencia que compartí con ellos y el resto de la familia, incluido mi hermano Kurt venido desde Amsterdam, donde desempeñaba una plaza.

En el tren hacia Bremen, me encontré con Fritz Wagner, aquel oficial de la Escuela de la Abwehr que aprendiera a jugar pimpón con el agarre chino del lapicero, casi tan bien como yo. También él iba de permiso a ver a sus padres, que vivían en un pueblecito de Westfalia. Él se apeó en Hannover, y como suele ocurrir, al separarnos intercambiamos direcciones. Y dos días después me llamó por teléfono a Bremen para invitarme a una tarde de pimpón. Me contó que Karl,

un primo suyo, se las daba de gran pimponista e insistía en desafiarlo a jugar. Supe que cuando estaban en la escuela, el primo jugaba mucho más que Fritz; pero al encontrarse poco antes en una reunión de familia, mi amigo se jactó de que con el nuevo estilo y sus raquetas de goma, podía darle diez tantos de ventaja. El otro, convencido de que era pura bravata, lo desafió y apostaron una caja de *cognac*, que iban a disputarse ese fin de semana.

Desde Hannover, en auto, la distancia se recorría en unos 45 minutos, y si yo aceptaba participar, Fritz me esperaría en la estación central para viajar juntos.

Así fue como conocí el campo de concentración de Bolsen. Entramos por el portón principal y fuimos directo al edificio donde estaba la administración y el casino de oficiales. Los barracones de los prisioneros estaban algo distantes, pero en ese momento yo no vi a ninguno.

El primo de Fritz nos recibió con una gran cordialidad. Era un individuo de muy buena pinta, alto, delgado, de pelo negro y ojos muy azules, que trasuntaba una gran simpatía. En la mano izquierda usaba un guante de cuero, porque durante los primeros meses de la guerra, a causa de un accidente automovilístico en Polonia, le amputaron un antebrazo. Pero como él se negase a aceptar la baja, el Partido lo designó ideólogo de la dotación en Bolsen, un campo de concentración muy cercano a su casa de Hannover.

El primo nos explicó que en las prisiones, sobre todo con reclusos políticos, era muy importante que los guardias recibieran una constante atención del Partido. Se veían casos desagradables y era necesaria mucha profilaxis de las ideas, para evitar errores y las naturales tendencias a la desmoralización entre la oficialidad joven.

En pimpón, el primo recibió una paliza. En ninguno de los mano a mano que jugó con Fritz, logró marcarle ni cinco tantos. Como casi todos los pimponistas de entonces, que jugaban con raquetas de madera, estaba indefenso ante los efectos que la raqueta de goma le imprimía a la bola. Ni siquiera atinaba a devolver los saques. Al primero le poníamos, por ejemplo, un fuerte efecto hacia abajo y el primo, cuando devolvía la bola, la tiraba contra la net. Al siguiente le poníamos efecto hacia arriba, y cuando el primo trataba de subir la bola para que no volviera a quedarse en la net, la bola se le disparaba hacia el techo; y lo mismo le hacíamos con efectos a la izquierda y a la derecha, que lo desconcertaban. Al darse cuenta de que le resultábamos imbatibles, el primo mandó cargar la caja de *cognac* en el carro de Fritz y asumió la derrota con buen humor.

Fritz y yo regalamos un par de exhibiciones que asombraron a los presentes,

y después aceptamos repartirnos para jugar dobles, pero siempre Fritz y yo de contrarios, y con el compromiso de “jugar noble”, es decir, sin aplicar nuestros diabólicos efectos.

Cuando terminamos de jugar ya eran como las tres de la tarde. Nos dieron un excelente almuerzo con opciones de vino o cerveza, y después el primo nos sacó a dar un paseo a pie. A lo lejos, nos señaló los barracones del *Lager*.

Por un sendero boscoso nos condujo hasta una taberna de cazadores donde se exhibían trofeos y animales embalsamados. El primo, que aguantaba tragos como un cosaco, pidió *cognac* y en menos de una hora debió de apurar unas diez copas.

De regreso por un senderito del bosque, Fritz empezó a preguntarle con la lengua algo trabada, qué presos llegaban allí. Sin molestarse por la indiscreción, alegre y locuaz, el primo nos reveló que a Bolsen llegaba sobre todo “clientela de la Gestapo, para estancias muy breves”. oír aquello me forzó a controlar mis emociones y aparentar indiferencia, porque me figuré un campo de exterminio; pero a poco comprendí aliviado que no era así. La tal clientela de la Gestapo llegaba destinada a recibir un tratamiento especial, que no se daba en ningún otro *Lager* de Alemania. La mayoría de los presos eran técnicos, científicos a los que no interesaba eliminar, sino aprovecharlos por sus conocimientos; y por eso había muchas familias enteras de judíos, o de comunistas de toda Europa. Solía traérselos con niños, que servían para presionar a los adultos. Algunos pocos científicos y tecnólogos de alto nivel recibían una atención a tono con la importancia de su colaboración; pero se intimidaba y maltrataba hasta cierto grado a sus familiares; de modo que todos supiesen el horror que les esperaba, en caso de jugar sucio con los intereses del Reich.

Yo pregunté por sus delitos...

–Ser judíos -me respondió Fritz-, ser comunistas... ¿Te parece poco delito?

El primo los describió, en general, como gente difícil, enemigos del Reich; y algunos dispuestos a sufrir torturas y a morir sin claudicar. Los métodos de la Gestapo solían fracasar con gente así. Algunos morían sin hablar o quedaban trastornados y después, aunque quisieran colaborar, no servían para nada. Por eso, como instrumento de persuasión, se usaba a los familiares, en especial a los niños.

Fritz quiso saber cuál era allí el trabajo concreto del primo, que no tuvo inconveniente en responderle.

Para justificar el tratamiento a veces muy severo que se daba a los presos y sobre todo a los niños, debía trabajarse sin tregua en la persuasión de los

guardias, para que no aflojaran su rigor. Él mismo impartía conferencias y promovía debates. Aquella oficialidad debía convencerse, sin ninguna vacilación, de que los judíos merecían lo peor.

–Es que son una raza depravada -repetía el primo con toda calma, como si hablase de algo evidente-. No tienen dignidad, ni moral, ni principios; lo único que los mueve es amasar dinero, y aceptan cualquier humillación por sacar una ventaja. Han sido la sanguijuela de nuestra sociedad y culpables de nuestra derrota en la Guerra del 14.

Los guardias de Bolsen eran jóvenes muy bien seleccionados, y todos comprendían la necesidad de maltratar a un adulto, pero con los niños se retraían. El trabajo del primo era recordarles que los comunistas y los judíos eran seres inmundos, que no merecían ser tratados como humanos, porque eran peores que cualquier animal. Lo único que merecían era la esclavitud y el maltrato; y el que desobedeciera debía morir. Pero cuando la Patria y el Führer necesitaban la colaboración de ciertos prisioneros y no se los podía torturar, entonces se amenazaba o violentaba a sus hijos e hijas, nietos y esposas. En casos de extrema resistencia, el personal de Bolsen aplicaba a mujeres y niños torturas hasta de tercer grado. Debían proceder sin remordimientos de conciencia, persuadidos de cumplir con una tarea patriótica. Pero según el primo, eso rara vez ocurría. Nos aseguró que al ver a sus familiares sometidos a cierta violencia, y amenazados de males mucho peores, los enemigos del Reich claudicaban y colaboraban sin tapujos en lo que se les ordenara.

Yo tampoco simpatizaba con los judíos; pero siempre recordé con afecto a dos mellizos hamburgueses de apellido Maier, que se inscribieron en mi escuela, y fueron mis amigos. Ellos no se manifestaban como judíos. Supongo que los padres lo ocultaban; pero al descubrirse su origen, los expulsaron de la escuela.

Poco después, recluida la familia en una trastienda, vieron en acción a la *Hitler Jugend* cuando les destruían a pedradas su comercio de zapatos, en el centro de Bremen. Todavía hoy, yo recuerdo a aquellos niños y a sus padres, cuya casa visitaba cuando éramos condiscípulos, como gente magnífica, generosa, inteligente. En todo caso, yo vivía convencido de que *todos* los judíos no eran malas personas. Daba por seguro que muchos eran honrados y de buenos sentimientos; y me dolía que se los maltratase.

Convencido de que todos tenemos derecho a equivocarnos, supuse que en su antisemitismo, Hitler exageraba; pero yo no era nadie para enmendarle la plana a un hombre tan patriota y que tanto se esforzaba por construir la Gran Alemania. De modo que ante el primo, me guardé mis críticas y simulé estar de acuerdo.

Cuando nos apeamos de nuevo en el campamento para recoger nuestras bolas y raquetas y nos dirigíamos al Volkswagen de Fritz, una de las prisioneras que prestaba ayuda en la cocina, pasó cargando una bandeja de vajilla sucia que recogiera en el comedor de los guardias.

–Ven aquí, judía -le gritó el primo, y nos anunció que veríamos algo interesante.

La muchacha se acercó con la bandeja y Karl ordenó, cortante y a voz en cuello:

–¡Limpiar botas!

La muchacha, sin dar muestras de preocupación, incluso con una inexplicable sonrisa, se alejó unos pasos para dejar la bandeja sobre un murito y se arrodilló a lamerle las botas enfangadas. Lamiendo y escupiendo el barro, la muchacha le dejó las botas limpias. Cuando alzó la cara, con los labios y el mentón embarrados, en sus ojos campeaba una mirada calma, casi una sonrisa, de una serenidad muy grande. No era la mirada de una persona humillada. Trasuntaba una fuerza interior, una determinación incommovible, no sabría describirlas...

El primo aprobó la limpieza y la despidió. Cuando ella se volvió para recoger la bandeja del piso, le asestó una patada en las nalgas que la derribó boca abajo. La caída formó un desparramo de restos de comida, loza y vidrio.

En ese momento, yo le hubiera saltado al cuello; pero el miedo mío era mucho mayor que la furia. No atiné a nada. No fui capaz de un gesto, ni pronuncié palabra. Sería deshonesto si ahora pretendiera arrepentirme por no haber reaccionado. Era algo superior a mí, que no soy una persona valiente.

La muchacha no se dio vuelta. Con calma y la vista baja, sin una palabra, sin un sollozo, comenzó a recogerlo todo.

Mientras nosotros nos alejábamos rumbo al casino, el primo nos refería que esa judía de 16 años, llevaba apenas dos semanas allí. El padre era un judío francés, químico eminente y autoridad mundial en combustibles. En ese momento era un personaje clave para impulsar los programas coheteriles del Reich, cuyo estancamiento por falta del combustible adecuado, arrancaba desesperados bramidos al Führer.

Entrevistado en Francia, el profesor se negó a cooperar, y su negativa determinó la orden perentoria de internarlo en un *Lager* y someterlo a tratamientos persuasivos.

Llegado a Bolsen con su familia, que incluía también a un varón de doce años, le proyectaron un film que mostraba a un coetáneo de su hijo, sometido a

estupro por un buharrón encapuchado de la Gestapo. Al otro día, el judío salió para Peenemünde dispuesto a colaborar en lo que fuera. Su familia permaneció en Bolsen, para garantizar que no trampeaba en su colaboración con el equipo de científicos alemanes. Aprobado por sus superiores, el primo obligaba a la muchacha a limpiarle todos los días las botas con la lengua, a la vista de todo el mundo; y si se negaba, al niño lo dejaban sin comida. Al principio, ella se negó durante dos días; pero al tercero, cuando el niño lloraba de hambre y ella vio que no tenía ninguna posibilidad de conseguirle alimentos, le lamió las botas. Desde entonces, se las lamía a diario, sin ninguna protesta.

–Pero si el padre colabora... -comenzó Fritz...

El primo lo cortó sin más:

–Aunque colabore, tenemos instrucciones de aplicar un primer grado de intimidación a los familiares de todo judío. Se los deja vivir, pero se les denigra. El terror es la única garantía de que no nos traicionen. Si así los tratamos cuando colaboran, ya se van imaginando lo que les espera en caso de intentar engañarnos.

El viaje en auto de regreso hasta Hannover, fue para mí otra tortura. Fritz Wagner, que seguía bajo el efecto del *cognac*, parloteaba sin tregua y recordaba como muy graciosa la humillación a la judía. Yo no reaccioné, tampoco esa vez. Antes de retomar el tema del pimpón, Fritz alabó varias veces la sagacidad aplicada en Bolsen para quebrar la voluntad a los enemigos del Reich.

Esa tarde, sobre un andén de Hannover, mientras esperaba mi tren de regreso a Bremen, rompí con Hitler y sus nazis. A nadie le diría nada, pero contra las muchas dudas que me asediaban, aquella fue mi decisión. Quizá los nazis llevaran razón y yo fuera un cobarde; un equivocado; pero no podía ser de otra manera. Ese era yo, un ser débil, incapacitado para aceptar razones de estado que justificasen violar a un niño o humillar a un ser humano, forzándolo a lamer botas embarradas.

Sin embargo, no cumplí mi propósito de guardarme el secreto. Dos días después, cuando mi hermano Kurt, el SS, vino a visitarnos a Bremen, yo no me contuve y desahogué mi desconsuelo por lo que presenciara en Bolsen; y le confesé mi repulsa ante el método de violar niños o denigrar mujeres para presionar a un ser humano.

–¿Ser humano? – vociferó mi hermano-. ¿Así los llamas?

Se enfureció y hasta amenazó con denunciarme por traidor. Tuve que aguantarle una rabiosa monserga en voz baja. Estuvo mucho rato insultándome. Yo era un flojo y un ignorante. ¿Acaso no sabía cuál era el destino de los niños

en las ciudades vencidas de la Antigüedad? Los ocupantes se los cogían, los castraban, los vendían como eunucos para disfrute de los pederastas; y ahora yo, un ario alemán de pura cepa, me ponía a lloriquear porque en aras de los sublimes propósitos del Führer, del interés supremo de la Patria y del futuro luminoso de la humanidad, se amenazara a unos judíos de mierda. Lo de sensibilizarme con aquel niño era inadmisibile, porque antes que un niño era un judío, tan inmundo como su padre y toda su maldita raza, y llegado el momento, los exterminaríamos a todos, y a los comunistas y a los asiáticos y a los negros. La única manera de crear una sociedad mundial justa y armoniosa, sin guerras, era suprimir todas las razas perversas e inferiores, y crear un mundo de arios, divididos en gobernantes, pensadores y trabajadores, pero todos de sangre limpia, como en el viejo sueño de la república platónica; y que todo lo que se opusiera a ese futuro y a ese sueño del Führer y de los alemanes honrados, debía ser extirpado de raíz.

Quedé advertido: y desde entonces renuncié a opinar sobre temas políticos en mi casa. Quizá yo estuviera equivocado y mi hermano tuviese la razón. Éramos harina de muy distintos costales.

Me viene ahora a la memoria un episodio de cuando ya vivía en la Argentina. Un empleado mío, excelente persona y muy cumplidor en el trabajo, me confesó un día que era homosexual, y se desahogó conmigo sobre el suplicio en que vivía. En esos años, en que nadie se atrevía en Sudamérica a confesarlo, como ocurre ahora, aquel pobre hombre me decía: “Sé que está mal, Paco; le he arruinado la vida a mi madre; mi padre me desprecia; mis hermanos y sobrinos no me hablan; pero yo soy así. No puedo evitarlo. Es algo que me dio la naturaleza y lo llevo por dentro.”

Yo me repetía algo similar: “A lo mejor los nazis de mi familia tienen razón. Ellos han estudiado y leído más que yo y entienden de historia y de política; y quizá yo no sea sino un flojo y un mal alemán...” Pero no podía ser de otra manera. Era tan improbable que yo defendiera un día las mismas ideas que mi hermano Kurt, como que un homosexual comenzara a desear mujeres...

Si mis familiares hubieran sabido hasta dónde rechazaba yo lo que veía, se habrían avergonzado de mí; pero yo no podía evitar mis sentimientos naturales. La humillación y masacre de los judíos y de otros pueblos, tal como se practicaba en tiempos de Hitler, era algo inaceptable.

Pocas semanas después de mi visita a Bolsen, me tocó vivir algo peor en la sede central de la Gestapo, en Berlín. Me llevaron a un calabozo de los sótanos para traducir las confesiones de un chino, agente soviético capturado en

Holanda, que se fingía nativo de Borneo. A punto del desmayo hube de aparentar indiferencia y aprobación ante los padecimientos de aquel pobre diablo interrogado bajo torturas salvajes. Vi cómo le sacaban las uñas y las muelas, y lo quemaban y le retorcían los huesos. Al despedirme, el asistente personal de Gestapo-Muller, como apodaban al jefe, me agradeció la colaboración y me previno que de mi boca no debía salir una sola palabra de lo visto u oído. No necesitó puntualizar que si se me escapaba un comentario, sufriría el mismo destino del chino. Lo adiviné en su sonrisa.

Por fortuna, la Gestapo no tenía otros prisioneros chinos y ya no volví por aquellos calabozos. Pero aún me acompaña el horror que me inspiraron.

De otra parte, mi trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores seguía mal; ya casi no me daban a traducir nada por escrito, y los visitantes chinos eran muy escasos. Yo sufría mucho miedo ante la inminente perspectiva de verme despedido y trasladado al frente. Llegué a tramar la rotura de un brazo para que me eximieran de combatir, pero tampoco tenía valor para eso. Mi angustia y cobardía me llevaban a figurarme inmoralidades como aquella, indignas de un patriota alemán.

En noviembre de ese mismo año ocurrió algo inesperado. Después de la Blitzkrieg del 39-40 y de la victoriosa campaña inicial del 41 en Rusia, que en pocas semanas llevara a nuestros ejércitos a las puerta de Moscú, Hitler y toda Alemania esperaban la derrota total y la capitulación de la URSS, a más tardar para el mes de septiembre. En aquel clima de entusiasmo y euforia nacionalista, nadie pensó que los rusos resistieran. Cuando ya en octubre el frío comenzaba a apretar y el frente soviético se tornaba cada vez más impenetrable, el alto mando de la Wehrmacht tuvo que admitir que la guerra duraría unos meses más.

En noviembre, Hitler sufrió una de sus crisis coléricas al enterarse de que las reservas de algodón en Alemania, eran insuficientes para los gruesos uniformes que muy pronto necesitarían sus soldados; y para colmo, que la mayoría de los países proveedores de algodón estaban bajo control de los aliados.

De inmediato se iniciaron exploraciones secretas en el mundo entero para adquirir algodón a cualquier precio. Agentes nuestros, comerciantes, textileros, tuvieron que abocarse al problema, y entre ellos, mi familia. Esto determinó que a finales de noviembre, se me escogiera para acompañar a una delegación comercial a Shanghai, que debía lograr, a costa de pagar altísimos precios, convencer a los productores chinos de que aceptaran vendernos su algodón... Aunque el gobierno de Pekín era neutral, no era fácil comprar algodón en Shanghai, porque los ingleses y americanos presionaban en contra y amenazaban

a los productores con represalias.

El siete de diciembre, cuando el bombardeo a Pearl Harbor, se produjo una cascada de declaraciones de guerra contra el Eje. Dada la situación, y el hecho de que yo estuviera en Sanghai, mi padre le envió un mensaje a su administrador, para que vendiera cuanto antes todo lo vendible, y me diera a mí, en dólares americanos o en libras esterlinas, el efectivo que reuniese en esos días. El 11 de diciembre, aquel hombre me entregó 22.000 dólares y 6.000 libras esterlinas, y me anticipó que en breve reuniría una cantidad mayor; pero pasadas unas 72 horas, Pekín también le declaraba la guerra al Eje. El administrador de mi padre oyó la noticia en una emisora inglesa por la madrugada y sin demora me llamó al hotel. Me aconsejó recoger el dinero y refugiarme en la Embajada Alemana. Era muy probable que los chinos e ingleses recluyeran a toda nuestra colonia. Yo salí del hotel cinco minutos después, con una muda de ropa en un maletín. Repartido el dinero en cuatro bolsitas de tela, yo mismo me las cosí a los calzoncillos. Así me lo sugirió el administrador, y por suerte seguí su consejo. Sin embargo, no fui a la Embajada. Localicé a Weng, con quien me viera desde el primer día, le expliqué mi situación y él me escondió en su casa, donde vivía muy estrecho con su madre y una hermana. Pero al día siguiente, llamó a un chofer de su confianza y me trasladé por la noche a la casa de una familia inglesa que pasaba la mayor parte del año en Hong Kong; y en ausencia de los dueños, la casa, imitación de un castillo inglés, quedaba al cuidado de un pariente de Weng y su familia, que debían ocuparse además de siete perros gigantescos.

Allí permanecí escondido hasta que logré embarcarme en un carguero chino. Zarpamos el 12 de enero, con carga y pasaje destinados al Perú, donde existía una importante colonia cantonesa. Mejor dicho, fue Weng el que logró obtenerme un pasaporte peruano y embarcarme, gracias a los 4.000 dólares que yo le diera para gastos y sobornos. Fue una operación muy complicada y un viaje espantoso, del que no quiero acordarme. La llegada al puerto de El Callao me preocupaba mucho, porque mi pasaporte peruano, que me valía para salir de China, podía crearme dificultades a la hora de entrar al Perú. Téngase en cuenta que yo no hablaba una palabra de español. Pero durante la travesía entré en conciliábulo con un chinito contrabandista que trabajaba de camarero a bordo y que se defendía un poco en español, porque ya llevaba tiempo en esa ruta. El debió adivinar mi situación porque me dejó caer que estaba bien relacionado con la aduana y la inmigración en El Callao. Cuando le ofrecí mil dólares si me ayudaba, él aceptó sin remilgos, pero argumentó que necesitaría otros mil para

sobornar a los peruanos.

Yo no sé cuánto habrá repartido el chino, pero logró que un uniformado de la Inmigración me asiera de un brazo y me sacase de la cola, para sorpresa de los demás pasajeros. De allí me condujo hasta la mesa de sus colegas, donde cogió el cuño de la entrada, me lo estampó en el pasaporte y me señaló la pasarela. Yo agarré mi maletín, único equipaje, bajé al muelle y me perdí entre el gentío.

En Lima pasé tres meses viviendo en el barrio chino, donde logré aprender bastante español. A finales de abril, ese mismo año de 1942 me trasladé a la ciudad de Puno, sobre el lago Titicaca, por donde ingresé a Bolivia. Estuve unos días en La Paz y luego me fui al oriente del país. Por fin, en Santa Cruz de la Sierra abordé un tren hasta la frontera brasileña, y de ahí, en autobús, llegué a Sao Paulo.

En Brasil permanecí hasta principios de junio. Allí traté de comunicarme con mi familia, pero no fue posible. El Brasil también estaba en guerra con Alemania y todas las compañías telegráficas eran americanas o inglesas. Aunque ahora debo confesar que tampoco me esforcé demasiado. Por un lado, no quería que me reclamaran el dinero recibido del administrador; y además, en el estado de ánimo que yo me encontraba al salir de Alemania, después de mis visitas a Bolsen y a los calabozos de la Gestapo, y sabiendo que mi familia aprobaba semejante barbarie, yo no me sentía ya parte de ellos.

Terminada la guerra y durante varios años, seguí con pesadillas. Muchas veces veía la cara de aquella adolescente judía tras lamerle las botas al primo de Fritz. La veía no sólo en sueños. Me ocurría algo raro. A veces, en la calle, en un vehículo público, alguna muchacha que tuviera el pelo muy corto y los ojos muy grandes, me recordaba la escena, y volvía a ver la expresión de tristeza y de serenidad con que aquella prisionera obedecía las órdenes del nazi, para proteger a su hermanito; y me preguntaba por qué permitía Dios tanta maldad. ¿Cómo iba a ser aquella muchacha, con sus pocos años y aquella mirada tan dulce, una enemiga del pueblo alemán? Para mí era una víctima inocente, cualquiera fuera su raza o la culpa de sus antepasados. Tampoco olvidé la furia de mi hermano Kurt, el SS, cuando me acusaba de flojo y traidor. Es verdad que durante algún tiempo yo había sentido remordimientos, pero ya en Sudamérica, lo único que me inspiraban la Alemania nazi, era el deseo de borrarla de mi memoria y empezar una vida nueva.

Mucho tiempo después, supe que mi familia me suponía muerto. Oficialmente, el Consulado alemán en Shanghai dio el parte de varias desapariciones. Desde que el gobierno central, muy presionado por los

norteamericanos, entrara en guerra, miles de chinos nacionalistas e incluso comunistas, se lanzaron a las calles y descargaron todo su odio contra los miembros de la colonia japonesa. No les perdonaban las acciones del 32, cuando ocuparan la Manchuria y se ensañaran contra Shangahi. Llegaron a cañonear e incendiar en parte el barrio de Chapei. Fue el momento de mayor desprestigio para Chan Kai-shek y sus nacionalistas, que ahora buscaban la revancha. Como aliados de los japoneses, los miembros de la colonia alemana también fueron agredidos en aquel fin de año. El administrador de mi padre desapareció sin dejar rastros, y ese fue también mi caso. Nadie supo dar cuenta de mi paradero.

En mi familia se temieron que el mucho dinero efectivo recibido del administrador me habría sido fatal. Se equivocaban, porque me sirvió de mucho.

Sólo al fin de la guerra, supe que el único sobreviviente de mi familia era mi hermano menor, Horst-Eckart. Mis padres y mi hermana murieron camino de un refugio, a cien metros de nuestra casa, durante un bombardeo. Tiempo después, me enteraría de que en agosto del 44, mi hermano Kurt había caído en Bielorusia, baleado por francotiradores.

En septiembre del 42, con apenas veintidós años de edad, me instalé en Buenos Aires. Omito mis previas andanzas por el Perú, Bolivia y Brasil, porque de nada servirían al propósito de este relato. Por fin, en Montevideo, donde permanecí los tres meses de aquel invierno, legalicé mi situación migratoria. Como fugitivo del nazismo, conseguí sin dificultad un documento de identidad para extranjeros que otorgaban las Naciones Unidas, en el que aparecían mis verdaderas señas. Con ese documento viajé a la Argentina, donde obtuve primero la residencia y algunos años después, la nacionalidad; y de allí, salvo para dos breves visitas a los EE.UU., no volví a moverme durante más de cincuenta años.

Tampoco me voy a extender demasiado sobre mi vida en la Argentina. Lo que de verdad interesa en este relato, es lo ocurrido a partir de 1975.

El dinero con que yo llegué a la Argentina, 6.000 libras y 15.000 dólares, me permitieron instalar una pequeña mueblería. Todo empezó porque al llegar a Buenos Aires, me vinculé con unos pimponistas argentinos, admiradores de mi estilo “lapicero” y de mis raquetas chinas, que yo mismo fabricara con ayuda de unos japoneses en Brasil. Terminé por inscribirme en un club de La Plata que se llamaba *Gimnasia y Esgrima*, con cuya camiseta empecé a competir en torneos nacionales. En el club trabé amistad con un chino rico, también muy aficionado al pimpón, cuyos padres tenían negocios en Hong Kong. Ese chino, que se llamaba Lee, empezó a practicar pimpón conmigo en su casa. A mí me resultó

muy atractivo jugar con él, porque me ofrecía por fin un local adecuado, donde me lucía con mi juego defensivo. En el club de Shanghai que yo frecuentaba, disponían de un local amplio, de techos altísimos, donde se podía desarrollar una defensa espectacular, consistente en devolver las bolas a dos y tres metros de altura. Los rebotes muy altos primero seducían al contrario inexperto, que comenzaba a rematar sin ton ni son, cada vez con mayor furia, mientras yo me alejaba varios pasos hacia atrás. Con la distancia, la bola perdía fuerza y se tornaba mucho más visible. Eso me facilitaba atajar los remates y replicarlos mediante curvas lentas a gran altura. A veces, con esta técnica, devolvía 10 ó 12 remates seguidos, cada vez a mayor altura. Los contrarios solían exasperarse; suponían que yo me estaba burlando. Otros se agotaban al rematar en seguidilla y terminaban por perder el tanto.

Mi estilo provocaba admiración y arrancaba aplausos del público; pero, como he dicho, sólo podía desarrollarlo bajo techos muy altos, como era el local de este chino, que luego, por sugerencia mía, nos lo prestaba para entrenamientos de *Gimnasia y Esgrima*. (Si cuento esto del pimpón, no es porque sea importante en sí, sino porque a través del pimpón me han sucedido cosas determinantes en mi vida, como la visita a Bolsen.)

Lee tenía en su casa un pequeño bar de bambú, que en aquellos años era todavía una novedad en Buenos Aires. Yo supuse que lo habría importado de Hong Kong, pero su respuesta me sorprendió: procedían de la provincia de Misiones, donde los fabricaba otro chino llamado Liao, que vivía allí. En Misiones el bambú se daba de una excelente calidad y nada tenía que envidiar al chino.

Hasta ese momento, que fue ya a principios del 43, yo sólo me ocupaba de aprender español, jugar pimpón y hallar alguna actividad que me proporcionara ingresos con qué vivir. Pero sin dominar todavía el español y carente de habilidades remunerables, veía pasar el tiempo con creciente preocupación. Aunque siempre he sido ahorrativo y en aquella época me alojaba en una pensión barata, las reservas de dinero siguieron disminuyendo hasta el día en que supe lo del bambú en Misiones. De improviso, me vinieron a la mente las cometas que aprendiera a construir con la familia de Weng. Quizá resultasen otra novedad en la Argentina.

Me fui a Misiones y visité a Liao, el chino de los muebles, que resultó un nativo de Shanghai a quien le caí muy bien. Lo atrajo mucho que yo hablara su misma lengua. En Misiones, Liao no tenía con quien comunicarse, porque los pocos chinos que allí vivían eran cantoneses, y con ellos apenas se entendía.

Para abreviar mi historia, sólo diré que me asocié con Liao y comenzamos a fabricar cometas, pero como negocio no funcionó. Sin embargo, sellamos una buena amistad, y yo le propuse que me enseñara el oficio, con miras de abrir un local en Buenos Aires, para que él me enviase el bambú ya desbastado y en tiras, y yo lo ensamblara. Así lo hicimos, y no nos fue mal. Abrí mi local en octubre del 43, cerca de Plaza Once. No era un negocio del otro mundo, pero me permitía vivir y poco a poco comenzó a mejorar. En realidad, yo era mal vendedor, muy apocado, pero trabajaba mucho. Lo que más me gustaba era meterme en el taller con un ayudante, a ensamblar las piezas que nos enviaba Liao.

Terminé por conseguirme un vendedor para atender público en el local y otro que trabajaba en la calle; y en poco tiempo la cosa empezó a funcionar.

Establecimos un convenio por el cual yo pagaba al contado el material que me enviaba el chino, y por cierto, a buen precio; y por mi cuenta, con cierta habilidad natural que siempre he tenido para la carpintería, empecé a innovar, a ensayar nuevos modelos copiados de revistas, o de mi propia invención. Poco a poco fui ampliando la producción, hasta montar una fabriquita con dos vendedores en la calle y tres ayudantes en el taller.

No levanté fortuna, ni lo pretendía; pero conservé mis reservas que, cercano ya el fin de la guerra, se elevaban al triple.

El chino murió poco después, pero un hijo suyo de mi edad, siguió en el negocio, y yo mantuve mi trato con él hasta su muerte, que fue en 1990.

Pero volvamos atrás. En el 45, cuando por fin logré ponerme en contacto con mi hermano Horst-Eckart, supe que de nazi convencido, se había vuelto demócrata. Se interesó mucho por mí, y yo le aseguré que me iba bien, que conservaba intacto el dinero que me entregara el administrador de nuestros padres en Shanghai, y le propuse venir a vivir conmigo en Buenos Aires.

La Argentina, enriquecida durante la guerra con sus exportaciones de carne, trigo, lana, vivía una época de gran prosperidad. Mi hermano me dio la excelente noticia de que nuestra mansión de la Kohlhoekkerstrasse seguía en pie, intacta, y éramos sus únicos herederos. En cuanto a venir a la Argentina, rehusó de plano. Tras haber aprendido un excelente inglés en el colegio británico de Shanghai, y heredero de mi padre y abuelo en su pasión por los grandes negocios, prefería mil veces emigrar a los EE.UU. Siempre supo que allí estaba su lugar. Me propuso esperar un par de años a que la situación de Alemania se restableciera un poco, para poder vender la casa más valorizada. Mientras tanto, él la alquilaría y ordenaría al banco que acumulase los arriendos en una cuenta a

nombre de ambos.

En esos días yo le transferí 11.000 dólares y 3.000 libras esterlinas, que correspondían a la mitad de lo que recibiera en Shanghai. Luego, cuando él se instaló en los EE.UU., hablamos muchas veces por teléfono, nos enviábamos saludos de fin de año, pero no volvimos a vernos hasta el año 58, en Nueva York, para su boda. De la venta de nuestra casa de Bremen en el 48, me tocaron, libres de impuestos, unos 80.000 dólares que puse a plazo fijo en un banco.

Y ahora, abrevio.

En el año 50 me casé con Almudena Jaén, una española nacida en Granada, que llegó a Buenos Aires en 1941, con catorce años. Había emigrado desde Francia junto con sus padres, fugitivos de la Guerra Civil Española. Con ella tuve a Julio que nació en el 52 y a Miguelito, dos años después. Fuimos una familia unida y feliz hasta febrero de 1977. En esa época, mi hijo Julio terminaba su carrera de arquitectura y Miguelito, que sólo tenía 23 años, era músico. Aprendió por su cuenta, sin maestros. Decían que tenía mucho talento. Tocaba el bajo y formaba parte de un grupito de jazz; y no sé si por influencia de una novia que tuvo, se había vuelto medio comunista. Julio militaba en la izquierda del peronismo.

El 17 de febrero del 77, me los llevaron presos. Fue la última vez que los vi. Durante mucho tiempo yo no quise admitirlo, pero hoy es seguro que me los mataron. Los sacaron de nuestra casa a las dos de la mañana, y tengo entendido que los tuvieron unos días en la Escuela de Mecánica de la Armada. Después los desaparecieron.

Almudena enloqueció de dolor y murió en el 79, con la razón perdida. Tenía sólo 52 años y era un cadáver; y eso que mientras vivieron mis hijos, se veía como su hermana. Pobrecita.

Desde entonces, yo fui una sombra.

Con Almudena, que era muy católica, yo volví a mis creencias de la infancia, y cuando me quedé sólo en este mundo, empecé a ir de nuevo a misa los domingos y pasaba mis fines de semana en el cementerio. Para mí, sólo pedía a Dios que se apiadara y me enviase la muerte.

Mi remedio inmediato contra la inmensa tristeza que me agobiaba, fue sumergirme en el trabajo. Si antes dedicaba ocho horas diarias al taller y la mueblería, ahora eran quince. Procuraba sobre todo cansarme, para dormir un poco. Me aterraba la soledad del desvelo nocturno. Me impuse volver a jugar pimpón y comencé a frecuentar un grupo de veteranos que se reunía los sábados en La Plata; y hasta allá manejaba desde las siete. El viaje, la gente, el ambiente

festivo de mis amigos, el olor del asado que preparaban, el vino, la siesta, me acortaban el día. Los domingos, desde la muerte de Almudena, yo pasaba todas las mañanas una par de horas junto a su tumba, en diálogo con ella. Así, un domingo en que me dio por remontar cometas, me fui a un descampado cerca del cementerio, en el mismo barrio de la Chacarita. Mirar el cielo siempre ha obrado en mí un efecto benéfico. Pero ese día me dio por conversar con mis hijos de cara al Cielo. Fracasado en mis afanes por hallar sus cuerpos martirizados, quizá desintegrados ya en una fosa común o en el fondo del mar, me consolaba el suponer que Dios me los guardase en sus cercanías; y si los chinos usaban las cometas para elevar plegarias a sus muertos ¿por qué no imitarlos?

Así, de domingo en domingo empecé a encontrar cada vez mayor consuelo en ese diálogo con mis hijos. Les pedía consejos, les contaba de mis negocios y preocupaciones. En pocas semanas descubrí que conversar con ellos me traía paz. A veces los veía, y todavía los veo de vez en cuando. Pero, qué curioso, cuando se asoman entre las nubes, o en la punta de mis cometas, tienen siempre muy pocos añitos. La primera vez que vi a Julito en el Cielo, yo estaba tendido boca arriba, en mi lugar habitual, donde hay un pequeño montículo que me sirve de espalda: y en medio del azul, se abrió un círculo de un azul más claro, en cuyo centro se formó una mano de uñas largas, lustrosas, con un anillo episcopal en el dedo medio; y la mano sostenía algo dorado, difuso al comienzo, que resultó la copa de la eucaristía. Después, se esfumaron el círculo y la copa y me apareció, en blanco y gris, como una foto vieja, el amado rostro de Julito cuando tenía siete u ocho años. Desde entonces, el Cielo me concede el verlos, dos o tres veces por año, pero siempre pequeños. En cambio, la mayoría de los domingos, cuando hablo con ellos, lo que me llega son sus voces adultas.

Durante mucho tiempo conservé la esperanza de hallar los restos de mis hijos y darles sepultura cristiana. Pero, en fin, para qué recordar mis numerosas antesalas en juzgados y comisarías.

De momento, necesito volver veinte años atrás, a la boda de mi hermano Horst-Eckart.

Yo no lo veía desde las vísperas de mi último viaje a China, por cierto sin retorno, 17 años antes. Para los festejos de su boda, en 1958, mi hermano me invitó con mujer e hijos; pero Almudena andaba un poco enfermiza en esos días y los niños eran todavía muy chiquitos para viajar solos conmigo. Heck insistió en conocerlos y anunció que nos enviaría pasajes para los cuatro. Yo protesté y aclaré que estaba en condiciones de costear el viaje y la estadía; pero él adujo que por ser accionista de la *Branniff*, mis pasajes no le costarían casi nada. No

era broma. Al llegar a Nueva York comprobé que tenía un hermano millonario. Ocupaba tres pisos en un inmueble de lujo cercano al Central Park, por los que pagara once millones de dólares. Tenía otra fastuosa residencia en California, un castillo en las afueras de Chicago, un latifundio en Nevada, y una cadena de hoteles en la Florida con varias *suites* reservadas para él, su familia e invitados. En sólo diez años levantó una grandiosa fortuna. Accionista de numerosas compañías, compraba y vendía empresas de todo tipo; y a veces me mareaba al mencionar sus ganancias de decenas, o centenas de millones de dólares. Semejantes sumas no me parecían humanas. A veces, cuando se entusiasmaba y me describía detalles de sus negocios, yo asentía y sonreía como si admirase su talento, pero no entendía ni pío. Me hablaba de aranceles, fluctuaciones de la moneda, índices de la bolsa, qué sé yo; y me hablaba en alemán, porque el inglés que yo entiendo es el *pidgin English* que aprendiera en los muelles de Shanghai.

El mundo de Heck nada tenía que ver conmigo.

Él se complacía mucho en recordar en nuestra lengua sus primeros meses del año 48, cuando desembarcara en los EE.UU., después de vender nuestra casa de Bremen. Transcurrida su primera semana en New York, confirmó que aquel era su mundo. Allí quería vivir; y una idea fija se le instaló en la cabeza. Se dedicaría a la bolsa, amasaría una gran fortuna y se compraría una casa en Park Avenue.

Al principio pasó trabajo. El ambiente de Wall Street era muy hermético. Pero un día vio un anuncio en un periódico, donde una conocida firma de *brokers* pedía un jefe de personal con conocimientos del mercado bursátil. Heck les escribió una carta donde sólo decía: “Tengo 25 años, soy alemán, fui nazi y tengo enormes ambiciones. No sé nada de bolsa ni de personal. Pero sé hacer muy bien tres cosas: Primera: tener contento a todo el que esté por encima de mí; segunda: tener trabajando como un desesperado a todo el que esté por debajo; y tercera: aprender cualquier cosa en tiempo record.”

No lo emplearon como jefe de personal, sino como mandadero, a ver si era cierto que aprendía todo tan rápido; y en efecto, a los pocos meses ya estaba trabajando como corredor. Dos años después, en su mesa de trabajo había siete teléfonos, cerraba negocios millonarios y se convirtió en el corredor más exitoso de la empresa.

En el 55 se independizó, abrió su propia firma y siguió ganando fortunas. Se jactó de que un año antes de mi visita, en el 57, con una maniobra muy audaz que involucraba las monedas y producciones petroleras de Argentina, Venezuela y México, se ganó 300 millones de dólares en 48 horas. Obsesionado por la

anécdota, me puse a sacar cuentas, y descubrí que un trabajador argentino de sueldo medio, necesitaba cien mil años, o sea, mil siglos, para ganarse lo que él se ganara en dos días. Yo no creía que una cosa así fuera posible, ni pude ocultar cierta alarma. A los pocos días volví a sacarle el tema y él se echó a reír. Me confirmó que su ganancia fue de 300 millones: “*This is América, baby*”, me contestó, con los brazos abiertos.

La muchacha que eligió por esposa, se llamaba Martha. Era la única hija de un industrial de Chicago. Por cierto, feúcha pero bonachona y llena de espontaneidad. Con ella tuvo Heck dos hijas y cinco nietos. Martha hablaba bastante bien el español y se nos mostró muy cariñosa. Almudena sobre todo, simpatizó de inmediato con ella.

A estas alturas, se impone otro salto de casi medio siglo y volver al periodista mercenario Raymond Mercier, autor del reciente artículo *Vera veritas I*, donde embiste contra mí y mis compañeros de la Fundación. En ese artículo, Mercier me vincula a un accidente aéreo ocurrido en EE.UU., en abril del 98, en el que murieron 27 personas. Y es la pura verdad: en efecto, yo estuve vinculado a ese accidente. ¿Cómo no estarlo si el jet accidentado era propiedad particular de mi hermano Heck, que pereció ese día con toda su familia? También es cierto que gracias a ese accidente, yo me beneficié con la suma de varios miles de millones de dólares. ¿De qué otra forma, si no, habría reunido semejante suma un modesto mueblero de la ciudad de Buenos Aires?

En efecto, el 21 de abril de 1998, para celebrar sus 75, Heck había organizado una fiesta colosal en su rancho de Nevada. Contrató un grupo de rodeo, tres orquestas; invitó bailarines, cantantes de moda, *vedettes* de Broadway y Hollywood, deportistas y varios políticos de renombre.

Yo también fui invitado, pero el día señalado para el traslado al rancho, amanecí con fuertes mareos y la presión muy alta. Los médicos me aconsejaron no participar del vuelo a Nevada; pero mi hermano insistió en tenerme como testigo y contrató una ambulancia con una enfermera, para trasladarme acostado, por tierra, y bajo vigilancia. Al ocurrir el accidente aéreo nosotros estábamos a mitad de camino. Heck murió en compañía de su esposa Martha, de 66 años, sus hijas Mildred e Ingrid, de 38 y 36, y sus cinco nietecitos, el mayor de 16 y el menor de 8 años. Entre parientes de Martha, los dos yernos, otros invitados y tripulantes, perecieron también otras 18 personas. En varios recortes de periódico que me trajo el abogado, conservo crónicas y reseñas de la catástrofe; y he pedido que se publique lo fundamental, junto con las partidas de nacimiento y defunción de Heck, por si todavía hubiese alguien con dudas sobre esta historia.

Yo fui el universal heredero de una fortuna calculada en más de 7.000 millones de dólares. Por mi buena estrella, como único sobreviviente y beneficiario de la accidentada familia Lehmann, ocupé durante dos días, las primeras páginas de la prensa norteamericana.

A los cuatro días del accidente, durante la víspera de mi regreso a Buenos Aires, **Levinson Kaplan**, abogados de Nueva York que atendían los asuntos de mi hermano, me visitaron para iniciar el trámite de la herencia; pero yo estaba todavía tan conmocionado por la tragedia, que les rogué dejaran pasar unos días. Nos vimos al mes siguiente en la Argentina. Debo admitir que esos señores se portaron muy bien conmigo, y creo que fueron muy honrados. Argumentaron que el conjunto de las propiedades y acciones de Heck, con él en vida y al frente de los negocios, se habría estimado al tanteo, en unos 7.500 millones de dólares. Como patrimonio personal, ocupaba el lugar número 17 de los EE.UU., según una lista divulgada por la revista *Forbes* en 1998, que encabezaban Bill Gates con 58.000 millones y la familia Walton con 55.000. Pero según me confiara Heck, su verdadero lugar en esa lista no era el 17 sino el 8. Él mismo se había ocupado de que nadie supiera exactamente cuál era su verdadera fortuna.

Se me aclaró que si yo prefería venderlo todo, era posible que no lograra ni 4.000 millones. Figúrense ustedes qué más me daba a mí, a mis 78 años de entonces, sin ningún pariente vivo, disponer de 4.000 ó de 7.000 millones de dólares.

Por fin, la propia firma de abogados me consiguió compradores para la totalidad de los negocios, y me ofrecieron 4.200 millones. Yo acepté sin más; y entre pitos y flautas, impuestos de todo tipo y los elevados honorarios de los abogados, me quedaron 3.400 millones; pero no recibí un centavo hasta mayo del 2002 en que me entregaron la totalidad.

Me figuraba que a mi edad, aquella suma tan impresionante sólo serviría para crearme conflictos. Y quizá no llegara nunca a mis manos. Así me lo sugería mi naturaleza pesimista.

¿Y si entregaba todo a la Madre Teresa de Calcuta? ¿O a las Madres de Mayo en Buenos Aires, para ayudarlas a crear una institución más fuerte, que persiguiera y ayudara a condenar a los torturadores de la dictadura argentina? ¿Y si creaba una fundación y la dedicaba a obras humanitarias en favor de los pobres, como Evita Duarte, a quien yo tanto admirara?

En esas dudas me revolvía cuando tuve una visión. Fue como un rayo, un corrientazo seguido por un calambre en el pescuezo, que me obligó a torcer la cabeza. Poco después, cuando se me esclareció el significado, comprendí que se

cumplía la voluntad de Dios; pero para referirme ahora a aquel suceso, debo recordar lo que me sucediera en el 97, en casa de un cliente.

Era un argelino naturalizado suizo, llamado Gamal Yacín, doctor en química y funcionario de una compañía farmacéutica radicada en Basilea, con filial en Buenos Aires. Pues este Gamal se me apareció un día en la mueblería, creo que fue en el 95 ó 96 para pedirme le fabricara unos muebles de cocina diseñados por su mujer; y cuando al otro día voy a su casa por la mañana temprano para tomar medidas, me enfrente de golpe en la sala con el retrato grandísimo de una mujer cincuentona, cuyos ojos me estremecieron. Era la misma mirada enigmática de la muchacha judía, a la que el oficial nazi obligara en Bolsen a lamerle las botas. Era la misma expresión de dolor y triunfo, de miseria y esperanza que tanto me impresionara en vivo. ¿Sería la misma persona? ¿Estaría desvariando ya? Con 75 años era muy prematuro.

De regreso a la mueblería, aquellos ojos no me soltaron un instante. Y durante toda la mañana, me repetí que en la vida real no se producían casualidades como aquella.

No obstante, el sábado siguiente, cuando volví con mis ayudantes para empotrar una mesa en la cocina y volví a ver el cuadro, me propuse indagar la edad de aquella señora y su nacionalidad; en fin, cualquier cosa que me liberara de tan absurda obsesión.

Con aquel matrimonio mediaba ya cierta confianza, desde que unos meses antes me encargaran un primer trabajo para su casa de veraneo en las afueras de Buenos Aires. En aquella ocasión me contrataron para forrar en madera las paredes de tres alcobas y construirles con bambú, una pequeña glorieta en el jardín. Como el trabajo me ocupó tres fines de semana, únicos días en que ambos podían abandonar el centro de Buenos Aires, yo permanecí con ellos tres sábados, desde bien temprano hasta el atardecer. Pero de entrada establecimos una relación casi de amistad, porque al mediodía del primer domingo, tuve que entrar a la cocina y vi a la mujer manipulando, con los mismos movimientos de mi madre, un *Spaezlehobel*, típico utensilio de la cocina alemana, utilizado para cortar los *Spaezle*, trocitos de un amasijo de harina de trigo que se hierven para complemento del *Sauerbraten*[\[26\]](#), *al estilo suabo, del sur de Alemania*.

Ante aquella mujer con las mejillas enrojecidas por el ejercicio de amasar, y el *Spaezlehobel* que yo no volviera a ver desde mi juventud, se me escapó un comentario en alemán. Al oírlo ella se volvió sonriente y enseguida entramos en

conversación.

Como el matrimonio hablaba en francés, no me imaginé que ella fuese una alemana de Stuttgart; y ella me suponía argentino. Cuando nos dimos a conocer, enseguida establecimos la s3lita familiaridad entre hablantes de una misma lengua, y las circunstancias nos impusieron el tema de la comida. Yo le comenté que una de las especialidades de mi madre, originaria de la regi3n de Suabia, era justamente el *Sauerbraten con Spaezle*, y al mediodía me invitó a su mesa. Para devolverle la cortesía, al sábad0 siguiente le pedí que se despreocupara de la cena, y yo preparé otra comida esta vez del Norte de Alemania, con una entrada de *Rollmops*[\[27\]](#) seguidos de *Kohlrouladen mit Salzkartoffeln*[\[28\]](#), y de postre una *Rote Grütze*[\[29\]](#) que traje preparada de mi casa.

Ambos se rechupetearon los dedos; porque aparte de jugar pimp3n y remontar cometas, soy un buen repostero; y durante muchos años, mientras tuve familia, los postres caseros, alemanes y chinos, que adoraban mis hijos, nunca faltaron en nuestra mesa.

De modo que cuando volvimos a vernos en Buenos Aires para los muebles de la cocina, al favor de aquella confianza ya ganada, les pregunté qui3n era la se3ora del cuadro en la sala.

–Casi mi madre -respondió Gamal.

En realidad, él no recordaba a su madre carnal, presa desde que él era un beb3, y fallecida en la cárcel durante un motín contra los colonialistas franceses en Argel. Pero la del cuadro, tras recogerlo a la edad de cinco años, fue quien terminara de criarlo y educarlo.

–¿Tambi3n argelina? – le pregunté por fin.

–No, judía francesa...

Me estremecí, pero sin comentarios.

Gamal abundó sobre lo que aquella mujer luchara por criar, educar y proteger a sus hu3rfanos argelinos, a los que albergara en una escuelita mantenida por ella, con recursos propios; y prosiguió con el relato de su propia vida. Como tantos alumnos despiertos, una vez terminados los estudios con Marie, Gamal fue enviado a Francia con fondos de la escuela para preparar su examen de *baccalauréat*

–Tambi3n me ayudó despu3s, con recursos del marido. Todos los meses, durante mi carrera de química, me giraba un dinero...

Según Gamal, el marido era tambi3n un ángel de Dios; un sabio, y un héroe

que combatiera y cayera en prisión por la causa argelina.

Cuando yo le pregunté por su formación universitaria, me dijo que gracias a la excelente educación recibida en la escuela de Marie, y después en un liceo francés, se inscribió en unas oposiciones y consiguió una beca para estudiar química en la Universidad de Ginebra.

–El padre de ella era también un químico muy famoso, experto en combustibles... -me atreví a decir de improviso.

–¡Cómo lo sabe, Sr. Lehmann? – y Gamal me clavó sus ojos negros con más temor que sorpresa.

Yo me permití confesarle que aquel cuadro me traía un mal recuerdo; y para que no fueran a asociarme con los nazis, les pedí calma y les referí, con pelos y señales, la historia del pimpón y lo sucedido aquella tarde de mi visita a Bolsen. Por fin, llegué a la escena de las botas y al efecto que aquella mirada imposible de olvidar me produjera durante seis décadas.

Hoy sé que tan irrepetible casualidad no fue sino designio de Dios, que me convirtió en el puente para que los millones de Heck hallasen el camino hacia Marie Bienvenue.

Al oír la historia de las botas, Gamal soltó un par de lágrimas. Se lo veía conmovido. Él también era un espíritu religioso y comentó que Dios nos había reunido para recordarla. Helga lo cogió de una mano. Cuando Gamal logró serenarse, me invitaron a una taza de café.

Desde aquel día, Marie Bienvenue, con su filantropía, su entrega de tantos años a las tareas humanitarias, estuvo siempre muy presente en mis recuerdos. Hasta se me apareció poco después en un sueño.

Mi descubrimiento del cuadro en casa de Gamal, ocurrió algunos años antes de la muerte de mi hermano. Y ya dueño de aquella suma tan enorme, cuando dudaba sobre el destino que debía dar a la herencia de Heck, se me produjo aquella repentina visión de los ojos de Marie. En ese momento no me di cuenta de que estaba recibiendo un mandato de Dios. Pero lo era. La voluntad divina había dispuesto que Marie fuera mi asesor. Con su larga experiencia al servicio de la humanidad, ella me diría cómo y a quiénes debía yo entregar los tres mil y pico de millones que acababa de recibir.

Gamal y Helga, ya no vivían en Buenos Aires. Yo los vi por última vez en el 97, pocos días antes de su regreso a Europa; pero como yo conservaba una tarjeta de Gamal, llamé a sus oficinas de Buenos Aires y allí me dieron los teléfonos de la firma en su matriz de Basilea. Al día siguiente conseguí el teléfono de su casa en Ginebra, donde vivía ahora. Al llamarlo, me comentó que

pocos días antes había compartido un fin de semana con Marie y su esposo en París. Allí residían desde el año 97, cuando cerraron sus escuelas. Le relaté entonces a Gamal la historia de mi herencia, que jamás alcanzaría a gastarme ni lo pretendía; y le rogué que me pusiera en contacto con esa señora, porque de seguro era la indicada para aconsejarme cómo hacer buenas obras.

Gamal me dio sus coordenadas en París y esa misma noche le anunció por teléfono un próximo llamado mío. Yo la llamé al día siguiente; le mencioné con cierta vaguedad lo de mi inesperada herencia, sin revelarle el monto, y le expliqué mi interés por donar una suma importante para fines humanitarios. Ella, muy gentil, se ofreció a ayudarme y convinimos en vernos en cuanto yo liquidara varios asuntos pendientes en la Argentina. Estábamos a fines de mayo, y yo le prometí aparecerme en París para el otoño, previa llamada por teléfono.

De nuestro primer encuentro en su apartamento sólo referiré lo que más importa. Como siempre hemos hecho, yo hablé con Marie en alemán y ella le traducía a su marido al francés.

En cuanto le comuniqué que disponía de tres mil millones de euros para obras humanitarias y ella le tradujo a Elías, ambos alzaron las cejas y entrecruzaron una mirada de alarma. Claro: yo no le había dicho a Gamal, ni a nadie, cuál era el monto de la donación que me proponía. Sabía que ante semejante cifra cualquiera dudaría de mi cordura. Para convencerlos, abrí un maletín y comencé a extraer recortes de la prensa norteamericana, donde se divulgaba el trágico accidente del millonario Lehmann y familia. Les mostré también fotos mías de juventud junto a mis hermanos, y hasta les ofrecí llevarlos cuando quisieran a una sucursal del Banco Bruxelles-Lambert y presentarles al gerente para que él testificase sobre mi reciente apertura de una cuenta por 200 millones de euros. El resto, algo más de 3.000 millones, lo tenía despositado en Suiza.

Marie parecía medio convencida, y se quedó mirándome sonriente, con una expresión de curiosidad y simpatía.

No obstante, por la noche me llamó al hotel para decirme que su marido era un hombre muy escéptico y que no acababa de convencerse de que mi descomunal oferta de dinero fuera algo real. En fin, Elías me pedía mil disculpas por dudar de mi palabra, pero ante algo tan serio, no quería dar un solo paso sin efectuar todas las comprobaciones del caso. Por tanto, aceptaba mi invitación a visitar cuanto antes la sede del Banco Bruxelles-Lambert, para verificar la existencia de los 200 millones que yo aseguraba tener en mi cuenta.

Y al día siguiente al salir del banco satisfecho de mi veracidad, Elías volvió a

deshacerse en disculpas y me invitó a caminar hasta su casa, distante no más de un quilómetro, para ofrecerme como desagravio un aperitivo y un almuerzo árabe.

Durante la sobremesa, Marie me preguntó por qué la escogía a ella, que vivía tan distante de la Argentina, como asesora para aquella donación gigantesca.

Yo suponía que Gamal, por delicadeza, y por no traerle a la memoria horribles recuerdos, no le habría mencionado lo que yo viera en Bolsen. Y aquella sonrisa despreocupada me lo confirmó.

–Sí ¿por qué justamente me elige a mí, Sr. Lehmann?

–Por tus ojos -le respondí en alemán.

–Dice que por mis ojos -tradujo ella, y soltó una risa franca.

Fue una tontería, algo que se me escapó. También se me escapó el tuteo; porque hasta ese momento nuestra relación avanzaba en términos muy formales.

Ante tan inusitada respuesta, volvieron a mirarse, quizá para reactivar su escepticismo sobre mi salud mental. A esas alturas me era forzoso aclarar el exabrupto; y opté por contarles toda la verdad. Era inevitable y yo lo sabía. Estaba preparado.

Comencé por la historia de Bolsen y por aquellos ojos de incomparable mirar, que nunca olvidaría y que transcurrido medio siglo, me encontré en un cuadro. Y entonces les revelé que varios años después, ya en posesión de la herencia, interpreté mi repentina visión de esos mismos ojos, como un milagro de los Cielos. Entendí que Dios me ordenaba buscar esos ojos, confiar en ellos y entregarles todo mi dinero, para invertirlo en una justa y exitosa empresa.

Marie se levantó, me besó en las mejillas, me abrazó y lloró sobre mi pecho, como si nos conociéramos de siempre. Al-Haj fumaba una pipa de kif y nos miraba fascinado; y yo, henchido de una desconocida alegría, confirmé que me guiaba la mano de Dios. Tras haber encontrado a Marie y Elías, estoy más cerca de Almudena y de mis hijos. Yo también me eché a llorar emocionado; y desde esa tarde bendita hasta hoy, ya no tuve que soportar solo todo el peso de mi soledad.

De lo que ocurrió en las siguientes conversaciones, hasta que surgiera la idea de los enigmas, no tendría sentido hablar aquí. Baste decir que al cabo de un tiempo, *Mme. Bienvenue*, Elías y un grupo de viejos amigos que vivieran entregados a distintas causas humanitarias, me propusieron fundar una institución que financiara, en los países más pobres del Tercer Mundo, unas 1.000 escuelas donde se formarían niños y niñas entre los 4 y los 16 años. Allí recibirían la mejor enseñanza tradicional del mundo, pero con el GRAN

OBJETIVO de sólo graduar a seres altruistas, capaces de luchar por la justicia y la verdad, en aras de un mundo mejor. De esas escuelas no regresarían cerebros desertores, dispuestos a abandonar sus países pobres para venderse en Europa y los EE.UU. en pos de mejores salarios, comodidades y las ventajas materiales que ofrece el Primer Mundo; y a eso respondería el plan de los concursos de enigmas, a la necesidad de encontrar a los futuros organizadores de nuestras escuelas; más jóvenes que nosotros, con altos coeficientes de inteligencia y probada honestidad. Cómo reclutarlos sin equivocarse, es un tema del que no estoy capacitado para hablar. Pero puedo asegurar que la Junta Directiva Provisional de Pro Veritate está integrada por siete miembros, casi todos octogenarios, que han entregado sus vidas a luchar por causas humanitarias. Ellos sabrán encontrar a los hombres que necesitamos.

Fanz Lehmann, París, 12 de noviembre de 2003.

20

INFORMES DE LAS COMISIONES

14 de noviembre

De conformidad con lo prometido en la sesión del día 10, Marie Bienvenue se dispuso a dar cuenta sobre la “simplificadora idea” de Elizabeth, que indujera al pleno de la Gerusía a posponer la votación final sobre el funcionamiento del Plan Fos; y al observar la tarjeta del orden del día descubrió, con una sonrisa aprobatoria, que Aurore se había valido de sus propios términos:

ORDEN DEL DÍA

**Sesión de la Junta Directiva Provisional
14 de noviembre de 2003**

1º Informe de la Comisión Fos sobre una brillante idea de último momento.

2º Informe de la Comisión Arcontes, sobre el resultado de la indagatoria que evaluara las virtudes exigidas a los candidatos.

3º Recepción de propuestas para la votación del primer punto.

4º Recepción de propuestas para la votación del segundo punto.

Desfontaines alzó las cejas con una sonrisa burlona. Le resultaba ridícula esa manía que Marie le contagiara a Aurore, de separar los informes de las discusiones sobre un mismo punto. Lo razonable era, una vez expuesto un punto, discutirlo en caliente...

Sin anuncios previos, tras recorrer la mesa con una mirada que reclamaba silencio, Marie inició la sesión:

–Pues bien, mis queridos amigos, el cerebro lógico de nuestra Elizabeth ha resuelto el problema que nos tenía estancados; y lo ha hecho con una deliciosa simplicidad: en vez de confiar a los futuros arcontes un Plan Fos predefinido, proponemos entregarles todas las iniciativas que en vano hemos discutido nosotros, de modo que sean ellos quienes determinen su actividad final...

En este punto, se detuvo un instante para observar la mirada de sorpresa que entrecruzaban Desfontaines y Boliakis...

–La idea es de una lógica inimpugnabile -prosiguió Marie-. Si logramos nombrar uno o más arcontes, es porque serán merecedores de nuestra confianza total; y con sus dotes excepcionales, su juventud y energía, tendrán una visión de

mucho más largo alcance que nosotros. Ergo: a ellos debemos confiar la totalidad del Plan Fos.

–*Dieselbe Idee habe ich gehabt am ersten Tag...*

–Kriton dice que desde el primer día -tradujo Marie-, también él tuvo la misma idea, pero no se atrevió a proponerla por suponerla demasiado simple.

–*Ich auch...*

–Paco también tuvo la misma idea...

–Y yo me pregunto -interrumpió Jean-Yves- cómo no se me ocurrió a mí mismo. Es una solución admirable, práctica, sencilla... Felicitaciones Eliza...

–Por lo visto -comentó Elías – tenemos unanimidad. ¿Por qué no votamos ya?

–Ni siquiera hay necesidad de votar -comentó otra vez Kriton en alemán, esta vez con traducción de Corny-; porque si ustedes lograron unanimidad y son cinco, nuestro voto no cambiaría nada...

–Como sea, yo insisto en la votación final para que se graben las opiniones y se recojan en el acta... -intervino Marie, cortante-; para eso hemos señalado el tercer punto.

Y propuso pasar, sin más, a la exposición de la COMARC.

Los cinco gerontes que por pertenecer a la COMFOS no pudieron seguir de cerca el trabajo de Desfontaines y Boliakis en su retiro de la *banlieue*, también habían padecido ansiedad e incertidumbre. Ningún miembro de la Gerusía ignoraba que los cuatro meses de actividad con enigmas, tests y entrevistas, corrían el riesgo de resultar inútiles. Quizá no apareciera ni una sola persona con la combinación de aptitudes intelectuales y morales que buscaba la Gerusía. No era ninguna simpleza encontrar en pocos días a un grupo, o siquiera a una sola persona digna de heredar tres mil millones de euros; alguien que no se mareara ni torciera, a la hora de llevar adelante el ambicioso Plan Fos; alguien dispuesto a asumir los inevitables riesgos de luchar contra las fuerzas más siniestras del planeta. Era posible que todo ese trabajo, tiempo y millones invertidos, resultaran en vano.

Los siete viejos se mostraron escépticos desde el principio. Ninguno albergaba muchas esperanzas de hallar seres capaces de donar para obra humanitaria, el grueso de sus ganancias en los premios; y ese grueso era una exigencia irrestricta de la Gerusía. La virtud *sine qua non* que se exigiría de un futuro arconte y adalid del Plan Fos, sería su capacidad de renunciar a la riqueza. Eso se esperaba de él: un impulso de sana vergüenza y solidaridad con los desamparados del planeta. Sin este desprendimiento, ningún candidato merecería

el arcontado, por alto que fuera su IQ, y por sobresalientes que fueran sus capacidades políticas. Para la indeseable eventualidad de que no se lograra invertir a un solo arconte, los siete viejos acordaron entregar todo su dinero a un gobierno progresista del Tercer Mundo, o a alguna organización no gubernamental de acrisolada reputación humanitaria.

–Sería una gran mierda tener que caer en la simple caridad -repetía Elías, y todos le daban la razón.

De antemano acordaron también que si, por el contrario, el trabajo de la Gerusía producía una ubérrima cosecha de seres muy virtuosos, el arcontado invertiría como máximo a cinco candidatos. La pentarquía era el ideal para un mando colegiado. Por otra parte, el talento excedente se contrataría para cargos de segundo nivel.

Pero ninguno de los ancianos se atrevía a soñar con la existencia de tanta virtud. Se conformaban con poder invertir a un solo arconte. Y a su debido tiempo, ese único virtuoso iría encontrando a sus acólitos. Cristo, Mahoma, Buda, los grandes líderes, se habían iniciado solos; y de lograrse por fin el arconte único de Pro Veritate, él mismo reclutaría al grueso de sus huestes.

Hasta el día 12 de noviembre, en que los detectives de la Agencia Dupín entregaran a Jean-Yves el resultado de sus verificaciones, nada se sabía sobre las perspectivas de invertir arcontes; pero el día 12 a las nueve de la noche, ya estudiado el material, Kriton Boliakis no contuvo su euforia y telefoneó a la mujer. Cornelia Van Den Vondel tampoco se aguantó y llamó a Marie:

–*Habemus Papam.*

–*Unum?* -inquirió María.

–*Habemus tres Papas.*

El grito de Marie sacó a Elías de sus ensoñaciones. En ese momento oía abstraído a la Kelzum y se volvió temeroso de algún accidente.

–Tenemos tres arcontes -le anunció Marie, teléfono en mano y con tres dedos en alto.

Media hora después, lo sabían los cinco gerontes de la Comisión Fos. Por fin, Marie llamó a Desfontaines e insistió tanto que confirmó la noticia.

A las 11:10, Jean-Yves se ubicó en su silla de ruedas junto a la pantalla rectangular donde exhibiría sus cuadros y gráficos. Desde un lugar adecuado en el otro extremo de la sala, la Secretaria Ejecutiva de la Gerusía manipulaba un proyector y una caja de diapositivas.

El 20 de agosto, cuando Pro Veritate divulgara sus “NUEVAS BASES”, por las que se regiría el Cuarto Concurso, los 187 concursantes habilitados recibieron por email el cuestionario MENVIR, elaborado en parte por la Gerusía, y en parte por dos grupos de especialistas contratados.

Los 182 concursantes que por fin participaran en el Cuarto Concurso, enviaron sus respuestas el 25 de agosto a las 18 p.m., en que expiraba el plazo para su recepción por email.

El objetivo de este cuestionario, cuyo nombre resultaba de contraer MENSURA VIRTUTUM (medición de virtudes), fue el de evaluar las cuatro virtudes que la Gerusía estimaba *conditio sine qua non* para justificar la elección de los arcontes. Existía, además una quinta virtud que era la posesión de una vasta cultura humanística; pero esa no la medía el cuestionario MENVIR, sino que ya había sido medida sobre la marcha, por los propios enigmas. Así, un máximo de cinco personas con estas capacidades muy bien desarrolladas, serían escogidas para el arcontado. A ellos se les confiaría la fortuna y dirección de Pro Veritate y se les revelaría el PLAN FOS, sólo conocido hasta entonces por los siete miembros de la Junta Directiva.

De las 47 preguntas que contenía MENVIR, 19 estaban destinadas al IQ; 22 a definir la orientación política; 5 a la honradez; y sólo 2 a medir la conformidad de vivir con poco dinero.

Las preguntas destinadas al IQ fueron elaboradas por una firma de especialistas con oficinas en el Marais. El interrogatorio dedicado a determinar la orientación política, fue obra de un equipo de politólogos de distintas tendencias izquierdistas pero comprometidos todos en favor del Tercer Mundo.

El test de honradez se limitó a unas pocas preguntas: ¿mintió usted alguna vez para obtener beneficios materiales? ¿robó? ¿estafó? ¿jugó con los sentimientos de alguna persona en su beneficio personal? Si usó violencia contra seres humanos o animales diga en qué grado y explíquese.

Dispuesto a empezar su exposición, Desfontaines giró en su silla de ruedas y golpeó con un puntero sobre la mesa, hasta lograr silencio:

–Estimada Gerusía; si aparte de viejos no fueran ustedes un bando de chismosos, yo tendría ahora, como compensación por el arduo trabajo que he realizado junto a Kriton, la alegría de darles una fausta noticia; pero la indiscreción de ustedes me ha privado de ese placer, y hoy me limito a confirmarles lo que ya es *vox populi*: en efecto, como alguien ha dicho, *habemus Papas*.

Si, mis queridos amigos, a mi juicio y el de Kriton, *habemus tres* arcontes; y espero que ustedes refrenden esa opinión con su voto, en cuanto conozcan nuestras razones.

Como todos ustedes saben, la medición de los IQ quedó a cargo de una firma de especialistas contratados por la Fundación.

De los 40 IQ medidos por esa firma, había 8 por encima de 160 puntos, que ya corresponden a niveles muy inusitados. Hay incluso dos que superan los 180 puntos; y permítanme señalar que a esas alturas solo llegan los superdotados. Pero es de lamentar también que algunos de nuestros genios no sean confiables, de acuerdo con lo que arroja la evaluación de los otros parámetros. Para resumir, los diez primeros correspondieron a las siguientes personas:

Gregorio Montijo, 183
Giovanni De Angelis, 182
Elizabeth Sandford, 179
Fritz Glöckner, 178
Manfredo Piroto, 175
Giorgios Iliópulos, 172
Albert Fink, 172
Oscar Abercromby, 168
Tancredo Silva de Melo, 159
Gérard Leblanc, 155

Se sucedieron varias preguntas que Desfontaines respondió como todo un especialista. No obstante, en un par de ocasiones y pese a la rémora de la traducción, tuvo que intervenir Kriton, cuyo gran conocimiento de tests le permitía responder las preguntas más técnicas.

Elías quiso saber de qué servía un IQ muy alto, no ya en la esfera personal de alguien, sino dentro de la diversidad de la vida profesional. Ante la alternativa de que un castellano del Loira quisiera contratar a un mayordomo ¿un altísimo IQ del candidato no resultaba peligroso para la integridad de la vajilla de plata o para los muy añejos vinos que reposan en la cava de un castillo? ¿Y no sería el mismo caso para un gerente de banco, dado que lo más honrado e inteligente que se podía hacer en un banco era robarlo?

Elías era un peligro. Cuando andaba con la vena funambulesca podía paralizar cualquier asamblea. Solía generar discusiones bizantinas, una tras otra, inacabables.

Agotado el tema del IQ, en la pantalla aparecieron otras tablas. Los índices del TOP, o test de orientación política, valorados mediante un cuestionario que elaborara un grupo de politólogos, también contratados por Jean-Yves, dieron como resultado 32 candidatos por encima de la media, fijada en 5 puntos. Los diez candidatos más destacados obtuvieron entre 7 y 10 puntos, y fueron ellos:

Albert Fink, 10
Ingrid Gustavson, 10
Fritz Glöckner, 9
Jean-Bernard Guyon, 9
Oscar Abercromby, 9
Hendryk van der Putten, 8
Mempo Campodonico, 8
Manfredo Piroto, 8
Charles O'Connor, 7
Gregorio Montijo, 5

Las preguntas y sucesiva discusión sobre el tema, permitieron por fin aprobar la lista. Los politólogos creadores del Test de Orientación Política habían situado en el norte magnético de su brújula, al complejo militar-industrial de los EE.UU. y a sus lacayos en el planeta. He ahí al gran enemigo de la humanidad, y la orientación política de una persona, cualquiera fuera su origen étnico, religioso o geográfico, se definía por su posición con respecto a ese norte inamovible.

En el tema de la honradez personal trabajaron desde el inicio todos los miembros de la Gerusía, que elaboraron cinco preguntas destinadas a medirla.

Faltaba, por tanto, muy poco que exponer; y ahora, los 182 casos verificados por los sabuesos de la agencia detectivesca, se reducían a la siguiente lista de los diez más destacados:

Oscar Abercromby

Gregorio Montijo

Manfredo Pirotto
Jacques Brouté

Eric Coltart
François Laserre

Simone Massai

Norbert Zink

Johannes De Greiff

Anna Keppel

NOTA BENE:

El orden en que ubicamos a los candidatos escogidos, indica que los anteriores nos han parecido más honrados que los siguientes, pero dentro de una escala muy subjetiva, no cuantificable.

Al discutir el asunto de la conformidad con una vida modesta, Jean-Yves recordó a los demás gerontes las dos únicas preguntas formuladas a los encuestados: ¿Ha donado usted para obras humanitarias algo de lo ganado en los tres primeros concursos de Pro Veritate? ¿Piensa usted donar parte de los dos millones que obtendría, si resultara uno de los seis ganadores del Cuarto Concurso?

–Como todos ustedes saben -prosiguió Jean-Yves-, en este punto, lo importante eran las verificaciones. En tal sentido, las pesquisas de la Agencia Dupin y sus corresponsales en Europa, sólo arrojaron 29 respuestas positivas entre los 187 finalistas entrevistados. Sin embargo, nuestros propios sondeos por emails, más el aporte de los detectives de la Agencia Dupin, revelan que sólo 8 de estos 29 han cumplido con su palabra; y de esos 8, sólo 3 han efectuado donaciones que superan el 80% de sus premios. He aquí los resultados:

Manfredo Pirotto donó el 97,5% de sus premios;

Gregorio Montijo donó el 90.7 %

Oscar Abercromby donó el 87 %;

Giorgios Iliópulos donó el 12 %

Gérard Leblanc donó el 9,7 %

Jair de Oliveira Neto donó el 6,9 %

Thomas Gray donó el 4,5 %

Louis de la Croix donó el 1.3 %

NOTA BENE:

En el caso de Pirotto, un 7 % de su donación fue para favorecer a amigos en desgracia; y un 90.5 % para la desconocida y abstracta humanidad. *Chapeau* para este generoso italiano.

–Fuera de estos 8 candidatos -prosiguió Desfontaines-, dentro de los 182 finalistas que ganaran por lo menos un premio, ningún otro ha realizado hasta ahora donaciones humanitarias. Pero por lejos, los más destacados en este aspecto, resultaron los tres primeros. El monto de sus donaciones revela una encomiable capacidad de desprendimiento, muy superior a las de los otros cinco donantes. He aquí las cifras aproximadas -y señaló con su puntero a la pantalla, donde decía:

M. Pirotto, ganó 3 premios, en total 2,400.000 $\hat{\text{I}}$ y donó para obra humanitaria la suma de 2,340.000 $\hat{\text{I}}$ = aprox. el 97.5 %;

G. Montijo ganó 2 premios. En total 2,153.000 $\hat{\text{I}}$ y donó 2,000.000 $\hat{\text{I}}$ = aprox. 90.7 %;

O. Abercromby ganó los 4 premios = 2,600.000 $\hat{\text{I}}$ y donó 2,250.000 $\hat{\text{I}}$ = aprox. 87 %

A poco, cuando Desfontaines exhibiera unas diapositivas que le preparase Aurore, experta en *power point*, para informar sobre la aparición de aquellas tres personas tan desprendidas, en la sala de reuniones estalló la euforia. Marie Bienvenue propuso un aplauso para los “muy muníficos caballeros”, quienes desde ese mismo instante pasaron a apodarse los Muy Munif. Y creció aún más la euforia de los Gerontes, al descubrir que los Muy Munif eran los únicos que

también figuraban entre los diez primeros en honradez, buena orientación política e IQ. Nadie más, entre las 3.596 personas que participaran en los concursos, exhibía aquel cuádruple derroche de virtudes. Sólo esos tres merecían investirse para el arcontado de Pro Veritate.

–Ojalá acepten -comentó Corny en un tono ansioso.

–Van a aceptar; te lo aseguro... -proclamó Marie-; si no, negarían lo que son.

–De acuerdo -la apoyó Elizabeth-; después de haber hecho esas donaciones, no van a rehusar.

O-Creo que hoy mismo debemos pedirles sus fotos y mandarlas a Luigi Vampa, para los pasaportes -comentó Elías.

–Eso mismo iba a proponerte -asintió Marie, y pidió atención para rogar que todos los gerontes se sacaran fotos de tamaño pasaporte. Había llegado el momento. Sí, lo mejor era enviar las fotos de cada uno junto con las de los arcontes.

–¿Y cuándo vamos a entrar en contacto con ellos?

–Propongo... -dijo Marie y se interrumpió para mirar su agenda-, que los hagamos venir a París el jueves 20 de noviembre, dentro de seis días.

–¿Y qué haríamos con ellos? – quiso saber Elías.

–Por Dios, Elías, lo que ya convinimos ¿no? Invertirlos, darles sus nuevos pasaportes, transferirles el dinero y ayudarlos a que desaparezcan...

Elías se rascó una oreja, pero terminó por asentir en silencio,

–Y ocúpate de que por lo menos los tres pasaportes de ellos estén aquí para ese día.

–¿Y si no aceptan?

–Alguno va a aceptar... -dijo Desfontaines.

–Si ninguno acepta, rompemos esos pasaportes, nos quedamos con los nuestros y entregamos el dinero a las monjas -dijo Marie.

–O a las Madres de Mayo -propuso Paco.

–O al cura italiano del África... -dijo Elizabeth

–O un poco a cada uno: los del hambre, los del sida, los de los niños... -dijo pensativa Marie-. Sobran instituciones humanitarias.

Elías repitió que con aquellos tres candidatos tan descollantes, ya ni siquiera sería necesario votar.

La ventaja de los Muy Munif sobre los demás era abrumadora. De los 37 finalistas merecedores de premios y menciones en el Cuarto Concurso, sólo cuatro figuraban a la vez en dos índices distintos: Hendryk van der Putten, Fritz Glöckner, Nikolaos Iliópoulos y Elizabeth Sandford; y de esos cuatro, el único

que había hecho donaciones era Nikolaos Iliópoulos, equivalentes al 12% de sus ganancias en dos de los premios. Quizá sirviera, como muchos otros finalistas, para cumplir funciones subalternas, pero no para administrar dinero ni para conocer los planes secretos de la Fundación.

Terminada la parte expositiva, los Gerontes recibieron un cartapacio con las copias del memorándum que les resumiera Desfontaines.

–Alguien tiene más preguntas o alguna otra proposición... -preguntó Jean-Yves, mientras guardaba unos papeles en su maletín.

–Sí, yo tengo una proposición -dijo Paco en su inglés de los puertos chinos, con inquietante solemnidad-. Propongo que nuestro barman nos abra una botella de champagne en honor de los tres arcontes y...

–Y yo me opongo a brindar por lo que no existe -lo cortó, agresiva casi, Marie Bienvenue-. Recuerden que todavía no hemos votado.

Un poco impresionados por el exabrupto, algunos con mala cara, la oyeron argumentar que los Muy Munif no eran todavía los arcontes.

–Pero tú aseguraste que iban a aceptar... -la atacó Elías.

–Y lo repito, pero todavía no aceptaron.

–Marie tiene razón -la apoyó Desfontaines-. No hay nada que celebrar.

–Te estás volviendo burócrata, Jean-Yves...

–*Nein, Corny, er hat recht.*

Y mientras el griego y su Cornelia se enredaban en una discusión de susurros en alemán, Desfontaines advirtió que en los cuestionarios respondidos por email, los tres elegidos demostraron estar en guardia ante Pro Veritate. Con distintas palabras los tres habían expresado sus serias dudas respecto de una institución que igual premiaba a gente muy progresista y también a nazis y otros cavernícolas...

–Pero eso se lo podemos esclarecer en dos minutos

–terció Elizabeth.

–Pues bien -y Marie golpeó malhumorada tres veces con una regla sobre el sándalo de la mesa-; yo soy todavía la Presidenta, soy muy supersticiosa, y para brindar por los arcontes antes de la investidura oficial, hay que pasar sobre mi cadáver.

En ese momento Elizabeth se alzó con cierta dificultad, apoyada sobre el respaldo de la silla de Paco, y su vozarrón acalló a Marie:

–Propongo un brindis para celebrar mi reciente matrimonio...

–¿Matrimonio, tú? ¿Contra quién? – chilló Elías.

–Con Paco -y se dejó caer sobre sus rodillas para abrazarlo.

–*Fais pas chier!*

–No jodas, Eliza...

–*Comment, comment?*

–Coño, se volvieron locos...

–*Tu parles serieusement?*

–Claro que hablo en serio -y entre risas y aplausos, tras darse un beso en la boca, Paco dio dos palmadas fuertes y George, el barman cómplice, irrumpió en la sala todo sonrisas, con una botella de *Moët Chandon brut* en su bol de hielo, seguido de dos camareras con las copas y un enorme cesto de flores surtidas.

–*Was hat er gesagt?*

–Pero... ¿entonces es cierto?

–*Und wann werden sie heiraten?*

–¿Y cuándo se van a casar?

–En realidad, ya nos casamos, la semana pasada...

–*Salauds!* Cochinos, traidores, y no nos invitaron...

–¿Y por qué iglesia se casaron?

–*Et toi?* ¿Tú no decías que te gustaban los morochos argelinos?

–Que se besen..., que se besen...

–No nos casamos en ninguna iglesia, en ninguna alcaldía...

–¿Y dónde entonces, en una mezquita?

–Nos casaron los dardos de Amor y la fuerza de la tempestad -dijo Elizabeth, y se colgó de Paco para otro beso, mientras Elías tiraba sobre la mesa flores que iba sacando del cesto...

–Jaaa. ja. ja...

–*Was ist los? Was sagt sie?*

–*Merde!*, se la tenían guardada...

–Y nosotros ni nos enteramos...

–Clin, clin...choquen... clin, clin, clin.

–Que se disfruten muchos años...

–Pero qué locura, si entre los dos suman como 170 años...

–Figúrate... Camiones de VIAGRA...

–Jaaa. ja. ja...

EN EL RITZ DE PLACE VENDÔME

20 de noviembre de 2003

Por pura formalidad e insistencia de Marie, la Gerusía votó unánime proponer el arcontado de Pro Veritate a Oscar Abercromby, Gregorio Montijo y Manfredo Pirotto, con quienes se convino por teléfono reunirse en París el jueves 20 de noviembre. Al llamarlos se les preguntó si conocían las autobiografías de Marie y Paco el Argentino, y los tres confirmaron haberlas leído en el sitio de Pro Veritate. La Secretaria Ejecutiva de la Gerusía les preguntó también si deseaban que sus parejas los acompañaran a París, y los tres aceptaron.

Oscar y Abdel fueron los primeros en llegar por *Air France*. El día 19, a las 7 de la tarde, Elías Al-Haj fue a recibirlos en Orly. Por el parte de la Agencia Dupin, Elías sabía que Abercromby tenía un amante libio y que podía sostener en árabe cualquier diálogo corriente.

–*Assalamu aleikum* -los saludó cuando se acercaron a la valla de las *arrivées*.

–*Aleikum assalam* -le respondieron al unísono, sonrientes.

–Soy Elías Al-Haj -y tras inspeccionar los alrededores en caricaturesco remedo de un conspirador añadió, en voz muy baja -, agente de Al-Qaeda...

–Ah, sí -replicó Oscar con insólita rapidez, mientras se cubría los labios con una mano-, Osama nos aseguró ayer que podíamos confiar en usted.

Elías soltó una carcajada, palmoteó a Abdel y al instante entraron en confianza.

–Síguenos, Oscar -y tras coger de la mano a Abdel, muy a la usanza árabe, comenzó a atravesar el vestíbulo en dirección al ascensor que los conduciría al estacionamiento de los coches.

Elías vestía a la europea. Debajo del sobretodo negro y del traje gris perla,

llevaba camisa azul y corbata roja. Alto y delgado, se movía no obstante con cierta cojera, apoyado en un bastón de madera labrada.

Ya en el carro, donde Abdel se acomodara junto al chofer, Oscar comenzó a hablar en inglés y Elías le replicó con fluidez y buen acento. Era lo mejor: Oscar pasaba cierto trabajo para expresarse en árabe y Abdel no entendía el francés.

–Nuestra secretaria se quejó de sus dificultades para convencerlos de que aceptaran venir...

–Es verdad -admitió Oscar, muy serio-estuvimos a punto de rechazar.

–Habría sido muy descortés...

–Y nosotros creemos que la descortesía fue de ustedes, por negarnos el motivo de la invitación...

–Nosotros supusimos, Míster Abercromby, que después de haberlos premiado con más de dos millones de euros, deberían ustedes sentir cierta curiosidad por conocernos.

–Una curiosidad enorme; y de no haber sido por ella, no estaríamos aquí; pero usted comprenderá que sin conocer el motivo de una invitación, uno no suele aceptarla...

–¿Y usted tampoco nos va anticipar nada? –aventuró Abdel.

–Mi mujer me deshollaría vivo; pero como me han resultado simpáticos, les voy a dar un pequeñísimo adelanto: el Sr. Abercromby recibirá mañana un ofrecimiento tan atractivo, que estoy seguro no va a rechazar.

–Con eso no me dice nada nuevo...

–*Please*, cambiemos de tema; *do you like Paris?* -y Elías se echó atrás, resuelto a no ceder

Tras 40 minutos de comparar ciudades, París, Londres, Atenas, El Cairo, Trípoli, belleza arquitectónica, atmósfera, gente, costumbres, costo de la vida, ambiente político, llegaron al Ritz de Place Vendôme.

Por el camino habían acordado que al día siguiente, a las 4 de la tarde, se les recogería en el hotel para conducirlos a la sede de Pro Veritate. Si Abdelkader también quería participar de la reunión, por curiosidad, o como asesor de Oscar, pues bienvenido, pero sin derecho a intervenir en el coloquio. Por cualquier gasto dentro del hotel, sólo deberían firmar.

Sin apearse del coche, mientras el chofer se ocupaba de entregar el equipaje a los mozos del hotel, Elías sacó un sobre, tamaño carta, del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó a Oscar.

–Es indispensable que lea esto antes de la reunión. Ahí se esclarece todo lo que usted necesita saber.

Oscar le alzó una ceja escéptica.

–Ahí está todo, se lo aseguro.

–Bien, muchas gracias y ya veremos qué sucede mañana a las cuatro.

–Yo confío en que Alá, que es sabio y misericordioso, os aleje a ambos de todo despropósito. *Asalamu aleikum.*

–*Aleikum assalam.*

Manfredo, Sandra y Claudia, llegaron el jueves 20 a las once de la mañana en un vuelo procedente de Torino. Los recibió Aurore, y al mostrarse sorprendida por la presencia de la muchacha, se le aclaró que ella seguiría ese mismo día por tren rumbo a Bretaña, por el fin de semana.

En un italiano eufórico y oxítono hasta la caricatura, les anunció que eran *benvenuti allá Franciá* e che lei *sentivá un grandé piaceré en recibirlós a nombré de Pro Veritaté*; pero durante el camino negó conocer el motivo de aquella invitación.

Al apearse en el Ritz, eran las 12:20. Antes de despedirse, Aurore entregó un sobre a Manfredo, con la advertencia de que era indispensable leer su contenido para la reunión de las cuatro. La lectura no le robaría más de media hora.

–Pero es indispensable -insistió.

Y en el mismo coche se llevó a Claudia a la Gare Montparnasse para coger su tren rumbo a Bretaña.

A esa misma hora Gregorio y Cecilia llegaban a Orly, procedentes de Madrid y eran recibidos por una funcionaria del Departamento de Relaciones Ecuménicas. Por suerte, Gregorio no preguntó nada. Durante todo el trayecto, en voz muy baja, se dedicó a hablar con su mujer. En el Ritz recibió el sobre y prometió estar listo en el vestíbulo, a las cuatro menos diez.

Ya en la habitación, Cecilia se quitó los zapatos, extrajo unas gafas del bolso, abrió el sobre y se tendió en la cama, apremiada por conocer el contenido del informe. Leía mucho más rápido que Gregorio, para quien apilaba a un lado las páginas ya leídas.

INFORME PARA O. ABERCROMBY, G. MONTIJO y M. PIROTTO

Por Marie Bienvenue

Estimados amigos:

Puesto que los tres ya conocen mi pequeña autobiografía y la de Paco el Argentino, paso directo a lo que ustedes desconocen.

En el otoño del año pasado, cuando aquel señor desgarrado, de mirada infantil, se apareció en nuestro apartamento de La Boétie a hablarnos de una cuenta por 200 millones de euros abierta a su nombre en París, y de otra mucho mayor en Suiza, y de su propósito de donar unos tres mil millones para actividades humanitarias, Elías y yo lo juzgamos un chiflado megalómano. Sin embargo, al reconocerme como la joven judía de Bolsen con aquella mirada especial, yo supe que decía la verdad. No sé por qué, pero desde ese instante le creí. Mi esposo Elías, por el contrario, en cuanto Paco se hubo marchado, llamó a Ginebra y estuvo interrogando a Gamal. Nuestro muchacho le transmitió que él ya no vivía en Buenos Aires cuando Paco heredara su dinero, de cuyo monto colosal no tenía idea. Cuando Elías le expresó sus dudas sobre la salud mental de Paco, Gamal adujo que a pesar de su edad, no se lo imaginaba como un caso de chochera. Dos años antes, casi a los 80, se mantenía lúcido, jugaba pimpón y soportaba jornadas de hasta quince horas de trabajo. Pero Elías es un hombre muy descreído y detesta equivocarse. Él nunca tuvo un millón todo junto en su cuenta bancaria; ni siquiera cuando costaba mis escuelas en África; y que ahora se apareciera Paco, a todas luces un niño octogenario, a querer regalarnos tres mil millones de euros, lo sacaba de paso. Tanto fue así que esa misma noche, después de haber hablado con Gamal, Elías me hizo llamar a Paco a su hotel, y enterarlo de que a pesar de su atuendo musulmán y de sus citas coránicas, él era un ateo irredimible, materialista a ultranza y uno de los seres más descreídos de este planeta; y acabó por anunciarle que aceptaba su invitación al Banco Bruxelles-Lambert para comprobar la existencia de su muy millonaria cuenta.

Paco asumió su desconfianza como cosa muy justificada, propia de personas sensatas, y le propuso una cita para el día siguiente. Y cuenta Elías que apenas entraron al banco, comenzó a olerse que Paco no mentía. La actitud obsequiosa de los porteros y del gerente, que saliera casi corriendo de su despacho para atenderlo, fueron muy elocuentes.

La confirmación no se hizo esperar.

En efecto, varios días antes, el Sr. Franz Lehmann había abierto una

cuenta personal por doscientos millones de euros.

Atestiguada la cuenta en París, ya los tres mil millones resultaban creíbles; pero la curiosidad de Elías, rayana en la indecencia, lo indujo a inquirir cuál era el monto exacto heredado por Paco y cómo operaba con él.

Paco le comunicó que en el mes de mayo del 2002, le dieron 3.400 millones de dólares, con los que acto continuo abrió dos cuentas en New York: la cuenta A, para gastos personales, por 10 millones; y la B, por 3.390 millones, que aún no sabía a qué destinar. Por fin, en octubre, ya empeñado en invertir el dinero en actividades humanitarias, transfirió la cuenta B de New York a Europa. Con ese dinero abrió una cuenta en Suiza por 3.190 millones de euros; y otra en París, por 200 millones.

En ese entonces, en que pasaba por un período de cierta depresión, comenté con Elías que lo mejor para Paco sería entregar su herencia a algún gobierno progresista del Tercer Mundo, a alguna organización humanitaria. Elías, siempre tan lúcido, se molestó conmigo.

-Te estás poniendo vieja -se burló de mí.

De golpe, hube de enfrentar una monserga. Aconsejar a Paco entregar el dinero a instituciones de caridad era un facilismo y una indecencia. Mejor sería convertir sus tres mil millones en una fuerza activa, transformadora, proyectada hacia el futuro...

En realidad, desde hace muchos años, ni Elías ni yo, ni los otros ancianos de Pro Veritate nos forjamos grandes ilusiones sobre el futuro de la humanidad. La evolución del mundo desde los años 60 nos ha golpeado mucho. Nos cuesta creer que este planeta gobernado por la violencia, la mentira y el dinero, se humanice un día. Para ser más exacta, sí, tenemos la esperanza y el ferviente deseo. Pero sólo eso: deseos y esperanza. Ninguna fe, ninguna certeza.

Pues bien, Elías me persuadió de que toparse de golpe y porrazo con tres mil millones de euros y no intentar nada, era una indecencia. De por sí, era ya bastante indecente vivir como ricos en París, en uno de los barrios más caros de Europa, cuando en este planeta a diario mueren de hambre miles de niños. Pero no éramos capaces de reaccionar. Nos arrastraba una inercia invencible. En cierto modo, yo me conformaba con haber dedicado más de un cuarto de siglo a una obra humanitaria; y Elías, con haberme ayudado; y como miembro de una familia muy rica y conservadora, se aplacaba la conciencia al recordar la cárcel y tortura que padeciera por su apoyo a la independencia de Argel. Pero si de pronto nos caía un maná de tres mil

millones, por lo menos debíamos intentar algo; propiciar el avance de las ideas antifascistas, la denuncia de los gobernantes canallas, guerreristas, ladrones; contribuir a que los miles de jóvenes que iban a protestar a las cumbres de Seattle, Quebec, Davos, Génova, se convirtieran en millones.

Aquella tarde, a Elías le dio por elogiar la labor de Al-Yacira, el canal katarí, por el papel cumplido durante las guerras de Afganistán e Irak, hasta que los americanos lo aislaron. No cesaba de repetir que tres mil millones era mucho dinero. Yo le pregunté si no podríamos crear una agencia noticiosa al servicio de la verdad, que no diera espacio para el periodismo mercenario... “¡Esa es mi chica!”, exclamó Elías, y se puso a aplaudirme de pie, para gran sorpresa de los demás parroquianos, en un café árabe que solemos frecuentar.

Cuando Elías incurre en sus exabruptos, yo no me avergüenzo de que nos supongan dos ancianos locos. Al contrario, lo adoro; y ahora me emociona recordar la escena.

¿Quizá debiera rogar a mis tres lectores que me disculpen por estas digresiones emocionales?

No, no lo haré. A fin de cuentas, no tengo por qué disculparme de no poseer una mentalidad pragmática. Me gusta revolotear con mis ideas y recuerdos, y ese es uno de los pocos placeres que todavía puedo permitirme ad libitum. Además, me consta que escribo para personas que, por su formación, disfrutan de los circunloquios, y que no me condenarán por dar curso a mis emociones y adornar un poco los hechos desnudos.

Además, en Pro Veritate sabemos muy bien que los tres destinatarios de este informe son personas buenas y sensitivas, y no sólo por lo que deriva de sus escritos. Debo confesarles que un centenar de sabuesos a sueldo nuestro, ha espiado durante los tres últimos meses por media Europa, a 182 ganadores de concursos; y durante los últimos quince días con especial intensidad, a los cuarenta finalistas del Cuarto Concurso, entre los cuales figuran, en destacadísimo lugar, ustedes tres. Conocemos por ejemplo la ejemplar solidaridad de Manfredo con sus antiguos compañeros, hoy en desgracia; y sabemos que Abdelkader Al-Megrahi, a riesgo de inspirar pésimas sospechas, pasó un curso privado de alta cocina, sólo con miras de halagar el paladar de Oscar; y conocemos también la hazaña mingitoria de Montijo, bombero de una cabellera en llamas; y con enorme regocijo conocimos el desprendimiento de los tres, al donar para obra humanitaria los dos millones que cada uno recibiera por su triunfo en el Cuarto

Concurso.

No les pedimos excusas por haberlos espiado. Era nuestro deber conocerlos a fondo. Hoy mismo, o quizá mañana, o pasado, ustedes tres van a ser los herederos de tres mil millones de euros y tendrán una delicada misión que cumplir. No podíamos permitirnos un error.

Para volver a nuestra relación inicial con Paco, diré que al salir del banco, Elías lo invitó a almorzar en casa, donde le pedimos un plazo de quince días para practicar algunos sondeos, porque de momento no sabríamos aconsejarle algo concreto. Para darnos tiempo, él dispuso entonces irse de paseo a Alemania, y al despedirse, nos dejó un cheque por 100.000 euros por si debíamos incurrir en algún gasto.

Elías y yo, tras aquel primer *week-end* de incesante discurrir, incorporamos a Jean-Yves Desfontaines y a Elizabeth Longlake para que nos ayudaran a razonar; y pocos días después se nos sumaron Cornelia Van Den Vondel y Kriton Boliakis, que vivían en Sudáfrica.

Bien entrado el otoño, cuando Paco regresó del viaje a su infancia, le dimos la buena noticia de que ya habíamos zambullido de cabeza en el asunto. Todavía no sabíamos bien cómo ayudarlo, pero algo íbamos adelantando. Aunque todavía algo crudas, ya teníamos buenas ideas en el horno; y le sugerimos que nos diera un nuevo plazo hasta fin de año. Él aceptó, y quizá para asegurarse de que no nos enfriáramos, se quedó en París, donde alquiló un modesto apartamento.

El 6 de enero ya le teníamos una propuesta: crear una Fundación, cuyo objetivo aparente sería el de fomentar unos concursos de fruslerías enigmáticas, basados en claves de la filología grecolatina. Para eso, íbamos a formar un Consejo Constituyente integrado por siete personas: el propio Paco, nuestros cuatro amigos ya mencionados, Elías y yo. Una vez creada la Fundación a la que nos proponíamos llamar Pro Veritate, proyectábamos gastar unos 100 millones de euros en una campaña espectacular durante los meses de junio y julio del 2003. Con ella esperábamos adquirir una inmensa popularidad y crear la imagen de un grupo de viejitos chiflados, dueños de muchos millones y dispuestos a dilapidarlos en unos concursos de pacotilla. Después, en agosto o septiembre, se daría a conocer que el objetivo de los concursos era hallar gente muy culta y honrada para fundar una cadena de mil escuelas destinadas a los niños del Tercer Mundo. Pero eso era falso. Las tres mujeres integrantes del Consejo Constituyente, y también mi marido Elías, tras una larga experiencia en la enseñanza humanitaria,

conocíamos los graves problemas que padecen los huérfanos del Tercer Mundo, desnutridos, discriminados, objetos de tantos abusos, y por ello, el plan de las mil escuelas nos sonaba a utopía y delirio. Tampoco ignorábamos que de abrir las mil escuelas, nos volveríamos cómplices del saqueo de cerebros que los países desarrollados ejercen contra el Tercer Mundo; porque inexorablemente, un 60% de los argelinos regresados de secundaria terminaban radicándose en Europa y los EE.UU. De modo que el plan de las mil escuelas no era sino un tapujo, una máscara, para que nadie se olera nuestros verdaderos objetivos.

Todo lo que Paco dice al final de su autobiografía, sobre una supuesta educación con maestros altruistas, niños altruistas, etc., fue incluido allí por expresa indicación de nuestra Junta Directiva, para acentuar nuestra imagen pública de ingenuos y chiflados. Por supuesto, no deseábamos, ni deseamos ahora revelar nuestro ambicioso Plan Fos, porque sólo se cumplirá si logramos mantenerlo en secreto. (A Paco se le instruyó que en griego antiguo FOS significa “luz”, y el Plan Fos constituiría la verdadera y secreta misión de Pro Veritate, que en su debido momento le detallaríamos.)

Si se me permite otra digresión, yo llegué a experimentar un orgullo elitista en ser parte de aquel grupo de ancianos, invitados por Paco a un hotel de las Islas Canarias. Cuando pienso que aquellos diez días de enero nos consagramos con total seriedad a pergeñar la forma de detectar a uno o a varios héroes de la moral y la justicia, a quienes legarle tres mil millones de euros, sin que ninguno de nosotros obtuviera beneficios, el orgullo se me convierte hoy día en un sentimiento elitista y casi morboso.

Los concursos de enigmas, apoyados por millones de euros en premios, cumplirían dos funciones precisas: servirnos de pantalla para crear una inofensiva imagen de Pro Veritate; y servirnos también como tests para iniciar la selección a granel de nuestros futuros candidatos al arcontado.

En aquella ocasión, ya integrado Paco al Consejo Constituyente, votó unánime con el resto por los tres puntos que definían nuestra primera y primordial tarea: “PRIMERO: Admitir que ninguno de los siete miembros del Consejo Constituyente está capacitado por su edad, para ejercer las tareas de arconte; SEGUNDO: Nombrar un mínimo de un arconte o un máximo de cinco, todos mayores de 40 y menores de 60 años; TERCERO: Sólo se nombrará para el cargo de arcontes, a personas capaces de entregar para obras humanitarias más del 80% del dinero recibido de Pro Veritate por concepto de premios; CUARTO: Si al cabo de seis meses de actividades,

Pro Veritate no logra ni una sola persona con las aptitudes requeridas para el cargo de arconte, la Junta Directiva señalará a qué gobiernos u organizaciones no gubernamentales, se entregarán los fondos aportados por el compañero Franz Lehmann.

El punto de partida que nos unía a todos, fue la exigencia de que los arcontes poseyesen una fuerte vocación filantrópica. De lo contrario correríamos un riesgo insensato al confiarles 3.000 millones.

“¿Y quiénes son ustedes para erigirse en jueces definitivos?”, podrían preguntarnos.

De nuestro desprendimiento y modestia hablan nuestras vidas. Cuatro de los siete miembros de Pro Veritate, han sobrevivido, cuando estaban en libertad, con ingresos muy modestos. Paco, que sólo ha conservado para sus últimos años 10 de sus 3.400 millones debe de ser uno de los donantes más muníficos de la historia. En cuanto a Elías y yo, tras retirarnos en el 97, vivimos con una renta fija de unos 7.000 euros mensuales, emanados del alquiler de cuatro viviendas; pero dos de ellas las ocupan hoy amigos nuestros, sin desembolso alguno; por lo que nos vemos reducidos a unos 5.500, que con nuestra mala administración, solidaridad con familias indigentes y los frecuentes viajes de Elías a Siria y el Líbano, nos permiten vivir sin mayores tropiezos, pero sin ninguna holgura; y todos los miembros de nuestra Gerusía, al igual que ustedes (según hemos sabido), creemos que la gran propiedad tiene siempre un trasfondo de robo e injusticia. Por eso, fue exigencia de la Gerusía en pleno, como primerísimo requisito para el arcontado, la disposición a vivir con modestia.

Para garantizar este requisito, al cabo de muchas discusiones, acordamos someter a nuestros candidatos a interrogatorios y entrevistas en el mes de julio.

Recuerdo que durante nuestras discusiones sobre cómo formular las preguntas, hubo quien argumentó que si un candidato donaba un 30% de sus premios, eso ya era suficiente aval de su generosidad; pero una mayoría intransigente lo convenció de que que si alguien se gana dos millones y sólo entrega un 30%, se quedaría con 1,400.000 euros; y según Elizabeth una persona que considere decente poseer a título personal semejante suma, está descalificada como arconte de Pro Veritate. Se argumentó incluso, que alguien podía reservarse 1,400.000 euros para futuras obras humanitarias; y eso había que aceptarlo como posibilidad ¿pero qué nos garantizaba al final, que el candidato efectuara la tal obra humanitaria? Nosotros no

podíamos esperar durante años a que demostrasen su sinceridad y desprendimiento. De ahí la necesidad de un plazo, que les fijamos para fines de octubre; y por unanimidad convinimos en que nuestros esfuerzos debían apuntar al descubrimiento de una o varias personas capaces de donar todo lo que ganasen, menos lo indispensable para resolver acuciantes problemas personales; y si no lo conseguíamos, desmontaríamos todo el plan para entregar los tres mil millones a organizaciones ya establecidas y dignas de confianza.

Los que prometieron donar parte de sus premios fueron sometidos, a mansalva, a una segunda pregunta: “¿Estaría usted dispuesto a efectuar su donación antes del 31 de octubre?”

Si en materia de donaciones, alguno de ustedes desea los datos precisos sobre fechas, cantidades, promesas e incumplimientos, les rogamos pedirlos a nuestra Secretaria.

La iniciativa de los enigmas proviene de Kriton Boliakis. Médico, luego psiquiatra, Kriton pasó a interesarse por los sueños, el simbolismo, la semiótica, y por esa vía, en 30 años de cárcel, se convirtió en un diestro compositor de enigmas, que usaba como tests para sus pacientes; y mi modesto aporte en todo este proceso, fue sugerir que los enigmas tuvieran todos una fuerte participación de la cultura grecolatina. Debo dejar constancia del caluroso apoyo que me brindara Elías desde el primer instante; y asimismo Kriton Boliakis y su esposa Cornelia; y que no hubo ninguna oposición de los demás gerontes.

Permítaseme aquí una digresión para responder a Manfredo Piroto, que en una entrevista difundida por un periódico de Cerdeña, se mostraba desconcertado por lo que llamó una incoherencia nuestra. Según Manfredo, si en verdad deseábamos atraer un gran público a nuestros concursos, las claves mitológicas, históricas, los étimos, resultaban excluyentes, poco atractivos para la mayoría de los jóvenes a quienes, de hecho, eliminaríamos como participantes de los concursos; y yo le doy la razón, porque en verdad nos interesa excluir, como posibles arcontes, a personas menores de cuarenta años; pero no de una manera inflexible, como lo demuestra el que hayamos escogido también a Gregorio Montijo, que sólo tiene 34.

Tras mucho discutir a quiénes elegiríamos para entregarles los millones y la conducción de nuestra gran empresa humanitaria, establecimos cuatro condiciones indispensables. Ante todo, nuestros arcontes debían poseer un lúcido intelecto, que apreciaríamos a través de las participaciones en los

concursos, y en parte por los IQ que practicarían nuestros especialistas contratados. Y los enigmas nos permitirían evaluar también otros tres requisitos para los candidatos: poseer una vasta cultura clásica; una gran lucidez política; y un ejemplar desinterés por el mando y el dinero.

Aparte de interesar a candidatos mayores de 40 años, tal como ya se ha expuesto más arriba, el segundo objetivo de los enigmas fue captar en los candidatos su familiaridad con las artes, la lingüística, la historia y las filosofías de la Antigüedad. A nuestro juicio esos conocimientos conforman hoy día la cultura humanística más panorámica y menos especializada de Occidente. Creemos que si alguien aspira a comprender bien nuestro presente, debe alejarse de él cuanto le sea posible, como el cosmonauta en órbita terrestre, abarcador de toda la redondez del planeta, vedada al terrícola.

Tomemos por caso dos estudiosos franceses de igual talento y dedicación, que decidan consagrarse a estudiar poesía francesa. Uno de ellos le dedica diez años completos, y el otro le dedica cinco a la poesía francesa y cinco a la poesía grecolatina. Pues yo no tengo ninguna duda de que conocerá más poesía francesa, la disfrutará y entenderá mejor, quien haya dedicado tiempo a los poetas griegos y latinos. Es el mismo fenómeno del cosmonauta y el terrícola de superficie; y en este punto no dudo de que Pirotto me dará ahora la razón. Como docente de Letras Clásicas, él sabe a qué me refiero.

Hay otra razón por la que hemos preferido como primera cantera selectiva la de los clásicos; y es que quienes se han dedicado a estudios tan poco rentables, deben suponerse, en principio, menos ambiciosos de autoridad y bienes materiales, que otros profesionales universitarios. Sin que esto sea una ofensa para honorables economistas, tecnólogos, médicos, abogados o especialistas de otras profesiones, debe admitírseme que la mayoría de los graduados en letras grecolatinas, sólo puede aspirar en el terreno retributivo, a los modestos ingresos que propicia la docencia en casi toda Europa. (En torno al desinterés material, se me dirá que lo mismo se argumentaría de otras profesiones intelectuales, como la botánica o la astronomía; pero no nos servirían por su especificidad teleológica, tan alejada de los conflictos políticos y sociales.)

Por otra parte, las letras clásicas han contribuido también a darnos una pátina de añejamiento y despiste mundano, muy coherente con la imagen de ancianitos chiflados que nos proponíamos ofrecer.

La segunda cantera, a la que recurrimos en busca de nuestros ideales humanos, fueron los izquierdistas, a quienes detectábamos por los contenidos de sus participaciones. Estamos convencidos de que personas mayores de 40 años, con una docta formación anclada en el conocimiento de la Antigüedad, y que hoy día han desembocado en firmes convicciones de izquierda, suelen producir analistas de gran lucidez, exentos por lo general de dogmatismos. Esa combinación es la que anhelamos como ideal para nuestros arcontes: gran lucidez política, flexibilidad, visión de futuro, indulgencia histórica, desprejuicio.

En torno a los enigmas, permítaseme discurrir también sobre unas dudas de Gregorio Montijo, expuestas en un programa de Televisión Española, donde le preguntaron a qué atribuía él los cambiantes contenidos de los cuatro concursos, iniciados con el tema banal de la obesidad, al que sucediera una tibia referencia al SIDA como arma de exterminio, y un recordatorio sobre los abusos de la política exterior norteamericana. Y por último, el Cuarto Concurso consistió en una lista de temas periodísticos propuestos por nosotros, con la evidente intención de azuzar desembozados ataques a los EE.UU. “Pues tampoco entiendo yo lo que pretenden”, confesó Montijo en esa ocasión; “sobre todo cuando recuerdo que en varias ocasiones han premiado con mucho dinero a defensores de Bush, o a partidarios de exterminar a la población del Tercer Mundo...”

El ardid de premiar artículos de extrema derecha fue idea de Jean-Yves Desfontaines, con el solo propósito de despistar al enemigo; y en efecto, funcionó durante los tres primeros concursos, pero apenas se publicaron los artículos del Cuarto Concurso, apareció un señor Raymond Mercier, que ha arremetido contra nosotros con una furibunda campaña para acusarnos de asaltantes, terroristas, o traficantes al servicio de los mercados pedófilos. Después de todo lo que sabemos sobre ustedes tres, nuestra Gerusia tiene la firme convicción de que no nos censurarán por haber asaltado hipódromos para fundar escuelas, o ajusticiado a esbirros colonialistas, o luchado contra el apartheid; y sabemos también que no darán crédito a quienes me acusan de traficar con niños, y a mi marido como terrorista y agente de Al-Qaeda. Por tanto, huelgan explicaciones sobre la cloaca mercenaria del Sr. Mercier.

En cuanto al Plan Fos, que fuera objeto de tan prolongadas y difíciles discusiones, contempla la conversión de Pro Veritate en cualquiera de las siguiente opciones:

1º una entidad consagrada a luchar contra el hambre en el Tercer

Mundo;

2° una entidad consagrada a luchar contra el SIDA;

3° una gran editora que venda libros a muy bajos precios y abra espacios muy bien retribuidos a escritores no mercenarios, defensores del Tercer Mundo;

4° una red paneuropea de periódicos que subvencionase con gran munificencia, artículos a favor del Tercer Mundo sin dar cabida a periodistas mercenarios;

5° una cadena de TV, tipo Al-Yacira, que evidencie la mentira y rapacidad de algunos gobiernos;

6° una agencia noticiosa tercermundista;

7° una entidad con varias líneas de acción humanitaria, coordinadas o independientes, previo reparto entre los arcontes, de los 3.000 millones;

8° cualquier combinación de las líneas aquí descritas;

9° cualquier variante de lucha en favor de la humanidad que los arcontes promuevan *motu proprio*, aunque no haya sido mencionada aquí;

10° una secta mística, o un partido político apoyado en el cristianismo u otras religiones, o en las viejas ideas marxistas y sus derivados, o anarquistas, o ecologistas, o cualquier agrupación que defienda los intereses de la humanidad.

Durante varias semanas, la Gerusía de Pro Veritate se estancó en discusiones sin salida sobre estos diez puntos. Tratábamos de predefinir un Plan Fos, para entregarlo, junto con los tres mil millones, como misión forzosa a nuestros herederos. Hasta que un día se nos ocurrió que esa no era tarea de la Gerusía sino del futuro arcontado, si alguna vez lográbamos conformarlo.

Por último, a modo de recomendación sin ninguna obligatoriedad, los gerontes creemos que se debería trabajar en una gigantesca batalla de ideas, en el terreno ideológico y de la cultura, más que en la lucha armada; pero una vez nombrados los arcontes, serán ellos quienes determinen sus empeños. Creemos asimismo que Pro Veritate debe cambiar su nombre, no identificarse con la institución actual e irradiar su actividad desde cualquier parte del mundo, con miras de tirar la piedra y esconder la mano.

Estimados amigos Abercromby, Montijo y Pirotto: Lo que la Gerusía de Pro Veritate sabe sobre ustedes, nos induce a suponer que este documento ya los ha convencido de nuestra comunidad de intereses; vale decir, que los siete gerontes de Pro Veritate, defendemos las mismas causas que ustedes.

Que sentimos, sufrimos y disfrutamos como ustedes.

Deben saber ahora, que en nuestra reunión de hoy no habrá ya espacio para aclaración de dudas. Cualquiera de ustedes tres que asista a ella, será recibido como arconte electo. De hecho, su sola presencia esta tarde entre nosotros, implicará la tácita aceptación del arcontado; y será una investidura irrenunciable.

Si alguno tuviera todavía dudas en aceptar esta envidiable misión que el destino les pone en sus manos, sería por miedo, algo tan humano como el error, y que no hemos intentado medir en nuestros tests. En tal caso, respetaremos ese sentimiento; y al que no logre superarlo, le rogamos utilizar su pasaje de regreso a casa y no asistir a nuestra reunión, donde hoy mismo se tomarán acuerdos que sólo conocerá la Gerusía y los arcontes electos.

Manfredo terminó de leer muy excitado. Eran las dos menos cuarto. Sandra, adormecida en la otra cama, roncaba intermitente.

–*Amore, amore* -la sacudió con suavidad hasta despertarla-. Por favor, léete esto. Es algo increíble...

Sandra, al verlo de sobretodo, bufanda y guantes, se acodó en la cama:

–¿Adónde vas? ¿Pasa algo malo?

–No, no... Al contrario; pero léete esto y después conversamos; yo voy a caminar un poco, a ver si ordeno mis ideas... Vuelvo en media hora. *Ciao*.

Y salió sin despedirse.

Un poco impresionada por la extraña reacción de Manfredo y muy picada de curiosidad, Sandra se mojó los ojos y las sienes en el baño, cogió sus espejuelos y comenzó a leer sobre la cama, en la posición del loto.

Al salir a Place Vendôme, Manfredo cogió a la izquierda, con idea de recorrerla por fuera de las arcadas, pero una llovizna lo retuvo. Un africano se acercó a ofrecerle paraguas y él se llevó la mano al bolsillo... Los había de doce euros, de quince, de veinte...

Seguro que Sandra traía un paraguas... ¿No era un desperdicio?

–Dame el de veinte – y le extendió un billete.

Porca miseria!

No se iba a poner tacaño ahora, justamente cuando le iban a habilitar tres mil millones.

Salió de nuevo de la arcada y echó a caminar bajo el paraguas...

—...et ici, au numéro douze, la demeure d'Eugénie de Montijo où le célèbre Frédéric Chopin a vécu ses derniers jours...[30]

Al oír el nombre, Manfredo se volvió para ubicar el número doce. Si llegaba a conocer al tal Gregorio Montijo, le mostraría el palacio de su parienta...; y se preguntó a qué apuntaría la Bienvenue, en su alusión a la hazaña mingitoria. ¿Sería posible que hubiera apagado una cabeza incendiada a punta de orines? Vaya tipo... Eso también lo excitaba: la perspectiva de conocer a gente como Montijo y Abercromby.

Ya él se había comunicado por email con ambos. Había enviado una felicitación a Montijo por su artículo sobre Hugo Chávez, y a Abercromby por su entrevista a *Les Inrockuptibles*, que luego reprodujera el sitio web de Pro Veritate. A Montijo le había confesado que él mismo, a pesar de su filiación y de su falta de confianza en la gran prensa internacional, también se inclinaba a aceptar que Chávez fuese otro militar gárrulo, prometedor de imposibles y violador de la democracia, como tantos en el panorama de Latinoamérica. Y tras ponderarle la diafanidad y eficacia de su artículo, le agradecía que lo hubiese librado de un tosco error, al abrirle los ojos sobre el caso Venezuela. En señal de amistad, Montijo le había enviado junto con su respuesta, un ejemplar de *Nuestro hachepé*, un libro delicioso sobre Nicaragua.

Abercromby, por su parte, en impecable italiano, le elogió su elegante exégesis del Tercer Enigma, y en particular del punto segundo, donde con tanta facilidad resolviera lo del “pértigo ciudadano”, que a él lo mantuviera seis horas en ascuas. De milagro no había desistido.

Pero sin duda, la alteración y repentina euforia de Manfredo provenían de haber confirmado que los viejos de Pro Veritate eran gente admirable; y entre ellos tenía que haber alguien con dones de estrategia y una inteligencia descollante.

¿Conocerían también sus trapisondas con Antonella y la venganza fílmica de Américo?

Si contrataron detectives para husmear en su vida privada, de seguro debían estar al tanto. Le constaba que los vecinos de su suegro habían puesto la historia

en circulación; y se estremeció de vergüenza al suponer que semejante historia, debió regarse como la pólvora por toda Cerdeña. Pobre Sandra. Y agradeció a los gerontes que no mencionaran el caso en el informe; pero más les agradeció, que semejante indignidad no lo invalidara ante ellos.

Indulgentes, los viejitos... Y profesaban una ética muy distante de lo convencional; porque a ningún burgués, y quizá a muy pocos revolucionarios, se les ocurriría escoger como paradigma de honestidad para ejercer el arcontado de Pro Veritate, a un marido tan infiel e incestuoso como él.

En cuanto a lo que Paco decía al final de su autobiografía, sobre las mil escuelas y el altruismo, era un disparate utópico al que él no se habría asociado por ningún motivo. Pero los viejos ya lo habían previsto. Como previeran también que ninguno de los tres candidatos al arcontado, se tragaría la grotesca historia de la venta de muchachos en Europa.

Los otros dos, a esas alturas, también se habrían identificado con los mismos criterios políticos y morales que esgrimían los viejos de Pro Veritate.

Al igual que Abercromby, Manfredo aceptó la invitación a París por pura curiosidad, sin ilusiones. Él no se vincularía a una institución que premiaba por igual a la izquierda y a la extrema derecha. Cuando se enteró de que unos fascistas de mierda, admiradores de Bush, autores de unos artículos genocidas, recibieran premios de hasta 250.000 euros, estuvo a punto de devolver el suyo. Pero ahora, al enterarse de la astuta maniobra de los viejos para despistar al enemigo, sonreía feliz.

¡Que cabrones los viejitos!

Lo que no le gustaba mucho era que al final del reporte le pusieran una pistola en el pecho y lo amenazaran: “O aceptas el arcontado o te largas”.

Sí, unos cabrones; porque después de leer aquella páginas ¿quién que no fuera un pusilánime se echaría atrás?

Sintió ganas de salir corriendo por todo el octógono de la Place Vendôme, como Arquímedes en Siracusa, gritando su famoso “héureka” en pelotas; pero en su caso significaría: “he hallado por fin un empleo que me gusta”.

De esos viejos, chiflados o no, él aceptaría el tal arcontado... Eran la flor de la especie humana. Imposible dudar de su honestidad, de su altruismo; y a cualquiera de ellos, incluso a las mujeres, les colgaban unos cojones más grandes que los de Garibaldi. El griego y la holandesa se habían soplado media vida en la cárcel por combatir contra el apartheid; y los demás, si no se enfrentaron a los colonialistas franceses en Argelia, se dedicaron a educar huérfanos; y el tal Paco, un viejo precioso, con la tragedia a costas de sus hijos desaparecidos, bregando

por ayudar a la humanidad con sus millones.

¿Cómo no aceptar cualquier cosa que le ofrecieran?

Y por lo que Manfredo leyera en el sitio de Pro Veritate sobre Abercromby y Montijo, y por sus propios escritos, ellos tampoco rechazarían la oferta.

Sobre todo que no les imponían nada. El Plan Fos no era sino un montón de sugerencias; pero al final dejaban a los arcontes la libertad de emprender lo que les viniese en gana, desde una simple caridad cristiana hasta fundar grandes pulpos noticiosos.

A él también lo habían despistado con su aparente chifladura y la onda anticuada, filológica, tan banal y descafeinada al principio.

Cuando completó el octógono y regresó al número 15 del Ritz, la lluvia cesaba ya y prefirió salir del recinto. Enfiló hacia la rue de Rivoli, siguió por ella hasta la Concorde, atravesó los jardines de las Tullerías hasta el segundo patio del Louvre, y regresó a Place Vendôme por Saint-Honoré.

En el trayecto de casi una hora no vio nada. Conocía bien París. En el 78, acusado de asesinar a una chica en Venezia, logró huir de Italia y refugiarse con dos compañeros en una mansarda de Stalingrad, junto a una de las *bouches* del *Métro*. Pero ese día callejeaba por gastar energía, aplacar sus nervios y tratar de asimilar lo que acababa de leer.

Como apretaran la lluvia y la sed, en la rue Castiglione entró a un bar y pidió un Pernod que se bebió de pie junto al mostrador, con mucha agua. Aplacado ya, pidió otro. Adoraba el Pernod y lo resistía bien. Al salir del bar, lloviznaba muy tenue y apretó el paso. Eran las dos y cuarenta. Sandra debía haber terminado la lectura un buen rato antes. Por el camino comenzó a silbar. Lo colmaba una felicidad inusitada. Lo estimulaba saber que a lo sumo en una hora y media conocería a Montijo y Abercromby.

—¿Qué opinas?

—Sandra se encogió de hombros y abrió la boca pero él se le adelantó.

—¿No son unos viejos divinos?

—Maravillosos...

Manfredo dio un brinco por encima de una de las camas, cogió a Sandra por la cintura y la alzó para un beso.

—¿Otra vez estuviste bebiendo, borrachín?

Por toda respuesta Manfredo soltó a Sandra, e inició a todo pulmón el aria “Viva il vino spumeggiante”, de la *Cavallería Rusticana*.

Ella se echó a reír y a tratar de acallarlo. Él, sin dejar de cantar, le echó por encima su abrigo y se arrodilló para calzarle los zapatos de tacones, mientras ella

protestaba que la dejara ir al baño, arreglarse el pelo...

Con la misma música del aria y en un exagerado remedo del habla siciliana propia del soldado Turiddu, Manfredo se declaró famélico y urgido de bajar a comerse un *panino*; y tras una seña para que lo siguiera, salió de la habitación sin cerrar la puerta. Dio unos pasos hasta el ascensor, pulsó el botón y siguió cantando a todo pulmón.

Sandra lo siguió con un peine en la mano:

–Por favor, Manfredo... Nos van a botar.

–*Me ne frego*[\[31\]](#) -cantó él; y siempre acompañado con la melodía de Pietro Mascagni, sin violar la métrica, le anunció que cuando le dieran sus millones se compraría aquel hotel de mierda y botaría a la calle a todos los ricachones.

Sandra soltó una carcajada, pero se reprimió al distinguir una pareja de septuagenarios que avanzaba a su encuentro. La dama olía a rosas, quizá a *Joy*, de Jean Patou, y lucía un abrigo de pieles. Él vestía un *pardessus* beige, casi hasta los talones, que debía costar un ojo de la cara.

Manfredo siguió cantando. Al acercarse la pareja, los recibió acogedor, de brazos abiertos y les dedicó con ambas manos aquella suavísima nota, ojos entrecerrados, expresión de éxtasis, en que Turiddu elogia las virtudes del *vino spumeggiante*; y al sostenerla medio minuto en un virtuoso decrescendo, forzó que la pareja dejase de dialogar y se dignara mirarlo. Acto seguido, ante la misma nota repetida una octava más alta con un patético hilillo de voz en falsete, el señor lo miró desde arriba, alzó una quijada salediza, muy británica y le dedicó una sonrisa de aprobación.

–Bravouuu, bravouuu -exclamó la lady, en cuanto Manfredo dio por terminada su exhibición de *bel canto*. También ella, aunque pequeña, miraba desde bien arriba. El lord, civilizado, se atusaba un bigote blanco y sonriente, en forma de cornamenta.

–*Do you like wine?* -les preguntó Manfredo con perfecto acento italiano, para entrar en conversación.

El lord le dedicó una mirada de severa sorpresa, que se dulcificó en el acto y por fin, con cara de *connaisseur*, admitió:

–*Well... yes, we are fond of good wine, which excludes Marsala spumeggiante, of course...*

–*Tom is a boy and Mary is a girl...*-añadió Manfredo y elevó un índice admonitorio.

–*Indeed?*

–*How interesting!* -terció la lady.

Y tras exhibir su dominio del inglés, Manfredo retornó al tema del vino y atacó ahora el brindis de *La Traviata*.

El joven ascensorista, contagiado por Sandra, se tapó la boca y tuvo que volverse para ocultar su risa. Los ingleses miraban a Manfredo ya sin alarma, con franca simpatía.

En la planta baja siguió atronando *La Traviata*. Al abrirse la puerta del ascensor, Manfredo cedió paso a los británicos con versallesco ademán. El *bel canto* concitó la atención de todo el vestíbulo. Unos niños se acercaron a curiosear. Cuando Manfredo salió por fin en medio de otra prolongadísima nota preparatoria del final, alguien se alzó de un sofá cercano al ascensor y aplaudió con las manos en alto. La farsa provocó muchas risas pero nadie se atrevió a sumarse a los redoblados aplausos de Oscar Abercromby, que ahora avanzaba al encuentro de Manfredo. Cuando estuvieron frente a frente, Oscar le abrió los brazos.

Manfredo, que aún no abandonara sus visajes y ademanes operáticos, al reconocer a Oscar, se llevó al pecho la mano con que sujetaba la imaginaria copa del brindis, y le preguntó, de ceño fruncido y con impostación de barítono bajo:

–*Tu quoque?* [\[32\] *Hinc et nunc?*](#)

Oscar le siguió la corriente de las citas ilustres, y tan declamatorio como él, le preguntó con Dante e impecable acento:

-*Tu sei Manfredo*[\[33\]](#), *nipote di Gostanza Imperadrice?*

-*Grand'onor di*[\[34\]](#) *Cicilia e l'Aragona...* -*fue lo único que se le ocurrió a Manfredo.*

Aquella repentina aparición de Oscar y su inesperada cita de *Il Purgatorio* lo habían cogido tan por sorpresa que no atinó a completar los dos versos finales de la misma *terzina*. Tras soltar lo de Sicilia y Aragón, en una centésima de segundo recordó otro eufónico verso del mismo pasaje y lo enhebró al azar, con un ademán de hereje arrepentido, digno del conte Ugolino::

-*Orribil furon*[\[35\]](#) *li peccati miei.*

En eso, del otro ascensor salieron Cecilia y Gregorio. Abdel los reconoció y se los señaló a Oscar, quien sin más se volvió a ellos para improvisar, en un francés tan ampuloso como el italiano:

-*Et voilà encore notr' espagnol,*[\[36\]](#) *à la pissée sans blâme...*

-...*pompier*[\[37\]](#) *d'une chevelure en flammes...* -rimó Cecilia, con las misma ingeniosa frase que minutos antes le arrancara carcajadas al leer el recuento de la *Bienvenue*.

Gregorio sonrió con timidez.

Cinco minutos después, tras un benévolo llamado al orden de la gerencia del hotel, los seis chachareaban de pie en el *lobby*, como viejos amigos. Abdel hablaba con Sandra en inglés, Cecilia en francés con Oscar; y Gregorio tuvo que satisfacer la curiosidad unánime sobre su “hazaña mingitoria”, que le atribuyera en sus papeles *Mme. Bienvenue*.

Gracias a las numerosas entrevistas, los tres personajes se conocían por fotos, se sabían historias mutuas; se habían rastreado por *Internet* desde hacía meses. Manfredo adoraba el libro de Cecilia sobre Nicaragua; y aunque no se comunicaran, todos conocían en parte los textos de los demás, difundidos en los concursos.

En pocos minutos quedó claro para todos que Oscar y Manfredo eran dos

extrovertidos desmesurados, con una peligrosa vocación exhibicionista, seguros de sí mismos hasta la frontera del ridículo; que Cecilia era dama de armas tomar, culta, mordaz, de rápidísimas e ingeniosas respuestas, y desinhibida al punto de abrazarse y jugar con Manfredo y Oscar como si los conociera de toda una vida; y por el contrario, Gregorio, Sandra y Abdel, se mostraron parcos, y limitados a desempeñar ante sus parejas un papel más complementario que protagónico.

–¿Ya todos habéis leído el reporte de la señora Bienvenue? – preguntó Gregorio.

Oscar, Manfredo y Sandra, asintieron. Sólo Abdel faltaba por leerlo.

–Pero figúrense, Oscar olvidó su ropa de abrigo y yo tuve que salir a comprársela.

En ese momento entró Aurore que pese a la radiante sonrisa, se mostró un poco inquieta de verlos juntos.

–Pro Veritate se disculpa por no haberlos presentado antes, pero como disponíamos de poco tiempo, temimos que prefirieran conversar y no leyeran bien el documento que les dimos. Pero ya veo que son viejos amigos...

–Desde hace diez minutos...

–Y ojalá para siempre -aventuró Cecilia, mientras se encaminaban en dirección a la salida.

–En verdad, lo que nos proponen es imposible no aceptarlo -dijo Manfredo a Cecilia, que caminaba del brazo a su lado.

–Sí, eso creo -lo apoyó Oscar desde el otro lado-; pero cuando terminé de leerlo estuve como diez minutos *groggy*; y todavía me cuesta creer que nos quieran habilitar esa...

–Esa suma casi inimaginable... -dijo Gregorio.

–Según Mme Bienvenue, su marido tampoco quería creerlo -dijo Sandra.

–Sí, lo cuenta en su memoria.

–Dame aquí un abrazo, Montijo, camarada muy munífico -y Oscar abrió los brazos para estrecharlo.

Gregorio le dio el abrazo y un beso en un pómulo. Intuyó que estaba iniciando una amistad hasta la muerte. Después de Chema, Oscar era el primer hombre en 25 años, por que le inspirara una incontenible amistad a primera vista.

A las 15:24 partían en un pequeño autobús de doce plazas, y a las 15:52 se apeaban ante un vetusto edificio del Quartier Latin.

ENTRE LA SORBONNE y LA ABADÍA DE CLUNY

20 de noviembre de 2003

Al tiempo que Aurore D'Anglars y los seis invitados de Pro Veritate se apeaban ante un palacete junto a la colina de Santa Genoveva, se oyó a pocos pasos el zumbido de un verja automática, cuyas dos altas puertas se abrían hacia adentro. El minibús, en marcha atrás, penetró en un patio adoquinado. Sandra se lamentó del ruidoso anacronismo y de las rejas carcelarias junto a aquella impecable fachada *Restauration*.

Un anciano canoso que los recibiera en la puerta, pidió permiso para puntualizar que en aquella calle, situada a medio camino entre la Abadía de Cluny y la Sorbonne, se prohibía todo estacionamiento de vehículos; y aunque el dueño del *hôtel* hubiera preferido circular en una carroza con palafreneros uniformados y que un par de sirvientes de librea y peluca le abrieran el portón, se abstenía por temor de que lo confundieran con un partidario del *Ancien Régime*. Por eso el feo pero útil portón automático.

El mismo anciano, muy elegante, con más aspecto de directivo que de ujier, los condujo al interior del *hôtel*.

–Tengan la amabilidad de seguirme -y los condujo por un pasillo ancho y largo, con paredes de mármol, hasta una puerta que él mismo abrió.

Aurore se había separado en el vestíbulo para hablar por un celular.

El grupo fue introducido a una sala rectangular cuyo centro lo ocupaba una mesa para veinte puestos, donde se ubicaran los gerontes, en sillas muy espaciadas entre sí.

En las paredes, hasta una altura de dos metros, veíanse varios libreros repletos de enciclopedias en diversos idiomas. Manfredo reconoció las voluminosas colecciones de los *thessauri* griego y latino, y también las ediciones de la *Classical Loeb*, la *Teubneriana* de Leipzig, la *Guillaume Budé*, y las más

importantes colecciones de revistas especializadas en la Antigüedad. Como separadores entre los libreros, decorosas reproducciones en mármol del auriga de Delfos, el Lancero de Policleteo, el Rasurado de Lisippo y la Atenea Prómachos; y por encima de los dos metros, cuadros de diversas escuelas postclásicas, pero todos de temática griega: Heráclito ante un río; Pitágoras rodeado de sus alumnos, profesaba en cuclillas ante un triángulo dibujado en la arena; Sócrates a punto de beber la cicuta ante el llanto de sus jóvenes devotos; Aristóteles con Alejandro de Macedonia y Diógenes en su tonel.

El techo, de maderas muy claras, reproducía en taraceas de ébano y marfil, algunos motivos panatenaicos inspirados en las ánforas de figuras negras: escenas de pugilato, cuadrigas disputándose la meta, lanceros, discóbolos.

Una joven de pelo renegrado y cutis oliváceo, treinta años, que lucía una minifalda más que justificada, instó a los invitados a escalar dos peldaños de madera y ocupar seis sillas rectas dispuestas en dos tercetos, sobre un pequeño estrado.

Gregorio, Manfredo y Oscar, quedaron juntos. En las otras sillas se ubicaron sus parejas; todos bien visibles para los siete gerontes.

En cuanto se hubieron sentado, la muchacha se retiró de la sala. A continuación, Aurore D'Anglars subió al estrado, se acercó a la primera butaca por la derecha, se le ubicó atrás e inició las formalidades del caso:

–Tengo el gusto de presentarles, de izquierda a derecha, a Gregorio Montijo, Manfredo Pirotto y Oscar Abercromby, cuya sola presencia aquí nos indica que han aceptado convertirse en arcontes de Pro Veritate.

Los gerontes les dedicaron un nutrido aplauso.

Aurore presentó a continuación a Cecilia Fernández, Abdel Al-Megrahi y Sandra Orsini, acogidos con otro aplauso y sonrisas benévolas.

–Yo soy Marie Bienvenue, presidenta de Pro Veritate. Por este lado, a mi izquierda, tengo a nuestra secretaria Aurore D'Anglars y a Elías Latif Al-Haj, ambos conocidos ya de ustedes; y *voilà* Kriton Boliakis, el inspirador de los enigmas. El de la cabecera opuesta es Jean-Yves Desfontaines, nuestro insigne economista y estadígrafo. Este caballero a mi derecha es el famoso Paco el Argentino, y las dos damas que le siguen por esta banda, son las temibles terroristas Elizabeth Longlake y Cornelia Van Den Vondel. Al oír esto, Corny dirigió a Marie una mirada de *gangster* y tras agazaparse y cubrirse la nariz con una mano, alzó la otra en remedo de dispararle a quemarropa.

Apagadas las risas, Aurore rogó a los huéspedes acercarse a ocupar un asiento en la mesa y les señaló sus puestos.

Miró la hora. Se veía nerviosa.

Boliakis quedó entre Abercromby y Abdel, ambos hablantes del griego moderno; Abdel, a su vez, por la derecha dialogaba en árabe con Elías. En la otra banda, Paco hablaba español con Gregorio por su derecha y con Cecilia por su izquierda. Marie Bienvenue ocupaba la cabecera entre Aurore y Cecilia; y Jean-Yves Desfontaines, con sus muletas a un lado, quedó entre Manfredo y Sandra que chapurreaban francés; y Elizabeth podía entenderse en inglés por ambos lados, con Sandra y Cornelia.

Sin embargo, las conversaciones no duraron ni dos minutos. Cuando todos comenzaban a familiarizarse, Marie los interrumpió:

–Estimados arcontes; estimadas Cecilia y Sandra; querido Abdelkader: Acabamos de conocernos y nos vamos a separar de inmediato. Todavía no ha llegado el momento de darles nuestra bienvenida. Ni el de iniciar nuestras conversaciones. Ahora nos urge resolver un problema y les pedimos colaboración. De momento, por favor, tengan a bien seguir a Aurore.

23

AQUELLA CASA EN LA COLINA

DE SANTA GENOVEVA

Las tres parejas fueron conducidas por Aurore a una sala de muchos espejos, retratos de lujosos marcos dorados y muebles *Empire*, donde ni siquiera les ofreció asiento. A toda prisa los impuso de la situación.

–Nos encontramos en la casa de un amigo de Jean-Yves Desfontaines, gran coleccionista de arte griego, cuya gentileza nos permite servirnos de este local para nuestra reunión con ustedes. No nos hemos reunido en nuestra sede de la rue Saint-Honoré, porque Pro Veritate está sometida a vigilancia. Nuestros detectives han detectado, desde la semana pasada, espías que vigilan las viviendas de Paco, Desfontaines y Elías. Los siguen en sus vehículos y no les

pierden pie ni pisada. De seguro, la vigilancia ha sido ordenada por los mismos que costean los artículos del Sr. Mercier. No hay que descartar un atentado; y tal como suponíamos, el autobús que los condujo a ustedes desde Place Vendôme hasta aquí, traía cola. Lo habíamos previsto y nos lo acaban de confirmar. Por eso hemos pedido prestado este edificio. El autobús partirá dentro de media hora. Saldrá por el mismo portón, para esperarnos junto a la puerta por donde hemos entrado; y yo saldré adelante para que los espías me reconozcan; pero en vez de ustedes, me seguirá un grupo de actores y actrices, escogidos desde ayer por sus tamaños y figuras similares a las de ustedes. Llevarán puestas las ropas que ustedes se quiten ahora, y ocuparán los mismos asientos en el minibús, que se los llevará hacia un lugar en la *banlieue* de Paris, donde quienquiera sea el que nos vigila, perderá para siempre la pista de ustedes. Síganme, por favor.

Los seis intercambiaron miradas de alivio. A ninguno le había gustado la intempestiva salida de la sala de reuniones, sin ninguna excusa.

–Espero que nos den alguna hojita de parra -comentó Abdel.

–Y que no nos violen -añadió Oscar.

–Se lo garantizo yo -lo tranquilizó Aurore, después de una risilla pícara.

–¡Y yo que me estaba ilusionando! – bromeó Cecilia

–Un final de Hitchcock.

–Y ahora, pasemos a las habitaciones.

Por el corredor y la escalera que subía a la segunda planta, les precisó que no hacía falta quitarse los zapatos.

–¿Y la ropa interior? – volvió a bromear Cecilia.

–Lamento decepcionarla otra vez, Madame, pero puede conservarla -le rió Aurore-. Pero eso sí, necesitamos la boina del Sr. Montijo y el sombrero de Sandra, y todo les será devuelto en el aeropuerto.

–¿En el aeropuerto? ¿Cuál aeropuerto?

–¿Adónde nos llevan?

–¿Y nuestras maletas se van en el minibús?

–No, Monsieur, ya fueron descargadas aquí y están a buen recaudo en el vehículo que los conducirá al aeropuerto -y abrió la puerta de una habitación donde ingresaron Sandra y Manfredo.

Cuando hubo ubicado a las otras dos parejas y se quedó sola en el pasillo, Aurore discó un número:

–¿Aló? ¿Monsieur George?... Sí ya están listos.

Sin demora apareció el mismo anciano canoso que los recibiera en la puerta, acompañado de un hombre joven.

Diez minutos después, las tres parejas salieron al pasillo, vestidos todos con monos de gimnasia grises.

–Parecen un team de baloncesto -comentó el anciano.

–Pero al menos están cubiertos -dijo Aurore.

–Con hojas de parra estaríamos más cómodos -objetó Gregorio sonriente, para sorpresa de todos.

–Y seríamos un team de nudistas -dijo Manfredo.

Bromearon otro poco, mientras el acompañante del anciano introducía las ropas en un gusano enorme de plástico, que trajera envuelto en un sobre negro.

–Yo me despido ahora -dijo Aurore-. Tengo que guiar a los actores. Buena suerte.

–¿Y después vienes con nosotros?

–Lo siento mucho; pero es seguro que van a seguirme a todas partes – se despidió, mientras abrazaba y besaba a cada uno en ambas mejillas.

–No importa: La vida es larga y tiene muchas vueltas

–la alentó Oscar,

–Buena suerte -les deseó Aurore, con los ojos húmedos.

Y partió acompañada del joven portador del gusano.

El grupo precedido por Monsieur George, descendió otras vez las escaleras. De dos en dos avanzaron por el mismo pasillo que antes los condujera a la sala de muebles *Empire*, pero no entraron en ella. Avanzaron ahora hacia otra puerta que daba a una biblioteca. Allí se encontraron, sentados en butacas o inspeccionando los libros, a los siete gerontes que los recibieron con nuevas bromas sobre su indumentaria gimnástica.

Acabado el jolgorio, Monsieur Georges, con impulsos manuales y sin mayor esfuerzo, hizo girar un librero sobre un eje vertical a cuyo lado aparecieron dos huecos. George penetró sin necesidad de agacharse por el de la izquierda, encendió luces y los trece de la comitiva lo siguieron en fila india por un pasadizo de paredes de piedra. Los bombillos del techo iluminaban bien todo el trayecto. Sobre un suelo de piedra caliza, el pasadizo se extendía unos 40 metros y al final formaba un recodo en ángulo recto, por el que se prolongaba unos cinco metros más. Al llegar al final, George accionó lo que aparentaba ser una palanca metálica.

–Sésamo ábrete -bromeó Sandra; y en efecto, la placa metálica también giró sobre un eje vertical y les abrió paso al interior de una alcoba.

Maravillados, los gerontes y sus invitados vieron que el reverso de la placa era un enorme espejo. Estaban dentro de una alcoba de época, con una cama

rodeada de colgajos y de cuyas paredes tapizadas de una seda rosácea, colgaban dos cuadros con procaces lances de alcoba, que dejaron sin aliento a unos y produjeron carcajadas en otros. El primero representaba una escena donde un vejete aristócrata, en camisa de encaje, bragas de terciopelo, peluca y sombrero de tres picos, hurgaba con una mueca lasciva bajo las faldas de una niña patiabierta, entradísima en carnes, *topless* y descalza. Por su exuberancia, la muchacha podía haber sido una modelo de Rubens, pero estaba pintada con el realismo de la escuela flamenca, y para más contraste, en los apagados tonos de un Puvis de Chavannes. Era una extraña mezcla de estilos, pero con un indudable efecto de lujuria. La muchacha, sentada sobre el brazo de una butaca, recibía complacida las cosquillas del viejo, a juzgar por la sonrisa de sus ojos y la fruición con que se mordía los labios.

–¿No te dije que nos iban a violar? – le susurró Oscar a Cecilia-; ya nos están preparando.

–Con estos cuadros tan estimulantes, cualquiera se deja -se burló ella.

El otro lienzo, sin duda del mismo pintor, era mucho más audaz: mostraba a una cincuentona de altísimo peinado y empolvado rostro, vestida con esmero, arrodillada sobre un cojín, lamiendo con denuedo el falo de un escudero joven de lujosa librea y respetuoso porte, que fijaba sus ojos con temor en una puerta.

En medio de risas y osadas observaciones de los visitantes, Monsieur George se despidió con un ademán burlón y elegante, y desapareció por el mismo hueco del espejo. Todos lo vieron girar hasta cubrir por completo los dos espacios rectangulares.

–Qué maravilla... -dijo Manfredo y tanteó la cama-; y lo del pasadizo parece un cuento de hadas.

–Más que a hadas, esto me huele a monjas y a obispos corrompidos - comentó Cornelia.

–No seas tan puritana, Corny-la regañó Elizabeth.

–¿Por qué nunca me llevaron a una casa así, cuando era un niño? – preguntó Oscar.

–Para que no cogieras malos hábitos -le replicó Elías.

–Las dos casas, el pasadizo..., es increíble...-comentó Cecilia- ¿Se puede saber qué pasaba aquí?

Desfontaines, que tras recorrer el túnel en muletas, ahora descansaba repantigado sobre un sofá rococó, le respondió:

–Lamentablemente, el actual propietario no desea que se divulgue lo que aquí ocurría. Considera que eso empañaría la memoria de sus antepasados. Es un

viejo compañero de luchas, y con nosotros ha hecho una excepción al dejarnos ver esto. Pero me ha pedido la mayor reserva; y yo reitero el pedido ante ustedes.

De allí salieron a una sala de paredes blancas, muebles de maderas doradas, rosetas celestes y molduras amarillas que figuraban espigas, trenzas, cornucopias. Allí los esperaba de pie un ama de llaves que los condujo por un nuevo pasillo hasta un jardín lateral rodeado de un muro altísimo, donde montaron en otro pequeño autobús igual al que los trajera, pero de otro color. Esta vez, con los gerontes, el vehículo quedó lleno. Salieron a una callecita paralela al *Boulevard Saint-Michel*, y ya en él, giraron hacia la derecha en dirección al Sena. Atravesaron el puente y ya en la *Rive Droite*, dejaron atrás la *Cité*, para enfilarse al Norte, rumbo al aeropuerto Charles de Gaulle, donde los esperaba un aerotaxi con capacidad para 15 personas. Con él se llegaba a Ginebra en 70 minutos.

24

AL PIE DEL SAN GOTARDO

Tras 70 minutos de vuelo, en el aeropuerto de Ginebra ocuparon otro autobús de 15 plazas que los trasladó a una casa de las afueras, donde cenaron *foie gras*, balotina de palomas al ajillo con tinto de Burdeos, frutas frescas y café.

Durante el ascenso al San Gotardo, algunos de la comitiva se dedicaron a contemplar embelesados el paisaje nevado de los montes. Otros, más atentos a su paisaje interior, prefirieron meditar. Gregorio conectó su *Farmacopea* y oyó varias veces el *Adagio* de Albinoni; y hubo un par de indiferentes, como los que abundan en los aviones, que prefirieron echar una siesta tardía.

Por último, cuando el autobús atravesó un gran portón de rejas y penetró en un jardín a cuyos fondos se veía un castillo medieval, con almenas, foso y puente levadizo, Marie Bienvenue anunció que se hallaban en el Castillo de Löwenberg, muy cerca del San Gotardo, donde darían término a la sesión interrumpida en el Quartier Latin.

Los siete gerontes fueron instalados en cuatro habitaciones de la planta baja

y los seis visitantes en otras tres de la segunda planta. Se les invitó a volver al gran salón a las 20:45. Se dispuso aquella pausa de una hora, porque la necesitaban los más ancianos, tras haber vivido casi cinco horas de sorpresas y emociones.

En el castillo, arcontes y gerontes confraternizaron durante seis días, en que ya sin reticencias, cada uno dio sus opiniones personales, a veces consejos. Elías se mostró partidario de fundar una agencia noticiosa. Kriton prefería la editorial, un trabajo más lento pero de mayor profundidad; porque si la tarea de los arcontes era limpiar la mugre de los cerebros europeos, el libro era más eficaz y duradero que la imagen; y Manfredo lo apoyó, porque pese a su padre fascista, él se había hecho revolucionario con el *Diario de Anna Frank* y antiracista con Salgari y *Los tigres de la Malasia*, cuyo héroe Sandokán era un príncipe negro; y Desfontaines prefería la cadena de periódicos, porque la contemporaneidad de los hechos noticiosos confería más eficacia a las críticas y denuncias, pues no era lo mismo despotricar contra Bush y su camarilla en plena masacre del pueblo irakí, que veinte años después cuando el horror se olvidara, como ocurría con Hiroshima y Nagasaki. Corny se emborrachó el primero y tercer días, en que no se cansara de repetir que estaba viviendo momentos muy felices de su vida; y todos sonreían al ver a Elizabeth y Paco noviando por los rincones. Manfredo, en el papel de Radamés, deslumbró a los presentes con la “Celeste Aída” de Verdi; y a pedido de Boliakis, que adoraba la Ópera, cantó otra media docena de arias famosas. Abdel también tuvo ocasión de lucirse, al bailar como una odalisca algunos ritmos de un CD que trajera Elías; y casi todos, por lo menos en parte, relataron sus vidas. A un primer día de emociones y expresión de afectos, sucedió un segundo de brindis y abrazos, y un tercero de trenos por la despedida. Acababan de conocerse y lagrimeaban como si fueran amigos de toda una vida. Hubo también encendidos discursos: los arcontes tenían un camino por delante, un futuro inenarrable que ellos mismos se trazarían. Corny y Manfredo lloraron abrazados, y Desfontaines en francés, y Kriton en griego o alemán, sí, queridos amigos, el tiempo urgía; y ellos creían que los tres arcontes y sus parejas, y en lo posible los dos hijos de Manfredo y Sandra, deberían desaparecer ese mismo

día... ¿Desaparecer, los muchachos? Sí, mejor que no se supiera dónde estaban, ni siquiera los gerontes debían saberlo, era lo mejor para su seguridad, y ya ellos habían leído las alternativas del Plan Fos, ¿verdad? Sí, claro, y según Marie, si resolvían dedicarse a paliar el hambre o a cuidar enfermos del sida, o a actividades religiosas, entonces podían actuar de frente sin ningún temor; pero quizá prefiriesen, como ella suponía, emprender actividades humanitarias de fuerte impacto ideológico y político, de las que implican numerosos riesgos; sí, claro, Manfredo entendía, y en efecto, él prefería...; no no no, *pas du tout*, que Manfredo no anticipara nada sobre lo que él prefería, eso debía discutirlo con Oscar y Gregorio cuando tuviera lugar la primera reunión de los tres arcontes, pero en fin, si acordaban, por ejemplo, fundar una agencia noticiosa veraz, o vender libros en favor del Tercer Mundo a muy bajos precios; o retribuir con generosidad a escritores y periodistas no mercenarios, en tal caso Elías les aconsejaría evitar, en lo posible, que se descubriera su origen en Pro Veritate; y Corny apoyándolo, porque si el enemigo ya había comenzado a satanizarlos, cada día continuaría con más saña, y Boliakis le aconsejaba a Oscar asesorarse con expertos en acciones encubiertas, y siempre actuar desde las sombras, como eminencias grises; pero Gregorio, ahíto de cerveza *Mahou*, se preguntaba si una vez escogido el personal de confianza, hip, ellos no deberían enfrentar la escena hip pública; pero Kriton se lo desaconsejaba, y traducido por Marie añadió un comentario sobre la fuerza del dinero en la demonización de la izquierda, porque a ellos, blancos europeos, por ayudar a los sudafricanos contra el apartheid, se los había presentado como monstruos, y lamentablemente, el poder de la desinformación era de una eficacia siniestra; y recordó una época en que los racistas tenían convencidos a miles de africanos de su propia inferioridad como raza, como un pueblo haragán, negligente, lujurioso, corrupto, destinado a la sumisión ante los blancos; y en el caso de los arcontes, no debían permitir que un día se descubriera su cordón umbilical con Pro Veritate, ya muy desacreditada, sobre todo por la truculenta historia de Kateb Bennabi que ahora andaba dando entrevistas, presentándose como el infortunado niño que un día vendiera Marie Bienvenue, hoy convertido en un desecho humano, o con la historia del atraco a mano armada de Kriton en un hipódromo alemán, y los viajes de Elías al Líbano y Siria, y todos los gerontes eran unánimes en que mientras les fuera posible, no debían dar la cara; y Elizabeth les aconsejaba esforzarse con los periódicos, los libros o la TV, por ganar el favor de un gran público, de modo que si el enemigo intentaba eliminarlos, se desencadenase un escándalo mundial, de esos que servían para esclarecer en un segundo a las grandes multitudes; y así, cuando la

empresa de los arcontes creciera hasta adquirir un gran prestigio, nadie se atrevería a agredirlos de muerte; como no se podía hoy día eliminar al Papa si condenaba la guerra; ni a las Madres de Mayo en la Argentina, cuando reclamaban castigo para los victimarios de sus hijos desaparecidos; ni se podía eliminar a aquel juez español que perseguía a torturadores como Pinochet y a otros criminales de lesa humanidad; ni a Noam Chomsky, una de las cabezas más formidables del presente, cuando atacaba al Pentágono y la Casa Blanca en defensa de Irak; o cuando rompía lanzas por Cuba y la Venezuela bolivariana, y por otras justísimas causas; y Elías consideraba de momento, como primera tarea de seguridad, que los arcontes debían provocarse algunos cambios físicos, quizá con elementos postizos y pequeñas intervenciones quirúrgicas; y una vez que el enemigo renunciara a encontrarlos, podrían emerger en los lugares escogidos como arena para los futuros combates, que siempre dirigirían desde las penumbras.

–Por fin voy a quitarme las arrugas y teñirme el pelo -aplaudió Oscar.

–Y yo voy a aprovechar para operarme... -soltó Abdel con un coqueto gesto femenino.

–Mándame una foto vestido de odalisca -bromeó Elías.

El estallido de las risas impidió oír la respuesta de Abdel.

–¿Y qué opinan los demás?

–Por mi parte, nada podría gustarme más -dijo Manfredo-; siempre me ha apasionado conspirar.

–¿Y nuestro apafagueos? – preguntó Elías.

–Acepta -dijo Cecilia por él-. Está emocionadísimo. ¿Y quién no, ante la perspectiva de nacer de nuevo, en otro lugar, con otra fisonomía? Verá cumplido el sueño de su anonimato.

–¿Y Sandra?

–Me encantaría; y en verdad que necesito unas vacaciones largas...

Y así llegó en Löwenberg el cuarto día, en que Marie decretara la Ley Seca. Basta ya de borracheras so pretexto de confraternidad entre viejos y jóvenes. Tras cantar, llorar, reír, opinar hasta por los codos y contarse los dramas de su existencia, ya era menester trabajar un poco.

Convocados para las once de la mañana, salvo la Presidenta y otros dos gerontes, nadie tenía idea de lo que iba a ocurrir. Reunidos por fin en torno a una mesa de 14 puestos, Marie tomó la palabra:

–Estimados compañeros de la Junta Directiva Provisional de Pro Veritate: quienes estén de acuerdo en legar a Oscar Abercromby, Manfredo Piroto y

Gregorio Montijo aquí presentes, a quienes de ahora en adelante llamaremos los Tres Arcontes, la suma de 3.067 millones de euros, que levanten la mano.

Elías contó siete manos alzadas, incluida la suya y anunció:

–Votan por la afirmativa los siete miembros.

–Bien -prosiguió Marie Bienvenue-: Quienes estén de acuerdo, una vez traspasado el dinero a los Tres Arcontes, en disolver la Fundación Pro Veritate, que levanten la mano.

–Siete votos -dijo Elías.

–Quienes estén de acuerdo en que los Tres Arcontes destinen ese dinero a lo que ellos determinen, que levanten la mano.

–Siete votos.

–Pido ahora a los Tres Arcontes, darnos sus impresiones digitales.

Marie sacó una almohadilla y Marcel, su nuevo secretario, se ocuparía esa misma tarde de que cada Arconte diera 38 impresiones de su pulgar derecho. Al día siguiente 38 faxes saldrían desde distintos hoteles de Suiza rumbo a 11 países donde estaban los 38 bancos que recibieran partes de la antigua cuenta única de Paco. En cada uno de los 38 faxes irían, amén de los tres pulgares, los números de la clave personal, con la cual cualquiera de los tres arcontes podría activar las cuentas LET y operarlas como CAES.

–Desde mañana -prosiguió Marie dirigiéndose a los arcontes-podrán valerse de esas claves, que con la impresión digital adjunta, les permitirán operar las 38 cuentas. Ustedes mismos decidirán desde mañana sus propias actividades futuras; y si prefieren ocultarse, escogerán dónde, cómo y durante cuánto tiempo; o si no se van a ocultar, optarán por trabajar juntos en una misma empresa o separados, en empresas distintas. Desde este momento, todo depende de ustedes. Huelga recordarles que van a enfrentar una tarea difícil y encarnizados enemigos. Buena suerte.

Durante el quinto y sexto días, el grupo se dedicó a celebrar el matrimonio de Paco y Elizabeth, por todo lo alto. Gestionados con suficiente dinero y antelación, llegaron tres conjuntos musicales: una orquesta alemana especializada en viejos valeses, fox-trots y tangos; un grupo de violines gitanos procedentes de Praga; y un grupo árabe de cuerdas y percusión, célebre en El Cairo y en todo el Cercano Oriente mediterráneo, con sus instrumentos característicos: laúd, *kanun*^[38], *rabab*, *derbake*, *masjar*, *sonajas* y *castañuelas de cobre*.

tipo les crearía un new look.

Los tres arcontes y sus parejas permanecieron dos días más en el Castillo de Löwenberg.

En un aparte con Manfredo, que entendía español y se expresaba en un italiano muy comprensible, Gregorio le confesó sentir algo muy extraño.

–Muy extraño y hermoso -precisó.

Él había sido siempre un timorato. Unos pocos meses atrás, la sola idea de enfrentar peligros, lo habría horrorizado; y ahora ya nada lo intimidaba. Nada lo detendría en las tareas de su arcontado. Las nevadas cumbres alpinas lo incitaban a volar. Quizá no fuera tan difícil.

–¿Crees en Dios? – le soltó, a boca de jarro.

–*Si, credo, ma di un modo molto particolare...*

–Pues yo creo de una manera muy corriente; y sé que no debo mentir ni jurar en vano; y te juro que hoy, ni siquiera la muerte me asusta. Vivir, luchar, morir..., me parece la misma cosa. Me resulta todo tan natural que no veo la hora de enfrentar peligros y poner mi propia pica en Flandes.

Como Manfredo se quedara mirándolo ceñudo, Gregorio comprendió que había abusado de su español. Le esclareció que poner una pica en Flandes, en un castellano barroco, significaba realizar una hazaña, algo muy difícil.

–*Mettere una picca*[\[39\]](#) *nelle Fiandre? Mi suona un po colonialista.*

–Sí; la expresión proviene de la época en que la soldadesca de nuestro Duque de Alba saqueaba los Países Bajos. Pero tienes razón, como Arconte electo yo no debería permitirme semejante vocabulario.

–*Bravo!*

Los arcontes conversaron mucho entre sí durante el último día. Por fin, convinieron en no ocultarse aún, sino aguardar unos dos meses. Al separarse, pactaron reunirse en la *pensión Nostos*, en las faldas del Monte Parnaso, en agosto del 2004. Fue Oscar quien lo propuso. Arguyó que según sus acuciosas investigaciones, aquella modesta pensión ocupaba exactamente el lugar donde

Apolo dirigiera otrora el coro de las Musas. Además, allí se habían albergado los Beatles en 1967, en busca de inspiración. Y Oscar estaba persuadido de que en medio de tan noble paisaje, ellos también se inspirarían con acierto en sus futuras acciones.

FIN

~~~~~

[1] *Panino de prosciuto y provolone*: Bocadillo de jamón y queso *provolone*.

[2] *Quiche*: Torta de origen alsaciano o lorenés, cubierta de pedacitos de tocino Y revoltillo de huevo.

[3] *Docere quod non decet*: Enseñar indecencias

[4] *Figlio d'un cane*: Literalmente; “Hijo de un perro”.

[5] **NOTA PARA TRADUCTORES Y REDACTORES NO HISPANOS:** *Mundanal ruído*. Por razones de métrica es necesario mantener la diéresis. Se trata de la *Canción de la Vida Solitaria*, de Fray Luis de León, 1527-1591, destacado cultor de la lírica sacra castellana.

**LIBROS LIBRES**

[6] **Miedo que no compartía...**, alude a unas quintillas de Nicolás Fernández de Moratín (1737-1780), donde dice: Madrid, castillo famoso/ que al rey moro alivia el miedo./ arde en fiestas en su coso, por ser el natal dichoso de Alimenón de Toledo. El poema se llama Fiesta de toros en Madrid.

[7] **Blitz, pimpón o rapid-transit,** es el ajedrez rápido. La modalidad más corriente se juega en partidas de 5 minutos para cada contrincante, pero pueden jugarse con más o menos duración, según se convenga de antemano.

[8] NOTA (sólo para traductores y lectores no hispanos). De Extremadura fueron muchos de los conquistadores españoles. Un: porquerizo extremeño. era Francisco de Pizarro, el célebre conquistador del Perú; y extremeño era también Hernán Cortés, el conquistador de México.

[9] NOTA (sólo para traductores y lectores no hispanos). Arruza y Manolete. Famosos toreros de los años 40, ambos de una valentía suicida.

[10] NOTA (sólo para traductores y lectores no hispanos) Rodrigo de Triana, mozo sevillano, grumete de Cristóbal Colón, que habría sido el primer tripulante de la Santa María en divisar tierras americanas.

[11] OM KELZUM. Célebre cantante egipcia de extraordinarias capacidades vocales, ya desaparecida, que llenaba los grandes teatros de Europa, sobre todo en París. Cantaba, en la más refinada lengua clásica, la gran poesía tradicional del mundo árabe.

[12] Dashdash: Batón muy amplio.

[13] **Mukaddam**: Documento por el cual se formaliza el pago de una dote. La paga el novio o su familia, por la mano de la novia.

[14] **Muakhar**: Contrato por el cual, además de la dote o *mukaddam*, el novio o su familia, debe firmar la promesa de no abandonar a la futura esposa. De hacerlo, deberá pagar la multa estipulada en el *muakhar*, y si no la paga, irá preso el novio o cualquiera de los familiares que firman con él.

[15] **Yanna**: Paraíso coránico.

[16] **Nulla osta**, literalmente: “Nada obsta”. Es la fórmula que indica la inexistencia de impedimentos para una gestión cualquiera.

[17] **Finocchio**: En italiano: marica; homosexual masculino.

[18] **Ma che cazzo di pedofilia!** ¡Qué pedofilia ni un carajo!

[19] **Scoppare**:Vulgarismo italiano: “copular”:

[20] **SOB**: Sigla de *son of a bitch* (hijo de puta).

[21] **NOTA** (solo para traductores y lectores de países no hispánicos). **Del salón en un ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidada, silenciosa y cubierta de polvo, / veíase el arpa.**

Cuarteta inicial de una célebre rima de Gustavo Adolfo Bécquer, el más

distinguido y memorizado de los románticos españoles (1836-1870)

[22] **Winner takes all:** Todo para el ganador.

[23] **CTV:** Confederación de trabajadores de Venezuela.

[24] **PEDEVESA:** Petróleo de Venezuela S.A, el gran monopolio estatal del petróleo.

[25] **Kabab: tabulleh: kibbe:**

[26] **Sauerbraten:** Asado a la vinagreta.

[27] **Rollmops** Arenques enrollados.

[28] **Kohlrouladen mit Salzkartoffeln:** Picadillo de res muy sazonado con especies diversas, enrollado en hojas de col y horneado a fuego muy bajo. Suele acompañarse con papas hervidas en sal.

[29] **Rote Grütze:** Jalea de maicena con jugo de frambuesa y grosella.

[30] **...et ici, au numéro douze:** Y aquí, en el número doce, la residencia de Eugenia de Montijo, donde el célebre Federico Chopin viviera sus últimos días...

[31] *Me ne frego*: No me importa.

[32] *“Tu quoque...!”* (¿Tú también...?), son las primeras palabras en latín que Julio César dirige a su hijo adoptivo Brutus, cuando lo ve, puñal en alto, entre los conjurados para asesinarlo.

*“Hinc et nunc”* (aquí Y ahora) son palabras de Horacio, con las que exhorta a vivir rel presente.

[33] *Tu sei Manfredo...* En *Il Purgatorio*, canto III, Abercromby altera el final del verso 112. Donde Dante afirma “Yo soy Manfredi”, Abercromby pregunta: “Eres tú, Manfredi?”. Luego cita tal cual el verso 113 y lo entona como si fuera una interrogación: “Nipote di Gostanza, imperadrice? (/Vástago de Constanza, emperatriz?).”

[34] *“Grand’onor di...”* Alteración del verso 116. Donde Dante ha escrito: “Dell’onor di Cicilia e l’Aragona”, Pirotto recita: “Grand’onor di...”, lo cual significa en Dante, que el personaje de Manfredi se considera el inicio de las noblezas siciliana y aragonesa.

[35] *Orribil furon...* Verso 121 del pasaje ya citado: “Horribles fueron los pecados míos”.

[36] *Et voilà encore notr’ espagnol* “He aquí ahora nuestro español de la meada ilustre-“ (En versión literal:...nuestro español de la meada sin tacha).

[37] *...pompier d’une chevelure en flammes...* “Bombero de una cabellera en llamas”.

[\[38\] \*Kanun\*: Citara con cuerdas de nylon que ocupa el lugar principal en la orquesta árabe.](#)

***Rabab***: Cordófono frotado. El arco es de cerdas de caballo como los occidentales. En general son de una cuerda, pero puede haberlos de 2, 3 y 4.

***Derbake***: Este es quizás el instrumento de percusión mas importante. Cuando otros instrumentos marcan el ritmo base, el derbakista rellena e improvisa con bastante libertad. El instrumento puede ser de madera y parches de cuero como de otros materiales modernos como fibra de vidrio y parches de plástico.

***Masjar***: Gran padereta con sonajas, muy sonora

[\[39\] \*Mettere una picca nelle Fiandre?... ¿Poner una pica en Flandes? Me suena algo colonialista.\*](#)

This file was created with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org  
20/05/2008

*LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/*